El descanso del minotauro

Cristina González

LES erótica | romántica

Cristina González

Cristina González nació en Ciudad Real, Castilla-La Mancha. Descubrió el apasionante mundo de la lectura con los libros de Harry Potter y, desde entonces, ya no pudo parar. Amante del realismo mágico y las novelas románticas y de corte psicológico (Murakami, Alessandro Baricco, Isabel Allende), empezó a escribir sus propias historias en el instituto gracias a una profesora de Lengua y Literatura, quien la impulsó a ello. Tras años de hacerlo únicamente por disfrute personal, en el año 2019 decidió compartir su primera novela en una plataforma *online* con el sobrenombre de TomorrowJuana.

A Cristina le gusta mezclar la profundidad emocional de sus personajes con grandes dosis de humor para hacer la lectura intensa y dinámica a la vez. Cocinera de profesión y escritora de vocación, suele tener la cabeza pensando en futuras tramas y giros de guion entre sofrito y sofrito.

@TomorrowJuana
@tomorrowjuana

Ilustración de portada: @Setapta

Paula es una mujer idealista cuya principal meta en la vida es encontrar un amor de película como el que vio en sus abuelos y en sus padres: inamovible, intenso y para siempre. Sin embargo, las consecuencias que ese amor ha tenido en la cordura de sus familiares han provocado en Paula una irónica dualidad, pues, aunque se muere por hallar a la mujer de su vida, teme acabar engullida ella también por la locura y la depresión. Por ello busca un ideal inalcanzable, una chica que le mate ese miedo con forma de animal que le habita dentro y así, por fin, vivir ese amor con el que tanto sueña.

Ro, una mujer con los pies en la tierra que ha vivido ya mil vidas, no cree en la toxicidad del amor romántico ni en las relaciones de ningún tipo. Su pasado solitario ha hecho de ella una chica cínica, distante y práctica. Se limita a disfrutar sin pensar a largo plazo, sin establecer demasiados lazos y sin esperar de la vida nada trascendente.

Cuando Paula y Ro se encuentran en la entrada del laberinto, tendrán que decidir la manera en la que ambas se enfrentan a ese minotauro cansado que las espera en el centro.

El descanso del minotauro

El descanso del minotauro

Cristina González

LES
editorial

Primera edición: abril de 2021

© Cristina González, 2021
© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2021
© Setapta, ilustración de la portada, 2021

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.
www.leseditorial.com
info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-44-5
IBIC: FA, FP, FRD
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

¡Ay! Seis rosas y un clavel,
qué bonito es mi jardín,
que no se rompa ninguna
que yo me podría morir.

¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

1

Se deslizaba por los pasillos sin llegar a tocar el suelo. Tenía el mismo aspecto que en su primer recuerdo de ella: el pelo largo, sin canas y castaño, desparramado salvaje por su espalda, las caderas rotundas, los pies descalzos, un vestido floreado hasta el suelo y una sonrisa sin dientes de ojos cerrados. Giraba, danzaba con el sonido de una música que solo se escuchaba en su memoria, pero que guardaba silencio en el presente. La observadora indiscreta, sin embargo, pudo reproducirla sin problemas en su mente, e incluso dejó que un tarareo se resbalara de sus labios, procurando no interrumpir el baile sin rumbo de la mujer de su vida.

Daba vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos unas veces, y elevados hacia el techo otras, dando pasos alargados y elegantes entre las filas de libros, del mismo modo que lo hacía siempre, hasta el último día y desde el primero que ella podía recordar. La falda se le removía con cada giro, formando ondas a su alrededor, como un mar que no necesita orilla.

Paula la observaba bailar apoyada en una de las estanterías, con los brazos cruzados sobre el pecho y un nudo terrible en la garganta. Era algo más joven que la imagen de la mujer que se alejaba de ella sin remedio camino a la puerta. Compartían el color del cabello, el tono moreno de su piel, la intensa profundidad de sus ojos. Ella era, por el contrario, algo más bajita y menos corpulenta.

Una risa de otro tiempo reverberó contra las paredes de aquella biblioteca, y una lágrima cayó en el mismo instante en que la mujer desaparecía por la puerta abierta. Se incorporó para seguirla por los pasillos de la mansión en la que había pasado la mitad de su vida. Sus pasos eran amortiguados por las inmensas alfombras de pelo gordo, «para que los niños puedan jugar aquí en invierno», como solía decir.

Apresuró el paso, siguiendo el sonido de esa risa estridente. Vio un retazo de su falda ondear y perderse por la primera esquina. Esta vez no prestó atención a los numerosos cuadros colgados en las paredes, ni a las esculturas majestuosas que decoraban los rincones. De un manotazo se quitó las lágrimas y salió al jardín por una puerta lateral, persiguiendo aquella figura danzante. El aire le refrescó el rostro

húmedo y, parada en los escalones que conducían al césped, admiró la felicidad pura de aquella mujer que le había llenado la cabeza de sueños, de historias locas de amor, de leyendas imposibles de dragones y damiselas en apuros.

Ralentizó sus pisadas y sonrió con nostalgia, conociendo de antemano hacia dónde se dirigía. Entraron una tras otra en el laberinto de altos setos que coronaba el jardín trasero, y allí pareció que el tiempo se quedaba suspendido en un momento sin edad, junto a las motas de polvo inmóviles, las luces quietas que se colaban entre las ramas más altas, el silencio abrumador de ese lugar que no parecía pertenecer a este mundo. Cerró los ojos y anduvo tras ella, rememorando el secreto del camino correcto que ella una vez le enseñó.

Se aproximaba a su cuerpo de aire y de recuerdos y se alejaba cuando creía que, debido a su cercanía, podría hacer que se desvaneciera con un golpe de viento. Allí dentro ni los pájaros se oían, solo la melodía en su cabeza y la risa lejana de la bailarina. Eran como una caja de música, y ella observaba el espectáculo con los mismos ojos que cuando era una niña.

Llegaron al corazón del laberinto, separadas por dos compases de la canción que no sonaba en ninguna parte. La escultura colosal de un minotauro se erguía orgullosa al centro. De pequeña le daba miedo, pero, con el paso de los años, se dio cuenta de que el rostro del animal le provocaba una tremenda ternura: parecía triste, de tan solo.

La mujer dio tres vueltas a la estatua sin detener su baile, detuvo sus pies en posición de *ballet* frente a ella, hizo una reverencia, sosteniendo con los dedos los bordes de su falda, sonrió con los ojos brillantes y desapareció.

—Buen viaje, nana.

Elevó una mano como despedida y se sentó en la base de la escultura, como si, contra todo pronóstico, aquella bestia pudiera protegerla de la realidad que caía a plomo sobre sus hombros. Rompió a llorar.

Un rato después, y algo más calmada, salió sin problemas del laberinto con la sensación de haber dejado dentro de él una parte de su alma y volvió a la recepción que tenía lugar en el gran salón. Decenas de personas se encontraban allí con sus mustias caras para la galería, comiendo, bebiendo y hablando entre ellos sobre la mujer que acababan de enterrar.

—Te acompaño en el sentimiento, Paula —le dio el pésame un antiguo amigo de la familia.

—Muchas gracias, Emilio —asintió, sin ganas.

—¿Cómo estás?

Se mordió el labio, en un intento por desenmarañar el cúmulo de emociones que se enredaban en su pecho. No existían palabras para describir lo que sentía.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

—La larga, claro. —Sonrió el hombre, dándole un manotazo de apoyo en el brazo.

—Era muy mayor y tenía la cabeza ida, ya lo sabes, pero era feliz en su mundo. Y yo era feliz escuchándola hablar de sus cosas, las de ellos. Siento… Siento que me he quedado sola —suspiró—. Sola de verdad.

—Ella no se ha ido, Paula.

—Lo sé. —Sonrió más firmemente, recordando su manera estrambótica de despedirse—. Pero bueno, las abuelas tienen que morir algún día, ¿no?

—La tuya debería haber vivido para siempre.

Paula agachó la mirada. Sí, ella debería haber sido eterna.

Por más que intentó retrasar el momento, se acercó al lugar en el que se encontraba su padre. Apenas levantaba la mirada vacía del suelo y bebía compulsivamente de su copa. La barba cana de varios días, su aspecto desaliñado, el pelo revuelto.

—Hola, papá, ¿cómo vas?

—Aquí, vivo, como todos los días. —Se encogió de hombros, desganado.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—A estas alturas, creo que lo es. —Respiró hondo y echó un vistazo hacia un rincón de la estancia. Paula lo imitó, viendo allí cómo su madre y su nuevo marido recibían también condolencias.

—Vamos, papá, han pasado más de diez años. ¿No te cansas de querer lo que no puede ser?

—Jamás —dijo con más ímpetu del que había gastado desde que se divorciaron.

—Tienes que rehacer tu vida. No te hablo de conocer a otra mujer o formar una familia —lo interrumpió antes de que él lo hiciera—, pero tienes que dejarla marchar.

—No puedo hacerlo, cariño. Es ella, es la mía, y no importa que ya no esté. Eso no cambia nada.

Paula aspiró con profundidad. Había perdido la cuenta de las veces que habían tenido esa conversación, pero él parecía obcecado en empeñar su alma por una mujer que se le había escapado de los dedos.

No recordaba haberlo visto sonreír desde la separación, y se había terminado por convertir en una sombra del que fue su padre. Siempre viviendo en un pasado al que no podía volver, pero que sentía que aún le pertenecía, haciéndosele la vida cada vez más pesada, cada vez más insoportable, cada vez más triste.

Del mismo modo que su abuela había tenido una locura feliz tras la muerte de su abuelo, la de su padre era de la peor especie: una depresión de matrioska, pero al revés. Aquello no paraba de crecer, de engullir a la pena anterior haciéndola insignificante a su lado, sin detenerse nunca. Se estaba consumiendo de puro desamor.

—Lo sé, papá, lo sé. —Le pasó una mano por la espalda para consolarlo por la muerte de su madre y la de su atribulado corazón.

—No lo sabes, y no podría decirte si eres afortunada o desgraciada por no saber nada del amor.

Sonrió con tristeza. No. Ella no tenía ni idea de lo que era el amor, *ese* amor, aunque se moría por descubrirlo. Se fijaba en cada mujer que se cruzaba en la calle, en el metro, en los cafés donde paraba a escribir algunas notas para sus novelas. Las miraba con detalle, buscando sus ojos, esperando que saltase esa chispa brutal de la que tanto había oído hablar. Lo deseaba con una intensidad inconmensurable, con verdadera ansiedad, pero aquello nunca había ocurrido, aunque claro, se decía, el amor verdadero no es una cosa fácil de encontrar.

No lo había vivido en carne propia, solo algún enamoramiento pasajero que clasificaba enseguida como poco relevante: apenas necesitaba intercambiar cuatro palabras con la chica en cuestión para certificar que no era la que andaba buscando. No podía serlo. Era un asunto entre ella y la magia, que se estaba haciendo de rogar. Como decía, ella no había vivido todavía ese amor que te ancla al suelo y hace que tu vida tenga, al fin, trascendencia, pero la teoría se la conocía al dedillo. Había pasado horas en la biblioteca de esa mansión renacentista en la que se había criado, leyendo cualquier cosa que tuviera que ver con el amor, que, de alguna manera, incluía a todos los libros del planeta. Solía dormirse, cuando era pequeña, con las historias románticas que le contaba su nana, aunque su favorita había sido siempre la que trataba sobre cómo se había enamorado de su abuelo. Nunca era la misma historia, ya que añadía en cada ocasión detalles nuevos más inverosímiles que la vez anterior, que poco importaba si eran ciertos o fruto de la idealización del tiempo, pues resultaban tremendamente bellos. Desconocía la historia real y terrenal, y estaba feliz con ello: al fin y al cabo, la vida es como una la

recuerda, no como realmente sucedió.

Se sirvió una copa de vino, alejándose del cielo nublado que perseguía la figura de su padre. Su desidia vital le consumía la energía. Se asomó a uno de los ventanales y bebió. Los pájaros huían de lo alto de los setos del laberinto, y pudo imaginarse perfectamente a su abuela correteando por allí espantándolos con su risa ruidosa. Ya la estaba echando en falta.

Al menos ya estás de nuevo con tu amor.

En sus abuelos fue donde ella depositó el ejemplo de lo que debía ser un buen amor. No se querían, sentían devoción el uno por el otro. Rara era la ocasión en la que se les veía separados. Una piensa que la llama se apaga con el paso de los años, derivando en una confianza casi fraternal entre dos personas que han estado juntas más de cincuenta años, pero viéndolos podar las rosas del jardín, riendo como chiquillos, una era incapaz de creer que eso fuera cierto. Se adoraban, del mismo modo que lo hacían sus padres antes de que a su madre se le diluyera el afecto, y ella aspiraba a sentir algo así de potente, tanto que durara la vida entera.

Cuando su abuelo murió, siete años atrás, la cordura de su abuela no lo pudo soportar y tomó el camino hacia atrás, en lugar del que miraba hacia delante. Retrocedió su mente hasta sus años más felices, que fueron todos los que compartió con él, y allí decidió quedarse. Podaba sola los rosales y reía a carcajadas, hablaba y bromeaba sin parar con la nada que para ella seguía siéndolo todo. Paula la observaba y sonreía, enternecida por que hubiera elegido una felicidad ficticia que, aun así, seguía siendo felicidad, a fin de cuentas. Le gustaba sentarse con un libro en las manos y escucharla charlando con él, o regañarlo por que hubiera dejado los zapatos sucios dentro de la casa. No importaba que él ya no estuviera, para ella sí lo estaba, y bastaba. Perdió la cabeza, pero no el corazón, y eso a ella, como nieta suya, le valía.

Sintió un cuerpo a su lado, miró de soslayo y se encontró a su madre en una pose muy similar a la suya.

—Estoy sufriendo por ti, hija —dijo en voz baja.

—No pasa nada, mamá. Es ley de vida.

—¿Te sirve ese cliché?

—En absoluto —rio entre dientes.

—Pues deja de decir estupideces, tienes derecho a estar rota. Estabas más unida a ella que a mí —bufó, fingiendo disgusto.

—Eres una celosa.

—Celos de madre. Pánico me da pensar en cuando te enamores.

—¿Por qué?

—Porque llega una persona que te conoció en la calle, te coge y te lleva con ella.

—No te pega tener el síndrome del nido vacío a estas alturas. —Le pasó el brazo por los hombros—. Me fui de casa hace mucho y todavía no ha venido ninguna entrometida a llevarme a ninguna parte.

—El día que dejes de buscar la encontrarás. No sé ya cómo tengo que decírtelo.

—El que la sigue la consigue.

—¿Esto es una pelea de frases hechas? Porque tengo muchas. —Paula volvió a reír.

—¿Cómo es perder a una suegra?

—Perder a una suegra como tu abuela es duro. Andrea era una mujer muy especial.

—Sí que lo era —tragó saliva con dificultad. El nudo se le apretaba al escuchar a su madre hablar así de ella.

—No tengo palabras para consolarte, hija, pero tengo un abrazo, si te vale —preguntó con cierta inseguridad en el rostro.

Paula la apretó hasta levantarla del suelo, aprovechando su mayor altura. A pesar del divorcio, su madre había seguido teniendo una relación muy cercana con su exsuegra, valoraba el vínculo estrecho que la unía con su única hija y consigo misma. Andrea era una mujer de carácter, pero dulce y cálida con todo el que tenía un hueco en su corazón, y charlar con ella cuando tenías una preocupación era la cura para todo mal. Poseía una sabiduría que traspasaba lo cotidiano, como si viniera de vivir mil vidas y tú hubieses tenido la suerte de haber coincidido con ella en esta.

Sí, cualquiera que la conociera pensaría que había tenido mucha suerte.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó cuando rompieron el abrazo.

—Volveré a mi piso, esta casa es demasiado grande para una sola persona.

—Antes solo estabais las dos, y no siempre.

—Pero ella la llenaba, ya sabes. —Frunció el ceño—. Vendré de vez en cuando para cuidar los rosales.

—Yo plantaría alguna otra planta en el parterre de allí. —Le señaló una zona del jardín, justo enfrente del laberinto.

—Algo se me ocurrirá.

Un tiempo después, Paula se despidió de los rezagados que quedaban y cerró las enormes puertas de entrada. Aquella casa era

suya, pero estaba llena de fantasmas del pasado, y ella, a base de ver los errores familiares, decidió que debía mirar hacia el futuro para no quedarse estancada en un momento infinito. Se despidió del servicio con cariño y se subió al coche.

Cuando entró en su piso, apenas habitado desde hacía años y solo visitado las veces que la noche de la ciudad la había pillado sin posibilidad ni ganas de hacer todo el trayecto hasta las afueras, se le hizo inmenso, como el vacío en su pecho.

Esa noche, en una cama que apenas sentía ya suya, soñó con su nana, quien podaba las rosas con su amor en un jardín en el que nunca se acababan las flores.

2

La muerte, además de la pena inherente a la pérdida, supone un papeleo terrible. Se iba una de la vida y dejaba tras de sí todo lo que había sido resumido en unas cuentas bancarias, un número en la seguridad social que ya no servía para nada y una burocracia insoportable que los seres queridos tenían que afrontar con el corazón roto.

Paula llevaba dos semanas sin parar, entre bancos, sucursales de telefonía y notarios, relevando a su padre, que bastante tenía con sobrevivir a sus días eternos, de la pesada tarea. Habían decidido mantener el servicio de la mansión activo para no dejarla morir también mientras pensaban qué hacer con ella, y Paula, tras darles a los empleados la agradable noticia y recibir los agradecimientos de quienes llevaban allí trabajando toda su vida, pudo al fin escapar y encerrarse en su habitación a llorar por no sabía qué.

Se tumbó en la cama, tapando el llanto con el antebrazo y dándose tiempo para descargar esa frustración de haber visto desaparecer el muro que lo sostenía todo para ella. Parecía que aquella sensación no se acababa nunca.

Recordó cómo había decorado con su nana aquel dormitorio de invitados para hacerlo más acorde a su edad, para alejarlo del aspecto majestuoso que teñía cada rincón de la casa y dejando únicamente el tapiz que cubría una de las paredes. Aún había algunos pósteres de los grupos de los noventa que tanto le gustaban y un baúl lleno de juguetes de cuando era pequeña.

La caja de música que su abuela le regaló a sus dieciocho, depositada sobre sus manos como si contuviera la madurez que la mayoría de edad le iba a requerir, descansaba sobre la cómoda. De niña, contaminada por las locas historias de su abuela, se angustiaba pensando que la música sonaba y sonaba en su interior aunque ella no la abriera, y había pasado horas escuchando su melodía a la espera de que, por pura magia, cambiara en algún momento. No se lo quería perder. Pero nunca nada lo había hecho. A sus treinta y un años, había entendido que la música no iba a variar, sino solo su manera de sentarse a escucharla. Tendría que detenerse a descubrirla de nuevo,

quizá entonces notara el matiz que siempre se le había escapado.

Se levantó de la cama y se acercó hasta ella. Tocó la madera oscura, deslizando sus dedos por la rosa tallada con mimo en la tapa, y rememoró las palabras de su abuela, mucho antes de que se la regalara, una tarde cualquiera de primavera en la que se la encontró en su habitación, sentada como una niña buena, con sus manitas en las rodillas sin tocar nada, moviéndose solo para darle cuerda cuando se detenía.

—¿Te gusta?

—Es preciosa —dijo sin quitar los ojos de la bailarina.

—La caja la hizo tu abuelo, ¿lo sabías?

—¿De verdad? —preguntó, ahora sí, mirándola con los ojos muy abiertos.

—De verdad. Cuando nos conocimos, se fue a buscar el árbol del que nacen todos los rosales del mundo y…

—¿Los rosales nacen de un árbol?

—Sí. Es un árbol gigante, con un tronco tan ancho que ni diez hombres podrían rodearlo cogidos de las manos —inventó, inyectando en su agitada mente aquella imagen—. Y tu abuelo fue a buscarlo.

—¿A dónde? —preguntó con un hilo de voz, obnubilada por aquella fábula que para ella era tan cierta como la existencia del sol.

—Nunca me lo dijo, pero lo encontró, y de su tronco robó un pedazo.

—Eso no se hace. —Frunció el ceño, disgustada con su abuelo. Cuando lo viera lo iba a regañar por herir al pobre árbol indefenso.

—Los árboles se curan solos con un poco de tiempo, como las personas. —Le tocó el pecho con un dedo, señalando su corazón—. Cuando tú lo encuentres, verás que casi no se nota el lugar en el que el abuelo cogió su parte.

—¿Qué hizo con la madera?

—Talló esta caja —la acarició con suavidad—, y en ella me entregó su amor.

—¿Y dónde está? —Buscó con su mirada algo que se escapara a su comprensión, pero allí solo había botones desparejados y un broche de cobre.

—En los rosales que podamos juntos, claro. —Sonrió—. El amor hay que cuidarlo todos los días.

Paula salió de aquel recuerdo y la abrió. La bailarina empezó a girar con esa melodía que sonaba siempre, aunque ella no estuviera escuchando. Nunca entendió por qué su nana le regaló la caja de

música de su amor, a pesar de haber descubierto, con los años, que no existía ningún árbol de rosas y que, con aquel cuento, solo trataba de introducirla en el maravilloso mundo de los asuntos del corazón. Fue al marcharse él cuando comprendió que era su manera de pasarle el relevo para hallar un amor tan puro como el que ellos habían tenido.

De tanto escuchar a su abuela hablar sobre aquel sentimiento poderoso, se había convertido en una prioridad para ella, muy por encima de cualquier otra meta en su vida, pero en aquel momento de hacía más de diez años, con la caja recién entregada en sus manos, sintió sobre su espalda la responsabilidad de corresponder aquella fe que su nana tenía en que encontrara a alguien que fuera digna de que depositara su amor en una caja para ella.

Suspiró y echó un vistazo al enorme tapiz. Había elegido aquella habitación para sí únicamente por él, pues de pequeña pasaba muchas tardes allí, incluyendo al animal tejido en sus juegos inocentes. Debido a aquella fascinación por «el toro», como ella lo llamaba, su abuela gastaba horas explicándole el mito cada vez que Paula se lo pedía.

En la imagen que tenía frente a sus ojos, se veía al minotauro solo en medio de un enorme laberinto —en el cual su abuela se había inspirado en su juventud para que construyeran una réplica en el jardín—, esperando la llegada de Teseo para terminar con su vida. La figura del hombre estaba ya muy próxima a su encuentro, y la bestia parecía saberlo, pues en su rostro había una mezcla de furia y terror, conocedor de su cercano final.

Viéndolo con sus ojos de niña, no entendía la animadversión general hacia ese animal abandonado, allí solo, que aguardaba la muerte por algo que él no había elegido. A medida que fue creciendo y asimilando el significado del mito, aceptó que su condición lo condenaba y no lo exoneraba de su parte de culpa. Pasó de provocarle ternura a tenerle miedo, y la parte incomprendida y desubicada de sí misma que siempre se había sentido identificada con el minotauro fue evolucionando a su vez.

El animal permanecía escondido, al igual que ella, solo que, en vez de en un laberinto enrevesado, lo hacía en una enorme biblioteca llena de pasillos de techos inalcanzables, rodeada de libros que hablaban sobre algo que no llegaba a entender, pero que se moría por sentir debajo de la piel, atrapada en un universo de fantasía alejado del mundo real que dejó de ser su lugar favorito para convertirse en su quimera particular.

La desazón que le producía su ansia de encontrar el amor y no conseguirlo, la confianza que sentía que su abuela había puesto en ella

para ese fin desde que le entregó la caja de música, el pavor a hallarlo y no saber muy bien qué hacer a continuación con su vida después de tantos años dedicados a una búsqueda incansable, y el resultado fatal que el desamor había provocado en la cordura de su familia hicieron que, tras un tiempo desligada de él, se viera de nuevo en la mirada angustiada del minotauro, modificando su conexión al mismo tiempo que nacían sus miedos.

Cambió su percepción de él y de sí misma, y sustituyó el temor de que llegara alguien que quisiera matarlo por un deseo enfermizo de que apareciera por fin. En su mente siempre efervescente, se le dibujaba como una mujer valiente, una heroína deseosa de terminar con el terror que el animal estaba causando, solo que, en lugar de en una ciudad atemorizada, lo hacía en el corazón en prácticas de la muchacha asustada que era Paula.

Esa mujer sería como el Teseo del mito, la encargada de liberarla de la condena que todos esos factores habían impuesto a su alma, y ella misma, el minotauro: la dualidad entre lo humano y lo salvaje, entre su apasionada búsqueda del amor y su miedo irracional a encontrarlo, a perderlo.

Había apostado todo a una carta, a la esperanza casi ingenua de que llegara quien la salvara de su propia bestia interior, y se había acostumbrado a la idea de que solo le quedaba esperar que un día, por pura suerte, apareciera.

Cerró la caja de música y acercó el oído, como cuando era una niña. No escuchó la música en su interior y sonrió, agitando la cabeza con resignación.

Decidió quedarse a dormir en la mansión y permanecer unas horas más en el mundo imaginario que su abuela había creado para ella. Aunque hubiera resultado duro reconocer que las expectativas románticas que su nana le había inculcado formaban parte de sus temores más profundos, se sentía tremendamente atraída por ellas. Allí había creído en la magia y en la felicidad absoluta de quien tiene el corazón pleno, y quería permitirse la paz de espíritu que le proporcionaba estar en un sitio en el que aquello parecía estar al alcance de la mano.

A la mañana siguiente, tras desayunar en la cocina con el resto de los empleados de la casa, que más bien habían sido parte de su familia, decidió salir a dar un paseo por los terrenos que ahora le pertenecían. Había una arboleda frondosa en la parte norte que, según las leyendas que había escuchado desde que nació, estaba infestada de mujeres loba y ángeles sin alas que cantaban los boleros favoritos de

su bisabuelo. A pesar de haber descubierto que eso no eran más que cuentos de terror para asustar a los críos, seguía dándole cierto miedo aquel pequeño bosque, pues se cubría de niebla en las noches frías y resplandecía ligeramente en la oscuridad cuando había luna llena.

Un poco más allá, entrando casi por casualidad en la parcela, un río ancho y caudaloso de aguas tranquilas y verdosas separaba su terreno del colindante, abrigado por una espesa vegetación que lo escondía de la vista de quien no sabía que se encontraba allí. Para llegar había media hora de paseo que Paula no dudó en recorrer. Por más que hizo rebotar tres piedras planas sobre el agua en tres ocasiones consecutivas, no vio surgir a ninguna ninfa encantada de entre los nenúfares. Al parecer, el conjuro dejaba de tener efecto con la suma de los años y la consecuente pérdida de la imaginación, pues podría jurar que de pequeña la había visto emerger entre las aguas.

Lo intentó unas cuantas veces más, alcanzando con sus piedras la otra orilla, y observó cómo una de ellas, la que había lanzado con más potencia, seguía saltando por encima de la tierra hasta perderse de vista. Deambuló de vuelta, contenta con su hazaña, y rodeó el enorme laberinto. Escuchó, mezclada con el viento, la risa de su nana espantando a los pájaros, tan tenue que podría perfectamente habérsela imaginado, pero dejó que su espíritu mentiroso, el de ella, volviera a llenarle las venas de lo que no podía ser y decidió que sí, que la había oído y que, si se aventuraba a entrar, la vería bailando con su vestido floreado por los pasillos.

Se dejó la parte del jardín repleta de flores, el invernadero de cristal y la zona de la piscina para otro paseo, pues empezaba a hacérsele tarde. Paula se despidió de todo el mundo y condujo hasta su apartamento. Una ducha reparadora, el pelo castaño claro secado al viento, las pecas especialmente marcadas debido al sol que había lamido su rostro durante la mañana, ropa cómoda y la calle para verla pasar.

Caminó sin prisa por el centro, con los auriculares a todo lo que daban y una extraña sensación de expectativa en el pecho, como cuando estás esperando con ansia una noticia de esas que te ponen la vida patas arriba. Parecía que su organismo estaba alerta por algún motivo que no llegaba a entender. Lo achacó a la ansiedad propia de quien, tras una situación extrema como lo es la pérdida de un ser querido, se relaja con el paso de las semanas y se ve atacada de repente por todos esos sentimientos que una deja para después por no poder atenderlos en ese momento. El ir y venir, entre testamentos y reuniones familiares para resolver el legado de la matriarca, no le

había dado un minuto de descanso y, ahora que ya parecía todo encaminado, se daba cuenta de que no había tenido tiempo de ocuparse de su entristecido corazón.

Laura, su mejor amiga desde el instituto, la esperaba en la puerta del restaurante con su sonrisa tranquilizadora, un abrazo curativo y su melena rubia mucho más corta de lo que recordaba. Llevaba sin poder verla desde el día del entierro, en el que estuvo allí, como un faro, a la espera de que el barco de su melancolía buscara un lugar donde atracar. A veces una amiga solo está, ahí, sin necesidad de emotivos monólogos ni palabras de consuelo que no alcanzan. De pie a tu lado y nada más.

—Las ojeras te sientan de pena.

—Yo también me alegro de verte.

Fueron conducidas a su mesa tras el saludo protocolario, pidieron una botella de vino antes siquiera de sentarse y miraron la carta para elegir. Laura cerró los ojos, señaló una de las páginas al azar, y eso fue lo que pidió, haciendo reír a su amiga, que falta le hacía.

—¿Qué harás cuando seas una famosa actriz y tengas cenas con peces gordos de la industria?

—Lo mismo que hago siempre, guapa. La fama no me cambiará —aseguró con dignidad.

—Menos mal que la gente del faranduleo es rara.

—Prefiero decir excéntrica, queda mucho más interesante. —Bebió de su copa de vino—. ¿Qué se siente al ser una rica heredera dueña de una mansión de ensueño?

—Pues la rica heredera tiene las uñas llenas de barro de la orilla del río. Menos mal que llevo la manicura francesa, porque seguro que parecen mejillones.

—¡Eres una cerda! —Se tapó la boca para que no se le saliera el vino por la nariz.

Y ya está. Un par de frases y Laura ya había pasado por encima del tema sensible en la vida de Paula, con la ligereza propia de quien no necesita preguntar para saber. Comieron poniéndose al día de las cosas mundanas, sin querer profundizar demasiado en aguas más turbulentas, al menos de momento.

—¿Cómo llevas el libro?

—Abandonado. Con todo lo de mi abuela no he tenido la cabeza en su sitio.

—No la has tenido nunca, Pau, ya era hora de que alguien te lo dijera. —Dio un sorbito a su infusión—. Pero eres una chica muy simpática —comentó, fingiendo estar impresionada.

—Y tú muy imbécil, cariño. —Le lanzó un beso y probó su café.

Se miraron con los ojos entornados por encima de sus bebidas, evaluándose y congratulándose de volver a su dinámica de siempre, sin incómodos silencios, condolencias violentas ni pies de plomo. Una nunca sabe exactamente cuándo termina un duelo y, aunque de todos es sabido que no hay boda sin lágrimas ni funeral sin carcajadas, nunca queda del todo claro en qué momento la persona que ha sufrido la pérdida se da cuenta de que, bueno, la vida sigue. Hay como un *impasse*, un punto muerto que no aparece en la línea de tiempo de cada una, un espacio en blanco que la memoria se salta cuando tira hacia el pasado, y que comprende esos días, semanas, en las que todo queda detenido mientras vas asimilando los pequeños cambios que suponen la ausencia definitiva de alguien a quien amas.

Según la opinión de Laura, su amiga ya estaba al otro lado de ese pequeño paréntesis temporal.

—La notaria, al final, ¿era tan hermosa como lo era su voz? —imitó el tono intenso de su amiga y se llevó una mano al pecho con teatralidad.

—Seguramente en los años setenta fuera toda una belleza.

—Qué lástima. Otra más a la lista de lo que pudo ser y no fue. —Cabeceó, frunciendo los labios.

—La lista más larga del mundo —suspiró, recostándose en la silla y removiendo el café distraídamente.

—Podrías basar tu libro en esa lista. Una pobre escritora en busca del amor tiene un listado de nombres que va tachando tras cada corazón roto.

—Seguro que la elegida es el último nombre de esa lista —se lamentó.

—Pues que empiece por el final. —Le guiñó un ojo.

Paula la miró, ladeando la cabeza. *Así de fácil*. Su amiga tenía la capacidad de poner cada cosa en su lugar, de retirar con soltura todo lo que una se cargaba a cuestas sin necesidad, desenmarañando las enredaderas de lo accesorio y dejando los problemas al desnudo. Lo cierto era que, vistos así, no parecían para tanto.

—¿Sugieres, entonces, que vaya directamente al final de la historia?

—Te sugiero, maldita pedante, que dejes de buscar un imposible idealizado por las historias turbias de tu abuela muerta y eches un polvo de una vez.

A Paula no le quedó más remedio que estallar en carcajadas con semejante demostración de su franqueza brutal. La verdad era que

tenía mucha razón. No es que ella no hubiera tenido aventuras ni relaciones. Al contrario, siempre que sentía una conexión similar a la que ella esperaba que le pusiera el corazón del revés, iba con todo a por la chica en cuestión, se enamoriscaba de ella primero, la conocía después y, cuando descubría que algo tan descafeinado, tan poco trascendente, no podía ser el final de su búsqueda, se despedía con educación y volvía a sacar su catalejo de pirata, para localizar a la siguiente mujer de su vida.

Lo cierto era que tardaba poco en comprender que la elegida no podía ser esa chica eventual que acabara de conocer, que esa fuerza endemoniada del amor definitivo, del para siempre que traspasaba la frontera de lo lógico y de lo terrenal, en nada se parecía a un sentimiento tan calmo y predecible que, en lugar de crecer, se quedaba congelado en un instante donde lo único que conseguía con el calor del lecho compartido era provocar un deshielo que lo hacía desaparecer.

Tampoco era mujer de alargar lo que de nada servía. No pensaba conformarse con un sí pero no, y menos después de haber comprobado con sus propios ojos que ese amor con el que tanto había soñado y que tanto deseaba sentir existía en la realidad. Lo había visto en su propia casa, y a esa creencia demente se aferraba con todas sus fuerzas. Era lo único que deseaba realmente en su vida, y no iba a tener tan mala suerte de que justo fuera eso lo que no pudiera conseguir, ¿no?

La estadística, el azar y la mala o buena suerte se andaban frotando las manos.

—¿Cómo lo estás llevando? —le preguntó Laura, algo más seria, cuando salieron del restaurante.

—Es un poco raro. Al principio era como si no hubiera pasado nada, pero según pasan los días voy siendo más consciente de que no va a volver.

—Podría hacer un Rafiki y decirte que ella vive en ti —imitó la voz del mono de *El rey león*—, pero ya sabes que no me van mucho las cursiladas.

—Y menos mal, no soportaría a una persona como yo. —Soltó un suspiro y se miró los pies—. La echo mucho de menos.

Laura se puso de puntillas para pasar el brazo sobre los hombros de su amiga, bastante más alta que ella, la apretó contra su costado y dejó un beso en su pelo. Ella era de las pocas personas que conocía la relación tan especial que habían mantenido abuela y nieta, y sabía cómo de perdida debía de sentirse sin tener a su nana a una llamada de distancia.

—Es bonito eso.

—Sí que lo es. —Le dedicó una sonrisa de labios apretados.

—Y ¿qué vais a hacer con la mansión?

—De momento mantenerla como está hasta que el servicio se jubile. Llevan allí toda su vida. Luego ya veremos.

—Podrías vender tu piso y trasladarte. Va mucho con tu rollito de escritora maldita vivir en un caserón deshabitado.

—Intento mantener el equilibrio entre lo real y lo imaginario y me está saliendo regular, así que la opción de vivir allí ni la contemplo.

—¡Podrías construir una casa encantada! —dijo, como si fuera la mejor idea del mundo.

—¡O el parque de bolas más grande de Europa! —se dejó llevar por su ilusión infantil.

—Con tanta escultura no lo veo, Pau. Es peligroso para los niños, ¡¿es que nadie va a pensar en los niños?!

—A mí me gustaría más una escuela de magia. ¿Te imaginas?

—Le falta el campo de Quidditch.

—Pero el laberinto lo tenemos.

—¿Para qué queremos un laberinto?

—¡Para jugar el Torneo de los Tres Magos! —exclamó Paula con obviedad.

—¡Hostia, es verdad! ¡Todo encaja!

Laura consiguió su cometido y, tranquila al ver que dejaba a su amiga más animada de lo que se la había encontrado, se despidió de ella con dos besos y la promesa de llamarse para el fin de semana.

De vuelta a casa, con un peso menos en su espalda gracias a la despreocupación que la presencia de Laura siempre le infectaba en el organismo, la escritora, con los auriculares puestos y las manos en los bolsillos, disfrutando del aire fresco de aquella noche de marzo, se dedicó a observar a las mujeres con las que se cruzaba, pero con un matiz distinto esta vez. No buscó esa chispa brutal con la que tanto fantaseaba, como hacía siempre, sino que se limitó a observarlas con unos ojos que no eran los suyos, como separada de su propio cuerpo, sin búsquedas ni anhelos, simplemente con las pupilas depositadas en una piel que no ansiaba conocer, observando la vida que palpitaba en ellas sin pensar en cómo sería ese camino ilusionante de aprenderse sus horarios, descubrir sus rituales de antes de dormir, sus pequeños traumas infantiles, sus filias, sus fobias y esas cosas que no se le cuentan ni a una madre.

Solo compartió una sonrisa con ellas, como deseándoles algo mejor de lo que era ella misma: una mujer solitaria y obsesionada con lo

único que no podía obtener a su antojo.

Se lanzó sobre su enorme cama con un chándal lleno de manchas de lejía que aún conservaba de cuando tenía unos cuantos kilos más. Parecía nadar en él. Se quedó bocabajo con los brazos estirados en cruz, pensando en la manera de preservar esa levedad de espíritu que la invadía cada vez que pensaba con la mente de Laura.

En realidad, no era tan difícil, solo tenía que limitarse a vivir, a disfrutar del presente en lugar de agobiarse por un futuro incierto que no podía controlar, pues tenía la sensación de llevar corriendo hacia delante, sin parar, desde que aceptó el testigo que su abuela le entregó junto a la caja de música y, sin embargo, encontrarse siempre en el mismo maldito lugar.

Devoraba sus relaciones buscando un sabor concreto, sin detenerse a paladear aquello que, aunque no era lo que buscaba, resultaba igualmente delicioso. No, ella lo desechaba sin dedicarle ni un bocado más, como si fuera una pérdida de tiempo, como si todos sus esfuerzos tuvieran que ir enfocados en una única dirección. Empezaba a tener la sensación de estar perdiéndose experiencias y personas por una meta que nunca parecía estar más cerca. Seguía teniendo los mismos amigos y amigas de siempre, sin ampliar en absoluto su círculo, sin querer presentar nunca a mujeres que no iban a permanecer mucho tiempo en su vida, encerrada en una vida imaginaria que nunca llegaba a darse y que estaba dejándole una frustración seca en la garganta.

Laura tenía razón, debería dejar de ser tan radical en su manera de afrontar la vida, apreciar también la escala de grises que unía el blanco con el negro y dejar de intentar saltar de un extremo al otro de esa línea que ella siempre había relacionado con la mediocridad. No. Estaba decidida a pisarla, a hacerse un nudo con ella en los tobillos, a enroscársela al cuerpo y, por una vez, pararse a mirar todo lo que la estaba rodeando en lugar de mantener la vista fija en un punto del horizonte que nunca había estado a su alcance.

Quizá no todo iba de gente trascendente que le cambiara la vida, sino también de personas que andaban por el medio tan solas como ella.

3

Despertó con la misma sensación de desubicación que si acabara de aterrizar en el planeta Tierra. ¿*Aterrizar en la Tierra* se considera redundante? Ese fue su primer pensamiento de aquel martes, por lo que las expectativas eran altas: el día solo podía ir para arriba.

Se dio una ducha para quitarse los pájaros de la cabeza y se echó un vistazo en el reflejo distorsionado del espejo empañado, con una toalla alrededor de su melena y una cara de sueño de mucho cuidado. Su cerebro seguía en fase REM.

Estuvo quince minutos sentada en el borde de la cama sin animarse a coger algo de ropa y empezar el día. Se dio cuenta, mientras miraba a través de la ventana, con las bragas a medio poner, de que la vida había continuado sin ella y que ya empezaba a reclamar su presencia, tirando de su cuerpo con la fuerza centrífuga del mundo que no paraba de girar. Había dejado todo en suspenso desde la muerte de su nana, pero no podía alargar aquella pausa eternamente. Aquel despertar extraño era una buena prueba de ello.

Se subió al tren que pasó frente a su cuarto, se vistió como si fuera a hacer algo importante, cogió su portátil y se marchó a desayunar al bar que había al final de la calle. Llevaba prácticamente tres semanas sin aparecer por allí y ya lo extrañaba.

Era un lugar de poco tráfico de personas en las horas centrales del día, pero que por las noches se llenaba de oficinistas que salían del trabajo con ganas de tomar una cerveza, picar algo y desconectar. Sin embargo, cuando ella iba, aquello era un remanso de paz.

Tenía dos plantas y ella solía situarse en la de arriba, vacía la mayor parte del tiempo. Sabía que era un incordio para las camareras tener que andar subiendo y bajando las escaleras por ella, pero realmente el altillo de ese bar tenía ese *je ne sais quoi* que conseguía desatascar su cerebro cuando tenía una novela en punto muerto. Iba allí a ver a la gente pasar por la calle desde el gran ventanal que ocupaba su sitio predilecto, a inventarles vidas y circunstancias con solo una ojeada a sus rostros, a que le inundara el olor a café de la barra de abajo, a dejar la mente en blanco e inspirarse.

Era un sitio de madera, de los de siempre, que había pasado de

garito a la última en su inauguración a bar de viejos durante los duros comienzos de los dos mil. En el presente, había sido rescatado del ostracismo por los nostálgicos de lo *vintage* y estaba recuperando el resplandor de sus años mejores gracias a ese aire rústico de las plantas colgando de las paredes y las sillas desparejadas. A Paula, sencillamente, le encantaba. Se sentía en casa.

Nada más entrar, fue casi tirada de espaldas contra el suelo por la dueña del local en un abrazo que por poco le hace saltar los ojos, de tan fuerte.

—Ay, niña, lo siento muchísimo.

—Muchas gracias, Lola —correspondió, apretando el abrazo—. ¿Cómo te has enterado?

—Llevabas unos días sin venir y yo me preocupé. —Paula sacó la cara del cuello de la mujer y la miró, divertida—. Convencí a mi hija para que mirara en el internet si te había pasado algo y me dijo que con tus apellidos solo salía lo de tu abuela.

—Eres una *stalker*. —Soltó una risotada al ver la cara de incomprensión de Lola—. Significa que eres una cotilla de las redes. ¿Ha vuelto tu hija a España?

—Sí, hace dos semanas. Ya era hora, no me llegaba la camisa al cuerpo de pensar que estaba por ahí, perdida de la mano de Dios.

—Me alegro mucho. —Le apretó el hombro—. Ya tienes a tus dos niñas por aquí.

—Pues sí. Ahora te mando a la chica nueva para arriba, que tengo a Raúl de baja.

—¿Ya ha sido papá? —preguntó emocionada.

—Sí, mira. —Sacó su teléfono, se colocó las gafas que le colgaban del cuello y le enseñó una foto—. Es una ricura esta niña, hay que ver lo espabilada que está ya.

—Es preciosa —dijo sin apartar la mirada del bebé—. Cuando hables con él, dale la enhorabuena de mi parte.

—Pues claro. ¿La mesa de siempre y el desayuno de siempre?

—Sí, por favor.

—Ahora te lo llevamos.

Subió las escaleras, soltó la mochila junto a la pata de su mesa y sacó en primer lugar su libreta de ideas y un lápiz. Lanzó la mirada por el ventanal y un suspiro profundo: viendo a la gente ir y venir se daba cuenta de que sí, en efecto, la vida seguía, imparable.

Tan perdida estaba en sus pensamientos, que no advirtió la llegada de la camarera, que tuvo que carraspear para hacerse notar.

—Buenos días.

Paula levantó la vista y el suelo tembló bajo sus pies al chocar contra los ojos de la morena que esperaba de pie a su lado para dejar las cosas sobre la mesa. Se le puso el estómago en la garganta y la garganta en el desierto. Sintió su alma escapársele del cuerpo y se sorprendió al verla girar alrededor de la chica como el humo se arremolina por encima de una hoguera, como si su centro de gravedad se hubiera independizado de la Tierra para ir a posarse sobre esa menuda figura que la miraba con extrañeza. Percibió los colores más intensos al compartir espacio con sus ojos negros y se calló el trasiego de la calle solo para aguardar que ese momento terminara en paz, sin interrupciones mundanas.

Abrió los labios para decir alguna cosa, pero nada se le ocurrió que mejorara el silencio a plomo que presionaba sus oídos, solo roto por el acelerado bumbúm de su corazón.

Un espadazo partió su pecho a la mitad y bajó la mirada, aprovechando el tiempo detenido en aquel bar, para ver brotar de la herida una rosa.

—¿No es lo que habías pedido? —preguntó la muchacha, afectada ya por el peso de la bandeja.

—Sí, sí —tuvo que toser para deshacer el nudo de su voz—, perdona.

—Menos mal —resopló, colocando la taza tintineante sobre el plato enfrente de ella—, no quiero liarla más en mi segunda semana.

—No, es… es perfecto —murmuró sin apartar su intensa mirada de las facciones marcadas de su rostro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó tras colocar las tostadas en la mesa, abrazando la bandeja.

—Mejor que nunca.

—Eh… Estupendo, que aproveche.

La chica frunció el ceño y negó con la cabeza mientras volvía al piso de abajo. *Qué tía más rara*.

Paula se acercó con sigilo a la barandilla de madera, que funcionaba como balconada del piso alto, para observarla el mayor tiempo posible, sin pensar en su aversión al café frío y a las tostadas resecas. Apoyó los brazos en la madera y el mentón sobre ellos, contemplando cómo se perdía tras la barra y bromeaba con Lola. Acogió en sus pulmones todo el aire del local y lo fue soltando lentamente en un suspiro que parecía que no fuera a terminar nunca. Recuperó la vertical cuando cayó en la cuenta de que podían descubrirla, dio la espalda a las mejores vistas de su vida, se guardó la flor entre la ropa, cerró un botón más de su camisa para que nadie

pudiera ver el destrozo que había hecho en su carne y volvió a su mesa dispuesta a deshacerse de todas sus ideas previas para la nueva novela: ya no las iba a necesitar.

—Súbele esto a la chica de arriba —dijo Lola, sirviendo una copa de vino blanco y un platito de almendras.

—Pero si no ha pedido nada —se extrañó.

—Tú hazme caso.

—¿Siempre tiene la misma rutina o qué?

—Sí. Es escritora —dijo en voz baja, como si eso lo explicara todo.

—Ah, claro, y las escritoras beben una copa de vino a media mañana —se burló.

—Cosas de artistas. Anda, tira.

Miró hacia arriba antes de coger la bandeja y la vio escribiendo totalmente ensimismada en su ordenador. Arrugó la frente y reanudó su tarea.

Tuvo que volver a carraspear para sacarla de su mundo e, inmediatamente, antes siquiera de alzar la vista, la observó cerrar el ordenador de un golpe y, después sí, dejarse engullir por su mirada. Parecía que quisiera darse ese gusto sin distracciones.

—La jefa me ha pedido que te suba esto —dijo en tono de disculpa.

—Sí, muchas gracias. Vengo mucho por aquí, me conoce bien. —Sonrió con ilusión. Ni pestañeaba: no quería perderse ni un segundo de su presencia.

—Me ha comentado que eres escritora. —Dejó la copa y el plato sobre la mesa, con cuidado de no manchar su caro ordenador.

—Sí. De libros. Quiero decir, que podría ser escritora en un periódico, o escritora de esquelas… Bueno, hay muchas cosas sobre las que ser escritora… Joder —detuvo su verborrea con las mejillas encendidas—. Libros, escribo libros.

—¿De texto, para el cole? —se atrevió a bromear con ella al ver su reacción tan vergonzosa.

—¡No! —dijo en voz demasiado alta—. Perdón. No, son libros para leer, ya sabes.

—Todos los libros son para leer. —Se mordió los labios para no sonreír.

—Novelas, son novelas, para leer con una copa de vino —entró en su juego para dejar de parecer una desquiciada.

—¿Vino blanco? —Entornó los ojos, satisfecha por el cambio en su actitud.

—Hay partes a las que les va mejor un tinto.

—¿Debería pedirte un autógrafo?

—Es evidente que no. —Soltó una risita y se rascó la nuca.

—Disfruta del vino, entonces.

Le dedicó una sonrisa sin dientes y volvió a bajar. Antes de entrar a la cocina, se volteó y la descubrió de pie junto a su mesa, mirándola con una sonrisa de lado y un brillo tal en los ojos que la deslumbraba desde allí arriba.

Definitivamente, es una tía muy rara.

Paula, sobre la hora de comer, sabiendo el aumento considerable que habría en la clientela, decidió marcharse a casa y cocinar algo por su cuenta. Bajó las escaleras con parsimonia, sujetándose al pasamanos para no perder el equilibrio, pues la vista no la tenía en los escalones, sino en la misteriosa camarera que había entrado en su pecho como un elefante en una cacharrería. Sonrió como una estúpida cuando la chica elevó la mirada del fregadero, y se acercó a ella con más miedo que vergüenza, sin saber muy bien cómo despedirse de esa mujer que le había robado el ritmo calmo de su frecuencia cardíaca. Decidió salir sin más, dudosa de la potencia de su voz y de la paz de su alma, por lo que le dijo adiós con un gesto de cabeza y se dispuso a salir a la calle.

—¡Espera! —la llamó cuando estaba ya fuera del local.

Paula se dio la vuelta muy lentamente, con el tiempo pausado de nuevo a su alrededor y una música que no había escuchado jamás sonando por todas partes. El viento azotó su pelo al tiempo que terminaba de girarse a cámara lenta. Los ojos muy abiertos de anticipación, una sonrisa trémula que no se atrevía a ser del todo en sus labios y una esperanza sin nombre calentando su corazón. La chica sonreía, con el flequillo alborotado por la carrera que se había dado, apoyando las manos en sus rodillas para tomar aire antes de, al fin, hablar.

Paula tragó saliva. Tenía la misma sensación que había imaginado que tendría el día que conociera a su alma gemela. Estaba sucediendo justo delante de sus ojos.

—Te has olvidado de pagar la cuenta.

O no.

—¿La… la cuenta? —Su cerebro buscó una y mil posibilidades en las que aquello fuera un juego de palabras romántico, pero ni siquiera su mente predispuesta a la magia fue capaz de encontrar algo donde rascar.

—Claro. El desayuno, las tostadas, el vino… —Le tendió la nota con amabilidad.

Paula miró el papel, la miró a ella, volvió los ojos al papel, le dio

la vuelta esperando su número de teléfono en el dorso, un corazón pintado con lápiz, su nombre con dos puntos y un paréntesis sonriente. Algo. Pero nada encontró allí. *Es imposible que no haya notado lo que acaba de pasar.*

—Lola y yo… esto… tenemos un trato. Ella lo va apuntando y yo le pago a final de semana. Tiene mucho lío a la hora de comer y decidimos hacerlo así para no molestarla a ella y no tener que esperar yo —le explicó con la mayor mueca de desconcierto que hubiera puesto su cara jamás. Aquello no podía ser verdad.

—Ah, pues entonces perdona. Madre mía, qué cagada. —Miró a los lados, consciente por primera vez de la situación—. Te he perseguido como si fueras a hacerme un simpa. —Se mordió el labio de abajo, muerta de vergüenza, y se pasó la mano por la frente con timidez.

—Tranquila, yo te guardo el secreto con Lola —le contestó, totalmente hipnotizada por la imagen adorable que estaba teniendo lugar delante de ella.

—Gracias.

—¡Ro, que tenemos jaleo, niña! —la llamó la jefa desde la puerta.

—¡Ya voy! —Volvió a mirar a Paula—. Perdona por el numerito. Me tengo que ir.

Paula no pudo ni vocalizar una palabra, simplemente sonrió medio alelada, observando su cuerpito de nada caminar por la acera y perderse dentro de su bar favorito en el mundo. Se quedó unos segundos más allí parada, con la cuenta en la mano y el alma hecha de espuma de mar. Agitó la cabeza para salir de su trance y fue entonces cuando el ritmo de la calle retomó su velocidad habitual, reanudando la marcha como si nada hubiera pasado en ese pedazo de tierra en el que Paula todavía se encontraba.

Le parecía increíble cómo la noche anterior se fue a casa tras verse con Laura con el corazón ligero como una pluma, con el peso diminuto de lo que se ha puesto en la perspectiva correcta y, en menos de veinticuatro horas, todo había vuelto a recuperar su peso y su tamaño real. Al final iban a tener razón todas las mujeres de su vida y, justo cuando decidió dejar de buscar, PUM, la había encontrado.

Y se llamaba Ro… Eso era una señal, tenía que serlo. Que su chica se llamara Rosa sería como un puñetazo en la mesa del destino, que había puesto a la mujer que iba a ser la dueña de su amor frente a ella, envuelta en papel de celofán y con un lazo rodeando su pecho.

Ni siquiera le prestó atención a la voz en su cabeza que le recordaba la cantidad de nombres que empezaban, terminaban o incluían la sílaba *ro* en ellos, tan solo apartó aquel pensamiento de su

cabeza con un gesto de la mano, como si fuera un insecto molesto, conocedora como era, tras años y años de experiencia en el tema, de que a veces hay que sacrificar la realidad en favor de la magia. Así que, simplemente, se enfocó en la tremenda coincidencia que era que esa muchacha, quien le había removido la carne y los huesos con una mirada, tuviera un nombre que ella ni siquiera había pretendido, pero que era tan especial en su vida.

Iba dando saltitos de la emoción, incapaz de terminar de creerse su increíble suerte, la casualidad de haber bajado la intensidad de su búsqueda apenas veinticuatro horas antes del que, a partir de ese momento, sería conocido como el día D. Parecía que todo estaba manejado por una fuerza superior, el hilo rojo del destino, serendipia pura vertida sobre su cabeza como una bendición divina. El mundo, el planeta, qué demonios, el universo mismo estaba conspirando a su favor por una vez.

Tenía sentido, si una se paraba a pensarlo. Se había dedicado a ser maravillada por el amor de otros, por esa adoración pura que había permanecido inamovible a pesar de la falta de su abuelo y, ahora que acababa de desaparecer la única superviviente, justo en ese instante y no en otro, parecía que ese amor había sido por fin liberado en el mundo, prisionero como estaba en el enorme corazón de su nana, resultando ser ella la heredera natural de aquel sentimiento.

Paula se quedó parada en mitad de la calle, como si una verdad de esas que no se pueden negar se hubiera plantado con rotundidad delante de ella, haciéndole comprender de repente el complejo mecanismo del universo.

PAULA
Creo que la he encontrado

LAURA
¿La fórmula de la Coca-Cola?

PAULA
No, idiota, a mi chica

LAURA
Ya me estaba empezando a preocupar
Este año solo te has enamorado dos veces, y estamos en marzo
Se te echa el tiempo encima, tía

PAULA
Te lo digo en serio
Esta vez es la buena

LAURA

¿Por qué estás tan segura?

PAULA

Estas cosas simplemente se saben, Lau
Es como una epifanía sideral
Se te viene encima y BOOOOM
Ya está, sucede y punto

LAURA

Y ya son 3842 veces las que la epifanía ha sucedido

PAULA

Ha sido magia pura, Lau
Me ha traído el desayuno y el planeta ha dejado de girar

LAURA

Prueba a decirle eso a la chavala, que estoy teniendo un día horrible en el trabajo y me hace falta echarme unas risas

PAULA

No la veo hasta mañana
Es la camarera nueva de mi bar de siempre
¿No es alucinante?

LAURA

¿La inestabilidad laboral de las camareras?
Sí que lo es

PAULA

Escúchame
Se muere mi abuela, el camarero de MI bar se coge una baja y aparece ella
El destino la ha puesto en mi camino

LAURA

Deja las novelas y ponte a tope con la poesía
Te veo futuro

PAULA

Eres insoportable

LAURA

Y tú una intensa
¿Qué hablamos ayer sobre relajarse?

PAULA

Y lo iba a hacer, te lo prometo
Pero esto es una señal
¡Se llama Ro!

LAURA

¿De Romualda?

PAULA

No, imbécil, de Rosa
Ya sabes el fetiche que tenemos en mi casa con las rosas

LAURA

Bueno, la verdad es que ese detalle es muy interesante
Sería como de película si ella fuera LA ELEGIDA

PAULA

Bueno, en realidad no sé si es Ro de Rosa
Pero tiene que serlo, ¿verdad?

LAURA

O sea, ¿que no sabes realmente de dónde viene Ro?

PAULA

No

LAURA

JAJAJAJAJAJAJAJA
Voto por Romualda
En serio, Pau, tómate una tila, se te está yendo la cabeza

PAULA

Eso ya lo veremos

Ni siquiera el cinismo de su amiga iba a bajarla de la nube en la que flotaba desde que había conocido a la camarera. Parecía que todo estaba siguiendo unas pautas milimétricamente estudiadas, pautas que ella no había previsto a pesar de su extenso conocimiento teórico del amor. Había leído tanto sobre ello, había visto tantas películas en las que todas las casualidades imaginadas y por imaginar desembocaban en el encuentro de las dos enamoradas, que no podía no sentirse identificada con la protagonista de una novela romántica. Se puso hasta nerviosa.

Después de la siesta, decidió volver a la mansión para reconectar con su lado más soñador, para dejarse llevar por el hechizo de lo inexplicable, de lo que no se puede tocar, pero que te rodea y te abraza hasta dejarte sin aliento.

Dio un paseo por los terrenos antes de introducirse en el laberinto, al cual le gustaba ir cuando tenía la cabeza demasiado llena como para que fluyeran con naturalidad sus procesos mentales. En la puerta dejaba su cuerpo, sus problemas terrenales, sus preocupaciones del día a día, y entraba incorpórea su alma, desvestida de todo lo que, en realidad, no tenía importancia. Acarició con los dedos las ramas de las paredes, cerrando los ojos y dejándose transportar por su memoria, que se sabía el camino correcto desde que apenas levantaba un metro del suelo.

Hasta allí llegaba el olor de las flores, a pesar de la distancia considerable entre ambas zonas del parque, pero las leyes de la física y de la cuántica no funcionaban en ese lugar, siempre impregnado de la humedad propia de la tierra mojada, como si acabara de llover, aunque estuvieran en pleno agosto. La temperatura era suave, y Paula había llegado a la conclusión de que entre esos setos era primavera todos los días.

Llegó al centro, donde vio bailar a su abuela, o más bien el recuerdo que tenía de ella, por última vez. Se plantó delante del minotauro y sonrió pensando en la camarera.

—Ya vienen a por ti, amigo.

La bestia la miró con aquel gesto suyo de angustiosa soledad, y a punto estuvo de sentir compasión por él. Pero eso no podía ser, el miedo debía ser aniquilado, el animal muerto y el humano liberado de su terrible carga. Estaba tan acostumbrada a convivir con esa dualidad, que sintió una punzada de pánico al pensar en el día en el que, realmente, desapareciera. Llevaba ligada a él desde siempre, acompañándola en sus juegos, en las historias de su abuela de antes de dormir, en la inquietud que lo había impregnado todo cuando fue consciente de lo que significaba de verdad la palabra amor, pero sentía que ambos debían descansar por fin.

No era la primera vez que avisaba al minotauro de la llegada de su Teseo, creyendo, como en otras ocasiones, que la chica en cuestión le provocaba las suficientes emociones como para albergar la esperanza de que fuera la definitiva. Nunca lo había sido, sin embargo, y Paula se cruzó de brazos frente a la escultura imponente, planteándose el cambio que tendría lugar en su estilo de vida si esta tampoco lo era. Ya lo había decidido: frenar es a veces la única forma de avanzar.

Necesitaba tomarse un respiro, rebajar la ferocidad de su búsqueda, pero eso ya lo haría cuando la realidad nefasta se impusiera de nuevo, como tantas otras veces; en ese momento, no podía ignorar la fuerte conexión que había sentido hacia la camarera, ni la impresión que le había causado la manera lenta, como a pasitos diminutos, que la había llevado hasta ella. No podía contemplar siquiera la idea de detenerse sin descubrir a dónde podía llevarle la presencia de la chica a su alrededor, porque, ¿y si fuera ella? Ya gestionaría la decepción después si, al final, no resultaba, estaba más que acostumbrada al desencanto, pero se le hacía bola la posibilidad de darle la espalda a lo que no sabía.

Se despidió de él, caminando hacia atrás sin apartarle la mirada, deseando más que creyendo que fuera la última vez que se vieran de

esa manera. Quiso pensar que no lo echaría de menos, que estaba preparada para su marcha, para hallar la paz, pero el síndrome de Estocolmo era intenso en ella y, el miedo a lo desconocido, tremendamente atrayente.

Regresó a casa con una sensación extraña en la boca del estómago, una mezcla de ganas y pavor por el porvenir. Todo estaba ahora en su mano. El mundo estaba abierto de puertas y ventanas para ella, con todas las posibilidades a su alcance. Podía volver al día siguiente al sitio donde la chica trabajaba, si quería, o no volver a verla nunca más y vivir con la calma cobarde y el corazón intacto. Podía intentar que se fijara en ella o hacer el más espantoso de los ridículos. Podía ganarse su corazón por completo, solo una parte de él o ninguna. Podía explorar todos los recovecos de su piel con lentitud, algún día, o limitarse al contacto tibio de los abrazos con ropa. Podía ser su amor, podía ser su amiga, o podía ser una chica que una vez conoció en un bar.

Una vez tirada en la cama, mirando el techo de su habitación, tuvo que admitir que estaba muerta de miedo. Existían demasiadas opciones para un cuerpo acostumbrado únicamente a dos: todo o nada. Se miró dentro y allí, reflejado en las aguas mansas de su interior, en lugar de su propia cara vio el rostro asustado del minotauro. Apretó los dientes con rabia. No podía temer en ese momento en el que todo parecía estar a punto de suceder, pues bien sabía ella que no había pérdida peor que la que ocurre antes de haberse tenido. Tenía que ser valiente y dejar que la heroína del mito hiciera su trabajo.

No muy segura, absorbida por un remolino espeso y oscuro de inseguridad, se fue a dormir con ese pensamiento en la cabeza, deseando que macerara en su cerebro durante toda la noche y ese valor se hiciera corpóreo a la mañana siguiente.

4

Escondida detrás de un vehículo en la acera de enfrente, Paula observaba el interior del bar. Se sintió segura en su espionaje indiscreto, pues un buen par de ventanillas reflectantes le daban la intimidad que requería la situación. Vio cómo la camarera de su corazón iba y venía preparando cafés y transportando desayunos a las pocas mesas ocupadas esa mañana. Estaba preciosa con su uniforme negro y el pelo sujeto en un moño apretado.

Lo cierto era que no se había fijado excesivamente en su físico, pero, ahora que podía permitirse el lujo de hacerlo sin ser vista, se daba cuenta de lo hermosa que era en realidad y de los gráciles movimientos de su cuerpo entre las mesas de madera.

Parece que baila.

Llevaba unos diez minutos allí clavada, esperando que terminara la lucha interna que tenía lugar en su cabeza. Por un lado, una fuerza sospechosamente poderosa tiraba de su cuerpo de vuelta a casa, sobrepasada por la forma de lienzo en blanco que había adoptado su futuro próximo. Sin embargo, su parte más aventurera y decidida, la que estaba enamorada de la idea del amor, la que deseaba sentir en su carne los estragos de ese sentimiento poderoso, la empujaba con insistencia hacia lo desconocido y apasionante, a meter los brazos hasta los codos en esos cubos de pintura que tenía alrededor y mancharlo todo.

Se miró en el retrovisor que daba a su lado de la calle y se vio pálida y asustada. Eso fue lo que le dio el valor definitivo. No había llegado hasta ese momento decisivo, que sentía como un punto de inflexión vital, para ahora huir de él. No, señora, tenía que acercarse a esa chica, a su Teseo en prácticas, pues en sus manos estaba su destino. Para bien o para mal.

Apretó los dientes, se recolocó el pelo tras las orejas, luego se lo revolvió para que pareciera más desenfadado, se desabrochó un botón de la camisa, que volvió a abrocharse inmediatamente por pudor, comprobó que su aliento siguiera siendo fresco y cruzó la calle con decisión y el maletín del ordenador sostenido contra su pecho como si fuera el escudo del Capitán América.

Sabía que el día anterior la imagen que había proyectado de sí misma no hablaba demasiado bien de su estabilidad mental, pero iba decidida a cambiar aquella pésima primera impresión que, seguramente, había causado en la chica de sus sueños.

—¡Buenos días, corazón! —saludó Lola nada más verla entrar.

—¡Buenos días! —respondió, notando cómo todo su cuerpo se tensaba al recibir la mirada de la camarera, que observaba la interacción desde el final de la barra.

—Veo que vas recuperando las viejas costumbres. Me alegro de verte de nuevo por aquí.

—Sé que me has echado de menos estos días. Lo hago por ti, Dolores.

—Como vuelvas a llamarme Dolores, no tienes calle para correr —la amenazó con un dedo en alto.

—No es culpa mía lo que ponga en tu DNI. —Se encogió de hombros con una sonrisa socarrona y se dirigió a las escaleras—. Buenos días.

—Buenos días. ¿Lo de siempre? —preguntó la chica, sorprendida de ver a aquella extravagante mujer ser capaz de mantener una conversación normal y corriente sin hiperventilar.

—Sí, por favor.

Paula hizo un gesto con su cabeza como despedida y empezó a subir los escalones. Una gota de sudor literal y metafórica bajó por su sien. Iba a quedarse en los huesos como no empezara a relajarse en su presencia.

Sacó su ordenador y lo dejó en un lado, haciendo hueco a su inminente desayuno. En esta ocasión no iba a perder el tiempo, quería aprovechar aquel escaso minuto que iban a compartir, dedicarle en exclusiva sus cinco sentidos y, quién sabe, quizá inventarse alguno más.

La camarera no tardó en aparecer por el altillo del bar con una bandeja repleta y una sonrisa curiosa.

—Tostadas con jamón y cortado largo —anunció mientras iba dejando las cosas sobre la mesa.

—Puedes llevarte el azúcar, lo tomo solo. —Le tendió el sobre y cerró los ojos un segundo entero cuando sintió el roce de sus dedos con los suyos. Pura energía estática.

—Vaya, yo lo suelo tomar con dos. Debería rebajar mi consumo de azúcar, ¿no? —bromeó un poco, viendo el talante de la chica más sereno.

—Las personas dulces sois así, no lo podéis evitar.

Paula tragó saliva con dificultad tras aquella frase. Jamás, en todos los días de su vida, había sentido una vergüenza mayor que en ese momento. Cerró un ojo, esperando el bofetón de la vergüenza, pero a ella solo llegó una risita que intentaba ser ahogada por la mujer que estaba de pie a su lado.

—Siento decirte que en mi caso es al revés, de alguna manera tengo que contrarrestar mi amargor habitual.

—¿Podrías cambiarme el azúcar por cianuro y borrar de tu cabeza lo que acabo de decir? Por favor y gracias. —No quiso ni mirarla, a pesar de haber conseguido que soltara una carcajada.

—Tranquila, no es el peor piropo que me han echado.

—Pues te pido disculpas en nombre de todas esas pobres almas con las que has tenido la mala suerte de cruzarte. De corazón. —Se llevó una mano al pecho y, ahora sí, la miró.

—Muchas gracias. La verdad es que soy una víctima de la sociedad —le siguió el juego—. Voy a seguir trabajando, que hay que justificar el sueldo.

—Que no se te olvide el cianuro —dijo con la boca pequeña, mirándola de lado sin fijar sus ojos en ella más de medio segundo.

—Hecho. Que aproveche.

Se giró justo antes de empezar a bajar las escaleras y la vio con la cara entre las manos, negando con la cabeza. Volvió a reír entre dientes y continuó con el descenso a la planta menos entretenida del bar. Lola la miró con suspicacia, sin saber de dónde venía esa mueca divertida.

—Lola, ¿tenemos cianuro?

—¿Qué dices?

—Nada, tu escritora, que tiene unas cosas…

—A mi Paula me la tratas bien, que es como de la familia.

—No te preocupes, ya le voy cogiendo el punto. —Se mordió el labio—. Oye, una pregunta… ¿Es una escritora conocida o algo así?

—Algo así. Mira. —Se dirigió a una estantería en la que, en lugar de botellas de licor, había una fila de libros—. Lleva años viniendo aquí a escribir, y siempre nos dedica unas palabras en los agradecimientos y me regala los libros firmados. —Cogió uno al azar y lo abrió por el principio.

—Qué detalle —murmuró, impresionada, mientras echaba un vistazo a las palabras impresas—. ¿Y son buenos? Los libros, digo.

—Léelos y me cuentas.

—Pfff, leer… ¿No hay peli?

—Tira, anda, que te voy a dar. —Puso los ojos en blanco y volvió a

dejar el libro en su lugar.

Paula, en el piso de arriba, estiraba el cuello cual galápago, intentando ver algo de lo que sucedía en la barra de abajo con escasos resultados. Su mesa favorita, la del ventanal, empezaba a tener puntos negativos considerables que podían cambiar el paradigma de su ubicación.

Se recostó en la silla, terminando su café mientras miraba el trasiego de la calle. La metedura de pata de la dulzura había sido monumental y se ponía a transpirar solo de pensarlo, pero, a pesar de estar segura de que la cara que había puesto la camarera tras su gran aportación sería lo que vería en su parálisis del sueño, tenía la impresión de haberlo salvado bastante bien. Su abuela siempre le decía que el camino hacia el corazón de una mujer discurría a través de su risa, y esa parte la tenía ya controlada. Solo le faltaba el minúsculo detalle de conseguir que, en lugar de reírse de ella, lo hiciera con ella. Después de eso, su escalada sería imparable.

Ella siempre había imaginado que, cuando encontrara a la chica que andaba buscando, todo fluiría de manera orgánica: las frases ingeniosas, las declaraciones de intenciones disfrazadas de juegos de palabras, el tonteo efervescente que pica en las palmas de las manos… Sin embargo, aquello estaba resultando más bien bochornoso, infectada por una timidez casi patológica producto del miedo a decir lo que no debía. Desde luego, en ese aspecto, estaba fracasando estrepitosamente.

Pero bueno, el amor es así a veces: un despropósito hermoso.

Miró el reloj con impaciencia. Aún quedaba una hora para su vino y, como consecuencia, para volver a compartir el mismo plano de la realidad durante otro minuto entero. Intentó escribir sin muchos resultados, agitada por la presencia invisible de la chica que trabajaba debajo de sus pies.

Cuando menos lo esperaba, una luz incandescente empezó a brillar en su pecho, luciendo de manera intermitente al ritmo que marcaban los latidos de su corazón, más erráticos cada vez. Antes siquiera de alzar la vista, comprendió que aquello era una alarma de su cuerpo para ponerla sobre aviso de la cercanía de su camarera que, efectivamente, estaba junto a ella, haciéndose notar con un carraspeo. Con disimulo, se tapó con los brazos el pecho para ocultar esa luz roja de peligro, a pesar de que solo podía verla ella. Levantó los ojos y la vio con su medía sonrisa, como si jamás comprendiera nada de lo que la escritora hacía.

—Tu vino de las doce. El cianuro va camuflado dentro.

—Eres una estupenda profesional. Gracias… —alargó la última sílaba para que le dijera su nombre. Al fin y al cabo, nunca se habían presentado debidamente.

—Ro, encantada.

—Paula, igualmente. Tienes un nombre muy bonito.

—Ojalá pudiera decir lo mismo del tuyo.

La escritora entreabrió los labios y la miró con los ojos como platos soperos, sorprendida, devastada. La camarera rio y le dio un golpe en el hombro.

—Que era broma, mujer.

—Yo creo que por hoy ya hemos llenado el cupo de reírse de Paula, ¿no te parece? —Sonrió, aliviada.

—Es que Paula se mete sola en estos jardines y yo soy una mujer débil que no puede dejarlo pasar. Lo exige mi religión. —Se mordió los labios, intentando no reír para no llegar a incomodarla—. Pero tienes razón, por hoy está bien así.

—Mañana ponemos el contador a cero.

—Pasado, que mañana libro. —Hizo un gesto de victoria con la mano y Paula sintió cómo su corazón se entristecía.

—Uf, qué suerte, un día entero sin hacer el ridículo. Me voy a sentir rara.

—Me diviertes —confesó la camarera tras una risotada, dando unos pasos hacia atrás para marcharse—. Intentaré no perseguirte hoy por la calle para que me pagues. Hasta luego. —Se despidió con un gesto de la mano y le dio la espalda, alejándose.

—Ni que me fuera a importar que me persiguieras… —musitó para sí misma, pero no lo suficientemente bajo como para que la chica no lo escuchara.

Empezaba a picarle la curiosidad con esa mujer en apariencia formal y competente que se volvía una torpe social cuando abría la boca. Tenía la sensación de que era algo que le sucedía en general, pero esa mañana, al verla interactuar con Lola con total naturalidad, se dio cuenta de que solo debía pasarle con personas a las que no conocía. Sin embargo, una vez pasado el susto inicial, tenía un humor inteligente y un ingenio refrescante. Tenía ganas de saber hasta dónde podía llegar su personalidad con un poco más de trato. Desde luego, apuntaba maneras.

Un par de veces se asomó para observarla y siempre se la encontró igual: miraba por la ventana, ensimismada, con los dedos rodeando el cristal del pie de su copa y el ordenador con la pantalla en negro por la inactividad. Se preguntó qué andaría rondando su cabeza, pero,

como era lógico, no preguntó nada.

La escritora se encontraba meditabunda y ligeramente contrariada por la ausencia de la camarera al día siguiente. Pensaba en sí misma esa mañana, escondida detrás de una furgoneta de reparto sin atreverse a plantarse con su tierno corazón delante de ella por miedo al futuro incierto. Podía enamorarse como una loca y terminar herida su cordura, como parecía ser habitual en los miembros de su familia, o podía quedarse en nada y sumar una decepción más a su enorme lista de lo que no fue. Ninguna de las dos opciones le resultaba apetecible, la verdad.

Pero, allí sentada, con un vino ya caliente girando en su copa, tras haberse sumergido en el aura que rodeaba su presencia, se planteó por primera vez en su vida, de verdad, la tercera opción, en la cual su amor encontraba un lugar donde descansar sin temor. Le parecía increíble ese cambio en su propia actitud con apenas dos días de conversaciones superfluas y, siendo sincera, elementalmente cordiales. Con eso le había bastado a la camarera para hacerla sentir valiente y cambiar su inquietud de volver a verla por ganas de más.

Si esa no es una prueba irrefutable de que ella podría ser mi Teseo, que baje Dios y lo vea.

Escuchó jaleo abajo y se dio cuenta de que se aproximaba ya la hora de comer, por lo que se bebió de un trago lo que le quedaba de vino, recogió sus cosas y se dispuso a marcharse. Cuando apareció en la planta baja, echó un vistazo a la barra para despedirse, encontrándose con la morena y su expresión burlona de siempre. La muchacha no tuvo otra opción que la de dejarse atravesar por la mirada de la escritora, que la clavaba al suelo durante los escasos segundos en los que la aguantaba sin bajarla. La acorralaba entre sus ojos y la nada, atravesándola de parte a parte, anulando su capacidad para parpadear. Era extraño ese trance breve, y todavía no terminaba de acostumbrarse a tanta intensidad.

Se dijeron adiós con un movimiento de cabeza y una sonrisa sin dientes.

Un par de horas después, tras el turno de comidas, la camarera se marchó también a casa, cansada pero contenta. Adoraba su jornada intensiva y se sentía afortunada de haber encontrado un trabajo como ese, muy bien pagado y que, además, le dejaba tanto tiempo libre. Tampoco es que tuviera mucho que hacer o una familia de la que hacerse cargo, sin contar a su perro, pero le gustaba gastar su tiempo libre viendo películas antiguas, estudiando cualquier curso gratuito de diseño web que encontrara en internet y yendo al gimnasio a hacer

escalada un par de días a la semana.

Entró en el piso, demasiado grande para una sola persona y prácticamente vacío. Cuando le notificaron que era la nueva propietaria, estuvo a punto de rechazarlo, pues no se sentía merecedora de un inmueble como ese, ni como ninguno. Así que, sin pensar mucho más en ello, continuó con su vida, dejando aquel asunto en el olvido hasta que, casi cinco años después, le dio un arrebato de añoranza, hizo las maletas, abandonó la isla en la que llevaba un par de años viviendo y regresó a la península.

Durante su infancia, dio tumbos de casa en casa, esperando al fin un hogar permanente, amasando en su interior una rabia seca contra todo y contra todos cada vez que eso no sucedía. Se convirtió en una experta en el dudoso arte de la indiferencia para protegerse del frío de tantos desplantes, y aprendió a taponar todo lo que le ardía en el pecho cuando tenía ganas de llorar. Se le hizo el corazón de cemento.

Sus últimos tutores de acogida andaban ya mayores cuando aterrizó en su casa de puro rebote, con la adolescencia en su punto de ebullición y una frustración hacia el mundo difícil de manejar. Ellos supieron darle justo lo que necesitaba para que la explosión, que se hacía inminente, fuera controlada: confianza y armas.

Ella misma no se explicaba cómo, pero supieron sustituir su ira por seguridad en sí misma, su soledad por iniciativa personal y su desidia vital por aspiraciones accesibles. Le pareció sencillo, amable incluso, el acto de vivir de la manera en la que lo veía a través de sus ojos viejos. Nunca pretendieron ser algo que no eran, solo se esforzaron en mostrarle las baldosas sueltas que solía poner la vida en el camino para que aprendiera a saltarlas y hacerle sentir la seguridad de que, de todo el planeta entero, por grande que le pareciera a veces, allí siempre encontraría un abrazo y un plato calentito de sopa.

En cuanto cumplió la mayoría de edad, se despidió de ellos y de la casa, con un billete de ida en la mano, algunos ahorros prestados a fondo perdido para mantenerse hasta que encontrara un trabajo y una ilusión que no le cabía en el cuerpo. Podía tener el mundo a sus pies si quería, ya que había descubierto, gracias a esos dos ancianos entrañables que le habían dado los trucos para sobrevivir a cualquier naufragio, que había algo bueno, si una se paraba a pensarlo, en no saber el significado de la palabra hogar: que no le pertenecía a nadie.

Siempre pensó que no le había alcanzado el tiempo para quererlos, pero, una vez dentro de aquella casa que ya no olía a comida recién hecha, rodeada de toda la vida que habían dejado tras su marcha, no pudo soportar el peso de una pérdida que no creyó que le hubiera

dolido tanto y se deshizo de todo lo que había dentro. No quería una casa llena de fantasmas. Solo dejó una foto de ellos dos que reposaba en el suelo de su cuarto, en el lugar donde iría la mesita de noche cuando tuviera dinero para comprarla.

Era lo más parecido que había tenido nunca a una familia, y fue durante esos cuatro años que convivió con ellos en los que sintió algo que podría definirse como felicidad, como estar en casa. Deseó, cuando ya era tarde, haberles visitado más a menudo, pero así la habían enseñado a vivir: con absoluta independencia y libertad.

Y esa también era otra manera de quererlos. Su forma.

Después de descansar las piernas un par de horas, se puso un chándal enorme y caminó hasta el gimnasio al que solía ir para soltar adrenalina colgada de una cuerda. Saludó a la chica de recepción, con quien había tenido más que palabras hacía casi un año, cuando regresó a la ciudad donde creció. Ya habían sorteado la incomodidad de quien se ha visto desnuda y jadeante una vez y no más, y habían ido tejiendo una especie de amistad en las conversaciones tras los entrenamientos.

—Tu mujer te está esperando —le dijo la chica tras los dos besos de rigor.

—Se impacienta por verme y siempre llega antes de tiempo.

—Chula.

—Envidiosa.

—¿Nos vemos el sábado?

—Deja de intentar emborracharme todos los fines de semana. Lo nuestro fue flor de un solo día.

—Es que fue un día muy largo —bromeó.

—Me gustan las maratones, qué te puedo decir. Me voy, que mi marida ya me está mirando mal. —Señaló con la barbilla el cristal que separaba la recepción de la sala de entrenamiento y ambas rieron.

—Dale caña.

Ro entró al vestuario y se cambió lo más rápidamente que pudo. Tenía un físico trabajado a base de deporte al aire libre. Su plan perfecto de domingo, si sus amigas no la mataban de resaca la noche del sábado, era coger la tartana que tenía por coche, el perro, un par de bocatas y largarse al campo a conectar con la naturaleza. Era en esos momentos en los que se sentía parte de algo, aunque fuera una cosa tan abstracta e inabarcable como lo era el planeta Tierra. Disfrutaba de las cosas insignificantes, que para ella eran lo que realmente le daba sentido a su presencia en este loco mundo.

—Pienso dejar que te estampes contra el suelo —le dijo Sara nada

más llegar.

—Yo también te quiero, bebé. —La apretó con sus fuertes brazos para impedir que escapara y le llenó la cara de besos.

—No sé cómo una enana como tú puede tener tanta fuerza. Cuando eras joven eras una floja.

—Jamás pudiste hacerme sombra en educación física. Supéralo.

Sara era la única amiga que se había molestado en conservar de sus últimos años en la ciudad. Se conocieron en el instituto al que fue trasladada a mitad de curso y ella, simplemente, la acogió. Por aquella época, Ro no hablaba demasiado, intentando no echar raíces en alguien que no sabía cuánto tiempo iba a permanecer en su vida. Sin embargo, Sara se mantuvo al lado, sin exigir ni demandar, solo se quedaba allí, se ofrecía como su pareja para los trabajos conjuntos y se apuntó con ella a las extraescolares de escalada después de clase.

Se fue dejando invadir, sin pretenderlo, casi a regañadientes, empujada por la rutina de su presencia alrededor. Cuando quiso darse cuenta, estaba cenando en su casa con sus padres y sus hermanos por su cumpleaños y llevaba una pulsera que se habían comprado juntas.

Cuando se marchó a descubrirse en el mundo, creyó que su amistad había alcanzado su fecha de caducidad, pero los teléfonos móviles e internet hicieron de conservante. No eran dos personas que tuvieran la necesidad de hablar a menudo, y su relación volvió al punto de inicio en el que simplemente estaban ahí para la otra, pero cada vez que Ro volvía a visitar a los que fueron sus tutores y a su amiga, se daba cuenta de que la confianza y el cariño habían permanecido intactos. Era una amistad que la mantenía libre, y Sara era, con toda seguridad, la persona a la que más quería de todas las que había conocido, y habían sido muchas.

—¿Cómo vas en el curro? ¿Te adaptas? —le preguntó, saltando hacia la piedra que tenía al lado.

—Es el trabajo de mi vida, tía. Libro los domingos, otro día entre semana y salgo antes de las cinco. Simplemente, la vida que merezco —comentó con dificultad, sosteniendo su peso con los brazos para elevarse sobre la pared.

—¿Y la jefa? Tenía pinta entrañable, con sus gafitas de abuela.

—Me prepara *tuppers* todos los días para cenar —se detuvo para mirarla con una expresión de incredulidad.

—Es, efectivamente, una abuela homologada.

—¿Lo malo de todo esto? ¡Mierda! —Se le escurrió una mano y a punto estuvo de caer—. Lo malo es que el tipo al que estoy sustituyendo se reincorpora en cuatro meses.

—Podemos deshacernos de él. ¡Dame cuerda, Mike!

—¿Y que parezca un accidente? —bufó, quitándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Tú déjamelo a mí. —Soltó su risita de desequilibrada mental y se elevó flexionando las piernas—. ¿La clientela se porta bien?

—Es un barrio superpijo. Muchas amas de casa, algunos oficinistas y una escritora excéntrica.

—¿Una escritora? Pero… ¿famosa?

—Según mi jefa, sí, pero yo no la he visto en mi vida. Y créeme —la miró fijamente por debajo de su brazo—, me acordaría.

—¿Es guapa? —Puso cara de interesante.

—Es guapa, y más rara que un perro verde. ¡Rober, deja de mirarme el culo y dame cuerda!

—¿Rara en plan exótica o rara en plan orden de alejamiento?

—Rara en plan «me encantaría saber qué narices tienes en la cabeza».

—¿A qué te refieres? —Enganchó un mosquetón y se detuvo a descansar unos segundos.

—A que en un momento me tira una ficha, al otro se pone nerviosa y tartamudea —se agarró con esfuerzo a la última piedra antes de llegar a la cima—, pero luego vacila a mi jefa y cuando se va me mira tan fijamente que no soy capaz ni de moverme.

—Eso es entre turbio y adorable. No sé, tendría que verla. Pero vamos, por experiencia te digo… ¡Mike, cuando baje te voy a matar, suelta cuerda, coño!

—¡Vais a flipar cuando os toque subir a vosotros! —Les hizo una peineta a los dos chicos que se reían abajo.

—Inútiles —masculló su amiga—. A lo que iba, que por experiencia te digo que las actrices, escritoras y artistas en general son más bien intensas. Está en su ADN.

—Bueno, ya te iré contando. —Con un impulso llegó hasta arriba y se sentó en el borde a esperar que Sara terminara mientras bebía agua.

—Ahora la buscamos en internet, a ver qué tan conocida es.

—Qué va, tía, paso, no vaya a ser que sea famosísima y yo me haga pis en los pantalones cuando la vea.

—Cagada.

Cuando ambas terminaron de subir la pared, descendieron, les dieron sendas collejas a los chicos y se fueron a duchar y a tomar algo. Era su rutina de siempre: quemar unas cuantas calorías y recuperarlas con unas cervezas y algo de tapeo. Por más que Sara insistió en buscar a la escritora en la red y, al menos, ponerle cara, Ro se negó en

rotundo. No era una persona mística ni le gustaban las sorpresas, pero prefería que su extraña relación camarera-clienta se desarrollara con normalidad, sin añadidos externos. Bastante tenía ya con su incomprensible manera de relacionarse con ella como para añadirle también su propia inseguridad a la ecuación. *No, gracias*. Hasta ese momento eran exactamente iguales, y así quería que siguiera siendo.

5

El día libre de la camarera se le pasó a Paula bastante más lento de lo que esperaba. El bar, de repente, le parecía insulso sin su presencia pululando por allí, sin su mirada burlona, sin su olor a cítricos ni la sonrisa que ponía cuando la escritora hacía algo que no comprendía, que era casi todo el tiempo. Tres días hacía desde que había descubierto que habitaba en el mundo, y ya la había echado en falta.

Laura tiene razón, se me está yendo la cabeza.

Pero de nuevo el viernes, Ro regresaba puntual a su puesto de trabajo, también con ganas de volver a ver a ese espécimen exótico de escritora en peligro de extinción. Los puntos desde los que partían ambas chicas eran diametralmente opuestos: una lo hacía desde la predisposición de quien desea más de lo que se suelen desear las cosas, y la otra desde la simple y pura curiosidad antropológica de alguien que piensa que ya lo ha visto todo.

Ro se giraba de vez en cuando hacia la puerta, esperando que entrara, aunque realmente aún no sabía si su rutina era diaria o esporádica. La vez número dieciocho que levantó la mirada de sus quehaceres, se encontró con la de Paula, que a saber el tiempo que llevaba ya observándola. De nuevo esa lanza incandescente arrojada desde sus ojos hasta los de ella que la dejaba paralizada en el sitio con un vaso en la mano y el saludo atascado en la garganta.

—Buenos días, Ro —enfatizó, dejando claro que se había quedado con su nombre.

—Buenos días, Paula. ¿Lo mismo de siempre?

—Sí, muchas gracias.

—Sin azúcar.

—Y espero que hoy sin cianuro.

—Pues yo espero que no, es más divertido. —Rio, empezando a preparar su desayuno.

—Las camareras malas van al infierno. —Se dirigió hacia la escalera, negando con la cabeza.

—Vengo de allí, guapa.

Paula soltó una pequeña carcajada y comenzó a subir a la planta alta, muy complacida por ese intercambio juguetón y,

afortunadamente, sin una pizca de vergüenza ajena. Empezaba a sentirse cómoda con sus tira y afloja, y eso solo podía significar que su mejor versión estaba ya llamando a la puerta.

Una vez arriba, tomó una decisión, envalentonada de repente por aquella breve conversación: abandonó la que había sido su mesa durante los últimos años y se colocó en la que estaba pegada a la barandilla de madera que hacía de balcón entre ambas plantas. Colocó sus cosas encima de la mesa y cruzó las manos sobre ella, respirando profundo y arañando en su cerebro algún tema ligero del que hablar con su camarera para retenerla unos segundos más.

Ro sonreía mientras el café iba cayendo en su taza. Se notaba que a la muchacha se le daban bien las palabras, pues, una vez solventada la incomodidad del principio, la verdad era que jugaba con ellas con soltura. Era irónica y un poco ácida, y eso le ponía el cerebro en su punto máximo de ebullición.

—¿Mesa nueva? —se extrañó al llegar junto a ella.

—Me he despertado rebelde esta mañana. —Apartó la libreta para que fuera dejando sobre la mesa el desayuno.

—Pues ten cuidado con esta vida tan radical que estás empezando a llevar, puedes terminar arrestada.

—Peligro es mi segundo nombre —puso ronca su voz para imitar al malo de las películas.

—¿Vas a hacerte un tatuaje de un escorpión en el cuello?

—Ya lo tengo, pero no está en el cuello. —Le guiñó un ojo y empezó a remover el café: no le gustaba la espuma que se formaba encima.

—Tienes cara de monaguilla, no me lo creo.

—Dicen que las mosquitas muertas son las peores.

—La gente miente mucho.

—No siempre. —Sonrió, apartando la vista de ella con timidez. Cogió aire para armarse de valor ante lo que iba a decir—. Por cierto, con este, me debes tres cafés.

—¿Perdona?

—Es un tema de equilibrio cósmico. Verás… —Se incorporó en su asiento—. Si yo tomo el café sin azúcar y tú lo tomas con dos, cada vez que yo me bebo uno en un bar, es un azucarillo que se queda huérfano. Eso no se puede permitir —dijo con absoluta seriedad, haciendo que Ro se mordiera los mofletes por dentro para no reír—. Deberías adoptarlos.

—No veo lagunas en tu plan.

—Eso pienso yo. Así que, deberíamos empezar cuanto antes con

esta dura tarea. Lo hago por el planeta. —Se encogió de hombros con una sonrisa atrayente. Esa parte de plantar la semilla del interés era, sin duda, el punto fuerte de Paula.

—Es la manera más original en la que me han invitado a salir. Al final vas a tener razón con lo de que las mosquitas muertas son las peores.

—No me gusta ser de esas personas insoportables que dicen «te lo dije», pero te lo dije.

La miró con esa mueca que empezaba a ser habitual en ella, como si aquella clienta tuviera la inesperada capacidad de ser totalmente sorprendente, y eso que Ro, después de haber vivido cien vidas, creía que ya nada podía hacerlo.

—Qué cara tienes. —Rio por la nariz—. Desayuna, anda, que se te va a quedar frío.

—Gracias.

—Si necesitas algo, ya sabes, silba.

—Lo haré.

Ro volvió a la barra y Paula desayunó lentamente, observando cómo bailaba entre las mesas con la bandeja en la mano. Era grácil y ligera, como si flotara a medio palmo por encima del suelo. Desde su nueva mesa, tenía toda la panorámica del bar al alcance de sus ojos.

La alarma de su corazón se puso a brillar intermitentemente cuando cruzó miradas con la camarera. Se sonrieron durante dos segundos enteros y la fanática del amor que vivía dentro de Paula comenzó a hacer el baile de la victoria en su interior.

Y así es cómo se hace.

Ya le había dejado caer la idea de tomar un café juntas, lejos de allí, en un lugar donde ella no trabajara ni Paula fingiera hacerlo y, sobre todo, con la tranquilidad de no tener el cronómetro sonando siempre en su contra. Le aterraba la idea, en especial por el hecho constatado de que era incapaz de no hacer el ridículo delante de ella. Las matemáticas no le favorecían: si en aproximadamente cinco minutos de trato diario metía la pata al menos una vez, en una hora entera… No quería ni pensarlo.

El amor está hecho para valientes, maldita sea.

Ro sopesaba la invitación implícita de la escritora, deseosa de aceptarla y sacarse de una vez la espinita de no haber desentrañado aún un misterio como lo era esa chica tan particular. No solía durarle tanto la curiosidad, pues, a pesar de haberse cruzado con mucha gente en sus múltiples viajes, no podía presumir de haber hecho grandes descubrimientos. Era la primera vez, que ella recordara, en la que su

ojo clínico para desnudar a las personas no le estaba funcionando en lo más mínimo.

Como primera impresión, hubiera dicho que era tímida e insegura en sus relaciones, entrañable de tan torpe, pero había resultado ser también ingeniosa, rápida de reflejos e incluso descarada. Si se paraba a pensar en la chica que tartamudeaba el primer día, jamás habría imaginado que esa misma mujer fuera a pedirle una cita con todo el morro del mundo.

¿Cuál sería su faceta real? Esa era una pregunta que se moría por contestar.

—Oye, Lola… Esa chica, Paula, la escritora… ¿Es una psicópata?

—¡A que te doy un guantazo! —la amenazó como una madre protegiendo a sus polluelos.

—Calma, calma. —Levantó las manos en un gesto divertido—. Te lo pregunto porque me ha invitado a un café, y no me apetece amanecer en una bañera con hielo y sin riñones.

—La que parece una psicópata eres tú, vaya cosas se te ocurren. —La miró con suspicacia—. Es buena niña, confío en que tus órganos estarán a salvo con ella.

—Es que es divertida, pero un poco rarita, ¿verdad?

—Es escritora, ya te lo dije. Tiene un pie en la realidad y otro en la imaginación. Ahora, una cosa te voy a decir —se bajó las gafas para mirarla sobre ellas—, como le rompas el corazón, estás despedida.

—No voy a romperle el corazón, por Dios, Lola, solo es un café.

—Sí, siempre es solo un café… —masculló por lo bajo, colocando unos vasos en la estantería.

—¿Es que tu escritora es acaso una ligona? —Enarcó una ceja, incrédula.

—Dejémoslo en que es una creyente del amor.

—Pues mal vamos.

—Tú eres atea, ¿no? —dijo como si no le sorprendiera en absoluto.

—Hasta la médula.

—Bueno, ninguna cree hasta que ve un milagro. —Se encogió de hombros.

—Di que sí, Lola. —Sonrió con ironía—. La esperanza es lo penúltimo que se pierde.

—¿Y qué es lo último?

—No sé, dímelo tú. —Se encogió de hombros, haciéndose la interesante.

—Ay, niña, y yo qué sé.

—¡Oooh, lo sentimos, has perdido tu oportunidad! ¡Más suerte la

próxima vez!

Ro le dio unas palmaditas en la espalda, soltando una risa nasal. Nada, parecía que nadie iba a dar nunca con la respuesta correcta. Una lástima.

Miró hacia el balcón que separaba la planta baja de esa niebla misteriosa que parecía perseguir a la escritora, y allí se encontró su mirada embelesada. Le sacó la lengua y una sonrisa de niña ocupó el bonito rostro de la chica. No entendía esa especie de ilusión, la desconcertaba, así que solo podía esperar que fuera la propia Paula quien se lo explicara.

Le estuvo dando vueltas durante toda la mañana, buscando una manera ligera de aceptar la cita y, como no se le ocurría nada, decidió subir al almacén y fingir que iba a buscar servilletas para tantear el ambiente, esperando que no estuviera tan cargado como solía estarlo entre ellas. Paula escribía tan concentrada que no se dio cuenta de su presencia hasta que sintió su respiración sobre su hombro.

—¡Joder, qué susto! —Se llevó una mano al pecho y cerró deprisa la tapa del ordenador.

—Estaba intentando leer algo del próximo premio Nobel, pero nada, no me ha dado tiempo.

—Qué feo está eso de husmear, Ro —le reprochó con su media sonrisa coqueta.

—Lo dice alguien que se ha cambiado de sitio para no perderme de vista. —Se cruzó de brazos, elevando una ceja.

—¿Has desayunado ego hoy?

—Con dos azucarillos, efectivamente. Así que ya solo te debo dos cafés.

—Mañana serán tres de nuevo. Se te acumula el trabajo.

—Habrá que hacer algo para remediarlo. Salgo a las cinco.

—Tienes un horario estupendo, enhorabuena —se hizo la desentendida para provocar a la camarera.

—Me da el tiempo suficiente para dejarme invitar al café de la merienda.

—¿Dónde te gusta tomarlo?

—En taza, por supuesto —se la devolvió, relamiéndose los labios.

—*Touché* —aceptó su derrota.

—Este juego lo inventé yo, querida. —Le guiñó un ojo y pasó una mano por su hombro para dar la conversación por concluida.

Al hacerlo, le llegó a los dedos el movimiento sísmico que zarandeó el organismo de Paula al notar su tacto. Contuvo el aliento durante el segundo en el que el espacio se contrajo y se expandió,

turbada por el temblor que había contagiado a su propio cuerpo.

Esta chica está hecha de placas tectónicas.

Se apoyó en la pared del almacén, escondida de la mirada inquisitiva de la escritora, la cual le daba la sensación de ser capaz de leer hasta su misma alma. Se miró la mano con la que la había tocado, incapaz de comprender lo sucedido. Muchas otras mujeres habían sido recorridas por las mismas yemas de los dedos, pero jamás había percibido el giro del mundo en ellas.

Salió de vuelta al trabajo con un paquete de servilletas que no necesitaba y la cabeza un poco más estable. Se despidió de la escritora, que tecleaba como una loca de nuevo y apenas reparó en su presencia.

Durante la siguiente hora, se esforzó por encontrarle un sentido a lo que acababa de pasar, pero nada la satisfizo, así que terminó por achacárselo a esa manera suya de mirarla tan intensa, que hacía que su propia piel se volviera sensible al contacto, como si creara en todo el perímetro de su anatomía un campo de energía estática que estallaba al más mínimo roce.

Parece que quisiera metérseme dentro.

Con cualquier otra persona, le resultaría inquietante, incluso turbio, ser observada así, pero ella había visto que su mirada no tenía dobleces ni velos opacos, sino que era limpia y sin pretensiones. No podían darle miedo unos ojos transparentes que siempre parecían estar soñando.

Subió los escalones de nuevo para llevarle el vino de media mañana con una sensación de nervios en la boca del estómago. Ella, que nunca se alteraba por absolutamente nada, que estaba ya curtida en el amplio espectro de los seres humanos. Se negó a mirarla hasta dejar su bebida en la mesa, pues no confiaba en su capacidad para no derramarla por el suelo, aún afectada por el temblor de tierra de hacía un rato.

—Tu vino de todos los días con sus almendras de todos los días. ¿Nunca te sales de la rutina?

—Me he cambiado de mesa después de años en aquella, ¿qué más tienes para meterte conmigo? —dijo con chulería, dejándose caer con el codo sobre el respaldo de la silla.

—Seguro que tienes pegado en el frigorífico un menú para todo el mes. —Paula la miró con los ojos muy abiertos y supo que había dado en el clavo.

—Solo para una semana —se defendió con un fruncido de cejas que le resultó adorable—. Detesto tirar comida, y así hago una compra

eficiente.

—Lo sabía. —Rio por la nariz, contenta de haber acertado al menos en algo con aquella chica—. Tienes toda la pinta de ser *ese* tipo de persona.

—¿Y cómo es *ese* tipo de persona?

—Lo siento, me pillas trabajando y es una lista muy larga. —Se encogió de hombros con picardía mientras intentaba escabullirse de allí.

—Entonces ya tenemos tema de conversación para esta tarde. Los silencios incómodos son terribles.

—Terrible es que hayamos quedado y ni siquiera sepas dónde. Deberías darme tu número y te paso la ubicación.

—No le doy mi número de teléfono a camareras desconocidas.

—Y yo no tomo café con escritoras intensas.

—Podré hacer una excepción, entonces. —Arrancó de la libreta un trozo de papel y apuntó su teléfono.

—Yo también. —Lo cogió y se lo guardó en el mandil—. ¿A las seis te parece bien?

—Perfecto.

Ro se marchó con una última sonrisa y un gesto de su mano, pues sabía perfectamente que su tiempo de interacción había terminado esa mañana. Paula hizo un gesto de victoria asegurándose de que nadie la viese y soltó todo el aire que tenía acumulado desde hacía un rato. ¿Eso había sido tonteo? Estaba casi segura de que sí. Se estiró en la silla con las manos en la nuca y una mueca de pura satisfacción que la camarera vio desde abajo. Negó con la cabeza. Desde luego, era un espécimen digno de estudio.

***

Cuando Paula llegó a su hogar y dejó sus cosas en la mesa del comedor, fue directa a mirar el calendario de comidas que tenía pegado en la puerta del frigorífico y se mordió el labio. Podría reírse de ella todo lo que quisiera, pero ese cuadrante le parecía útil y un motivo más para continuar ese juego suyo.

A punto de terminar de hacerse la comida, recibió un mensaje de un número que no tenía guardado.

NÚMERO DESCONOCIDO
Buenas tardes, escritora intensa
Espero que no te salga sarpullido por salir de tu barrio pijo

(Ubicación)

PAULA
Qué feo está juzgar a las personas

NÚMERO DESCONOCIDO
Seguro que tienes un casoplón en las afueras
No te hagas la mochilera ahora

PAULA
Seguro que tú sí eres de *ese* tipo de persona

NÚMERO DESCONOCIDO
¿De cuál?

PAULA
Del mochilero

NÚMERO DESCONOCIDO
Además de escritora, adivina
No dejas de sorprenderme

PAULA
Y eso que creías que te las sabías todas

NÚMERO DESCONOCIDO
Aquí la clase obrera tiene que terminar su turno, señora millonetis
¡Hasta las seis!

PAULA
Voy a encender la chimenea con un billete de quinientos
¡Hasta luego!

Ro sacudió la cabeza con una carcajada, llamando la atención de Lola.

—¿Qué te pasa a ti, que estás muy risueña toda la mañana?

—Tu escritora, que es un caso. Espero que tengas razón con lo de que no vaya a querer traficar con mis órganos, porque hemos quedado luego.

—No creo que le haga falta traficar para...

—Pa, pa, pa, pa. —Se llevó las manos a las orejas para no escuchar nada de lo que su jefa quisiera decirle—. No quiero saberlo, pa, pa, pa.

—Vale, vale, no te digo nada.

—Si es que sabía que estaba forrada. Cómo calo a la gente, me amo. —Se dio besos en las puntas de los dedos y se los dejó en las mejillas.

—¿Crees que la tienes calada? —Soltó una risotada sideral que hizo que Ro se pusiera seria—. Es una chica encantadora pero

hermética, así que menos lobos, Caperucita.

—Lola, no me digas eso que yo veo un reto y me lanzo, que yo estoy muy loca.

—Pues siento decirte que te vas a quedar con las ganas.

Ro la miró con suspicacia, consciente de que estaba cayendo como una ingenua colegiala en la trampa de Lola, que quería acrecentar una curiosidad hacia la escritora que ya estaba más que bien alimentada. La verdad era que el personaje de la casamentera se le daba muy bien, y quiso preguntarle cuántas veces había intercedido por Paula para facilitarle el acercamiento con alguna chica, pero el trabajo se lo impidió y, cuando terminó su jornada laboral, solo tenía en mente salir pitando de allí para darse una ducha rápida y no llegar tarde a su cita.

Bueno, no es una cita, solo es un café.

Paula llevaba ya un rato en la puerta. Echó de menos su etapa de fumadora casual: en ese momento le vendría de lujo un cigarro. Miraba a un lado y a otro, esperando la llegada de la mujer de su vida de ese marzo a medias, seguramente una más, pero nunca igual a las otras, pues estaba decidida a modificar su escala de prioridades terminara aquel asunto como terminara.

Notó su presencia antes de verla, pues su pecho luminiscente la avisó con tiempo para respirar un par de veces antes de encarar su escueta figura. Era la primera vez que la veía con ropa de calle y fue entonces cuando se fijó de verdad en la mujer que tenía delante. El pelo negro por debajo de los hombros, flequillo tan largo que ya prácticamente dejaba de serlo, delgada, pero de músculos potentes que se tensaban en cada paso seguro que daba, y tan bajita que podría parecer de bolsillo. El rostro afilado de ojos oscuros, cejas rebeldes y un hoyuelo en la comisura derecha de su boca. Los labios finos de sonrisa ancha.

No supo si darle un beso, un apretón de manos, un abrazo o su corazón sin estrenar, pero Ro tomó la decisión por ella, plantando dos sonoros besos en sus mejillas rellenas. Al ver su sonrojo extremo, a la morena se le escapó la risa, que le salía a borbotones cada vez que Paula se hacía pequeña delante de ella.

—Siempre estás sonriendo —le dijo la escritora, mirándola fascinada.

—Qué va, eres tú, que me haces gracia. —Fue su turno de sonrojarse mientras abría la puerta—. Ya te he dicho que mi carácter necesita dos azucarillos.

—Nunca lo hubiera dicho.

—Ni yo hubiera dicho que la chica que hiperventilaba hace cuatro días me iba a invitar a un café, y aquí estamos. ¿Cortado largo?

—Sí, por favor.

Ro la dejó en la mesa quitándose la chaqueta y se acercó a la barra a pedir. La miró por encima de su hombro, y casi se muere de la ternura al verla colocar estratégicamente el servilletero, dejando el campo de batalla preparado para que se sentara frente a ella.

—Deja, yo te ayudo, que si no nunca desconectas del trabajo. —La empujó hombro con hombro para quitarla de en medio.

—Lo siento, pero yo no puedo escribir un capítulo por ti, así que se desequilibra la balanza.

—Hay muchas maneras de escribir, aunque no aportes ni una sola palabra.

—¿Y eso cómo se hace?

—Inspirando a quien escribe —dijo como si fuera lo más obvio.

—¿Yo hago eso?

—Me he cambiado de mesa para no perderte de vista, por algo será, ¿no?

—Vaya, así que es por puro y duro interés. Qué feo, ya que me había hecho ilusiones...

—Oye, decirte que me inspiras es bonito también —se quejó.

—Soy una musa a sueldo, me utilizas. No me convence tu argumento.

—Seguro que puedo encontrar una manera de conseguirlo.

—Aquí tenéis —el camarero cortó la conversación.

Cada una tomó su taza y juntas se dirigieron a la mesa. La de Paula tintineaba en su plato producto de los nervios, mientras que Ro, por deformación profesional o por entereza de espíritu, apenas se movió.

—Toma, tu azucarillo. —Paula le tendió el suyo, tomando buen cuidado de rozarle la piel en el intercambio. Podría hacerse perfectamente adicta a esa electricidad.

—Y el cosmos respira tranquilo de nuevo. Has restablecido el equilibrio, escritora, enhorabuena. —Echó el azúcar en su taza y lo removió con la vista puesta en ella, quien evitaba conectar miradas, conocedora como era del trance en el que siempre se imbuían una en los ojos de la otra.

—Lo tomas con hielo —comentó con disgusto.

—No me gustan las bebidas calientes. Me desespero y termino quemándome la lengua.

—El acto de tomarse un café no consiste solo en bebérselo, sino en ese tiempo que transcurre desde que te lo sirven hirviendo hasta que

puedes empezar a tomártelo. Ese intervalo en el que hablas con la persona con la que has quedado, o lees, o miras por la ventana, es el verdadero café.

—Un café solo es un café. —Puso los ojos en blanco, intentando no reírse de ella.

—Hay que saber verle la magia a las cosas, si no, la vida solo son cosas que son lo que parecen y ya está.

—La magia es para los niños y para los ingenuos.

—Y para las escritoras intensas. —Alzó su taza a modo de brindis y sonrieron ambas.

Se midieron con las miradas durante unos segundos de silencio pesado, un poco espeso. Cada una en su esquina del cuadrilátero, frente a frente, asimilando los primeros golpes de tanteo, viendo por la rendija apenas abierta que se habían dejado la una para la otra sus puntos fuertes y los flacos. Ro se dio cuenta de que Paula le ganaba, por lo que decidió empezar el segundo *round* golpeando primero.

—No estaba muy segura de aceptar este café. Tenía miedo de que fueras la loca del hacha.

—¿Yo? Si soy un ser de luz. —Escondió la media sonrisa tras su taza, que ya empezaba a dejarse beber a sorbitos.

—No me gusta darle la razón a nadie, pero te la tengo que dar: las mosquitas muertas sois las peores.

—¿Por qué iba yo a ser la loca del hacha?

—Porque eres muy rara, tía. A veces te pillo mirándome como una desequilibrada, pero luego me vacilas. Tienes acelerones de sinvergüenza y frenazos de cortada. Una loca del hacha de manual.

—Soy tímida.

—No, no eres tímida. Al principio vale, pero mira, estamos aquí por tu culpa.

—Hay cosas contra las que ni siquiera la timidez puede luchar.

—¿Qué cosas?

—No sé, esto —las señaló a ambas—, esta energía que fluye entre nosotras. ¿No la notas?

—Estás colgada, en serio. —A pesar de sus palabras, sonrió.

—La notas, y por eso estás aquí, aunque te pareciera una psicópata. Si no, de qué.

—No voy a hacer declaraciones al respecto —dijo, muy digna.

—Quien calla, otorga.

De nuevo cada una a su esquina y otro sorbo a sus cafés. KO técnico a favor de la escritora, que estaba dando todo un recital sobre cómo manejar una conversación y llevarla para el lado que más le

interesaba. ¿Cómo había pasado de meterse con ella a conseguir que reconociera que había notado esa especie de vibración que tensaba el espacio que las separaba? Ro, de vuelta de todo, estaba recibiendo sin saber ni por dónde le venían.

—Me generas mucha curiosidad, eso tengo que reconocerlo. —Paula sonrió tan bobaliconamente que se le derramó el café por la comisura de los labios—. ¡Pero tía! —Ro empezó a reír sin control, tendiéndole servilletas entre ruidosas carcajadas.

—Perdón, se me había olvidado que tenía la boca llena —dijo entre dientes, muerta de vergüenza, mientras se limpiaba el líquido chorreante de su barbilla.

Se frotó la camisa blanca impoluta, ya no tan impoluta después de aquel ridículo espantoso, agarrándose a esa excusa para no tener que mirarla. Mucho había tardado en liarla. Cuando se atrevió a levantar la vista, Ro la observaba con una ternura a la que no estaba en absoluto acostumbrada viniendo de ella, por lo que carraspeó para recobrar un poco de su dignidad perdida. Pareció conseguirlo, animada por la actitud de la chica que tenía delante.

—Tú también me generas curiosidad. No entiendo esta electricidad cuando es evidente que no tenemos nada que ver la una con la otra. No tiene sentido para mí, para las cosas en las que yo creo.

—¿En qué crees?

—En almas gemelas. No te conozco, pero diría que no tenemos nada en común.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, yo soy una persona que tiene un cuadrante de comidas pegado en el frigorífico, solo de una semana, lo prometo —se apresuró a puntualizar—, y tú eres una mochilera que ha quedado conmigo solo por el riesgo de no saber lo que te vas a encontrar.

—No me gusta ser previsora, porque eso significa que ya sé cómo va a ser mi vida durante un espacio de tiempo demasiado grande. Ni siquiera sé dónde voy a estar mañana, como para hacerme un menú semanal.

—Eres un culo inquieto, entonces.

—Estoy acostumbrada a no pertenecer a ninguna parte.

—Luego la intensa soy yo.

—Me lo pegas —refunfuñó.

—Me vale como frase para mi libro. Espera, voy a apuntarla. —Hizo ademan de sacar su teléfono, pero las rápidas manos de Ro se lo impidieron.

—¡Cállate y deja eso! Hay que establecer unos parámetros, Paula:

tú la intensa y yo la que se burla de ti.

—Déjame disfrutar de las que me toquen.

Ro la miró con una mirada que se parecía más a la de la chica que la acompañaba, como si le hubiera robado ese taladro mental que tenía en los ojos para utilizarlo ella. Era preciosa, tenía que admitirlo. Siempre ruborizada, siempre en un mundo onírico que convivía con el terrenal, siempre soñando con los ojos abiertos. Era desconcertante y atractiva a la vez esa actitud suya, y más sorprendente era aún que no se avergonzara de ser tan… diferente. Nadie habría tenido el valor de hablar de la tensión que había entre ellas como si fuera magia, pero a Paula parecía darle igual decir lo que nadie se atrevía siquiera a pensar cuando conocía a una persona que le removía cosas inexplicables. Ella había huido de citas por menos, pero allí estaba, intentando inmiscuirse en su mente, rebuscando en su interior, maravillada por lo que aún no sabía que había dentro.

Para no ser una cita, se le está pareciendo bastante.

6

RO
A alguien se le han pegado las sábanas hoy

PAULA
Los sábados no trabajo

RO
¿Tampoco desayunas?

PAULA
Sí, pero en casa
A las millonetis a veces nos gusta hacer las cosas por nosotras mismas
No será que echas de menos a la loca del hacha, ¿no?

RO
En absoluto
Me preocupo por tu alimentación
Cosas de camareras

PAULA
Sí, sí, lo que tú digas
Al menos hoy no tienes a una pesada que te hace subir al piso de arriba

RO
Gracias a esa perturbada mental se me está poniendo un culo para forrar pelotas de tenis, no iba a ser todo negativo

PAULA
Aún no he tenido tiempo de analizarlo
Me pondré al día cuando vuelva a verte

RO
¿Ves? Eres extraña
Te cambias de sitio para tenerme siempre en tu campo de visión, pero no me miras el culo
¿Quién te entiende?

PAULA
Porque lo que siento por ti es verdadero, Ro
No algo únicamente físico

RO

Y vuelves a ser la loca del hacha
Escalofríos puros me dan

PAULA
Ya te acostumbrarás

RO
Espero que no
En fin, te dejo, que aquí hay mileuristas que tienen que levantar el país

PAULA
Que se te dé bien la mañana

RO
Igualmente

Ro sacudió la cabeza y salió del baño de personal en el que se había escondido al ver que la conversación se alargaba tontamente. Le había resultado inesperado no ver por allí a la escritora a primera hora, siendo como era una entusiasta admiradora de su persona. En cierta manera, le gustaba que no aprovechara cada oportunidad para imponerle su presencia, a pesar de haberle dejado claro por activa y por pasiva que estaba interesada en ella de muchas maneras, de todas, quizá.

Paula parecía torpe, pero no lo era. Manejaba las palabras, el ritmo narrativo y los tiempos como nadie. Aceleraba y llevaba su capacidad para soportar rarezas hasta el límite y, cuando alcanzaba el punto más alto, se dejaba caer hacia atrás con ligereza, como rendida en medio del mar, dejando que la marea la transportara a un lugar seguro para ambas, alejándose lo justo como para hacer que se siguiera sintiendo atraída por su gravedad sin llegar a engullirla como un agujero negro. Como ya digo, era una experta en aquello de mantener la curiosidad bien arriba sin resultar agotadora.

La tarde anterior, tras una hora de charla, que había sido cualquier cosa menos superflua, se marchó de vuelta a casa con la cabeza llena de pájaros de colores. Ro, que habitaba siempre en el suelo, con los pies bien enterrados en el fango, se había visto arrastrada hacia su propio mundo, el de ella, y, aunque no fuera un lugar que habría elegido visitar por sí misma, lo cierto era que, una vez allí, le habían impresionado las vistas.

Era imposible corresponder a la inmensidad de lo que demandaban sus ojos soñadores, pero le estaba llamando la atención la manera en la que todo brillaba visto a través de Paula, como si fuera nuevo, a estrenar, aunque estuviera harta de tenerlo delante. Ni podía, ni

quería llegar tan alto como ella, perdida a veces entre las nubes de tan lejos, pero nunca había probado aquello tan manido de planear y le había sorprendido no haber experimentado aún el vértigo. Podía mantenerse en ese inocente vuelo raso, sosteniendo la cometa con complejo de nave espacial que era la escritora mientras sentía ese aire de libertad en la cara.

Sí, eso sí podía hacerlo.

En estas cosas andaba pensando, en tirones hacia arriba y fuerzas de gravedad ineludibles, cuando la campanita del bar sonó, y Ro, infectada por la mente estratosférica de Paula, en la que estaba divagando hacía un momento, tuvo la extraña intuición de que era ella quien acababa de entrar. Levantó la vista con una sonrisa sin dientes y esa mirada suya de no entenderla nunca y allí se la encontró, de pie, con una mochila en la espalda, el pelo alborotado y los ojos de un cervatillo asustado, sin estar muy segura de haber acertado al seguir su impulso de ir a hacerle una visita.

Para Paula, la cita había ido bien, y estaba feliz de que, por la forma de ser tan terrenal que parecía tener la camarera, no hubiera salido corriendo como alma que lleva el diablo al ponerse a hablar de la electricidad y de campos magnéticos como una desquiciada. También era cierto que no había sentido esa tensión insoportable que precede al beso primero, ni le había dado la sensación de que estuvieran pasando más cosas de las que estaban poniendo encima de la mesa con las palabras, a pesar de que aún notaba ese halo mágico que las conectaba. No había parecido una cita, aunque algo le decía que lo había sido. Quizá eran los mensajes innecesarios de hacía apenas una hora. Quizá era la sonrisa curiosa, y esta vez sin más recovecos, que le estaba dedicando Ro nada más verla aparecer.

—Buenos días —saludó Paula, con su timidez habitual.

—Buenos mediodías, más bien. ¿Lo de siempre?

—Vengo desayunada de casa, gracias. —Se mordió el labio y, tras dar un par de pasos en falso invadida por la inseguridad, se armó de valor, se encaramó a un taburete de la barra y se sentó allí con su sonrisa de niña que ha hecho tremenda travesura—. Ponme una cerveza, por favor.

—¿Así, a lo loco?

—Es sábado. Además, si me pido un café, me deberás otro.

—Pensaba que ese era el plan. Infinitas excusas para quedar fuera de aquí.

—No hay que abusar. —Entrelazó las manos sobre la madera que las separaba—. Como pretexto para el primer café está bien, pero el

siguiente no tiene que ser cosa mía. Me gusta la bidireccionalidad.

—Es increíble cómo le das la vuelta a todo para llevártelo a tu terreno. —Se agachó a coger una jarra de la nevera y Paula se fijó, efectivamente, en su culo. Al darse la vuelta, Ro la pilló de lleno—. Joder, veo que te lo has tomado en serio. ¿Quieres una foto?

—Trabajo de campo. —Se encogió de hombros—. Yo no quería, él me ha mirado primero a mí.

La carcajada de Ro hizo que se tambalearan las copas de la estantería, e incluso Lola se asomó por la puerta de la cocina para ver qué había hecho reír así a su camarera menos simpática.

—¡Pero bueno, Paula, dichosos los ojos que te ven! No esperaba verte hoy. —Salió por fuera de la barra para darle un par de besos.

—Es que he tenido la sensación de que se me echaba de menos por aquí.

—Tú sueñas —masculló Ro entre dientes, aunque con una sonrisa, mientras llenaba la jarra de cerveza.

—Aquí te echamos de menos siempre, ¿a que sí, niña? —le preguntó a la camarera, que entornó los ojos al captar la mirada victoriosa de Paula.

—Uy, sí, un montón.

—Lo que yo decía. Me voy para dentro, que los aperitivos no van a hacerse solos.

—Guárdame un trocito de tortilla, porfi —pidió Paula con un puchero.

—Pues claro, que sé que te encanta. Ahora te lo saco —se despidió de ella y se perdió tras la puerta de la cocina.

—Casi te sale una úlcera por reconocer que me has echado terriblemente de menos. —La escritora tomó un sorbo de cerveza, poniendo así la jarra entre las dos a modo de escudo, preparada para la bordería que le fuera a contestar Ro.

—Es evidente que me ha extrañado no verte esta mañana.

—Hala, eso es casi como decirme que sí. —Se sonrojó inmediatamente, satisfecha.

—Respira, Paulita. La verdad es que, como no tengo ni idea de cuál es tu rutina, si me hago a la idea de que te voy a ver con tus desvaríos pululando por el bar, luego parece que me falta algo si no es así, ¿entiendes?

—¿Quieres un cuadrante con mis visitas semanales para colgarlo en tu frigorífico? —lanzó el anzuelo.

—Pues no estaría mal, para saber a qué atenerme. —Y Ro picó.

—Pensaba que no te gustaba saber qué va a ser de ti en un periodo

tan largo de tiempo. —Le guiñó un ojo con una mueca de triunfo en los labios.

—Estamos hablando de lo que será de ti, no de mí —le devolvió con soltura. *A mamá no le vas a enseñar a hacer hijos, escritora.*

—*Touché*.

Paula la miró con su intensidad de siempre, con la catapulta infernal que clavaba a Ro al suelo y la dejaba casi sin capacidad de pestañeo, con esa sonrisa de Mona Lisa en la que una no estaba segura de si era medio lerda o si escondía un enorme secreto que ella se moría por conocer. Volvió a beber de su cerveza y Ro, por primera vez, se fijó en sus labios llenos. Todo en torno a ella la absorbía de una manera inexplicable. Su conversación la hacía ir de estado sólido a gaseoso sin pasar por el líquido. De momento.

—Vengo de lunes a viernes, todos los días. Los fines de semana solo me paso si doy un paseo y termino por aquí o si quedo con alguna amiga en el barrio, pero no es muy habitual. Suelo estar en mi casa de las afueras.

—Ah, claro, la casa de ricachona. Perdón, pareces tan campechana que a veces se me olvida.

—En realidad, era la casa de mi abuela, pero… bueno, ahora es mía. —Sonrió un poco incómoda. No era esa la manera en la que había pensado hablarle de su nana.

—Vaya… ¿La… la has perdido hace poco?

—Sí, hace un mes o por ahí.

—Lo siento mucho, Paula. —Tomó su mano de encima de la barra y la estrechó entre las suyas con un calor que no se esperaba. Ro no sabía lo que era perder algo que nunca había tenido, pero quiso que la sintiera cerca.

—No pasa nada. Era muy mayor y tenía la cabeza más para allá que para acá.

—Pues como tú. —Le revolvió el pelo y se separó de ella antes de convertir el momento en algo raro—. Estabas muy unida a ella, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Se te han puesto los ojos tristes.

—Y el corazón —sentenció Paula con un suspiro.

—Eso no puedo verlo.

—Dame un par de semanas.

—Intensa.

—Guapa.

—¿Así es como escapas tú de los temas comprometidos? —

preguntó Ro levantando una ceja.

—Sí. ¿Funciona?

—Ya lo creo. ¿Tienes piscina en la casa de las afueras que has heredado de tu difunta abuela?

—No es una casa en las afueras, es más bien… una mansión —dijo avergonzada—. Y sí, tiene piscina de verano y de invierno.

—¿Mansión? —le preguntó, detenida en mitad de la barra, con los ojos muy abiertos—. ¿Estoy hablando con alguien de la realeza o algo así?

—Nah, solo con una escritora de medio pelo.

—Paula, mírame a los ojos. —Se puso frente a ella y la tomó de la barbilla—. ¿Tengo que inclinarme como una señorona decimonónica cuando te vea y seguir un protocolo?

—No, solo tienes que enjuagarte las manos después de usar la bayeta. Tía, apestas. —Se apartó de ella fingiendo asco y ambas echaron a reír.

—Me interesa tener una colega con piscina, el verano está a la vuelta de la esquina.

—No prefieres, no sé… ¿una novia con piscina? —dijo como quien no quiere la cosa.

—Eh, eh, para el carro, forastera. Las relaciones son un constructo social que…

—Solo mis novias tienen derecho a piscina, lo siento —bromeó la escritora.

—No me pides un café para no abusar, pero me chantajeas con tu piscina. Decídete.

—De momento, ponme otra cerveza, que ya me llega hasta aquí el olor de la tortilla de Lola.

Olfateó el aire como un perro pulgoso, y a Ro no le quedó más remedio que sonreír. Si era de la realeza, desde luego que sería una de esas primas lejanas repudiadas por extravagante. En efecto, era un absoluto cuadro.

La vio con el teléfono y sintió el empuje de esa imparable curiosidad que Paula le generaba. Por un instante que duró solo un segundo, quiso saber cómo era esa persona en la intimidad cotidiana, cómo se relacionaba con sus amigas, la manera en la que hablaba con su madre. Quiso saber cómo se comportaba en sus días nefastos y cómo en aquellos en los que todo la hacía llorar. Quiso hacer un curso intensivo de Paula, la escritora excéntrica, para ver si lograba así que se le quitara ese picor en las palmas de las manos y ese tropiezo en la boca del estómago.

Quiso, en definitiva y como hacía siempre con todo lo que le llamaba la atención, consumirla de golpe y con urgencia, como las series de Netflix, para saciarse de una vez de todo lo que ignoraba de ella y que estaba segura de que era lo que la mantenía tan interesada.

Volvió con su pincho de tortilla y Paula alzó la mirada del dispositivo para sonreírle con todo su cuerpo. Nunca había conocido a nadie como ella, de verdad que no, y, lejos de tenerle miedo a ese vacío en su experiencia personal, quiso correr hacia lo desconocido y, por una vez, dejarse sorprender sin preguntas previas.

—¿Qué? —le preguntó la escritora con la boca repleta de tortilla.

—¿De dónde coño has salido?

—De las estrellas. —Achinó los ojos en una sonrisa infinita de carrillos llenos y Ro arrugó la frente sin poderse creer lo malditamente diferente y genial que era.

Paula inclinó la cabeza hacia un lado, sintiendo el carnaval en su interior. Notaba cómo crecía en su chica soñada la duda que había sembrado, el interés hecho brotes verdes, la más pura y primitiva curiosidad animal. ¿Preludio del amor? Desde luego, no se le ocurría mejor principio que el del ansia de descubrir un misterio que, si una se paraba a pensarlo, no era tal.

Una elección particular de palabras, un silencio a tiempo, una huida mirando hacia atrás, una sonrisa en el momento correcto… No hacía falta más para que alguien viera en ti más de lo que hay en realidad: una persona de carne y de sangre y de huesos que solo quiere que la saquen a bailar, señalándola entre un montón de gente como la elegida para ti.

Una elección particular de palabras, un silencio a tiempo, una huida mirando hacia atrás, una sonrisa en el momento correcto… Algo que solo había tenido el efecto deseado con Ro, la persona más pragmática que se había encontrado en sus muchos años de búsqueda. Justo ella, quien menos cuenta le echaba a ese tipo de conexiones intangibles, había sido la receptora óptima para todo aquello que rodeaba la personalidad de la escritora. Nunca una mujer había recibido aquellas cualidades suyas tan personales e intransferibles con tanta naturalidad, las había envuelto con cuidado en un pañuelo y se las había guardado en un bolsillo para poder mirarlas cuando quisiera. Había generado impacto en otras, en muchas, pero nunca uno tan profundo como el que notaba vibrar en la piel de Ro, que la miraba como si fuera el enigma más apasionante del jodido planeta.

Si tan solo fueras capaz también de quererme…

—Lo que no entiendo es de dónde has salido tú.

—Ojalá lo supiera. —Ro soltó una risa nasal y se giró en la barra para atender a una pareja del fondo.

Paula esperó pacientemente hasta que llegó de nuevo a su lado, mirándola como si quisiera abrirla en canal y desmenuzar entre los dedos sus entrañas para encontrar el estúpido tesoro escondido.

—¿Me cobras? —pidió Paula, un poco aturdida por su manera de observarla.

—Un momento.

Se acercó a la libreta, sumó lo de toda la semana, tomó el billete que la escritora le tendía y regresó con las vueltas. Ro quiso que se fuera, que no volviera más, quiso saltar la barra y preguntarle por qué decía que había venido de las estrellas, que le diera a sus delirios forma de palabras y le hablara de lo que fuera durante seis horas seguidas. Quiso entender lo que no podía, y Paula sonrió al percibir sus tribulaciones.

—¿Y ahora te vas a tu mansión?

—Sí, voy a por el coche y me marcho para allá. —Se levantó de su taburete y se colgó la mochila al hombro.

—Pues pásatelo bien en tu piscina de invierno —bromeó—. Hasta el lunes, Paula. Y gracias por tu visita.

—Hasta el lunes, Ro.

Se despidió con la mano y salió del bar con el corazón en un puño. Le gustaba el interés que Ro parecía haber depositado en ella, y le fascinaba el hecho de no haber tenido que hacer nada especial para provocarlo, como tantas otras veces, sino simplemente ser ella misma, sin tener que descafeinarse para no resultar indigesta.

Había tomado una decisión: lanzar ese definitivo órdago al destino, al romanticismo, zambullirse de cabeza en esa penúltima oportunidad de encontrar el amor de esa manera suya tan negligente, tan disfuncional, con la persona que parecía la menos indicada, y que pasara lo que tuviera que pasar. Todo parecía ir encaminado hacia el desastre, como siempre, pero no podía negarse un último canto del cisne antes de volver a recolocar sus prioridades y la manera de afrontarlas, pues esa turbulencia cósmica que había sentido desde el día en el que vio a la camarera cargando la bandeja con su desayuno no podía ser ignorada. No por alguien como ella.

Ro salió del trabajo unas horas después, se echó una siesta de esas en las que una tiene que mirar el calendario, se dio una ducha veloz y se apresuró a llegar al sitio en el que había quedado con sus amigas.

Paula le había insinuado que, si quería otra cita, tendría que salir de ella. *Tan desvergonzada para unas cosas y tan meticulosa para otras.*

Le agradaba que le dejara la opción de elegir, de decidir si quería repetir o dejarlo correr de manera elegante y limitarse a su trato en el bar. Con lo kamikaze que le había parecido siempre, hubiera esperado más bien una ofensiva con toda la artillería, un asalto a su atalaya sin miramientos, pero no, la escritora, de nuevo, la había sorprendido. Tenía claro que, si lo hacía así, era porque sabía que era la mejor manera de regar el jardín de su interés. Parecía que la conociera, y eso sí que estaba fuera de toda lógica.

Ro era más bien hermética, impenetrable, de personalidad siempre afable pero infranqueable. Ro no tenía murallas, ni escudos, ella misma en su totalidad estaba hecha de hormigón armado. Por eso, la manera orgánica en la que Paula entendía sus procesos y sus tiempos la tenía totalmente anonadada. Quizá solo era casualidad, pero si algo le había quedado claro en esa semana en contacto con la escritora, era que tenía una sensibilidad extrema para palpar sensaciones.

—La llaman la desaparecida —dijo Elvira, la recepcionista de su gimnasio, nada más verla llegar a la terraza donde estaban esperándola.

—Te vi hace tres días, deja de llorar. —Le dio dos besos y revolvió su pelo corto, ganándose un bufido peor que el de un gato.

—Siempre es poco para mí.

—Idos a un hotel —se quejó Sara, de brazos cruzados, que esperaba su saludo especial.

—¿Otra vez? ¿Tú estás loca? —Ro la achuchó, llenándole la cara de besos. Con ella era con la única que se permitía aquel despliegue de cariño—. Si mira cómo la tengo después de pasar juntas una noche, UNA, hace casi un año.

—Oye, no te pongas chula, que la tenemos.

—Dejo huella, supéralo. Hola, bombón —saludó, finalmente, a Clara, amiga que Sara había hecho en la universidad en los largos años de ausencia de Ro y que había terminado por ser también la suya.

—Hola, bella. Qué risueña te veo hoy.

—Es que soy libre hasta el lunes, tengo una cerveza delante y estoy rodeada de pibones. ¿Qué más se le puede pedir a la vida? —Suspiró, tomando asiento.

—Una lotería no me vendría mal.

—Claro, Sara, porque con tu sueldo de arquitecta te va fatal.

—¡La arquitecta del amooooor! —se puso a canturrear Elvira con los brazos en alto.

—¿Qué le pasa a esta? —Ro se bebió medio tercio de un trago.

—¿No te lo ha contado?

—Pues no —se indignó la morena, echándole una mirada de rencor a su mejor amiga.

—Como ayer quedaste, fui sola al gimnasio. —Sara se encogió de hombros y bebió para ocultar su rubor—. Me tocó ponerme con Marcos.

—¿Marcos?

Ro no se estaba enterando de nada. Ver a su mejor amiga colorada era algo a lo que no estaba en absoluto acostumbrada. Pidió otra ronda al camarero antes de meterse en una historia que tenía pinta de ir para largo.

—El nuevo monitor.

—Ah, el tirillas. —Rio por lo bajo.

—No es un tirillas —lo defendió Sara—. Es que los otros están demasiado cachas.

—Hombres. —Ro fingió un escalofrío y las demás rieron.

—Eres un cliché lésbico —se mofó Elvira, brindando con ella.

—Habló la recepcionista buenorra de gimnasio.

—Con el pelo corto —aportó Clara, chocando también su copa de vino.

—Y rojo como el infierno al que irá por desviada. —Sara terminó aquel brindis—. El caso es que Marcos me tocó de monitor.

—La tocó. —Elvira fingió un ataque de tos.

—No me tocó. Es que me estaba hablando cuando acababa de empezar, yo miré para abajo, me sonrió y…

—BOOOOOOOM. —La recepcionista era, desde luego, la que más estaba disfrutando—. Se escurrió y él la tomó entre sus brazos como un príncipe de cuento.

—Fue muy amable.

—Se quedó mirándolo como una lela, tías. Yo iba a entrar para preocuparme por el golpe, pero allí estaban saltando chispas y arcoíris de colores, así que preferí dejar que tuvieran su momento.

—Eres la mejor. —Ro, muerta de risa, le chocó los cinco.

—Bueno, ya vale con el cachondeo —refunfuñó Sara—. El caso es que me pidió el número de teléfono para ver qué tal iba después de la caída y yo… pues se lo di. —Sonrisita estúpida. Ro puso los ojos en blanco de puro sopor.

—Le pidió el teléfono en plan preocupado por el accidente, pero después de caerse subió la pared hasta arriba, ¿eh? No te creas que estuvo convaleciente.

—¡Podría haberme mareado luego!

—Claro, cariño, claro que sí, ven, dame un abrazo. —Se levantó y le tomó la temperatura de la frente tras estrujarla—. Fue una excusa, malísima, por cierto, para pedirte el teléfono. Acéptalo.

—Estoy de acuerdo.

—Ro, no ayudas.

—¿Qué más te da? Él te gusta, solo Dios sabe por qué, y se ha inventado una excusa muy ridícula para pedirte el número. Disfruta, coño, que eres joven.

—Estamos pasando por alto que Ro el viernes quedó —comentó Clara con su vocecita diminuta.

—Clarita, hablas poco, pero cuando lo haces sube el pan, tía. —Ro le dio un golpe en el brazo y un trago a la cerveza.

—Di que sí, que estas dos no hacen nada más que mofarse de mí. A ver, cuenta.

—Nada, la escritora de la que te hablé el otro día, que me invitó a un café.

—¿La rara adorable?

—La misma.

—¿Nos hemos decantado ya por si es más rara que adorable o al revés?

—No, sigue igual, cincuenta por ciento. El equilibrio es posible, amigas.

—¿Os importa contarnos un poco de qué va esta movida? Ro quedando para un triste café, ya lo he visto todo en la vida, me puedo morir —dijo Elvira con un tono muy dramático.

—Es una clienta del sitio nuevo donde trabajo.

—Ah, sí, el bar de pijos.

—Exactamente. Pues es escritora y su abuela tenía una mansión en las afueras, ¿qué os parece?

—Tremendo braguetazo, hermana. —Sara chocó el puño con ella en señal de respeto.

—Pues si yo quisiera… —dijo Ro, haciéndose la interesante.

—La tienes babeando por ti, ¿no?

—Babeando no, pero parece interesada en comerse todo esto. —Señaló su cuerpo con una sonrisa traviesa—. Aunque dice que lo que siente por mí, atentas, es real.

—¿Hace cuánto la conoces? —tomó la palabra la recepcionista.

—Esta semana.

—¿Y ya te ha dicho eso? —Abrió los ojos a todo lo que daban, alucinando.

—Así es ella. —Se encogió de hombros con una sonrisa.

—Espero que la parte adorable sea potente, porque quedar con una tía así…

—Es que no sé si lo dice de broma. —Se quedó unos segundos pensando—. No, no lo dice de broma. —Se apretó el puente de la nariz y suspiró—. Pero es muy divertida, y tiene la conversación más interesante que he escuchado en mi vida. Le ve la magia hasta al hecho de tomar un café. —Negó con la cabeza, sin poder creérselo todavía.

—Me sorprende, sinceramente, que no salieras de esa cafetería en la que quedaste con ella dejando tu silueta recortada al atravesar la puerta.

—Elvira, que me río mucho con ella. —Las miró a todas, una por una, y vio que tenían las cejas alzadas con picardía—. Es que me genera mucha intriga, ¿sabéis? Como está medio zumbada, nunca sé por dónde me va a salir. Igual me está diciendo muy seria que nota electricidad fluyendo entre nosotras —no solo Ro, sino que las cuatro fingieron un escalofrío—, y al momento me sonríe y se le cae todo el café por la barbilla.

—¡No jodas!

—Casi me meo de la risa, os lo juro. Es un cuadro, pero no deja de parecerme interesante, ¿qué hago?

—¿Cómo una persona puede compensar esos comportamientos que dan tanta grima?

—Pues imagina —dijo con una mueca de obviedad, intentando hacerse entender—. Por lo menos no me aburro.

—Y eso, viniendo de ti, es decir mucho —asintió Sara, que conocía a su amiga mejor que nadie.

—Pues no se diga más, tía, yo apoyaré siempre que te hagas novia de una muchacha con mansión en las afueras. ¿Tiene…?

—Sí, tiene piscina. De verano y de invierno.

—Pues adelante, Ro, yo, si tú lo ves claro, voy contigo a muerte, creo en vuestro amor —le contaba Elvira mientras hacía como que estaba nadando a braza.

—¡Pero yo no! —Ro soltó una carcajada al ver las payasadas de su amiga.

—Bueno, pues sois amigas, y las amigas hacen barbacoas en las mansiones de sus amigas, a las que invitan a otras amigas. Lo dice la Constitución. —La reflexión de Elvira no tenía cabos sueltos.

—Ya me ha dicho que allí solo invita a novias.

—Es lista. Da grima, pero es lista. No sé si me gusta o si le pediría una orden de alejamiento. —Se frotó la barbilla Sara.

—En esas estoy yo, pero mientras tanto…

—Vas a seguir quedando.

—Así es. Encima, la muy capulla, me ha dicho que, si quiero quedar con ella, la próxima vez se lo proponga yo.

—Es rara, pero ahí la tenemos, respetando. Un punto para la chavala. ¿Cómo se llama?

—Paula.

—Paula lleva, de momento, más puntos positivos. Saca tu teléfono —le pidió Clara.

—¿Para qué?

—Para invitarla a salir. Mientras los puntos positivos sean más que los negativos, vas a seguir quedando con ella.

—La he visto esta mañana, no hay que ser ansiosa.

—Mañana libras —apuntó Sara.

—Ya, y ella se va a su mansión.

—Han dicho en las noticias que mañana va a hacer un día primaveral, perfecto para una visita a sus viñedos —insinuó Elvira.

—¡No sé si tiene viñedos! —Ro casi se ahoga con la cerveza de la risa.

—Lo que sea.

—Que no, que la voy a ver el lunes. Depende de lo que me encuentre, actuaré. No seáis intensas.

Ro sonrió al decir aquella palabra. Ya nada, ni nadie, podría parecerle intenso, pues en la escala de intensidad de Paula, quedaban a años luz de ella. Notó el teléfono, su forma, su peso, su calor, contra la pierna, guardado como estaba en el bolsillo del pantalón. Quería escribirle, no pasaba nada por reconocerlo. La escritora siempre encontraba algo divertido que decir, alguna reflexión que hacer o una ficha sutil que lanzar. ¿Cómo iba a cansarse de algo así por muy extravagante que fuera su personalidad?

Se le aceleró el corazón. Fue un segundo de nada y, frunciendo el ceño, se preguntó qué habría sido eso.

Paula, desde la cama de la habitación del tapiz del minotauro, con las manos en el pecho y la mirada fija en el techo, pensó, justo en ese instante, en su camarera peleona y sonrió.

Se le aceleró el corazón. Fue un segundo de nada y, frunciendo el ceño, se preguntó qué habría sido eso.

7

La mansión se quedaba vacía los fines de semana, a excepción de Manoli, ama de llaves desde que Paula tenía memoria. Era una mujer que estaba sola en el mundo sin ser, en absoluto, una persona solitaria. Había suplido su falta de familia cuidando a la familia de otros, disfrutando de sus triunfos, llorando sus derrotas y aplaudiendo sus locuras sin hacer nunca demasiado ruido. Cuando, unas semanas atrás, Paula decidió que no era necesario que los empleados estuvieran más allá de los días entre semana al encontrarse la casa vacía de huéspedes, Manoli la miró con sus ojos tristes y asintió sin intención de decir mucho más. Sin embargo, por una vez en su vida, alzó la voz para decir lo que pensaba.

—Paula, yo… yo vivo aquí desde hace muchos años y…

—He dicho que os fuerais a casa los fines de semana, así que es una suerte que tú ya estés en la tuya.

—No es mía, niña —dijo con una sonrisa tímida.

—Ni mía, y aquí estamos. —Se encogió de hombros con algo de nostalgia.

—Muchas gracias. Cuidaré de la casa como he estado haciendo desde siempre y estaré por si decides venir, para hacernos compañía.

—Qué solas nos hemos quedado, Manoli.

—Pero aquí estamos —repitió sus palabras, le dio una palmada en el hombro y se marchó a seguir con sus cosas.

Por eso Paula solía ir a ver la casa y a su última habitante todos los fines de semana que podía. Se sentaba con Manoli en la terraza del primer piso, que tenía una panorámica magnífica de toda la parte trasera, la del laberinto, los invernaderos y el río a lo lejos. Tomaban limonada y se ponían al día, rememoraban juntas el pasado para que no se les borrara de los recuerdos por la falta de uso y mantenían un silencio a medias mientras lanzaban la mirada a aquella extensión de terreno que era casa para ambas.

En esas se encontraban aquel domingo extraño, un poco inquieto en las tripas de Paula. Nunca se había sentido tan ansiosa como ese día, tan incómoda dentro de su piel, deteniendo a base de fuerza de voluntad esas ganas de correr hacia el lugar que deseaba. Respiró

hondo y Manoli la miró de reojo, escondiendo una sonrisa tras su vaso. La conocía tan bien que no necesitaba palabras para saber que algo la tenía intranquila.

—¿Qué te pasa, niña? Se te va a salir el alma del cuerpo en uno de tus suspiros.

—¿Y si no sé podar los rosales? —preguntó sin mirarla.

—¿Cómo?

—Mi nana decía que el amor hay que cuidarlo, como mis abuelos hacían con los rosales. ¿Y si yo, cuando lo encuentre, no sé?

—Nadie nace sabiendo. Tú conociste a tu abuela siendo una experta podadora, pero… ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro. —Se incorporó en su silla para prestarle atención.

—La primera vez que se remangó e intentó ayudar a tu abuelo… Hubo que trasplantar rosales nuevos.

—¡Qué dices! —Se tapó la risa con una mano, encantada de descubrir que su torpeza no era la única.

—Lo que te cuento. Hizo tal destrozo que solo se pudo salvar una mata, que es la que se llevaron al invernadero para alejarla de las manos destructoras de tu nana.

—Nunca he entendido qué hacía allí si todas las rosas están en la parte de delante.

—Pues ya lo sabes. Son las únicas supervivientes de la escabechina que hizo Andrea. —Puso los ojos que se ponen cuando una viaja hacia el pasado—. El servicio se reía de ella a sus espaldas, hasta que escuchó una conversación sin querer y participó de las risas del resto. Acababan de llegar de su luna de miel y no sabíamos aún qué esperar de ella.

—No me digas eso, que lloro. —Apretó los labios en un puchero, con la mirada nublada de lágrimas.

—Era una mujer muy especial, y tú eres igual que ella.

—El mejor piropo que me han dicho en mi vida. —Se retiró una lágrima de la mejilla.

—Alguno mejor te habrán dicho, niña, que eres tú muy guapa.

—Bueno… —se quedó callada, pues una vibración de su teléfono despistó su línea de pensamientos.

RO

¿Ya estás comprobando que tu yeguada y tus viñedos estén en óptimas condiciones?

PAULA

Estoy siendo una déspota con mis empleados ahora mismo

Lo siento, no puedo atenderte

RO

Ya decía yo que esa carita de niña buena era solo fachada
A mí no me engañas

PAULA

Soy un libro abierto para ti
He perdido el factor sorpresa, maldita sea

RO

Sabes que eso no es así, jodida millonetis
Si no de qué iba yo a hablarle de ti a mis amigas

PAULA

¿Anoche fui tema de conversación?
Complacida me hallo

RO

Nos dedicamos a ponerte a parir y hablar de tus rarezas

PAULA

Gracias, me siento muy halagada

RO

No era lo que pretendía, sinceramente

PAULA

Nadie habla de lo que no le interesa

RO

Vaya, esa me ha dado en toda la cara
Me quito el sombrero, escritora
Y sí, antes de que lo digas tú, quien calla otorga

PAULA

Qué bien enseñada te tengo ya
Aunque creas que no, me vas conociendo

RO

¿Hay algún cursillo intensivo?
Odio quedarme con la duda de las cosas

PAULA

Nadie ha dicho que te vayas a quedar con la duda
Solo que no tienes por qué quitártela tan deprisa
Disfruta del misterio porque, en algún momento, se acaba

RO

Tengo la sensación de que no es tu caso

PAULA

Solo soy una mujer, no te hagas ilusiones

RO

No soy de hacérmelas, tranquila

PAULA
Pues deberías, la ilusión es bonita de sentir

RO
Y durísima de perder
No, gracias

PAULA
Quiero verte
Y que me hables de ilusiones perdidas

RO
¿Te gustan las historias tristes?

PAULA
Casi exclusivamente
Pero vamos, lo importante es que quiero verte
Me da igual si me hablas de arcoíris de piruleta

RO
Me dejas sin saber qué contestar cuando me dices esas cosas

PAULA
Pensaba que estabas acostumbrada a la sinceridad

RO
Sí, pero a la mía

PAULA
Te tengo que dejar, que mi empleada ha osado mirarme directamente a los ojos
Debe ser castigada con doce latigazos

RO
Que se note quién manda, di que sí

PAULA
Un besito
Chao

RO
Hasta luego, Paula
Y…
Bueno, que a mí también me apetece verte
Adiós

Paula se levantó de la silla, dejó con lentitud el móvil sobre la mesa que compartía con su ama de llaves, apretó las manos en sendos puños y se puso a hacer la danza de la victoria más ridícula que alguien haya visto jamás. Meneaba el culo de lado a lado, agitaba los hombros con nulo ritmo y lanzaba los codos hacia los lados como un orangután epiléptico. Manoli la miraba entre risas, sorprendida por

ese arranque, pero tampoco mucho, pues bien sabía ella lo payasa que podía llegar a ser la nieta de Andrea cuando se dejaba llevar un poco.

—Buenas noticias, imagino.

—¡Las mejores! —Elevó las manos hacia el cielo y se dejó caer en su butacón de mimbre con la respiración agitada de quien tiene el corazón feliz—. Ay, Manolita, que creo que me estoy enamorando.

—¿Otra vez una chica en el metro? —Negaba con la cabeza la mujer y Paula la miró con los ojos entornados de rencor.

—Eso solo me pasó dos veces, y es imposible que sea una chica del metro si tengo su teléfono.

—Perdóname, Cupida —se excusó la mujer con una risita colgando de los labios.

—Te perdono.

—¿Y cómo es ella? ¿En qué lugar se enamoró de ti?

—Esta chica no es de las que se enamoran —dijo frunciendo el ceño—. Pero bueno, yo acepto el reto como los acepto todos.

—¿No te cansas de tirar siempre sola de ese carro?

—Claro que me canso, Manoli, pero es que no puedo dejarlo correr, ya me conoces. Cuando salga mal, voy a tomarme un respiro de esta loca búsqueda de algo que es evidente que me evita sin disimulo.

—¿Y si no sale mal?

—Entonces voy a tener que aprender a podar los rosales a toda velocidad, porque no estoy acostumbrada a que las cosas me salgan bien y me va a pillar desprevenida.

—Pues habla con Néstor para que te vaya enseñando. Por si acaso.

—No creo que haga falta.

—Lo dejas siempre para después porque ni tú misma crees en las cosas por las que luchas con tanto esfuerzo, y va a llegar un día en el que sea la correcta y te va a coger en bragas.

—Me gusta el peligro. —Le guiñó un ojo—. Pero ella no es como yo, como espero que sea la chica que sea la definitiva.

—¿Y por qué te gusta tanto, entonces?

—Creo que es precisamente por eso, pero no puede suceder el amor con alguien que no comparte mis ideales.

—Anda que no —se rio de ella—. Habrás leído mucho sobre el tema, pero está claro que no tienes ni idea del amor, niña.

—Nadie nace sabiendo. —Le dio un codazo amistoso, devolviendo su respuesta de hacía un rato, y le dejó un beso en la mejilla.

Volvió tarde a casa, tras un largo paseo por los jardines y una cena copiosa, y se derrumbó sobre el colchón de su habitación como si

hubiera librado todas las batallas del mundo en las últimas horas. Seguía esa inquietud en su pecho, esas ganas casi incontrolables de lanzarse de cabeza contra el muro del cinismo inconformista de Ro. Pintaba mal el asunto de la compatibilidad de sus corazones, pero la atraía de una manera tan irresistible que ella no era quién para ponerse a nadar contra la corriente.

***

Entró en el bar a la hora de siempre, con su ordenador en la bandolera que llevaba colgada al hombro, un pantalón ligero de lino y una camisa blanca desabrochada hasta el límite del buen gusto. Hacía calor, y ella llevaba las mejillas arreboladas de anticipación. Había decidido quitarse los mechones de la cara con un moño en lo alto de la cabeza, dejando suelto el resto, que le caía desordenado por la espalda. Estaba terriblemente guapa y Ro se sintió, por primera vez, algo pequeña a su lado.

Nunca se había fijado con mirada crítica en la chica que andaba bebiendo los vientos por ella, pero tras el último día y medio sin verla, se le apareció como una epifanía divina, contundente e imponente, con su belleza cruda, amazónica, y esa rotundidad que dejaba clara su presencia allí donde estuviera. La ubicó en el mundo al fin y, cuando quiso darse cuenta, ya la tenía delante.

—Buenos días, Ro.

—Buenos días, Paula. ¿Vuelves a la planta de arriba?

—Sí, soy una mujer de rutinas, y tu culo turgente me lo agradecerá.

—Ya practico deporte por mi cuenta, no hace falta que lo hagas por mí.

—¿Eres una chica *fitness* de gimnasio?

—¿Tengo pinta de eso?

—¿Siempre contestas con otra pregunta?

—¿Tienes miedo de fallar con la respuesta?

—¿Nunca te cansas de llevarme la contraria?

—¿No es evidente que no?

—Vale, este juego ya no me divierte. No tienes pinta de chica *fitness* de gimnasio, solo era una manera sutil de preguntarte qué deporte haces.

—Escalada —contestó, contenta por haber ganado, por lo menos una vez.

—No me sorprende, la verdad.

—¿Y tú, haces algo con tu cuerpo?

—Lo que me dejan. —Levantó una ceja con picardía y dio un par de pasos hacia la escalera—. Me gusta pasear, no sé si se considera deporte.

—Depende de cómo pasees.

—Ven conmigo y decides tú misma. —Otro par de pasos de espaldas—. Hoy vuelves a deberme un café.

—En realidad te debo tres.

—Pues ve restando, Ro.

—Ahora te subo tu desayuno.

—Hasta ahora.

Le sonrió con su boca llena de dientes y sus labios llenos de carne y Ro se quedó un poco desconcertada por su actitud, más natural que en ningún momento hasta la fecha. Se notaba que aquel «yo también tengo ganas de verte» le había dado fuerzas, empuje, determinación. Apenas acababa de entrar al bar y ya le había sugerido una cita, a pesar de que la última vez había dejado claro que era su turno, si quería. Y quería, claro que sí, y Paula parecía haberlo entendido con la corta conversación del día anterior.

Ro preparó su pedido e intentó hacer un dibujo con la espuma en su taza de café, pero le salió algo parecido a un churro deforme. Esperaba que no se diera cuenta de su burdo intento por darle algo de magia al asunto.

Magia, es que me tengo que reír.

Subió los escalones y sonrió al sentir la tensión en los músculos de su trasero. La escritora tenía a veces unas salidas que no se las podía esperar ni aunque avisara antes de soltarlas con los intermitentes.

—Tu café largo con poca leche y sin azúcar. —Lo dejó en la mesa —. Echo de menos los tiempos del cianuro.

—Yo no. —Se recostó en la silla para dejarle espacio de maniobra.

—La verdad es que yo tampoco. Y tus tostadas con tomate y jamón. —Colocó el plato frente a ella con suavidad—. Yo pensaba que serías más de aguacate.

—Parece que piensas que soy un cliché pijo andante.

—Te tomas un vino blanco a media mañana con un plato de almendras. Eres un cliché, Pau.

—Pau, menudas confianzas.

—Perdona… —se disculpó, apurada—. Lo he dicho sin pensar, yo…

—Que es broma, yo te llamo Ro desde el principio. —Posó una mano a la altura de su codo para que viera que no le daba

importancia, y casi tuvo que apartarla de un tirón al sentir el calambrazo de la electricidad.

—Es verdad.

—¡Ro, baja, que tenemos gente! —escucharon ambas que Lola la llamaba.

—Bueno, tengo que volver al trabajo, luego te veo, ¿no?

—Claro, tú me puedes ver siempre que quieras.

—Vale, me lo apunto. Que aproveche.

—Igualmente. —Se asomó por la balconada—. Creo que tienes una excursión esperándote.

—No me jodas. —Miró ella también y se llevó una mano a la frente al ver la planta baja llena de niños—. Deséame suerte.

—Te la deseo —paladeó las palabras y la camarera se quedó suspendida en su entonación enronquecida.

No fue hasta que Paula arrugó la frente al verla parada como un pasmarote delante de ella que reaccionó y se fue de allí dejando tras de sí la estela de una incomprensible excitación.

Lo que me faltaba ya, que la escritora excéntrica me ponga a mil con una frase estúpida.

Cuando se quedó sola, Paula miró a su alrededor, esperando una ovación cerrada por su excelente interpretación de mujer que tiene la sartén cogida por el mango. No fue así, sin embargo, y le desilusionó que nadie hubiera visto ni oído aquel intercambio perfecto en el que había dado todo un recital sobre el noble arte del tonteo.

Desayunó sin quitar la vista de su Gran Hermano particular: Ro atendiendo a dieciocho niños ruidosos, poniendo colacaos como una loca y repartiendo magdalenas rellenas de chocolate a diestro y siniestro. Sonreía como una tonta, fascinada por la capacidad de la camarera de ser siempre mordaz y ácida, pero también cálida y tierna con aquellos críos que ella misma estaba detestando.

Una vez terminó, abrió el ordenador y continuó con su novela, su *best seller*, su mejor obra. No le importó dejarse para luego la que tenía en mente en un principio, porque Ro le había inyectado el gusanillo de escribir sobre personas que no creían en el amor y, para ser sincera, le estaba encantando el resultado.

Tan metida estaba en la historia, que no se dio cuenta de que habían pasado dos horas y media y que tenía a Ro de nuevo frente a ella, a una distancia lo bastante alejada como para no hacer notar su presencia, pero lo suficientemente cerca como para embeberse con los gestos que ponía Paula a medida que escribía. Cuando hizo una mueca de asco muy graciosa de tan exagerada, soltó una carcajada y dejó de

ser un secreto el hecho de estar compartiendo el mismo espacio.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Tiempo de sobra para ver que tienes cara de meme. Con lo seria que parecías...

—No me conoces. —Sonrió sin dientes y apartó el ordenador para que dejara las cosas sobre la mesa.

—La verdad es que no, así que quiero hacer deporte contigo esta tarde.

—¿Qué tipo de deporte? —preguntó con esa media sonrisa que no terminaba de ser y que tenía la promesa implícita. ¿Qué promesa? Aún no tenía ni idea, pero se moría por saberlo.

—Esos paseos aeróbicos que te das como si fueras una abuela.

—Manejo una estructura, Ro. —Se señaló el cuerpo—. No puedo andar subiéndome a paredes verticales. Mi cuerpo pesa.

—En horizontal seguro que no se nota —murmuró para sí y carraspeó para desviar la atención de su salida de tono—. Podríamos hacer un intercambio, yo me voy a pasear contigo hoy, y otro día te vienes a escalar conmigo.

—¿Qué parte de que no puedo con mi propio peso no has entendido?

—Todo es cuestión de práctica, y pareces bastante en forma a pesar de hacer deporte de jubilada.

—¿Este ataque tan gratuito…?

—Me gusta tu cara de picada.

—A mí me gusta tu cara hasta de espaldas.

—Bien tirada esa, pero me ha sonado un poco rancia. —Ro se abrazó a la bandeja, satisfecha—. Pareces sacada de otro siglo, tía. —Soltó la risita que llevaba ya un rato conteniendo.

—Puedo enseñarte algo de historia. —Se encogió de hombros.

—Está bien. A las seis en la cafetería del otro día. Así restamos el café de hoy.

—Un plan sin fisuras. Allí estaré.

—Genial. Pues… hasta luego.

—Hasta luego, Ro.

Paula susurró un «vamos» y levantó un puño en el aire y Ro, que bajaba el segundo tramo de escaleras, cabeceó al verla. *Tan fuerte que parece, y celebra cada pequeña tontería como si fuera el gran logro de su vida. Me va a volver loca esta mujer, y no de la manera buena.*

La escritora se marchó a su hora habitual, con una sonrisa apretada y vestida con la timidez de todos los días. Parecía que había perdido fuelle tras la exhibición de la mañana. Ro la dejó escapar sin ningún

comentario más. Le encantaba la Paula vergonzosa, pero disfrutaba mucho más de la que se sentía lo suficientemente segura de sí misma como para ponerla en aprietos.

***

A las seis en punto, tras una ducha veloz, Ro caminaba en dirección a la cafetería en la que había quedado con Paula. Se sentía efervescente, e iba dando pequeños saltitos por la impaciencia de volver a nadar en ese oscuro lago subterráneo que era la mente de la escritora.

Se quedaba una allí tumbada, en esas aguas salinas, flotando a la deriva, y no podía imaginarse un lugar más apacible en el que estar. La cúpula de piedra soltaba destellos por la humedad y parecía que estaba plagada de galaxias cada vez que se decidía a mirar. Una constelación de soles de colores que una no podía llegar a alcanzar por mucho que estirara los dedos, pero sí observar embelesada mientras el agua la abrazaba por la espalda.

¿Cómo será un abrazo de Paula?

Tan ensimismada iba que chocó contra el cuerpo de la escritora, que se había puesto en su camino para llamar su atención, esperando que se detuviera. La sostuvo con cara de desconcierto, y Ro solo pudo sonreír desde abajo al ver la cúpula de sus ojos brillar.

Sí que es verdad que viene de las estrellas…

—Que te matas, camarera.

Paula sonreía sin siquiera acercarse a imaginar el lugar escondido del que venía Ro empapada de pies a cabeza.

—Estaba en otra parte, perdona.

Se quedó parada un segundo, deseando un poco más de esa cercanía que le desquiciaba los nervios, como una burbuja que está a punto de estallar. Se puso de puntillas y dejó un beso por cada mejilla y, como si al posar sus labios pulsara con ellos un botón, se colorearon ambas al instante de separarse, primero una y luego la otra. *Luces de colores.*

—Pensaba que tú solo usabas los pies para tenerlos en la tierra.

—Ya, pero a veces me gusta flotar. Culpa tuya, por supuesto. —Pasó por su lado para entrar a la cafetería de una vez. Volvió definitivamente a su cuerpo y se colocó bien en su piel, preparada para una tarde peculiar.

—Yo no he hecho nada —se excusó, encantada de la vida, situándose a su lado en la barra para pedir, rozándose sus brazos, generando algo más de esa electricidad estática que las envolvía.

—Me llenas la cabeza de pájaros y pasa lo que pasa.

—Que vuelas.

Sonrió con su inocencia de siempre, sin adivinar lo cerca que estaba de la realidad aquella frase de postal que había dicho solo porque quedaba bien. Paula no sabía que Ro a veces planeaba, propulsada por su propio impulso.

—Tu azucarillo. —Le tendió el sobre Paula y rozó con sus dedos los de ella, gozando como una tonta de aquel contacto mínimo.

—Vuelvo a deberte dos.

—En realidad es un poco injusto este trato, ¿no crees?

—La que se inventó esta historia del equilibrio cósmico de los azucarillos fuiste tú.

—Dicho así suena muy perturbador —comentó mientras removía la espuma del café que tanto detestaba.

—Es que lo eres, Paula, y ya era hora de que te dieras cuenta.

—A ti te gustó —se quejó, refunfuñando como una niña pequeña. Le faltó cruzarse de brazos.

—Sí, sí que me gustó, pero es un poco… ya sabes…

—Loca del hacha, ¿no?

—¡Exacto! —Ro dio una palmada y liberó su risa para que Paula, intensa como siempre, se la bebiera de un trago.

—Pues eso, que para recuperar el equilibrio tendríamos que quedar todas las tardes para un café, y eso es un poco excesivo.

—¿Te aburre mi compañía? —Elevó una ceja, vertiendo su café en el vaso con hielo.

—Por supuesto que no, pero es muy difícil que dos personas puedan quedar todos los días.

—Es verdad, el algoritmo este nuestro no funciona si vienes a desayunar cinco días a la semana.

—Podría ir menos días, o…

—¡No! —Se le escapó a Ro, más alto de lo que pretendía—. Quiero decir que no hace falta. Cuando deje de trabajar allí, recuperaré todos esos cafés que te voy a deber.

—¿Y cuándo será eso?

—En tres meses y medio vuelve el chico al que estoy sustituyendo.

—Pero Lola está muy contenta contigo. —Frunció el ceño y dio un trago a su café.

—Y yo con ella, y con el trabajo, pero no hay tanto volumen como para que estemos los dos.

—Yo llevo años diciéndole que descanse por las mañanas y meta a otra persona, a lo mejor lo hace ahora.

—No pasa nada, Pau, si yo estoy acostumbrada a ir y venir de un sitio para otro.

—Ya, pero me gusta verte por allí.

—Me verás en otro sitio, no te preocupes. —Alargó la mano y le acarició el dorso un segundo que se estiró en el tiempo todo lo que Paula quiso—. A no ser que me vaya de la ciudad.

—¡No! —Fue el turno de Paula de hablar en voz demasiado alta—. Aquí se está bien, y en tu barrio se aparca genial.

—Todo ventajas, ¿no? —Bebió lo que le quedaba de café y sonrió divertida.

—Así lo veo yo —dijo como si nada, apurando también su bebida, y Ro se la quiso comer—. ¿Dónde estabas antes?

—En Canarias. ¿Hemos pagado? —Se levantó de su asiento y esperó a que Paula hiciera lo mismo.

—Sí. —Las dos salieron por la puerta—. ¿Y qué hacías en Canarias?

—Bueno… Hace unos años mis tutores de acogida murieron y…

—Lo siento muchísimo.

Paula tiró de su mano para ponerla frente a ella y la estrujó en un abrazo de esos que te dan la vida que te anda faltando cuando hablas sobre cosas que duelen. La apretó tan fuerte que Ro sintió su corazón bombear junto al suyo, como animándolo a seguir latiendo, como queriendo que no perdiera el ritmo, que no se parara para romperse si el asunto del que iban a tratar resultaba demasiado penoso.

Su corazón le echó el brazo por encima al de Ro, tan distante que no supo cómo corresponder aquel gesto, y se separó de él al notar un calor en su piel de cemento que se le hizo absolutamente ajeno y desconocido.

—No pasa nada, Paula, solo estuve viviendo con ellos cuatro años. —Intentó separarse, como su corazón, pero la escritora no se lo permitió. Notaba aún un resquicio en su interior que se tambaleaba inestable, y ella estaba decidida a sostenerla hasta que se detuviera aquel seísmo.

—No importa, a veces hay personas a las que solo conocemos de unas semanas y no dejan de ser importantes para nosotras. El tiempo es relativo —le dijo a la altura del oído, refiriéndose a la absurda relación que estaban empezando.

—Lo sé. Y lo fueron —dijo con la voz más entera y Paula la liberó para ponerse a caminar de nuevo a su lado—. Me salvaron en un momento complicado de mi vida. En plena pubertad, sin haber tenido apenas figuras de autoridad… Era una bomba de relojería.

—Lo sigues siendo —la forma, casi con orgullo, en que lo dijo, hizo sonreír a Ro.

—Pero he aprendido a desactivarme. Ellos me enseñaron. —La miró de lado y le pareció que, de repente, se había hecho gigante para ella, aunque no lo necesitara—. Estuve con ellos cuatro años y, cuando cumplí los dieciocho, me fui a vivir mi vida. Mantuvimos el contacto hasta el final y los visitaba a menudo, pero, cuando se fueron, la ciudad se me hizo diminuta y me marché.

—¿Murieron a la vez? —le preguntó con delicadeza.

—No, murió ella primero, y él lo hizo unos meses después. Dejó de comer, de cuidarse y… ya sabes.

—Se murió de pena. Lo entiendo —asintió, recordando el atajo que había tomado su abuela al quedarse también sola.

—¿De verdad lo entiendes? —Aprovechó un semáforo en rojo para detenerse a observarla, a pesar de que Paula le rehuía la mirada.

—Sí. Tenemos más en común de lo que creía. —Sonrió con tristeza y, entonces sí, la miró y la dejó clavada en el asfalto. Ro estiró la mano y acarició su mejilla. Era su manera, algo más fría pero igualmente entregada, de darle a ella también un poco de su calor.

—Estás empeñada en que no tenemos nada en común. —Negó con la cabeza y tiró de ella para cruzar.

—No lo tenemos, solo una historia triste.

—Es la primera vez que hablamos de nosotras, de nuestra vida, y hemos encontrado una coincidencia. Yo creo que las matemáticas están a nuestro favor.

—Pareces más interesada en la compatibilidad que yo —le dijo con sorna.

—Eso es porque no creo que sea necesario tener cosas en común con alguien para conectar. Me importa poco eso y, cuando todo te da igual, aparece. La experiencia me dice que esto pasa muy a menudo.

—Las diferencias separan.

—Y las similitudes aburren, Paula. Diviértete un poco. Imagínate paseando con otra loca del hacha. —Fingió un escalofrío—. Inquietante.

—Eres una exagerada. —Le golpeó el brazo y la desplazó por la acera hasta la otra punta.

—No te metas conmigo que, aunque me veas pequeña, te reviento, payasa.

—Ro, si te pongo una mano en la frente, no llegas a tocarme con las manos. —Se mofó con chulería.

—Ya puedes empezar a correr porque, cuando te pille, lo vas a

lamentar.

—¡No, no! Lo siento, acepta mis disculpas. —Levantó las manos en señal de paz—. No me apetece correr, va en contra de mis principios.

—Es verdad, este paseo vigorizante es más que suficiente para la circulación.

Continuaron el paseo hablando de naderías y toderíos, contándole Ro cómo había sido la relación con sus padres de acogida, cómo había heredado un piso en el centro que sentía que no merecía, cómo había aceptado la pérdida como una constante en su vida que tenía que asumir como parte de ella.

—Con el paso de los años, me he dado cuenta de que no está en mi naturaleza poseer nada —decía con ligereza, observando el ritmo frenético de la ciudad a su alrededor—, que las cosas no duran eternamente, al menos a mí, así que me limito a sacarles todo el partido posible mientras las tengo, a disfrutarlas y luego, simplemente, dejarlas marchar.

—No todo tiene por qué desaparecer en algún momento —le contestó Paula a la luz de las farolas de la calle. Acababa de anochecer y ellas no se habían dado ni cuenta—. Hay cosas que permanecen.

—No he tenido yo esa suerte, Pau. —Sonrió con indiferencia.

—La tendrás, te lo prometo. —Le tomó una mano y se la llevó al pecho, para que fuera su corazón quien sellara esa promesa en lugar de ella.

—Tampoco me hace falta, solo es otra manera de vivir, pero muchas gracias por el interés —susurró con sinceridad y suspiró—. Eres un encanto, y me pareces una tía muy interesante a la que me apetece seguir conociendo, así que ni se te ocurra tenerme compasión o tendré que darte una paliza. —La señaló con las llaves que tenía en la mano y se apoyó contra la puerta de su portal. Ya habían llegado.

—No te tengo compasión.

—Lo sé, solo te aviso para que no caigas en la trampa. Adoro mi libertad y el hecho de no estar atada a nadie ni a ningún lugar. Soy feliz teniendo poco, o no teniendo nada. No me tengas pena por eso.

—Sí tienes cosas. Una casa heredada, como yo. —Sonrió para quitarle hierro a la conversación y se aproximó hacia ella un paso minúsculo.

—Otra cosa más en común. —Se mordió el labio, agradeciendo esa salida elegante.

—Ya van dos. —Le miró ese labio mordido y deseó sustituir los dientes por los suyos. Se le disparó el pulso ante ese pensamiento.

—Sí, en una tarde —musitó Ro, notando la mirada de Paula sobre

su boca y rezando por que tuviera el valor suficiente como para cerrar una tarde íntima que no había previsto con un gesto más íntimo todavía que no esperaba desear.

—Quizá tengamos algo más en común hoy —la voz de Paula, un susurro de nada.

—¿El qué? —Se acercó a su cuerpo medio centímetro que hizo vibrar el espacio que había entre ellas.

—Tengo unas ganas increíbles de besarte y… —tragó saliva— y, a lo mejor, tú… tú también las tienes.

—Sí, las tengo —dejó escapar de sus labios, levantando la barbilla para animarla a sepultar el espacio atroz que aún las separaba.

—Ya van tres cosas. Son… son un montón de cosas, ¿sabes? Tratándose de ti y de mí, quiero decir…

—¿Puedes callarte de una vez y besarme?

—Sí… sí, claro.

Un toque mínimo, una piel que apenas siente la otra piel. Bocas temblorosas, temerosas, labios de puntillas sobre otros labios que se posaban, ligeros, como huellas en la nieve. Un roce diminuto hecho más de aliento que de carne, la cercanía antológica de quien se mira dentro con los ojos cerrados. Una mano en la cintura de la otra para no caerse de puros nervios, las manos de Ro en los hombros de Paula, como si se sostuviera en la escalada hasta su boca, sin cuerda esta vez y con un vértigo que no se esperaba.

Se conocieron de cerca y se separaron para certificar que no había sido un sueño. Se miraron asustadas ambas, sin comprender qué era ese líquido caliente que se les había derramado desde los labios hasta el flujo sanguíneo, llegando a todas partes en un contagio masivo e imparable. No fueron capaces siquiera de hablar, de decirse hasta mañana. Se miraron alejándose, como si temieran que la otra se esfumara con un golpe de aire, como si todo hubiera sido un juego de su imaginación. Pero no lo era.

Paula se acarició la boca con los dedos y allí estaba aún posada la de Ro, y la camarera se quedó oliendo su presencia, todavía impregnada en el aire que la rodeaba, un rato después de que la escritora hubiera doblado la esquina.

Madre mía, cómo besa la loca del hacha.

8

Una brisa ligera removía el cabello ondulado de Paula mientras miraba la ciudad, con los brazos apoyados en la barandilla del balcón de su habitación. Era ese tipo de aire mal mezclado, que a ratos es cálido, pero que, de repente, tiene una veta fría que te recorre desde la nuca hasta los pies. Un escalofrío y una sonrisa embelesada. Los ojos puestos en el cielo opaco, pero la mente aún anclada en ese beso tímido, de niñas de colegio, de hacía una hora.

Repasó sus labios con la lengua, como queriendo rescatar por última vez su sabor, tan especial, tan de su gusto, tan pensado por una fuerza superior para ella. Le estallaba en los sentidos solo de recordarlo. Deseó haber sido más audaz, haber tenido la valentía de acariciarle la cara, el pelo; de haber sostenido con las manos su rostro y admirarlo con una calma de la que no disponía en aquel momento y guardarse ese instante, como una fotografía, para siempre en la memoria.

Su primer beso.

Debería haber sido así, tal y como lo explicaban en los libros cuando ocurría con esa persona especial, diferente al resto. Pero no lo fue. Fue torpe, vergonzoso, inseguro e inesperado. Sobre todo, inesperado. No se le vino la enorme ola que nace en los talones y va creciendo a medida que sube, que escala imparable haciéndote flojear las rodillas, que rompe levemente en espuma a la altura de las caderas, que arrastra a su paso los suspiros soltados y los guardados, que los revuelve y enmaraña esa agua de mar hasta volverla turbia, que remueve el sedimento de los sentimientos ocultos e ignorados y te hace un amasijo sin nombre de todo lo que una tiene dentro, hasta romper en una boca contra otra boca en una fanfarria ruidosa.

No hubo nada de eso. El deseo nació y tuvo lugar en apenas unos segundos rápidos y atolondrados, las manos temblando en la cintura ajena y el tiempo volando sin que le diera tiempo a saborear aquel contacto primero.

En otras ocasiones, había experimentado esa seguridad deseada con un primer beso, había paladeado ese instante único e irrepetible, había creado a conciencia un clima propicio y necesario de miradas y

gestos para ponerlo en el lugar que merecía, pero no consiguió hacerlo con el que había tenido con Ro. No fue como lo había soñado, como lo había leído o escuchado en las historias bellas que le contaba su abuela. Fue, simplemente, el revuelo que te provoca en el pecho saltarte, sin querer, un escalón.

Paula imaginaba que había una maquinaria puesta a su disposición que se activaría cuando conociera a esa persona que sería la definitiva y que era la que se encargaba de dotar a los momentos especiales de esa magia inexplicable, de esa música de violín que sonaba en las películas que tanto le gustaban. Pero nada de eso había sucedido en un instante de suma importancia para su corazón.

Sin embargo, esa ola arrolladora, esa música de romance, ese engranaje cósmico encajando al fin lo estaba sintiendo una hora después en su balcón, dejándose rodear por el calor frío del viento suave de abril.

Tarde, mal y nunca, como solía decir su madre.

Agarró ese aire y se lo metió dentro para soltarlo con una lentitud desesperante. Liberó un suspiro de proporciones bíblicas que hizo tambalear la persiana a medio bajar de Ro, en la otra punta de la ciudad.

La camarera miraba el techo lleno de manchas de humedad de su habitación con una sonrisa incrédula. A quien le contara que había besado, o se había dejado besar, según se mirara, por la escritora excéntrica, estaría riéndose de ella un mes. Ni ella misma le encontraba una explicación. Era cierto que le intrigaba, que le fascinaba su manera atípica de ver la vida y sus circunstancias, que disfrutaba terriblemente de pasar tiempo con ella y que deseaba verla más a menudo de lo que le gustaría reconocer. Pero de ahí a confundir a la chica con ideas sentimentales había un trecho que no estaba dispuesta a recorrer.

Estaba claro que Paula tenía un interés romántico y, por qué no decirlo, desproporcionado en ella, interés que Ro no podía corresponder ni aunque quisiera, que tampoco era el caso. Los anhelos de la escritora eran inalcanzables para casi cualquier mujer, mucho más para alguien tan descreída como lo era Ro con los asuntos del amor. Si hubiera sido Paula de otra manera, más ligera, quizá se hubiera planteado tener algo pasajero con ella, pues era consciente de que la escritora tenía muchas cosas que enseñarle. No obstante, la realidad era la que era, y aunque ella fuera despreocupada en general y en las relaciones en particular, no le parecía justo jugar con un corazón tan puro como el de la escritora, tan tierno de tan nuevo.

Tiene el corazón de cristal: puedo ver todo lo que tiene dentro. Y es hermoso, aunque no lo quiera.

Se mentalizó para poner todo ese asunto en la perspectiva correcta al día siguiente y, aunque se vio traicionada por sus ganas tontas de volver a verla, creía que sería fácil. Paula era comprensiva y empática, por lo que esperaba poder salvar, al menos, una amistad.

PAULA
¡Buenos días, Ro!

RO
Buenos días, Paula
¿Has dormido bien?

PAULA
Como una bendita
Creo que he soñado contigo

RO
¿Y qué has soñado?

PAULA
Nada en particular, solo paseábamos por una playa
Tú tenías frío y yo te intentaba prestar mi cazadora
Pero te negabas a ponértela porque eres una orgullosa

RO
Sí, entonces esa era yo
¿Y tú qué hiciste cuando rechacé tu chaqueta?

PAULA
Me la quité también, por supuesto
Así ninguna se salía con la suya

RO
Es absurdo

PAULA
Casi todo lo bonito lo es

RO
Ponme un ejemplo

PAULA
Besarse es bastante absurdo, si lo piensas
Es como querer comerse a la otra persona, pero de mentira
No tiene ninguna finalidad concreta, solo estar lo más cerca posible
Pero nos encanta hacerlo

RO
La verdad es que, dicho así, es jodidamente absurdo

Deberíamos dejar de hacerlo

PAULA
¿Tú y yo o la gente en general?

RO
La gente en general

PAULA
Uf, menos mal

RO
Pau, la gente en general nos incluye a nosotras

PAULA
Mierda
Demasiado bonito para ser verdad
Al menos me podré desquitar en los sueños

RO
¿Me besabas en el sueño?

PAULA
Todo el tiempo

RO
¿Y qué tal?

PAULA
Si es absurdo besarse, no te quiero ni contar lo absurdo que es hablar de ello
Es una tontería

RO
Bueno, pero es bonito, como todo lo absurdo, ¿no?

PAULA
A ti lo bonito no te interesa

RO
Pero me interesas tú

PAULA
Me mandas señales contradictorias, Ro
No sé ya qué pensar

RO
Podrías dejar de pensar por un ratito
Va estupendo para el cutis

PAULA
Vale
¿Me pones un café y unas tostadas, por favor?

RO
Pero si aún no…

Se quedó el mensaje a medio escribir, porque una insultantemente preciosa escritora acababa de entrar por la puerta del bar. Iba con unos vaqueros básicos, una camiseta gris básica y unas zapatillas blancas básicas, pero la luminosidad de su cara ilusionada hacía que todo lo que la rodeaba resultara excepcional. Sonreía con todos sus dientes y Ro se dio cuenta de que tenía un pequeño hoyuelo en un moflete que solo salía con ese gesto en particular.

Es la sonrisa de cuando me mira a mí.

Paula se echó las gafas de sol hacia atrás y se retiró el pelo de la cara, dejando todo su rostro, limpio de maquillaje y artificios, a la vista. La camarera no tenía claro si siempre había sido así de guapa o era que su personalidad lo potenciaba.

—Perdona, parece que te he dejado en visto —comentó Ro, saliendo de su nube.

—Mientras me veas, no me importa. —Amplió aún más su sonrisa gigante. Los ojos le hacían chiribitas.

—Te noto muy contenta esta mañana. —Fue hacia la cafetera para empezar a preparar el desayuno de la escritora, pero esta la llamó para que se acercara y comentarle algo echándose encima de la barra.

—Es que anoche besé a una chica increíble —susurró en su oído con la voz ahogada porque la madera se le clavaba en el abdomen.

—¿La besaste o te extorsionó para que dejaras de hablar de una vez y lo hicieras? —La miró de reojo y la vio tragar saliva. Ya sabía ella que ese atrevimiento se le desinflaría más pronto que tarde.

—Bueno, si nos ponemos técnicas… —Se separó de ella y se encogió de hombros con su ramalazo de timidez habitual.

—Eres muy disfuncional, Pau.

—Gracias. —Otra sonrisa de postal y unos pasos hacia la escalera —. Te espero arriba.

Ro sacudió la cabeza. La maldita escritora lo había vuelto a hacer. Acababa de decirle que no deberían besarse, siguiendo una broma, de acuerdo, pero dicho estaba. Paula se lo había tomado con deportividad y naturalidad, como todo, pero en apenas cinco minutos había vuelto a poner del derecho lo que ella prefería mantener del revés con cuatro frases y un susurro asfixiado en su oído.

No se explicaba, de verdad que no podía, cómo era capaz de hacer esos juegos de ilusionismo con su mente. Le mostraba la mano por su derecha mientras con la otra, a su espalda, la llevaba por donde le daba la gana. A ella, a una muchacha que se jactaba de sabérselas todas. Tampoco es que hiciera nada del otro mundo, pero conocía todas las trampillas y los escondites donde esperar para salir y dar el

golpe de gracia.

Vamos, Ro, mantente fuerte, solo es otra chica más que no quiere lo mismo que tú.

Subió con su bandeja y allí se la encontró, leyendo algo en el móvil sin haber sacado siquiera el ordenador. Tan tranquila, como si no supiera el poder que parecía tener sobre ella, como si lo hiciera sin querer. Pero Ro sabía que esa persona que parecía distraída y patosa era una de las más inteligentes que se había encontrado en su vida. A ella no se la iba a dar.

—Aquí tienes tu desayuno, escritora. —Puso las cosas sobre la mesa, con la mirada ardiente de Paula dejando surcos incandescentes por cada lugar de su rostro por donde pasaba. Estaba demasiado cerca.

—Muchas gracias, camarera. Otro café a la lista. —Se embriagó con los ojos cerrados de su perfume personal antes de que se separara de ella.

—Menos mal que mañana no añadiré ninguno más. —Ante la mirada desconcertada de Paula, Ro continuó explicándose—. Mañana libro.

—Sería un momento estupendo para ir descontando cafés. Aún me debes tres.

—¿No dijiste ayer que esa deuda era injusta? —Alzó una ceja.

—Ya, pero me viene muy bien como excusa para verte.

—No necesitas excusas, Paula. Me gusta pasar tiempo contigo, es muy… enriquecedor.

—Enriquecedor… —Se acarició la barbilla—. No sabía que era como el Avecrem.

Ro soltó una carcajada que asustó a la propia escritora. No era tan gracioso. El sonido de su risa era agudo y arrítmico, pero a Paula le gustaba como si fuera la melodía más hermosa que hubieran escuchado nunca unos oídos humanos. Pero no lo era, no lo era en absoluto.

—De aquí al Club de la comedia, quién me lo iba a decir, Pau.

—Las apariencias engañan.

—¿Tanto?

—Más.

Se miraron con profundidad de vértigo, haciendo volar las ideas previas con las que se habían encontrado unos minutos atrás. Ni una estaba estableciendo una distancia segura que las mantuviera en el meandro apacible de la amistad, ni la otra estaba dándole un respiro a las emociones vividas últimamente.

—Me voy para abajo, que me haces el lío.

—Es imposible hacerte el lío.

—El paseo de anoche no dice lo mismo. Hasta luego.

Se despidió con la mano, tomando la timidez de Paula de nuevo para quedársela para sí, y se fue escaleras abajo con el cuello ardiendo de rubor. No se reconocía cuando entraba en las aguas mansas de la escritora. Parecía un lugar inofensivo, claro a los ojos, sin animales abisales ni peligros inminentes. Sin embargo, cada vez que flotaba en ellas, tenía la sensación de ser engullida por su personalidad envolvente, como si se hubiera despojado en la orilla de todos sus prejuicios, de su ropa y de sus ideas preconcebidas, y simplemente se dejara empapar por ella.

Paula la observó desde el piso alto durante unos segundos antes de dedicarle su atención al desayuno. Parecía que había intentado dejar un dibujo en la espuma del café, que, aunque mejorara cada día, seguía sin parecerse a ninguna cosa que ella reconociera. Nunca le decía nada al respecto para no hacerla sentir mal, pero le hacía gracia que una persona como ella quisiera tener un tonto detalle como ese. No le pegaba para nada.

Paula estaba hecha un lío. Se había levantado con una ilusión demente, pensando que ya todo estaba encaminado: la segunda cita había ido genial, se habían conocido un poco más, se habían contado cosas personales y se habían terminado por besar en un portal. Le había escrito nada más salir de casa, impaciente e incapaz de esperar a verla para tener noticias de ella. Le había dejado un poco descolocada no encontrarse un mensaje suyo al despertar, al fin y al cabo, se habían besado hacía unas horas y eso debía de significar algo. Pero Paula era una mujer inasequible al desaliento y no le importaba tomar ella la iniciativa, pues sabía que Ro no era una chica demasiado espiritual con esas cosas. Sin embargo, un mazazo inesperado había hecho tambalear la emoción que hervía en su pecho desde que abrió el ojo, y es que Ro parecía haberle dado menos importancia a ese beso de la que le había dado ella.

Paula no estaba tan alejada de la realidad como para no verla. Tenía claro que, a pesar de notar el claro interés de la camarera en ella, no tenía mucho que ver con el que Paula sentía por Ro. Nacían de puntos diametralmente opuestos: uno, del más puro anhelo romántico; el otro, de la más genuina curiosidad antropológica. Aun así, ambos caminos convergían en un punto común intermedio, el del mutuo deseo de seguir conociéndose.

Sonrió con la boca llena de tostada. Parecía evidente que Ro se esforzaba por recuperar un poco el control de la situación, que había

perdido por completo la noche anterior al pedirle un beso. No la conocía mucho, pero lo suficiente como para percibir la turbación de la camarera al no poder establecer unos parámetros tangibles en su relación. Aun así, se dejaba llevar cuando estaba con ella, y eso la hacía flotar por encima del resto de los mortales.

Ni ella misma se creía que todo estuviera saliendo tan defectuosamente bien. Ni su amada se parecía a la que tanto había esperado, ni el primer beso había sido de película, ni ella misma estaba siendo tan perfectamente ideal como solía serlo en el tiempo de conquista.

Nada era como debería ser, pero funcionaba, y eso la tenía pasmada y encantada a un tiempo.

Ro, desde abajo, la miraba a escondidas mientras escribía como loca en el ordenador. Se preguntaba qué estaría creando su mente justo delante de sus ojos y sintió esa curiosidad, que a esas alturas ya debería estar menguando, crecer. Se estiró como pudo y cogió un libro de la estantería. El primero.

—Lola, ¿te importa que me lo lleve a casa para echarle un vistazo?

—Claro que no, niña. Pero vamos, que si le pides uno a Paula, te lo regala y te lo firma encantada. Menuda es.

—No, no te preocupes, ya sabes que no me gusta mucho leer.

—¿Y para qué te lo llevas, corazón?

—Para saber a lo que me enfrento.

—Pues mucha suerte, porque esa muchacha tiene una labia que es capaz de vender polvorones en el desierto.

—Ya… Me estoy dando cuenta —dijo con la mirada ausente fija en la portada.

Se guardó el libro en su taquilla y, al volver, tenía suficiente trabajo como para que se le pasara la mañana en un suspiro. Cuando quiso darse cuenta, ya tenía frente a sí la bandeja con la copa de vino y el platito de almendras para Paula. Cogió aire, levantó la vista y chocó con los ojos de la escritora, que la estaba adorando con la mirada justo en ese momento. Le sonrió con su cara de siempre de no estar entendiendo nada, y luchó con todas sus fuerzas contra ese campo gravitacional que la empujaba hacia ella.

Subió lentamente, intentando blindar su cerebro y sus terminaciones nerviosas. No podía caer siempre en sus tontas trampas, en sus anzuelos adornados de dobles sentidos y conversaciones interesantes. No podía seguir un camino que tenía toda la pinta de terminar mal, y no precisamente para ella, sino para la escritora.

—Te he visto coger uno de mis libros de la estantería —le soltó en

cuanto la vio poner un pie en la planta de arriba.

—Eres la perfecta acosadora —comentó mientras dejaba el plato y la copa en la mesa—. Seguro que tienes una habitación llena de fotos mías en tu mansión.

—Hay que ver cómo me conoces. Si desapareces, seré la primera persona a la que interroguen.

Se cruzó de brazos y se recostó en la silla para disfrutar de ese último encuentro. Acababa de entender algo, y pensaba seguir esa intuición que le decía que era el momento de pausar la partida para estirar las piernas e ir al baño.

—Das el perfil, eso no es culpa mía.

—Y a ti se te da muy bien desviar la atención del hecho de que has cogido prestado mi libro.

—Tengo de quién aprender. —Levantó las cejas—. No me gusta leer, la verdad.

—¿Vas a hacer una pequeña hoguera con mi bebé? —Fingió escandalizarse y Ro rio por la nariz.

—De momento, no, solo voy a echarle un ojo por encima, a ver si ahí viene algún truco para entenderte un poco mejor.

—Si no me entiendes es porque no quieres. Yo estoy encantada de resolver todas tus dudas.

—Ya, pero yo tengo que trabajar y tú tienes una vida. Tengo que aprovechar mis días libres leyendo.

—Pues me parece una idea estupenda. —Sorprendió a Ro con aquella salida, pues más bien se esperaba que le pidiera otra cita. Siempre sorprendiéndola y siempre para bien. Ro estaba harta—. Se dice que se sabe más de la persona que escribe que de lo que escribe.

—Eso mismo estaba pensando yo. —Abrazó la bandeja, poniendo con ese gesto punto final a la conversación.

—Esperaré tus conclusiones entonces.

—Ya te he dicho que no me gusta leer, así que mejor espera sentada —la provocó un poco.

—De acuerdo. —Pero Paula no estaba por la labor de entrar al trapo—. Que tengas un buen día de libranza mañana.

—¿Te vas ya? —Volvió sobre sus pasos.

—No, pero ya sabes que luego tienes lío y no podemos despedirnos.

—Ah. Vale —carraspeó—. Pues hasta el jueves.

—Hasta el jueves, Ro.

Bajó la camarera con las cejas fruncidas y la sensación de haber sido rechazada, consciente de que no lo había sido en ningún

momento. Iban a estar prácticamente dos días sin verse, que no era nada del otro mundo, pero después de una cita con beso hubiera apostado a que Paula, precisamente Paula, se iba a venir arriba y le iba a proponer algo más atrevido, como una cena en un restaurante elegante o un paseo en globo aerostático. Pero nada de eso había sucedido. ¿Quizá se había pasado de mordaz para cortarle las alas? Bueno, eso era lo que pretendía, ¿no?

Joder, no hay quien te entienda.

Estaba incómoda, como si una piedra se le hubiera metido en el zapato metafórico de su mente y estuviera dando vueltas, resonando como en una lata vacía. Había apreciado con sus propios ojos la ilusión emocionada de Paula al verla, incluso lo había notado en sus primeros mensajes, y aún seguía ahí esa vibración cuando se había despedido de ella, pero con un matiz distinto esta vez. Con cierta resignación.

Siendo honesta, a Ro le hubiera gustado seguir en ese camino que habían mantenido desde que se conocieron, aunque no terminaba de convencerle la idea después de haber traspasado la línea del beso. Definitivamente, ese día sin verse iba a venirle de maravilla.

Paula se levantó de su mesa antes que de costumbre, recogió sus cosas y se despidió con la amabilidad de siempre, pero una pequeña frialdad se le clavó a Ro en un lugar en el que las cosas solían rebotar. Se acarició el pecho, molesta, y se entregó al trabajo para dejar de sentirse mal por nada.

Durante toda la tarde, Paula se cansó de dar vueltas por casa, sin entender qué demonios estaba pasando para que la felicidad fuera tan frágil que no le durara ni siquiera veinticuatro horas, cogió el coche y se fue a la mansión en busca de algo de paz. Paseó por los jardines, sonrió con la risa escandalosa de su nana en el laberinto y esperó un mensaje que no llegó.

Una no se besa con una chica y se siente triste al día siguiente. Eso no debería ser así.

El miércoles, con la cabeza aún en código binario, Ro quedó con Sara para aprovechar su día libre, tapear por ahí y desconectar un poco.

—¿Qué tal vas? Te noto un poco… apagadilla —dijo su amiga, sorbiendo su copa de vino. Le recordó en el gesto a la escritora, pero alejó de su mente aquella imagen. Necesitaba un respiro, de verdad que sí.

—El lunes besé a la escritora. —Dejó salir un suspiro sin rodeos—. Bueno, ella me besó a mí.

—¿A la rarita?

—Sí. No es que me besara, es que me besó porque yo se lo pedí.

—¿Tuviste que pedírselo? Tía… Dignidad. —La miró con los ojos muy abiertos, dejando claro que aquello era demasiado.

—Es que se pone nerviosa, empieza a balbucear y… Bueno, da igual. —Cortó de raíz la sonrisa incipiente que le provocaba ese recuerdo—. Le pedí. A la escritora. Que me besara. Y el caso es que, en aquel momento, me pareció una idea fantástica.

—¿Tan mal besa?

—Qué va, al revés. Me… me besó con mucha dulzura, como si temiera que me fuera a romper.

—Romper a Ro. Es que me tengo que reír.

—Si es diferente a todo el mundo en todos los aspectos, también iba a serlo en este. No sé de qué me sorprendo.

—¿Y dónde está el problema?

—En que soy una persona horrible, Sara. —Miró el teléfono de soslayo, como llevaba haciendo desde el día anterior, pero nada, ni un mensaje de Paula—. Yo no quiero nada serio, pero ella parece que bebe los vientos por mí.

—Eso es problema suyo.

—Hay una cierta responsabilidad moral ahí, tía, no me jodas.

—Os conocéis desde hace dos semanas, Ro, por el amor de Dios, no estás prometiéndole amor eterno, solo es el tonteo del principio. No te rayes, eres muy joven para rayarte por un beso.

—Es que menudo beso, sinceramente.

—¿Quieres repetir? —Sara agitó las cejas y dio un sorbo a su copa.

—Sí, quiero. —Lloriqueó.

—Te está pegando la intensidad tu escritora. Ya pensando en la boda.

—Pero no soy horrible por eso. Ya hemos hablado del tema y le he dejado muy claro que nuestros conceptos sobre el amor son totalmente diferentes, que yo no creo en eso.

—¡¿Entonces?! —Sara no entendía nada.

—Prefiero mantener la amistad, y ella parece haber captado el mensaje, porque no me ha escrito desde ayer —se quejó.

—Pues todo está saliendo a pedir de boca. ¡Carmen, otra ronda, por favor, que tenemos que celebrar!

—Deberías dejar de juntarte con Elvira, cada día te pareces más a ella, qué horror. —Se tapó la risa con la mano.

—Venga, Ro, no seas pesada y suéltalo de una vez.

—Que quiero dejarlo en una amistad, aunque me llame mucho la

atención la chica, pero el hecho de que, sabiendo que hoy no trabajaba, no haya querido proponerme ninguna cita, tampoco me gusta. Y por eso soy horrible. —Se tapó la cara con las manos y miró a su amiga, que se descojonaba, a través de las rendijas de sus dedos—. No es gracioso, Sara.

—¡Y que no! Es muy gracioso porque, cariño mío, eso se llama ser la perra de la hortelana. Ni te la comes ni te la dejas de comer.

—Yo me la comería con muchísimo gusto.

—Necesito conocer a esa persona, Ro, hazte cargo.

—Visto lo visto, va a ser imposible, porque me odia.

—¿Te odia porque no te escribe?

—Exacto. —Asintió con rotundidad, como si fuera una verdad innegable.

—¿Le has escrito tú?

—¿Qué parte de «no quiero confundirla» es la que no has entendido? —le dijo con su tono más seco.

—¿Le has escrito? —repitió para afirmar su punto.

—No.

—Porque la odias.

—¡Pues claro que no!

—¿Ves dónde quiero ir a parar? —Hizo una mueca que provocó la risa de Ro.

—Ya, Sara, pero ella es la intensa y yo la pasota. —Cambió a un tono casi infantil y enfurruñado—. Así nos relacionamos: ella tira y yo freno. ¡Pero es que no tira!

—Os besasteis y al día siguiente le hiciste una cobra…

—¡Si ni siquiera hizo el intento de besarme! —la cortó.

—¡Emocional, una cobra emocional! Ella llegó con su corazón en las manos para ti y se encontró con tu cara de simpática agitando el brazo para saludarla de lejos, como si te viera.

—No fue así. —Se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—Parecido. —Ro la miró y asintió a regañadientes—. Pues mira, siendo lo intensa que dices que es, ha sabido ver las señales y no te ha escrito. Eso le quita puntos de psicópata. Si te hubiera escrito, ahora estarías agobiadísima. Que nos conocemos.

—Encima dale la razón a ella.

—Ay, Ro, yo no la conozco y he sabido leerla en dos minutos. ¿Cómo va a mandarte un mensaje si seguro que está escribiéndote un poema de amor devastador?

—Lo dudo. Le dije que libraba y ella no dijo ni mu. —Ella, erre que erre.

—¿Querías quedar con ella?

—No, la verdad es que pienso que este día y medio sin vernos nos va a venir bien.

—Si no querías verla, ¿por qué te molesta? —Puso las palmas de las manos bocarriba en señal de obviedad.

—¡No lo sé!

—A ti esa chica te gusta.

—Pues claro que me gusta —dijo con calma—. Que le pedí un beso, yo, Sara, yo, tu amiga Ro le mendigó un beso a una tía que es más rara que un perro verde. ¿Cómo no me va a gustar?

—Pues mira, yo solo te voy a decir que disfrutes y que la traigas este sábado a la quedada con las chicas.

—No voy a exponerla como si fuera un mono de feria para que os moféis.

—Mira, voy a hacer como que no te he escuchado, porque si me paro a pensar en lo que opinas de nosotras no te vuelvo a hablar en mi vida.

—Vale, perdona, es que sufro por ella más que por mí. Es tan tierna, Sara… —Hizo un puchero—. Al menos la veo mañana y comprobaré cómo andan las cosas.

—Pues sí, no sea que te comportes como una adulta y le vayas a escribir —le reprochó.

—Tengo la ventaja de poder verla todos los días, la adultez está sobrevalorada. —Elevó su tercio y brindó con su amiga.

Pero Paula, a la mañana siguiente, no apareció por el bar.

9

El jueves amaneció radiante, como un día de esos que se las prometen muy dulces, en los que parece que una se va vistiendo con ayuda de los pájaros de la Cenicienta, pronto, pronto, Cenicienta, en que los semáforos se van poniendo en verde a tu paso y en los que todo son sonrisas afables y pasos de claqué.

Ro llegó al bar tras su día de libranza con la sonrisa dándole la vuelta a la cabeza, mucho más tranquila tras aquel *impasse* en su trato con Paula. Había tenido tiempo de pensar, de poner su relación, tan en pañales aún, en la perspectiva correcta gracias a la tarde con Sara y, sobre todo y más importante, había tenido la oportunidad de echarla de menos. A punto estuvo de escribirle ella misma cuando llegó a casa por la noche, furiosa y envalentonada por ese tercio último que le había sobrado.

Seguía sin creerse la pasividad de la escritora y se había sentido prácticamente ofendida al no recibir de ella ni un «¿qué tal llevas el día libre?». ¿Pero qué se había creído? No podía ir regalándole palabras bonitas para luego ignorarla por completo el día en el que más tiempo, si quisieran, podían compartir. Una voz en su cabeza le decía que se había esforzado en mandarle todas las señales posibles para hacerle entender que necesitaba un poco de espacio tras el beso y que, en lugar de alegrarse de no tener que pasar por el incómodo trance de rechazarla y la decepción interna de que alguien que te gusta, de la manera que sea, no cumpla con tus expectativas, se había enfurruñado como una cría pequeña que berrea por nada.

No habría sido capaz de acertar del todo hiciera lo que hiciese.

Pero eso había sido el día anterior, un pasado remoto para ella, que siempre miraba hacia adelante. Había llegado a la conclusión de que Sara tenía razón: solo se conocían desde hacía dos semanas y no tenía que preocuparse todavía por el tierno corazón de Paula, solo limitarse a disfrutar y hacer lo que le apeteciera en cada momento. Nada nuevo. Y como lo que le pedía el cuerpo era verla y volver a dejarse seducir por su cerebro iluminado por mil soles, iba con la cita que pensaba pedirle ya en la punta de la lengua.

No es que fuera con la intención concreta de besarla y tener una

cita de *ese* tipo en concreto, solo tenía en mente una quedada para charlar y dejarse deslumbrar, aunque tampoco es que fuera ella, precisamente, de cerrarse puertas. Ro era así, una mujer decidida a abrazar lo que la vida quisiese otorgarle por el tiempo en el que tuviera la oportunidad de tenerlo en su órbita de gravedad sin hacerse demasiadas preguntas y con la única meta de estrujarlas y aprovecharlas hasta su última gota.

Y Paula no iba a ser diferente, al menos, hasta que la cosa se pusiera sentimental de verdad, si se diera el caso.

—Ya veo que a alguien le cundió su día libre, ¿eh? —le dijo Lola con intención nada más verla llegar, tan exultante.

—Pues no te creas, que no hice nada del otro mundo. Dormí hasta que ya no pude más y por la tarde quedé con una amiga.

—¿Una amiga escritora, quizá?

—Una amiga arquitecta. —Le guiñó un ojo y se fue a cambiar.

—Menuda golfa estás hecha.

Ro soltó una carcajada y se perdió por la puerta del diminuto vestuario. Al abrir la taquilla, se encontró con el libro de Paula, su primera novela publicada, y se recordó que tenía que llevárselo a casa para empezar a leerlo.

Volvió a su zona de control detrás de la barra, donde tenía una panorámica excelente de las inmediaciones y en cuyo campo de visión era imposible que no apareciera cierta escritora. Se puso, más animada que de costumbre, a trabajar, a preparar desayunos donde ensayaba los dibujos que quería perfeccionar en la crema del café y a echar miradas de soslayo a la puerta, que no dejó de abrirse en toda la mañana.

Llegó la hora a la que solía ir Paula a desayunar, llegó y pasó. Una hora más tarde, en un descanso breve que le había dado la clientela, miró el móvil por si tenía algún aviso de que no había podido acudir a su rutina diaria de cafés y miradas embelesadas. Pero allí no había nada.

Transcurrió la mañana como una barcaza pesada y a cuentagotas. Pasó de mirar el teléfono una vez a dejarlo debajo de la barra para poder verlo en cuanto se iluminara. Casi le dio un infarto cuando vio una notificación, pero había sido la imbécil de Elvira mandándole un meme gracioso.

—Oye, Lola, ¿vino Paula ayer? —le preguntó en una de las ocasiones en las que entró a la cocina a por alguna comanda.

—Pues ahora que lo dices, no, ¿por qué?

—No, por curiosidad…

¿Así se iba a quedar todo el asunto? ¿En una chica interesante y un poco mal de la azotea que había conseguido sorprenderla y que había desaparecido sin más? ¿En serio?

Ni de coña, vamos.

Cogió el teléfono para escribirle, pero justo en ese momento unos clientes la llamaron para pedirle unas cervezas y, entre idas y venidas, no pudo volver a tocar el móvil hasta que terminó su turno. No esperó ni a llegar a casa.

RO
Te he puesto falta hoy
Y, según me ha dicho Lola, también ayer

No hubo respuesta inmediata, como estaba acostumbrada, y, en lugar de guardarse el teléfono en el bolsillo, lo llevó en la mano a la espera de la contestación deseada. Sacó al perro a pasear cuando llegó a su piso, se dio una ducha y se entretuvo viendo un documental en la tele hasta que una vibración hizo que pegara un bote en el sofá y se le pusiera el corazón a galopar mientras lo desbloqueaba y comprobaba que, efectivamente, era Paula quien se dignaba a dar señales de vida.

PAULA
Buenas tardes, Ro
He estado en la casa de mi abuela desde el martes
Tenía que ocuparme de unos asuntos

RO
¿Asuntos resueltos?

PAULA
Sí, ya está todo solucionado

A la escritora le temblaban las manos de puros nervios. Sabía que Ro no tendría ningún reparo en pedirle explicaciones si así lo consideraba oportuno y, en cierta manera, entraba dentro de las posibilidades que le hiciera algún comentario sobre su ausencia, aunque el hecho de que preguntara por ella a Lola sí que no se lo hubiera esperado jamás.

Al no acudir a su cita implícita, no buscaba una reacción, no lo había hecho como castigo ni como correctivo ante su actitud contradictoria del sí, pero no. Solo quería darle espacio y dárselo a sí misma. Era consciente de que para ella el haberse besado había tenido una relevancia suprema, y la indiferencia de Ro le había dolido más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Paula era, como sabemos, una

loca del amor, iba sin frenos y a toda velocidad, aunque supiera que iba a estamparse de frente contra un muro, pero este nuevo tipo de dolor, menos seco y más sangrante, la había puesto en guardia ante el resquebrajamiento inminente de una grieta en su corazón.

Era la primera vez que se sentía así, en verdadero peligro de sufrimiento, y eso le alegraba y asustaba a partes iguales. Por un lado, si dolía era porque era importante, pero importante de verdad, más de lo que hubiera imaginado, a pesar de que su inventiva iba siempre diez pasos por delante de la realidad. Por otro, esa bestia interna que deseaba sentir el romance con toda su fuerza, pero solo sus caras y no sus cruces, había vuelto a aparecer para atemorizarla ante lo que pudiera venir.

Cuando una piensa en el amor, solo se acuerda de lo bello, de la parte que narran los libros, pero apenas nadie le dedica tiempo a considerar la parte menos amable: la de la inseguridad de lo inasible, la de la duda a plomo de lo que no se conoce, la de los ratos tristes que una pasa cuando cree que se está inventando una historia de amor que solo ocurre en su cabeza.

Y este último era el caso de Paula. Quería quererla, y quizá eso le ponía a su relación con la camarera un matiz irreal fruto de sus ganas. Esta idea la estaba llevando por la calle de la amargura, pues lo apostado en esta ocasión parecía superar con creces a todo lo que alguna vez había dejado puesto frente a una mujer en una bandeja de plata. No terminaba de entender aquella diferenciación que había hecho su corazón con respecto a Ro, pues ella era, de todas, la más peligrosa debido a la imposibilidad de compatibilizar sus maneras de ver la vida.

Pero así le habían explicado que era el amor, y ella iba a dejar de hacerse preguntas y que fuera lo que tuviera que ser.

Tenía a Ro desconcertada al otro lado del teléfono y lo sabía. No pretendía, como ya he dicho, hacerse de rogar y reclamar la atención que, en realidad, le estaba faltando de ella, pero que la buscara le había provocado una sonrisa estúpida y una espantada ilógica de sus dudas. Cómo somos las personas, a veces, que nos decidimos a dejar algo marchar y una sola palabra cambia por completo el rumbo de nuestras decisiones, que pasamos de un extremo al otro con media sonrisa y un toque inocente en el brazo.

PAULA
Y tú, ¿qué tal?

RO

Pues aquí, siendo ignorada por una escritora de tres al cuarto
Pero que se aguante, que puedo tenerla si quiero
(Foto)

El regazo de Ro y, en él, el libro secuestrado que había cogido de la estantería del bar. Si hubiéramos podido ver los ojos de Paula en ese instante, habríamos necesitado, al menos, unas gafas de soldar para soportar tanta luminosidad.

PAULA
¿Y quieres?

RO
Pues claro

PAULA
No lo tenía yo tan claro

RO
¿Sabes lo que es la «jornada de reflexión»?

PAULA
Me suena, sí

RO
Pues eso

PAULA
¿Sabes qué pasa?
Que después de tu jornada de reflexión, venía la mía

RO
Pensaba que una valía para las dos

PAULA
Yo también lo pensaba

RO
Entonces te dejo
Y espero verte mañana

PAULA
Has roto la incomunicación, ya no sirve
Se me ha ido el modo reflexivo

RO
Cuanto más te digo que dejes de pensar, más lo haces
Me tienes harta

PAULA
Tú lo que quieres es que haga lo que quieres cuando tú quieres

RO
Anda, pues claro, como todo el mundo

Solo que nadie lo reconoce
Ayer quería estar sola y que tú quisieras verme
Solo obtuve una de las dos cosas
Contenta, pero no mucho

PAULA
Yo ayer quería verte

RO
Lo sé, es lo de estar sola lo que no conseguí
Quedé con una amiga

PAULA
AUCH

RO
JAJAJAJAJAJAJAJA
Eres TAN tonta… ¿De verdad querías verme?

PAULA
Yo quiero verte todo el tiempo, Ro
No beso a mujeres a las que no quiero volver a ver
Pero no sabía qué tipo de besadora eras tú

RO
Una excelente, por supuesto

PAULA
Bueno…

RO
¡Me dirás que no!

PAULA
Ya no me acuerdo

RO
Soy del tipo de besadora impulsiva

PAULA
Lo que me temía

RO
Pero eso no quita que…
¿Sabes? No me gusta hablar de esto por mensajes
¿Cuándo vuelves de tu mansión?

PAULA
Por lo visto, cuando a ti te dé la gana
Pero termina la frase, que luego en persona se te va a olvidar

RO
No, no se me va a olvidar
Pues en una hora te quiero en la cafetería de siempre
¿Te da tiempo? Te da y, si no, pues te espero

PAULA
Haces lo que quieres cuando tú quieres

RO
Me alegro de que te hayas dado cuenta tan pronto, Pau
Hasta ahora

Paula negó con la cabeza, impactada por la sinvergonzonería de la camarera, que tenía la desfachatez de reconocer que era una caprichosa sin ningún reparo, y a ella, tonta ilusionada, le encantaba esa frescura de carácter que no estaba acostumbrada a ver por ahí. Se despidió del jardinero, que llevaba un par de días aguantando sus preguntas y su nula capacidad para tratar con las plantas, se lavó las manos y se montó en el coche con toda su ilusión. Apenas cabían las dos.

Ro se fue a cambiar de ropa. No pensaba tolerar que la escritorita jugara con su mente a base de silencios. Ella, que normalmente tenía que poner distancia con la intensidad de algunas de las muchas personas a las que había conocido en su vida, no estaba acostumbrada a que le aplicaran a ella esa misma medicina, aunque no fuera por intensidad, sino por falta de ella. Entendía el punto de Paula, esas dudas ante su actitud más bien fría después de un beso tonto. Había exagerado, se daba cuenta. No era para tanto, tal y como le dijo Sara el día anterior, pero sentía una cierta responsabilidad por el bienestar de aquella mujer que parecía dispuesta a saltar a ciegas sin pararse a comprobar que llevara puesto el paracaídas. Ella había sido, contra todo pronóstico y al contrario de como era su carácter, la voz de la razón.

Pero Ro no había llegado a este mundo infausto para caminar sobre él de puntillas por lo que pudiera pasar. Ella era de las que se metían en el fango hasta las rodillas, haciendo que, de los pedazos que le regalaba otra gente, su personalidad fuera alimentándose de experiencias que la habían llevado a ser la persona que era.

Vio llegar a la escritora que, de no verla, parecía estar más guapa que de costumbre. Qué loca es la manera en la que echar en falta moldea lo habitual para volverlo extraordinario.

En cuanto la tuvo delante, con esa sonrisa suya tímida de quien no sabe muy bien qué esperar, se levantó en sus puntillas y depositó un beso diminuto en sus labios, un pico escueto que dejó a la escritora con las mejillas arreboladas y una cara de ensoñación que bien había valido aquel arrebato de valentía.

—Soy del tipo de besadora impulsiva, pero no del tipo que los va

regalando a cualquiera.

Paula no supo ni qué decir y la siguió hacia el interior de la cafetería. Aprovechando que se encontraba a su espalda, se acarició los labios con la yema de los dedos, como si quisiera dejar ese beso ínfimo allí posado y que no se fuera volando de tan ligero que era. Se colocó a su lado en la barra, admirando su perfil sonriente mientras pedía por las dos. Se inclinó y dejó un beso en su mejilla. El beso más inocente del mundo fue dado y Ro no fue capaz de comprender cómo pudo aquel gesto infantil disparar su sangre hasta los extremos de su anatomía con tanta rotundidad.

—¿Y eso?

—Quería comprobar cómo era lo de ser besadora impulsiva.

—¿Con un beso en el moflete? Detente, Paula, estás desatada.

—Pues deja de sonreír como si hubiera sido el mejor beso de tu vida.

Ro se giró para mirarla con los ojos entornados. Se le escapaba la escritora por todos los huecos, siendo aquella la primera vez que recordara en la que quisiera retener a alguien entre los dedos.

—No ha sido el mejor de mi vida.

Negó con la cabeza sin quitar los ojos de los suyos. La atrapaba, la dejaba fijada en el punto más caliente de la Tierra y podía el mundo desaparecer a su alrededor que ese metro cuadrado que pisaban se mantendría erguido ante el Armagedón.

—Dame tiempo.

—Yo no tengo de eso.

—Entonces tendré que darme prisa.

El camarero interrumpió aquel intercambio de segundas intenciones, de lo no dicho con palabras, pero sí con la mirada, como si estuvieran hablando en un idioma inventado que solo ellas conocían.

Se dirigieron a la mesa de la última vez y dejaron los cafés sobre la madera, sin atreverse aún a abrir fuego amigo contra la mujer que tenían delante. Paula le tendió su azucarillo, repitiendo la rutina incipiente de rozarse los dedos por el camino con toda la intención, a la que esta vez también se unió Ro. La observó con detenimiento mientras la escritora removía la espuma de su café hasta hacerla desaparecer. Se había dado cuenta de que le molestaba, pero eso no le iba a impedir lograr su objetivo de conseguir dibujar algo decente en alguno de sus múltiples desayunos.

Paula sacó su teléfono cuando la superficie de su taza quedó despejada y estuvo leyendo algo antes de volver a bloquearlo,

guardarlo en el bolsillo y mirarla a bocajarro. Ro se preparó mentalmente: ahí venía la estimuladora de cerebros que la tenía siempre alerta.

—¿Eso no quita que…?

—Si no contextualizas, no me entero.

—Eres terrible. —Se detuvo para dar un sorbo a su café hirviendo —. Me has dicho que ser besadora impulsiva no quita que… Y ahí te has quedado.

—Que sea besadora impulsiva no quita que no tuviera muchas ganas de besarte. Te lo acabo de decir, Pau. No beso a gente aleatoria por ahí.

—Eso me complace. —Sonrió con satisfacción y volvió a beber. Dejó la taza en su platillo y se llevó una de las pastas de mantequilla a la boca.

—¿Sabes lo que no me complace a mí, maldita pedante? Que no te haya salido de las narices venir hoy al bar a desayunar.

—Vivimos en un país libre, Ro, qué te puedo decir. —Se encogió de hombros y Ro frunció el ceño. Aquella actitud de sobrada le estaba gustando y disgustando a la vez. Tenía que decidirse.

—Me puedes decir el motivo, por ejemplo.

—¿El de verdad o el que me puedo inventar para no hacer incómoda la conversación?

—El de verdad. Siempre el de verdad.

—No tenía muy claras las ganas que pudieras tener de volver a verme por allí. Ayer libraste y no supe nada de ti en todo el día —le explicó, con todo el sentido del mundo, pero Ro no estaba para ponerle lógica al asunto.

—Tampoco me escribiste tú.

—Yo no fui la que puso un metacrilato entre las dos el último día que nos vimos.

—Metacrilato. —Rio entre dientes por las ocurrencias de la escritora—. Tienes razón, porque aquí vamos con la verdad por delante. Lo cierto es que no quería verte ayer.

—Joder, no sé si me convence esto de la sinceridad aplastante. — Se encogió en su sitio, dolida.

—No quería verte porque no tenía claro si iba a desear volver a besarte, ya sabes, por no hacer que la situación fuera violenta, pero me hubiera gustado saber que tú sí tenías ganas de verme.

—Siempre las tengo, te lo he dicho mil veces.

—Soy humana, me gusta que me alegren el oído —dijo como si fuera lo más obvio. Y lo era, por lo que Paula lanzó su ofensiva.

—A mí también me gusta, y por eso no te dije nada ayer.

—¿Ves? Sinceridad aplastante y dolorosa. Aunque también te he dicho en varias ocasiones que me gusta mucho pasar tiempo contigo. Empate técnico.

—Me dijiste que deberíamos dejar de besarnos. Solo te di el espacio que me estabas pidiendo a gritos.

—No mientas, Pau. —La miró con cierto reproche—. Tú querías darme una lección.

—¿Qué lección? —Se incorporó, haciendo aspavientos con las manos, indignada.

—La de que cuadra lo que digo con lo que quiero en realidad. Querías que me diera cuenta. —La señaló con un dedo, como si fuera un gesto definitivo de razón—. Vamos, Paula, que no nací ayer.

—Ese… ¡ese era el motivo más pequeño de todos! —Se trastabilló, sintiéndose absolutamente pillada y abochornada.

—Y, además, te ha salido bien. Por mucho que dijera el otro día que deberíamos dejar de besarnos, te he saludado con un pico porque en estos días me he dado cuenta de que sí, me apetece un montón. Y estoy deseando que nos vayamos de esta cafetería hípster, demos el paseo de rigor y vuelvas a besarme en mi portal.

Paula se quedó con la boca como un pez fuera del agua, incluso boqueaba un poco, entreabriendo los labios, buscando algo que decir mientras Ro bebía de su café con una tranquilidad pasmosa. Era la primera vez que perdía en un combate dialéctico con ella, y casi con cualquier persona. No daba crédito, y una sonrisa complacida sustituyó su mueca desconcertada en el momento en el que asimiló lo que la camarera le acababa de decir.

—No tengo por qué besarte en tu portal.

—¿Quieres de nuevo el metacrilato? —Levantó una ceja y apoyó el codo en el respaldo de su silla. Exudaba seguridad en sí misma.

—No.

—Pues, de momento, con besos en el portal es más que suficiente. Tú eres una bomba de relojería y yo una pirómana de manual.

—Hay fuegos que es mejor no apagar. —Se inclinó sobre la mesa y entrelazó sus largos dedos frente a su cara, paladeando las palabras como si fueran capaces de envolverlas en un ambiente mucho más húmedo y pesado.

—No tientes a la suerte, escritora.

—La suerte no me conoce.

—A mí tampoco. —Sonrió Ro con amargura.

—Pues no tenemos nada que temer, entonces.

—Pero tú tienes mucho que perder.

—¿Yo? Lo mismo que tú.

—No, hay peligros que no me pueden alcanzar.

—Seguro.

Asintió con ironía y se terminó el café de un trago. Se levantó, pagó la cuenta y salió de la cafetería con una confianza abrumadora, imaginando que Ro había ido tras ella, atraída por su aura irresistible. Sin embargo, al dar unos pasos en la acera y no escuchar sus pisadas apresuradas, se dio la vuelta, confusa, y, al verse sola, fue ella la que correteó de regreso al local, donde abrió la puerta y se la encontró sentada tranquilamente, apurando su café con hielo y viéndola por su perímetro visual sin girarse hacia ella, con una sonrisa soberbia que quiso morder. Se apoyó contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos, esperando que dejara de hacer el numerito de ver quién la tenía más larga y se levantara de su asiento de una vez.

Con la boca fruncida en un gesto de victoria, Ro pasó por su lado, decidida a salir sin siquiera mirarla, pero Paula la enganchó por la cintura en cuanto puso un pie en la calle, le dio la vuelta, se la colocó enfrente, la miró con la cabeza ladeada, fascinada por aquella mujer que había sido capaz de dejar a una escritora sin palabras. Acunó su mejilla con la mano que tenía libre, levantó su mentón haciendo presión con el pulgar hacia arriba y le dio un beso tranquilo de labios.

El primero no, pero el segundo sí que me ha quedado de película.

Ro pasó las manos por su cuello, manteniendo la boca pegada a la suya un poco más, sabedora como era de que Paula estaba a punto de escapársele de nuevo. Era increíble cómo la mujer que se le presentaba delante envuelta en papel de regalo para que hiciera con ella lo que deseara era la que más difícil le ponía aquello, que se suponía que debía dar por hecho, de permanecer cerca de ella el tiempo suficiente como para dejarla satisfecha.

Seguro que lo hace adrede para mantener el interés. Más lista que los ratones coloraos, la Paulita.

Se separaron después de un minuto, o de cien, nadie lo podría decir a ciencia cierta. Paula taladró de nuevo su cráneo con su mirada de diamante y sonrió como si fuera la guardiana de un gran secreto.

—Estamos frente al mismo precipicio, Ro. Lo único que nos diferencia es que yo sé que lo estoy.

—¿Y yo no? —preguntó, mordiéndose el labio que aún sabía al café sin azúcar de la escritora.

—Es evidente que no. Pero a mí me da igual, porque no vas a caer.

—No me dan miedo las alturas, Paula.

—A mí sí —reconoció a media voz, con los ojos oscilando entre los suyos y su boca.

Aún seguían abrazadas en mitad de la calle, sin música de violines, sin tiempo detenido, sin un viento de origen desconocido removiendo su cabello, pero sí con el corazón en la boca y la boca hambrienta de la que acababa de besar.

—Nadie diría que tienes miedo. —Acarició el pelo ondulado de su nuca, embelesada con esa mirada llena de sueños imposibles de cumplir, pero que, vistos en el fondo de sus ojos, parecían estar al alcance de la mano.

—Para eso has llegado tú, Ro. Para quitármelos.

La camarera no entendió a qué se refería, y no quiso darse tanta importancia ni cargarse con esa responsabilidad, pero conociendo a la escritora seguramente sería una de sus intensidades de todos los días.

Podría acostumbrarme a esto.

10

—Buenos días, escritora —saludó Ro con una sonrisa de niña nada más verla aparecer.

—Buenos días, camarera —respondió Paula, imitando su gesto.

Aún recordaba la sensación apacible que invadió su anatomía tras despedirse de Ro después de un tiempo indefinido de besos en el portal. A pesar de que, en un momento dado, el roce tímido de sus lenguas había disparado la aguja de sus temperaturas, todo había sido resuelto con un tirón de labio y una sonrisa avergonzada por parte de Paula. Ro se lo había dejado claro: mejor ir despacio, porque los polos opuestos se atraen, pero también cargan a cuestas con un peligro de colisión inminente y desastrosa.

—¿Lo de siempre? —Paula asintió sin dejar de mirarla, obnubilada por sus rasgos marcados, pero dulcificados por la aparente alegría de volver a verla.

—Sí, por favor y gracias.

—¿Por qué no te quedas por aquí abajo? —preguntó, antes de que tomara el camino de las escaleras.

—Te veo mejor desde allí arriba. Es mi palco VIP.

—Ya, pero yo tengo que dejarme el cuello. No me convence estar en el patio de butacas.

—¿Me miras? —ronroneó, encantada. Le sorprendía esa Ro tan romántica a su manera, pero no tenía ninguna intención de quejarse.

—Eres una presumida. —Chasqueó la lengua y le echó una mirada odiosa que hizo reír a la escritora.

Ro se giró para empezar a prepararle su desayuno, por lo que no fue consciente de que Paula, en lugar de subir a la planta alta, se había acomodado en una esquina bastante escondida de la planta de abajo. Silbaba la camarera, concentrada en la técnica que había estudiado en numerosos vídeos de YouTube, mientras intentaba un dibujo simple que terminó pareciendo un perro deforme. No había manera de que se acercara siquiera a parecerse a algo real, pero ella no era de las que se rendían fácilmente.

Dejó todo lo que había preparado sobre la bandeja, dispuesta a emprender la subida al infierno que era para ella la loca intensidad de

su escritora, cuando un chisteo le hizo desviar la mirada y encontrársela de pie, agitando la mano para hacerse notar. Llevaba puesto un pantalón de pinzas y una camisa negra, que hacía resaltar aún más el tono de su piel y sus pecas, aunque le daba un aire mucho más imponente a su ya imponente figura.

Había abandonado, de alguna manera, esa aura angelical e inocente que era tan particular en ella, o quizá era su cerebro que, tras un par de morreos con todas las letras la tarde anterior, estaba impregnando todo lo que rodeaba a Paula de un color más rojizo que de costumbre. No tenía claro quién de las dos había modificado la manera en la que ahora la camarera percibía a Paula, pero el cambio se había consumado.

Respiró hondo para calmar el bombeo apresurado que le había provocado el tonto hecho de que hubiera aceptado su petición.

Qué tontería, solo es un asiento en un bar.

—Vaya, vaya, parece que le has hecho caso a la pobre camarera —dijo con fingida indiferencia mientras iba depositando el desayuno sobre su mesa.

—Si la camarera me quiere mirar, ¿quién soy yo para negarle eso a la muchacha?

—Me caes mal cuando estás subidita, que lo sepas. —Se elevó en su altura abrazando la bandeja, ya vacía.

—Puedo volver al tartamudeo intermitente. Tus deseos son órdenes para mí.

—¿Haces algo mañana, esclava?

—Por lo visto, ahora sí. —Ladeó la cabeza y la observó con curiosidad.

—He quedado a cenar con mis amigas y, después, a tomar unas copas. ¿Te apetece unirte?

—¿Tus amigas? —Se le cambió el gesto soberbio por uno de puro pánico. La escritora adorable había vuelto.

—Sí, son seres humanos con quienes tengo una estrecha relación de amistad, ya sabes.

—Yo… yo no las conozco.

—Claro que no, por eso te invito a que vengas mañana. Ellas tienen muchas ganas de ponerte cara.

—¿A mí? —Abrió los ojos como platos, dejando la boca entreabierta y generando en Ro unas ganas incomprensibles de mordérsela.

—Sí, Paula, ¿a quién si no? —Soltó una risita—. Sí, les he hablado de ti. Y sí, me apetece mucho que os conozcáis. ¿Por qué me apetece?

A eso sí que no sabría responderte.

—¿Cómo son?

—Como yo, pero peores.

—Ay, madre. —Se tapó la cara con las manos, respiró profundamente y, cuando salió de su escondite improvisado, lo hizo con toda la entereza que le había faltado—. Vale, esperaré un mensaje con la ubicación. ¿Hay que ir vestida formal o…?

—Tienes que llevar esa camisa que llevas puesta, así que, por favor, no te la manches.

—Si quieres, me la puedo quitar, ya sabes, por evitar el desastre. —Se llevó las manos al último botón que tenía abrochado, en el límite del decoro, y le puso de nuevo esa sonrisa de Mona Lisa que le dejaba el cuerpo del revés.

—Tengo que trabajar, descarada. —Le apartó las manos de ese lugar y dio un paso atrás, alejándose de la tentación recién descubierta —. Luego te veo.

—Me he puesto aquí hoy para que me mires, no pierdas esta oportunidad.

—La que estaba entrando en pánico hace un momento y mírala — dijo con tono de incredulidad, negando con la cabeza.

—Soy de metabolismo rápido, Ro. Hasta luego.

—Adiós, bicho raro.

Paula cambió el gesto seguro de su rostro en cuanto Ro se dio la vuelta para atender otras mesas. Se había dado a sí misma un empujón para remontar el *shock* al enterarse de que las amigas de su camarera linda querían conocerla. A ella. No salía de su asombro. Frunció la cara con preocupación. No estaba acostumbrada a ese tipo de interacciones sociales.

Sus relaciones eran pasajeras y duraban lo que tardaba en darse cuenta de que la chica en cuestión no le provocaba lo que ella consideraba que tenía que provocarle. Jamás sus amigas habían conocido a ninguna de sus amantes, ni mucho menos ella había conocido a las amigas de esas mujeres. O no había dado tiempo, pues sus encuentros habían terminado antes de llegar a ese punto, o ella se había negado a entrar más profundamente en la vida de alguien que, intuía, no iba a mantenerse durante mucho tiempo en ella.

Como ya he explicado en alguna ocasión, Paula no conocía la escala de grises en su relación con las mujeres: o estaban en proceso de selección para ser sus almas gemelas, o estaban ya descartadas de la criba. Cuando el *no* se le plantaba delante, ¿para qué seguir alargando lo que no iba a llegar a ninguna parte? Ella no concebía

perder el tiempo en lo que no podía ser, tenía claro lo que andaba buscando y todo lo demás solo podía distraerla de lo realmente importante: encontrar ese amor tan esperado.

Hasta ese momento, no se había parado a pensar en la cantidad de cosas que una persona nueva, que de primeras había conseguido llamar su atención, podía aportar a su perspectiva de las cosas, a su carácter, a su manera de ver el mundo y sus circunstancias. Si no tenía lo que buscaba, sepultaba sin remedio su interés, y de esa manera se estaba perdiendo a muchas personas fascinantes que quizá podrían aportar a su vida cosas en las que jamás había reparado, siempre tan inmersa en la búsqueda de un imposible.

Pero ya se había decidido a levantar la mirada del camino que llevaba tantos años recorriendo y atreverse a mirar alrededor, a fijarse en los detalles, en las vistas que, aunque hicieran que detuviera sus pasos de vez en cuando para admirarlas, no la desviaban del objetivo final, a pesar de que dejara de focalizar toda su atención y sus esfuerzos en él. Necesitaba tomar un poco de distancia y disfrutar a su vez de la senda recorrida, que tenía pinta de que iba a ser larga, si no infinita, para que la vida no se le quedara reducida a relaciones fallidas y nada digno de mención.

Sí, iba a acudir a ese encuentro, iba a dejar que Ro, que podía terminar perfectamente en el inmenso montón de mujeres que no eran para ella, entrara en su mundo, incluso ella misma pensaba entrar en el suyo y compartir tiempo con sus amigas. Era hora de poner sus prioridades en un orden mucho más amable para ella, que de tanto buscar sin encontrar había terminado por quedarse sola, con sus amigas de siempre y con la misma mentalidad de cuando cumplió dieciocho años, sin permitir que ninguna otra persona plantara en su mente lo que siempre había visto como malas hierbas y que no eran más que las especias que le andaban faltando a su insulsa vida.

Ro, por su lado, se sentía con una efervescencia impropia en ella, con esa ilusión un poco tonta de cuando se tienen quince años y te sonríe la chica que te gusta. Nunca había sido de esas personas que dejan que las cosas les afecten demasiado, pero si había tenido que llegar una escritora de psiquiátrico a hacerle burbujear la emoción en las tripas, ella pensaba sacarle todo el jugo que esta le permitiera, aunque eso hiciera que su terreno seguro se tambaleara un poquito cuando la tenía delante.

Paula se había hecho mayor frente a sus ojos. Había pasado de ser una niña que cree en el amor como se cree en los Reyes Magos, a transformar ese anhelo en algo absolutamente terrenal al besarla de

una manera en la que le había hecho ver que de niña no tenía nada, para terminar convirtiéndose en una mujer de pies a cabeza que sabía muy bien qué teclas tenía que tocar y, aún más increíble para ella, no tocar para hacer que una chica que pasaba de las relaciones estuviera nerviosa por una cita con sus amigas.

Ro la miraba a hurtadillas sin poder comprender qué demonios le estaba pasando con ella. Era consciente de que estaba de atar, que era la clase de persona intensa de más de la que siempre huía despavorida, no solo en lo tocante a las relaciones sentimentales, también en las de amistad, y lo sorprendente no era que la tolerara, que ya era bastante fuerte, sino que le estuviera empezando a gustar.

La observaba a lo lejos con verdadera curiosidad, como si fuera una caja hermosa e imposible de abrir y ella estuviera loca por partirla a la mitad, ver que lo que escondía en su interior no era para tanto y poder quedarse tranquila de una vez y dejarla marchar. Sí, era como una de esas cajas puzle que tienes que ir desgranando poco a poco, moviendo piezas milimétricamente estudiadas para que te puedan mostrar el interior. Paula era así, una chica que, a cada pieza que movía, más interesante y enigmáticamente bella le parecía, a pesar de que nunca se abriese del todo para ella.

Estaba harta de tanto misterio y tanto calor en el pecho por una persona que cumplía todos los requisitos para que saliera corriendo sin mirar atrás.

—Estás muy guapa hoy, Ro —le susurró Paula mientras ella atendía a la mesa de al lado.

—No voy a hacer ningún comentario respecto a cómo estás tú hoy, Pau —le dijo, ladeando la boca para disimular y no ser escuchada por nadie allí.

—Mi camisa menos favorita es tu más favorita, qué ironía.

—Ironía es que me guste tu camisa y no te esté imaginando con ella puesta. —Al pasar junto a ella, le acarició el brazo que tenía sobre la mesa sin detenerse y con una mirada que hizo que Paula apretara las piernas.

—Eh… —contestó para nadie, a cuadros.

Paula se quedó dos largos minutos con la mirada perdida, sin pestañear siquiera, notando cómo el magma volcánico que se cocía a fuego lento en su bajo vientre volvía a su temperatura de seguridad. Nunca había pensado en Ro con la mente empapada de sexo, pero aquella frase provocadora y el deseo dibujado en el fondo de sus ojos le habían hecho caer en la cuenta de que era, en efecto, una mujer muy deseable. La había mirado siempre con el corazón, pero los besos

un poco más profundos de la tarde anterior parecían haber removido todo lo que había pasado hasta el momento entre ellas como en una bola de cristal y, en lugar de nieve, esa agitación había hecho caer cenizas del puro incendio que se veía a lo lejos.

Tragó saliva, preocupada, no queriendo manchar de excitación las cosas tan puras que estaba sintiendo por Ro, al menos no tan pronto. Tenía que conseguir que aumentara todavía más la curiosidad de la camarera por ella antes de sucumbir al hambre de la carne, al crujir de los huesos mordidos, al chapotear en el humedal de la piel encharcada, pues de todos es sabido que, tras la culminación del acto del amor que se hace con el cuerpo, ciertos misterios se resuelven y el interés, a veces, se deshace en la boca como un azucarillo de esos que a ella le sobraban.

—¿Por qué tienes esa cara, escritora? —La sacó Ro de su ensimismamiento, dejando el vino y las almendras de media mañana.

—¿Qué cara? Pues la mía. —Sacudió la cabeza y se concentró en el presente.

—Suéltalo, parece que has visto un fantasma.

—Es una estupidez, Ro, no tiene importancia.

—En cinco minutos te quiero en la planta de arriba, al lado de los baños.

Y se largó, dejándola allí parada sin saber cómo reaccionar. Se miró el reloj y miró hacia la planta alta. Se levantó de la silla y se dirigió hacia arriba con parsimonia para alargar esos minutos lo máximo posible. ¿Qué pensaba decirle que le pasaba? La mente de Paula no era rápida para inventarse mentiras improvisadas, por lo que se resignó a decirle una verdad a medias.

Estaba pasando junto a la puerta del almacén cuando una mano salió de no sabía dónde y tiró de ella hacia el pequeño espacio en el que se acumulaban cajas de servilletas y azucarillos. Ro la colocó con la espalda pegada a la pared, se puso de puntillas, agarró su nuca con las manos y la besó tan lento que Paula tuvo la sensación de que el tiempo, en lugar de detenerse, estaba yendo hacia atrás, justo hasta llegar al momento antes de que empezara a preocuparse por no tener a la camarera lo suficientemente interesada como para que la posibilidad de sexo lo mandara todo al carajo. En definitiva, se relajó, hasta que Ro pidió paso con su lengua hacia su boca, y Paula, sintiendo ya el calor en las orejas, se mantuvo en la zona apacible de los besos de labios.

Ro lo notó, pero no dijo nada, conocedora de las rarezas de aquella mujer que la tenía fascinada.

—¿Me vas a decir ya qué te pasa?

—No… no me pasa nada. —Miró hacia el poco suelo que podía ver entre sus cuerpos. Se observó las manos, posadas en sus caderas, más debajo de lo que creía. Las apartó enseguida y cerró los ojos, y Ro, que de tonta no tenía un pelo, sonrió, comprendiendo.

—¿Estás nerviosita, Pau?

—Ner… nerviosita, ¿por qué?

—No sé, has visto que estabas tocando culo y has quitado las manos como si te quemaran.

—No estaba tocando culo, estaba justo en el límite —se defendió con el ceño fruncido y cara de niña refunfuñona.

—Paula, era zona blanda. Me has sobado todo el trasero, lo siento, es así, y a mí me parece genial. Me pone mucho que me toquen el culo.

Paula acentuó su mueca fruncida, por lo que Ro dejó las bromas a un lado y se centró en intentar mover otra de las incontables piezas de esa caja puzle que era la escritora.

—¿Crees que vamos demasiado deprisa, quizá?

—Sí —contestó tan rápido que Ro supo que había dado justo en el clavo. La pieza había hecho clic—. Es decir, no pasa nada por desear otras cosas, es natural y me parece positivo que haya esa química entre las dos, de verdad…

—¿Tú también la sientes? —preguntó con seriedad.

—Mi subconsciente te manosea el culo. Es evidente que la siento.

—Entonces… ¿Dónde está el problema?

—Es… es demasiado pronto.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Bueno, no sé. Las cosas deben ir a un ritmo más tranquilo. Primero dos personas se gustan, se enamoran y…

—¿Quieres, acaso, esperar al matrimonio? —preguntó con sorna.

—¡No, claro que no! —Se escandalizó—. Pero, no sé, tampoco quiero que el sexo mine el interés.

—Me quieres tener enganchadita, ¿no?

—No es eso. —Pero puso una cara de que sí, de que era justo eso.

—¿Y no has pensado que, en lugar de que el sexo rebaje el interés, lo puede acrecentar?

Paula se quedó con la boca entreabierta y una cara de lerda de manual.

—Ah, pues no lo había pensado.

—Ah, pues no lo había pensado. —Le hizo burla—. Paula, no sé ya cómo decírtelo, si quieres te lo canto para que te entre en esa cabeza

tan dura que tienes: piensas demasiado.

—No lo puedo evitar. Quiero seguir los pasos correctos, que...

—¿Qué pasos? —Elevó las manos, incrédula con lo que estaba escuchando.

—Los que se deben dar para…

—Paula —puso las manos en sus mejillas para que la mirara y le prestara toda su atención—, cada persona es un mundo y los pasos generalizados que creas que tienes que seguir quizá te puedan servir para dos o tres personas de toda la humanidad, pero lo que te vale con una, ¡no funciona con otra! Así que deja de creer que tienes unas pautas marcadas que recorrer, porque no es así.

—Ro —colocó las manos sobre las suyas, ganando, de nuevo, esa seguridad en sí misma y en lo que creía, que, aunque le pareciera ridículo, tanto le gustaba a la camarera—, no quiero que nos acostemos y que si te he visto no me acuerdo. Quiero, no, necesito que esto salga bien. No puedo precipitarme y cagarla. Contigo no.

—Si yo quisiera echar un polvo, y escúchame bien porque solo te lo voy a decir una vez, ni se me ocurriría hacerlo con una tía que está medio tarada y un poco obsesionada conmigo, que tiene características de psicópata y que, probablemente, no seré capaz de sacarme de encima con facilidad.

—Si tú no quisieras nada más conmigo, yo me apartaría sin dudarlo. No soy de ese tipo de persona, Ro —dijo, un poco molesta.

—Pero lo pareces. —Abrió mucho los ojos, para que entendiera su punto—. Así que, si fuera sexo lo que quisiera, tú, amiga, serías la última persona de este planeta con la que lo haría. Porque no estás bien de lo tuyo. —Le dio unos golpecitos en la sien, consiguiendo que sonriera, al fin.

—Sí estoy bien de lo mío, solo que yo me atrevo a decir lo que a la gente le suele dar vergüenza.

—¿Sabes? Lo que no entiendo es cómo puedes gustarme siendo tan jodidamente rara. De verdad que no me lo explico. Y que, siendo como te acabo de describir, quiera seguir quitándote capas.

—Sobre todo esta camisa. —Puso su cara de niña menos buena.

—No te he estado mirando a los ojos para que vieras la verdad que habita en ellos —dijo de forma rimbombante, imitando su vocabulario rebuscado—, sino para no mirar hacia abajo, así que no provoques o tus dieciocho pasos para yacer con una mujer se te van a quedar en dos y medio en este almacén cutre.

—Visto así… —Volvió a pasar las manos por su cintura, estrechándola contra ella.

—Hace un minuto estabas rayada por avanzar demasiado rápido y ahora quieres hacerlo en este almacén. ¿Ves como no estás bien? Necesitas tratar con un especialista.

—Tú me ayudas mucho más. —Le acarició la nariz con la suya y Ro acabó cayendo en el canto de sirenas de sus labios, pero se apartó del beso enseguida.

—Aquí hay una persona desconcertada con tu actitud que tiene que volver a su puesto de trabajo. Mañana a las nueve te quiero lista para cenar. Te mandaré la ubicación. —Le dio un pico—. Esta tarde. —Otro pico—. O mañana —Otro más.

—¿No te ibas?

—Me van las locas. —Se separó de ella definitivamente y se llevó una mano a la frente—. Me detesto.

—Pues a mí me gustas. —Le sonrió con esa ingenuidad que le había enganchado desde el primer momento y encogió los hombros.

—No sé qué voy a hacer contigo.

—Salir a bailar.

Ro se mordió el labio, le dio un último beso rápido y se largó de allí sin detenerse a pensar en las pocas ganas que tenía de alejarse de ella.

¡Pasos a seguir! No sabía si matarla o comérsela a bocados chiquititos, de verdad que no. No tenía ni idea, en profundidad, del concepto de amor que esa mujer tenía. Bueno, del amor o de las relaciones, lo mismo daba. Parecía que tenía una idea anticuada y obsoleta, romántica, pero del lado menos actualizado que se suponía para una chica del siglo XXI.

Ella era totalmente opuesta en ese aspecto. Si tenía ganas de acostarse con alguien, lo hacía, pues sentir esa química sexual no era algo que le sucediera con demasiada frecuencia y ella era de las que le daban a su cuerpo lo que este reclamaba si tenía la posibilidad de hacerlo. ¿Por qué negárselo? No tenía ningún sentido. Sin embargo, Paula tenía una idea diferente, en la que primero había que asentar lo que una sentía y después, cuando ya estaba segura de que no saldría volando con los vientos huracanados del orgasmo, lanzarse de cabeza al asunto del placer.

Las pocas veces que Ro había experimentado algún tipo de sentimiento romántico por alguien, el sexo había sido el pilar fundamental en el que todo se sostenía y, aunque nunca había llegado a ser suficiente como para insuflarle el valor a su corazón para dejarlo sentir, la intimidad aparecía en ella cuando se encontraba desnuda y temblorosa.

No tenía prisa, e incluso, viendo lo extraña que era su manera de comportarse y de sentirse con la escritora, le pareció bien tomarse aquel tema con calma, no fuera a ser que aquel enigma que suponía la castaña impredecible aumentara entre las sábanas. No tenía el corazón adaptado para eso.

Paula se despidió apenas media hora después con un gesto tímido de su mano y una sonrisa diminuta. La vio salir del bar con ese caminar erguido y contundente y quiso que el tiempo volara hasta el día siguiente. Cerró los ojos con fuerza y aceleró el reloj, observando cómo la clientela entraba y salía a toda velocidad mientras ella, ilusa, permanecía parada en mitad de la barra pensando en una mujer.

Cuando quiso darse cuenta, ya era sábado y estaba terminando de maquillarse. Sonó su teléfono.

PAULA
Estoy cagada, Ro

RO
Son unas cañas con mis amigas
Y yo estaré allí para que me uses de salvavidas

PAULA
¿Cabemos las dos en la tabla?

RO
Pues claro, no voy a ser tan cabrona como Rose

PAULA
No sé, teniendo en cuenta el nombre…
No sé...

RO
Se parecen, pero no es el mismo, así que no me seas cobarde
Te tenía yo como toda una valiente y mira

PAULA
Me sobreestimas

RO
Eres la misma que me pidió una cita con toda su cara
Sé esa chica

PAULA
Podría intentarlo

RO
Aunque, bueno… Esa chica es muy atrayente
No sé yo si sería lo mejor

PAULA
DECIDIDO

RO
JAJAJAJAJAJAJAJA
Eres imbécil
¿Estás lista?

PAULA
Estoy en el portal de tu casa

RO
¿QUÉ DICES?

PAULA
Deja de gritar, que me pones más nerviosa
¿De verdad creías que no iba a pasar a recogerte?
¿Es que aún no me conoces?

RO
La verdad es que tienes razón
Qué tonta
Bajo en cero coma

PAULA
Vamos

RO
SIN EXIGENCIAS

PAULA
Ahora la que está nerviosa eres tú
Jajajajajaja

RO
No voy a hacer declaraciones
Pero cuanto más alargues la conversación, más tardaré en bajar

Y la dejó en visto. Ro soltó una carcajada que se llevó con ella todas sus dudas y comeduras de cabeza. Paula era diferente, era especial, era un espécimen de persona que no había conocido antes, y su cuerpo, y algo viscoso en su interior que no terminaba de clasificar, se lo estaban diciendo a los gritos.

Bajó por la escalera, saltando de escalón a escalón, emocionada, feliz, quizá. Antes de encender la luz del rellano y delatar su presencia, se quedó apoyada en la pared, con los brazos cruzados sobre su pecho, mirando a la mujer que la esperaba fuera. Se estrujaba los dedos y se echaba el pelo hacia atrás compulsivamente, miraba su reloj, el cielo y parecía estar recitando algo entre dientes. En un movimiento inesperado, giró el cuello hacia donde ella se encontraba, como si algo le hubiera chivado que era observada por la chica de sus sueños. Se quedó mirándola a través de la oscuridad, como si con sus

ojos fuera capaz de verla en cualquier circunstancia. Y así lo sintió Ro.

Jamás, en todos los años de su vida, se había sentido tan especial por una manera de ser mirada. Se sentía la única mujer en el mundo para esa chica extraña y profunda que la había elegido sin ningún motivo aparente de entre toda la humanidad para posar sobre ella sus ojos claros.

Aspiró todo el aire que llenaba el rellano y empezó a caminar hacia afuera, soltando un suspiro calmante que la condujo hasta la puerta como si fuera dejando migas de pan.

—¿Me estabas espiando? —Saludó Paula nada más verla.

—Estás muy graciosa cuando te pones histérica.

—Me mirabas como una encoñada, Ro. Pensaba que eras una chica terriblemente sincera. —Se mordió el labio y sacó de su espalda una flor que le tendió—. Toma, una rosa para otra rosa.

—Eres asquerosamente romántica, ¿lo sabías?

—Es mi rollo, es lo que hay. —Se encogió de hombros, avergonzada.

—Me gusta tu rollo, aunque reconozco que me espantaría en cualquier otra persona. —Tomó la rosa y la olió—. Es preciosa, gracias. —Se aproximó a ella y dejó un besito en su mejilla.

—Ayer estuve en la mansión y, bueno, me viniste a la mente y la corté para ti.

—No hay que cortar las flores, Pau, es mejor que me las enseñes vivas.

—Tú lo que quieres es acaparar mi piscina. —La miró con los ojos entornados y una sonrisa sincera.

—Mierda, siempre me pillas. Voy a subir a dejarla en agua, ¿vale?

—Aquí te espero.

Ro volvió a entrar y Paula se quedó observándola perderse en el ascensor. La última mirada de la camarera, justo antes de que se cerraran las puertas, tan ilusionada por una tonta flor, le dejó el cuerpo de gelatina. La morena se hacía la dura, pero no podía evitar, a veces, dejarse llevar por sus detalles absurdos. Sabía que esos gestos le repelían, pero comprobar que los apreciaba y que los recibía con verdadero entusiasmo, por mucho que se esforzara en ocultarlo, le dio una seguridad que no había sentido hasta el momento.

Quizá Ro podía ser su Teseo, aunque, de primeras, no lo pareciera. Quizá fuera ella, que de tanto negarse a dejarla entrar, estaba descuidando la retaguardia. Y Paula sabía muy bien cómo entrar a hurtadillas.

11

Caminaban una junto a la otra por las calles bulliciosas de la ciudad. El aire de abril chocaba contra sus cuerpos, cálido y gustoso, envolviéndolas de una energía estática que no tensaba el espacio en torno a ellas, sino que lo suavizaba y le daba al momento forma de canción que no suena, pero que calma. Paula miraba a Ro de reojo, insegura y un poco asustada, aunque el mayor porcentaje de los nervios perteneciera, sin ninguna duda, a la camarera, que iba palideciendo a medida que se acercaba al lugar en el que había quedado con sus amigas, directa a una especie de oficialización de lo que fuera que tuviera con la escritora. No se sentía por ello agobiada, sino ansiosa y preocupada por la mujer que caminaba a su lado, e iba notando un burbujeo espeso hacerse con todo el espacio de su menudo cuerpo.

Paula se dejó llevar por su audacia, percibía la vibración desquiciada que generaba la inquietud de Ro, y le pasó el brazo por los hombros, creyendo, sin saber por qué, que su contacto calmaría su espíritu como ella conseguía hacerlo con el suyo. Sorprendentemente, funcionó, y la camarera respiró profundo y dejó caer la cabeza sobre su hombro, como reconociendo que sí, que una chica como ella estaba más nerviosa de lo que quisiera admitir.

—Se supone que la acojonada debería ser yo —le susurró Paula contra el pelo.

—Y lo eres, no te creas que no veo que estás blanca como la cal.

—Lo que me sorprende es que tú también lo estés. ¿Vas a secuestrarme en realidad y te estás arrepintiendo?

—Sí, vamos de cabeza a una emboscada con sicarios. El rescate que pediré será la mansión.

—Eso sería lo único que no te daría, Ro —lo dijo con una intensidad tal que a la camarera se le olvidaron los nervios.

—¿Tienes una relación sentimental con una casa? —bromeó, y Paula se sintió satisfecha de haber conseguido sacar la cabeza de Ro del lugar inhóspito en el que se encontraba unos minutos atrás.

—Así es, he desarrollado sentimientos por ella. No me avergüenzo.

—Tengo ganas de ver esa casa. —Se detuvieron en un semáforo y

Ro aprovechó para mirarla—. No solo por la piscina, que también. Tengo la sensación de que es un lugar muy especial para ti.

—Nena, es demasiado pronto como para que te lleve allí de *esa* manera.

—Bueno, que me ha llamado nena. Ya se ha venido arriba solo porque le he dicho que quiero ver su mansión. —Ro tiró de su cintura, donde se había quedado enganchada, para retomar el paseo hasta el bar.

—Cállate —murmuró, abochornada.

—Eres adorable, en serio. —La miró como quien mira lo que tiene ganas de besar, pero, en lugar de eso, se alejó del abrazo, pues era consciente de que estaban a punto de llegar.

—Ya lo sé. —Frunció el ceño Paula, con las mejillas de colores—. Es pronto para que te enseñe la casa de la manera en la que parece que tú la quieres ver. Pero para bañarnos en la piscina y conocer los jardines, podemos ir mañana mismo si quieres.

—Siempre me das una parte muy pequeña de lo que quiero de ti. —Se quejó, invadida de nuevo por esa terrible curiosidad que segregaba la estúpida escritora cuando le venía en gana.

—No quiero que se te haga bola, Ro. Solo eso. —Se encogió de hombros y la miró de lado, a tiempo de percibir ese brillo fascinado de sus ojos cuando se le imponía delante como el misterio que en realidad no era, pero que era capaz de parecer ser.

—Si no te me has hecho bola ya… —Negó con la cabeza y sonrió, sin terminar de creerse todavía que aquello no hubiera ocurrido—. Vamos, que las escucho reír desde aquí.

—Esas carcajadas, ¿son de tus amigas? —Detuvo sus pasos, repentinamente asustada.

—Sí, hija, sí. Son unas malditas ruidosas.

—No… —Lloriqueaba Paula, con más ganas de largarse que de compartir tiempo con Ro, y eso era mucho decir.

—Venga, escritorita, que tú eres una valiente, ellas no son para tanto y yo estaré a tu lado todo el tiempo.

—Esa es la parte buena. —Sonrió, a pesar de tener los ojos abiertos como platos de inseguridad.

—Son buena gente, pero les gusta meterse conmigo. Diría que les gusta mucho, ahora que lo pienso. —Se quedó con la mirada perdida unos segundos que Paula absorbió para sí—. Y tú hoy vienes con el *pack*, así que lo siento mucho.

—Intentaré darle la vuelta a la situación, aunque… bueno, sigo tremendamente nerviosa. —Le cerró con los dedos un hueco que se le

había abierto en el flequillo.

—¿Ah, sí? —La miró con ojos suspicaces—. Se te está poniendo cara de guion.

—¿Cara de guion? —Se extrañó Paula.

—Sí, la cara que se te pone justo antes de soltar una de tus frases de película. ¡Mira, mira cómo sonríes! —Soltó una enorme carcajada y la señaló con un dedo acusador—. ¡Te conozco, bacalao, aunque vengas disfrazao!

—Bah, te acabas de cargar el momento. —Se hizo la indignada e intentó avanzar pasando por su lado, pero Ro colocó una mano en su pecho para que se detuviera.

—Va, suéltala —ronroneó, encantada del contraste que hacía su mano contra la piel tostada del pecho que la camisa le dejaba ver.

—No tenía ninguna frase.

—Va, *nena* —impostó la voz para que se pareciera a la suya y acarició el colgante que descansaba bajo sus dedos—, si a mí me encantan.

—Entonces, ¿por qué te burlas?

—No me burlo, solo quería que vieras que te voy conociendo y que me fijo en lo que haces y lo que dices.

—Querías demostrar que me tienes calada.

—A lo mejor. —Se hizo la desentendida—. Va, di tu frase. Me estabas diciendo que estabas terriblemente nerviosa.

—Y te iba a decir que, quizá con un beso, se me pasaban un poco los nervios. —Ro, al escuchar esas palabras, deslizó las manos hasta su cuello como empujada por las palabras de Paula.

—¿Tú crees?

—Sí, eso creía, pero la verdad es que con toda la tontería esa de mi cara de guion ya se me han pasado. ¡Muchas gracias! —Le dio un beso en la frente y empezó a caminar de nuevo tirándole de la mano, dejando a Ro con un palmo de narices.

—¡Oye! ¿Y mi beso?

—No era tuyo, Ro. —Le guiñó un ojo y, al girar la última esquina, se encontraron de frente con todas las amigas de la camarera.

Inmediatamente, intuyendo la manera de ser de Ro con respecto a las muestras afectivas en público, Paula soltó su mano y se la secó en el pantalón de lino, pues le había empezado a sudar. Un grupo de chicas se quedó mirándolas con las cejas levantadas, por lo que la escritora no tuvo dudas: ellas eran su pesadilla de esa noche.

Ro le colocó la mano en la espalda baja para empujarla hacia la mesa, en la que quedaban dos huecos juntos para ellas. Paula, al sentir

su contacto cálido y cercano, se relajó un poco. La había tocado delante de sus amigas, eso era todo un hito.

—No, no, tú ponte en la otra silla —le susurraba a medida que se acercaban, cambiándose de lado en el trayecto—. Ya me pongo yo al lado de Elvira. Es la peor de todas.

—Tiene cara de estar divirtiéndose. —Una gota de sudor, literal y metafórica, corría sien abajo por su cara de estupor.

—Se divierte a nuestra costa, así que mantente alejada de ella, no quiero que te pongas a hiperventilar.

—Benditos los ojos que te ven, tía —saludó Elvira, levantándose en su sitio para saludar a las recién llegadas. La escritora le había parecido altísima, por lo que se vio en la necesidad de intentar igualar el asunto, sin conseguirlo—. Tía dos. —Le tendió la mano a Paula y esta se la estrechó con un tembleque infausto y un poco más de fuerza de la que pretendía.

—Encantada, amiga uno.

—Me está vacilando. Me gusta. —Sonrió Elvira en dirección a Ro, que asintió, complacida—. Me llamo Elvira y seré tu preferida.

—Ya lo eres. —Soltó una risa profunda y la miró con intensidad—. Encantada, Elvira, yo me llamo Paula.

—Sí, ya lo sé, estoy familiarizada con tu obra.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Buenísimo, aunque no sé lo que te durará. —Con un gesto, señaló a su amiga, que reía histriónicamente con las otras dos.

—Ya, yo tampoco lo sé, pero aquí estamos. —Se mordisqueó los labios, sin saber muy bien dónde mirar.

—Déjala en paz. —Paula se vio sostenida por Ro, que volteó su cuerpo para que dejara de hablar con Elvira—. Y tú, no le hagas ni caso. Le gusta ver el mundo arder.

—Pues yo me prendo con facilidad. —Se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—Paula, por favor te lo pido, no es el momento. Y ponte recta, joder, que si te agachas más te voy a ver el útero y ya tengo suficiente con la camisa.

—Fuiste tú la que querías que la trajera.

—Qué feo está recordarle a una sus errores. —Negó con disgusto y se volteó hacia otra de sus amigas—. Esta es Sara, mi amiga más antigua.

—Y la más guapa. —Estiró la mano y Paula se la estrechó—. Encantada.

—Igualmente. Yo soy Paula.

—Lo sabemos.

—Y esta es Clara. Clara, Paula.

—Ya, si sé cómo se llama —dijo la rubia también.

—Vale, chicas, ya habéis dejado claro que os he hablado de ella, podéis descansar, soldadas.

—Qué risa —iba Paula diciendo entre dientes mientras se sentaba.

—Disfruta mientras puedas porque, cuando te cojan un poco de confianza, todas estas gracias van a ir dirigidas a ti. Lidia con eso.

—Pues presta atención, no sea que te lo pierdas.

Pidieron una ronda y se incorporaron a la conversación sobre decoración de interiores que estaba teniendo lugar antes de que llegaran.

Paula, en principio callada, no pudo evitar intervenir alguna que otra vez, pues era un tema que realmente le apasionaba, y el hecho de haber ayudado a su abuela en numerosas ocasiones a cambiar el aire de muchas de las habitaciones y salones de la mansión le había dado una experiencia que le estaba viniendo muy bien para integrarse.

—Bueno, escritora, cuéntanos —comenzó Sara con el tema que todas estaban deseando sacar—, ¿cómo conociste a Ro?

—Ya lo sabéis —interrumpió la aludida.

—Chsss —la silenció Elvira—. Ya sabemos tu versión, ahora queremos conocer la suya.

—Yo también quiero saber cómo dice ella que me conoció.

Las cuatro se miraron entre risas, negando con la cabeza, y Paula se sintió diminuta de repente. Ya se imaginaba cómo había sido esa conversación, y ella, que nunca se avergonzaba de su manera soñadora de ser, se recompuso como pudo y se preparó para lo que tuviera que escuchar.

—Bueno, obviando la parte de que soy la loca del hacha. Esa parte me la repite muy a menudo.

Ese último comentario de Paula hizo que toda la mesa estallara en carcajadas que llevaban un rato intentando evitar. Se dieron aire con la mano y la miraron con cariño. No con compasión, y eso le gustó.

—Pues, más o menos, ese es un buen resumen.

—Quiero los detalles sórdidos.

—Pau. —Llamó su atención Ro, apretándole la pierna.

—No va a ser nada que no me hayas dicho antes —le dijo en privado.

—Ay —suspiró y asintió, dando vía libre a sus amigas a que desplegaran todo su arsenal.

—A mí lo primero que me dijo fue que no sabía si ponerte una

orden de alejamiento o de acercamiento —rompió el hielo Sara, llevándose la copa de vino a la boca para ocultar la sonrisa.

—¡Pero qué mentirosa! Pau, ni caso, solo le dije lo de la orden de alejamiento.

—Vaya, eso me deja mucho más tranquila.

—A ver, siendo técnicas no me dijo exactamente eso, pero fue la conclusión que saqué de su lenguaje no verbal.

—Me gustan tus amigas. —Sonrió Paula más calmada, inclinándose sobre la mesa para prestarles toda su atención y dejar de pensar en la mano que Ro había dejado como si nada sobre su muslo.

—Tú, de momento, vas bien —dio el visto bueno Clara y levantó la copa en su dirección, gesto que ella imitó.

—¿Y qué más… qué más dijo sobre mí? —Tuvo que aclararse la voz a mitad de frase para deshacer el gallo terrible que le acababa de traicionar.

—Que eres rara adorable.

—Radorable —concluyó Paula, consiguiendo que todas se echaran a reír de nuevo. Miró a Ro con lucecitas en los ojos, orgullosa de su propia desenvoltura.

—¡Y sigue haciendo puntos la escritora! —Elvira le chocó los cinco y, tras ese gesto de hermanamiento, volvió a ponerse seria—. Pero también le has dicho que lo que sientes por ella es real. ¿Qué tienes que decir sobre eso?

—¿Qué parte es la que no entiendes?

—Que os conocéis desde hace dos semanas.

—Hay cosas que, simplemente, se saben —dijo con tanta convicción que las cuatro, incluida Ro, se la quedaron mirando, embobadas.

—Pero estamos en el siglo XXI.

—¿Y qué? A veces sientes una conexión brutal hacia alguien, que no tiene ningún tipo de lógica, y no por eso desaparece. Solo que la mayoría de la gente no se atreve a decirlo en voz alta, y mucho menos a la otra persona, porque es de ser una loca del hacha.

Un silencio pesado y miradas de reojo. ¿Qué le contestas a una persona que te habla con una seguridad tal que casi es capaz de convencerte de su punto?

—Turbio —fue Elvira la que partió aquel mutismo.

—¿A cuántas chicas, o chicos, has dejado escapar por no atreverte a decirles que te atraían de una manera increíble? —Paula olió sangre al ver la duda en los ojos de la chica y se lanzó como un tiburón hambriento.

—Chicas, por favor, no me ofendáis. Y… bueno, no estábamos hablando de eso.

—¿A cuántas?

—Pues… No sé, dos o tres.

—¿Te acuerdas de sus nombres?

—Sí, claro.

—Porque fue una espinita que se te quedó clavada. Yo no tengo de eso —finalizó con simpleza y un encogimiento de hombros.

—Porque no tienes miedo al ridículo, pero los seres humanos normales y corrientes, sí.

—Bueno, al menos yo duermo tranquila por las noches pensando que, por mi parte, no me he quedado con la duda.

Faltó que pasara bajo la mesa un matojo rodante. Ro había detenido el ir y venir de su mano sobre el pantalón de Paula, impactada por su férrea defensa hacia lo que con tanto ahínco creía. Fue de su equipo, durante los escasos segundos de silencio que continuaron a su exposición, fue una más de su equipo.

—Mamarrachadas. —Negó con la cabeza, volviendo a su estado ácido habitual—. Tú le dices eso a una pobre camarera que acabas de conocer y sale corriendo.

—Pero aquí estoy, conociendo a sus amigas. —Paladeó, con esas palabras, el dulce sabor de la victoria.

—¡BOOOOOOOOM! —Jaleó Elvira, haciendo aspavientos con las manos—. La escritora excéntrica te ha noqueado, amiga. No te preocupes, no pasa nada, nos ha dejado con el culo al aire a todas. —Le pasó un brazo por los hombros y volvió a dirigirse a Paula—. Sigues siendo un bicho raro y todavía no sé qué pensar de ti, pero hablas muy bien. Serías capaz de convencerme de mi heterosexualidad si te lo propusieras.

—Uy, eso sí que no. —Se carcajeó Sara, que quería llevar la conversación por otros lares.

Ro se quedó mirando a Paula como si fuera la primera vez que la veía, como si, de golpe, todas sus intensidades y rarezas tuvieran un punto de coherencia. *No quedarse con la duda de las cosas…* Ella era la primera defensora de esa manera de vivir, pero jamás había trasladado esa filosofía al ámbito romántico, pues no había tenido la necesidad de hacerlo en un tema que nunca le había golpeado de lleno. No conocía el amor, ese tipo de amor, ni creía que estuviera hecho para ella, pero, de estarlo, tenía claro que su manera de afrontarlo sería la misma que la de su escritora.

Paula no tardó en mimetizarse con el grupo, participando

tímidamente de las mofas conjuntas hacia Ro. Aprendió mucho de ella esa noche, como que jamás le había durado una relación más de un mes, que tenía alergia al compromiso y que le gustaba el helado de menta. Quizá, *a priori*, no se pareciera demasiado a la chica de sus sueños, pero sus caricias por debajo de la mesa y las sonrisas de complicidad la envolvían en una neblina en la que, fácilmente, podría confundirla con ella.

—Te voy notando ya más relajadita, ¿no? —le dijo bajito, aprovechando que sus amigas se habían enfrascado en una conversación paralela.

—Es el vino. Y tu mano en mi pierna. Me vas a hacer un surco en el pantalón.

—¿Te molesta?

—No, pero me pongo nerviosa cuando se te va la pinza y subes más de lo que deberías.

—No quiero desgastar solo la parte de la rodilla, Pau. Me gusta repartir mis atenciones equitativamente.

—Eres una comunista de caricias.

—Así soy. —Le guiñó un ojo y se mordió el labio por dentro para retener su sonrisa.

—Te encanta verme cómoda con tus amigas, ¿verdad?

—No me imaginaba que me fuera a gustar tanto. Pensaba que iban a espantarte cuando empezaran a meterse contigo, pero te las has metido en el bolsillo con cuatro frases intensas de las que vienen en los azucarillos.

—En los azucarillos que te debo, ¿no?

—Los mismos. —Apoyó el codo en la mesa y la cara en su mano, aproximándose más a la chica que parecía tener un imán nuclear que solo le afectaba a ella.

—Vaya, me he metido a todo el mundo en el bolsillo menos a la chica que más me interesaba.

—¿Quién te dice que no lo hayas conseguido?

—¿Te convence mi discurso, acaso?

—Para nada. —Se le escapó una sonrisa socarrona.

—Lo que yo decía. —Descendió la mano para posarla sobre la de Ro, que se había quedado detenida al tener toda su atención puesta en los puntales de su mirada, y la invitó a que siguiera con sus recorridos aleatorios.

—Aunque tengo que reconocer que, por un momento, te he comprendido.

—¿Y qué has comprendido?

—Por qué me atraes tanto. No nos parecemos en nada, pero eres justo como yo sería en la única cosa en la que no soy de ninguna manera porque nunca me he interesado por la tontería esa del amor.

—Tenemos una unidad de coincidencia. Celebremos. —Alzó su copa y Ro la chocó con su tercio—. Aunque puede que tengamos alguna más.

—Ilumíname.

—A las dos nos gusta mi camisa.

—Ya te he dicho que no es tu camisa lo que me gusta.

—A mí tampoco. Es la manera en la que me miras cuando la llevo puesta.

—¿Crees que te gustará mi manera de mirarte cuando la vea en el suelo de mi habitación?

—Creo que me encantará.

Ro tragó saliva. Paula sabía utilizar las palabras, los tonos y las pausas. Eso había quedado más que demostrado. Pero haberla llevado al terreno húmedo y resbaladizo de lo que sucede por debajo del ombligo le había hecho crecer aún más su curiosidad. ¿Cómo sería Paula en horizontal? ¿Qué cosas le diría? ¿De qué manera la miraría? ¿Cómo utilizaría esos labios repletos al sur de su barbilla?

Por el rabillo del ojo, vio cómo sus amigas se levantaban y le decían algo que ella no entendió, pero a lo que asintió mecánicamente. Todo sucedía a su alrededor a cámara lenta. Paula la tomó de la mano para seguir al grupo, que se movía acera adelante y, cuando fue a soltarla, Ro se lo impidió. No como un gesto romántico, ni mucho menos, sino por una necesidad acuciante de ser dirigida, pues sus sentidos parecían haberse quedado atrapados en un momento que ni siquiera había sucedido todavía.

Cuando quiso darse cuenta, estaba rodeada de luces y *flashes* que la tenían totalmente deslumbrada. ¿O era Paula la que brillaba? La música taponaba cualquier otro sonido y, por suerte, sus acalorados pensamientos.

Estaban en un garito de ambiente y las chicas se movían a su alrededor al ritmo de la música. Como una autómata, Ro siguió al grupo hasta la barra para pedir unas copas, como casi cada sábado, solo que esta vez iba también acompañada de su escritora. Nunca se la hubiera imaginado bailando, pero lo cierto era que manejaba su estructura imponente con mucha soltura.

—¿Desde cuándo bailas así? —le preguntó, aún perpleja por todos los acontecimientos de la noche.

—Desde siempre. No soy una pija estirada, Ro. Me has prejuzgado.

—Dime la verdad, hacías *ballet* de pequeña, ¿verdad?

—¿Qué? —Se hizo la sueca, elevando la voz—. ¡No te oigo! ¡La música está muy alta!

—¡Que si hacías *ballet*!

—¡Uy, nada, imposible escucharte! —Frunció la cara como molesta por el ruido, y puede que Ro no se las supiera todas, pero sí la mayoría, por lo que se aproximó a ella, le tiró del cuello de la camisa y acercó la boca a su oreja.

—Te preguntaba si habías ido a clases de *ballet* alguna vez.

—Eh… Sí… Sí, de niña —dijo como pudo, incapaz de sustraerse al roce innecesario de sus labios.

—Estaba claro.

La soltó y se dispuso a hacer su parte, pues, aunque ella nunca había podido permitirse ir a clases de prácticamente nada, era una mujer que tenía más noches que el camión de la basura y se movía como pez en el agua a través de los ritmos urbanos que sonaban en todos los bares del planeta.

Le dio la espalda a Paula, esperando que aceptara su invitación implícita, pero esta, respetuosa hasta el límite del absurdo, más aún teniendo en cuenta el juego que se habían traído toda la noche por debajo de la mesa con sus manos y por encima de ella con sus palabras, mantuvo la distancia de seguridad. Ro no se acobardó y dio los dos pasos que la separaban de la escritora, incrustándose en su cuerpo como si hubiera estado allí siempre esperando por ella.

Contoneó las caderas contra Paula, que deslizó la mano que no sostenía la copa por su cintura para acompasarse a sus movimientos. Ro giró la cara, sorprendida por su atrevimiento, y no se esperó tener su rostro tan pegado al suyo. La llamó su boca como tantas veces, tan rebosada de carne, tan rosada de ganas, tan repleta de confianza. Se sabía en su ambiente la escritora, en ese juego previo de lo que no se dice, pero está sobre la mesa. Ro elevó una mano y la pasó por su nuca, tanteando el límite en el que sabía que ella tenía las de ganar. Y así fue.

Con un movimiento maestro, Paula giró el cuerpo para tenerla frente a ella y escapar de lo que le provocaba la postura anterior. Dio un trago a su *gin-tonic* para aligerar la sequedad de su garganta y, una vez repuesta, volvió a aproximarse al cuerpo de Ro, que estaba llamándola a gritos.

—No hagas eso —le reprochó tras apartarle el pelo del hombro para alcanzar su oído.

—¿El qué?

—Provocarme.

—Es imposible provocarte, Pau, y mira que lo llevo intentando toda la noche.

—¿No se suponía que querías ir despacio porque estoy malita de la cabeza?

—Tu cabeza está malita, pero también es fascinante, y a mí me excitan más los cerebros que los culos.

—¿Y el mío te excita? —ronroneó, ondulándose a su alrededor, como una torturadora que sabe muy bien dónde y cómo apretar.

—Me excitan ambos. —El labio entre sus dientes y el autocontrol de Paula en el otro extremo del universo.

—Si no te gustan las muestras de afecto en público, te aconsejo que nos vayamos de aquí.

—¿Por qué? —le espetó con chulería, tensando la cuerda.

—Porque estoy a media frase insinuante más de comerte la boca delante de tus amigas.

—Eso sería terrible —dijo, con el pecho arriba y abajo por la respiración atragantada, más deseosa que asustada.

—Imperdonable.

—Deja de hablarme en ese tono —le pidió Ro, suplicante.

—¿Cómo? —Ya ni siquiera se movían, clavadas a la tierra para no perder el equilibrio.

—Como si me estuvieras follando con las palabras.

Paula se bebió lo que le quedaba de copa de un trago, le echó a Ro una mirada que no admitía réplica y se dirigió a sus amigas para despedirse.

—Bueno, chicas, nosotras nos vamos a marchar.

—¿Ya?

—Sí. La loca del hacha tiene que cavar un hoyo en el suelo para enterrar el cadáver de vuestra amiga.

—Ah, que ahora a echar un polvo se le llama así. —Se reía Elvira, bebiendo por la pajita de su copa.

—Me ha encantado conoceros. ¿Nos vemos pronto?

—Estás dentro de este grupo, escritorita. —Le guiñó un ojo Sara y le dio un apretón en el hombro.

—No me llames escritorita, que eso es cosa de Ro.

—Usted me perdone. El finde que viene habíamos pensado hacer una escapada al campo, si te apuntas…

—A ver qué opina la camarerita, no quiero invadir todos los aspectos de su vida.

—Sigues sumando puntos, tía. —Elvira hizo un asentimiento de

respeto hacia ella—. Si no estuvieras tan loca del coño, se la robaba a la Ro.

—Repítelo muchas veces sin trabarte.

—Se la robaba a Ro, se la robaba a Ro, se la robaba a Ro…

—Bueno, ha entrado en bucle. —Sonrió Paula hacia las otras dos, con su elegancia habitual—. Nos vemos pronto, espero.

—Lo mismo digo. Eres una tía chachi.

—Vosotras también. ¡Hasta otra!

Les dio sendos besos a las tres chicas, se dio la vuelta, cambiando su sonrisa encantadora por el rostro de matar, tomó a Ro de la mano y salió con ella al aire fresco de la noche.

—No me esperaba esta rudeza en una chica tan bien educada.

—Una puede ser muchas personas a la vez.

—¿Ves? Me dices esas cosas y…

—¿Y qué?

—Que mi casa está más cerca.

Carraspeó y echó a caminar con aire molesto. No le gustaba, en realidad, aquel poder que Paula parecía tener sobre ella, esa manera que tenía de convertirse a su antojo en alguien irresistible para su pobre cuerpo. Tuvieron que detenerse en un paso de cebra y Paula, viendo su ceño fruncido, tiró de su barbilla para que la mirara.

—No tenemos que hacer nada que no quieras, Ro. Esta noche puede terminar con un beso en tu portal.

—O sin beso —refunfuñó con ironía, como si aquello no estuviera siquiera dentro de lo posible.

—O sin beso. —Asintió, sonriéndole para que quitara esa mueca enfurruñada—. ¿Por qué estás enfadada?

—No estoy enfadada, es que te detesto cuando no puedo resistirme a ti.

—¿Y por qué te ibas a resistir?

—Porque puedo. Pero no puedo, y eso no me gusta.

—Sí puedes. Yo paro un taxi y tú vuelves con tus amigas.

—Ni de coña.

Se abalanzó sobre su boca para dejar de luchar contra lo que se escapaba a su entendimiento y Paula la recogió entre sus brazos como si supiera que necesitaba más un anclaje al suelo que una liberación de sus instintos. Paula era sólida, la piedra última que queda en pie tras un desastre natural, que se mantenía firme, aunque ella misma también hubiera sufrido el oleaje y la erosión del viento. Y Ro lo sabía. No entendía por qué, pero lo sabía.

Trastabillaron entre besos y caricias superfluas hasta el portal de la

camarera, que ciertamente estaba unas manzanas más allá de donde habían pasado el principio de la noche. Abrió como pudo, entre besos en la nuca de una escritora que de santa no tenía ni un pelo. Llamaron al ascensor a tientas, deseando para sí un par de extremidades más cada una para abarcar toda la carne que estaban desesperadas por tomar como suya.

Entraron en el apartamento a oscuras, pues la luz que entraba por el balcón creaba una penumbra perfecta para mantener el ambiente íntimo y un poco tímido de la primera vez en la que una le entrega a otra persona todo lo que se puede tocar y un poco de lo que no. Paula fue dirigida por el pasillo hacia la habitación de la camarera sin dejar que sus labios descansaran ni un momento en una batalla feroz en la que no había vencedores ni vencidos.

Se detuvieron a los pies de la cama y la escritora colocó los mechones despeinados de Ro tras sus orejas para contemplar, en la medida de lo posible, su rostro todo. Brillaban sus ojos acuosos en la oscuridad y una sonrisa temblaba de deseo y de temor. Paula quiso saber qué era exactamente lo que le daba miedo a una aventurera como Ro, pero, al no tener muy clara la respuesta, prefirió no saberlo. No tenía ella tanta seguridad como para que sirviera para las dos.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla al que la camarera respondió dejando caer la cabeza contra sus labios, dándose un respiro de la vida superficial que solía llevar y permitiendo que Paula la condujera por aquel páramo neblinoso en el que los animales mitológicos y la magia campaban a sus anchas.

Paula llevó las manos a su propia camisa y empezó a desabrochar botones sin apartar los ojos de los de ella, que no era capaz casi de respirar, embotado su cerebro por aquella gelatina que parecía estar envolviendo sus cuerpos. Temblaban sus manos más que las de la escritora, en un cambio de papeles que ninguna se hubiera imaginado. Paula se movía con ligereza en aquellos lodazales impregnados de una tensión que nada tiene que ver con la sexual, en la que todo cuenta, pero en lo que nada importa, solo lo que sucede dentro del perímetro de sus cuerpos.

Ro se pegó más a ella, dificultándole el trabajo de deshacerse de esa camisa que las había traído justo hasta ese momento, como pobre excusa para llevar a cabo lo que ambas venían tiempo deseando. Necesitaba su contacto, un calmante para su piel, que estaba a punto de estallar con esa tirantez insoportable que tiene el si antes de descansar en el do.

—¿Ves? Sabía que me gustaría tu manera de mirarme cuando esta

camisa estuviera en el suelo de tu habitación —susurró Paula, un poco cohibida por su semidesnudez, dejando la prenda caer a sus pies.

—¿Y qué más sabías? —Le temblaron la voz y las pupilas.

—Que eres suave. —Acarició con los labios su hombro al descubierto—. Y que ibas a arder. —Cambió los labios por la lengua al subir por la base de su cuello.

—Desnúdame.

Paula se incorporó de nuevo en su altura y le concedió ese deseo del mismo modo que pensaba concederle todos a lo largo de su vida, si ella se lo permitía. Le sacó el jersey fino por la cabeza, encontrándose un sujetador deportivo que le dejó claro que no tenía ningún tipo de intención de invitarla a su casa aquella noche, o quizá Ro no le prestaba atención a esas cosas, quién sabía. Se pegó a su torso para ver el contraste de su encaje con su licra, de su piel tostada por el jardín de las delicias de su mansión encantada con la blancura de la de la camarera.

Se deshizo de las prendas con parsimonia, sintiéndose observada por Ro, que había tomado una actitud más bien pasiva, obnubilada por los movimientos sensuales de sus manos y los besos de nada que dejaba por la carne que iba quedando al descubierto.

La escritora se agachó para deshacerse de sus vaqueros, repasando el contorno de sus potentes piernas con la yema de los dedos. Besó sus muslos con devoción, sin creerse aún estar viviendo aquello que tan lejano le parecía apenas una semana atrás. Ro enredó los dedos en su pelo y la vio, desde su posición, delinear con la humedad de su boca el tatuaje que allí tenía. Tiró de ella hacia arriba, ansiosa por zambullirse en la calma de su boca experta, que conseguía acelerarla y frenarla cuando le venía en gana. Y ella no estaba dispuesta más que a dejarse llevar.

—También sabía que eras una mandona —ronroneó, jugando con su paciencia al acercarse y alejarse de su boca sin permitirle tomarla.

—Te lo estoy dejando todo a ti, para que te confíes.

—¿Sabes una cosa que no sabía? —Le besó la mandíbula y fue empujándola hacia la cama.

—¿El qué? —Apenas le salió un hilo de voz antes de dejarse caer de espaldas contra el colchón, con Paula trepando por su cuerpo como la pantera que nunca le había parecido que fuera.

—Que mi cerebro iba a ponerte así. —Introdujo una mano dentro de sus bragas y sus dedos resbalaron por todas las ganas que tenía Ro acumuladas.

—Joder...

Gimió sin remedio, con los ojos cerrados y los brazos abiertos, sosteniéndose a duras penas en las sábanas, en su pelo, colgándose de su cuello para tener la mayor cantidad de piel posible pegada a la de ella. Le mostró sus ojos con inocencia, con cierta ingenuidad, como si a través de ellos pudiera dejarle ver que era la primera vez que alguien tocaba su cuerpo, no como si fuera suyo por unos minutos, o unas horas, sino como si fuese un préstamo precioso de algo tan valioso que una no quiere arriesgarse a romper.

Paula la tocaba con precisión, pero con mimo, se bebía todos sus jadeos y la miraba como si fuera lo más hermoso que hubiera visto alguna vez. Ro se sintió la mujer más especial del planeta y creyó morir cuando su actitud cuidadosa se volvió más demandante al entrar sus dedos en ella.

Un halo de luz abrió su pecho de lado a lado con la primera estocada, elevando su espalda del colchón, sintiendo los dedos de Paula llevarla a un lugar lleno de estrellas y cometas de colores. Descendió de nuevo a la Tierra para quedarse sostenida en la mirada de Paula, que parecía tan emocionada que temió que se pusiera a llorar. Sin embargo, esta continuó con su bombeo implacable, con sus mordidas de hambre, con sus besos de agua.

—Más… más fuerte, Pau —le pidió, amarrados los brazos a su cuello y los ojos a los de ella.

—¿Así? —Aceleró, se mordió el labio por no comérsela y se separó apenas dos centímetros de su rostro para poder ver en primera fila el rugido del orgasmo que estaba por llegar.

—¡Sí!

Un silencio ensordecedor, el mismo que sucede en el ojo de un huracán antes de que este arrase con todo, una tensión terrible, una nota aguda que suena hasta el momento en el que, de repente, todo estalla. Y se rompe el cristal que vibraba histérico y brillan las esquirlas alrededor de dos nudos de carne unidos por algo más que los temblores provocados por uno y regalados por el otro.

Ro la miró como se miran las cosas que una cree imposibles, con menos sexo que emoción y un poso calmado en su alma en estado de ebullición. La miró como Paula siempre la miraba ella, y entendió de golpe aquella manera suya de observarla, pues no fue solo su rostro lo que reflejaban sus pupilas, sino algo que nunca había creído que se pudiera apreciar a simple vista.

Paula tragó saliva, terminando de asimilar lo que acababa de suceder. Su Teseo en casa y su casa donde ella estuviera.

12

Ro se despertó enredada en el cuerpo de Paula y no necesitó abrir los ojos para darse cuenta de que la estaba mirando. Sintió que era observada con cautela, una mirada de puntillas, de las que no quieren ser notadas para no romper ese momento íntimo que la persona que mira está teniendo consigo misma.

La camarera dejó que hiciera con su rostro lo que quisiera. Que lo memorizara si era lo que deseaba. Que lo desplazara a base de intensidad de esa zona del cerebro reservada para los recuerdos a corto plazo hasta llevarlos al lugar donde reside la memoria que dura para siempre. Que se empapara de él hasta dejar una marca de agua en sus retinas que estuviera presente en todo momento, mirara donde mirara. Sintió los dedos de Paula recorriéndole la cara de lado a lado, como pasitos de hormiga que le cosquilleaban en la piel y que le hicieron sacar una sonrisa involuntaria que podía confundirse con la de quien aún está dormida. Prefirió dejarla en ese lugar seguro y secreto en el que no se sabía descubierta, y se arrepintió de ello solo un minuto después.

—Te quiero.

Ro abrió los ojos de par en par y Paula, en lugar de asustarse por su repentino despertar, que no era tal, pero lo cual ella ignoraba, acercó la cara a la suya y recorrió su mejilla con la punta de la nariz.

—Te quiero... —ronroneó, pegada a su cuello.

—Paula, ¿pero qué dices? —Se separó de ella para poder mirarla a los ojos.

—Que te quiero. —Parpadeó seguido, sin terminar de creerse que Ro hubiera roto el clima de una escena que ella llevaba esperando toda su vida.

—¿PERO CÓMO ME VAS A QUERER? —Se incorporó en la cama, quedándose sentada contra el cabecero, con una mano en la frente y la otra sosteniendo la sábana para ocultar su desnudez.

—Pues queriéndote, Ro. —Sus ojos temblorosos y la mueca desconcertada de su cara casi consiguen ablandar el corazón de la camarera, pero no se lo permitió.

—Eso… eso es imposible. Tú no puedes quererme, Paula, nos

acabamos de conocer.

—No necesito más para saber lo que siento por ti. —Se situó a su lado y le colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Es una magia inexplicable y, además, tu nombre… Es increíble cómo funciona el amor, ¿verdad? Cómo todo, de repente, encaja.

—¿Qué le pasa a mi nombre? —La miró, confundida.

—En mi familia, las rosas han sido siempre el hilo conductor del amor. Las historias de mi abuela, los rosales del jardín… Y tú te llamas Rosa. —La miró con fuegos artificiales en los ojos y el labio entre los dientes—. No puede ser casualidad.

—¡Pero de dónde te has sacado que yo me llamo Rosa!

—Bueno, te haces llamar Ro, y todo esto que me pasa contigo… Era lo que más sentido tenía para mí.

—¡Pero no para mi DNI! —Soltó una carcajada de estupefacción—. Me llamo Rocío, Pau.

—¿Qué? —Se le quedó la boca abierta y la cara desencajada—. Pero si ayer te regalé una rosa, hice alusión a tu nombre y tú…

—No lo pillé, pensé que solo te referías al principio, a Ro.

—Ah.

Se quedó con la mirada perdida en la habitación, aguantando la decepción de que la fantasía que había formado en su cabeza hiciera agua. Pero ella era inasequible al desaliento y no iba a dejarse amedrentar por un detalle que, aunque hermoso de ser cierto, solo era eso, una minucia.

—Bueno, no pasa nada, tampoco es una cosa muy relevante. Sigo queriéndote igual.

—Pero Paula, mírame. —Tomó su rostro entre los dedos y la obligó a obedecerla—. Es que eso no es real, no puede serlo.

—¿Por qué? —Se separó de su agarre de malos modos, con la frente fruncida—. ¿Tú qué sabrás del amor?

—Yo no sé nada, ¡pero es que está claro que tú tampoco!

—Quizá no sé nada de… de la cría de osos panda, ni de meteorología, ni de física cuántica, pero del amor… Del amor lo sé todo. Lo he visto con mis propios ojos, lo he leído, lo he estudiado, así que no te atrevas a decirme que no tengo ni idea del amor.

—Paula…

—No, Paula no. Entiendo que tú no sientas lo mismo por mí, lo acepto, aunque no termine de creérmelo, pero no me digas que es mentira lo que siento, Ro. Eso sí que no.

La camarera se le quedó mirando sin dar crédito al momento que estaba viviendo. Paula hablaba con pasión, con verdadero

convencimiento, el mismo que había hecho que siempre le hubiera dado el beneficio de la duda, que obviara todas las diferencias que las separaban y que se quedara con esa especie de química que la empujaba sin remedio hacia ella. Pero eso era ir demasiado lejos.

—Es que no me puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

—Lo que yo no me puedo creer es que ignores todo lo que te pasa conmigo. Te conozco y…

—No, Paula, ¡no me conoces en absoluto! —Se llevó las manos a la cara mientras negaba, incrédula—. Solo te has hecho una idea de mí y de nosotras que no se corresponde con la realidad.

—¿Y qué realidad es esa? —Se inclinó hacia ella para poder observarla mejor y ver en sus ojos, como siempre, aquella luz que caldeaba su esperanza.

—La realidad es que nos conocemos desde hace dos semanas y que yo no soy lo que buscas. Tú lo sabes, yo lo sé, hasta Elvira lo sabe.

—¿Y qué se supone que sabemos?

—Que no estamos hechas la una para la otra. —Paula negó como una niña pequeña, cruzándose de brazos, incapaz de reconocer ante ella lo que ya llevaba un tiempo viendo venir—. Que yo quiera continuar con esta locura tiene sentido, porque, aunque tú parezcas una loca, la verdad es que la más loca de las dos soy yo. Me matas de curiosidad y quiero saber por qué me atraes en lugar de repelerme, que sería lo normal. Lo que no tiene sentido es que tú, siendo una creyente del amor, sigas perdiendo el tiempo conmigo cuando nuestras aspiraciones son tan distintas.

—Es que yo también quiero saber por qué me atraes tanto en lugar de repelerme.

—Entonces, te das cuenta de que no tenemos nada que ver.

—No soy estúpida —escupió con esas palabras el amargor que se le había quedado en el paladar—, pero si eso es así, ¿por qué siento lo que siento? ¡Tiene que tener alguna explicación!

—Seguro que la tiene, pero la explicación no puede ser el amor, Paula. Por favor —gimoteó en tono suplicante. Lo último que quería era herir a su escritora bella y, una parte escondida en su interior, se negaba a perderla de aquella manera tan absurda.

—Es la única que le encuentro. Estoy loca por ti. —Le tembló el labio inferior y Ro se sintió morir por no poder corresponder todo aquello que le estaba poniendo delante.

—Tú estás loca por el amor, Pau, no por mí. —Dejó posada una mano en su mejilla y elevó su rostro entristecido por si aquella era la

última vez que tenía la oportunidad de mirarlo—. Y tienes razón, yo no sé nada del amor, pero es que esto que dices sentir no se sostiene por ninguna parte…

—No.

Intentó apartarse, pero Ro se colocó sobre ella, sentada en sus piernas, para que dejara de huirla. Las manos de la escritora volaron sin su permiso hasta su cintura, y Ro, sin esperarlo, empezó a echar de menos aquella intimidad.

—Vamos a usar la cabeza, ¿vale?

—La cabeza y el amor no son compatibles.

—Da igual, vamos a utilizarla por un momento. El amor no es un flechazo, una epifanía romántica que te cae encima y que no se puede negar.

—El amor es justo eso, Ro.

—No, porque después de ese «enamoramiento», la relación tiene que mantenerse, ¿sabes? Y dos personas como tú y yo no podríamos ni aunque lo intentáramos. Tú tienes un concepto demasiado idealizado, y yo no creo en él ni un poquito. Las premisas ya son, por sí solas, catastróficas.

—Eso no importa. El amor puede con todo.

—Entonces jamás vas a encontrar un amor que te dure más de dos semanas, Paula.

Se separó de ella, apesadumbrada, y volvió a sentarse a su lado, sabiendo que no había en su mente ni un resquicio por el que entrar. Su tozudez le molestó, pues ponía su relación al borde de un precipicio en el que ella no quería estar. Le gustaba Paula, eso era innegable, y hubiera querido mantenerla en su vida, al menos, un poquito más.

—No vas a reconocerlo ahora, pero siempre me has dicho que eras consciente de que tú y yo no pegamos ni con cola. Pero te empeñas en estamparte contra un muro que no existe.

—Puede que me haya dado cuenta de que, en principio, somos incompatibles, pero aun así quiero saber por qué, a pesar de eso, siento lo que siento por ti.

—Pero tú no eres curiosa, Paula, joder, y eso es lo que no entiendo. Tú eres cuadriculada. Romántica, pero cuadriculada.

—Y no me gusta ser así —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Creo que… creo que será mejor que me vaya.

—Paula… —La tomó de la mano para que no se levantara, pero esta, con mucha delicadeza, se deshizo de su agarre y dejó un beso en

su frente.

—No pasa nada, Ro, de verdad. Quizá tengas razón y esté empeñada en un imposible, o puede que no la tengas y nunca sepamos qué hubiera pasado si no tuvieras tanto miedo a las cosas que no entiendes.

—No es que no las entienda, es que no me las puedo creer —dijo, sabiendo que aquella frase era verdad, pero también dinamita para la escritora.

—Y esa es la gran diferencia entre tú y yo.

Comenzó a vestirse y Ro fue absorbiendo cada tramo de piel que se tapaba ante sus ojos, guardándose dentro esa calidez que nada tenía que ver con los treinta y seis grados y medio que tienen los humanos y que ella nunca había tenido la ocasión de disfrutar.

Supo que algo se había roto entre ellas esa mañana, que se había encargado de explotar aquella burbuja antes de que tocara el suelo, pues había dejado de flotar para caer por su propio peso. Se sintió mal sin motivo, pero ver la cara devastada de la escritora, que había visto sus ilusiones salir volando por la ventana, le quemaba en un lugar donde tenía más callo que sensibilidad.

Paula se abrochó los últimos botones de la camisa que las había llevado hasta ese momento y le sonrió con amargura. No quería ver en su camarera ese gesto entristecido de quien quiere, pero no puede, por lo que se acercó de nuevo al borde de la cama y ordenó su pelo con parsimonia.

—Necesito darme una ducha y pensar, *Rocío*.

—Ahora siento que te decepciona mi nombre. —Dejó caer la cara contra su mano, aspirando su olor.

—Es mucho más bonito que Rosa, la verdad.

—Supongo que no volveré a verte, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

Susurraban ambas.

—Porque acabas de darte cuenta de que no soy lo que esperabas.

—Yo tampoco soy lo que esperabas tú.

—Esa sí que es la verdadera diferencia entre nosotras, Paula, que yo no esperaba nada.

—Yo no sé vivir así. Pero estoy cansada de vivir así.

—¿Por qué?

—Porque ahora me voy a casa, me ducho y vuelvo a estar sola. Siempre estoy sola. —Soltó un suspiro tal que se movieron las cortinas de la habitación de Ro. Se enderezó en su imponente altura y dejó una caricia en el rostro de su camarera—. Hasta luego, Ro.

—Hasta luego, Pau.

Se marchó de ese piso destartalado sin apenas muebles y saltó a la calle con una pena negra en el corazón. Se fue quitando las lágrimas furtivas mientras intentaba parar un taxi en esa calle que creía que iba a sentir como suya, algún día.

Ro, asomada al balcón, la observó llorar con rabia, y ella misma tuvo que dejar escapar el llanto que tenía atenazado en la garganta desde el momento en el que escuchó la puerta de la calle cerrarse tras ella. Sintió lástima por la escritora, por su tierno corazón ansioso por entregar su cálida esencia, por esa alma pura e ingenua que seguía creyendo en cuentos de princesas y dragones, por su cuerpo solitario, siempre solitario.

También sintió compasión por sí misma, por no poder creer en ese amor que todo lo puede y que Paula estaba dispuesta a entregarle sin preguntas, sin red de seguridad. Qué hermosa sería la vida si…

Paula, por su lado, entró en su piso minuciosamente decorado, deslizó los dedos por las plantas exuberantes que acumulaba en su comedor y se tiró en plancha sobre la cama para dejarse invadir por el terremoto que llevaba media hora intentando contener en un taxi. Lloró hasta quedarse dormida, por ella, por su estúpida fe en algo que se obstinaba en esquivarla sin disimulo, por sus pobres manos aún calientes de Ro, por su piel erizada todavía por una mujer que tampoco iba a ser suya. Pero, sobre todo, lloró por ser incapaz de aceptar aquello con la entereza de siempre, pues ya había tomado la decisión de que ese iba a ser su último intento de aspirar al amor en el que tanto y con tanta intensidad había creído siempre.

Sí, iba a dejar de buscar de aquella manera enfermiza algo para lo que, quizá, no estaba hecha. Puede que hubiera nacido en la época equivocada, o que su amor fuera tan inabarcable que no tuviera lugar en este mundo. Fuera como fuera, ya estaba, se había cansado de pasar la vida en la borda del barco de sus sueños, de pie ante las inclemencias del tiempo, ante las tormentas que su organismo aguantaba estoicamente, soportando la lluvia racheada, el viento demoledor, el sol hiriente, sin soltar, ni un momento, su catalejo de pirata.

Quería, simplemente, descansar.

Se marchó esa tarde a la mansión y, sin siquiera saludar a Manoli, se introdujo en el laberinto de su atribulado interior. Caminó por los pasillos callados, como si aquel lugar supiera que debía guardar silencio por el luto perenne de su corazón. No se detuvo a apreciar las motas de polvo suspendidas, ni los naranjas del atardecer que se

colaba entre los altos arbustos. No quiso ni oír hablar de la magia, ni escuchó, en aquella ocasión, la risa ruidosa de su abuela danzante. Tenía, por primera vez, los pies sobre la tierra, y el laberinto se le mostró al fin como un entramado de ramas, hojas, arena y nada más.

Llegó al centro del mismo, donde el minotauro la miraba con una sonrisa triunfadora, sabiéndose a salvo. Se guardó la rabia, consciente de que las expectativas formadas en torno a una persona como Ro habían sido únicamente culpa suya y de nadie más. Aceptó la burla, su propia burla, y soltó una carcajada agotada.

Se dejó caer en el pedestal donde se erguía el monstruo terrible que iba devorándola de dentro hacia afuera, y que parecía haber alcanzado la carne más blanda que tenía dentro. Escocía y reía, sin terminar de creerse su propia ingenuidad.

—Nadie va a venir a por ti, ¿verdad?

Casi pudo ver asentir al animal, dándole la razón. Pero eso no podía ser. Solo era un pedazo de piedra tallada en el centro mismo de su Tierra, alrededor de la cual había girado todo siempre. No podía continuar así, soportando la decepción, la tristeza, la soledad, pues al final su locura, a la que tanto había temido desde su adolescencia, no vendría del amor, sino de la ausencia de él.

Tenía que poner orden a su lista de prioridades, detenerse en el camino que ella había trazado para sí misma y sentarse en el borde para ver pasar el carnaval, las estaciones, las mujeres que no eran, pero que se le parecían, la procesión de todo lo que estaba dejando de vivir por estar obsesionada con lo que no se puede agarrar y llevárselo a casa.

Una semana estuvo Paula allí sentada, dejándose cuidar por la bestia que, aunque temible, nunca la había abandonado. Ahí se quedó siete días y siete noches, empapándose de lluvia, de barro, de las últimas lágrimas que pensaba dedicarle a la idea que había construido del amor.

De pronto, un mensaje. Otro más, como los catorce anteriores. Uno de buenos días y uno de buenas noches por cada día que había permanecido al otro lado del mundo. Con la única diferencia de que, aquel, lo contestó.

RO
Te echo de menos

PAULA
Y yo a ti

RO
Mierda, pensaba que no contestarías
¿Estás bien?
Joder, he estado muy preocupada, estúpida escritora engreída

PAULA
Menudo vocabulario

RO
Y pedante
Se me olvidaba

PAULA
Eres incorregible

RO
Pero así te gusto

PAULA
Y vanidosa

RO
¿Vienes mañana?

PAULA
Sí, creo que sí

RO
¿Crees?

PAULA
Sí, mañana te veo en tu bar

RO
Pero ¿estás bien?

PAULA
Necesito una ducha, pero sí, estoy bien

RO
Así terminó nuestra última conversación
Espero que esta no acabe igual

PAULA
La otra terminó con un hasta luego, y esta con un hasta mañana

RO
Tienes razón, mucho mejor así
Hasta mañana, Pau

PAULA
Hasta mañana, Ro

Se levantó y se quitó de la ropa las hojas secas, se desanudó las enredaderas que se habían enroscado en su cuerpo y se sacudió los

restos de desesperanza. Entró en la casa a trompicones, muerta de hambre, de sed, de melancolía y se perdió en la bañera lo que quedaba de tarde, quitándose los terrones de tierra rojiza anidados en todos sus recovecos. Se peinó frente al espejo empañado y pudo reconocerse en aquel reflejo distorsionado: no era nadie, nadie a quien ella pudiera ponerle un nombre ni un rostro. Era todas y no era ninguna, y así era justo como se sentía.

Cuando, a la mañana siguiente, entró en el bar, sintió que estaba adentrándose en un terreno desconocido, y tuvo que parpadear un par de veces para habituar sus ojos a la falta de luz. Se dio cuenta de que Ro no estaba tras la barra, entonces comprendió la penumbra y se castigó mentalmente por seguir teniendo la cabeza en las nubes.

—Buenos días, niña, dichosos los ojos —saludó Lola nada más verla entrar.

—Buenos días, Lola. He estado liada, ya sabes. —Le dio sus dos besos de cuando pasaban tiempo sin verse y preguntó lo que se moría por saber—. ¿Dónde está Ro?

—Hoy libra, me pidió el día ayer.

—Ah. Bueno, voy para arriba.

—¿Lo de siempre?

—No, estoy esperando a alguien, ahora te digo.

Subió las escaleras con pisadas fatigosas, como si sostuviera sobre sus hombros todo el peso del mundo, y se dejó caer sobre su silla de siempre, la que últimamente había abandonado por petición de su camarera.

Diez minutos después, escuchó unos pasos subir y se puso recta en el asiento, con las manos hechas un nudo sobre el regazo y los nervios en la boca del estómago. La vio llegar, y de nuevo su corazón idiota se puso a brillar intermitentemente, como la primera vez, descorchando la espuma que se había esforzado en aplacar los últimos días. De nada le había servido.

—¿Tú no librabas hoy? —preguntó con voz pequeña al darse cuenta de que llevaba la bandeja llena de cosas.

—Sí, pero tú eres la escritora y yo la camarera, no había que perder las buenas costumbres. —La miró con los ojos de par en par, sin terminar de creerse el hecho de tenerla delante. La vio más guapa que nunca—. ¿Y tu ordenador?

—No tenía muchas ganas de escribir hoy. —Se echó hacia atrás para que Ro fuera dejando las cosas en la mesa y no caer en la trampa de su olor. Carraspeó cuando, igualmente, la atravesó, pues le recordaba a sábanas y piel, y no era una imagen que le viniera bien en

ese momento.

—¿Y qué pensabas hacer toda la mañana?

—Desayunar e irme a casa —soltó al tiempo que Ro dejaba el último café sobre la mesa.

—Si no tenías ganas de venir, no tenías por qué hacerlo, Pau. —Se mordió los labios, insegura, y la castaña le sonrió para tranquilizarla.

—Si no quisiera venir, no lo habría hecho. No te preocupes, me apetecía verte.

—Pues que se note, porque vaya cara de funeral me traes.

Se sentó, mucho más animada, frente a ella, e hicieron su ritual de azucarillos, teniendo buen cuidado Paula, en esta ocasión, de no rozarse los dedos. Desarmó con la cucharilla el dibujo cochambroso que Ro siempre intentaba hacerle en el café, sin atreverse a levantar los ojos de la taza.

—¿Cómo estás? —preguntó Paula, que trataba de deshacer el silencio, incómodo, que las estaba envolviendo.

—Pues bien, ya sabes, como siempre. ¿Y tú?

—Despertando.

—¿De un sueño?

—No, de una pesadilla.

—¿Me la cuentas? —pidió, sintiendo el picor en sus manos por no poder tocarla.

—Verás, yo… Yo solo quiero enamorarme, ¿sabes? —dijo a trompicones, sin saber muy bien por dónde empezar. Llenó de aire sus pulmones y lo soltó con lentitud, buscando en ese gesto algo de tranquilidad—. Es algo que he deseado desde que tengo memoria. Mi abuela me contaba historias de amor antes de dormir y yo soñaba con ser protagonista de una de ellas alguna vez.

—Eso es muy bonito, Pau. —Le sonrió con ternura, vertiendo el café en su vaso con hielos.

—Y peligroso, sobre todo cuando los anhelos que una tiene se convierten en una necesidad que va devorándote por dentro. —No tenía hambre, pero dio un bocado a su tostada ante la atenta mirada de Ro, que se embelesaba con sus palabras, como en cada ocasión—. Te obsesionas, dejas de ver todo lo que te rodea y solo tienes ojos para un punto borroso en el horizonte al que no te aproximas por mucho que lo intentes. Es desesperante.

—Pues para, Paula, no puedes estar sufriendo así por algo tan… incierto.

—En eso ando. Pero no es fácil. Son muchos años, mucha responsabilidad a cuestas…

—¿Responsabilidad?

A la mente de Paula vinieron la caja de música que su abuela le entregó a sus dieciocho años y el minotauro escondido entre los pliegues de su pecho, pero le parecieron, quizá, explicaciones demasiado privadas como para ser contadas en un desayuno.

—Digamos que, en mi familia, nos tomamos muy en serio todo este loco asunto del romance. Y así nos va. —Esbozó su sonrisa de niña y Ro quiso, de verdad que deseó con todas sus fuerzas, acercarse a ella. Pero no lo hizo—. Yo sí creo en ese amor que te cae encima con toda su fuerza y que no se puede negar. Me he criado rodeada de historias así, lo he visto en mis abuelos, en mis padres, y solo quería vivirlo yo también. Por eso llevo más de media vida buscándolo como una desquiciada.

—Pero Paula, eso no es algo que una se tenga que esforzar en buscar. No soy una experta, ni mucho menos, pero el amor es algo que te encuentra a ti, y no al revés.

—Qué romántico viniendo de ti. —La miró con dulzura, rabiosa en su interior porque esa mujer de las mil caras se le hubiera escapado también entre los dedos.

—Soy una caja de sorpresas.

—Y de música.

—Canto fatal.

—Pero suenas muy bien. —Paladeó con deleite esas palabras y la miró con tanta intensidad que Ro sintió el desierto en su garganta.

—¿Hemos pasado del amor al sexo en veinte segundos?

—A mí que me registren. —Elevó las manos con inocencia y soltó una risita nasal—. A lo que iba, que me despistas. Puede que tengas razón, que todo el mundo tenga razón y debería dejar de buscar. Estoy agotada y muy sola. Siempre predispuesta al amor, confundiendo a veces las ganas de sentirlo con sentimientos reales. Demasiadas mujeres que no han dejado en mí ninguna huella.

—¿Te enamoras de todas tus chicas? ¿Te enamoras de verdad? —Ro estaba decidida a desentrañar, al menos, uno de los miles de misterios que la escritora contenía en su cabeza.

—No lo sé, y esa es la peor parte de todas. —Tragó saliva, intentando acostumbrarse a la idea de haber vivido en una realidad inconsistente—. No te equivoques, no me enamoro de cada mujer que conozco, pero cuando siento una conexión apoteósica como la que siento contigo, creo que lo hago. Estoy convencida de que lo hago.

—¿Y qué pasa cuando… cuando te das cuenta de que no la vas a tener de la forma que quieres? ¿De que no es el amor que esperabas

para ti? —Hizo la pregunta con cautela, sabiendo que la respuesta era la que iba a marcar el devenir de su relación desde ese instante.

—Sigo buscando. Y así hasta el infinito. Hasta hoy.

—¿Hasta hoy?

—En cualquier otro momento de mi vida, ahora te diría que ha sido un placer conocerte y que te deseo lo mejor. Seguramente no volveríamos a vernos y tú quedarías en mi memoria como lo que no pudo ser, otro corazón roto y una semana de luto hasta la próxima mujer de mi vida.

—Detén tu palabrería, zalamera. Me estás haciendo sentir tremendamente especial —le reprochó, con fingida molestia.

—He dicho que siempre he sido así, hasta hoy —le recordó—. Hay algo que está mal en mi manera de hacer las cosas, ¿sabes? Y es algo que andaba pensando antes de conocerte.

—¿Y qué es lo que está mal?

—Que nunca descanso, que nunca me quedo a disfrutar de lo que no estoy buscando, pero que también me hace sentir bien. Voy dando tumbos sin detenerme nunca, y ya no puedo más.

Se le rompió la voz en aquella parte y Ro ya no pudo soportarlo. Se levantó de su silla y se sentó en la que estaba junto a ella. Le dio un abrazo de lado, la acunó, acariciándole la espalda, consolando el dolor inconsolable de una mujer que se sentía perdida por primera vez en toda su vida. Le escocieron las ganas de llorar.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó, con los labios pegados a su pelo.

—La verdad es que… No me quiero marchar. Se está muy a gusto aquí.

—Pero Paula, tú y yo no podemos tener más de lo que hemos tenido hasta ahora, yo no creo en el amor y tú…

—Yo solo quiero descansar. —Se arrebujó en su abrazo, dejándose cuidar, por una vez.

—Pues descansa, escritorita. —Suspiró, muerta de ternura.

—¿Me dejas quedarme aquí? ¿Aunque sienta lo que siento por ti?

—No voy a entrar otra vez en esa discusión. Sigue pareciéndome imposible, solo hace dos semanas que…

—Nos conocemos desde hace tres semanas, Ro —la interrumpió, separándose de ella para mirarla con sus ojos brillantes.

—Esta última no vale, ¿o es que crees que me conoces mejor que hace una semana?

—No, pero me conozco mejor a mí, y eso cuenta para las dos.

—Estás más intensa que de costumbre.

—Es por el desamor. —Le dedicó una sonrisa traviesa y Ro se mordió el labio, incapaz de comprender cómo esa locura de mujer podía gustarle tanto.

—Estás de la olla. Pero la verdad es que no quiero dejar de verte.

—¿Por qué?

—Porque yo también necesito descansar. Me calma estar contigo. Es como si todo importara más, y no importara nada a la vez.

—Luego la intensa soy yo.

—Pero sin rayadas de enamoramientos. Es lo único que voy a pedirte. Me niego a verte sufrir.

—Ya te he dicho que tengo que parar, pero me encanta la idea de quedarme a un lado del camino contigo, si tú quieres. Es más divertido.

—Vaya, he pasado de ser tu enamorada a tu objeto de entretenimiento.

—Supongo que eso te pondrá feliz.

Continuaron su desayuno sin el peso a cuestas de lo no hablado, con el fango ya reposado de lo que se ha puesto a la vista, con la certeza de que todo iría mejor a partir de ese momento. Sin esperanzas, sin deseos no cumplidos, simplemente con la compañía de otra persona que sabe de la vida lo mismo que tú: nada.

13

RO
¿Qué pasa contigo?
¿Que como ya no quieres conquistarme pasas de venir a desayunar todos los días o qué?

La camarera sonrió y dejó el teléfono bajo la barra, imaginándose a Paula boqueando como un pez fuera del agua al leer aquello. Le encantaba sacarla de su zona de confort, era su deporte favorito, y la escritora caía siempre en sus tontas trampas. Era refrescante que una mujer que parecía tenerlo todo bajo control, tan imponente, que irradiaba tanta seguridad, siempre con la respuesta perfecta, fuera también tan genuinamente ingenua.

Sentía que era Paula la que la llevaba en cada momento donde le daba la gana, sin despeinarse y a veces diría que hasta sin querer, pero, en esas ocasiones en las que jugaba con ella, tenía la sensación de que los papeles se intercambiaban con naturalidad. Quizá era ese uno de los cientos de motivos por los que estaba enganchada a la escritora: cada una mandaba hasta que la otra quería.

Tras la conversación del día anterior, no tuvo muy claro cómo sentirse. Por un lado, el sentido común le pedía distancia, alejarse de una persona que era, por definición, demasiado para su cuerpo, con tantos pájaros en la cabeza y tanta niebla intangible a su alrededor. Pero no era Ro una mujer que le hiciera caso al sentido menos divertido de todos, y estaba dispuesta a llegar hasta donde su relación las llevara, guiada por los otros cinco, aunque no fuera tan lejos como Paula hubiera deseado.

Estaba segura, sin embargo, de que cuando la escritora profundizara en su personalidad, vería cada vez más claro que no era la mujer para ella, se resignaría a la realidad de haberla idealizado y que eso que decía sentir se iría difuminando de manera orgánica para las dos, dejándolas en el lugar apacible de quien se acompaña y se atrae con insistencia y sin preguntas mientras esperan que el tiempo pase.

De ese modo, tras la agitación que invadió su espíritu después de

despedirse de la escritora en su portal, sin beso en esa ocasión, encontró la calma al saber que habían dejado todo dicho y la luz clarividente del día, sin escondrijos ni rincones oscuros. *Tú me gustas, yo a ti también, no vamos a pasar de ahí, pero puedes quedarte conmigo*.

Se acostó con una sonrisa estúpida en la cara, con la almohada todavía oliendo al acondicionador frutal que Paula solía utilizar, y se durmió imaginando cómo sería volver a dormir con ella, si quisiera.

Dos horas después, y sin haber recibido aún respuesta por su parte, Ro frunció el ceño con preocupación. Esperaba que no hubiera vuelto a desaparecer. La conversación, aunque dura en algunos momentos, había terminado bien, con una Paula un poco perdida, pero dispuesta a encontrarse y detener esa búsqueda infausta que le estaba consumiendo la vida. Quedaron en mantener la relación como hasta entonces, sin pasos hacia adelante, pero tampoco hacia atrás, a pesar de que les costaría volver a esa rutina de cercanía que habían empezado a establecer, si es que eran capaces.

Quizá Paula prefería dejar ese aspecto de su relación al margen, más centrada en conseguir una nueva amiga que una amante, pues, aunque hubiera decidido descansar, iba a ser difícil sacar de su carácter esa forma suya de estar siempre predispuesta al amor.

Se empezó a agobiar sin motivo y, cuando decidió llamarla nada más salir del trabajo, la pantalla de su teléfono se iluminó.

PAULA
No me regañes, jo, que estoy malita

RO
QUÉ DICES
¿QUÉ TE PASA?

PAULA
No grites, Ro, por favor…
La semana pasada debí de coger frío en la mansión
Mucho tiempo a la intemperie y mucha lluvia

RO
¿Tan millonetis y no tienes un triste paraguas?
Yo te regalo uno

PAULA
¿¿¿Sí???
Transparente, porfa
Siempre he querido uno

RO

¿Y por qué nunca te lo has comprado?

PAULA

No sé

Mi mamá decía que si no me hacía falta, no gastara dinero tontamente

RO

Ay, que le dice mamá a su madre

Te pones blandísima cuando estás enferma, ¿a que sí?

PAULA

Chi

RO

Me muero, Paula, ya basta

¿Cómo te encuentras?

¿Necesitas algo?

PAULA

Un paraguas transparente para que me llueva encima, pero sin calarme

RO

¿Nada más?

PAULA

A lo mejor…

RO

¿Sí?

PAULA

Se me ocurre…

RO

Ajá…

PAULA

Así de repente…

RO

¡Pau!

PAULA

JAJAJAJAJAJAJA

No me hagas reír, que me duele la tripa de toser

Pues que a lo mejor unos mimos me harían encontrarme un poco mejor

RO

¿Cualquier tipo de mimos?

PAULA

No, los mimos de una camarera enana

RO

A ver si la camarera enana pasa de tu cara, por lista

PAULA
JAJAJAJAJAJAJA
Es enana, pero muy guapa

RO
¿Ah, sí?
Cuéntame más

PAULA
Es muy guapa y tiene unas manos…

RO
Paula…

PAULA
Unas manos bien robustas de hacer escalada para hacerme un masaje
Malpensada

RO
Ya, malpensada

PAULA
También es dura por fuera, pero blandita por dentro
Como una sandía

RO
Madre mía, la metáfora que se le ha ocurrido a la escritora
Qué desilusión

PAULA
No estoy en mi mejor momento, ¿vale?
Pero lo puedo arreglar

RO
No se puede arreglar que me hayas comparado con una sandía, Paula

PAULA
No me infravalores
Porque la sandía que tú eres suena como una rotura de placas tectónicas cuando la abro

RO
Qué cochina eres

PAULA
Y, cuando mira algo que le gusta, su sonrisa parece justo una raja de sandía

RO
¿Cuando miro algo como qué?

PAULA

Algo como a mí, por ejemplo

RO
Zalamera y creída a la vez
Lo que me faltaba por ver

PAULA
Tienes la sonrisa de raja de sandía ahora mismo

RO
¿Cómo lo sabes?

PAULA
Porque te conozco

RO
No me conoces

PAULA
Bueno, vale, qué pesada
Sé cosas de ti, ¿contenta?

RO
Mucho
Me encanta que sepas cosas de mí

PAULA
Pues menos quejarse y más mimos

RO
¿No te preocupa que me contagie?

PAULA
Ya lo estás, querida

Ro negó con la cabeza, se despidió de ella y continuó con su jornada laboral, pensando que quizá su escritora acatarrada sí había arreglado un poco la catástrofe de la sandía. Se mordió el labio mientras tiraba un par de cañas, feliz de haber vuelto con ella, tras su desaparición del mundo, a aquel tonteo efervescente que tanto le gustaba y al que Paula jugaba tan bien. No quería perder lo que tenían porque, aunque supiera que no iba a ser eterno, algo le decía que podía aprender muchas cosas de una persona que miraba el mundo de una manera tan diferente a la que lo hacía ella y cualquiera que conociera.

Salió del trabajo y se encaminó hacia su casa para darse una merecida ducha. El calor de mediados de abril empezaba a apretar y se notaba en el bullicio de las calles a casi cualquier hora mientras paseaba a su perro. Tres canciones después, se desenredaba el pelo frente al espejo del baño con una sonrisa tontamente ilusionada. Tenía

ganas de volver a verla y comprobar que habían dejado atrás aquella incomodidad inherente que comparte quien rechaza y quien es rechazada.

Por su parte estaba todo olvidado, había sido una incompatibilidad superflua sobre sus diferentes formas de ver el romance y el amor, nada que una relación sana y con una fluida comunicación no pudiera arreglar.

Salió de casa y entró a una tienda para buscar el maldito paraguas que se le había antojado a la escritora y, cuando lo tuvo en sus manos, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde vivía Paula. Le pareció increíble haber hablado con ella del amor y de la muerte y no del lugar en el que habitaba.

RO
¿Me mandas ubicación, porfa?

PAULA
¿De verdad vas a venir?

RO
Pues claro
¿No habíamos quedado en eso?

PAULA
PERO QUE YO PENSABA QUE ERA UNA BROMA
DIOS
SOY UNA FÁBRICA DE MOCOS, TENGO UN ASPECTO LAMENTABLE, RO

RO
Pues como siempre
Pero si no quieres que vaya, no pasa nada

PAULA
Claro que quiero que vengas
Llevo dos días sin ver a nadie
Necesito un poco de calor humano

RO
Pues manda ubicación y deja de dar la murga

PAULA
VALE
(Ubicación)
Pero no tengas prisa, que me tengo que duchar
Vale que no vayamos a casarnos, pero tampoco quiero espantarte

RO
No lo harías ni aunque te esforzaras

PAULA
¡Auch!

RO
¿Qué pasa?

PAULA
Esa ficha, me ha dado en el ojo

RO
Que te peines
Hasta ahora, quejica

Media hora después, recorría la calle donde estaba su trabajo hasta la esquina del final, en la cual se encontraba el piso de Paula. Llamó al timbre que le había indicado y, al entrar en el *hall* del edificio, fue consciente, por primera vez, del nivel económico de la persona con la que había compartido más que fluidos. Una decoración minimalista de líneas sobrias, negros, grises y blancos y pinta de mírame y no me toques. Llamó al ascensor, que más parecía una nave espacial, y se metió dentro con miedo de ser abducida por alienígenas deseosos de trepanarle el cerebro.

Cuando llegó a la planta correcta, una Paula con los ojos entrecerrados de cansancio, la nariz como un pimiento y el pelo aún húmedo esperaba en calcetines y pijama, apoyada contra el marco de la puerta, más como una necesidad que como una pose casual.

—Hola, nena —saludó, intentando sonar sexi, pero el tono congestionado de su voz le quitó todo el efecto.

—Hola, floja —le devolvió, haciendo una inspección minuciosa de su aspecto, desaliñado por primera vez desde que la conocía. No se lo podía explicar, pero así, hecha un desastre, le gustó más.

—¿Contraseña? —pidió, colocándose en medio de la puerta sin ninguna autoridad.

—*Alohomora* —susurró justo antes de dejar un beso en su mejilla.

—¡Hala! ¿Cómo lo sabías? —Se hizo la sorprendida entre risas y se apartó para dejarla pasar.

—Intuición. —Sacó el paraguas de su espalda y se lo tendió cuando cerraba la puerta—. Toma, caprichosa.

—¿Me lo has comprado de verdad? —Parecía una niña y Ro tragó saliva ante sus insistentes ganas de quitarle ese puchero a besos.

—A mí me parece muy real.

Paula lo cogió entre las manos como si fuera la obra de arte más delicada de la historia y lo abrió.

—¡Es enorme! ¡Me encanta, Ro!

—¡Pero no lo abras dentro de casa, que da mala suerte!

—La mala suerte me tiene ya muy vista. Muchísimas gracias, jo.

La estrechó en un abrazo de oso que se quedó en nada por su escasez de fuerzas y Ro, intentando mantener la compostura, se adentró en la entradilla con sus ojos analíticos, un poco sorprendida por la sensación de haber estado allí antes. Apenas escuchó las explicaciones que Paula le daba sobre la distribución del inmueble, pues sentía que ella ya sabía que la cocina no tenía pared que la separara del comedor antes de verla, que todo estaría lleno de plantas y que la última habitación del pasillo era la de su dormitorio.

Salieron a la terraza, amplia y perfectamente equipada para tomar el sol, leer y pasar las horas allí tirada escuchando música. Creyó sentir los rayos en su rostro y recordar con precisión la suavidad de una hamaca en la que no se había sentado jamás.

Se me está yendo la cabeza a mí también de tanto juntarme con esta.

Paula la invitó al sofá y, sin saberlo, porque era imposible, se sentó en el lado que no era el de la escritora. Esta la miró con curiosidad, pero no dijo nada.

—Tienes el pelo chorreando, Pau. —Se lo acarició con ternura y esta dejó caer la cara contra su mano. Ro estaba segura de que si aguantaba un minuto en esa postura, se dormiría.

—No tengo energía para secármelo. —Puso una mueca lastimera y Ro se levantó de un salto.

—Pues vamos, que te lo seco yo. Te vas a poner peor si dejas que se seque al aire.

Paula rezongó, pero la siguió hasta el baño, sin terminar de entender que se moviera por su piso como si fuera el suyo propio. No tuvo que explicarle dónde estaba el secador, pues la camarera fue directa al segundo cajón del mueble, obligándola a sentarse en un taburete que había por allí.

Encendió el aparato, lo puso bien caliente y comenzó a airearle el pelo con parsimonia, con exquisita dulzura. Veía el reflejo de Paula en el enorme espejo y casi se ahoga de risa al verla dar cabezadas de puro sueño mientras ella deslizaba sus dedos entre los mechones castaños para que no se enredara. Era suave, y no tuvo muy claro quién de las dos estaba disfrutando más con aquel intercambio.

Observó cómo el cabello se le iba ondulando, cómo tomaba destellos claros a medida que se secaba. Masajeó su cuero cabelludo

con las yemas, lentamente, sacando del fondo de las tripas de la escritora un gemido de placer. Se permitió acariciarla sin disimulo, detallarla centímetro a centímetro, perderse en los cambios de expresión que sufría su cara con cada toque de sus manos.

—Esto es más íntimo que hacer el amor —murmuró Paula con la voz tomada por la relajación. Ro tuvo que apagar el secador para escucharla.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Nunca me han dado tanto las relaciones como para llegar a este tipo de intimidad.

—A mí tampoco —murmuró.

—¿Te asusta?

—Sorprendentemente, no.

—Eso es porque sabes que estás a salvo conmigo. —Se vanaglorió, con los ojos aún cerrados.

—Sí que lo estoy…

Encendió el secador de nuevo, atragantada con algo que no tenía nombre y que se le había quedado atravesado en mitad de alguna parte. Nunca había querido ese tipo de intimidad al que había hecho alusión la escritora, pero ahí, viéndola cabecear y sonreír como una lela de labios y ojos cerrados, sin una gota de maquillaje y unas ojeras terribles, tuvo conciencia de que era lo que más deseaba en ese momento.

No le extrañó aquel anhelo nuevo en su repertorio, pues, como bien había dicho Paula, no tenía ningún tipo de temor a dejarse caer por el abismo de su proximidad. Nada malo había que pudiera hacerle, no había lugar para el peligro dejándose atrapar por ella. La escritora era una mujer que no hacía daño.

Cuando todo el cabello quedó seco y el secador guardado en su sitio, tiró de su mentón hacia arriba y dejó un beso pausado en su frente, que Paula recibió con el ronroneo de un gato. Tenía los brazos caídos a los lados, pero se esforzó en mover una mano y acariciarle la rodilla como gesto extenuante de cariño. Deslizó los labios un poco más, hasta la punta de su nariz, y la besó mientras seguía acariciándole el cuello con los dedos, apartándose enseguida y dejando a Paula con un picor de ausencia en los labios. Quizá era demasiado pronto, o quizá ya era cosa de otro tiempo aquello de besarse, a pesar de que sus ganas seguían intactas.

Tenía que habituarse a ese nuevo escenario, completamente desconocido para ella, en el que ni estaba excavando como una loca para alcanzar un corazón, ni estaba caminando con paso rápido para

alejarse de él. Nunca había estado en esa tierra de nadie en la que una persona te atrae, aunque sepas que no va a ser un amor, ignoraba cómo había que vivir en la zona de grises que siempre había esquivado por sistema, pero estaba segura de que Ro, toda una experta en los términos medios, le enseñaría que allí también podía encontrar algo de paz.

Se dejó conducir por la camarera hasta el sofá, donde la depositó en su sitio de siempre mientras estiraba las piernas y se dejaba envolver por el rincón del *chaise longue*.

—¿Necesitas algo?

—Que le des al *play*. —Le brillaban los ojos de fiebre, o de ternura, o qué sé yo.

—¿Ibas a ver una película? —Se sentó junto a ella, a una distancia prudencial, y tomó el mando de la mesita de centro para iniciar el vídeo que había elegido la escritora.

—Una tontería para dejarme morir.

Tiritó un poco y Ro le tendió una manta que había tirada por ahí. Cuando fue a incorporarse, y poniendo una mirada traviesa, Paula tiró de su cuerpo y la hizo caer sobre el suyo, entre quejas falsas y risas sinceras.

—A tomar por culo, ya me has contagiado. —Se arrebujó contra su lateral y trasladó su atención a la televisión.

—Mientras no nos besemos, estarás bien.

—Eso lo puedo cumplir.

—Vaya, qué rápido te has olvidado de tu escritorita —protestó, acariciándole la espalda con delicadeza.

—No quiero confundirte, ni hacerte daño. Yo con esto —señaló sus cuerpos en su punto óptimo de fusión— me conformo.

—Pero estoy intentando adaptarme a eso de que me guste alguien sin que vaya a ser la mujer de mi vida, Ro. Y tú me tienes que ayudar.

—¿Y cómo se supone que te tengo que ayudar, a ver?

—Dándome muchos besitos de amor, pero sin amor. —Abrió los ojos de golpe al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Nada de amor, puaj, amor caca. —Hacía muecas de asco y Ro soltó una carcajada.

—Menudo cuento tienes. —Dejó un beso en su clavícula y aspiró su olor—. ¿Quieres que estemos de rollo como unas quinceañeras?

—No sé cómo es eso.

—¿Nunca has estado de rollo con nadie?

—No, yo he estado enamorada y desenamorada. Mis dos caras de la moneda.

—Yo creo que no has estado enamorada en tu vida. —La miró con intensidad, segura de su punto y viendo cómo esa idea iba haciéndose hueco en su cerebro.

—Cuando me enamore de verdad, te lo cuento.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, la vida.

Suspiró Paula y la acompañó Ro, embebida en sus palabras, que, aunque no parecían decir nada del otro mundo, siempre guardaba en un rincón especial de su mente para recordarlas cuando quisiera. Era *el cajón de Paula*, donde metía aquellas divagaciones, las sentencias que revelaba como verdades inmutables, las frases poéticas que le brotaban de los labios como si nada en cuanto profundizaban un poco en sus conversaciones. Todo lo que salía por su boca valía oro, aunque fueran cosas en las que no creyera, pues eran tan bellas y estaban dichas con tanta pasión que no podía hacer otra cosa que valorarlas y quedárselas para sí.

Ni cinco minutos tardó Paula en quedarse dormida, aferrada a su cuerpo como si, de esa manera, pudiera al fin descansar. Roncaba un poco, como el motor de un coche encendido en la calle, y ese runrún cadencioso terminó por hacer que Ro se durmiera también.

Despertó al terminar la película, con la tarde ya consumida y las tripas hambrientas. Levantó la cara de su pecho, un poco húmedo por las babas de quien duerme a gusto, y la observó de cerca. La palidez de su rostro hacía que las pecas resaltaran más y las ojeras parecieran más profundas de lo que en realidad eran. Introdujo la nariz en su cuello para tomarle la temperatura, pues tenía el vago recuerdo de alguien haciendo eso con ella cuando era pequeña, pero ni siquiera recordaba quién podría haber sido. Demasiada gente sin cara a sus espaldas.

Depositó un beso minúsculo en su mandíbula, al que Paula reaccionó con una sonrisa satisfecha y un apretón en su abrazo. Parecía ser consciente, a pesar de estar en sus sueños, de a quién estrechaba en la realidad. Se escabulló Ro como pudo de su agarre, retorciéndose como una serpiente sigilosa para no despertarla y, una vez en pie, le sacó una foto.

No entendía qué demonios le pasaba con esa loca, pero acababa de alejarse de un abrazo inocente y ya estaba sintiendo el frío en sus huesos.

Te habrá pegado el resfriado, que pareces tonta.

Su parte racional, siempre al rescate. Se marchó a la cocina y fue cogiendo verduras como si las hubiera colocado en la nevera ella

misma. Fue directa al mueble donde tenía las ollas y ya dejó de sorprenderse cuando alcanzó una jarra de plástico de un estante alto sin ni siquiera mirar.

¿Cómo podía una estar en una casa por primera vez como si hubiera estado siempre? *Es por la escritorita, que me pega la intensidad más que el catarro*.

El olor de la sopa sacó a la enferma de su sopor, anunciando su despertar con gruñidos gatunos y resoplidos de disconformidad.

—¿Ro? —escuchó cómo la llamaba al no encontrarla al lado. La morena se asomó a la barra americana para que la viera. Paula la recibió con una sonrisa de oreja a oreja. *Qué pequeña es*.

—Buenos días.

—¿Ya es de día? —Se giró de golpe para mirar por el balcón, pero se encontró con la casi oscuridad de la casi noche.

—No, marmota, es hora de cenar.

—¿Me has hecho la cena? —Abrió los ojos con ilusión y se llevó una mano al pecho, incrédula. Ninguna mujer había cocinado nunca para ella cuando estaba enferma.

—Pues claro y, con lo que sobre, te hago una crema para que comas mañana.

—¿Por qué? —Arrugó tanto la frente que Ro tuvo miedo de que se pusiera a llorar. *Por favor, si solo es una sopa y una crema de verduras*.

—Pues porque necesitas muchas vitaminas para ponerte buenorra, que este fin de semana tenemos una barbacoa.

—¿Tú… tú y yo? —Las señaló, como si estuviera hablando con mímica.

—Y mis amigas, que la semana pasada con tu huida del país las dejaste tiradas.

—No sabía ni en qué día estaba viviendo —se disculpó, mirándose las manos en el regazo. Ro apagó la vitrocerámica, apartó dos platos de sopa y se fue a sentar con ella mientras se enfriaba un poco.

—¿Me vas a contar qué te pasó toda esa semana? ¿Te drogaste, te emborrachaste e hiciste eso tan absurdo de la autodestrucción?

—No, solo estuve con mi minotauro viendo las horas pasar, pensando en las cosas en las que creo y la manera tan fea que he tenido de creer en ellas. Fue una semana complicada.

—¿Por qué?

—No es sencillo mirarse una sin paños calientes y descubrirse alguien a quien no reconoce.

—Ah… —No supo ni qué decir. Tenía tanta facilidad para poner en palabras simples las emociones más complejas que la dejaba de piedra

—. Perdona, ¿tienes un minotauro?

—Te has quedado con la parte más importante, la madre que te parió. —Estalló en carcajadas infantiles, recostada contra el sofá, agitando los pies y subiéndose la manta hasta la barbilla—. Sí, tengo un minotauro auténtico, porque las millonetis no solo tienen animales exóticos, sino también mitológicos.

—No te burles de mí. —Le dio un golpe en el brazo.

—Hay un minotauro en el laberinto del jardín de la mansión.

—Ah, que tenéis un laberinto en el jardín.

—Sí. Y yo me sé el camino desde que era así. —Estiró el brazo para que Ro entendiera que se refería a cuando era pequeña y la morena sonrió de imaginarse una Paula en miniatura—. Si quieres, te lo puedo enseñar.

—¿Me enseñarías tu minotauro?

Paula la miró con los ojos entornados, evaluándola. Debió de pensar que sí, porque asintió con los labios cerrados y cara de ilusión.

—Pero, antes de llegar a él, tengo que enseñarte el camino correcto.

—¿Es que es muy difícil de adivinar?

—Solo puedes entrar si vas conmigo. Ya no queda nadie más que lo conozca.

—Y si decides quedarte ahí dentro con tu minotauro, ¿cómo salgo?

—No podrías, y esa es la finalidad del laberinto. Entrar, pero no salir, ya sea por la terrible bestia que vive en su interior o por la imposibilidad de encontrar el camino de vuelta.

—No me sé el mito del minotauro. —Tiró el anzuelo, apetitoso para alguien tan deseosa de picar como Paula.

—Cuando te lleve a conocerlo, te lo cuento.

—¿Me vas a invitar a tu mansión?

—Si quieres conocerme, tienes que entrar al laberinto conmigo.

Se encogió de hombros, como si no hubiera discusión posible sobre ese punto. Y no la había. El minotauro y su laberinto eran partes intrínsecas de la personalidad de Paula, se habían entrelazado con su carácter al mismo tiempo que este se iba formando, primero con historias de valientes héroes y ciudades en apuros, y ahondando más en la historia y en los matices que tenía a medida que se hacía mayor, comprendiendo la simbología, los detalles que pesaban más que la historia en sí, las imágenes dibujadas en su mente y la manera en la que podía llevarse todo aquello, sin dificultad, hacia ella misma y sus circunstancias.

Empatizó con el minotauro casi sin querer, con la ciudad que lo

albergaba, deseosa de que lo aniquilaran y temerosa a un tiempo. Era monstruo y era damisela asustada y, aunque ya le había mostrado su mejor cara a la camarera, si quería incluirla en su vida de la manera que fuera, o que ella la dejara, sentía que también debería conocer su cara peor. Y nadie tiene peor cara que cuando está mirando de frente al miedo.

—Suena a que vas a matarme con tu hacha dentro de ese laberinto, Paula.

—Es un plan sin fisuras, ¿no te parece?

—Pues sí, porque ni siquiera tengo una familia que me fuera a reclamar —dijo con ligereza. Ya no dolía.

—Yo lo haría. Yo iría a la policía y pondría una denuncia. Y… y también iría a programas de la tele a poner tu caso ante los medios de masas.

—Pau, si me has matado tú…

—Pero es que yo jamás te mataría. —Se puso en pie, como una heroína en pijama, dejando caer la manta de pelito a sus pies y con el cabello como un nido de pájaros después de tremenda siesta.

—Me vas a matar de amor. —Se mordió el labio y se abrazó a su cuerpo.

—Ugh, amor, caca, puaj —fue diciendo mientras la empujaba de espaldas hacia la cocina.

Cenaron tranquilas, con la voz reposada de la escritora, que había recuperado un poco el ánimo gracias al sueño reparador que había compartido con su camarera.

—Está superrica, Ro. —Se relamía, la muy teatrera.

—¿Te gusta en serio o solo quieres hacerme la pelota?

—La mejor sopa de estar enferma del mundo. —Elevó los brazos y se limpió la nariz, por la que caía un churrete líquido de ya sabemos qué—. Aunque, bueno, mi abuela hacía una sopa deliciosa. Le gustaba mucho la jardinería y en la mansión tenemos un huerto pequeño. Así que yo me iba con ella cuando mi abuelo estaba pachucho y recogíamos verduras. Cuando la que estaba malita era yo, no iba, claro —rio, como si fuera muy gracioso. Ro estaba a punto de sufrir una subida de azúcar con tanta adorabilidad—, porque no podía salir de la cama y ponerme peor, pero esa sopa, Ro… Con verduras recién cogidas… Buah.

—Entonces, ¿mi sopa es la segunda mejor del mundo?

—La de mi mamá también está muy rica. En casa no teníamos huerto, pero es que tiene una mano con la cocina… Se te va la olla, Ro, en serio.

—¿He pasado al tercer lugar? —Se cruzó de brazos, haciéndose la ofendida.

—¿A ver? —Se llevó otra cucharada a la boca y la paladeó con lentitud—. No, no, en absoluto, la tuya la primera…

—¡Qué falsa eres! —Le tiró el trapo de cocina a la cara y las dos echaron a reír.

Qué sencilla podía ser a veces la vida. Una jamás había cocinado para nadie y la otra nunca había sido cocinada por alguien ajeno a su familia, y allí estaban, sin ser lo que hubieran esperado, pero compartiendo una sopa y un momento nuevo para cada una de ellas. Una por el placer de su compañía, y la otra por el valor que le daba Ro sin pretenderlo para adentrarse en lo desconocido.

Le enseñaría su peor cara, la del miedo, porque, desde luego, con ella solo estaba mostrando la del valor, aunque Ro no lo supiera.

14

Hasta el viernes, Paula no tuvo salud para salir de casa. Podría parecer un simple catarro, una exposición de su cuerpo debilitado a la lluvia, pero más bien fue una precipitación interna la que había dejado su cuerpo extenuado. La tormenta había sucedido de puertas para adentro, arrastrando deidades y templos, casas y campos, dejando, únicamente, la figura del minotauro en toda su enormidad en mitad del pantano fangoso en el que había quedado reducido todo. Y allí se había ido a refugiar cuando su mundo, el real y el imaginario, pues ambos se retroalimentaban, se vino abajo.

Se sentía más liviana tras aquella catástrofe natural privada, tanto que tuvo miedo de que, sin el peso de todo lo arrastrado durante años, echara a volar, perdiéndose entre las nubes como el Ícaro de su mito, sin alas en su caso y directa al sol de lo que una no puede tener por mucho que lo desee. Sin embargo, y a pesar de su recién estrenada ligereza, permanecieron sus pies en el suelo, enterrada en el barro hasta las rodillas, y ya sabemos lo costoso que es caminar sobre arenas movedizas.

A pesar de todo, pensó que era mejor ponerse en marcha antes de que el lodo se secara y la dejara plantada en medio de ese páramo yermo en el que no crecía la vida, como una estatua de sal. Si ya no podía habitar en el lugar que había sido refugio y hogar, tendría que buscar otra tierra más amable donde sentarse a esperar que lo peor pasara.

De este modo, se dio una ducha, se peinó, se puso bella y se alejó del lodazal en el que se había convertido la soledad y el silencio de su piso y de sus pensamientos. Caminó, como ya digo, más ligera, aunque más triste, los escasos metros que la separaban del único brote verde que podía vislumbrar en mil kilómetros a la redonda: una chica sin futuro, pero con un presente arrollador.

—Buenos días, camarera —la saludó nada más plantarse frente a la barra, donde Ro, de espaldas a ella, preparaba un café.

—Buenos días, escritorita —devolvió sin girarse, pero con una sonrisa que se le adivinaba desde atrás—. Benditos los oídos que te oyen, desaparecida.

—Tienes mi número de teléfono, podrías haberme llamado si tantas ganas tenías de escuchar el dulce sonido de mi voz.

—Prefiero el cara a cara. —Se volteó hacia ella y suspiró de satisfacción. La había echado de menos—. ¿Cómo te encuentras?

Paula abrió los brazos y dio una vuelta sobre sí misma, mostrándole su aspecto mejorado con respecto a la última vez que se habían visto.

—Ya veo que estás que te rompes. Nada nuevo bajo el sol.

—Hala. —Se ruborizó, bajó un segundo la mirada para recomponerse y carraspeó—. Pues estoy mucho mejor. Yo creo que ha sido por la cantidad ingente de crema de verduras que quedó del martes. Aún me queda un *tupper*. —Hizo reír a Ro y ella sonrió de manera automática.

—¿Solo has comido eso?

—Y un montón de drogas. —Agitó las cejas arriba y abajo.

—¡Di no a las drogas, Paula! —bromeó y se fijó en la soltura que veía palpable en su escritora—. Imagino que ya no querrás desayunar, porque vaya horas traes.

—No, solo me he pasado a saludar y a tomarme un café rápido, que he quedado con unas amigas para comer.

—¿Soy tu primer contacto con el exterior tras tu casi muerte?

—Pues claro. Después de la tabarra que me has dado toda la semana preguntando cómo estaba, qué menos que pasarme a que lo veas con tus propios ojos.

—La salud no sé cómo la tendrás, pero el ego ya veo que está totalmente recuperado. ¿Un café, entonces?

—Sí, por favor.

Ro se dio la vuelta y empezó a preparar su bebida. Paula sintió su ánimo mejorar al instante. Aunque la camarera no fuera a ser portadora de su inmenso amor, parecía que, con sus conversaciones refrescantes y ese humor que compartían, tenía el poder de, al menos, relajarle el corazón. Siempre había sentido las emociones románticas de manera extrema, todo o nada, el impulso rebosante producto de la ilusión, o el desgarro más descarnado cuando no funcionaba lo que apenas había comenzado. Sin embargo, en su relación con Ro, después del desastre todo parecía navegar en las aguas tranquilas de quien nada espera y se deja llevar por la corriente. Era nuevo, era desconocido, pero era sano para ella, por una vez.

—¿Te quedas en la barra? —preguntó, transportando la taza sobre el plato.

—Sí, he venido a verte, y desde aquí te veo de fábula.

—Te encanta sonrojarme, ¿verdad?

—Te pones muy guapa, Ro, y a mí me gusta admirar la belleza. —Le tendió el sobre de azúcar que venía en el plato y Ro, como hacía siempre, aunque ella nunca había estado presente para verlo, lo dejó en una caja aparte. Paula la miró con extrañeza—. ¿No lo metes donde los demás?

—No, es que estos… Estos son los que tú me devuelves.

—¿En serio?

—Sí. Y, bueno, luego, cuando yo me tomo mi café, cojo el sobre que me falta de ahí. Por lo del equilibrio cósmico ese que te gusta tanto.

—Para despreciar las cosas «especiales» —hizo el gesto de comillas con los dedos—, se te dan estupendamente bien.

—No las desprecio, solo que no les doy la importancia que les das tú.

—Con lo de los azucarillos, lo haces —la picó, dando un sorbo a su taza.

—Me parece bonito, yo qué sé. ¡Deja de mirarme como si fueras la más lista del barrio!

—Te gustan las tonterías —dijo en tono cantarín.

—No me vaciles.

—Te encantan las tonterías —repitió, extendiendo su sonrisa mayor.

—Bah, cállate.

Paula guardó silencio mientras apuraba el café. Le hacía una ilusión terrible que, alguien como ella, entrara en esos juegos de absurdeces que no tenían ninguna relevancia, nada más que la que ella misma le daba. Que Ro, por contagio, también se la diera, simplemente le calentaba el alma.

—Me voy, que no me merezco este trato. —Se levantó del taburete, se apoyó en la barra y dejó un besito en su mejilla—. Nos vemos.

—No si yo te veo antes —contestó a trompicones por la sorpresa, con las orejas coloradas.

—Tienes que entrenar eso de las frases lapidarias, estás perdiendo el toque. —Se fue alejando de ella, camino a la puerta.

—¡Es que me pones de los nervios!

—Tú también a mí. ¡Chao!

Y se largó de allí con la sonrisa más grande del universo. Caminó casi a saltitos, recuperada, ahora sí, de una semana y media para olvidar. O no. Igual debería detenerse, un ratito cada día, a pensar en todo lo que había mutado en su interior desde que la conversación con

Ro, ayudada por lo que ya llevaba un tiempo rumiando y los consejos siempre estériles de su gente cercana, le había hecho ver que algo estaba mal en su manera de esperar.

Se empeña una a veces en huir del dolor, en compactarlo hasta hacerlo tan pequeño que pueda ser escondido en cualquier rincón, y a lo mejor la clave está en mirarlo de frente, acariciarlo con dedos heridos, reconocer su forma y su color y, quizá, aprender de él.

En esas cosas andaba pensando cuando chocó contra una mujer y, al ir a disculparse, se dio cuenta de que sus pasos la habían llevado hasta el restaurante en el que había quedado con sus amigas. Laura la miró con altanería y una sonrisa de suficiencia.

—Cada vez que te veo, tienes peor cara.

—Y tú cualquier día vas a quedarte calva con tanto tinte. ¿Blanco, en serio?

—Es fácil acordarse de la del pelo blanco en un *casting* —contestó Laura, echándose el cabello hacia atrás con un gesto teatral.

—Tu lógica no tiene fisuras. ¿Me das un abrazo o esperamos a que llegue Elisa y me ayude a burlarme de ti?

—Tienes pinta de necesitarlo.

—¿El abrazo o la mofa? —Entornó los ojos y se aguantó la risa.

—Ambos. Ven aquí, anda.

Se abrazaron y, en el agarre de náufrago de Paula, supo Laura que algo no iba bien. La estrechó más fuerte para sacarle de dentro a empujones la desazón y, al separarse, fue consciente de que su amiga no se parecía apenas a su amiga.

Se sentaron en la mesa reservada y pidieron una botella de vino. La escritora no esperó a la pregunta que estaba quemándole en los labios a Laura.

—Pues al final esta tampoco era. —Laura la miró con lástima y soltó el aire por la nariz.

—Veo que eso es algo que te sigue sorprendiendo. ¿Cómo se llamaba?

—Ro. Rocío, no Rosa.

—Ah, sí, Romualda. Eso lo explica todo. —Laura la observó con precaución, intentando descifrar qué era lo que había cambiado en Paula. Muchas veces habían tenido esa conversación, pero jamás la había visto tan derrotada como entonces—. ¿Y cómo estás?

—Bien —dijo con simpleza y una sinceridad que impactó en la rubia—. Bien de verdad.

—Te creo, te creo, pero no lo parece.

—Me lo esperaba, porque somos como el agua y el aceite —

suspiró, pensativa—, pero estaba empeñada en que sí, que tenía que serlo. Ya sabes que me había propuesto parar un poco después de ella.

—Ya. Era «La última oportunidad» —dijo como si fuera el título grandilocuente de una película mala de sábado por la tarde, entendiendo, de las explicaciones de Paula, que era eso lo que la tenía tan apagada—. ¿Por eso estás… así?

—Así, ¿cómo?

—No sé… Vacía.

—Pues un poco —musitó la escritora—. Vivía con una meta muy definida que se me ha difuminado y estoy como perdida. Es una sensación rarísima, porque…

—¡Perdón, perdón, soy un desastre!

Elisa hizo su entrada habitual, llamando la atención de todo el mundo, chocando con las sillas y deshaciéndose del pañuelo que casi siempre llevaba al cuello mientras intentaba que no se le cayeran las gafas.

Llevaba tanto tiempo como editora de Paula que había terminado por convertirse en su amiga, a pesar de que la escritora, cuando la conoció, creyó ver en ella todo lo que siempre había buscado. Un alma como la suya, etérea y soñadora, con la mente siempre en las historias de otras y la vista cansada de tanto leer.

Elisa, sin embargo, cortó aquel enamoramiento precoz de raíz, contuvo con maestría al monstruo del romance imaginario y le presentó a su novio de toda la vida. No tardó ni media hora en poner cada cosa en su lugar. No hubo reproches ni corazones rotos, pues la editora no lo permitió, y la escritora encontró en ella lo que no creía que podía existir, siendo como era: un alma gemela sin amor.

—Tranquila, que acabamos de sentarnos —contestó Paula, intentando beber de su copa sin verterla mientras la muchacha repartía besos, haciendo tambalearse la mesa.

—¿Qué me he perdido?

Se sentó de una maldita vez, resoplando como un animal agonizante por la carrera, pidieron la comida y dejó que las chicas, por turnos, le contaran los últimos acontecimientos.

—Me dijo que la había idealizado, que no estaba enamorada de ella y que no la conocía.

—Joder, para llevar solo un mes en tu vida, te ha calado a la primera. —Elisa estaba impresionada.

—Y creo que tiene razón. —Se miró las manos, avergonzada—. Le he estado dando muchas vueltas, y la verdad es que me siento… ridícula. Como si hubiera perdido tanto la perspectiva por una

obsesión que estaba dispuesta a enamorarme de una piedra si me hubiera puesto ojitos.

—No quiero reírme, pero… —Laura se mordió los labios.

—Ríete. Soy un puto chiste. —Soltó un suspiro asqueado y se deshizo del nudo en la garganta con un trago de vino.

—No digas eso, Pau —intentó consolarla Eli—. Es verdad que a veces parecía que no había nadie al volante, así que me alegro de que hayas decidido detenerte para poner en orden tus ideas.

—Pero sin eso, ¿qué me queda? —Las miró con pupilas temblorosas, con la súplica implícita de quien necesita un poco de luz en medio de la oscuridad.

—Te queda la vida, tía, disfrutar de las personas, no tirarlas al contenedor de la basura en cuanto te das cuenta de que no cumplen unas expectativas inalcanzables.

—Ya, Lau, si eso lo tengo claro, pero… Un momento.

Se disculpó y sacó el teléfono del bolsillo, que había vibrado. Ro le acababa de mandar una foto de su café y el azucarillo que había cogido de su caja. Sonrió como una imbécil, contestó y lo volvió a guardar, encontrándose con las miradas suspicaces de sus amigas.

—Madre mía, la Romualda al hoyo y la Paula al bollo —dijo Elisa con fingida admiración.

—¿Qué dices?

—Que acabas de soltarnos un discurso muy emotivo sobre la necesidad de detener la barbarie en la que se ha convertido tu vida y resulta que no has tardado ni un cuarto de hora en buscarte a otra. —Laura asintió, dándole la razón.

—Estaba hablando con Ro, listas, que sois unas listas —se defendió, y las dos rubias se miraron a la vez con los ojos como platos.

—Ah, ¿que sigues hablando con ella? —preguntó la actriz, incrédula.

—Sí.

—Eso sí que es nuevo.

—Os acabo de decir que tenéis razón, que voy a dejar las expectativas a un lado y, simplemente, hacer lo que me apetezca sin agobiarme por sentir que estoy perdiendo el tiempo.

—¿Y Romualda es la elegida?

—Es que… Me gusta. —Se encogió de hombros, casi disculpándose consigo misma—. ¿Por qué no pasar tiempo con ella si me hace sentirme bien?

—¡Me cago en la hostia, Paula, llevamos años diciéndote que hagas justo eso! —Se indignó la editora.

—Vale, vale. —Extendió las manos, pidiendo paz—. Ya sé que me lo habéis dicho mil veces, pero esta era una conclusión a la que tenía que llegar yo solita.

—¿Y en qué has quedado con esa muchacha?

—Hemos quedado en quedarnos, de momento.

—Mírala ella, qué poeta.

—Mírala ella, qué gilipollas. —Le echó una mirada terrible a Laura —. No sé, chicas, sé que lo que busco existe, porque lo he visto, pero a lo mejor no es para mí. —Sus amigas se dieron un golpe por debajo de la mesa. Era la primera vez que escuchaban a Paula decir algo así, y era triste—. Un baño de realidad me puede venir bien, y os aseguro que de realidad, con Ro, voy servida. Menudo rapapolvo me dio cuando me declaré.

—¿Qué te dijo?

—Que estoy loca y que me tome un tranquilizante.

—La quiero conocer. —Asintió Laura, echándose hacia atrás para facilitarle el trabajo al camarero, que traía la comida.

—Pues a esta igual os la presento.

—¡Alabado sea Jesucristo nuestro señor!

Las dos idiotas que tenía por amigas alzaron las manos hacia el techo, llevándolas de lado a lado como un coro góspel, y a Paula no le quedó otra que echarse a reír. Dejaron la intensidad de los asuntos del corazón de la escritora y se dedicaron a levantarle el ánimo a base de bromas y planes para la comida que estaban organizando.

RO
Tengo dos noticias, una buena y una mala
¿Por cuál empiezo?

PAULA
Por la mala, siempre

RO
Se ha cancelado la barbacoa de mañana
A mí me toca doblar y Elvira parece la niña del exorcista
Vomitando por todas partes

PAULA
Demasiada información, Ro
¿Y la buena?

RO
Que voy a querer verte el domingo
Y puede que el lunes

Lola me lo ha dado libre por trabajar mañana todo el día

PAULA

Esas son dos buenas noticias
Pues yo también tengo una buena y una mala
¿Cuál te digo primero?

RO

La buena

PAULA

No, tiene que ser la mala

RO

Entonces, ¿para qué preguntas?

PAULA

Porque todo el mundo elige la mala, aguafiestas

RO

Ya deberías saber que yo funciono al revés
Venga, al grano, que me impaciento

PAULA

La mala es que el domingo he quedado con mis amigas para comer

RO

Jo

PAULA

En la mansión

RO

Mecachis

PAULA

Para estrenar la piscina

RO

¡Maldita sea!
Dime la buena, porque te estoy odiando muy fuerte ahora mismo

PAULA

Después de trabajar dos turnos seguidos, te vendría muy bien un baño refrescante, ¿no?

RO

Me vendría de lujo
Y si una escritorita ricachona me va sirviendo mojitos cada poco tiempo, sería un sueño

PAULA

¿Aunque la escritorita ricachona le sirva mojitos también a sus amigas?

RO
Aunque se los sirva al diablo
¿De cuántas amigas estamos hablando?

—De dos —dijo Paula al recogerla la mañana del domingo.

Cuando Ro vio a la escritora aparecer con su coche impecable, quiso morirse allí mismo, pero Paula no le dio la más mínima importancia al hecho de que su perro se tumbara en los asientos de atrás con su correa reglamentaria y lo llenara todo de pelos y de babas. «Se limpia», había sido su contestación despreocupada y Ro tuvo que hacer su máximo esfuerzo para no comérsela a besos.

—¿Cómo se llaman? —le preguntó, una vez se pusieron en marcha.

—Elisa es mi editora y Laura mi amiga de toda la vida. No tienes que preocuparte por ellas.

—No me preocupo. —Extendió el brazo sobre los dos asientos y empezó a acariciar la nuca de Paula, que entornó los ojos de gusto—. Solo somos amigas, ¿no?

—Amigas que se acuestan.

—Solo ha pasado una vez y ni siquiera nos hemos vuelto a besar desde entonces, Pau.

—Tienes razón.

Dio un frenazo y se apartó en la cuneta de la carretera que habían tomado para salir de la ciudad. Se quitó el cinturón con parsimonia para que Ro fuera consciente de lo que se disponía a hacer. La sonrisa y la mordida de labio de la camarera fue la luz verde que Paula necesitó para avanzar lentamente hacia ella, dándole tiempo más que de sobra para que se apartara si quisiera. Pero no lo hizo, y sus labios, cortados de haberse echado de menos, volvieron a encontrarse en casa. No era una vivienda en propiedad, vale, pero nada tenían de malo las casas de alquiler.

—¿Ves como estás loca de remate?

—Ahora dilo sin llorar.

—No estoy llorando.

—Por los ojos no.

—¡Paula! —La empujó por los hombros y la escritora se colocó el cinturón entre risas y se incorporó de nuevo a la circulación—. Espero que no beses así a tus amigas.

—¿Tenemos algún contrato de exclusividad? —preguntó sin apartar la vista de la carretera, elevando una ceja, divertida.

—Me gusta llamarlo respeto. Si estoy contigo, no estoy con nadie

más.

—¿Estás conmigo?

—Hoy sí.

Paula, que en cualquier otro momento de su vida hubiera entrado en pánico con aquella nula capacidad de compromiso, agrandó la sonrisa hasta darle un par de vueltas a la cara. *Hoy* iba a presentarle una chica a sus amigas, algo que no había sucedido jamás. *Hoy* llevaba un perro gigante en el asiento trasero de su coche que le había lamido la cara para saludarla, dándole su visto bueno. *Hoy* iba a pasar el día con una mujer que le ponía el cerebro del revés y, a veces, también el corazón. *Hoy* no era un *para siempre*, pero empezaba a gustarle el vértigo de no saber qué sucedería mañana.

Ro no dejó de acariciarle la nuca en todo el trayecto, escuchando sus explicaciones sobre la casa que iban a visitar.

—¿Hay fantasmas? —quiso saber, emocionada.

—Sí. Mi abuela podaba los rosales con mi abuelo después de muerto, y mi nana se pasa el día cantando y bailando en el laberinto.

La risa de la camarera le hizo ver que se había tomado aquel comentario a broma y Paula, de momento, no quiso sacarla de su error.

Entraron en sus dominios y Ro detuvo el movimiento de sus dedos, aunque no retiró la mano. Estaba francamente impactada. Aunque siempre se metía con Paula por su evidente estatus social, lo cierto era que se imaginaba la mansión más bien como una casita de campo con algo de terreno, nada que ver con lo que se estaba abriendo paso ante sus ojos.

—Paula, ¿seguro que es aquí?

—Pues claro. —Rio entre dientes, mirándola de reojo para apreciar su expresión asombrada.

—Me cago en la puta, Paula, ¡que eres una burguesa de verdad!

—Tengo antepasados indianos, qué te puedo decir.

—¡La madre que me parió, si tienes un lago!

—Es una charca, no exageres.

Aparcaron en la puerta y Manoli salió a recibirlas. Cuando Ro vio cómo Paula le daba un abrazo tan fuerte que hizo que la mujer levantara los pies del suelo y saliera en carcajadas quejicosas, se dio cuenta de que podía ser burguesa, pero no imbécil.

—Manoli es el ama de la casa —empezó a presentarlas.

—El ama de llaves —la corrigió con una sonrisa maternal.

—La dueña y señora, Ro, no le hagas caso. Y Ro es… —La miró con la boca abierta, sin saber qué tenía que decir.

—Soy su chica, más o menos. —Se acercó a la mujer y le dio dos besos—. Encantada, Manoli. Este lugar es espectacular.

—Lo dice como si fuera mío.

—Paula ha dicho que lo es. —Se encogió de hombros y rieron las tres—. No me hable de usted, por favor.

—Haré lo que pueda. ¿Qué llevas en el coche, niña? —le preguntó a Paula, que se dirigió a paso rápido hacia el automóvil y se giró hacia ella con la cara a rebosar de ilusión mientras abría la puerta.

—¡Mira, Manoli, un perro! —exclamó la escritora, más ilusionada que una cría, metiendo medio cuerpo dentro para liberar al animal—. Es de Ro y se llama Conan. Conan el Bárbaro —dijo hinchando el pecho, con una sonrisa sin dientes, plantándose delante de ellas sin apartar la mirada del peludo.

—Conan a secas.

—Déjala, ella es feliz con poco. —Las dos mujeres miraban cómo Paula, ajena a la conversación, luchaba con el enganche del arnés para soltarlo y que corriera libre por la finca.

—Cualquiera lo diría. —Miró, aún impresionada, la enorme construcción.

—Lo que una parece no siempre tiene mucho que ver con lo que es. Esto solo es una casa grande.

—Vamos, Conan, ¡a correr! —Lo miró con cariño y, tras unos segundos ensimismada en las potentes zancadas del animal, se giró hacia Ro, inquieta—. ¿Lo puedo soltar?

—Eso parece. Vamos, anda, no quiero perderlo de vista, que es un liante.

—Ahora venimos, Manoli, y te ayudamos con las cosas. Si vienen estas, abre el vino, eso las tendrá entretenidas.

—Venga, tira, y quítate la camisa, que hace un calor que te vas a asar.

Paula obedeció sin rechistar, le entregó la prenda, le dio un beso en la mejilla y se fue detrás del perro, que olisqueaba las plantas que rodeaban el edificio.

—A Conan parece que le gusta —rompió el silencio con cierta timidez.

—Y a mí me gustas tú —contestó Ro, dejando a Paula en babia.

—¿Y… y esto tan gratuito? —Tragó saliva tan grueso que la camarera lo oyó.

—Viendo todo este despliegue —abrió los brazos, abarcando el terreno—, me doy cuenta del tremendo braguetazo que puedo dar. Tengo que camelarte.

—Ya me tienes camelada.

—Qué raro que no entre. —Señaló a Conan, que olisqueaba la entrada del laberinto, sin atreverse a explorar más allá—. Con lo cotilla que es.

—Hay un animal más grande que él ahí dentro, normal que le dé miedo.

—¿Yo también debería tenerlo?

—Yo sí se lo tengo, pero tú no me pareces una mujer miedosa.

—No lo soy.

No preguntó si iban a entrar, algo le decía que ese no era el momento, por lo que continuaron con el paseo, rodeando la construcción mientras Paula le señalaba los distintos espacios y le explicaba qué era cada cosa.

Antes de doblar la esquina, la escritora miró por encima de su hombro, hacia los altos setos, que parecían más silenciosos que nunca. Vio a su nana asomada allí con una sonrisa radiante y un asentimiento diminuto. Nunca una mujer había estado allí con su niña, y Paula se encogió de hombros en su dirección a modo de disculpa, sintiéndose mal por llevar por primera vez a alguien que no creía que fuera a durar para siempre. Sentía que le había fallado a lo que ambas con tanta fe creían, a las enseñanzas que se había esforzado en depositar en ella desde bien pequeña, pero su abuela parecía, igualmente, feliz por ella.

Un peso que no sabía que cargaba cayó al suelo justo antes de perderla de vista.

Regresaron a la entrada, donde las amigas de la escritora ya estaban haciendo reír al ama de llaves.

—¡No os pienso dejar bajar a la bodega, borrachas!

—Venga, Manolita, que tu jefa es una agarrada —suplicaba Laura, oculta tras una pamela veraniega desproporcionada.

—¡La bodega ni de coña! —gritó Paula, aún un poco lejos de ellas, y se volvió hacia Ro para tantear sus nervios. Le gustó percibir que estaba más inquieta de lo que quería demostrar—. Si dices que yo estoy loca, vas a flipar con estas dos.

—Son locuras diferentes. —Cogió todo el aire que cabía en sus pulmones y se esforzó en esbozar una sonrisa trémula.

—Estás muy guapa cuando quieres esforzarte en agradar —le susurró al oído, ya muy cerca de las invitadas, que las miraban con ojos analíticos.

—No… no me esfuerzo en agradar. —Se colocó el pelo compulsivamente y Paula soltó una risotada, recibiendo un empujón

como respuesta.

—No conozco a esta persona que te acaba de agredir, pero estoy segura de que te lo mereces. —Se adelantó Laura para darle dos besos a la camarera—. Soy Laura, la amiga actriz.

—Ro, encantada. —Le dio dos besos a la editora, alternando la mirada entre las dos mujeres que acababa de conocer.

—Y yo Eli, un placer.

—Bueno, Paula —cortó Laura la situación incómoda de las presentaciones, alejando a la escritora con una mano en dirección a la casa—, es momento de que vayas a ayudar a Manolita, que nosotras tenemos que hablarle mal de ti a Ro.

Sin esperar respuesta, tiró del brazo de la camarera y de Eli y juntas se dirigieron a la piscina, tomando asiento bajo una sombrilla gigantesca, debajo de la cual había una mesa y sillas de mimbre a juego.

Ro se hacía la indiferente, pero lo cierto era que necesitaba a Paula cerca para pasar ese trago. Había estado muchas veces en la situación de conocer a amigos de sus parejas esporádicas, pero tenía la sensación de que aquello era otra cosa completamente diferente. Quizá el carácter de Paula, más sensible y reservado, o sus estúpidas ideas sobre el amor, le daban a aquel acto natural para ella una dimensión de relevancia que le estaba encogiendo el estómago.

—Bueno, Ro, dinos, ¿cómo has tenido el valor de salir con nuestra amiga más desequilibrada? —rompió el hielo la editora.

—Pues… no sé… —Miró a una y a otra sin saber bien qué decir—. Está como una regadera, pero me lo paso muy bien con ella. —Tragó saliva. Para el estado ansioso en el que se encontraba, aquella había sido una frase muy larga.

—Es una mujer interesante, eso no lo puedo negar. Eres la primera chica que nos presenta, espero que este dato te haga sentir especial.

—¿En serio?

—Oh, ya lo creo. Y ha habido muchas.

—Infinitas. —Rio Laura por lo bajo.

—Quién lo diría —murmuró Ro.

—Que no te engañe con esa aura soñadora y romántica. Para encontrar el amor, ha estado practicándolo mucho.

—Eso es lo que me molesta de ella. —Se incorporó Laura en su silla, indignada—. Tiene cara de santa, pero de santa solo tiene eso, la cara.

—¿Ya me estáis poniendo a parir? —Apareció la mencionada con aperitivos, seguida por Manoli.

—Me estaban comentando que eres una golfa disfrazada de romántica.

—Al corazón de una mujer también se llega a través de su vagina. —Les guiñó un ojo y se llevó un golpe del ama de llaves por ese comentario tan soez, haciéndolas reír.

—No me esperaba esto de ti, escritorita. —Ro la miró con los ojos entornados, mucho más relajada con su presencia por allí.

—Mis intenciones son siempre puras, pero la química también forma parte de la magia.

—Yo creo que es la parte más mágica de todas —le dio la razón Elisa, cogiendo una aceituna del cuenco—. Eso sí que es algo que no se puede aprender ni fingir. Está o no está.

—La única que me entiende. —Paula la besó en la frente y se acercó a su camarera, posando una mano en su hombro para acariciarle subrepticiamente el cuello—. ¿Qué quieres de beber?

—Una cerveza.

—¿No eran mojitos?

—Eso después de comer.

—Lo que usted mande. —Quiso acercarse a darle un beso, pero delante de sus amigas, en una situación completamente nueva para ella, no supo si era lo correcto, por lo que se marchó dejándose las ganas intactas.

—Bueno, yo me estoy cociendo aquí. —Se levantó Laura de su asiento y se deshizo de la camiseta en un movimiento maestro—. Y esta piscina no va a estrenarse sola.

Eli la siguió y juntas se zambulleron entre gritos. A pesar del clima veraniego, solo acababan de estrenar el mes de mayo y el agua estaba aún helada. Ro las vio jugar y reír, y no supo que Paula había vuelto con su cerveza hasta que sintió el cristal frío contra su cuello.

—¡Joder, Pau!

—Toma, quejica. —Se sentó a su lado y le acarició la rodilla desnuda—. ¿Qué te están pareciendo?

—No entiendo qué hace una chica como tú siendo amiga de Laura. Es tu antagonista.

—Nos complementamos bien.

Ro se quedó pensativa. Era, quizá, lo mismo que les pasaba a ellas. En un descuido de las bañistas, Paula dejó un beso breve en su mejilla y volvió hacia adentro, animando a Ro a que se bañara también. Se metió en el agua y las dos rubias la recibieron con naturalidad, contando anécdotas de juventud y haciéndola partícipe de las bromas privadas del grupo para que se uniera a ellas cuando se metieran con

Paula.

La castaña salió de nuevo con lo último que quedaba de picoteo, ya sin pantalón, y Ro sintió que se le secaba la garganta cuando, tras dejar los platos en la mesa, se deshizo de la camiseta y su cuerpo contundente quedó expuesto a la luz del día. La había tenido desnuda bajo su cuerpo, y sobre él, pero verla despreocupada en el borde de la piscina, tan imponente, tan amazónica, tan aparentemente inalcanzable, la hizo temblar.

—Nena, la baba, que nos rebosas la piscina. —Se mofó Laura, tirándole agua a la cara.

—Alrededor de Ro hay aguas termales, Pau, ven, corre.

—La madre que os parió. —La camarera, roja como un tomate, dejó brotar la risa que le salía a borbotones del puro bochorno de haber sido pillada en semejante escaneo.

La aludida, en un salto grácil, se tiró de cabeza y apareció junto a ellas con una sonrisa de postal, el pelo hacia atrás y los músculos del cuello tensos como las cuerdas de una guitarra. Miró a Ro, que ni parpadeaba, y sus amigas, entre risas, se alejaron de allí con la excusa de probar el vino.

—¿Estás bien?

—La que está bien eres tú. Paula, joder. —Se enfurruñó, sorprendida por el bulle bulle de sus tripas.

—¿Qué? —Se acercó con una sonrisa seductora que estaba segura de no haberle visto nunca.

—Que la próxima vez que nos bañemos sea solas, por favor. —Acarició sus muslos con las manos y la cogió, haciendo que enrollara las piernas en su cintura.

—Pero eso no será hoy, y solo nos centramos en el hoy, camarerita.

—Bueno, vale, podemos alargar el futuro hasta dentro de una semana.

—¿Vas a aguantar tanto tiempo? —ronroneó en su cuello, dejando allí besitos como pisadas de duende—. La semana que viene da lluvia.

—No solo podemos bañarnos en una piscina, escritorita. —Mordió el lóbulo de su oreja y el suspiro de Paula le supo a gloria.

—¿Es esto una proposición indecente?

—Indecentísima.

—Oye… —La timidez en su tono de voz hizo que Ro se deshiciera todavía más. No podía soportar tanta ternura y tanto calor a la vez—. ¿Puedo besarte?

—Debes besarme. —La miró a los ojos, enredando los dedos en su

espalda, empujándola hacia ella.

—Es que nunca he estado así con nadie, ¿sabes? —le confesó, escondiéndose en su cuello, sin saber que ya se le habían adelantado.

—¿Y qué te parece?

—Que me he estado perdiendo cosas increíbles por una estúpida estatua de piedra.

Se aproximó a su boca lentamente, disfrutando de aquella primera vez, soportando las risas de rata de sus amigas a su espalda y los vítores y aplausos cuando al fin la besó. Les sacó el dedo corazón sin separarse de la boca de Ro, que sonreía en mitad del beso, entre la vergüenza y la paz.

Laura y Elisa se miraron con un puchero emocionado. Cien mujeres habían pasado por la vida de su amiga, cien mujeres sin rostro para ellas, y había ido a llevar a su casa de sueños a la que menos posibilidades tenía de quedarse de todas. Sin embargo, viéndolas juntas y escuchando sus carcajadas ruidosas, ninguna diría que no había algo de magia en lo que no parecía que iba a durar.

15

—Entonces, ¿libras mañana? —le preguntó Paula, tirada en una hamaca mientras aprovechaban los últimos rayos del sol.

—Sí. Aún sigo destruida después de la paliza del sábado. Creo que voy a necesitar otro mojito para superarlo. —Hizo sonar los hielos de su copa, ya vacía.

—Uy, mi vaso debe de tener un agujero al fondo —Laura se bajó las gafas hasta la punta de la nariz, mirando a su amiga como si no hubiera roto un plato en su vida—, porque, mira, ni una gotita me queda ya.

—Sois unas aprovechadas. —La castaña se levantó de su asiento y fue cogiendo vasos.

—Ya que vas… —insinuó Elisa, tirando de su camisa desabrochada, y le tendió también su mojito vacío.

—Lo que yo diga, unas aprovechadas. Manoli, ¿quieres uno tú también?

—Yo casi que prefiero un vermú, si no te importa, niña.

—A sus órdenes.

La tarde se hizo noche y la noche trajo consigo balbuceos, risas histriónicas y conversaciones subidas de tono. Manoli, viendo el panorama y con la vergüenza ajena y propia rozando el límite, recogió lo básico y las dejó desperdigadas por el césped, abrigadas como podían, pues no hacía aún un clima lo suficientemente veraniego como para andar en paños menores.

Paula y Ro se acurrucaban bajo una manta, con medio cuerpo de la camarera sobre el de la escritora para caber en la misma tumbona. Laura y Elisa hablaban en su propio idioma, filosofando sobre las relaciones y la extrañeza de las personas entre hipos de borrachas y risas adolescentes.

—Paula, por ejemplo, está loca.

—Lo está. —Ro levantó su copa a modo de brindis, haciendo que la castaña le mordiera un hombro—. No hagas eso o no respondo —le susurró en tono rojo peligro.

—Pero su manera de creer en el amor, aunque utópica, es bella. A veces me gustaría verlo como ella.

—Es trascendente —murmuró Elisa, ensimismada y con las gafas en lo alto de la cabeza para apartarse el pelo de la cara.

—Hace que importe, ¿sabéis? Yo conozco a un tío y antes de que abra la boca ya me ha dado la pereza. La esperanza me ha abandonado.

—Lau, te he dicho muchas veces que en mi acera hay más ambiente —dijo Paula, con la risa floja, y bajó la voz para dirigirse a su camarera—. Ambiente, Ro, ¿lo pillas?

—Qué bueno, nena. —Se mordió los labios y dejó un besito en su mandíbula, que le pillaba a tiro de labios—. Yo es que me río para adentro, ¿sabes? No te ofendas.

—Siempre metiéndote conmigo —se quejó, pero suspiró de satisfacción. No se le ocurría un sitio mejor en el que estar.

—El caso es que las tías no me atraen, y esa es mi mayor desgracia.

—Tampoco te creas que verlo como yo es una fiesta, ¿eh? —Se puso seria Paula, pues el tema era sensible en su rabiosa actualidad—. A veces creo que sería más fácil si tuviera más claro lo que no quiero que lo que quiero.

—En cristiano, Pau.

—Que las cosas que me gustaría que tuviera mi futura mujer son tantas y tan precisas que reconozco que es complicado encontrar a alguien a quien no le falte ningún detalle.

—Con lo que te gustan a ti los detalles… —Ro negó con la cabeza.

—Ya sabes mi opinión al respecto —intervino Elisa, que seguía con la mirada perdida en las estrellas—. Creo que te autoboicoteas.

—Allá vamos otra vez. —Puso los ojos en blanco la aludida—. ¿Y por qué tendría yo el gusto de autoboicotearme?

—Porque encontrar el amor es algo que deseas, pero que temes también.

Elisa habló con tal contundencia que hasta las cigarras se callaron y el viento tenue de la noche se detuvo a observar, escondido entre los árboles.

—No… no lo temo —En su tono se adivinaba su mentira.

—¿Qué tenía de malo aquella chica de las flores… cómo se llamaba? Laura, ayúdame.

—¿La alérgica?

—¡Esa! ¿Qué fallo tenía para descartarla? Casi nos la presentas, me acuerdo perfectamente.

—Eli, joder, que era alérgica al polen. ¿Cómo va a ser mi mujer una chica alérgica a las flores? ¿Has visto este lugar?

—¡Pues que se tome antihistamínicos, yo qué sé!

—No, no podía funcionar. Mi chica tiene que ser…

—El personaje de uno de tus libros, alguien que te has inventado porque eres incapaz de dejar tu amor en las manos de nadie.

—No tiene ningún sentido —refunfuñó, removiéndose incómoda.

—Y eso es porque crees que nadie va a querer tanto a tu amor como tú. —Le asestó la puñalada definitiva.

—Estoy de acuerdo con Eli. Tienes tu lado romántico sobrevalorado. La vanidad te corrompe, amiga.

—Sois gilipollas. Si la chica de mis sueños apareciera, yo… Me lanzaría a por ella sin dudarlo.

—Hasta que le encontraras un fallo minúsculo, como que no sepa tocar el arpa en las noches lluviosas o que no aprecie con tu misma nostalgia el otoño. Siempre habrá algo, así que nunca habrá nadie.

—Joder, cómo habla la editora —la felicitó Ro, que presenciaba la conversación sin atreverse a intervenir. Estaba recibiendo tanta información que se limitaba a tomar apuntes mentales.

—Demasiados años leyendo y corrigiendo sus intensidades. —Se encogió de hombros—. ¿Tú qué opinas?

—Yo, en realidad, apenas la conozco.

—Pero tendrás una opinión.

—No sé si le tiene miedo, ni si se autoboicotea. Solo sé que su concepto del amor es más bien rancio, como de peli antigua en la que te enamoras de la idea que te haces de una persona antes de saber nada de ella y te decepcionas cuando ves la realidad. Y eso, Paula, no es culpa del destino que se ríe en tu cara, es de tu manera de ponerte delante de la idea del amor.

—Vamos, que todo lo hago mal, ¿no?

—Si has decidido parar, será que tú también te has dado cuenta de que bien no lo estás haciendo.

—A mí las listillas me tocan la moral. —Clavó los dedos en sus costados para hacerle cosquillas y Ro se retorció entre sus brazos.

—Recurres al despiste porque tu churri te ha dejado sin argumentos. Ro, tía, te respeto.

—Gracias, Lau. —Se levantó e hizo una reverencia con la cabeza—. Creo que será mejor que nos movamos. —Dio un traspiés y por poco no cae encima de Paula.

—Tú no te vas a ninguna parte, borrachilla. —Se negó la escritora, levantándose a su vez para tomarla por la cintura.

—Yo la llevo —dijo Elisa, con los ojos aún llenos de cielo. Llevaba al menos quince minutos sin parpadear.

—La zorra a guardar gallinas. Vamos, ni de coña. Y tú, Laura,

tampoco —la interrumpió, viendo que iba a hablar—. Tenéis habitación aquí, mañana madrugáis, pero así no os vais a ir a ninguna parte. Marchando.

Les dio un cachete en el culo a cada una y ambas se marcharon sosteniéndose la una a la otra. No habían bebido mucho, pero no lo habían dejado de hacer en todo el día, por lo que su embriaguez era liviana, pero había sido cocinada a fuego lento. Una de las más peligrosas maneras de intoxicarse con el alcohol.

Ro recogió la manta que habían usado, llamó a Conan, que dormitaba junto a los parterres de flores, y los tres entraron en la casa. Acomodaron al perro junto a la chimenea, Ro le dejó agua en un recipiente y se quedó allí de pie sin saber muy bien a dónde se tenía que dirigir. De repente, la había invadido toda la timidez que había estado ausente desde que cogió algo de confianza con las amigas de la escritora.

—Y… y yo, ¿dónde voy a dormir?

—Pues conmigo. —Decidió con ligereza, pero, al ser consciente de sus palabras, se giró hacia ella y la miró con las cejas levantadas—. Bueno, si tú quieres, si no, tenemos más habitaciones, yo era más que nada por si te daba cosa dormir sola, o…

—Sí, contigo, contigo estará bien —asintió muy rápido para que la castaña no cambiara de opinión y la siguió cuando comenzó a subir las escaleras—. Así que autoboicot, ¿eh? —la picó para apartar sus pensamientos del trasero que le quedaba a la altura perfecta para ser mordido.

—¿Podemos dejar las conversaciones intensas para mañana? Ahora solo puedo pensar en lavarme los dientes y besarte hasta que nos durmamos.

—¿Me vas a besar? —De dos saltos se puso a su altura y la miró con cara de pilla.

—Solo si tú quieres.

—De follar ni hablamos, ¿no? —le preguntó, tropezando con el último escalón.

—¿Te ves en disposición de follar ahora mismo? —ironizó.

—No mucho. —Se llevó una mano a la frente y soltó una risita entre dientes—. Además, es la mansión familiar, no se debe mancillar la casa de tus abuelos.

—Tú por eso no te preocupes —dijo mirándola de lado, como si nada, pero con toda la intención—, si mis abuelos eran muy modernos.

—Ya, ya —escuchó gritos al final del pasillo y supo que allí era

donde se alojaban las amigas de Paula—. ¿Se suelen quedar mucho como para tener una habitación?

—Cuando hacemos estas comidas, o cenas, sí, siempre se quedan. Hay camas de sobra y es absurdo tener que llamar a un taxi hasta aquí. Porque conducir ni se contempla.

—Qué maravilla tener una amiga con caserón en las afueras, realmente.

—Ahora tú también estás en el *pack*. Según me han informado, eres mi chica, ¿no? —Apagó la luz del pasillo y abrió una puerta de madera oscura, girándose a mirarla.

—Está en un punto medio muy inofensivo para las dos. —Paula encendió la luz y se apartó para dejarla entrar.

Ro abrió los ojos a todo lo que daban, maravillándole la cama con dosel, el baúl añejo a los pies de la misma, el escritorio de madera sin pulir, el ventanal de arco apuntado y forja, la alfombra en el suelo y el tapiz ocupando la pared de lado a lado.

Paula la observó sin decir una palabra. Jamás había entrado allí nadie que no fuera de su familia, quitando a alguna niña de la infancia que iba invitada por su abuela para jugar. La vio adentrarse en aquella habitación con la boca entreabierta, y brilló la estancia con una luz nueva que no supo si venía de la presencia de Ro o de su propia ebriedad. El tapiz se le hizo más tangible, los colores más terrosos, los nudos de la fibra más perceptibles a sus ojos. Quedó más descarnado, más impuro, pero eso lo hizo, quizá, más humano.

—¿Te gusta? —preguntó con un hilo de voz que retumbó en todas las esquinas.

—Parece sacada de un sueño. —Se volteó y Paula vio en su mirada una inocencia desconocida—. ¿De qué trata el tapiz? —Pasó las yemas de los dedos por la tela, como si, a través del tacto, pudiera leer en braille lo que allí no se veía.

—Del mito del minotauro.

—Es precioso, se puede notar la ansiedad del animal —dijo como embelesada con su figura.

—Es un monstruo terrible, no debería tener tanto miedo, ¿no crees?

—Que se lo digan a Goliat. —Se encogió de hombros y continuó con la inspección de la habitación. Paula abrió el armario y sacó un par de pijamas viejos.

—Te dejo que sigas cotilleando, yo voy a cambiarme al baño y a lavarme los dientes.

—Vale.

Salió de la estancia, un poco abrumada por las sensaciones que le producía dejar allí sola, en sus dominios más íntimos, a una mujer que apenas conocía. Se apresuró en volver, intranquila con la idea de que Ro penetrara a través del mobiliario hasta un lugar recóndito de sí misma, y pensó que quizá Elisa tenía razón en algo: no veía aptas las manos de cualquiera para depositar en ellas todo lo que era y todo en lo que creía.

Caminó pasillo adelante y, justo antes de llamar para entrar, escuchó perfectamente el sonido de la caja de música a través de la puerta, esa caja tallada por su abuelo en la que iba contenido lo que se esperaba de ella, que había sido regalo, pero también veneno, uno que no estaba segura de poder seguir soportando en sus venas.

Apoyó la frente en la madera que la separaba de Ro y la caja que no le había dado permiso para tocar, pero que podía vislumbrar en su cabeza abierta de par en par para sus ojos curiosos y hambrientos de saber. Tuvo la impresión de estar siendo observada también su alma, y no creyó que fuera lo suficientemente hermosa como para que la camarera la mirara demasiado seguido. Fue por esto por lo que llamó.

—¿Estás visible?

—Sí, perdona, me he quedado embobada con esta caja tan bonita. —La miró con una sonrisa radiante, como si hubiera sido espectadora de algo maravilloso, y Paula no cayó en la cuenta de lo que podía haber sido.

—La talló mi abuelo cuando conoció a mi nana, y en ella le entregó su amor. —Se aproximó y cerró la tapa con un golpe seco, cesando, de ese modo, su música.

—¿En tu familia sois todos unos locos del amor? —Al ver su rictus más bien serio, se colocó a su espalda y la abrazó, poniéndose de puntillas para colocar la barbilla sobre su hombro.

—Algunos más que otros.

—Tú te llevas la palma, escritorita. —Dejó un beso en su mejilla, cogió el pijama y se alejó de ella hacia la puerta.

—De eso no estoy tan segura —masculló sin girarse—. Te he dejado un cepillo de dientes nuevo en el lavabo. Es la segunda puerta de la derecha.

—Ahora vengo.

Paula acarició la rosa tallada y ganas le dieron de tirar por la ventana esa caja, *a priori* llena de promesas, que había terminado por albergar su maldición privada. Se contuvo, sin embargo, y luchó contra la melancolía, que parecía querer cubrirla con su oscuro manto. No era el momento, tenía una invitada y la boca llena de besos para

ella. La necesitó por primera vez, para que le sacara de dentro la sensación de engaño, de pérdida, que estaba envolviendo todos y cada uno de sus pensamientos, y casi se lanzó hacia ella como un salvavidas cuando se metió entre las sábanas. Era urgente que Ro la trajera de vuelta y la alejara del mundo de las cosas que no se podían tocar.

—¿Estás bien? —preguntó la camarera, sorprendida por su agarre suplicante.

—Es esta casa, que a veces me pone triste. —A pesar de ser la más corpulenta de las dos, se hizo un ovillo en su costado y dejó que fuera la morena quien la cuidara de los sueños que flotaban fuera de ese dosel.

—Tiene un poco esa aura, ¿verdad? —Le acarició la espalda, repasó sus vértebras, se enredó en su pelo, calmando, sin saberlo, a la fiera asustada que rugía en el interior de Paula—. Le da a una por pensar en cosas intensas.

—Mi abuela decía que la casa suspira y que, cuando lo hace, suspiramos también quienes estamos en ella.

—Pues esta noche ha debido de soltar un suspiro brutal. Me siento filosófica. —Se separó de su abrazo para ponerse de lado y poder mirarla con la pobre luz que entraba del jardín—. Pareces una niña pequeña cuando te pones tristona.

—Me siento pequeña a veces en este lugar. Como si no fuera a estar nunca a la altura —reconoció en un murmullo.

—¿A la altura de qué? —Deslizó los dedos por su rostro, destensando los músculos de su cara.

—No sé, de las expectativas. Tienes razón, en mi familia todos estamos un poco locos por el amor, y yo…

—Tú estás aquí con una chica insoportablemente guapa —dijo con una sonrisa de suficiencia, buscando sacarla de la cueva tenebrosa en la que parecía haber entrado su mente.

—Venga, Ro, no estoy bromeando. —Se ofuscó, dándole la espalda. La camarera se aproximó a su cuerpo sin disimulo y la abrazó por la cintura.

—Vale, perdón, no sabía que este tema era tan importante para ti. —Fue soltando besitos minúsculos aquí y allá, volviendo a deshacer los muros que tan poco le duraban levantados a la escritora con ella—. ¿Me hablas de esas expectativas que crees que no puedes cumplir?

—Te lo he explicado muchas veces.

—No es verdad, me has hablado de tus expectativas con respecto al amor, no de las de tu familia con respecto a ti.

Paula suspiró, y suspiró la casa con ella. Se volvió a girar para

mirarla, olvidada ya su molestia, deseosa y necesitada de compartir con alguien esa angustia terrible que llevaba unos meses sin dejarla respirar.

—Mi abuela siempre me contaba historias de amor para dormir, ¿sabes? Pero la historia que más me contaba era la suya con mi abuelo. No tiene gran cosa, pero ella le metía inventiva. —Sonrió y agachó la mirada, infectada de recuerdos. Ro le alzó la cara tirando de su barbilla y le dejó un besito en la punta de la nariz, animándola a seguir—. Mi madre me dijo que se conocieron, simplemente, en un invernadero. Él trabajaba allí y ella era la niña rica a quien se le había antojado colorear el jardín aburrido de su vida aburrida. Pero en el cuento que ella me narraba cada vez que yo se lo pedía, que eran muchas veces, había magia, caminos de luces misteriosas y hasta una planta que le susurraba el lugar en el que mi abuelo le escondía cartas.

—Debe de ser muy bonito crecer con esas historias —musitó Ro, con cierta envidia.

—Lo era. Con los años me di cuenta de que las plantas no hablan, que el suelo no se abre hasta el centro de la Tierra con una escalera de caracol hasta el lugar en el que mi abuelo había dejado la caja llena de su amor para ella. Pero me dio igual. Prefería la vida hermosa que me había imaginado, de la misma manera que la prefería mi nana, y también mi padre. Nosotros le damos la espalda a la realidad porque no siempre es a nuestro gusto, y nos quedamos con lo que trasciende, con los recuerdos modificados unas veces, con las mentiras piadosas otras.

—No me parece una mala manera de vivir, Pau, siempre que no duela.

—Pues duele, porque puedes esquivar la realidad, pero si te pones a girarle la cara, llega un momento, trescientos sesenta grados después, en el que vuelves a tenerla de frente. Y yo estoy en ese punto, y no tendría que estarlo. —Se le fue diluyendo la voz hasta terminar en un susurro dolorido.

—¿Y dónde tenías que haberte quedado?

—En el medio, en el amor, en la fe férrea. Pero no, yo, que me he criado rodeada de un mundo imaginario, yo, precisamente yo, he terminado la vuelta y le he dado la espalda al universo en el que crecí. Y me siento indigna por no haber sido capaz de encontrar algo que me hubiera hecho ser tan tontamente feliz como ellos.

—Paula, solo tienes treinta años, te puede venir en cualquier momento.

—No, porque ya he completado esos trescientos sesenta grados y

nunca lo viviré con la pureza con la que lo hicieron ellos. He despertado de un sueño y no estoy segura de poder volver a dormirme.

—Yo creo que sí, que volverás a creer en ese amor. No —rectificó, negando vehementemente con la cabeza—, en un amor todavía mejor, más crudo, más sucio, vale, pero más real.

—Ese amor no es en el que…

—Ese amor es el que te va a devolver la ilusión, porque es el único que es de verdad.

—¿Tú crees? —suplicó, con las pupilas temblorosas.

—Sí, Pau. Te mereces un amor a tu medida, no a la de los demás.

Paula estiró el cuello y la besó, sellaba de ese modo sus palabras últimas, queriendo creerlas con todas sus fuerzas, no permitiendo que otra sentencia menos amable desdibujara el color de esperanza que Ro le había pintado con su seguridad. Esa chica no sabía nada del amor, pero ella misma no estaba segura de saber mucho más que ella, por lo que se quedó suspendida en su boca hasta que el sueño inhumano se la llevó de allí, dejándola, de nuevo, navegando en sus tribulaciones.

Antes de dejarse ir, le llegó nítida la música de la caja que descansaba sobre el escritorio, cerrada.

***

Se despertó Ro en primer lugar y la miró largamente, con algo de compasión. Había pasado mala noche, con un dormitar inquieto en el que la buscaba para amarrarse a ella, como si su cuerpo de nada fuera ancla inamovible. Cabeceó, incrédula. Ella, que siempre había vivido a la deriva, sin un hogar ni un lugar al que volver, convertida en casa por un rato para alguien que lo tenía todo.

Se levantó, se puso la ropa del día anterior y se dejó guiar por los canturreos a media voz del ama de llaves, que trasteaba en la cocina mientras preparaba el desayuno.

—Buenos días, Manoli —saludó con timidez.

—Buenos días, niña. ¿Has descansado bien?

—Muy bien. Pensé que esta casa daría miedo, pero para nada.

—Ya te dije que las apariencias engañan. ¿Quieres café?

—Por favor. —Se aproximó a ella con una sonrisa agradecida y tomó la taza que le sirvió. Añadió el azúcar, echando de menos el sobre de más de la escritora.

—Hace una mañana radiante, vamos al porche de atrás. Conan está intentando cazar mariposas.

—Con lo torpe que es…

Salió tras el ama de llaves, saludó a Conan, que parecía querer enseñarle todo el jardín que ya había explorado sin ella, y se sentaron en una mesa. El aire de la mañana era frío, y Ro se llenó los pulmones de él, observando el terreno que se extendía ante sus ojos.

—Allí al final hay un río. Dile a la niña que te lo enseñe luego.

—Sí, se lo diré. —Dio un sorbo a su café, caliente por una vez—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en este sitio?

—Paula no había nacido cuando vine a parar aquí.

—Toda tu vida, entonces.

—La mía no, pero la suya sí. —Sonrió la mujer, tomando una galleta del cuenco—. Es buena chica, pero imagino que ya te habrás dado cuenta de eso.

—Sí. Es una mujer… muy especial.

—Es rara, lo puedes decir. —Rieron ambas y compartieron una mirada de complicidad—. Es por su abuela, que le metió demasiadas ideas locas en la cabeza. Yo se lo decía. «Andrea, que es muy chiquita para esas historias», pero estaba decidida a darle lo que a ella le había faltado con su edad.

—No entiendo…

—Andrea se crio en unas circunstancias muy diferentes a las de Paula. Gente de dinero, tú sabes, y estaba resignada a llevar la vida que le había tocado vivir. Entonces conoció a Ernesto y su mundo se puso patas arriba. Encontró algo que no esperaba, y quiso que su hijo y la niña Paula crecieran sabiendo que la felicidad y el amor eran posibles, para que no sintieran la angustia que sintió ella en su juventud.

—Pero se fue al extremo —concluyó Ro, comprendiendo, de golpe, muchas cosas.

—Eso parece. Paula sufre igual que sufrió su abuela, pero por algo completamente opuesto. Qué curioso, ¿verdad? Por evitarle su propio trauma, le creó uno nuevo sin querer.

—Por lo que me cuentas, si su abuela lo supiera, se tiraría de los pelos.

—Eso hace la pobre mujer. —Miró hacia el laberinto, que quedaba justo delante, y soltó el aire por la nariz—. Paula solo necesita olvidarse de todas esas historias y relajarse. Le hace falta una mujer que la traiga de nuevo al suelo, o se perderá entre las nubes.

—¿Tú crees que Paula aceptará a un amor así? —preguntó con una ceja alzada.

—Ya ha consumido todas las opciones. Solo le queda esa.

—Bueno, no seas tan negativa. La esperanza es lo penúltimo que se pierde.

—Claro.

Ro se estiró en la silla, esperando, como siempre, la pregunta que nunca llegaba. Sonrió al ver los pájaros levantar el vuelo de entre los setos del laberinto, y casi se muere del susto cuando una mano tibia se colocó sobre su hombro.

—Buenos días, fugitiva.

—Joder. —Se llevó una mano el pecho para calibrar el infarto, pero, al volverse a mirarla, sus ojos ilusionados de verla ahí se llevaron de un plumazo cualquier otro sentimiento que no fuera el calor que le hizo sentir—. Buenos días, marmota.

—Te he escuchado levantarte, pero se estaba tan a gustito… —Se acercó a Manoli y le dejó un beso en la mejilla—. Buenos días a ti también, reina mora.

—Buenos días, niña. Yo os dejo, que tengo cosas que hacer. —Le guiñó un ojo a la camarera y se perdió en el interior de la casa.

—Esta mujer nunca para, qué barbaridad. ¿Cómo has dormido? —Le besó la frente y se sentó a su lado.

—Mejor que tú, koala.

—Hoy pertenezco al mundo animal, por lo visto —intentó bromear, pero el escaneo al que estaba siendo sometida por parte de Ro le cortó las alas—. Estoy pasando por una etapa… complicada. De mutación de la piel, como las serpientes.

—Cambiar es bueno. —Le acarició el cuello.

—Pero se duerme regular. —Se perdieron sus ojos también en el laberinto, que parecía tener un imán para cualquiera que lo tuviera delante—. Buenos días, Conan el Bárbaro. —El animal se acercó para que lo acariciara, con la lengua fuera y una sonrisa perruna.

—Conan a secas.

—Deja a la gente disfrutar de las cosas, Ro. —Dio un sorbo al café —. ¿Qué tal con Manoli? ¿Te ha contado mis más oscuros secretos?

—¿Que te meabas en la cama hasta los doce? No, nada de nada.

—¡Eso es mentira! —Se indignó, abriendo mucho la boca.

—Ya lo sé, pava. Está preocupada por ti, como todo el mundo, al parecer.

—Yo es que brillo con luz propia y la gente no está acostumbrada a verme apagada, nena. —Sacó los labios hacia afuera con chulería, se bebió el café que le quedaba y se puso en pie.

—Y volvió la escritorita egocéntrica. —Se levantó ella también y apuró su taza—. ¿Me enseñas el río?

—¿Tú cómo sabes que aquí hay un río?

—Oscuros secretos que me cuenta Manoli.

—Pues vamos.

La cogió de la mano y echaron a andar, con Conan merodeando a su alrededor, corriendo lejos y volviendo para asegurarse de no perderlas de vista. No se soltaron al salir del porche, y continuaron agarradas de esa forma lo que duró el paseo.

—Oye, por cierto, me he levantado pensando en una cosa. Estás convencida de que encontraré ese amor con el que sueño, ¿no?

—Al cien por cien. Soy *team* Paula a tope.

—Entonces, el día que lo encuentre, ¿vas a llorar por tu tremenda pérdida?

—¿Qué pérdida? —Se hizo la tonta.

—Yo. —Señaló su propio cuerpo con un gesto grandilocuente.

—Creo que podré soportarlo.

—Auch. No dejas de herir mi orgullo, Ro, muy mal.

—¿Y tú, que ya me estás cambiando por otra?

—No me hagas el lío, camarerita. Tú no quieres ser portadora de mi amor, no me eches la culpa a mí. Cada palo que aguante su vela.

—En el fondo no confías en mí para dármelo. El papel de enamorada dolida ya no te va, guapa.

—¿Sabes una cosa? Nunca había pensado así, pero creo que Eli dio en el clavo. Tengo en tan alta estima lo que me han inculcado que creo que nadie es merecedora de ello, porque ninguna lo va a valorar como debe. ¿Qué te parece la ironía en la que se ha convertido mi vida?

—Me parece muy irónico. —Soltó una carcajada ante la mirada de reproche de Paula—. ¿Crees que es miedo?

—Sé que es miedo. Ayer dijiste una cosa que me dejó a cuadros, porque acertaste sin saberlo. En mi familia estamos locos por el amor. Literalmente. Se nos va la olla.

—¿A qué te refieres?

—Cuando mis padres se separaron, mi padre, que también fue educado como yo, aunque no de una manera tan perfeccionada —rio entre dientes—, no volvió a ser el mismo. No levanta cabeza desde entonces y no tiene ninguna intención de hacerlo. Perdió a su amor y ya no le queda nada más, solo esperar la muerte sumido en una depresión de caballo. Mira, otro animal.

—Le quedas tú, la familia…

—Da igual. Él ya nunca más va a ser feliz porque lo encontró, de verdad que encontró el suyo, y lo perdió. Y a mi nana le pasó lo

mismo cuando mi abuelo murió. Su mente no pudo soportar la pérdida y se inventó un mundo en el que mi abuelo no había muerto. Seguía hablando con él, viéndolo en todas partes… Pero fue una demente feliz.

—¿Eso es lo que te da miedo? ¿Volverte loca tú también?

—Sí. Lo vivimos tan intensamente que es posible que sí, que me autoboicotee, porque lo deseo, joder, ya ves que sí lo deseo, pero me acojono al pensar que puedo perderlo y, con ello, la cabeza. Como mi familia. Maldita Elisa, me conoce mejor que mi madre.

—¿Tanto te ha costado darte cuenta? Ahora que tengo algo más de información, es evidente.

—Es por el cambio de piel, Ro. Es algo que estaba debajo, pero hasta ahora no había salido a la superficie. Como un monstruo, un animal sanguinario que llevo dentro y que no me deja ser feliz. Una parte que tira de mí hacia el no, y otra que tira de mí hacia el sí. Y ¿sabes quién queda en medio?

—Tú —susurró, perdida en sus palabras.

—Yo, partida a la mitad. ¡Mira, Ro, el río!

Correteó alegremente los metros que quedaban hasta la maleza que lo hacía invisible a la vista y la camarera se quedó allí, observándola, asimilando todo lo que había sido dicho, que no era más que la punta del iceberg que deambulaba oculto por debajo del nivel del mar.

Una mujer, una dualidad y una curiosidad *in crescendo* con cada palabra que salía de su boca, con cada pedazo de ella que le dejaba ver.

16

—Me lo he pasado muy bien, Pau —empezó a despedirse.

—Yo también. Y Conan el Bárbaro ni te cuento. —Se giró en su asiento y acarició la cabeza del animal, que le lamió la mano—. Aunque necesita un baño, ¿no?

—Y es por tu culpa. —Ya ni intentó corregir el nombre del perro —. Ha sido una idea estupenda tirar piedras sobre el río para que él fuera a buscarlas, ¿verdad?

—¡Es un buceador! —felicitó a Conan con tono infantil—. Va, no seas una de esas madres gruñonas, mira lo contento que está.

—Tardo una hora en bañarlo y secarlo. Te odio.

—¿Tanto como para no darme un besito de despedida?

—Tanto no.

Se aproximó a ella con una sonrisa mordida, pero no contó con el tirón del cinturón al lanzarse a su boca, por lo que se quedó a diez desesperantes centímetros de los labios risueños de la escritora, que soltaba la risa por la nariz ante aquella imagen tan ridícula.

—Te veo con problemas técnicos —susurró sobre sus labios, terminando ella misma con la distancia.

—Las ganas, que a veces me traicionan —murmuró, mirándole toda la cara, centímetro a centímetro, como si no pudiera creerse la belleza cruda de la escritora tan cerca de ella.

—Eso es música para mis oídos.

Se besaron durante un tiempo indeterminado. La tarde se oscureció entre saliva, caricias inocentes y ronroneos de gato, y terminaron por despedirse con los ojos brillantes de ilusión.

—¡Ro, que te dejas a Conan! —la llamó, bajando la ventanilla, mientras la morena de dirigía a su portal.

—Me besas y se me olvida hasta mi nombre, maldita.

Volvió sobre sus pasos, liberó al perro, que esperaba pacientemente sentado sobre una manta, y Ro introdujo la cabeza entre los asientos delanteros para darle el penúltimo beso.

Paula arrancó, dejando a la camarera con un nudo en la garganta y un explosivo con retardo que acababa de estallar en su cabeza. Llevaba dos días viéndola en su hábitat natural, con sus amigas de

siempre, en su casa familiar, siendo no solo la loca del hacha, sino simplemente Paula, una mujer disfrutona, generosa con los suyos y con una ligereza de espíritu que no le había visto antes.

Ro estaba ya un poco harta de una situación en la que el compendio de todo lo que siempre le había repelido, materializado en una persona, le fuera atrayendo cada día más.

Había pasado, como ya he dicho, dos días escuchándola a ella y a gente de su entorno contextualizar su persona, desgranar en conversaciones frugales la manera precisa y premeditada en la que su carácter se había formado. No dejaba de ser, tal y como empezaba a verlo, una marioneta hecha de traumas ajenos, de historias que no eran las suyas y de la ausencia de esperanza por una vida más trascendente que no tenía nada que ver con ella. Todo aquello con lo que una no nace concentrado en una chica que había terminado por romperse.

Tenía que reconocer que debía de ser hermoso tener a alguien tan preocupado por su felicidad desde bien pequeña, era una carencia que ella misma había tenido siempre y pensó, mientras se daba una ducha de años, que también su propia personalidad había sido víctima de sus circunstancias. Unas diametralmente contrarias a las de Paula, todo sea dicho. A pesar de la pérdida de identidad que estaba sufriendo la escritora, era consciente de la suerte que había tenido, pues ella sabía mejor que nadie lo afortunada que era de que alguien le hubiera enseñado que la vida iba de algo más que de supervivencia, de desamparo y de metas al alcance de cualquiera. No, a Paula le habían dicho que el cielo era el límite y que si lo traspasaba, estaba el universo entero esperándola para verla volar.

Le hubiera gustado crecer con esa seguridad que le da a las personas el hecho de que crean en ellas y que piensen, que estén tontamente convencidos de que han venido a este mundo a ser felices. Ro, sin embargo, había vivido siempre con una máxima grabada a fuego en su psique: una tiene que hacer lo que puede con lo que tiene, aunque sea poco o prácticamente nada. Y estaba bien con eso, aunque a veces se le hiciera injusto, sobre todo desde que había conocido a la escritora.

Qué más quisiera ella que creer en el amor, en un tipo de amor, el que fuera, que se hiciera hogar y escondite, que permaneciera el tiempo suficiente como para decorarlo a su gusto. Ro había crecido creyendo en la soledad como estándar de vida, como punto de partida y, después, lo demás, si venía. No conocía el término *familia*, solo había visto una pequeña sombra de él en los escasos años que

compartió con sus últimos tutores. No era la suya, a pesar de todo, una soledad hecha de ausencia, pues ya se había encargado ella de llenarse el corazón de relaciones de todo tipo, de amistades intensas y de experiencias vitales que le hacían ser, honestamente, feliz.

Era otra forma de estar sola, una que tenía más que ver con no ser pensamiento primero de nadie al despertar, de no ser preocupación primitiva en ningún caso, pues, aunque tenía gente a su alrededor que daría todo por ella, era consciente de que no era prioridad para ninguna.

Ro no conocía la sensación de que alguien se percatara de sus ojos opacos después de una mala noche, no sabía cómo era la ternura con la que besa una madre cuando sospecha que su hija tiene fiebre; nadie se había fijado nunca en su forma cansada de caminar cuando el peso del mundo ralentizaba sus pasos, o de la sonrisa que era máscara cuando necesitaba un abrazo y un silencio a medias. Ella no lo había sentido nunca, pero tampoco lo necesitaba. Era, como le había pasado a la abuela de Paula en su juventud, lo que le había tocado. Un cuidarse una misma porque nadie se paraba a mirar.

Sintió envidia, algo que jamás hubiera imaginado, por su loca del amor, pues para ella la vida no era una consecución de días similares entre sí, sino que todo tenía una meta trascendental clara, un objetivo vital concreto, algo, en definitiva, en lo que creer y por lo que luchar.

Le hubiera gustado, se reconoció antes de dormir, saber cómo se sentía ese calor en el pecho de cuando alguien se gira para mirarte solo a ti.

***

Paula entró radiante en la cafetería un par de días después de su último encuentro. Había tenido algunas reuniones importantes y, hasta el miércoles, no pudo escaparse para desayunar con su camarera. La miró al otro lado de la barra, sonriendo con falsedad a una pareja de ejecutivos trajeados.

—Buenos días. Perdone, ¿tiene el Marca? —dijo nada más acercarse a la barra, sacando, de ese modo y por fin, una sonrisa sincera en Ro.

—Lo siento, aquí solo tenemos revistas de arquitectura y decoración de interiores. Es un bar moderno, como puede usted comprobar.

—Lo que acabo de comprobar es lo excitante que resulta que la llamen a una de usted. —Se rascó el mentón distraídamente.

—¿Acoso sexual en el trabajo? Esto es nuevo —Levantó una ceja e intentó ponerse seria, pero era imposible con la idiota de la escritora haciendo el tonto delante de ella.

—Entonces, no tiene el Marca, ¿no?

—Siento no tener lo que busca —dijo con doble intención y una mueca de fastidio.

—Yo sí que lo siento. —Cabeceó con tristeza, llevándose una mano al pecho. *Teatrera*.

—No, si al final lo voy a sentir de verdad.

—Te contradices, Ro. Un día me echas de tu casa por declararme, y ahora quieres que te ame con la fuerza de los mares. Aclárate.

—Aún estoy en la adolescencia, déjame en paz.

—Tienes más años que la orilla del río, pero vale. Ya que no tienes el Marca ni amor para mí, ¿me pones un cafelito con tostadas, por favor?

—Marchando.

Paula le guiñó un ojo y subió a su mesa de siempre, en el altillo del local. La camarera la buscó al terminar de preparar su desayuno y, al no verla, cogió la bandeja y comenzó a subir las escaleras, disgustada por que no estuviera en el lugar que se había vuelto el habitual para ella.

—¿Qué haces aquí arriba? —le reprochó al no descubrirla, siquiera, en la mesa junto a la barandilla, sino la del ventanal, escondida a sus ojos desde abajo.

—Es mi sitio de siempre. —Se encogió de hombros con simpleza.

—Pero tú…

—Es que se te olvida que yo vengo aquí a escribir, y la gente entrando y saliendo me distrae. Y tú, abajo, todavía más.

—Pensaba que venías a eso, a distraerte con mi impactante belleza. —Intentó vestir de soberbia su inseguridad mientras dejaba las cosas sobre la mesa.

—Se supone que tengo que parar de hacer esas cosas, ¿no? —Le sonrió con sorna, deshaciendo con la cuchara el dibujo abstracto que Ro le había hecho con la espuma del café.

—Eso es verdad. —Suspiró—. Que te aproveche el desayuno, escritorita ocupada.

—Toma, el azucarillo, camarerita reclamadora de atención.

Ro se marchó de allí con una piedrecita clavándosele en alguna parte. De tanto que Paula se había empeñado en hacerle sentir especial, había terminado por acostumbrarse, y el hecho de que la colocara en el lugar en el que ella misma le había pedido que lo

hiciera era algo que no terminaba de gustarle.

Quién te entiende, tía.

Paula intentó trabajar después de acabar con las tostadas, dejándose el café para releer lo que ya tenía escrito, pero la inquietud que le provocó notar la mueca insatisfecha de Ro en lugar de su alegría de siempre no se lo permitió por más de diez minutos seguidos. Un buen rato después, y sin poder concentrarse en lo que estaba haciendo por esa mosca inoportuna que tenía detrás de la oreja, se puso en pie y se acercó a la balconada, donde pudo verla en su trajín de todos los días, en la barra, con la frente brillante del sudor y, en esta ocasión, sin su sonrisa sempiterna. La notó meditabunda desde allí arriba, cabizbaja incluso.

Se le puso el corazón intermitente, como aviso del cruce de miradas que iba a tener lugar unos segundos después. Ro levantó la vista al sentirse observada, como si ahora también su pecho hiciera una señal de peligro inminente cuando la escritora andaba revoloteando a su alrededor. La miró y la vio allí parada, observándola con curiosidad y la cabeza ladeada, como si intentara extirpar en su actitud qué era lo que no le cuadraba. Ro levantó la barbilla, preguntándole sin palabras que qué quería. Paula se encogió de hombros, se colocó ambos índices en las comisuras de los labios y las empujó hacia arriba para dibujarse una sonrisa grotesca. La camarera no pudo evitar soltar una carcajada que alivió por completo el cuerpo tenso de la escritora, que respiró tranquila y volvió a su lugar.

Una hora después, Ro, algo más animada, regresó a ella con su vino de media mañana.

—¿Haces algo esta tarde? —le preguntó Paula a bocajarro, nada más verla aparecer.

—Iba a ir a escalar, pero Sara me ha dejado tirada. —Chasqueó la lengua.

—Dale las gracias de mi parte. ¿Quieres hacer algo conmigo?

—¿Algo como qué? —le preguntó con tono insinuante.

—Quizá, no sé, ya que pensabas hacer deporte, se me ocurre que podríamos hacer algo de cardio. —Se relamió los labios y Ro cayó como una colegiala en esa trampa tan burda.

—¿Estabas pensando en algo en particular?

—En escalada, pero horizontal.

Esa arena en la voz, ronca y apenas susurrada, junto a su ausencia de timidez en los dobles sentidos, eran irresistibles para la camarera. Se acercó a ella, aprovechando que, desde abajo, nadie podía verlas.

Le pasó los dedos por el cuello y tiró de su mentón hacia arriba para mirarla a los ojos, oscuros, peligrosos y llenos de pecados.

—¿Y dónde piensas hacer escalada horizontal, Paula? —Pasó las uñas por su piel, erizándola a su paso.

—Es un ciclo *indoor*. Creo que no te enseñé mi dormitorio el día que estuviste en mi casa.

—Se sabe mucho de una mujer por su habitación, sí. Fallo mío.

—No estaba yo para escalar aquel día. ¿Necesitas que te mande ubicación o te acuerdas?

—Está al final de esta calle, escritorita.

—Sales a las cinco, ¿no?

—Sí, pero estoy sudada de todo el día, Pau, tengo que pasar por casa.

—¿Para sudar más? Qué absurdo.

—Deja de hablarme así. —Deslizó la mano de su cuello a su nuca y tiró de los mechones que tenía cerca. Apretó los dientes, las piernas, el estómago—. Además, tengo que sacar a Conan.

—Pídele el favor a una amiga.

—Vale. —Se mordió el labio, con el pecho arriba y abajo y una mirada de las que te hacen tragar en seco.

—Sé dónde está el almacén, así que te aconsejo que vuelvas al trabajo. —Metió los dedos en el borde de su delantal y la obligó a agacharse hasta quedar a su altura—. A las cinco nos vemos.

Deslizó sus labios sobre los de Ro y, cuando esta sacó los dientes para morderlos, Paula se echó hacia atrás en su silla con una sonrisa ladeada. Negó con la cabeza y la camarera por poco pierde los modales y las formas, por lo que respiró hondo, dio un último tirón a su cabello y se alejó de ella, contoneando las caderas y mirándola por encima de su hombro.

Paula soltó todo el aire que llevaba un rato guardando y se encomendó a todos los dioses. No tenía la intención de llevar la conversación y los planes de la tarde por esos derroteros, pero a veces la vida nos lleva hacia lugares inesperados.

Se marchó una hora después, con el deseo grabado aún a fuego en su retina y las bragas para tirar. Se despidió de la camarera con un gesto de la mano, sin atreverse a aproximarse a ella, pues estaba segura de que, de hacerlo, no podría responder de sus actos.

A las cinco y diez, el timbre sonó, y ella, sentada en una esquina del sofá con las rodillas muy juntas y las manos sobre ellas, como la niña buena que no era, se levantó de un salto y fue a abrir.

—¿Es aquí el ciclo *indoor* de escalada? —preguntó Ro, guerrera

desde el minuto uno.

—¿Viene recomendada o pasaba por aquí?

—Recomendada.

Paula abrió sin decir nada más. Se miró en el espejo de la entradita y se aseguró de parecer lo más atractiva posible. El pelo asalvajado, como siempre, la camisa, color tierra aquel día, desabrochada hasta el límite del buen gusto y la sonrisa de matar.

Era la primera vez que iba a hacer el amor del cuerpo sin expectativas románticas, y no sabía muy bien cómo tenía que comportarse en una situación así. Ella, por lo general, teñía de amor la sensualidad, por lo que, en ese nuevo escenario para ella, no tenía muy claros los pasos a seguir. No quería incomodar a la morena con sus sentimentalismos predeterminados, pues, aunque ambas supieran que Ro no era la definitiva, lo cierto era que sentía cosas por ella.

Sonó el timbre de la puerta y el miedo se le metió en el cuerpo. Dio un par de saltos en el sitio, buscando liberarse un poco de la electricidad que fluía sin control por sus nervios, y abrió lentamente, preparándose para invitarla a merendar, a un vino, o quién sabía qué, para que no pareciera que habían quedado para lo que realmente habían quedado.

—Hola, Ro. ¿Qué tal has acab…?

La boca de la camarera no la dejó terminar. Cuando quiso darse cuenta de lo que estaba pasando, tenía las manos en su culo, la boca llena de su lengua, y empujaba la espalda de Ro contra la puerta, cerrada de un portazo. Todo se hizo un lío de manos ansiosas, luchas absurdas de poder y un reguero de ropa como migas de pan que llevaban hasta el lugar donde suceden las cosas extraordinarias.

—Te… te iba a invitar a merendar. —Jadeó cuando la camarera cayó sobre ella y ella sobre la cama.

—Eso es lo que pienso hacer. —Pasó la lengua desde la base de su cuello hasta el lóbulo de la oreja.

—Qué ingeniosa. —Rio el tiempo que pudo, que fue más bien poco, hasta que Ro incrustó su pierna entre las suyas, presionando el epicentro de su cuerpo.

—Y tú, qué habladora.

—Es que… uhmmm… joder… nunca había hecho esto… —Coordinó el balanceo indeciso de Ro sobre su cuerpo, moviéndola a su antojo y haciendo que se rozara contra ella con más intensidad.

—¿Nunca has follado a las cinco de la tarde?

—Sí, pero nunca… así…

—¿Sin amor? —Colocó la cara frente a la suya y bajó el ritmo de

sus movimientos, prestándole atención a la mujer que tenía debajo de ella, que parecía un poco descolocada por la situación.

—Sí.

—¿Quieres parar?

—Ni de coña.

Paula aprovechó la guardia baja de la camarera para cambiar posiciones. Ro gimió al caer contra el colchón, pues la escritora, sin perder el tiempo, tiró de su sujetador hacia arriba, sin desabrocharlo, dejándole los pechos a su voluntad. Los mordisqueó, los lamió, se los aprendió de memoria mientras Ro levantaba la cadera, buscando deshacerse del nudo que Paula estaba formando en su bajo vientre.

—Joder con la millonetis… Aaah… Y parecía tonta. —Jadeaba Ro, enroscando las piernas en su cintura, prestándose, de esa manera, a que hiciera con ella lo que le diera la gana.

—¿Te gusta así, más duro? —preguntó entre respiraciones agitadas, no dejando descansar el cuerpo de la morena en ningún momento. Parecía tener cien manos y siete bocas, pues en la piel de Ro estaba en todas partes a la vez.

—A mí me gusta como tú me lo hagas, Pau. —Le cogió la cara con las manos, deteniendo el maremágnum en el que la ahogaba la escritora, para que así, viéndole los ojos, supiera que estaba siendo totalmente sincera con ella.

—Vale.

La besó con lentitud, calmando sus instintos, que estaban un poco fuera de sí por la novedad, y comenzó un viaje en descenso por su cuerpo menudo. Los músculos trabajados de Ro se marcaban con sus caricias, con sus bocados a conciencia, con el paso rugoso de su lengua gruesa. Tiró de sus bragas con los dientes, llevándolas de nuevo a ambas a un lugar húmedo y caliente, burbujeante y desquiciado de ganas, de hambre, de desesperación.

Lanzó su ropa interior a cualquier parte y se hundió entre sus piernas sin más preámbulos. Recorrió sus pliegues melosos, sorprendida por tanto deseo acumulado allí. Lo hizo suyo, y se lo quedó, paladeando su sabor como si fuera lo más delicioso que hubiera probado jamás. Metió las manos bajo su culo para dejar aquel bocado exquisito al alcance de su boca y gimió, gimió como si el placer le perteneciera a ella en lugar de a la camarera.

—¿Te gusta? —le preguntó Ro, llevando una mano a su pelo, mirándola desde lo alto de aquella pared que había desescalado.

—Lo quiero de desayuno. —Deslizó su lengua con parsimonia—, comida —punteó su clítoris—, y cena. —Lo mordió, introduciendo en

su boca aquel nudo de nervios y haciendo que Ro empujara su cabeza contra ella.

—¡Joder!

La agarró del pelo, dirigiéndola allí donde más la necesitaba, y Paula, complaciente en las distancias cortas, dejó que la guiara aquella primera vez entre sus piernas.

Se desató un terremoto en sus muslos, que vibraban un ocho en la escala Richter, y en sus tripas. Fue ascendiendo uno y descendiendo el otro, como dos tsunamis imparables que todo lo arrasaban a su paso. Chocaron ambos movimientos sísmicos a medio camino, con un toque de lengua enloquecedor, llevando a Ro hasta los confines de la galaxia y trayéndola de vuelta con un ruido seco.

Se quedaron agotadas ambas, una por el placer sentido y otra por el otorgado, y de nuevo Paula escaló por la pared que era el cuerpo de Ro hasta su boca, para que entendiera el motivo por el cual se sentía satisfecha solo con el hecho de haberla probado.

—Hostia puta. —Se tapó la cara la morena con el brazo, soltando después una carcajada de estupefacción.

—¿Bien?

—¿Bien, Paula? —Se asomó para mirarla con una ceja en alto—. Creo que necesito un momento para asimilar. Aún estoy temblando.

—¡Toma! —se felicitó a sí misma, dejándose caer a su lado.

La miró de reojo, viendo cómo acompasaba su respiración poco a poco. A ella le salía abrazarla, colmarla de caricias, de mimos y de amor. Sí, de amor. Quizá no era del tipo al que ella había confiado su alma, pero podía sentirlo bullendo en su interior. Sin embargo, no estaba segura de cómo tenía que comportarse, si las caricias serían malinterpretadas, si sus arrumacos violentarían a la camarera, si, aunque no quisiera su fondo, tampoco querría su forma.

No tuvo que pensar mucho, pues Ro se trepó a su cuerpo, de lado, y fue ella misma quien depositó la cabeza en su pecho para descansar. Paula se quedó con los brazos pegados al colchón y los ojos muy abiertos, luchando contra sus instintos más primarios. La morena, desconcertada al no estar sintiendo ya el abrazo de Paula, cogió ella misma sus brazos y se rodeó con ellos.

—Un poquito de humanidad, ¿no? —le reprochó con una risa condescendiente.

—Perdona, es que… yo… no sé muy bien… —A pesar de su balbuceo, la estrechó con fuerza, hundiendo la nariz en su pelo, llenándose de su olor.

—Que no vayamos a casarnos no significa que tengamos que hacer

del sexo un trámite burocrático, Paula. —Le mordió el hombro como regaño.

—No te quiero incomodar.

—¿Por abrazarme?

—Por abrazarte, por follarte con amor, por…

—Eh, eh, para un momento, guapa. —Se incorporó sobre sus codos y la observó con calma—. Que estés enamorada no significa que tengas que follar con delicadeza, y no estarlo no quiere decir que lo tengas que hacer duro.

—Pero…

—En serio, Paula, ¿de qué año has venido tú? —Frunció el ceño, realmente preocupada.

—Yo… Yo siempre lo he hecho estando enamorada. Bueno, o creyendo estarlo, ya ni lo sé. —Se apretó las sienes con los dedos, agobiada de repente.

—Dios, es verdad que no tienes ni idea sobre el amor ni todo lo que lo rodea, ¿verdad?

—No lo sé. Yo ya no sé nada. Se suponía que el sexo con amor era una cosa, y sin amor otra totalmente diferente, porque cuando amas a alguien… —Bufó, sin saber cómo explicarse.

—Madre mía, Pau, qué perdida estás. —Se inclinó sobre ella con compasión y la besó lento para calmarle esa inquietud que veía bailar en sus pupilas—. ¿Puedes explicarme qué concepto tienes del amor, por favor?

—No, porque te vas a reír —refunfuñó como una niña pequeña. Si no estuviera abrazándola, se hubiese cruzado de brazos.

—Yo nunca voy a reírme de ti, Paula. No te juzgo, solo quiero entenderte. —Dibujó un camino con las yemas de los dedos por su mandíbula, animándola a abrirse con ella.

—Pues… ¿Sabes cuando en las películas el chico mira a la chica, se detiene el tiempo y empieza a sonar una música que solo pueden oír ellos dos?

—¿Y el pelo de la chica se mueve con un ventilador mientras sonríe como si le hubieran contado el mejor chiste del mundo? Sí, el cliché. —Enmarcó esas dos últimas palabras como si fuera un titular.

—Pues algo así es el amor. Es una cosa, Ro —se adelantó a la morena, que estaba a punto de interrumpirla, haciendo grandes aspavientos con las manos. Era su tema estrella, en el que brillaba—, que te cae encima sin remedio, se te pone delante, BOOM, un golpe de suerte, una epifanía sideral. Y ya está. El amor.

—Ya… Un flechazo, ¿no?

—Sí, una cosa que sabes antes de saber nada. Una verdad y basta —decía tan convencida y con tanta emoción que estremeció el corazón de la camarera.

—Vale. Y cuando sabes, ¿qué pasa?

—No te entiendo. —La miró como si estuviera hablando en otro idioma, y Ro no pudo contener las ganas de besarla. Le parecía tan ingenua, tan de cristal aún.

—Las películas están muy bien, y me creo que eso pase. Pero después, cuando salen los créditos y los protagonistas siguen su vida, ¿qué sucede? ¿Qué es de ellos cuando se dan cuenta de que no se soportan? ¿De que ella odia la manera en la que él deja siempre el vaso del café sin fregar y de que él detesta que ella no le preste atención a las cosas que le apasionan?

—No hay películas sobre eso —dijo Paula muy seria, como si esa respuesta lo explicara todo. Ro soltó una carcajada y se le subió del todo encima. Estaba tan equivocada, pero era tan adorable…

—Sí que las hay, pero a la gente no le gusta verlas. ¿Y libros? Cientos. Vamos a tener que ampliar la biblioteca de tu abuela para que te modernices un poco, nena.

—Pero, entonces, es que no era *ese* amor.

—¡Pues claro que no lo es! —Abrió mucho los ojos, haciéndole ver su punto—. Porque ese amor es de mentira, una ilusión que no se sostiene en nada. No dura, Paula, igual que a ti no te han durado tus amores más de tres polvos, y por eso no sabes que se puede follar como animales con amor y hacer el amor con una completa desconocida con la que has conectado una noche. —Se dejó caer sobre su cuerpo, como si hubiera gastado toda la carga de razón que tenía en su interior, dejándola exhausta.

—Vale, viendo mi historial puedo aceptar esto que me cuentas, pero entonces, no sé, explícame tu concepto del amor, a ver si ese tiene más sentido.

—Yo no creo en el amor, en ese amor que tú dices que te cae encima como un piano en mitad de la calle.

—Por eso, cuéntame en el que tú creas —le pidió con su voz de nada, acariciándole el pelo.

—No sé si creo en alguno —murmuró, un poco incómoda.

—¿Por qué?

—Ni siquiera conozco el amor de familia, así que no sé si mi concepto servirá. —Se encogió de hombros y Paula quiso metérsele dentro para acunarle el corazón.

—Hemos dicho que no nos íbamos a juzgar —le recordó.

—Pues no sé, Pau, si tengo que creer en un amor, creeré en uno que esté hecho de cosas bonitas, por supuesto, pero también de las feas, de lo que no nos gusta de otra persona, pero que aun así aceptamos. Un amor en el que una pueda ser una completa calamidad y no tenga miedo de mostrarlo porque está en un lugar seguro. Un amor que te acoja sin hacerte preguntas, que te bese las heridas por muy horribles que sean las cicatrices. Un amor que no tenga miedo a lo que no lo hace bonito, pero que lo hace real.

—Sigue, por favor.

—Es que las personas no somos perfectas, ¿sabes? Yo me pongo insoportable cuando creo que tengo razón, y soy una egoísta con las comidas que me gustan. Tú estás loca, pero loca del coño. Y mi amiga Elvira cree en las hadas y en los animales mitológicos. —Paula soltó una risotada—. Que cree de verdad, ¿eh? No estoy bromeando.

—Entonces, según esa teoría, ¿tu amiga Elvira necesita una persona que también crea en las hadas?

—¡No, eso según la tuya, porque volvemos a tu estúpida idea de las almas gemelas y esas mierdas hechas de perfección! No, Elvira necesita una persona que no la juzgue cuando se ponga a hablar de liliputienses, que le parezca adorable su inocencia y que la quiera así, con sus taras y sus rarezas.

—Entiendo… —Se mordió el labio por dentro, reflexionando. No era nada que no hubiera oído antes, pero sí era la primera vez en la que escuchó con genuino interés—. ¿Y realmente ese amor dura?

—Toda la vida, Pau, porque sería de verdad, porque no habría sorpresas desagradables, porque no daría miedo reconocer ante esa persona que te ama y a la que amas que eres un perfecto desastre.

—Vaya…

Paula dejó caer la cabeza sobre la almohada, rumiando las palabras de Ro, que aún seguían rebotando en el interior de su cráneo. ¿Podría ella creer en un amor así? ¿Sin toda esa parafernalia accesoria pero luminosa? ¿Un amor con la cara lavada, sin más pretensiones que ser, sin más, con libertad? ¿Un amor por el que nadie escribiría un libro pero que fuera, en definitiva, verdadero?

Ro alzó la cara de su pecho y casi pudo ver la nube de hongo de la bomba nuclear que acababa de hacer estallar en la cabeza de Paula. Sonrió para sí. Le había dado algo en lo que pensar.

Se recostó de nuevo sobre su piel cálida, y pensó que, quizá, incluso ella, podría darle credibilidad a un amor así.

17

Iba pasando páginas como quien devora pipas en una tarde de verano. Se mordía las uñas, lloriqueaba a menudo y reía de vez en cuando con las tonterías que se les ocurrían a unos personajes que ya estaba empezando a conocer. Pudo apreciar en todos ellos pinceladas de su escritora: el humor inteligente en uno, las intensidades en otro, esa manera excitante y sensual en la que jugaba con los dobles sentidos en el de más allá. Ninguno estaba basado explícitamente en ella, pero veía a Paula en todos.

Llevaba la tarde entera y parte de la noche sin poder parar de leer, rescatando de las frases que ponía en boca de otros su manera de sentir, tan apasionada; de creer, con tanta y tan absurda fe. Paula era capaz de dibujarle con palabras, sin darse cuenta, todas las aristas de su mundo interior, los lagos tranquilos en los que Ro solía nadar cuando estaba con ella, pero también los bosques encantados, los acantilados peligrosos, los páramos vacíos, tristes y solitarios.

Notaba, en la manera en la que transcurría la historia, la lucha dolorosa que llevaba años batallando en su corazón, el quiero y no puedo, el sí, pero no, la ansiedad de no alcanzar nunca la orilla por mucho que patalease en el agua, quedándose siempre a medio palmo de tocar el suelo con los dedos de los pies.

A veces solo tienes que dejarte llevar por la marea, Pau, y ella te llevará, quizá, a una playa mejor.

El miedo es un estado mental que no tiene ninguna lógica. Sucede y punto, y Ro podía extraer de la narración de la escritora que era un sentimiento que a menudo opacaba a todos los demás. Sin llevar siquiera la mitad de la novela, ya estaba segura de que ninguno de sus libros terminaba bien. A lo mejor, Paula pensaba que en su vida también iba a ser así.

Sonó el teléfono y, del susto, soltó el libro sobre las piernas. No sabía ni qué hora era y casi le costó reconocer el lugar en el que se encontraba, una vez expulsada del plano en el que la escritora la había absorbido con sus letras. Descolgó y escuchó una respiración agitada y pesada seguida, tras unos segundos, por un grito atroz.

—*Hola, Roooooooo*.

—¡Pero no grites! —Soltó una carcajada involuntaria—. ¿Tú sabes la hora que es, loca?

—*Es la hora del amorrrrrrrrrr*.

—Parece que la cena con Eli y Laura se ha alargado un poquito, ¿no?

—*Un poquito, jaja. Jajajaja. Jajajajajajajaja. Uf, qué risa*.

—Menudo pedo llevas, amiga.

—*No soy tu amiga, soy tu chica, pero no tu novia. No me ves, pero estoy poniendo una carita muy triste*.

—¿Cómo de triste? —Dejó el libro sobre la mesa de centro y se acomodó en el sofá para disfrutar de la conversación ebria de Paula.

—*Como dos puntitos y abrimos paréntesis. Un paréntesis enorme*.

—Los puntitos también son grandes. Tienes… tienes unos ojos muy bonitos.

—*Hala*. —Un silencio atónito al otro lado—. *Es la primera vez que me dices algo así*.

—¿En serio?

—*Te lo juro por Darth Vader* —dijo Paula, muy seria. Ro estaba segura de que, incluso, había dejado de caminar.

—Pues me parece que tienen una forma muy bonita. ¿Y el color? Increíble.

—*¿De verdad te gusta el color de mis ojos?* —preguntó con un tono ilusionado que hizo sonreír a Ro.

—Sí, y tus pecas. Eres guapísima, te odio.

—*Del odio al amor hay solo un paso, Rrrrro*.

—Pero es un paso muy largo y yo tengo las piernas muy cortas.

—*Yo te llevo en brazos, que soy gigaaaaaaaaaante*.

—Mi gigante verde —susurró, con un absurdo tono meloso que no la representaba en absoluto. Ella puso una mueca asqueada y Paula soltó un suspiro de satisfacción—. ¿Ya vas para casa? —Intentó salir de ese momento incómodo, al menos para ella.

—*Sí, estoy caminando a ver si me espabilo. Jodida Laura, la han cogido en un* casting *y yo voy más pedo que Alfredo un jueves por la noche*.

—Y me llamas a mí para que lo sepa. Ya te vale.

—*Se dice que somos de quien nos acordamos cuando estamos borrachas. Yo soy toda tuya, Ro. Y ojalá me quisieras*. —El tono abatido de la escritora removió las tripas de la camarera.

—¡Anda ya! Si tú ya pasas de esas cosas, te estás convirtiendo en una mujer fuerte e independiente, Pau.

—*Eso es verdad* —murmuró, algo más convencida—. *¿Qué estabas*

haciendo? Me has cogido la llamada enseguida.

—Estaba leyéndote. Literal y metafóricamente.

—*¿Qué?*

—Nada, tus neuronas no dan de sí para entender lo que te acabo de decir.

—*¿Estás leyendo un libro mío?*

—Sí. El primero.

—*Noooooooooooo* —se lamentaba, a voces. Los vecinos de la calle por la que pasaba debían de estar contentos—. *¡Ese es el peor, Ro!*

—A mí me está gustando mucho. Es… muy tú.

—*Y como es muy yo, y yo te gusto, pues… ¡Tachán!*

—Fácil, sencillo y para toda la familia. Hasta una borrachilla como tú lo entiende.

—*Estoy pasando por la puerta de tu bar. Yo creo que mañana…* —Un lamento, el ruido del móvil cayendo contra el suelo y roces de manos —. *Perdón, ¿te has hecho daño?*

La carcajada de Ro fue tal, que Paula estaba segura de que la hubiera podido escuchar sin el teléfono mediante.

—No, tranquila, estoy bien. —Le seguía saliendo la risa a borbotones.

—*Como te decía, no creo que mañana pueda ir a desayunar, es muuuuy tarde y a mí me gusta mucho dormir*.

—No pasa nada, nos vemos la semana que viene.

—*Ya. La semana que viene*.

Las dos escuchaban atentamente los sonidos que llegaban del otro lado, ninguna muy contenta con aquello de no verse en tantos días. Pensaron a toda velocidad una excusa para quedar antes, una más rápido que la otra, todo sea dicho, y terminó por ser Ro, como nadie se podía esperar, la que hablara primero.

—El domingo quiero irme con Conan a la sierra, y resulta que le caíste muy bien, así que…

—*Sí*.

—¡Pero si no he terminado de hablar!

—*Da igual, sí, sí a todo lo que tenga que ver contigo*.

—Ay, Pau…

—*¿Qué?*

—¿Cómo vas de borracha?

—*Un montón así de grande*. —Ro notó cómo se alejaba el teléfono de la cara e imaginó que estaba abriendo los brazos a todo lo que daban.

—¿Tanto como para no acordarte de esta conversación mañana?

—*Seguramente no recuerde ni que te llamé. Llevo diez minutos en el portal de mi casa porque no sé en qué piso vivo*.

—El quinto. Qué desastre. —Reía como una colegiala la morena, y sonreía, encantada de la vida, la castaña—. Entonces, ¿no te vas a acordar?

—*Que nooooo. ¿Me vas a decir ya lo que me ibas a decir antes?*

—Que me encantas —susurró, muerta de vergüenza.

—*¿Cuánto?* —ronroneó Paula, mordiéndose el labio.

—Un montón así de grande. —La imitó y abrió los brazos de lado a lado.

—*Eso es un mogollonazo, Ro*.

—Culpa tuya por ser tan adorable.

—*Yo creo que… Espera…* —Sonido de llaves y una puerta abriéndose a duras penas—. *Yo creo que es por estar leyendo mi libro. La labia conquista, nena*.

—Ya te dije que estaba loca por tu cerebro.

—*¡Pues ya podrías estar loca por mi corazón, maldita! No, no te rías. En realidad hacemos una pareja fetén. Yo tan seria…*

—Sí, muy seria.

—*Esto es una excepción, Ro, no me interrumpas* —lo dijo con tanta severidad que la camarera tuvo que morderse la boca para no soltar más la risa—. *Yo tan seria y tú tan viva la vida. Yo tan loca y tú tan cuerda. Yo necesitándote y siendo consciente, y tú necesitándome, pero sin darte cuenta*.

—¿En qué se supone que te necesito yo? —dijo con un tono altanero y la ceja arriba.

—*Necesitas mis azucarillos, Ro, y mi magia. Una vida sin magia es como… como… como una mansión sin fantasma*.

—Tu mansión no tiene fantasma.

—*Anda que no. Estoy en el ascensor, igual se va la cobertura*.

—Te espero.

Ro sentía el corazón a punto de salírsele por la boca. No recordaba haberle dicho nunca a nadie esa cosa tan tonta. *Me encantas*. Dos palabras que no decían nada que ninguna de las dos no supiera, pero que ponían sobre el tapiz una realidad ya inamovible. Quizá sí tenía algo que ver el hecho de estar leyendo un libro suyo, pues jamás la había sentido tan metida dentro de su mente.

—*Ya estoy en mi casa. Me voy a tumbar un poquito en el sofá, ¿vienes?*

—Voy contigo, pero vamos a la cama, que como te acuestes en el sillón no te despiertas hasta mañana. —Se levantó y fue hacia su

habitación.

—*¿Quieres dormir conmigo?*

—Ya hemos dormido juntas antes.

—*Pero nunca cuando me has dicho que te encanto. Que yo lo entiendo, ¿eh? Que yo sé que gusto a las mujeres, con este rollito misterioso y enigmático de escritora bohemia con nalgas duras como piedras, pero luego se dan cuenta de que no soy nada más que una mujer desesperada y se van*.

—No eres una desesperada, Pau, aunque estoy de acuerdo con lo de las nalgas.

—*¿Has visto? Y sin hacer deporte, tremendo material genético*. —Dejó escapar una risa nasal y se fue quitando la ropa a trompicones—. *Siento decirte que sí, Ro. Estoy desesperada por el amor y eso las mujeres lo huelen y huyen despavoridas*.

—¡Serás falsa! ¡Si me has dicho que siempre huyes tú!

—*No siempre. Mírate, me calaste desde el principio y me mandaste a paseo. Normal, por otra parte*.

—Sí, vamos, he huido un montón —ironizó.

—*No huiste de mi cuerpo, pero sí de mi amor*.

—No huyo de él. Me… me gusta tu manera de querer, con muchas reservas, tampoco te vengas arriba. Es que a mí nunca… bah, da igual.

—*No, dímelo*.

—No te vas a acordar mañana, ¿verdad? —preguntó, con el temor en la voz.

—*Verdad verdadera*.

—Que nunca me habían querido de esa manera. —Silencio, un carraspeo y una voz acelerada—. Que sé que no me quieres, porque eso no es querer, así te lo digo, pero bueno, ya me entiendes.

—*¿Ves como me necesitas? Pero no entras en razón. Uy*. —Ruidos extraños al otro lado y, de nuevo, Paula al aparato—. *Ya estoy metida en la camita*.

—Yo también, que mira qué horas son y entro a las ocho.

—*No has estado conmigo en todo el día, pero sí has estado conmigo leyendo mis historias. ¿No es eso, acaso, hermoso, Ro?* —dijo en tono rimbombante y somnoliento.

—Así me he sentido toda la tarde, la verdad. Contigo.

—*Me gustas así, más cariñosita*. —Se le iba apagando la voz a medida que hablaba.

—Y a mí me gustas más así, sin memoria.

—*Tengo un duende que me chiva todas las mañanas las cosas de las que no me acuerdo cuando hablo con la chica que me gusta. Es azul y,*

cuando vuela, se confunde con el cielo.

—¿Vuela?

—*Sí, ahora seguro que está ahí contigo, escuchando todo lo que dices y la cara de tonta que pones cuando hablamos*.

—Pues a ver si lo cazo. Buenas noches, Pau.

—*Buenas noches, Ro*.

La morena dejó el teléfono cargando y se llevó las manos al pecho. Cogió aire y lo fue soltando lentamente, sintiendo cómo salía de sus pulmones hasta dejarlos apretados. Se había arriesgado al decirle todo lo que había salido de su boca esa noche. No quería ni imaginarse a Paula si al final lo recordaba, no habría quien la aguantara. Además, estaba convencida de que, de hacerlo, volvería a poner al máximo su intensidad, la misma que las había llevado a ambas hasta el borde del precipicio. Y Ro no estaba dispuesta a eso.

No quería su amor, era cierto, pero tampoco tenerla lejos. Tenía razón en algo, y no fue hasta que lo dijo que no cayó en la cuenta: necesitaba un poco de su magia inofensiva para hacerse la vida un poco más significativa. No lo había visto hasta justo ese momento, y la sensación que le dejó, lejos de inquietarla, le dio algo de paz. Quizá era eso lo que tanto le atraía de Paula, esa necesidad de trascender, de alguna manera, que la lanzaba sin remedio hacia ella.

¿Cómo no iba a desear, una persona tan acostumbrada al desamparo como Ro, el ser mirada de esa forma, ser diana de esas palabras tan grandilocuentes que solo tenían una parte muy pequeña de verdad, pero que era suficiente para sentirse importante, especial para alguien, al menos por una vez?

Paula podía darle eso que nunca había sido una necesidad para ella, sino más bien una carencia a la que se había resignado con los años. ¿Era justo para la escritora? Tampoco es que quisiera más de lo que ya le regalaba en esa relación a medias y con muchas comillas que estaban manteniendo, pero aun así…

Deseaba que la amara, se reconoció, girándose en la cama. Solo un ratito, de esa loca manera suya, y basta. Que la abrazara con tanto y tanto amor que experimentara durante un espacio de tiempo muy breve, diminuto si fuera necesario, lo que era sentirse querida, querida de verdad, elegida entre un millón, aunque fuera falso, pues era consciente del amor de mentira que le profesaba la escritora.

No le importaba, solo quería… Calor, un lugar en el mundo, un hogar efímero, un rincón minúsculo, entre sus brazos, en el que echar raíces el tiempo que dura una canción. No quería desaparecer sin haber vivido nunca esa sensación, y la escritora parecía hecha a

medida para dárselo.

Agitó la cabeza, intentando sacar esas tonterías de su cerebro a rebosar de Paula. Ella solo era una chica sin pasado y sin futuro a quien solo le pertenecía el presente, durara lo que durara. Y en él pensaba quedarse lo que la escritora la dejara.

Solo cinco minutos más.

***

Estaba fregando unas copas en la barra cuando una sombra se le plantó delante. La copa cayó y se hizo añicos, pues sabía, antes de mirar, de quién se trataba. Ahora tenía sentido ese bumbúm acelerado de su corazón de hacía un momento.

—Buenos días, Ro.

—Buenas tardes, Pau. —Le dedicó una sonrisa mordida. A pesar de la cara de muerta viviente, la encontró preciosa—. No te esperaba hoy por aquí.

—Me gusta sorprenderte. —Se encaramó a un taburete y entrelazó las manos sobre la barra.

—¿Qué te pongo?

—Bastante. —La miró con picardía y se aguantó la risa—. Perdón, sé que está muy visto, pero no lo he podido evitar. Nunca había ligado con una camarera.

—¿Ah, no?

—No. ¿Me pones un batido de antiácido, por favor?

—¿Tienes ardores?

—El jodido infierno en las tripas. Compadécete de mí. —Hizo un puchero y ladeó la cabeza. Tenía ese gesto tierno muy ensayado.

—Si es que ya no tienes edad para esos excesos. ¿Un café?

—Mejor un Aquarius. Del tiempo. —Hizo una mueca de dolor, cerrando un ojo, y se tocó la tripa—. Menos mal que anoche me acompañaste a casa.

—¿Cómo?

—Cuando te llamé. —Su mueca de inocencia puso en alerta a Ro.

—Te… ¿Te acuerdas? —Se le secó la garganta.

—Apenas, frases sueltas. Espero no haber hecho mucho el ridículo.

—No te preocupes, está todo bien, fue muy divertido. —Le tendió la bebida y echó un vistazo a la barra para asegurarse de que nadie estuviera esperando ser atendido—. ¿Y cómo es que has venido?

—Si no venía hoy, me tendría que esperar al domingo, y eso sí que no.

—Ah, de eso también te acuerdas… —Se mordió los labios por dentro, nerviosa.

—Sí, aunque ahora que lo pienso… —Dejó la frase en suspenso, acariciándose la barbilla y matando de inquietud a la morena, que la observaba con los ojos como platos y el corazón detenido. Disfrutó del momento, echándole un vistazo de reojo—. Podría haber venido mañana, que también trabajas. Qué tonta.

El suspiro de alivio de Ro le removió el flequillo, y Paula sonrió tanto que quedaron sus ojos en rendijas. Dio un trago a la bebida mientras esperaba que Ro volviera a estar libre, pero parecía que, tan cerca del mediodía, eso iba a ser imposible. El bar se iba llenando a cada minuto, por lo que terminó lo que le quedaba en el vaso y le pidió la cuenta de la semana.

—Nos vemos el domingo, ¿no?

—Sí, bueno, si te sigue apeteciendo.

—Sí, sí a todo lo que tenga que ver contigo —repitió las palabras de la noche anterior, dejando a Ro con la boca entreabierta de estupor.

—Va…, vale. Pues nos vemos el domingo. Te recojo.

—Está bien. Vamos, duendecillo, que Ro tiene que trabajar.

Hizo como que llamaba a un perro, le guiñó un ojo a la camarera y salió de allí con tanta confianza al caminar que parecía que viniera de hacerse con el control de la galaxia. Ro se apoyó en la nevera que tenía en su espalda y negó con la cabeza, incapaz de retener una sonrisa estúpida.

—Qué capulla.

La acidez, el dolor de cabeza y el malestar general se habían esfumado del cuerpo de la escritora, que entraba de nuevo en casa con la cabeza llena de pájaros bulliciosos. Por supuesto que se acordaba de todo, y el pánico ingenuo de Ro al verla llegar le confirmó que no había sido un sueño.

Las confesiones a media voz de la noche anterior no eran nada por lo que festejar, pero le ponía a bailar el corazón el hecho de que alguien como Ro, tan pragmática y tan alejada del lugar imaginario que ella habitaba, se hubiera dejado contagiar por su universo de pequeñas cosas, metiendo un pie en su agua para probar la temperatura.

No esperaba más de Ro, solo esa curiosidad innata en ella, que todo lo quería saber y todo lo quería asimilar. No mintió al decirle que también podría aprender cosas de ella, de su visión extraña pero apasionada de la vida y del amor, que la necesitaba en parte para

dejarse gobernar por las cosas intangibles e inexplicables, por lo que no puede ser, pero que está.

Una detenida a mitad del camino para descansar de su infausto destino, y la otra para dejarse asombrar por todo lo que la primera le iba señalando con el dedo y en lo que ella, por sí misma, jamás se hubiera parado a mirar.

***

—Conan el Bárbaro es muuuuy fuerteeee —cantaba Paula, agarrándole las patitas al animal para que bailara al ritmo de la canción que se estaba inventando.

—Así no puedo quitarle las correas, la madre que te parió, Paula —rezongaba Ro, con medio cuerpo metido por la otra puerta trasera, luchando contra los enganches de la sujeción del perro.

—¡Conan el Bárbaro te va a comeeeeeeeer! —seguía ella, más risueña a medida que Ro se enfurruñaba.

—No tengo un hijo, ¡tengo dos! —le reprochó, quitándose el sudor de la frente.

—¡Conan el Bárbaro es el más bebéééééééé! ¿A que sí, perro? ¿A que eres un bebé?

—Uf, ya está, joder, perro suelto y escritora castigada.

—Oye. —Salió del coche y miró a Ro por encima del capó—. ¿Cómo que castigada?

—Por no dejarme soltarlo tranquila. —Se cruzó de brazos y elevó la barbilla.

—No seas mentirosa, que te he visto sonreír.

—Porque cantas muy mal, Paula.

—¿Y el «Pau»?

—Estás castigada he dicho.

—Jo, Ro, en serio, con lo guapa que estás con esa ropa de lesbiana campestre. —Se fue acercando a ella con cara de querer ablandar al guardián del infierno, pero la camarera era mucho peor que el Can Cerbero.

—Ni Ro, ni Ra, que estás tú muy graciosita hoy.

—Es que tenía muchas ganas de verte y me pongo nerviosa, como los niños pequeños, entiéndeme. —La arrulló con la voz y deslizó los brazos por los hombros de la morena, obligándola a quedarse frente a ella y acariciando el pelo suelto de su nuca.

—Eres una zalamera.

—Pero te encanto.

—¡Paula! Si es que lo sabía. —Intentó zafarse, pero la escritora no se lo permitió.

—Eh, quieta, fierecilla. Ni que me hubieras dicho que estás enamorada de mí, chica. Que te encanto es más que evidente, si no de qué ibas a estar quedando con una desequilibrada del amor como yo, ¿eh?

—Eso es verdad. Eres insoportable. —Pasó las manos por su cintura y se pegó a ella.

—Y tú pareces no solo mi novia, sino mi esposa amantísima con esta estampa tan matrimonial que estamos protagonizando hoy. Yo hago el tonto, vale, pero es para hacerte reír.

—Eres imbécil.

—Mmmmm, el *imbécil* más bonito que me han dicho nunca.

—Ven aquí, anda.

Tiró del cuello de su camiseta y la acercó hasta su boca. Le repasó los labios con lentitud, desesperando a Paula que, hambrienta, intentaba capturar la suya. Se apartaba y volvía a aproximarse con una sonrisa despiadada, gozando de esa venganza dulce.

—Tú también me encantas, ¿lo sabías? —le susurró Paula cuando, por fin, pudo besarla como era debido.

—Sí, lo sabía. Se te nota en la manera de mirarme.

—¿Sabes en qué se te nota a ti que te encanto?

—No tengo ni idea —negó, golpeando su nariz con la suya, embelesada.

—En que, a pesar de que soy un despropósito de persona, estás aquí.

—No, perdona, la que está aquí de invitada eres tú, porque Conan y yo íbam… —Paula la calló con un pico.

—Intenta no quedarte con las palabras dichas, sino con lo que significan. Así me entenderás mejor. —Dejó un beso en su frente y se apartó—. Bueno, ¿movemos el culo o qué?

—Tus nalgas como rocas.

—¡Mira, mira!

Paula se puso frente a ella y contrajo y relajó varias veces los músculos del trasero, consiguiendo la carcajada ruidosa y desafinada de la camarera. La risa más fea del planeta y era música para sus oídos. Las cosas que consigue el amor, o su espejismo, ¿eh?

Comenzaron una ruta sencilla, contando con que el máximo ejercicio que hacía la escritora eran los dos abdominales que necesitaba para levantarse de la cama por las mañanas. Conan disfrutaba como un niño, aproximándose a ellas solo para recibir

algunas caricias en la cabeza y beber agua cuando hacían una parada.

—¿Ya hemos llegado? —Se detuvo Paula con los brazos en jarras, la cara sudorosa y la respiración al límite.

—Estamos en mitad de la nada, ¿crees que era esto lo que quería enseñarte?

—No, la verdad es que este cortafuegos es más feo que un frigorífico por detrás. —Ro soltó una risita entre dientes y sacudió la cabeza, mucho más fresca que su acompañante—. Terrible lugar para venir con una loca del hacha, Ro. Te hacía más inteligente.

—Ya no me pareces la loca del hacha. —Le pasó la botella y la observó beber agua como si llevara una semana sin hacerlo.

—¿No?

—No. Has bajado un puntito la intensidad.

—Y eso te gusta.

—Me hace sentir más cómoda. Puedo hacerme con esta Paula accesible, la otra volaba muy por encima de mi cabeza.

—¿No te gusta verme surcar los cielos?

—Sí, la verdad es que me gusta, pero allí arriba no te puedo alcanzar.

—Y me quieres alcanzar —dedujo, con un tono de superioridad, volviendo a guardar la botella en la mochila.

—Es que este culo prieto es mi perdición. —Se encogió de hombros, le dio una palmada y continuó el ascenso.

Cuando llegaron a la cima, Ro temió realmente por la salud de la escritora, que le pedía tiempo levantando un dedo mientras aspiraba cantidades ingentes de oxígeno con la cabeza entre las rodillas. Le iba a dar algo.

Se movió hacia la zona del mirador, dejando que se recuperara a su ritmo. Depositó en el suelo el cuenco con agua para Conan, se apoyó en la barandilla de madera y se llenó de aire los pulmones. Paula no tardó en colocarse a su lado con la cara como un pimiento y el pelo en una coleta alta, un poco desprolija con tanto ajetreo.

—Antes todo esto era campo —fue lo primero que dijo, señalando, efectivamente, a la extensión de tierra que tenían delante.

—¿Y ahora qué se supone que es?

—Una foto para Instagram —dijo con desidia.

—Eres una *hater* de las redes.

—Qué va, solo quería soltar una de mis frases de guion.

Ro le sonrió, le colocó un mechón rebelde tras la oreja y devolvió los ojos al terreno, entre verde y rojizo, que tenían delante. Estuvieron en silencio, admirando el paisaje, hasta que la respiración de la

escritora se acompasó del todo.

—Ha merecido la pena mi casi muerte a manos del ejercicio aeróbico por estar aquí arriba.

—Me alegro de que te guste. Aunque tengo que reconocer que las vistas con el ciclo de escalada *indoor* no tenían nada que envidiarles a estas.

—Me vas a sonrojar.

—No eres tú la única que tiene frases de guion.

Paula la miró con cariño y le dio un golpe de cadera. Le encantaba ver a su camarera tan suelta, como si fuera cierto que, al principio de su relación, se hubiera visto cohibida por su manera, tan vehemente, de tratarla. Por fin sentía que estaba haciendo algo bien.

—Joder, cómo necesitaba esto. —Cerró los ojos, abrió los brazos y respiró profundo.

—Dijo la que se pasa los días en una finca de ocho mil hectáreas… —Se mofó y, de repente, un recuerdo le vino a la mente—. Hablando de necesidades… La noche fatídica de la llamada de teléfono…

—Cuando me dijiste que te encanto —la interrumpió por lo bajo.

—Cuando te dije que me encantas —cedió, con los ojos en blanco y chasqueando la lengua—, también me dijiste algo sobre que tú me necesitabas y yo a ti.

—Anda, es verdad, no me acordaba. —Se llevó una mano a la frente y sonrió en grande—. Pues sí, Ro, me necesitas porque, tú misma lo has dicho antes, si estás viéndome surcar los cielos con mis extravagancias, eso hará que también te fijes en las estrellas, en los agujeros negros, en los cometas… No todo lo importante sucede sobre la tierra. A veces hay que levantar la mirada.

—Ya, si eso lo entiendo, y puede que esté un poquitín de acuerdo. —Acercó el pulgar y el índice hasta casi juntarlos.

—¿De verdad? —Dio un saltito en el sitio, emocionada.

—Sí, bueno, es genial verte volar, en serio —asintió, convencida, para darle ímpetu a sus palabras—, y me encanta mirar tu cielo, pero es que tú te empeñas en verles forma a las nubes e inventarte historias increíbles con ellas que solo están en tu cabeza y…

—Al grano, Rocío —le dijo con resentimiento fingido.

—Jajajajajaja, qué picada eres. En fin, a lo que iba, que sí, que me gusta dejarme llevar por tu impulso de intensidad y, aunque yo no pueda volar, ni quiera —puntualizó, provocando una mueca de desagrado en Paula—, disfruto mucho planeando cuando tiras de mi gravedad.

—*Wow*. ¿Seguro que no eres escritora?

—¡Paula!

—En serio, desearía haber dicho eso.

—Es que te leo y se me pega —se excusó, con un ramalazo de timidez —. Bueno, que no me dejas terminar. Entiendo en qué podría necesitarte yo, pero ¿tú a mí? ¿Para qué me ibas a necesitar?

—Para que me salves.

—¿De qué?

—De mí.

Ro la miró como si fuera la primera vez que la veía. De repente, el universo hizo clic, como si una de sus cientos de esferas hubiera encajado al fin. No supo ni qué decir, pero fue Paula, con los ojos vidriosos y la voz de cristal, quien tomó de nuevo la palabra.

—Necesito un amor que me salve, que me mate este miedo que me ahoga, que me lo saque de dentro, porque no puedo más…

Ro se acercó lentamente, como en trance, a su cuerpo inquieto y lo abrazó, intentando sostener los pedazos inestables que amenazaban con caer ruidosos contra el suelo. Le acarició el pelo y se hizo grande para ella. Se transformó en ancla, en puerto, en monolito inamovible, y Paula se aferró a su carne y a sus huesos como si de verdad lo necesitara.

Quiso rebatir sus ideas, hacerle ver lo equivocada que estaba, que el amor no va de salvar a nadie, pero comprendió que debía dejarlo para un momento mejor. Se limitó a permanecer, a salvarla de otra forma, una menos poética, pero más cierta. La acunó con ternura, con mimo, y le dio un lugar donde estar a salvo.

Y ella, de rebote, tuvo la sensación de estarlo también.

18

La luna estaba altísima esa noche. Paula la observaba con detenimiento, analizándola, como si estuviera esperando que le contara algún secreto inconfesable. Ladeó la cabeza y suspiró, deseaba con todas sus fuerzas que aquel golpe de aire lleno de todo lo que le andaba bullendo dentro no desencadenara ningún tipo de caos, que el efecto mariposa no fuera tal y que simplemente se quedara en una exhalación que solo pretendía sacarle la emoción de las tripas. No, Paula no quería que se modificara su realidad, se negaba a que un pestañeo al otro lado del planeta deshiciera el equilibrio apacible en el que se encontraba dormitando. Quería quedarse donde estaba, en un balcón que no era suyo, con los pies descalzos, una camiseta que le iba un poco corta y una mujer desnuda dos habitaciones más allá.

Nunca habría creído posible esa paz. Jamás se hubiera imaginado que la nada estuviera tan llena de cosas, tan abarrotada de aves migratorias y ruidos de ambiente que se dejaban de apreciar por la costumbre de que siempre estuvieran ahí, pero, que si una se paraba un momento a escuchar, se daba cuenta de que no habían dejado de sonar, como la marea que no se calla ni cuando se hace de noche.

Había llegado a la conclusión, de una manera más bien dolorosa pero indiscutible, de que una mentira dicha cien veces no se convierte en verdad, que la felicidad no es un estado sostenido en el tiempo, sino que está hecha de instantes diminutos colgados, como pinzas, de una cuerda de tender. Allí, sola, respirando el aire templado de mayo, estaba a punto de tener uno de ellos.

Se le puso alerta el corazón, traspasando la ropa con la luminosidad intermitente que le salía del pecho. Un aviso de su cuerpo y un silencio seguido de un ruido casi invisible de pisadas. Se acarició la grieta, abierta desde el día que tuvo delante a su camarera. Ya no escocía, no supuraba ya, porque es imposible que duela lo que no se desea tener. Acarició con los dedos, a través de la camiseta prestada, los pétalos de la rosa que había brotado de su esternón, y deslizó las yemas hasta delimitar las espinas, las grandes olvidadas del amor. No pinchan si no aprietas, y en esas estaba: en dejarlas estar sin querer atraparlas con las manos para quedárselas.

Un cuerpo cálido pegándose a su espalda, un mentón en el hombro, un beso a hurtadillas en la base de su mandíbula y una nueva pinza unida a las demás.

—¿Qué haces?

—Estar aquí.

—¿Puedo estar aquí contigo un ratito?

—Todo el que quieras.

La escritora sonrió para sí. Ro era una increíble rival para sus frases de guion, pues, sin saberlo, acababa de resumir en una conversación improvisada todo lo que les estaba pasando. Acompañarse durante un periodo breve de tiempo, el necesario para coger fuerzas y seguir hacia delante. ¿Cada una en una dirección? No quería pensarlo todavía, pues de Ro había aprendido a disfrutar el presente en lugar de añorar un futuro que no le pertenecía.

Le acarició las manos, posadas en su tripa, y echó la cabeza contra la suya, en un gesto tan íntimo que la dejó de piedra. Se sentía cómoda en su piel, algo que no le sucedía desde hacía demasiado tiempo, y era culpa de Ro. Con ella no le importaba saberse perdida, ya que había sido precisamente la camarera quien se lo hizo notar, quien la miró sin la venda de la idealización en los ojos, tal y como era: una chica desquiciada y hundida por el peso de sus propias expectativas. Y las ajenas. Se dejó llevar, al conocerla, por su aura neblinosa, sin perder de vista su cuerpo castigado por las inclemencias de un corazón que ansiaba ser querido; apartó con los brazos la vegetación que rodeaba lo que aparentaba ser y se quedó en su figura solitaria y un poco triste. No se dejó deslumbrar por lo que la adornaba, sino por todo lo que había debajo.

No podía temer ser juzgada por una mujer que miraba descarnada su alma y, en lugar de correr, había tirado de su mano para apartarla a un lado del sendero. Y se quedaba con ella, como un ángel de la guarda.

Entendió, de golpe, el amor del que Ro le había hablado días atrás, y pensó que, aunque no fuera una manera muy poética de querer, era la más piadosa de todas. No hacía daño.

—¿En qué piensas?

No fue hasta que cesó el flujo de sus pensamientos que preguntó, como si pudiera verlos a través de su pelo y de su piel y de sus huesos. También en eso era hermosa su manera de esperarla.

—En los ángeles.

—Qué manía con creer en cosas que no existen, Pau. —Un golpe de su nariz contra el cuello y una risita ronca.

—Como el amor, ¿no?

—Exacto.

—¿Crees en los ángeles, Ro?

—Por supuesto que no.

—Pero..., ¿te los imaginas?

—Sí —susurró, adivinando por dónde iba la escritora.

—Pues de eso va un poco el amor.

La camarera se alejó un segundo del hueco de su cuello y observó su perfil. Paula tenía la vista perdida en el horizonte, ensimismada, embebida en sus propias palabras, y cayó en la cuenta de que tenía razón. No creía en el amor, pero le había descrito el que ella se imaginaba como si lo conociera, como si lo ambicionara incluso, como si algo le dijera que existía, en alguna parte.

La miró con una admiración nueva y desconocida, como si, ahora sí, todas las patrañas y cuentos de hadas que le había contado hasta el momento obtuvieran de repente un peso de verdad abrumador. Fue un instante de nada, pero pudo ver el mundo con los ojos soñadores de su escritora. Y era bello. Y tuvo ganas de llorar.

Estaba aprendiendo de Paula a cambiar, de vez en cuando, el prisma con el que observaba la realidad, y parecía que, de ese modo, la vida cobraba algo de relevancia.

—¿En qué piensas tú? —le devolvió la pregunta, apretándose ella misma el abrazo de Ro en torno a su cintura.

—En la magia.

—La magia tampoco existe, Ro.

—Aquí, contigo, sí.

Paula se giró a mirarla, sorprendida por sus palabras y alborotados todos los insectos voladores de su interior. Sus ojos planearon lentos hasta posarse sobre los suyos y la raja del pecho volvió a escocer. No debía anhelar el amor de alguien que no creía en él, se recordó, pero cómo no hacerlo cuando parecía que…

—Vamos dentro, que te vas a enfriar.

La tomó de la mano y caminó tirando de ella. Qué curioso que Paula quisiera huir de esa magia palpable que acababa de envolverlas y que Ro deseara haberse quedado a vivir en ella…

***

RO

¿Te vienes a hacer escalada?

Escalada de verdad, que te veo venir

PAULA
Mierda, ya me había hecho ilusiones

RO
Te gusta más follar que a un tonto un lápiz

PAULA
No te oigo quejarte cuando le rezas a toda la corte celestial
¡DIOS, JODER, JESÚS, LA VIRGEN!

RO
Católica, apostólica y romana desde chiquitita
¿Te apetece o no?

PAULA
Me apetece hacer contigo hasta una mudanza
Pero ya has visto mis nulas capacidades físicas

RO
Yo no diría eso…
En horizontal te veo muy en forma

PAULA
Luego la salida soy yo, en fin
¿A qué hora?

RO
JAJAJAJAJAJAJAJAJA
A las siete
Después unas cañitas y recuperamos

PAULA
Vale, a menos cuarto te recojo

RO
La verdad es que tengo muchas ganas de verte

PAULA
Me viste esta mañana en el desayuno, camarerita

RO
Me gusta pasar tiempo contigo, que me detengan

PAULA
¡QUE ES UNA MENTIROSA!

RO
Malísimo, al rincón de pensar

PAULA
Vale
Me muero de ganas de verte

RO
Pero si me viste esta mañana, mimimimimi

PAULA

Ro picada, mi Ro favorita
Ponte a trabajar

RO
Que te jodan
Hasta luego, millonetis

PAULA
Hasta luego, proletaria

La morena negó con la cabeza y se soltó el labio. Cualquier día se lo arrancaba. Estaba en una nube de purpurina con la escritora, y ella misma se daba un poco de grima. Jamás había experimentado ese estado de idiotez supina que, aunque no fuera amor, a ojos de alguien no experto, podría parecerlo. Le encantaba verla y, si no podía, hablarle y, si tampoco podía, pensarla. Se le estaba metiendo dentro sin querer, ni una ni la otra, y quizá por ese motivo la estaba dejando entrar.

Si Paula hubiera ido hasta su atalaya con toda la artillería, como al principio, con las catapultas, los arietes y el ejército de tierra, mar y aire, se hubiera sitiado sin posibilidad de réplica, replegando los puentes levadizos y permitiendo que su atacante personal se muriera de hambre y de sed. Sin embargo, el hecho de que entrara a escondidas y a solas, trepando la muralla, a pesar de que ella la observaba desde su torre de marfil, no le hizo verla como una amenaza, sino como alguien que buscaba un lugar donde guarecerse de la lluvia. Por eso no le mandaba a los perros, enternecida por su voluntad de entrar sin ser vista solo para conocer su ciudad interior.

Sacó a Conan el Bárbaro una vez terminada su jornada laboral. Se puso su mejor chándal y se miró al espejo para comprobar que le hacía un culo divino. No estaba a la altura del de su escritora, pero tampoco estaba mal.

Otra vez pensando en ella, ya basta.

Sonó el timbre y bajó corriendo por las escaleras, abrió el portal de un tirón y se encaramó de un salto al cuerpo robusto de Paula, que la acogió con los brazos abiertos, una queja risueña y un trastabilleo de pies que buscaban no perder la vertical.

—¿Eso es que estás contenta de verme? —le dijo mirándola a los ojos, achinados por tan grande sonrisa.

—Estoy anticipando el ridículo espantoso que vas a hacer hoy —le acarició la nuca, despejada por una coleta alta, y se perdieron sus ojos en los rasgos suaves y la mandíbula marcada de Paula.

—O sea, que te estás riendo ya de mí y aún no hemos empezado.

—No, la verdad es que tenía ganas de verte y hacer algo diferente contigo —reconoció, mordiéndose el labio con inseguridad—. Además, van a venir las chicas, así que todo es, de repente, perfecto.

—¿Tus amigas? —Ro se sorprendió al no hallar inquietud en sus palabras.

—Sí. Elvira trabaja allí, de eso la conozco, y siempre voy con Sara. —Se bajó de su escritora y echaron a andar hasta el gimnasio, unas manzanas más allá—. Cuando íbamos al instituto, nos apuntamos juntas a escalada y lo hemos mantenido hasta hoy.

—¿Ibas con ella al instituto? —Rozó su mano con la suya y, al no encontrar rechazo, se la tomó. La sonrisa involuntaria de la camarera le confirmó que no estaba incómoda con ese acercamiento.

—Sí. Es mi única amiga de aquella época. Luego, cuando cumplí los dieciocho, me fui de casa y me puse a trabajar.

—¿Tan joven? ¿No tenías ganas de estudiar algo?

—No. Quería saborear la libertad, el ser dueña de mi propia vida después de años dando tumbos de casa de acogida en casa de acogida. Ya podía tomar las riendas y estar donde yo quisiera estar, así que eso hice.

—Y te ha salido muy bien, eres una mujer increíble.

—Vaya, muchas gracias. Pensé que me ibas a echar la bronca por ser una cabra loca.

—Tus circunstancias te avalan, así que lo entiendo. Tiene sentido.

—Todo lo que hago lo tiene, Pau. —Le guiñó un ojo y empujó la puerta del gimnasio.

—Traerme a hacer escalada desde luego que no.

Elvira las vio acercarse antes de que se soltaran la mano, por lo que se mordió los labios para contener la mofa y terminó por sonreírles con profesionalidad.

—Buenas tardes, jóvenes. ¿Están inscritas en este gimnasio?

—Hemos venido a la clase gratuita de prueba —le siguió Ro el rollo.

—Me suena tu cara… —Se acarició el mentón la pelirroja.

—Venga, deja de hacer el tonto.

—Esta chica siempre cortándome las alas. ¿Cómo la aguantas, Paula?

—Es camarera en mi bar de siempre, no me queda otra. —Se encogió de hombros y se llevó un codazo de Ro.

—Te voy a recordar esto, espero que lo sepas.

—Encima rencorosa. En fin, Paula, mucha suerte con ella.

—La estoy teniendo, gracias por preocuparte.

—Qué bonito. —Fingió una arcada y las tres rieron—. Venga, dejad de hacer el vago que Sara y Clara ya se han cambiado.

—Espera, que no he pagado. —Paula fue a buscar su cartera en la mochila, pero las dos chicas pusieron los ojos en blanco a la vez y Ro tiró de ella hacia los vestuarios.

—Eso ya está arreglado.

—Pero…

—Ya me lo pagarás en carnes, guapa.

Dejaron las cosas en las taquillas, Ro se puso las zapatillas de escalada y Paula la observó de pie, mirando sus propias deportivas de marca sin apenas estrenar, un poco avergonzada.

—Creo que no vengo bien equipada.

—Yo creo que sí. Esas mallas… —Levantó la vista de los cordones que se estaba atando y le hizo un gesto con la mano para que se girara. Paula obedeció entre risitas—. Sí, definitivamente vienes perfectamente preparada. La que no sé si lo está soy yo.

—Me gusta tener ese poder sobre ti.

—¿Cuál de todos?

Paula se quedó con un palmo de narices, sin saber cómo contestar a eso. Para ser una persona ligera, había que ver cómo se transformaba cuando estaba en su presencia. La escritora a veces dudaba sobre quién era más intensa de las dos.

Entraron en la zona de escalada, donde las amigas de Ro ya se encontraban estirando. Se aproximaron a ellas y se saludaron con dos besos y un montón de piropos por sus atuendos.

—¿Estás preparada, Paula? —preguntó Sara, a quien no le alcanzaban los ojos para observar a los dos especímenes que tenía delante.

La primera vez que las vio, pudo notar a la perfección la química que fluía entre ambas, como una maraña de electricidad estática que era capaz de erizarte la piel si te acercabas demasiado. Sin embargo, además del deseo evidente, esa tarde vio otra cosa entre ellas. Una ternura que no combinaba con una relación superficial, un cariño derramado por sus ojos cada vez que cruzaban miradas, una complicidad que nada tenía que ver con la que surge desde el catre. Tenía que ponerse al día con su amiga para que le contara las novedades en su relación con la escritora, pues tenía la sensación de haberse perdido un par de temporadas.

—Pues no mucho, le tengo cariño a mis dientes, no quiero dejármelos contra el suelo.

—No te preocupes, yo te sostengo —la tranquilizó Ro, acariciándole el brazo.

Clara miró a Sara con las cejas en alto, notando en el tono de su amiga el subtexto que la acompañaba. Se aguantaron la risa: no estaban acostumbradas a verla babeando por nadie.

—Yo me pongo con Paula y vosotras dos juntas. Empiezo yo, para que veas un poco cómo es.

Ro se puso a organizarlo todo, comenzando a preparar las cuerdas y explicándole por encima lo que tenía que hacer.

—Bueno, pues parece que nos toca estar aquí abajo, esperando. —Sara estaba encantada de la vida de tener la oportunidad de hablar con ella a solas, aunque su presencia le imponía bastante. Paula, que lo notó, sacó a relucir sus excelentes habilidades sociales.

—Así me cuentas sus secretos más turbios. —Le guiñó un ojo y volvió la vista a la camarera y a Clara, que ya estaban preparándose para empezar la subida.

—Paula, tienes que ir soltando cuerda para que no tire y me impida subir, ¿vale? —le recordó Ro, a punto de empezar.

—Oídooooo —imitó la voz de una cocinera y las tres soltaron una carcajada.

—Tú hazla reír y la tienes en el bote —le susurró Sara.

—La verdad es que ya me he dado cuenta de eso. El finde pasado estuvimos en la sierra con Conan y…

—¿Te llevó a uno de sus días de retiro espiritual con su hijo? —preguntó, con la boca abierta de estupor.

—Sí. —Se movió para mirarla y, al ver su cara, frunció el ceño—. No sabía que fuera para tanto.

—Es para mucho. La conozco desde que tenía catorce años y nunca me ha invitado a ir con ella a sus escapadas de domingo.

—¿En serio?

—Muy en serio. —Cabeceó con una sonrisa incrédula.

—¡Paula, dame cuerda, porfa!

—Dimi cuirdi, pirfi —se burló la arquitecta entre dientes—. Se está volviendo una cursi gracias a ti.

—¡Qué va! —Se le pusieron coloradas hasta las orejas.

—Cómo se nota que no la conoces. A los chicos los pone a parir cuando no le dan cuerda. Menudas peloteras lía, solo se la oye a ella en todo el gimnasio.

—Con esa voz tan desagradable que tiene cuando chilla. —Se rio Paula, dándole cuerda a la morena para no desatar su ira.

—Dios, tiene un pitido que se te mete aquí y te sangran los oídos.

—Pero es muy mona, ¿verdad?

—¿Ro? ¿Mona? ¿Estamos hablando de la misma persona?

—Es adorable, no lo negarás.

—Rocío no es adorable, Paula.

—¿Sabes que yo pensaba que se llamaba Rosa? —Puso una mueca de desagrado. De repente, Rosa no le gustaba en absoluto.

—Ro es de Rocío de toda la vida. A las Rosas las llaman Rous.

—Es que, verás, en mi familia hay una movida con las rosas que…

Ro fue a subir al siguiente tramo, pero, al notar la tensión de la cuerda, miró hacia el suelo para comprobar que, en efecto, Paula y Sara estaban meadas de la risa cuatro metros más allá, ignorando totalmente su responsabilidad como personal de salvamento y cuchicheando como colegialas.

—¿Qué coño estarán hablando? —le preguntó a Clara, que al ver que tampoco tenía cuerda, miraba a su vez hacia abajo.

—De ti, seguro.

—¿Tú crees?

—A Sara le encanta el cotilleo y esa chica está loca por ti, Ro. Suma dos mas dos.

—Normal que lo esté, nena. —Se señaló a sí misma con un movimiento de barbilla y un gesto de superioridad.

—Tú también lo estás por ella, así que no vayas de superada, flipada.

—Qué mentira más flagrante hacia mi persona. —Se hizo la indignada.

—Ehm… Me encanta hablar de tu novia, pero se me están durmiendo las ingles de estar aquí subida sin moverme.

—No es mi novia. —Un ardor en el pecho y una sonrisa oculta a duras penas por el flequillo—. ¡Paula, dame cuerda, joder!

—¡Perdón, perdón! —Fue soltándola rápidamente con su cara homologada de no haber roto un plato en su vida. Pero a Ro ya no se la colaba.

—¡Dejad ya de cotorrear y hacednos caso! ¡En vuestra vida vais a ver unos culos como los nuestros, prestadnos atención y así a lo mejor aprendéis algo hoy!

—¡Me sé tu culo de memoria, camarerita! ¡Deja de llorar y sube la pared de una vez, que tardas más que mi abuela en bicicleta! —le devolvió Paula, ganándose un aplauso de Sara y una ovación ruidosa de Clara, que no la imitó por no caerse.

—¡Hostia puta con la escritora! ¡Te ha dejado planchadísima, amiga! —Se asomó Elvira desde la recepción, llamada por los gritos, y

felicitó a Paula con unos golpes en la espalda.

—Es que si no se me pone rebelde. —Hinchó el pecho y apretó una sonrisa tímida, orgullosa de haberse ganado un poco a las amigas de su chica.

—Di que sí, tú tienes que mantenerla a raya, que a esta le das la mano y se coge el brazo entero.

—Y hasta el corazón —asintió, mirando hacia arriba con todas las estrellas de la Vía Láctea en los ojos.

—Y a Ro le encanta este azúcar, no salgo de mi asombro —dijo en dirección a Sara, que cabeceaba claramente impresionada.

—Está loca por mis azucarillos, qué os puedo decir. ¡Muy bien, esa es mi chavala escaladora! —la jaleó en cuanto la vio llegar a la cima y sentarse a beber agua con una sonrisa satisfecha, más por los vítores que estaba recibiendo desde el suelo que por su tremenda hazaña.

—¡Hazme la pelota ahora, sí, muy bonito!

—En realidad le encanta —les dijo Paula a las chicas que tenía al lado, con una sonrisa traviesa.

—Le encantas, querida, por algún extraño motivo que no logramos entender.

—Sara, tú es que eres hetero y no sabes de estas cosas, pero tiene sentido que a Ro le guste esta muchachita.

—Sí, bueno, es guapa —dijo con un encogimiento de hombros.

—Estoy aquí —se hizo notar la aludida, pendiente de la conversación y de Ro, que se disponía a bajar.

—No solo es guapa, tía, tiene labia. Y las mujeres somos muy duras, pero nos encontramos con alguien que hable bien y las bragas a volar.

—Sí, eso es verdad, me vuelan las bragas hasta a mí —asintió Sara.

—Sigo estando aquí, chicas. —Levantó la manita y la agitó para que la miraran, ruborizada, pero estaban pasando de ella descaradamente.

—Y entiende a Ro, esa gran incógnita humana. Sabe cuándo tiene que frenar y cuándo tiene que acelerar —continuó Elvira con su discurso.

—Eso se llama inteligencia emocional.

—¡Eso! Joder, cómo se nota que has estudiado.

Paula se apartó de ellas un paso, dejando que siguieran hablando de su persona con total libertad mientras Ro la guiaba para poder bajar de la pared sin riesgos. Cuando apenas estaba a un metro de altura, soltó toda la cuerda y Ro cayó sobre sus brazos, como una novia al entrar en la habitación nupcial.

—Eres una peliculera, Pau. —Se mordió el labio, abrazada a su cuello.

—Y tú estás sudada. Eso le quita impacto al cliché, no sufras.

—Me has vacilado un montón ahí arriba, tienes una amonestación.

—¿Y cómo me la puedo quitar?

—Tendrás que hacer un cursillo y un examen.

—Vale, ya me avisas de la convocatoria. Pero te ha gustado un poco, Ro, a mí no me engañas.

—¿Que hagas piña con mis amigas? Mucho. Te pones muy guapa cuando conspiras contra mí y te ríes como si hubieras hecho una trastada.

—Es que me las tengo que ganar para que seas mi novia.

—Eso no va a suceder —ronroneó, un poco atontada por la cercanía de Paula.

—Lo que me temía. —La bajó de su regazo y la dejó en el suelo—. Tira, que con las no novias no se tontea delante de un gimnasio entero.

—Qué rencor noto en tus palabras. —Agitó la cabeza, llena de Paula, y correteó tras ella.

Fue el turno de la escritora, que no sabía ni dónde tenía los pies. Se subió a la primera piedra y se escurrió, golpeando la pared con la rodilla, lo que provocó las risas de las demás.

—Parece que no te ríes tanto ahora, ¿eh, Paulita? —Se burló Ro, que estaba viviendo su mejor vida.

—Me rindo. Yo la escalada en vertical no la domino.

—¿En vertical? ¿Pero qué escalada hacéis vosotras, marranas? —Elvira se llevó teatralmente una mano a la boca.

—Una más divertida que esta. —Lloriqueó Paula, acariciándose la rodilla maltrecha.

—Venga, cobarde, al menos inténtalo —la animó Ro con una palmadita en el hombro.

—Coge bien la cuerda, por favor, Ro, que me da miedo.

—Te prometo que la tengo cogida con todas mis fuerzas. —Le mostró las manos, enredadas en ella, y le hizo un asentimiento de cabeza. Cuando Paula encaró de nuevo la pared, susurró para sus amigas—. Si no va a subir ni medio metro, la cuerda ni se va a tensar.

—Qué mala eres —la regañó Clara, aunque se reía—. Pobrecilla, hay que reconocerle el esfuerzo de venir aquí a pasar penurias solo por hacer algo contigo.

—Ya… Es… es un amor de persona —murmuró con tono embelesado.

—Sí que lo es —asintió Elvira, guardándose los comentarios mordaces para otra ocasión—. Oye, mira, que ya ha subido dos piedras.

—¡Muy bien, Pau, lo estás haciendo genial! —Aplaudió la camarera, emocionada con los avances de la escritora.

—¡No aplaudas, Rocío, por favor te lo pido, que como me caiga me mato!

—Estás a la altura de una silla, por Dios, nena. —Se carcajeó la morena—. Si me acerco a ti, llego a morderte el culo.

—¡Concéntrate, me cago en la puta! ¡Esto está más alto que una silla, falsa de mierda!

—Un taburete de cocina —apuntó Elvira en voz baja, haciendo que volvieran a reír.

—¡Os estoy oyendo, desgraciadas!

—¡Y que no se calla esta persona! —se quejó Sara, que iba ya por la mitad de la pared—. ¡Me gustas mucho para mi amiga, pero si no dejas de chillar como una rata y me caigo por tu culpa, no vuelves a ver a Ro ni en foto!

—¡Estoy a punto de estamparme contra el suelo, déjame expresarme antes de morir!

—Sentada en la barra de mi cocina estoy más alta que ella —se animó Clara a participar en las mofas contra la escritora.

—Mira, mira cómo estira la pierna. —Señaló Elvira el cuerpo de Paula—. Y qué piernas… Menuda jamelga se ha buscado la Ro, ¿no?

—Se mira, pero no se toca, envidiosa —le advirtió, con un dedo en alto, un momento antes de que Paula se escurriese y cayera.

Le dio tiempo a la camarera de tirar de la cuerda y evitar el desastre. Se acercó corriendo a ella para asegurarse de que no se hubiera hecho daño y, justo al llegar a su altura, Paula se levantó de golpe con los brazos en alto, la cara roja como un tomate, perlada de sudor, y una sonrisa gigante.

—¡Otra vez, otra vez! ¡Joder, Ro, qué subidón! ¿Me has visto? ¡He llegado casi hasta donde estaba Sara! —La morena miró hacia arriba, donde su amiga se encontraba riéndose, a punto de llegar a la cima, y bajó los ojos de nuevo hasta su escritora ilusionada.

—Claro, nena, estabas justo a su lado.

—¡Ha sido increíble! —Le dio un pico fugaz y volvió a intentarlo.

Ro se echó hacia atrás para verla subir de nuevo las cuatro piedras que ya se había aprendido en su primer intento. Negó con la cabeza, con el pecho al descubierto y una ampolla extraña que palpitaba con cada bumbúm de su corazón. Crecía a cada momento que pasaba con

Paula, se tensaba como la piel de un tambor y sonaba del mismo modo cuando la tenía cerca de su cuerpo.

La observó ascender el metro y medio que le permitía su nula experiencia y se sintió orgullosa de ella. Una persona con un miedo atroz a cuestas y unas zapatillas deportivas de vestir, trepando por una pared cuya cima no alcanzaría nunca. Pero allí estaba, probándose, animada por cuatro mujeres que acababan de llegar a su vida, pero que se pusieron a festejar como locas la enorme proeza que eran para ella los dos metros de altura que consiguió superar.

Paula, incapaz de sostener más su peso, se dejó caer hacia atrás, empapada, exhausta y feliz. Abrió los brazos y las piernas y cerró los ojos, cayendo a cámara lenta ese tramo minúsculo pero infinito, con el cabello azotado por el viento y las miradas asombradas de unas casi desconocidas puestas sobre su cuerpo etéreo.

Hizo el vuelo del ángel sin temor, pues sabía que tenía al suyo abajo, sosteniendo la soga que la iba a mantener a salvo.

Una cuerda de escalada y una pinza nueva colgando de ella.

19

Se despertó con la boca seca y la sonrisa instantánea. Le dolía todo el cuerpo, como solía pasarle después de una tarde de escalada y, en esta ocasión, también por el ejercicio orgásmico posterior. No sabía a qué hora habían terminado por dormirse, sudadas, jadeantes y sin un solo hueco entre ambas.

Ro no era una mujer a quien le gustara dormir acompañada y, cuando lo hacía, solía amanecer al filo de la cama, huyendo del tacto con la otra persona y agobiada con el hecho de no tener su espacio vital. Dormir es importante, hay que hacerlo con total comodidad, y ese era un mantra que sus amantes no terminaban de comprender, pero que aceptaban sin más remedio. Sin embargo, recordaba perfectamente haberse dormido con el repiqueteo acompasado del corazón de la escritora contra su oreja, como una banda sonora perfecta para inducirla al sueño. Una letanía incesante, como las olas en el mar, que le daba el mismo tipo de paz.

Rememoró el contacto con su piel desnuda y ligeramente pegajosa por el ejercicio de la tarde y de la noche, aún sentía en sus terminaciones nerviosas el calor que desprendía su cuerpo y la manera en la que este, en lugar de incomodarla, le había parecido un lugar donde sentirse protegida para dejarse descansar.

Apenas se acababa de despertar y ya echaba de menos su anatomía bajo la suya. Estiró el brazo para engancharla y tirar de ella, pues no podía permitir estar en el mismo metro cuadrado y que no la estuviera tocando. No encontró nada al otro lado de la cama. Se giró, desconcertada, para asegurarse de que no estaba allí, y fue entonces cuando percibió ruidos al otro lado de la puerta. Frunció el ceño, todavía aturdida por el sueño reciente, y se colocó boca arriba como una estrella de mar, intentando quedarse su presencia ya ausente antes de que se evaporara de las sábanas.

—Conansito bellooo —escuchaba a través de la puerta entreabierta —. ¡Pero no me lamas la cara, guarro, que no te has lavado los dientes! —Unas risas contenidas y la sonrisa automática de Ro en respuesta, aunque la escritora no pudiera verla—. Chsss, deja de reírte como un pulgoso, que la vamos a despertar.

Ro tuvo que taparse la boca para ocultar la carcajada. Los perros no se ríen, pero Paula estaba segura de haberlo escuchado. Sus locuras, sus hermosas locuras de siempre. Caminó de puntillas, poniéndose por el camino una camiseta que había por ahí tirada, y asomó la oreja para percibir mejor la conversación del comedor.

—No puedo acariciarte todo el rato, Conan el Bárbaro, porque creo que me van a tener que amputar las extremidades. Si se me cae un brazo, tú no te lo vas a comer, ¿verdad? Pues claro que no, porque me amas. ¡Auch!

De nuevo risas y ruidos indescifrables. Ro salió definitivamente de la habitación, caminando como los ratones del flautista de Hamelin, hipnotizada por la risa aniñada de Paula. Los vio sobre el sofá, con el enorme perro estirado sobre el cuerpo tendido de la escritora, quien luchaba, apartando la cara de lado a lado, para escapar de los lametones de Conan, que movía la cola, feliz.

—Pesas demasiado, tío, pero con esta cara de guapo que tienes, ¿qué hacemos? Pues nada, qué voy a hacer, ser tu sierva y tu cama.

—¿Hay hueco para una más?

Al oírla, Conan se puso en pie sobre el abdomen de Paula, que se quejó lastimera por la presión de las patas del animal, y de un salto bajó de su regazo y fue a saludar a Ro, agachada esperándolo venir.

—Ahora sí que hay hueco. —Paula abrió los brazos de par en par para recibirla, y esta, en una carrera rápida, se subió sobre ella de un salto—. ¡Joder! —Una carcajada voraz y los ojos achinados por la presión de los mofletes—. Me vais a matar entre los dos. —La escritora paseó las manos bajo su camiseta y le dio un golpe en la frente con la barbilla—. Buenos días.

—Buenos días. Qué feo eso de que me abandones en la cama, Pau. —Le fue dejando besos en la mandíbula, disfrutando de la vibración de la risa de la escritora contra su pecho.

—Me estaba meando un montón y Conan el Bárbaro me ha entretenido. Es su culpa.

—Pobrecita, que un perro le hace el lío —ronroneó, perdida en sus ojos luminosos.

—Deja de hablar como una tonta enamorada, Ro.

—Yo no estoy hablando como una tonta enamorada.

—Pero lo estás.

—Pero lo estoy.

Un agujero negro absorbiendo su cuerpo, alejándola de ese sofá amoroso, un parpadeo apresurado y un movimiento de cabeza, como si quisiera quitarse de encima una nube de mosquitos impertinentes.

Estaba de nuevo en la cama, escuchando la retahíla ininteligible de la escritora hablando con Conan, como si el perro pudiera contestar. Soltó el suspiro más grande de su vida, no muy segura de haberse asustado por la escena tan doméstica que le había proyectado su potente imaginación en la parte cóncava de su cráneo, o si, por el contrario, le hubiera gustado quedarse allí un ratito más.

Una nueva risita de Paula la sacó de su indecisión. La imagen que había vivido en su cabeza estaba a escasos siete metros de donde se encontraba, a veinte segundos de pasos cortos, a cinco respiraciones lentas. Se impulsó para salir de la cama e ir al encuentro de un futuro accesible en el que parte de la historia tenía sentido, pero otra no. ¿Enamorada de Paula? Eso era imposible. ¿Cómo iba a enamorarse de su loca del hacha? ¿Había desarrollado, acaso, un síndrome de Estocolmo de manual? No, su escritorita siempre le dejaría la puerta abierta para que se marchara cuando quisiera, ese era el trato, y esa era, también, la trampa.

Una puerta abierta, como la de su habitación, que la separaba de las cosas en las que una no cree, pero en las que sueña cuando el cerebro estúpido se echa a dormir. La atravesó, encontrándose, de repente, las paredes teñidas de vegetación, el sonido de los pájaros primaverales revoloteando por encima de su cabeza y el olor de la tierra mojada. Un laberinto fingido en el croma de las paredes de su casa, uno tan real que deslizó los dedos por las ramas, por las hojas llenas del rocío de la mañana que le empaparon las yemas, los pies sobre el césped y el alma tirando de ella hacia el epicentro del mismo.

Caminó entre los setos del pasillo, sin resistirse a esa fuerza magnética, y llegó silenciosa hasta la puerta del comedor. Allí la vio, tumbada con un perro gigante encima, con los ojos cerrados ambos y un minotauro temible y gigante guardándole las espaldas, detrás del sillón donde yacía, vigilando su descanso. El animal mitológico la miró y le sonrió. Le permitía acercarse, como si quisiera presumir, orgulloso, de lo bella que era la chica dormida. Sin embargo, notó en la oscuridad de su mirada que no dejaría que fuera Paula quien lo hiciera.

La misma cosa, dividida en dos totalmente diferentes. Dejar que se aproximen y dejar ir. El animal, leyendo sus pensamientos, negó mínimamente con la cabeza. Nunca permitiría que Paula se escapara de su lado, y Ro quiso, en ese momento, aniquilarlo con sus propias manos.

Tú no puedes tocarme, aunque ella crea que sí, escuchó en su cabeza la voz del minotauro.

Tragó saliva, consciente, de repente, de lo que impedía a Paula avanzar, desprenderse de sus cuentos de piratas y princesas y dejarse querer con sencillez por alguien. Como ella, como Ro, quizá, pero alguien que no estaría nunca a la altura de esa bestia despiadada.

Caminó hasta su cuerpo, en el centro justo del laberinto, ante la mirada paternal del minotauro. No parecía querer hacerle daño, pero intuyó que, a través de Paula, podría destrozarle el corazón. Suspiró y se sentó junto a sus dos monstruitos somnolientos. Cuando los acarició, el laberinto se desvaneció ante sus ojos y regresaron las paredes blancas de gotelé. Pero el minotauro se quedó allí, protegiendo a su modo el corazón hecho de naipes de Paula.

***

Esa misma tarde, aprovechando su día libre y el espacio que la escritora siempre se esforzaba en dejarle, decidió quedar con Sara, que para eso era su amiga más íntima, y comentar impresiones del día anterior. No podía quitarse de la cabeza ni a Paula ni al minotauro. Afortunadamente, fue su amiga quien tomó la iniciativa de abrir ese melón.

—Tu escritora es muy divertida, ayer casi me meo de risa con ella. Entiendo que te guste tanto —comentó, dando un trago a su refresco.

—Me gustaría trepanarle el cerebro para ver cómo funcionan todos sus procesos mentales, te lo juro. Me resulta fascinante.

—Por lo poco que he visto de ella, lo parece. Es una chica un tanto enigmática, ¿verdad?

—Muchísimo, Sara. —Soltó el aire de sus pulmones y la miró con los ojos más perdidos que le había visto nunca—. Tengo la sensación de que nunca podría llegar a conocerla del todo.

—¿Y eso es malo?

—Es peor, porque, si es así, ¿cuándo coño voy a cansarme de ella? Nunca deja de sorprenderme, nunca sé qué va a decir o cómo va a ver una situación cotidiana. Ella tiene un duende azul y unos ojos diferentes para cada cosa que mira.

—Y tú quieres ver todo lo que ella ve —adivinó Sara, sintiendo en su propio pecho la emoción de su amiga.

—Todo, Sara, absolutamente todo. Estoy deseando ir con ella a hacer la compra al Mercadona porque seguro que termino dentro de una película de romanos o en una persecución de la mafia.

—Sigo sin verle lo malo.

—Que yo no creo en eso, tía. No creo en lo que dura.

—No creías en el concepto rutinario del amor, pero con Paula, por lo que me cuentas, parece que ese momento no va a llegar nunca —le hizo ver, sacando de Ro una mordida de labio y una mano en la frente.

—Yo no pensaba que existiese gente así. Esta mañana hemos desayunado y me ha estado contando una historia sobre cómo se inventaron los cruasanes. Y es mentira, se lo ha inventado sobre la marcha para distraerme mientras le daba bollería industrial a Conan por debajo la mesa —le explicó con ternura en la voz.

—Al menos tiene buen humor por las mañanas.

—Sara… —la observó con miedo—, yo no estoy acostumbrada a no aburrirme de la gente. ¿Y si no me aburro nunca de ella?

—Pues espero ser dama de honor en vuestra boda, sinceramente.

—Estoy hablando en serio…

—Y yo. ¿Qué vas a hacer si nunca te cansas? ¿Alejarte? ¡Pues no! Te quedas y te imaginas el mundo que ella te quiera dibujar. Es preciosa una vida así.

—Tú qué sabrás —le reprochó con una sonrisa.

—No lo sé, pero es lo que todo el mundo desea.

—Yo no. No lo he deseado jamás.

—Pues mira qué suerte has tenido. Todos lo buscan y pocos lo encuentran. Los regalos se agradecen y se guardan.

—Ella… Ella no sabe querer, Sara. Tiene un problema gordo con ese asunto, y lo sabe, se ha dado cuenta.

—Una no aprende a amar hasta que lo hace, Ro, y esa chica no se ha enamorado nunca.

—Ella cree que sí. O lo creía. No sé. —Bebió de su vaso y lanzó la mirada por la ventana—. Me da miedo dejarme llevar y no estar en el lugar correcto en el momento adecuado.

—¿Crees que no has llegado a su vida cuando debías hacerlo? —le preguntó con las cejas elevadas de incredulidad.

—Tiene muchas cosas que solucionar dentro antes de darle una oportunidad a otro tipo de amor. Quizá yo sea el punto de inflexión y no la meta.

—Pues ella te mira como si lo fueras.

—¿De verdad? —La ilusión en su rostro estremeció a Sara, que no podía creer que llegaría a ver de ese modo a su mejor amiga.

—Yo no sé qué te dirá, pero esa chica siente cosas muy fuertes por ti.

—Ya no me dice nada sobre ese tema, solo que quiere ser mi novia. —Soltó una risita nasal y se recostó en la silla—. Se encariña de la

idea, no de la realidad.

—Perdona que te diga, pero os conocéis desde hace más de un mes, os veis casi todos los días y dormís juntas más veces de las que vas a admitir. La idealización no dura tanto, querida.

—La idealización puede durar toda la vida, y yo no quiero que me quieran así.

—Ro, os estáis conociendo, conociendo de verdad, sin expectativas ni presiones, sabiendo que no sois la una para la otra, ¿no? —La morena asintió—. Pues dime tú dónde está el problema de que, a pesar de eso, os estéis gustando.

—Que no sé si me la creo —sentenció con algo que le llevaba escociendo dentro unos días.

***

Al ser sábado, la escritora apareció por la cafetería sin su ordenador y se dirigió directamente hacia la barra. Iba con una camisa azul claro y unos pantalones de lino beis. Ro casi se cae al suelo al ver semejante aparición.

Parecía que la escritora estuviera a un nivel superior e inalcanzable para la pobre humanidad, que era intocable, un ente segregado del resto de mortales, pues tenía un halo ligero en torno a su anatomía que la hacía parecer de fuera de este mundo. O quizá era que Ro la veía, de nuevo, a través de uno de esos cristales de colores que solía utilizar Paula para mirar. Ya dudaba la camarera, pero, de lo que estaba segura, era de que las personas no tenían brillitos en el lugar en el que se recortaba su figura del resto del plano de la realidad.

—Me vas a desgastar. Cálmate un poco, que estás en tu puesto de trabajo.

—Es que no conocía esa camisa. Ni ella a mí.

—Es nueva. Si quieres, te la presto.

—Me combina perfecta para ir en bragas por tu piso. ¿Qué te pongo?

—Un café y una tostada, por favor. —Se aupó en un taburete y cruzó las manos sobre la barra.

Ro se dio la vuelta, entró a la cocina para pedirle la tostada a Lola y fue directa a preparar el café. Controló con el cuenco de la mano la temperatura de la leche, pues había visto en un tutorial de internet que era importante para generar la espuma deseada. Hizo el movimiento de muñeca óptimo para conseguir que cayera a su gusto en la taza, ayudándose de una cuchara, y el corazón que intentaba

dibujar, por primera vez en la historia, casi logró tener forma de corazón.

—Aquí tienes. —Se lo tendió con una sonrisa de oreja a oreja, orgullosa de sí misma.

—¿Es un trébol? —preguntó Paula con toda la buena intención.

—No —contestó Ro con mucha seriedad y cara de querer asesinarla.

—Un… ¿helecho?

—Es una teta. Vete a la mierda, Paula.

La escritora soltó una carcajada sideral e introdujo la cucharilla en el café caliente, empezando a removerlo para que la espuma se deshiciera. Le entregó el sobre de azúcar, aún con reminiscencias de su risa rebotándole en el pecho, y Ro lo cogió de mala manera, casi con rencor. Vio cómo lo metía en la caja donde guardaba los azucarillos que ella le devolvía y pensó en decir algo para que se le pasara el enfado.

—Oye, ¿a ver? —Se inclinó sobre la barra, apoyando la tripa en la madera, para mirar mejor—. Enséñame cuántos tienes ya en la colección.

—No me da la gana.

—Va, Ro, no te piques, que el hígado que has dibujado te ha salido superbién.

—No lo estás arreglando, Paula —le espetó, con cara de estar hasta las narices de ella.

—Va, en serio, si a mí me encanta jugar a adivinar qué es. Es como hacer la sopa de letras del periódico mientras desayunas.

—Mira. —Con un resoplido cogió la caja y se la puso delante de la cara para que se callara de una vez—. ¿Contenta?

—Pues no mucho. —Volvió a sentarse—. Ahí hay muy pocos, Ro, me estás engañando.

—Es que… bueno, me llevo algunos a casa para cuando libro.

—¡Pero eso es trampa! —Se indignó, abriendo mucho la boca.

—No es por eso, es que… Si no los gasto, se acumulan, y el equilibrio cósmico no es posible si tú me los das todos y yo solo cojo unos cuantos. Hay que empatar.

—Si yo te lo doy todo y tú solo coges lo que te interesa, se vuelca la balanza, es verdad. —Entornó los ojos para que supiera que había sabido leer entre líneas—. Pero eso no hace falta, Ro. Soy consciente de que te doy demasiados; es difícil mantener el ritmo.

—Es difícil, pero lo intento, como puedo, pero lo intento. Siempre habrá azucarillos tuyos en la caja, no puedo alcanzarte ni queriendo.

—Mientras no dejes que la caja se rebose, todo estará bien.

—¿Tú crees?

—Claro, el equilibrio total es imposible y, si me apuras, indeseable.

—Vaya, que tú digas eso es sorprendente —asintió, impresionada.

—Me lo ha enseñado una camarerita revoltosa. Sería muy angustiante para alguien como yo tener que estar siempre tensa por que se vayan a terminar los sobres de la caja. El equilibrio, en mi caso, me desequilibra.

—En la diferencia es donde está la verdadera armonía, Pau. Ni yo me agobio por que se vayan a terminar, ni tú por que no haya suficientes. —Sonrió, llenándose entera de la conversación iceberg que estaban teniendo: todo lo importante no se veía, sino que estaba debajo del agua.

—Así es. Y ahora lo entiendo.

—Me alegro mucho. —Quiso abrazarla, besarla y llevársela de paseo a recorrer la ciudad. Parecía que aquella revelación la había tenido ella en lugar de la escritora.

—Y yo.

Dedicó el resto del tiempo a comerse su tostada y observar a Ro ir y venir atendiendo a los clientes y clientas que la llamaban. Cada vez que salía de la barra para ocuparse de las mesas, pasaba por su espalda, rozando su pierna con los dedos, su cintura, cualquier parte de su cuerpo que quedara a su alcance, buscando el contacto, por pequeño que fuera.

Paula sonreía como una idiota, dejándose imantar por la electricidad que contenían las manos de la camarera y que saltaba, incluso a la vista, cada vez que le pasaba cerca, uniéndolas como el cheddar de las pizzas cuando tiras de una porción.

Tenía, contenido bajo las costillas, un sentimiento que no había experimentado nunca, un vértigo raro, ese segundo previo a que te den una noticia relevante, la expectación ruidosa previa a que los fuegos artificiales rajen el cielo. Respiraba hondo, buscando deshacer ese nudo de agua que le tenía apretada la garganta y efervescente el corazón. Nada funcionaba, solo se calmaba cuando Ro la miraba o cuando hacía por tocarla a escondidas.

¿Qué es esto que parece que está a punto de estallar, pero que nunca termina de romperse en pedazos?

Pensó en el amor, en todo lo que había leído de él hasta el momento, y le llegó un eco lejano que la remitió a lo que estaba notando bajo la carne. Pero no era posible, Ro no tenía nada que ver con la chica que tenía que ser para ella. Era desastrosa, cínica con

respecto al asunto ridículo de enamorarse, con los dedos de los pies bien enterrados siempre en la arena y la cabeza mirando al frente. No tenía sueños, ni alas, ni le daba ninguna importancia o credibilidad a todo lo que tuviera que ver con el corazón. Para ella solo era un músculo de bombeo, un dibujo tosco en una taza de café.

La miró a bocajarro, preguntándose si, quizá, aunque no tuviera credenciales para entrar en el Edén onírico del amor con sus zapatillas embarradas, podría, quién sabe, colarse sin permiso. Conociéndola como empezaba a conocerla, no le extrañaría en absoluto.

Ro, por su lado, la observaba intentando comprender la visión del minotauro, aprovechando que la tenía delante y que todo lo imposible dejaba de serlo. Llevaba obsesionada con desentrañarla desde el día anterior, pero todos los caminos que tomaba su mente terminaban contra un muro: le faltaban datos.

Quería saber qué significaba la figura del minotauro y qué quería de Paula, ya que, aunque podría aparentar ser un ángel que la guardaba, le había parecido más un carcelero caprichoso, una escolta ineludible, una sombra cruel. No le daba mala espina, pues, en realidad, miraba a Paula con adoración, pero tampoco buena. Tenía una oscuridad perniciosa en el fondo de los ojos que le cortaba la respiración. Estaba convencida de que era inofensivo, siempre y cuando no se traspasara una línea que él mismo había trazado en torno a la escritora, y el hecho de que se le hubiera puesto delante, a la luz del día, le pareció una amenaza velada, un aviso silencioso de que, quizá, se estaba acercando demasiado.

Ro se sentía inquieta desde entonces, intentando abrir una puerta para la que no tenía llave. Le preocupaba Paula y esa nube gris que siempre la acompañaba y que ahora sabía que tenía forma de bestia terrible.

—¿Haces algo mañana? —le preguntó cuando Paula pagó la cuenta semanal.

—Había pensado que fuéramos al cine y luego a cenar a casa. Tengo una receta que hace tiemp…

—Llévame a la mansión —le soltó antes de pensar si era una buena idea o no.

—Ay, la piscina, qué irresistible es cuando aprieta el calor.

—No es la piscina. Quiero que me enseñes el laberinto.

—¿El… el laberinto? —Tuvo que carraspear por el impacto.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo curiosidad por ver al dichoso minotauro, y ya me

dijiste que sola no puedo entrar.

—Claro, es imposible saber el camino si no vas conmigo.

—Por eso.

—Sigo sin entender por qué quieres entrar ahí. Tú no lo sabes, Ro, pero está encantado —dijo con voz misteriosa, tirando de humor para desbaratar la tensión corpórea que se había instalado en sus organismos.

—Yo no me daré cuenta de que está encantado si no lo recorro contigo. No sé ver esas cosas.

—Yo diría que estás aprendiendo, pero vale, te enseñaré el camino.

—Gracias.

Paula esperó a salir del bar para fruncir las cejas y quitarse la máscara de calma que se había colocado desde el momento en el que Ro manifestó su interés por entrar en el laberinto. Ella misma pretendía mostrárselo, pero no tan pronto. Las cosas iban tan bien y tenía tanto miedo de que la camarera se asustara con lo que viera allí dentro y saliera corriendo…

Pero se lo había pedido, prácticamente se lo había suplicado, y si Ro lo deseaba, ella se lo daría, porque ese era el amor en el que creía y que demostraba, a pesar de que no fuera de la misma especie que el que estaba desarrollando por Ro.

Otro tipo de amor…

Detuvo sus pasos en mitad de la calle, sepultada bajo el peso de una alternativa que nunca había barajado. ¿Podría profesar un amor diferente al que soñaba y teñirlo, de vez en cuando, del mismo en el que siempre había creído? ¿Eso se podía hacer?

Quererla con cordura y amarla, a ratitos, como la loca que era.

20

Se había cambiado de ropa seis veces. Seis. Podría parecer que iban a ir al campo, a pasar un día en la finca, a pasear y tomar algo de sol, pero para Paula era más que eso: una presentación formal de su lado más feo a la chica que le gustaba. Ese era un asunto que pondría nervioso a cualquiera.

No era solo entrar en el laberinto con Ro, era todo lo que eso simbolizaba para su alma. Allí dentro únicamente había entrado con su abuela, la mujer que le enseñó el camino correcto hacia el miedo, la que había ido doblando esquinas en el paraje misterioso del amor, de manera implacable, hasta ponerla frente a la bestia infausta que habitaba dentro de ella. Un animal desconocido para su corazón que había ido tomando forma con el paso de los años, con el peso de lo no vivido, con el poso terroso que deja lo que más se desea.

A la camarera ya le había mostrado retazos de sus inquietudes, sombras indefinidas de lo que la atormentaba, pero se disponía a darle una silueta corpórea a todo lo que le había dejado entrever a través de una rendija. Iba decidida a abrirle de par en par las puertas de su interior, con la esperanza famélica de que no se asustara cuando tuviera delante al monstruo.

Un rezo entre dientes y un deseo a media voz. *Que no huya*.

Aunque tenía que admitir que Ro era, de todas las personas que había conocido en su vida, la única a la que veía con los arrestos suficientes como para no salir huyendo. Era valiente su camarera, una chica que prefería la verdad desnuda a las mentiras compasivas, alguien que había pretendido siempre quitarle los adornos y dejarla en la cruda realidad que componía su personalidad. Una mujer que se reía de sus excentricidades en lugar de dejarse arrastrar por la corriente impetuosa de su imaginación.

No, Ro no se había dejado nunca impresionar por sus luces, por lo que esperaba que tampoco le amedrentaran sus sombras.

Un mensaje en el teléfono y una escapada hacia delante. Ya no podía detener el ritmo frenético del tiempo que la empujaba sin remedio hacia un cruce de caminos.

Se miró en el espejo del ascensor, comprobando que su atuendo

estuviera a la altura de las circunstancias. Un pantalón claro de tela fina, unas zapatillas cómodas y una camisa de manga corta, abierta y estampada de flores, que dejaba ver una camiseta blanca de tirantes. Se había decidido por algo atrevido para lo que era su manera sobria de vestir, porque, puestas a ir con la manta liada a la cabeza, directa hacia el más que posible desastre, ¿por qué no hacerlo llena de colores? Poco tenía ya que perder.

Ro la esperaba con la ventanilla de su coche cochambroso bajada, el codo apoyado y las gafas de sol en la punta de la nariz, sostenidas por dos dedos. Le sonrió con un gesto conquistador y un movimiento de cabeza que le indicaba el asiento a su lado, y Paula, parada con la puerta del portal cerrada en la espalda, sin atreverse a bajar los dos escalones que la llevaban a la calle, cogió todo el aire que cabía en sus pulmones y se lo guardó, sabedora de que, en algún momento, lo iba a necesitar. Correspondió la sonrisa, se inclinó para dejar un beso minúsculo en los labios de la camarera y dio la vuelta al automóvil para tomar asiento.

Saludó a Conan el Bárbaro, que sonreía como si supiera que se iban de aventura. Pobre iluso, quizá aquella era la última excursión que haría a la mansión.

—Ya me había acostumbrado a que no tuvieras el palo metido en el culo, escritorita.

—Estoy un poco nerviosa. —Luchó con el enganche del cinturón, pero tuvo que ser Ro quien la ayudara a ponérselo.

—Solo es un laberinto, Pau. —Intentó tranquilizarla con una caricia en el brazo.

—No es solo un laberinto. Ya te dije que está encantado.

—Pues si está encantado, me encantará.

—No estoy bromeando, Ro.

Ni yo. Ya había percibido antes el mundo con los ojos de Paula. Fue solo un momento, pero había sido capaz de ver a su monstruo personal. Se sentía preparada para lo que pudiera encontrarse en el laberinto, fuera lo que fuese.

—¿Crees que no me va a gustar lo que vea allí dentro? —Aquella pregunta hizo que, por fin, Paula la mirara, asombrada de que hubiera comprendido a la perfección qué era lo que la inquietaba.

—Te diría que estoy segura de que no te va a gustar, pero hace ya tiempo que dejé de intentar adivinar cómo vas a reaccionar. Nunca haces las cosas que espero que hagas.

—El mejor cumplido que me has hecho hasta la fecha. —Sonrió exageradamente y arrancó el coche.

El trayecto fue silencioso y anticiclónico, como si dentro de ese coche que se caía a pedazos estuviera teniendo lugar un increíble efecto invernadero. Estaba el mundo y estaban ellas, separadas del resto por cuatro latas despintadas que empezaban a contener, sin pretenderlo, un ambiente tenso, cargado de expectativas y de electricidad. Ro colocó la mano sobre el muslo de Paula cuando salieron de la ciudad, y ese tonto gesto consiguió apaciguar la estampida que estaba pataleando en el pecho de la escritora.

Se tiñó el aire del vehículo de colores pastel, de motas luminosas, de olor a verano que anticipaba el clima desconcertante que iba a envolverlas cuando entraran en el laberinto. Parecía como si ya estuvieran en él, como si el camino hasta el centro del mismo hubiera empezado ya y ellas no lo supieran, aunque lo estuvieran sintiendo. Conan intentó cazar una de esas luces que flotaban en el aire, y Ro, que lo había visto por el rabillo del ojo, sonrió.

No sabía cómo, pero Paula había conseguido impregnar todo su mundo de imposibles, de momentos incomprensibles. Se estaba terminando por acostumbrar e, incluso, diría que hasta le gustaba. Ella, que solo veía molinos, se encontraba apreciando el aspecto de gigantes temibles que tenían a veces.

La casa estaba vacía, pues Manoli se había tomado unos días para ir a visitar a su hermana. Paula lo prefirió. Nunca nadie había recorrido el laberinto con ella, por lo que quería que ese momento tuviera toda la solemnidad que requería.

Soltaron al perro, que esperó a que Ro hiciera un asentimiento para perderse por los jardines. Le gustaba cazar mariposas, perseguir conejos y beber de los arroyos que llenaban el pequeño lago. Fueron directas al interior de la casa para guardar las bolsas con la comida, sin mediar palabra, y Ro se dio cuenta de cómo la escritora estaba alargando sus tareas hasta el límite para retrasar lo máximo posible el momento en el que se dirigieran hacia su destino principal.

—Oye, nunca me has enseñado el invernadero. —Le dio la excusa perfecta, y notó en su expresión, repentinamente relajada, que era lo que necesitaba.

—¡Es verdad! Vamos, que es precioso y huele a todas las flores del mundo.

La cogió de la mano y tiró de ella. Caminaron deprisa, con una Paula demasiado ansiosa como para disfrutar del día primaveral que bañaba la tierra. Iba dando saltitos, revoloteando a su alrededor, empujándola por los hombros cuando consideraba que Ro no andaba lo suficientemente rápido.

La estructura era de hierro y cristal, un poco opacada por el paso de las estaciones inclementes sobre ella, dándole un aspecto de cierto abandono desde fuera, con algunas enredaderas trepando por la pared. Sin embargo, una vez dentro, recuperaba la magnificencia que no se le atribuía desde el exterior. Plantas exuberantes, árboles frutales en las esquinas, flores tan grandes como manos, hojas carnosas aquí y allá y el ruido silencioso de los bichos que anidaban en la tierra húmeda.

En el centro había unas mesas de madera blanca desteñida por el roce, a modo de maceteros corridos, dividido a su vez en compartimentos pequeños, como un muestrario de flores diminutas y vistosas, de cactus exóticos, que quedaban a la altura de la cadera.

Una humedad un poco agobiante y el zumbido de un abejorro lejano. Los ojos de la camarera abiertos para llenárselos de todo lo que alcanzaba su vista y la sensación de encontrarse en otro planeta.

—Tienes razón, huele a todas las flores del mundo juntas.

—De pequeña intenté meter el olor en un tarro para poder llevarlo a todas partes —dijo Paula, mientras cogía de un tablón de trabajo un bote de cristal con su nombre escrito con letra infantil en la tapa. Se lo enseñó—, pero, cuando me lo llevaba a casa y lo abría, no olía a nada. Mi abuelo, que era mi jardinero personal, me dijo que lo dejara por aquí, que fuera de esta construcción de cristal perdía el efecto, así que siempre que lo abría, olía a flores. Yo pensaba que salía del tarro, pero era el propio olor del invernadero. Yo me lo creí, como todo, siempre.

—Así que tu abuelo también era un cuentacuentos, ¿no?

—Sí, sí que lo era. Se lo pegó mi abuela, ya sabes: los que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición. —Soltó un suspiro nostálgico.

—Entonces, ¿tu abuelo era un escéptico antes de conocer a tu abuela? —preguntó Ro como quien no quiere la cosa, deslizando las yemas de los dedos por la madera, dándole la espalda.

—Pues… ahora que lo dices, creo recordar que sí. Yo ya lo conocí convertido a la religión que profesaba mi nana, pero seguramente, en su juventud, fuera un pagano.

Ro, que liberó de todo peso de importancia aquella conversación, no dijo nada. No hacía falta, pues ella misma ya se había dado cuenta de que no era tan difícil hacerse adepto a la fe de esas dos locas, abuela y nieta. ¿Cómo no creer si veía materializarse los milagros a puñados delante de ella? Sin pretenderlo, Paula había conseguido que, en lugar de mirar, dejara que las cosas, por inconcebibles que fueran, llegaran aleteando hasta ella y traspasaran la piel de agua de sus ojos con naturalidad, que se le metieran dentro sin posibilidad de

intrusismo y se fueran sedimentando allí donde encontraran un lugar donde posarse. Su mirada dejaba de ser crítica y se limitaba a ser, sin más, abierta de puertas y ventanas, sin ningún tipo de aduana.

Quizá nunca había estado tan alejada del mundo onírico como creía, sino que, hasta entonces, no se había sentido con la libertad de observar sin preguntas, por irónico que pareciera viniendo de ella.

—¿Qué hace esto aquí? Pensaba que todos estaban en la entrada —preguntó Ro, señalando un pequeño rosal solitario que presidía el centro de aquellos tableros.

—Es la única cepa que sobrevivió a la escabechina que hizo mi nana cuando se casó. Para darle una sorpresa a mi abuelo, estuvo podando los rosales por su cuenta y, cuando llegó el invierno, fueron muriendo poco a poco. Solo pudieron salvar esta. El rosal original. —Extendió las manos frente a su cara, como si estuviera enmarcando un titular.

—Qué metáfora tan poco romántica.

—En realidad tiene sentido. En las relaciones no vale hacer la guerra cada uno por su lado. Se muere el amor si no se trabaja en equipo.

—Siempre le encuentras la manera de darle la vuelta a todo, ¿no?

—Así me han entrenado. —Se encogió de hombros con una sonrisa y le rozó el brazo con el suyo.

Caminaron en silencio por la estancia, llenándose los pulmones de ese polvo de hadas que parecía impregnarlo todo cuando dejaban atrás las leyes de la termodinámica. Continuaron paseando hasta la puerta trasera y la traspasaron, llamadas por el laberinto que, nada más verlas aparecer en los terrenos con el susto pintado en el rostro, ya sabía que habían ido a verlo a él.

Las fue guiando por el césped, esquivando su atención del huerto, de las bancadas de flores exteriores, del pajarero que hacía de linde del terreno contiguo, enfocándolas únicamente en la entrada hacia el interior de Paula.

Se plantaron enfrente como si no hubieran percibido el transcurso del tiempo hasta que habían llegado allí, como si el trayecto no hubiera empezado hacía diez minutos, sino media vida. Así era imposible recordar cada curva del recorrido, si este empezó mucho antes de saberlo.

—¿Entramos? —Suspiró Paula, girando la cara hacia ella.

—Vamos.

Ro le cogió la mano y dio un paso que la introdujo dentro. Sintió como si acabara de traspasar una frontera gelatinosa y fría, y, el hecho

de haber sido ella, sosteniendo entre los suyos los dedos de Paula, quien entrara la primera en el laberinto, hizo que este se sacudiera ante sus ojos y cambiara sutilmente de color, que una onda expansiva callada recorriera cada tramo de setos con una tenue vibración atmosférica, haciendo que los insectos y los pájaros levantaran el vuelo al sentir la ola que modificaba el aspecto de todo lo que tenía delante. Ro se sobresaltó y cogió todo el aire que pudo, en un intento por dejar la mente abierta para que penetrara, sin hacer mucho ruido, todo lo que Paula le quisiera mostrar. La escritora entró inmediatamente después, notando el minúsculo cambio que había azotado su lugar en el mundo. Entornó los ojos y ladeó la cabeza, percibiendo ese *je ne sais quoi* que hacía que todo pareciera igual, pero ligeramente diferente. Ro tiró de ella y Paula sonrió. La veía impaciente, excitada, ansiosa por llegar al centro.

—No es por ahí.

Ro comprendió que no era suya la tarea de encabezar la marcha, por lo que dio un paso atrás y dejó que fuera Paula quien comenzara a doblar esquinas con los ojos cerrados. Estaba como en trance, como tirada por un gancho desde el estómago. No tenía en su mente el recuerdo del camino correcto, sino que lo tenía dibujado en las tripas, tatuado debajo de la carne, porque era el suyo propio.

La camarera observaba todo a su alrededor, cómo había ocasiones en las que el sendero parecía ir cerrándose tras ellas, cómo tenía la sensación, al avanzar, de que las ramas de uno y otro lado se aproximaban casi imperceptiblemente, intentando erigir a su espalda una muralla de vegetación imposible de traspasar. No tuvo la impresión de que su acompañante notara nada extraño, pero era como si el propio laberinto las impulsara hacia delante empujando desde atrás, igual que cuando aprietas el bote de la pasta de dientes.

Escucharon unas risas escandalosas, o quizá fuera el viento, y un tarareo que imitó Paula en cuanto lo oyó, recitando una canción entre dientes que le sonaba, pero no sabía de qué.

—¿De qué conozco esa melodía? —musitó Ro en un hilo de voz, temerosa de romper la magia que envolvía el lugar.

—Es la misma de la caja de música. ¿Te acuerdas? —Se volteó para observarla, incrédula, deteniendo sus pasos.

Ro la entonó a trompicones. Solo la había oído una vez y basta, borrándose al instante de su memoria, pero tenerla allí, flotando en el ambiente, había reactivado aquel recuerdo escondido entre pliegues de sábanas. Paula abrió los ojos y sonrió, incapaz de llevar sus pensamientos más allá del hecho de que su camarera cínica se estaba

dejando contagiar por ella y sus circunstancias. Ya tendría tiempo de reflexionar sobre lo que eso significaba; en ese momento solo quería disfrutarlo.

Antes de llegar al centro, un movimiento a la izquierda de Ro llamó su atención. Se giró deprisa para no perderlo, pero solo alcanzó a ver el vuelo de lo que parecía una falda floreada. Asintió hacia el lugar y le llegó un suspiro que no era suyo, una aceptación, una risita traviesa. Volvió a mirar al frente y se encontró con la enorme espalda de Paula delante, flanqueando el arco que formaba la entrada al centro del laberinto. Contuvo la respiración y la escritora, sin volver la vista, lanzó su mano hacia atrás para buscar a tientas el cuerpo de Ro, embebida por la imagen de aquel minotauro majestuoso, unos metros más allá. La morena se pegó a ella, un poco inquieta, y se llenó de su calor.

Paula empezó a andar, dando un paso al lado para abrazar los hombros de su camarera asustada, y se fijó en su cara mientras observaba a la bestia que se alzaba orgullosa delante de ellas. Sin embargo, no encontró unos ojos abiertos de estupor, sino una mirada de reconocimiento hacia él, de desafío, incluso. Entornó los ojos cuando Ro se deshizo de su brazo y se aproximó a la gigantesca figura, elevando el rostro para abarcar toda la magnificencia tallada que tenía delante.

El minotauro le devolvió la mirada, altanero como siempre, pero sorprendido de tenerla allí. Nunca una mujer ajena a la familia había llegado tan lejos, jamás nadie había estado a un gesto de la mano de tocar el miedo infame que consumía a Paula. Ro vio algo de temor en sus ojos y apretó los dientes con rabia. Allí, subido en el pedestal real y metafórico en el que su escritora lo había elevado, se sentía invencible. Deseó quitarle esa mueca de suficiencia de un guantazo, pero reverberaron en su cerebro las palabras dichas por él mismo unos días atrás.

Tú no puedes tocarme, aunque ella crea que sí.

Ro se giró sobre sus talones y se encontró a una Paula desconcertada pero sonriente, como si todo tuviera sentido para ella, aunque eso no pudiera ser.

—Lo conoces —susurró, atando cabos.

—Sí.

—¿Cómo es posible? Nunca te he hablado de él.

—Quizá no con palabras, Paula, pero está en todo lo que haces, en la manera en la que sientes, en la forma negligente en la que crees en el amor.

—Nadie lo ha visto nunca. —No daba crédito.

—A lo mejor es que pensabas que cualquiera que lo viera se iba a asustar.

—¿Tú no?

—Te he pedido que me lo enseñes, ¿no?

—Entonces ya lo sabías… —Bajó los brazos con derrotismo y agachó la mirada al suelo.

—¿Que estás muerta de miedo? Claro que lo sabía, cariño, hemos hablado mucho de este tema. —Se acercó a ella y la tomó de la mano —. Te… te asusta el amor, la locura, la pérdida. Tu miedo es el minotauro. —Concluyó con un suspiro.

—Es solo una parte de él.

—No entiendo.

—El minotauro es humano y bestia a la vez, como yo, que estoy dividida entre lo que más deseo y lo que más me aterra. Yo soy el minotauro, Ro, y el miedo solo es una parte de mí.

—Es verdad… —Ro comprendió, de repente, todo lo que su escritora llevaba un tiempo queriéndole decir.

—Esta convivencia, esta lucha diaria me está destrozando por dentro… —Se mordió los labios e intentó contener las lágrimas que le habían nublado la visión—. No quiero que gane, Ro, necesito que alguien lo mate.

—¿A quién? —Tembló su voz y su cuerpo.

—Al monstruo. Que desaparezca el animal asustado y se quede la humana, que sufra si tiene que sufrir, pero que sienta, porque me estoy perdiendo la vida en esta guerra que no acaba nunca.

—¿Y quién lo tiene que matar? —Le acarició las mejillas y quiso metérsele dentro para besarle el corazón.

—Mi Teseo.

—¿Teseo?

—Es el héroe del mito que consigue destruir al minotauro.

—¿Me lo cuentas? —le pidió, tirando de sus manos y haciendo que se sentara a los pies de la escultura, con la espalda pegada al pedestal sobre el que se alzaba.

—Verás, el minotauro era hijo de la mujer del rey Minos y de un toro blanco que Poseidón le regaló al rey. El minotauro, que según crecía se volvía más sanguinario y salvaje, solo comía carne humana, por lo que estaba provocando tremendo lío en la ciudad de Creta.

—Tremendo lío. —Soltó una carcajada que provocó un bufido en el minotauro. Ella lo miró desde abajo y se encogió de hombros.

—Imagínate un bicho gigante comepersonas atemorizando a una

ciudad entera.

Paula aceptó el tono más liviano, encantada de escuchar la risa de rata de Ro e ignoró la incomodidad de la bestia a su espalda. El animal refunfuñaba, consciente de que hablar de él con tanta ligereza le quitaba impacto y derretía el temor. Y eso no lo podía consentir.

—¡Voy a comerme a los niños, grrrrrrr! —Ro reía como una loca, dejando caer la cabeza sobre el hombro de Paula, que dibujaba patrones aleatorios en su mano.

—A los niños y a todo lo que se movía, Ro, hazme caso, menuda carnicería. Por ese motivo, el rey Minos decidió hablar con Dédalo, que era el arquitecto estrella, que, por cierto, fue el mismo que construyó una vaca de madera para que la mujer del rey pudiera copular con el toro blanco. En fin, no sé cómo pudo volver a confiar en él, era el Calatrava de la mitología griega, francamente.

—Jajajajajajajaja. —Ro sintió una respiración húmeda y ardiente en su nuca que cortó su risa y le hizo tragar saliva. No necesitó volver la cabeza para saber de quién se trataba—. Sigue, por favor.

—Pues Dédalo decidió construir un laberinto gigante para contener al minotauro, que estaba incontrolable. Un hijo del rey Minos murió en Atenas, por lo que Creta le declaró la guerra. Cuando la ganó, impuso un tributo a la ciudad griega: entregar siete efebos y siete doncellas a Creta para alimentar al minotauro y que estuviera tranquilito.

—¡Qué horror!

—Así es, pero quien pierde, paga, por lo que Atenas cada nueve años les daba a catorce ciudadanos para pagar su tributo y alimentar al monstruo. Los metían dentro del laberinto y, como era imposible hallar la salida, el minotauro los encontraba antes y se los merendaba. Fue así hasta que Teseo, un hijo del rey de Atenas, se cansó y se presentó voluntario para ir a Creta como parte de la ofrenda.

—¿Como la de *Los juegos del hambre*?

—¡Exacto! —Otra risotada y de nuevo el minotauro, tras el cuello de Paula esta vez, mirando con rencor a la camarera y con estupefacción a la escritora—. Estaba harto de la masacre que estaba sufriendo su pueblo y se apuntó, dispuesto a matarlo.

—¿Y lo consiguió?

—Sí. Lo mató y terminó con aquella barbarie. Y eso es lo que yo necesito, Ro, una Teseo valiente que aniquile a mi animal interno sin compasión, que me deje libre para amar y vivir, que me salve, porque no puedo continuar así…

Ro la abrazó con ternura, acogiendo su cara en el pecho y

acariciándole el pelo. El minotauro soltó un bufido de satisfacción y se irguió altanero, con una sonrisa tirana, volviendo a su lugar. Por mucho que Paula hubiera llegado hasta allí con otra mujer, no tenía en sus manos aquella invitada indeseable el arma que lo destruyera. Ella, precisamente, que no creía en ese amor, que no confiaba en un lazo sentimental que ensalza la dependencia que genera salvar y ser salvada. No, ella nada podía hacer por el corazón de Paula, y eso calmaba las tribulaciones del animal.

Las observó desde allí arriba, con su respiración tranquila, pausada. Eran hermosas juntas de tan opuestas, no lo podía negar. Esa muchacha que protegía a su Paula tenía capacidad para cuidarla si llegara el día en el que él ya no pudiera. Pero ese día no iba a llegar. Su Paula era demasiado frágil, demasiado pura para este corrosivo mundo. La habían criado entre algodones, como el capricho de todos, incluido el suyo. Era bella su alma y estaba llena de amor, un amor que no podía ser entregado a cualquiera que apareciera con una sonrisa bonita y sentimientos descafeinados. Había mirado dentro de Ro y había visto que no había lugar para su niña Paula en un corazón de cemento.

Solo una persona, una heroína que luchara por ella y la guardara con la fiereza con la que él mismo lo hacía, tendría el derecho de optar al privilegio de hacerla feliz. Y esa persona no era Ro.

—Yo lo vi. Lo vi un día. —Rompió Ro el silencio.

—¿A quién?

—Al minotauro. A este minotauro. Tú dormías y yo sentía que te estaba queriendo. Entonces apareció.

Paula salió de su escondite y la miró a bocajarro.

—¿Tú me estabas queriendo?

—A veces lo hago. No a tu manera, eso es imposible. Pero sí a la mía. Ahora entiendo que pude ver tu miedo, que el minotauro se me hizo visible porque no le gusta mi forma de quererte.

—¿Y qué forma es esa?

—Bien.

Paula parpadeó muy deprisa. No quería perderse ni un segundo de la visión de la mujer que tenía enfrente. No era su Teseo, sabía desde hacía semanas que ella no iba a luchar para salvarla. Ro no era así. Sin embargo, bajo aquella luz cálida del mediodía, al amparo de la presencia de la bestia que tenían detrás, le pareció que brillaba en sus manos una espada que le quedaba demasiado grande.

—¿Por qué no iba a querer mi minotauro que alguien me quisiera bien?

—Porque la manera en la que él te quiere, con esa sobreprotección enfermiza, y en la que tú crees que tienes que querer, con necesidad, necesidad de ser salvada, no es sana, Pau. Pero ni él ni tú lo sabéis.

—Somos la misma cosa.

—Por eso mismo. El minotauro es como el tío de seguridad de una discoteca, que elige quién entra y quién no a tu corazón. Y esa decisión no es una que deba tomar el miedo.

—Yo quiero que tú entres —musitó con un puchero.

—No, no quieres, porque te da pavor que no me quede para siempre.

—De lo que no os habéis dado cuenta aún, ni el minotauro ni tú, es de que ya estás dentro.

Ro la miró con el pecho encogido, saltando su mirada de un ojo al otro de la escritora.

—Estás aquí —continuó la escritora, que colocó un mechón de pelo tras su oreja y echó un vistazo rápido a su entorno para que entendiera que se refería al centro del laberinto—, escuchando historias mitológicas de una loca del hacha que acaba de poner delante de ti su parte más fea.

—Y no he salido corriendo —le recordó, con un dedo en alto, divertida—. Y por eso a tu minotauro no le gusto ni un pelo, porque no me importa demasiado que esté rondando por aquí, no voy a matarlo, porque no es asunto mío. Y le jode que pase de su cara. Le jode muchísimo.

—Es un reclamador de atención —le siguió Paula la broma.

—Un *enfant terrible*. —Rieron ambas.

—Entonces, no piensas matarlo, ¿no?

—No entra dentro de mis competencias, guapa. —Se puso en pie, le tendió las manos y la ayudó a recuperar la vertical—. Bastante tengo con ocuparme de mis traumas como para tener que cargar también con los tuyos.

—Muy generoso por tu parte.

—Lo es, aunque ahora no te lo parezca.

—Tendré que seguir buscando a mi Teseo entonces. —Suspiró teatralmente, encaminándose hacia la entrada al centro del laberinto.

—No te enteras, escritorita. Nadie va a matar al minotauro por ti.

—¿Qué quieres decir? —Se detuvo justo antes de traspasar el arco que las devolvía al primer pasillo de setos.

—Que al minotauro tienes que matarlo tú, Paula. Tú eres tu propio Teseo.

Ro comenzó a caminar sin esperarla y Paula se quedó allí unos

segundos, asimilando lo que acababa de escuchar. Se giró y miró al minotauro, que apretaba los puños con las aletas de la nariz hinchadas de furia. Entornó los ojos, analizándolo. Estaba enfadado, estaba… Estaba muerto de miedo.

Una sonrisa cruzó su cara y le dio la espalda, empezando a corretear por los pasillos en busca de Ro, que la esperaba un par de giros más allá. No se había perdido, y eso le sorprendió. La cogió de la mano y continuaron el paseo: escucharon a su espalda, justo antes de salir, un rugido animal estremecedor que tiñó de nubes el cielo sobre el laberinto.

Paula apretó el agarre en la mano de Ro y echó a correr entre risas, ya fuera, tirando de ella y alejándose del cielo nublado que habían dejado atrás.

21

Cuando dejó a Paula en su piso, rechazando la invitación de quedarse a dormir y amanecer más cerca de su trabajo para la mañana siguiente, tardó aún unos minutos en volver a arrancar el coche. Apoyó la frente contra el volante y accionó el claxon sin querer, llevándose un susto de muerte y los ladridos de Conan.

Su escritora ya hacía rato que había desaparecido tras el portal de diseño de su bloque, pero todavía se mantenía dentro del coche su aroma a flores y la neblina espesa que siempre la acompañaba. Se iba disipando con cada golpe del segundero de su reloj de pulsera, y ella misma iba saliendo, poco a poco, del letargo en el que su compañía habitualmente la dejaba. Agitó la cabeza, como si la tuviera llena de pájaros, y suspiró con tal potencia que se empañó el parabrisas.

Estaba temblando. No sabía si quería hacerse preguntas sobre lo que había sentido hacía un puñado de horas o si prefería dejarlo en ese lugar en el que nada es susceptible de ser juzgado porque no sigue las reglas de la física ni de la cuántica. Tenía un nudo en el pecho y unas terribles ganas de llorar.

Había sido testigo de la magnitud del miedo que invadía a Paula, lo había visto y podría haberlo tocado con los dedos si hubiera querido. Era gigante, monstruoso y no tenía una pizca de piedad. Un ente que había cogido todo lo que brillaba en la personalidad de la escritora y lo había bañado del gris más triste de la paleta de colores. Ella, que siempre había sido una valiente, sintió también ese miedo, su hedor nauseabundo, su aliento repugnante en la nuca, erizando su piel y provocándole un malestar en absoluto imaginario. Pero, también, sintió compasión por él. Y ni siquiera entendía por qué.

Quizá la hacía sentirse identificada con su energía protectora hacia Paula. Comprendía el miedo del propio minotauro, si eso tenía algún maldito sentido. *El miedo que tiene el miedo*. Rio en voz baja, creyendo que estaba volviéndose loca ella también, levantó la mirada del volante y la dejó escapar por la ventana. Sin embargo, por muy demencial que sonara, entendía sin dificultad el temor del animal a que hirieran un corazón de cristal como el de Paula, tan transparente, tan frágil.

Él no había elegido existir, lo habían colocado ahí otras manos, en el centro del laberinto del interior de Paula, con una misión que desgastaba todas sus fuerzas y que iba minando, poco a poco, su humanidad: protegerla de sí misma. Él no quería ser verdugo, ni Paula lo deseaba ya cerca. ¿Qué podía hacer? Nada, solo cuidar a la niña de sus ojos, a la niña de los ojos de todo el mundo, y esperar a que la muerte, natural o infligida, lo liberara también a él.

El cerebro de Ro echaba humo. Conan le dio un lametón en la oreja, sacándola de pensamientos demasiado confusos, por lo que giró la llave y salió zumbando de allí camino a su casa.

Unos metros arriba, en un solitario balcón, Paula la vio perderse por la primera esquina, temerosa de que lo visto y lo vivido en la mansión fuera tan inabarcable como para alejarla definitivamente de su vida.

Una vez en casa, la camarera se dio una ducha más larga de lo normal, dejando que el agua se llevara con ella, por el desagüe, todo el sudor frío que aún mantenía su piel pegajosa. No estaba atemorizada por la imagen impactante del minotauro, pues sabía que, para entender la manera en la que Paula veía el mundo, tenía que ponerse en sus zapatos alados y apreciarlo bajo su prisma, y si su miedo tenía forma de animal mitológico, ¿quién era ella para cuestionarlo? El suyo, si se paraba a pensarlo, tenía aspecto de vacío, de pasado a corto plazo, como si estuviera en mitad del universo, flotando, y todo lo que existía lo tuviera delante, pues a su espalda no había nada, una nada negra que apestaba a soledad.

Había llegado a tal punto de comprensión de su carácter que el hecho de haber visto materializados ante sus ojos sus temores más profundos la inquietaba, era cierto, pero a la vez le daba una tremenda paz. Los enigmas, que tanta ansia de conocimiento le causaron al principio de conocerla, iban resolviéndose, desgranándose uno a uno, cayendo sin detenerse, como piezas de dominó con la primera ficha derribada.

No se hizo preguntas en el laberinto ni iba a hacérselas ahora, pues solo podía aceptar esas sensaciones experimentadas, que le servían para despejar dudas y aclarar el camino que aún tenían por delante.

***

RO

¿Y mi mensaje de buenos días?

¿Y mi escritora rarita mirándome a escondidas en mi puesto de

trabajo?
¿Y mi sobre de azúcar de sobra?

PAULA
BUENOS DÍAS, RO

RO
A buenas horas…
Estoy indignada, adiós

PAULA
Nooo
Es que… quería darte un respiro después del día intenso de ayer

RO
¿Te lo he pedido yo?
Pregunto

PAULA
Pues… no

RO
¿Entonces?

PAULA
Eh…

RO
Eh… uhm… pues…
Espabila, coño, que te dedicas a las palabras

PAULA
OYE
Encima de que lo hago pensando en ti…

RO
No quiero que pienses por mí
¿Que me quedé a cuadros con el laberinto?
Sí
¿Que ya hace tiempo que sé que estás de la olla?
También
¿Que te acepto como eres, aunque necesites medicación?
Deberías saberlo

PAULA
JAJAJAJAJAJA
Igual tú también necesitas medicación, camarera

RO
Eso es evidente
Sigo queriendo verte después de entrar contigo en la madriguera de Alicia en el país de las maravillas

Bien de lo mío tampoco estoy

PAULA

¿Sigues queriendo verme… esta tarde, por ejemplo?

RO

Esta tarde he quedado con Elvira para ir de compras

La han invitado a una boda y tiene muy poco gusto, mi pobre

PAULA

Vale, pues pásalo bien

RO

Mañana libro, si quieres podemos quedar para comer

PAULA

¿Cuando dices comer te refieres a nutrirnos o comernos la una a la otra?

RO

Sí

PAULA

JAJAJAJAJAJAJAJAJA

Lo capto

Mañana te recojo

Ro se despidió de ella y terminó su café de descanso de un trago. Había cogido, por supuesto, uno de los sobres de la caja de Paula, que estaba comenzando a vaciarse tras sus últimas ausencias. Sabía que intentaba moderarse a sí misma y a su vehemencia, pero empezaba a echar de menos el ímpetu del inicio. Aceptaba el hecho de que la escritora no la considerara una candidata válida para el puesto de reina de su corazón, pero tenía que admitirse que añoraba sentirse tan estúpidamente especial para alguien.

La falta de costumbre, supuso.

Después de sacar a Conan y dar un largo paseo por el parque que había al lado de su casa, se dio una ducha y fue al encuentro de Elvira, que fumaba apoyada en la pared, junto al portal.

—Me encanta tener a pibones esperando en la puerta —fue su saludo.

—Tienes novia, deja de coquetear conmigo. Este barco hace ya mucho que zarpó para ti. —Le dio dos besos y comenzaron a caminar hacia la parada de autobús.

—No tengo novia.

—Ya, ya, lo que tú digas.

—Te lo digo en serio. Ella no me ve así, no a la larga, quiero decir.

—Ella te ve como la madre de sus hijos, no digas tonterías.

—Eres muy exagerada, Elvis. —Pasaron sus abonos y se sentaron en la parte central del autobús.

—Ojalá una unidad de mujer que me gustase me mirara como ella te mira a ti. Te juro por lo más sagrado que le salen corazones por los ojos. Da escalofríos.

—Es que ella es así, lo saca todo hacia afuera. Pero ya me ha dicho más de una vez que no tenemos nada que ver la una con la otra. —El resoplido amargo que soltó hizo que Elvira se girara hacia ella con gesto suspicaz.

—Y eso no te gusta una mierda. —Ro también se volteó para encontrarse con sus ojos escrutadores.

—¿El qué?

—Que tenga tan claro que no eres para ella. Estás odiándola mucho por eso, te molesta, te hierve la sangre.

—¡Por supuesto que no! Te recuerdo que fui yo quien le paró los pies cuando la conocí. Estaba a un par de caídas de ojos mías de hincar la rodilla en el suelo y pedirme matrimonio.

—Eso fue al principio, querida, pero ahora que tú has avanzado y ella se ha quedado estancada en tu rechazo a medias, piensas que se ha pasado de frenada. ¡La detestas porque no te ama con la fuerza de los mares! —le dijo con tono acusador y cara de haber descubierto la piedra filosofal.

—¿Puedes dejar de hacer el ridículo?

—Va, vamos a ponernos serias. Te jode un poco, ¿a que sí?

Ro volvió la vista al cristal y dejó que su mirada se perdiera entre el tráfico. Suspiró y asintió.

—Un poco.

—Cuéntaselo a mamá. —Se dio unas palmaditas en la rodilla y le golpeó el hombro con el suyo.

—¡Es que parece que solo soy para ella la profesora sustituta de comportamiento romántico o algo así! —Su tono airado sacó la risa de Elvira, que se recostó en su asiento, dispuesta a disfrutar de uno de los increíbles brotes de Ro.

—¡¿Qué eres, su parche de nicotina para quitarse las ganas de enamorarse o qué?! —la animó, lo cual no era muy necesario.

—¡Pero qué se ha creído la imbécil esta! ¡Un día me quiere desposar y ahora parece que, como está en su zona de confort, hay que tirarse a la Bartola!

—Yo me la tiraría —bromeó la pelirroja entre dientes, pero Ro, que había entrado en barrena, no la escuchó.

—¡Ni siquiera viene al bar todos los días, como antes! Como ya me tiene, ¿para qué esforzarse?

—¡Pero será cerda! —se indignó Elvira, apoyando a su amiga.

—¡Dice que es para darme espacio, espacio mi coño, que está de puta madre, echando un polvo de vez en cuando y dejándose cuidar!

—¡Señora, no nos mire así, que el sexo es salud! —se dirigió Elvira a una mujer que las había mirado con reproche.

—¡Estoy harta!

De un salto se puso en pie, pasó por encima de Elvira y salió dando pisotones del autobús. Habían montado un espectáculo, y la pelirroja se lamentó de no haber podido darlo un poco más. Le encantaba cuando Ro dejaba la racionalidad a un lado y permitía que fluyera su mala leche. Normalmente era una chica estable y calmada, pero si el vaso de su autocontrol rebosaba, era mejor echar el cuerpo a tierra y taparse la cabeza con los brazos.

—De qué estás harta, a ver. —La alcanzó, unos metros más allá.

—¡De estar en medio de ninguna parte! —Ro puso los brazos en jarras e hinchó las aletas de la nariz—. Entiendo que ella tuviera que parar, ¿vale? Lo entiendo perfectamente.

—¿Parar de qué?

—De ser una jodida loca del amor. De buscarlo como si le fuera la vida en ello. Nos echamos a un lado del camino para descansar, estupendo, y yo me quedo con ella, magnífico. Pero coño, podemos dar un paseíto hacia adelante, digo yo. —La miró esperando que le diera la razón, pero Elvira solo parpadeó muy deprisa. No era mujer de metáforas.

Ro estuvo un buen rato explicándole a qué se refería mientras recorrían tiendas, y le dio datos que, en una reunión de amigas, eran difíciles de ofrecer, siempre más dispuestas a la mofa que a profundizar.

Elvira se estaba probando un traje chaqueta verde botella que le sentaba genial con el tono de su pelo. Se miraba en el espejo y daba vueltas sobre sí misma para apreciar el culo que le hacía.

—Yo me daba.

—Yo también te daba —concordó Ro, acariciando la tela de su espalda.

—A quien le darías tú es a tu escritora, pero en la cabeza con un palo.

—Si ella no tiene culpa, en realidad. —Ya se había desinflado su pequeño estallido de cólera—. Fui yo la que estableció los parámetros de la relación, porque si por ella hubiera sido, estaríamos, yo qué sé,

mirando cole para los niños.

—Bueno, igual que le dijiste que echara el freno, Magdaleno, puedes decirle que no estaría mal avanzar un poco.

—Es que tampoco sé si quiero, Elvis. Ya te he dicho que no me fío de sus sentimientos. No sé qué parte es verdad y qué parte es exageración.

—Te voy a decir una cosa, y con esto no quiero que pienses que soy *team* Paula, porque yo voy contigo a muerte siempre, pero no sé… Te ha enseñado el laberinto y las cosas que más la acojonan, y tú misma has dicho que no es algo que le hubiera mostrado a nadie antes.

—Ya… Pero me lo enseña porque sabe que yo no soy la elegida —hizo un gesto de comillas—, ¿entiendes? No le da miedo que me asuste y me vaya, porque asume que tenemos fecha de caducidad.

—¿Lo asume o tú se lo has hecho creer?

Ro se mordió los labios. Elvira le echó una mirada de obviedad, con las cejas bien arriba, y se metió en el probador para cambiarse de ropa. A través de la tela que separaba a su amiga del exterior, le resultó más fácil hablar.

—Yo se lo he hecho creer. Pero, ¿cómo voy a estar tanto tiempo con alguien? Yo… yo no sé hacer eso, Elvis. Yo siempre he estado sola.

—Y ella no sabía nada del amor moderno 2.0 y ahí la tienes, conteniendo la intensidad y conociéndote. —Separó una a una las sílabas de esa última palabra. Ro sonrió porque su amiga tenía razón.

—Eso es verdad. —Elvira percibió su sonrisa a través de la cortina —. Me está conociendo y creo que, aunque no sea el alma gemela que busca, aun así le gusto.

—No es que le gustes, es que creo que le molas más que cuando empezasteis a quedar. Sin tanta floritura, que eso me parece muy bonito, pero creo que la base es más… sólida, no sé si me explico.

—Sí. A lo mejor me trata con un poco de distancia porque la acojoné al principio.

—Pues dile que eso ha cambiado, que se suelte un poco la melena, que esto de conocerse poco a poco está muy bien, pero que una mujer necesita un poco de, ya tú sabes, mambo.

—¿Mambo? —Soltó una carcajada y Elvira salió del probador con el traje colgado del brazo, directa a pagar.

—Sí, nena, un poquito de locura, de pasión, de amorcito sabrosón. Si crees que tú le cortaste las alas en eso de dejarse fluir románticamente, tendrás que ser tú la que se las haga crecer otra vez.

Como en el mito ese de Ícaro. Aunque no te aconsejo que se las hagas de cera, también te digo. ¿Me cobras? —le preguntó a la dependienta, tendiéndole las prendas.

—¿Qué mito es ese, tía, qué dices?

—Coño, ¿la experta en el laberinto no está al día?

—Me explicó de qué iba el otro día, pero no me contó todas las historias de la mitología griega.

—Buah, es que es superbonita esa historia, con el hilo de Ariadna y todo eso.

—¿Hablas de la historia de Ícaro? —Se extrañó Ro. No estaba entendiendo nada.

—No, joder, la del minotauro. ¿No dices que hablasteis de ella?

—Pero no había ningún hilo, tía. Te juro que no —añadió al ver la cara de sorpresa de Elvira.

—Pues la muy capulla se dejó la mitad de la historia. ¿Qué te contó?

—Un rey, zoofilia, una ciudad masacrada, un laberinto del que es imposible salir, un minotauro y el héroe que lo mata.

—Pero a ver, alma de cántaro, si no se puede salir del laberinto, ¿cómo se supone que salió el héroe de allí después de cargarse al bicho?

Ro se quedó parada en mitad de la calle. Iban hacia un bar conocido para picar algo, pero sus pasos se quedaron detenidos al no haber caído, hasta ese momento, en ese pequeño detalle.

—¿Cómo demonios salió de allí? —preguntó ella a su vez, emprendiendo la marcha y empujando la puerta del establecimiento que habían elegido para cenar.

—Lo ayudó una mujer, ¿cómo si no? —Elvira le guiñó un ojo y sonrió con suficiencia.

***

Paula se apretaba los dedos de una mano con los de la otra en un gesto de nerviosismo. Iba a ver a Ro, por el amor de Dios, ya debería estar familiarizada con la sensación. Pero nunca lo estaba. La presión que tensaba el ambiente los segundos antes de estar en su presencia siempre se le antojaba insoportable, desquiciada. Cuando, por fin, la tenía delante, ese globo aerostático que parecía a punto de explotar se relajaba de golpe, sacando el aire de sus pulmones y dibujando una sonrisa tonta en su cara.

Ro decía que no era posible, pero ella estaba segura de que

empezaba a amarla. No de un modo loco y enfermizo, como siempre había deseado y temido, sino con una calma equilibrada a la que no terminaba de acostumbrarse.

No podía determinar qué tipo de amor era el más cierto, pues si se basaba en la experiencia, podría decir que, en su caso, la cantidad nunca había ido de la mano de la calidad. Quizá a ella no la estaba queriendo con esa ansia desenfrenada que siempre había imaginado, pero ese amor pulsante la hacía sentir irremediablemente bien, en paz, igual que un metrónomo que suena acompasado al ritmo lento del corazón.

Un amor que siempre había relacionado con lo mediocre, pero que le aportaba una genuina e inesperada felicidad.

—Buenos días, Ro.

—Buenos días, Pau.

—No me escribiste anoche. —Se le plantó delante con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Parecía una niña enfurruñada.

—Estuve haciendo trabajo de investigación. —Ro imitó su pose, como si estuviera a punto de echarle la bronca.

—No tengo ningún cuerpo enterrado junto al cobertizo, así que deja de mirarme así.

—No, pero tienes un cadáver llamado Ariadna que apesta, guapa. ¿No tienes nada que contarme?

—¿Cómo? —Bajó los brazos y su rostro tomó una expresión de incomprensión—. Ro, te prometo que no conozco a ninguna Ariadna, ya sé que tú y yo… bueno, no tenemos ninguna etiqueta, pero jamás se me ocurriría jugar a dos bandas, porque…

—Eres imbécil. —Estalló en una carcajada y se colgó de su cuello, llenándole la cara de besos—. Lo que me faltaba, que la escritora romántica no solo haya dejado de ser romántica, sino que también se haya convertido en una golfa.

—Yo no he dejado de ser romántica —se defendió, intentando ponerse seria, pero incapaz de esconder la sonrisa.

Para demostrarlo, la levantó en volandas, dio unas cuantas vueltas sobre sí misma hasta que la risa de Ro llenó sus tímpanos y le dio un beso de esos en los que el tráfico se silencia y el tiempo se detiene. Incluso la camarera levantó un pie hacia atrás ante tanta efusividad.

—Vaya, ahora sí que me salen contigo los besos de película —chuleó la escritora, cogiéndole la mano y tirando de ella, pues la morena se había quedado estupefacta sin saber dónde tenía la cabeza y dónde los pies.

—Ya te dije que… —carraspeó—, que con la práctica, todo mejora.

—¿Por qué dices que ya no soy una romántica?

—No sé, has perdido un poco la chispa conmigo, ¿no te parece?

—No te gusta mi chispa, solo la tengo encerrada en el sótano bajo siete llaves.

—Pau, a mí me gusta cómo eres.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. De hecho, lo que me llamó la atención de ti fue que no eres como nadie que haya conocido. ¿Una chica que liga conmigo en un bar? Me he visto esa peli mil veces. Si hubiera sido así de simple, no me habría alcanzado la curiosidad para más de dos o tres citas.

—Pues tú y yo hemos tenido un montón. —Hinchó el pecho, orgullosa.

—Y me has enseñado tu minotauro —le recordó, conduciendo la conversación por donde ella quería.

—¡Y escuchaste a mi nana cantando en el laberinto! —Asintió con una sonrisa satisfecha—. Aún sigo alucinando con que recordaras la canción de la caja de música.

—¿Lo que me pareció escuchar era tu nana? —Se puso más seria que una paliza, mirándola a través de las pestañas.

—Sí, bueno, no sé, o su recuerdo. Parece que siempre anda pululando por allí. —La miró de reojo. Esperaba el espanto y se encontró, sin embargo, una mueca de incredulidad.

—Pues menos mal que no me lo dijiste en aquel momento, porque hubiera salido corriendo atravesando setos sin mirar atrás.

—Jajajajajaja, me habría encantado verlo.

—Hay una cantidad limitada de sucesos inexplicables que puedo tolerar, Paula, tampoco hace falta tensar la cuerda.

—No te pareces mucho a la Ro que conocí —observó con admiración—. Ella ni siquiera habría entrado en mi laberinto.

—Si esto llega a pasar por aquel entonces, ya estarías bloqueada en mi teléfono y yo estaría cogiendo un vuelo a Tombuctú. Ahora que te conozco mejor, lo entiendo. Te entiendo.

—Me fascina que te estés tomando todo esto con tanta… naturalidad.

—No sé, me parece natural si viene de ti. —Se encogió de hombros.

—Pero mi miedo nunca lo había visto nadie —le repitió por enésima vez lo que no era capaz de sacar de su cabeza, intentando asimilarlo a través de la insistencia.

—Porque nunca te ha dado tiempo de enseñárselo a alguien.

—Es que contigo es distinto, Ro.

—¿Y eso no te dice nada?

—¿De qué?

—De que quizá esta sea la manera correcta de conocer a alguien. Mostrarle poco a poco lo bueno y lo menos bueno que hay en ti. Si lo haces a tu manera y se lo encuentra un día de sopetón, es normal que la gente huya como alma que lleva el diablo. Es un jodido minotauro, ¿sabes? Un puto minotauro de dos metros.

Paula rompió a reír por la cara de estupor de su camarera, que le explicaba su punto de vista haciendo grandes aspavientos con las manos. Joder, claro que estaba queriendo a esa chica.

—Es verdad, primero hay que conocerse y luego quererse, no al revés.

La manera en la que se lo dijo y la mirada que le echó hizo que el cuerpo de Ro se estremeciera y sintiera en la planta de los pies el giro rotatorio del planeta.

—¿En serio ahora lo ves así? —preguntó en un hilo de voz.

—¿Quién iba a quererme de verdad sin ver todas mis caras? Solo querrían a la parte humana de mi minotauro, y yo soy las dos cosas.

—A mí… a mí me gusta tu parte animal —murmuró, avergonzada por su confesión.

—¿De verdad?

—Sí, no sé, forma parte de ti y… y a mí me gusta que estés loca de remate. Me haces ver cosas que sé que no están ahí, pero las veo, joder si las veo.

Paula sintió crepitar algo desconocido en sus tripas tras esas palabras. Una emoción imposible de contener con las manos, que no sabía de dónde nacía ni dónde podía ir a parar. Se detuvieron en el semáforo de la esquina y aprovechó para mirarla como si fuera la primera vez que la veía.

—El otro día me dijiste que a veces me querías, y creo que sabes que yo también te estoy queriendo a ti.

—No, no lo sé.

—Sí lo sabes.

—Pero… solo, dímelo. —Un ligero tono de súplica en sus palabras, los ojos de una niña solitaria y la duda que no cesa.

—Te estoy queriendo, Ro. —La aludida enroscó lentamente los brazos en su cintura y la aplastó en un abrazo necesitado. Soltó un suspiro de alivio y Paula, por primera vez, se sintió gigante a su lado. Le habló al oído—. Te estoy aprendiendo a querer a tu manera, déjame enseñarte a querer a la mía.

—He visto a tu monstruo, Pau. Creo que ya estoy aprendiendo a quererte de esa loca manera tuya.

—Tengo algo que enseñarte, déjame hacerlo.

—Yo…

—Sé que no confías en mi manera de querer, y a mí no termina de convencerme la tuya.

—¡Oye! —Se revolvió en su pecho y le dio un mordisco en el hombro.

—¡Au! Eso ha dolido y me ha puesto un poco cachonda, ¿qué hacemos con esto? —bromeó para rebajar el tono grave que había tomado la conversación.

—Volver a mi casa y pedir comida china. Los restaurantes están sobrevalorados —sugirió Ro con el labio entre los dientes.

Anduvieron de vuelta al piso de la camarera, guardando un silencio compartido en el que lo dicho parecía rebotar en las paredes de sus cráneos, del mismo modo que rebotó la espalda de Ro contra la puerta al entrar en la vivienda, empujada por una Paula que se guardaba el teléfono en el bolsillo después de hacer el pedido. Lamía su cuello y tenía una mano alrededor de su garganta, apretando lo justo como para que Ro sintiera que estaba a punto de morir de excitación. Nunca había visto a su escritora tan ardiente, tan salvaje, tan… poderosa.

Paula bajó las manos a su culo y la obligó a sentarse en su cintura, volviendo a empujarla, esta vez, contra la pared del recibidor. Ro vio su propio rostro extasiado en el espejo que tenía enfrente, la espalda ancha de Paula, su culo apretado cada vez que embestía la cadera contra la suya, en busca del más mínimo roce, demandando los jadeos de una chica que no sabía de dónde le venían tantos y tan sensuales estímulos.

Le sacó la camiseta por la cabeza, deseosa de ver los músculos contraerse con cada movimiento. Tenía la parte baja de la espalda muy curvada, lo que hacía que su culo pareciera más de lo que era en realidad. Un juego de ilusionismo, un efecto óptico, un espectáculo creíble para el que ella era espectadora VIP.

—¿Estás aquí? —le preguntó Paula entre respiraciones agitadas, sacando la boca de su hombro para mirarla, preocupada por su abstracción.

—No, estoy ahí.

Con un golpe de barbilla, Ro señaló al frente, donde sus cuerpos se reflejaban entre luces y sombras, ligeramente sudados, ruborizados y muertos de hambre. Paula miró por encima de su hombro, extendió

sobre su cara una sonrisa lobuna y ladeó la cabeza, un gesto que podía ser tierno o devastador, dependiendo del efecto que buscara. En ese momento, Ro se sintió perfectamente intoxicada de todo lo que conformaba la personalidad de la escritora, su dualidad, la manera en la que siempre estiraba los límites de su capacidad de asombro.

—¿Quieres vernos? —le preguntó Paula al oído con voz ronca, tironeando con los dientes del lóbulo de su oreja.

—Yo estaba teniendo unas vistas espectaculares. —La agarró del pelo de la nuca e hizo que elevara el rostro hacia ella y la mirara, con la boca abierta por la postura. Lamió sus labios uno por uno y terminó mordiendo su barbilla—. Sigue.

—Podemos tener unas vistas mejores.

La bajó de su cintura, se colocó tras ella y la empujó suavemente hacia el espejo sin dejar de besarle el cuello desde atrás. Ro levantó una mano hacia su nuca para acercarla todo lo posible a su piel. Cuando sintió el filo de sus dientes creyó que podría correrse solo de verse en el reflejo con las mejillas encendidas y la mandíbula potente de Paula engulléndola sin compasión.

La escritora levantó la mirada y se las encontró a ambas, la morena apoyada en el mueble de la entradita, sujeta para no caerse por el temblor de sus piernas, y ella justo detrás, sobresaliendo su envergadura por encima, por los lados de la de Ro. Tenía las manos en su abdomen, enroscando los dedos en la tela de su camiseta para deshacerse de ella en un movimiento rápido y quedar ambas en las mismas condiciones. Amarró su cuerpo y se pegó a ella con un golpe seco de carne contra carne. Deslizó las manos hacia arriba desde su tripa y acunó sus pechos, observando con atención cómo se entornaban de placer los ojos de la camarera a través del espejo, cómo se erizaba su vello, cómo se movía su pecho arriba y abajo, cómo entreabría la boca y cómo pegaba el culo contra ella, buscando igualar la desesperación por más contacto.

—Eres preciosa —susurró sin dejar de mirarla.

—Y me estoy volviendo loca por ti —gimió Ro al sentir cómo Paula metía la mano en sus bragas.

—¿Te vuelvo loca? —Naufragaron sus dedos en más humedad de la que esperaba.

—Majareta perdida —aulló de placer y Paula, con la mano que tenía libre, le sostuvo el mentón para que no quitara sus ojos de lo que tenían delante.

—Te dije que tenía cosas que mostrarte.

—¿Así… ahhh… así es como quieres tú?

—Con todo mi corazón, pero también con mis manos —aceleró el ritmo de los dedos que tenía entre sus piernas—, con mi boca —lamió la parte de atrás de su oreja—, y con mi alma entera.

—¡Dios, sí!

No supo si fueron sus palabras, la verdad incandescente del fondo de su mirada o la ligereza de sus dedos, pero apreció ese amor loco del que le hablaba en todo lo que estaba sucediendo al otro lado de ese reflejo, justo antes de correrse. Lo vio allí, cristalino, cómo la estaba follando y adorándola a la vez, como si no existiera otra mujer sobre la tierra, como si el mundo se hubiera desdibujado a su alrededor, prescindiendo de lo accesorio y quedándose con unos ojos que veneraban otros ojos, que acariciaban la imagen que proyectaba el espejo, que la engullían entera y se alimentaban de ella, de toda ella, de su cuerpo, de su pasado, de su presente más que palpable y su futuro aún por decidir.

Ro sintió en la manera dulce en que besaba su mejilla, su sien, tras el orgasmo, que su forma de querer no distaba tanto de la suya propia y que solo contenía un matiz diferente: que no tenía miedo de ser, por contradictorio que pareciera viniendo de Paula. No, ella le entregaba todo lo que era en fogonazos esporádicos que apenas duraban un instante, pero que Ro podía retener en su memoria para siempre, a pesar de que en el segundo siguiente el minotauro llegara implacable para deshacerlo todo con sus sucias patas.

Echó la cabeza hacia atrás, rendida, y suspiró, con una decisión palpitando en su sangre. Tenían que deshacerse de él.

—¿Qué ves, Paula? —Señaló el cristal de nuevo.

—A ti y a mí.

—¿Ves a tu Teseo?

—No. La verdad es que nunca lo vi en ti. Solo eras alguien con quien esperar que la tormenta pasara.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Porque ya no te veo así tampoco.

—¿Y cómo me ves?

—No lo sé, nunca he pensado en otra opción que no fuera la de heroína salvadora.

—Y… ¿y qué te parece Ariadna?

—¿Qué Ariadna?

—La de tu mito.

Paula la miró con los ojos muy abiertos, alejando la cara de la suya, perpleja, desconcertada.

—Si tú tienes que ser tu propio Teseo, yo podría ser tu Ariadna —

continuó Ro, dándose la vuelta en sus brazos y cogiéndole las mejillas —. Yo no tengo que matar a tu minotauro, Pau, pero puedo sostener una madeja de hilo en la entrada del laberinto para que, si consigues destruirlo tú, sepas cómo volver a salir de él.

—¿Tú querrías ser mi Ariadna?

—Teseo se enamoraba de ella, ¿no? —dijo en un murmullo inseguro.

—Sí. Y ella de él.

Ro ladeó la cabeza, copiando su gesto, valorando las palabras que acababa de decir la escritora. ¿Podría enamorarse de ella? Si había alguien que pudiera conseguir llenar su vacío de nubes con formas imposibles y fuegos de artificio, no podía ser otra que Paula.

La besó despacio, sin atreverse a continuar la conversación por aquellos derroteros. Le faltaba confianza, información y práctica. Mucha práctica. Puede que Paula estuviera en lo cierto: tenía muchas cosas que enseñarle todavía.

22

Paula caminaba con ese andar suyo elegante y metódico, dejando ondear a su espalda la larga falda color tierra que llevaba y provocando más de una mirada y una torcedura de cuello a su paso. Ella no se daba cuenta, ajena a las mujeres con las que se cruzaba, muy al contrario de como ocurría solo unos meses atrás. No andaban ya sus ojos de corsario a la búsqueda de puerto donde atracar y recuperarse del trayecto, pues hacía ya tiempo que había encontrado un golfo, o más bien era una golfa, que había terminado por ser bahía apacible al final de la playa, a pesar del temporal que las envolvió cuando echaron el ancla la una en la otra. Ya no escrutaba rostros ajenos deseando hallar una chispa de conexión, esa reacción química que le gustaba confundir con el amor.

¿Se había acomodado? ¿Se había dejado llevar, finalmente, por el conformismo que todo el mundo le recomendaba? ¿Se había rendido tras meses de dudas y giros apoteósicos de timón?

El desenfrenado bumbúm del corazón, que aún no se había calmado tras el desayuno en el bar de su camarera, le decía que no. No había brazos caídos a sus lados, ni un gesto indiferente de los hombros ante el recuerdo de Ro, sino lucha continua, pelea que no se detiene, batallas diarias en las que no podía confiarse, pues su chica no aceptaría nunca la desidia para alargarlas, a ambas, en el tiempo.

Conocía a Ro más de lo que ella misma imaginaba, y era consciente de que jamás aceptaría ser el *bueno, vale*, para nadie. Tenía la sensación de que ambas se habían elegido, aunque aún no entendía por qué. No había en toda la faz de la Tierra dos personas menos probables que ellas, pero habían resultado ser terriblemente posibles. Qué ironía. No dejaba de sorprenderle el hecho de haber encontrado en el único momento de su vida en el que no se había propuesto buscar.

Entró en el pequeño edificio, saludó a los trabajadores que se encontró por el camino hasta las escaleras y subió con lentitud, con la sonrisa todavía dibujada en el rostro, una muy tonta que no se le quitaba ni de noche ni de día. Lo que le habían contado que era el enamoramiento lo sentía en el estómago y en los músculos faciales a

todas horas, a pesar de que nunca se hubiera atrevido a nombrar lo que sentía por Ro, siendo totalmente honesta consigo misma, como amor.

Mientras ascendía, peldaño a peldaño, pensaba en el beso a escondidas que se habían dado antes de salir del bar y en la cara de idiota que había dejado prendida con alfileres en la cara de la camarera. Ro la hacía sentirse en una nube, y por vez primera notaba que ella también conseguía tenerla a ella en ese estado bobalicón. Sin pretensiones, sin metas, sin circunstancias previas forzosas ni futuras ya imaginadas mil veces, simplemente lo hacían sin darle más vueltas.

Desde que había dejado de sentirse predispuesta, desde que se había permitido prescindir de las reglas encorsetadas y las señales que había determinado como inamovibles, pues con Ro no le había quedado más remedio, todo había, por fin, encajado sin esfuerzo.

El amor, al final, solo necesita libertad para dejarlo ser.

Ese pensamiento hizo que se detuviera en la puerta del despacho de su editora, sacara el móvil y se apuntara la frase en sus notas para la novela. Tenía la sensación de que la iba a utilizar.

Finalmente entró tras ser invitada a pasar, le dio dos besos a Elisa, un abrazo que sorprendió a ambas y se sentó frente a su amiga.

—Qué cariñosa estás hoy, ¿no? —le preguntó, subiéndose las gafas y mirándola con curiosidad.

—Vengo de ver a Ro. Se me queda la tontería encima durante unas horas.

—Dame un minuto, que me queda una página. Ponte un café. —Volvió a centrarse en la pantalla del ordenador e hizo un gesto con la mano para que se sirviera ella misma.

Paula se puso en pie y, aunque todavía tenía en la boca el regusto del que se había tomado hacía un rato, se sirvió otro. Las conversaciones con Elisa sobre literatura requerían de un café bien caliente y un cigarro a medias. Lástima que se hubiera deshecho de ese hábito repugnante. En ocasiones como esa lo echaba mucho de menos.

Deambuló frente a las estanterías que cubrían las paredes del despacho de su editora, en las que se encontraban sus propios libros y otros tantos de la editorial. Pasó los dedos por los lomos coloridos, muy diferentes a los de la biblioteca de la mansión, pero que, como todas, tenía esa aura cambiante que establecía entre los libros y quien los estaba mirando un tramo breve de espacio en el que se abría un abanico inmenso de posibilidades. Cientos de historias que al final, desde su perspectiva, casi siempre eran la misma solo que desde

diferentes puntos de vista, con distintas visiones del mundo que rodea a quien escribe, con personajes que a veces eran biográficos, otros que contenían todo lo que el escritor o escritora deseaba ser, o todo lo que detestaba.

Un carraspeo a su espalda hizo que saliera de esas marismas incógnitas de las letras que aún no habían sido leídas y que se girara hacia Elisa, quien se había servido otro café y estaba sentándose en su lugar.

Paula volvió a tomar asiento y la miró con los nervios de siempre. La crítica que se avecinaba, la mirada incisiva sobre todo lo que se aglutinaba en su cabeza y en su corazón dejado a la vista de cualquiera, la sensación de desnudez, allí, de nuevo.

—Esperaba otra cosa. —Y el primer espadazo directo al pecho. Paula tragó saliva.

—Yo también.

—No se parece en nada a lo que me tienes acostumbrada. Todo tiene un aire ciertamente… positivo.

—Así lo siento ahora.

—La camarera te está zarandeando los cimientos, Paula.

—¿Y eso es malo? —preguntó, ansiosa por salir ya de ese momento de duda antes del juicio final.

—Es estupendo. —Sonrió y Paula suspiró de alivio. No escribía para agradar, pero le encantaba agradar, como ser humano que era—. Tus libros suelen ser más bien introspectivos, como una reflexión interna que hace la protagonista, quien sabe que el destino juega constantemente en su contra. En esto —señaló la pantalla— se puede ver algo de esperanza. Como si durante todos tus libros la protagonista, que parece diferente, pero que siempre es la misma, hubiera estado lloviendo y, aquí, de repente, le saliera el sol entre las nubes. Es refrescante, Paula, sobre todo para la gente que está acostumbrada a leerte.

—Vaya, no sabía que era una ceniza.

—De campeonato, querida, pero ese es tu rollo. —Rieron—. La escritora maldita y dramática.

—Buenísima definición de mi persona. No creo que la nueva novela haya perdido ese toque.

—En absoluto, es tu estilo, aunque escribas una felicitación de cumpleaños, y a mí me llevas escritas ya unas cuantas. Pero no sé, en lugar de comerme la cabeza pensando en la vida, en la muerte y en el amor, sonrío al leerte. Tengo la sensación de que esta historia va a acabar bien, por fin.

—Sí, ¿verdad? —coincidió, cruzando las piernas, y bebió un sorbo de café. Amaba esas conversaciones con Elisa.

—¿No lo sabes aún?

—No tengo ni idea de cómo va a terminar.

—Tú siempre escribes los libros por el final —se extrañó, antes de beber a su vez.

—Y así me ha ido. No se deben empezar las casas por el tejado, Eli.

—Imagino que ya no estamos hablando de literatura, y estoy de acuerdo contigo. —Se acarició el mentón y miró por la ventana, muy seriamente—. Creo que voy a enviarle una cesta de frutas a tu camarera, está haciendo un trabajo excelente contigo.

—Gracias por la parte que me toca.

—No te ofendas —le quitó importancia con un encogimiento de hombros y volvió a mirarla—. El punto es que has dejado que alguien entre de verdad en tu vida y la cambie, y ese mérito es todo tuyo.

—A veces tengo la sensación de que Ro ha llegado cuando tenía que hacerlo, y no antes, ni después. Si la hubiera conocido hace un año, no le habría dedicado ni un minuto más de mi tiempo después de ser amablemente rechazada. Habría continuado hacia adelante sin mirar atrás. Y tampoco a ella le hubiera gustado la Paula radical que era entonces. Es increíble cómo las cosas ocurren en el momento justo, ¿no te parece?

—Sí, es de locos. ¿Crees en el destino?

—Solía, pero me parece que ya no.

—A la Paula soñadora esto se lo habría parecido —dijo, refiriéndose al modo preciso en el que las dos se habían conocido, por casualidad.

—Las cosas no han sucedido como la Paula soñadora soñaba.

—Pero el resultado podría ser el mismo, ¿no? —le dio, con esa frase, el golpe de gracia.

—Supongo que de eso va todo esto, de que no hay un solo camino correcto para llegar a un lugar.

—La vida no es un laberinto, Pau, y ya era hora de que te dieras cuenta.

—Sí, ya era hora —asintió, sintiendo una cascada ruidosa en su pecho.

—Estoy deseando leer los próximos diez capítulos —concluyó Elisa, recostándose en su silla. Paula no supo muy bien si se refería a la historia del libro o a la suya propia.

—Yo también. —Sonrió ampliamente y se mordió los labios, sin saber tampoco a qué se estaba refiriendo ella misma.

***

Ro iba saltando de piedra en piedra, evitaba la hierba y hacía equilibrio como un colibrí que intenta mantenerse en el aire, agitando los brazos, desperdigando chorreones de helado derretido por aquel paisaje bucólico y haciendo que Sara tuviera que taparse la boca para no escupir su contenido.

—¿Pero me estás escuchando, pedazo de cuadro, que eres un cuadro? —le espetó, parándose en mitad del paseo y poniéndose en jarras con una sola mano.

—Que sí, que el tirillas y tú estáis enchochados a niveles astronómicos.

—Nuestra relación ha progresado adecuadamente desde que has empezado a dejarme tirada en el gimnasio, así es.

—De nada. —Metió la cuchara en la tarrina y se llevó la mitad del contenido a la boca. Sara hubiera pagado por poder ponerle los subtítulos a su amiga para entender lo que dijo a continuación—. Yo ef que la efcalafa ahoda la hafo en hodifonfal, ¿fabef?

—Traga, cerda, que te estoy viendo el esófago.

—Efcalafa. Hodifonfal —intentó pronunciar, pero no hubo manera. Tenía la boca llena de helado de turrón y soltaba perdigones de almendras con cada golpe de voz.

—¡Pido vocal y resuelvo!

Sara se apartó antes de que su amiga la bañara en turrón de Jijona y la ayudó a mantenerse sobre la última piedra del camino antes de que dejara de comportarse como la protagonista de *La casa de la pradera*.

—Te decía —tragó con esfuerzo—, que me gusta el momento en el que estamos Paula y yo. Me apetece verla todos los días, pero no llores, que ya se me pasará.

—¿Y si no se te pasa?

—Pues me mudaré a su piso. No puede ser que todo mi tiempo libre se lo dedique a ella, que yo tengo una vida. Si dormimos y despertamos juntas todos los días, esa ansia se me quitará.

—Estás de coña —parecía una pregunta, pero no lo era.

—Sí. Pero también no. —Entornó los ojos en una mueca reflexiva y alzó la cucharilla ante su cara, mirando al infinito.

Sara jamás, en todos los días de su vida, había visto a su amiga así: flipando en colorines. Se acercó a ella, la cogió de la barbilla y puso la mano en su frente para comprobar su temperatura. Ro soltó una risotada y le dio un lametón en la muñeca, aprovechando que la tenía

cerca.

—¿Esa escritora te está extorsionando, Rocío? Guiña un ojo si es que sí, guiña los dos si es que no.

—¡Pues claro que no! —A pesar de eso, guiñó ambos ojos, contrayendo toda la cara.

—¿Ha secuestrado a Conan? —Volvió a guiñar los dos ojos entre risas—. ¿Tiene fotos tuyas en pelotas? —Ro guiñó un ojo y agitó las cejas seductoramente—. ¡Pero tía!

—¡Que no me está haciendo chantaje con mis *nudes*, coño! —Se apartó de ella y continuó caminando—. Se las mando esos días en los que cada una duerme en su casa y Dios en la de todas. Ella jamás haría algo así.

—Si vivierais juntas, os ahorrabais las guarradas.

—Eso nunca, que esta chica luego se va de giras y promociones cuando saca libro y se larga a firmar por ahí. No, no, hay que mantener viva la llama, Sara. Deberías tomar nota para con el tirillas —le dijo en tono sabiondo.

—Bueno, ahora, la consejera matrimonial, planeando cómo va a ser su relación dentro de meses. ¡Meses, Rocío! Que tú nunca has estado más de dos ciclos menstruales con alguien, qué me estás contando, amiga.

—Es que estoy… —Puso ojos soñadores y a Sara se le cortó la respiración.

—No lo digas, no lo digas, no lo digas… —murmuraba, temiendo por su salud mental.

—Tampoco te pases, joder, que es pronto para hablar de amor. La escritorita me habrá pegado alguna cosa que otra, pero la demencia romántica todavía no.

—¿Y qué ibas a decir?

—Que estoy… un poco ilusionada, Sara. —Se mordió la sonrisa y suspiró, rechazando todos los pensamientos negativos que aquella idea que acababa de brotar de sus labios le provocaban.

—Y yo estoy ilusionada de verte ilusionada. —Tiró el papel de su cucurucho a una papelera y se puso a dar palmas a toda velocidad con los ojos achinados.

—¡Qué ilusionadas estamos, tía! —Ro la imitó, se abrazó a ella con una sonrisa que no le cabía en el rostro y juntas se pusieron a dar saltitos en el sitio. Tras un carraspeo, Ro se colocó la ropa, se puso seria y miró con mucha serenidad a su amiga—. Pero sin venirnos arriba. Solo la conozco desde hace dos meses.

—Y te estás planteando irte a vivir con ella, así, de tranqui.

—No lo digo en serio, pero la verdad es que la idea no me hace querer coger un vuelo y desaparecer del mapa. Es fuerte el asunto, ¿eh?

—¡Adiós, miedo al compromiso, no te echaremos de menos! —dijo Sara en voz demasiado alta, agitando la mano hacia un punto inconcreto y llamando la atención de varias personas que creían que las saludaba.

—¿Es que sabes qué pasa? Que no era miedo al compromiso como tal, es más bien que yo soy de aburrirme rápido… ¿Para qué oficializar lo que no va a durar?

—Ya, visto así…

—Pero es que con Paula eso no me pasa. No me pasa, Sara. —La miró, deteniéndose de golpe, como si estuviera diciendo una cosa espantosa.

—Eso es genial, sobre todo viniendo de ti. Yo no apostaba un céntimo por la duración de vuestro intercambio de fluidos cuando me hablaste de ella la primera vez, pero creo que la has sabido reconducir un poco. Y ella a ti.

—¿Ella a mí? —Levantó una ceja con ironía.

—Sí, tú la has relajado un poquito y ella te ha estimulado. Venga, Ro, madura —la cortó antes de que pudiera hacer su chiste malo de rigor.

—Perdón. —Se mordió el labio como una niña pequeña que ha recibido una regañina.

—Como te decía, creo que, después del esperpento que fuisteis al principio, al final habéis llegado a un punto medio perfecto. Mis respetos.

—Gracias. —Sonrió orgullosa y sacó el teléfono del bolsillo, que llevaba ya un rato vibrando—. Es mi churri —anunció antes de descolgar y Sara puso los ojos en blanco por su cara de ilusión—. Hola, escritorita. Tres llamadas perdidas, espero que tu piso esté prendiéndose fuego para explicar esta demanda de atención por tu parte.

—*¡Hola, Ro!* —notaba la exaltación en su voz—. *Es que acabo de salir de una comida con mi editora y quería verte. Eres mi piso ardiendo*.

—Te odio cuando me manipulas con tu labia —dijo bajando el tono, pero Sara la escuchó y sonrió a escondidas—. Pues estoy con Sarita de paseo en el parque como dos jubiladas, así que yo lo siento, pero hoy no vas a poder acapararme —a pesar de lo dicho, su tono era de estar encantada con la vida.

—*Bueno, no pasa nada, cuando estés libre, si te apetece… Pero solo si*

tienes ganas, que si no, pues no y ya está, que no quiero presionarte… Pues tú me avisas y nos vemos. —Ro casi pudo verla en su mente entrando en bucle con las mejillas al rojo vivo.

—Dile que venga —propuso la arquitecta, que no podía más con la cara de tonta de su amiga.

—¿Segura? —le preguntó Ro, intentando disimular las ganas.

—Total, estamos hablando todo el rato de ella, por lo menos que esté presente.

—¡Eso no es verdad! —se quejó Ro, indignadísima.

—*Así que le hablas un montón de mí a tus amigas, ¿eh?* —ronroneó Paula al otro lado del teléfono.

—Un poquito solamente.

—¡Dice que se quiere ir a vivir contigo, Paula, huye sin mirar atrás! —gritó Sara, para asegurarse de que la escritora lo escuchaba.

—*¿Q… qué?*

—Pau, que es una coña, no hiperventiles del susto y mucho menos te pongas a hacerme hueco en tu armario. Es que ya no sé cómo vas a reaccionar con estas cosas.

—*Eso habla muy bien de mi metamorfosis*. —Rieron y Ro se soltó el labio, que tenía entre los dientes desde hacía un rato—. *Pásame ubicación, anda, que en quince minutos estoy ahí*.

—Vale, ahora te la mando.

—*Hasta ahora, compi de piso*. —Y colgó.

—¡Te voy a matar! —Ro salió corriendo detrás de su amiga, que ya huía de la escena del crimen entre risas.

Paula negó con la cabeza y se acarició la vieja grieta del pecho, que había vuelto a escocer con aquella confesión en broma. Ya no podía negarse que estaba empezando a desear lo que, en principio, no podía tener. Pero, ¿y si sí que podía? ¿Qué le decía que Ro no quisiese lo mismo que ella? Quizá más lento, más pausado, más sereno, pero, al fin y al cabo, lo mismo: pasar tiempo juntas. En eso consiste una relación, ¿no?

Después de escuchar a Sara decir que Ro quería vivir con ella, no había tenido explícitamente ninguna de las dos reacciones que la camarera había imaginado, sino que tuvo ambas a la vez. Por un lado, le emocionaba la idea de vivir con su chica, como no podía ser de otra manera, pero por otro prefería esperar. Hacer las cosas a pasitos pequeños, al estilo de Ro y, al parecer, ahora también al suyo, todo entre ellas estaba saliendo a pedir de boca. Le daba tiempo a asimilar los cambios, a masticarlos, tragarlos y sentirlos fluir por su torrente sanguíneo, pasando a formar parte su organismo de manera natural,

en lugar de a trompicones, como normalmente le sucedía.

Le estaba ocurriendo algo extraño, y deseó volver a tener a su nana a cuarenta minutos en coche o a una llamada de teléfono para que le explicase qué era aquello. Siempre había fantaseado con la idea del amor arrollador, que te arrasa como un tsunami que no deja piedra sobre piedra, que se te viene encima como un piano en plena calle, que te manda de una patada a las estrellas. Sin embargo, con Ro no había sido así. La ola no se la había llevado por delante, pues todo había comenzado con el agua de mar lamiendo tímidamente sus pies.

Sin embargo, con el paso de los días, las semanas y los meses, a fuerza de conocerse, ese mar en calma había empezado a embravecerse, a ir agitándose ante sus ojos, a romper con cierta violencia en sus tibias, en sus rodillas, en sus muslos temblorosos. Había inundado su entrepierna y sus tripas, removiendo la arena del fondo y desbaratando el color azul que tenía en un principio.

De repente, todo lo que parecía cristalino y palpable bajo la planta de sus pies se alborotaba y se desdibujaba, volviéndolo misterioso e inasible. Podría haber animales abisales allí, mantarrayas de colores fluorescentes, corales luminosos. Ya no se podía saber, porque la pasión y el amor que se habían ido cociendo a fuego lento estaban volviendo loco lo que comenzó manso.

¿Podía ser así el amor? ¿Podía aumentar su intensidad con el paso del tiempo en lugar de empezar directamente en la espuma de la ola más alta? ¿Es que eso era acaso… verdadero? Demasiadas preguntas y dos morenas que la esperaban sentadas en un banco de madera. Echó a andar hacia ellas y, al afianzar los pies en el suelo empantanado de lo que se estaba fraguando en su mar personal, sintió entre los dedos de los pies algo parecido a monedas de oro. Si hubiera tenido menos ganas de reunirse con ellas, se habría dado cuenta de que podía ser, fácilmente, un tesoro pirata.

—Buenas tardes, bellas damas. —Se plantó ante ellas e hizo una reverencia.

—Desde luego, esta chica sabe cómo hacer una entrada triunfal. —Rio Sara—. ¿Qué tal, Paula?

—Pues aquí estamos, acoplándome como una sanguijuela. —Fue a meterse las manos en los bolsillos con timidez, pero, al recordar que llevaba falda, se balanceó sobre los tobillos, echando los brazos hacia delante y hacia atrás, sin saber dónde ponerlos. Todavía le imponían las amigas de su chica, y su mejor amiga todavía más.

—Hola, escritorita —la saludó Ro, con un beso ya en la punta de los labios.

—Hola. —Se inclinó sobre ella y le dio un beso diminuto en la mejilla. Paula se llevó un ceño fruncido y un tirón en el cuello de la camisa. Tuvo que sujetarse en el respaldo del banco para no caer sobre ella.

—¿Soy tu prima, o qué?

—No —negó rápidamente, con ojos asustados.

—¿Tu colega, acaso?

—Tampoco.

—¿Qué soy? —Su mirada coqueta relajó el rictus de Paula, que se atrevió a acercarse un poco más.

—Mi casi novia. —Una sonrisa de medio lado y una manada de rinocerontes en respuesta a ese gesto irresistible de Paula pataleando el pecho de Ro.

—Tú sueñas. —Se hizo la digna.

—Y sueño a lo grande, guapa.

—Madre mía el mamoneo que os traéis. Yo me largo.

—¡No, Sara, perdona!

Paula se organizó. Primero besó a su chica como debía, luego se inclinó a dejar un beso en la mejilla de su amiga, las animó a moverse y empezó a charlar de cualquier cosa para incluir a Sara, aunque sin soltar la mano de Ro.

***

Ya hacía un rato que Sara se había marchado, con la excusa de una quedada con su monitor de gimnasio y negándose a invitarlo a que se reuniera con ellas, pues le parecía demasiado pronto para una cita doble. Ro iba aferrada a la cintura de Paula y esta rodeaba su cuello con el brazo, con el cual iba señalando flores y arbustos que conocía de sus largas sesiones de jardinería con su abuelo, mientras apuraban los últimos rayos de sol de esa tarde casi veraniega.

Se tendieron en el césped entre risas por los rugidos del estómago de la camarera, que ya estaba demandando la cena, y fue Paula quien se acurrucó contra su costado, dejando la cabeza apoyada en su hombro. Ro le acariciaba el cabello mientras la escuchaba explicar la increíble reunión con Elisa, su editora y amiga, y de todo lo que habían hablado después.

Ro sintió ciertos celos por la relación de esas dos, pues le daba la sensación de que ambas mujeres estaban cortadas por el mismo patrón. Idealistas, amantes de las imágenes que proyectaban en sus cerebros las simples palabras colocadas en un orden concreto, con la

imaginación siempre en ebullición y los pies ligeramente por encima del nivel del suelo. Le hubiera gustado parecerse un poco a ellas para comprender con más soltura cómo pensaba su escritora, cómo movilizaban las cosas que le gustaban su mundo interior, cómo sentía en su carne misma lo que no se podía tocar.

—Le he dicho que quieres ser mi Ariadna —soltó de golpe Paula—. He tenido que contarle toda la historia de Teseo y el minotauro durante la comida, porque no tenía ni idea. Dice que le gusta cómo piensas, que tienes madera de Ariadna, si te dejo.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que quizá ya lleves siéndolo un tiempo y yo, que me distraigo con tonterías, no me había dado cuenta.

—Nunca le has prestado atención al personaje secundario, y siempre son los mejores.

—Y los malos. Los malos son increíbles.

—¿Quién es el malo de esta historia? —preguntó Ro, observando cómo cambiaban los tonos en el pelo de Paula a medida que el sol se escondía.

—El malo es el tiempo que hemos tardado en encontrarnos.

Lo dijo tan segura, con tanta rotundidad, que Ro se puso las gafas de ver de Paula, y pensó que tenía razón. Era una afirmación peregrina que, si se paraba a analizarla, perdía todo el peso de realidad que había adquirido al ser expuesta como una de sus frases de guion, pero no le importó. Hay verdades que solo lo son durante un segundo y luego se van, y no por ello dejan de ser ciertas.

Joder, con qué claridad se ve con estas gafas.

—¿No me vas a decir que soy una intensa y que estoy loca?

—No.

—Mierda, ahora no sé qué decir. —Rio Paula entre dientes, echando la cara hacia atrás para poder mirarla. Ro se incorporó un poco y le dio un beso del revés que nos hubiera hecho sonreír de haberlo visto.

—Puedes decir que hemos vencido al malo.

—¿Por qué?

—Porque estamos aquí, y no sé tú, pero yo no quiero estar en ninguna otra parte.

—Ay, la virgen, que me han cambiado a la camarera. —Puso cara de susto, haciendo reír a Ro.

—Tú me cambias cuando estoy contigo.

—¿Y cómo te ves?

—Estoy bastante buena.

—A tomar por culo, ya se te ha pasado el efecto helio. —Se cruzó de brazos, disgustada.

—¿Efecto helio?

—Sí, es cuando te das cuenta de que estás flotando, miras abajo, te acojonas y vuelves volando a la Tierra. Eres un rollo.

—No me dan miedo las alturas —se defendió, incapaz de quitar su mirada de ella.

—Tengo a Ícaro de mi lado. Si te caes, te cazamos al vuelo, nena. —La risa de la escritora reverberó en su corazón.

—¡Ese mito sí me lo sé! Jodido Dédalo, otra vez liándola con las alas de cera, no se cansa esta persona de hacer el ridículo.

—¿El peor arquitecto de la historia? Sí es.

Ro la observó con detenimiento mientras Paula esgrimía su opinión acerca de las tremendas deficiencias de ciertos personajes históricos o mitológicos, haciendo tronar sus carcajadas desafinadas por todo el parque y perdiéndose en el movimiento de sus labios al hablar. Ro solo intervenía para reír o para poner pucheros de ternura al verla tan emocionada con ciertos pasajes. Era una loca, pero era su loca. Suspiró, creyéndose estar, en ese momento, con el césped en su espalda, la copa de un árbol sobre su cabeza y una mujer apoyada en ella, en el centro mismo del universo.

Se pasa una toda la vida siendo invisible y encantada de serlo, y, de repente, llega una persona, te mira, se te planta delante con un azucarillo de sobra, te dice que te quiere y marca con un puntito en el globo terráqueo el sitio donde te encuentras. Te da, sin buscarlo, un lugar que no esperabas, que ni tan siquiera anhelabas, una historia y hasta un pedazo de pasado amable que poder contar en el futuro, si tú lo quisieras.

De golpe, te señala con el dedo, porque sí, y te elige entre cientos, entre miles, quizá por un motivo equivocado, pero lo hace, y dejas de ser una chica solitaria que espera que el tiempo pase. Te conviertes, sin pretenderlo, en prioridad y pensamiento primero; eres el nombre que ella dice sin pensar cuando escucha la palabra felicidad. Y no tiene ninguna razón para cogerte con pinzas de entre la multitud, o puede que seas tú quien no lo vea, porque te conoces y sabes que no eres para tanto. Pero ella se encoge de hombros. Está decidida a no escuchar ni una palabra que puedas decir en tu contra.

Ella te ama de una manera ilógica y fraudulenta, pero algo ha visto en ti que tú ni siquiera puedes entender. Te vislumbra claramente dentro de la piedra, como los grandes escultores, y va limando la idea que se ha hecho de ti para sacarla a la realidad, aunque no seas tal y

como te imaginó, pues hay vetas en la roca que son imposibles de tallar. Pero siempre habrá algo que quede de toda esa invención, porque hay cosas que tú no sabes que tienes, o que provocas, pero que están ahí, al alcance de sus ojos, de su piel toda y de sus huesos. Y es posible que solo seas así para ella, puede que otra persona tire por tierra todo eso que percibe de ti, que la tache de embustera y de demente, pero eso no hace que el modo que tiene de verte sea erróneo. Porque es el suyo, y basta.

Y te ama, a ratos o siempre, eso no importa. Te ama cada vez con menos miedo porque tú te dejas ser con más frecuencia el pájaro que ella ve, el ave que eras, pero no lo sabías. Y tú vuelas, a veces vuelas, y es imposible, pero da igual, porque ella no te ha fabricado unas alas como hizo Dédalo, solo dio la vuelta a tu cuerpo y miró donde nadie lo había hecho, ni siquiera tú. Solo las vio y fue suficiente con que te mirara, a ti, una niña perdida que no sabía lo que era el amor. Y tú vuelas, a veces vuelas, y es hermoso hacerlo cuando siempre habías pensado que no había un lugar para ti entre las nubes.

Puede que sí, que Paula tuviera algo que enseñarle: que una también puede ser un pájaro surcando los cielos si la persona que te mira se lo cree. Paula se lo creía, y ella empezaba a creérselo también.

23

—¿Ya estás robando, niña? —llamó su atención Lola, saliendo de la cocina con un trapo en las manos. La había pillado con las manos en la masa.

—Joder, qué susto. —Ro se llevó una mano al pecho y la otra mantuvo el libro que sostenía en el aire, a medio camino de la estantería donde iba a dejarlo—. No es robo, es préstamo. ¿Puedo coger el siguiente?

Lola se acercó a ella, le quitó el libro y miró la portada. Su sonrisa se ensanchó al reconocer la primera novela de Paula.

—¿Tú no decías que no te gustaba leer?

—Y no me gusta, pero hay libros y libros.

—La niña tiene un don, ¿a que sí?

—Cuando la conoces, mejora. Al principio, solo me echaba las manos a la cabeza con tanta exaltación.

—Tiene la personalidad sin descafeinar, creo que es lo que hace que consiga expresarse como lo hace.

—Es una ingenua. —Negó con la cabeza, rascándose la nuca.

—Qué suerte tiene.

—Ojalá hubiera podido serlo yo alguna vez.

—Las circunstancias de cada una nos hacen ser de tal o cual manera. Tú has vivido demasiado, y ella demasiado poco. Siente como sienten los niños.

—Está aún sin terminar de cocer.

—Un hervor sí que le falta. —Ambas soltaron una risotada y se miraron cómplices—. Pero te hace plantearte si las cosas son tan complicadas como parecen.

—¡Pero si ella es la complicación hecha persona!

—¿Tú crees?

Ro suspiró, llena de un sentimiento que no sabía etiquetar: orgullo, cariño, añoranza. Desde que había terminado el libro, necesitaba verla. Y Paula, como llamada por pura obra de brujería, traspasó la puerta en ese momento. En cuanto la tuvo enfrente, se le hizo el cuerpo gaseoso, dejó atrás la carne y el espíritu dejó de pesar.

Miró a Lola por el rabillo del ojo, que saludó a la escritora y volvió

a la cocina, y la maldijo internamente con una sonrisa. Maldita vieja, siempre tenía razón. Porque sí, aunque Paula fuera la persona más compleja que nunca hubiera conocido, aunque tuviera el mundo interior más rico en matices que creyera posible, a ella la simplificaba. A ella y a sus circunstancias. Le despejaba la equis de la ecuación y todo quedaba en una suma sencilla: una más una. ¿El resto? Confeti.

Paula, desconcertada por la intensa mirada de Ro, se giró, pensando que otra persona era la verdadera receptora de ese escaneo demoledor, pero no había nadie a su espalda.

—¿Tengo un moco? —le preguntó, inquieta, pasando la mano por su nariz y mirándosela para comprobar que no había nada.

—Tienes cara de moco. —Le chorreó la sonrisa por la cara y sintió su peso desaparecer.

—Y tú tienes cara de haber visto un fantasma. ¿Estás bien? —Se acercó a ella y se subió al taburete para dejar un beso en su mejilla. Ro no lo permitió, la cogió de la pechera y estrelló los labios en los suyos.

—Ahora mucho mejor. —Le guiñó un ojo y la soltó.

—¿Aquí, delante de todo el mundo, en tu puesto de trabajo?

—Anoche me terminé tu libro y te odio por el final, pero te adoro por escribir tan bonito.

—Te has dado cuenta de que soy una escritora increíble y ahora me quieres cazar, entiendo… —La miró con suspicacia y negó con la cabeza.

—¿No te vas a dejar cazar?

—No.

—La Paula romántica estaría buscando salón para el convite de la boda.

—La Paula romántica 2.0 no tiene prisa y ha descubierto un amor increíble: el propio. No, gracias.

—Dios, qué cara de Teseo se te está poniendo. —Se mordió el labio, excitada por lo poderosa que le parecía Paula de repente.

—Es un poco turbio esto que me dices, pero es poético. Te lo compro.

—¿Quieres un café?

—Con tostadas, por favor.

Ro, muy contenta, se asomó a la cocina para pedir la comida y se dirigió a la cafetera. La leche estaba a la temperatura óptima, el clima era el idóneo y los astros se habían alineado. No sabría deciros. El caso es que el corazón que dibujó en el café de Paula con la espuma tenía ciertamente forma de corazón. Se llevó las manos a la boca y se

volteó hacia Paula, que la miraba con una sonrisa y el ceño fruncido, intentando comprender de dónde venía tanta emoción.

Agitó la cabeza para serenarse, colocó la taza en su plato y, con manos temblorosas, la llevó hasta la barra, donde la escritora miró el contenido y abrió la boca y los ojos a todo lo que daban.

—¡Ro, es un corazón! —Estiró la mano y Ro se la chocó.

—¡Toma! —Apretó el puño en señal de victoria e hizo un baile ridículo.

—¿Eso significa que ya tengo tu corazón?

—No, eso significa que he descubierto que tengo uno y que a veces palpita por ti, bebé —dijo en tono rimbombante, bromeando. O no—. Joder, qué ilusión, llevo intentándolo un montón de tiempo.

—Tienes un corazón precioso, Ro —le dijo con toda la intención. La camarera dejó los pequeños aplausos que estaba dando y bajó los brazos.

—Es un poco pequeño y tiene una forma extraña aquí. —Señaló una zona del dibujo con un encogimiento de hombros y las mejillas coloradas.

—Me encanta, es muy tú.

Ro no supo qué decir y la observó llevarse la taza a la boca sin desbaratar la espuma con la cucharilla, como hacía siempre.

—Odias la espuma.

—No voy a deshacer tu corazón después de que hayas conseguido enseñármelo. —Levantó las cejas como si estuviera diciendo algo que no estaba diciendo.

—Cursi. —Sonrió sin querer.

—Te ha gustado —la picó la escritora.

—Me das diabetes, Pau.

—Pero luego te quejas si te faltan mis cursilerías.

—No me quejo.

—No hace falta, guapa, se te nota hasta en los andares. —Ro la observó con un latido detenido—. No me mires así. Ya te voy conociendo, no es tan profundo.

—Pensaba que disimulaba mejor.

—Te sale una arruga entre las cejas cuando te enfurruñas, y aprietas los dientes mientras sonríes para no arrancarme la cabeza de un mordisco.

La morena tragó saliva, se echó el pelo hacia atrás y recuperó la compostura. Afortunadamente, una chica la llamó desde una mesa y salió de allí para atenderla mientras Paula sacaba el móvil y se ponía a leer las noticias del día. La escrutaba mientras iba y venía, más atenta

a sus pensamientos que a los pedidos que le hacían.

Paula a veces parecía distraída, medio en las nubes, pero el hecho de que se hubiera fijado en ella, que fuera capaz de describir a la perfección sus tics y manías, sus muecas de disgusto, el aire triste que solo una mirada experta sería capaz de apreciar, le llenó el alma. Nunca nadie le había prestado esa atención, ningún ser humano había sido capaz de descuartizar sus maneras y sus actitudes hasta simplificarlas en un par de gestos evidentes para cualquiera. Pero no, no lo eran para cualquiera.

Ro no sabía lo que era que la conocieran como te conoce una madre, que sabe que algo te pasa con solo mirarte. Ro no tenía ni idea de lo que era sentirse fundamental, en el *top* para alguien. Pero Paula había adivinado que le molestaba cuando dejaba de parecerse a la Paula absurda y ridícula que conoció, la que se cambió de mesa para poder mirarla, la que se ponía de pie junto a la barandilla de la balconada del piso alto, con su sonrisa estúpida, para no perderse sus bailes entre las mesas.

A través de esa observación de sus pequeños intercambios con los clientes, de sus frustraciones en los malos días, de sus risas estentóreas en los buenos, había llegado a conocerla mejor de lo que creía. Dejó de sentirse, gracias a la escritora, con esos pequeños detalles de nada, invisible.

Se paró un momento a coger aire, poco acostumbrada a que la *vieran*. Había pasado toda su vida en el anonimato, a veces cruel, y no sabía cómo tenía que comportarse cuando había quien la estaba mirando todo el tiempo. Se observó la ropa, las manos; se arregló el pelo tras las orejas e intentó domesticar su flequillo; se examinó en el espejo que había tras la barra, tapado a medias por las botellas de licor, y comprobó que todo estuviera en su sitio. ¿Cómo se vivía siendo valiosa para alguien, siendo una persona susceptible de ser contemplada para algo más que, simplemente, colocarla en el campo visual?

Se miró dentro, pues era donde Paula siempre dejaba posados los ojos. Había una llanura inmensa, con montañas a lo lejos, muy lejos, y algún que otro árbol aquí y allá. Era un terreno árido, cuarteado por la sequía, miserable y solitario. De vez en cuando pasaba un águila lejana, se escuchaba el siseo de las cigarras inofensivas. Le gustaba. Era calmo, silencioso, lleno de paz. Le encantaba tenderse en la tierra y dejar que los rayos del sol crepitaran en su piel, calentándola antes de que llegara la noche, pues tenía que admitir que eran más bien frías, y la luna, que no abriga, no le daba ningún consuelo, excepto el

del increíble espectáculo que era verla tan gigante que parecía que, si se ponía a caminar, podría alcanzarla.

Pero ella siempre se quedaba allí sentada. A veces se escondía a la sombra del árbol más próximo, cogía piedras y jugaba a lanzarlas lo más lejos posible, y si tenía la suerte de que pasara un matojo rodante, corría tras él durante un rato, jugaba a su alrededor y luego lo dejaba ir. No quería alejarse demasiado del sitio donde solía estar, a pesar de que, mirara donde mirara, todo el paisaje era idéntico. Pero ese lugar, que no se diferenciaba de ningún otro a cien kilómetros a la redonda, era el suyo, porque lo había elegido a base de costumbre, de rutina, de resignación.

Era un páramo yermo donde no crecía la hierba, pero a Paula le gustaba, solo Dios sabía por qué. Si comparaba su interior con el de ella, el resultado era horriblemente odioso, pues dentro de la escritora había unicornios alados, nubes de colores, bosques encantados y un río donde nadaban peces voladores. Le hubiera gustado, al ser consciente de la mirada siempre insistente de Paula sobre ella, tener algo más hermoso que mostrarle.

***

Paseaba por los pasillos del gigantesco bazar, intentando huir de Ro, que la buscaba entre risitas y llamados en voz baja para que dejara de hacer el payaso. Llevaban un par de semanas haciendo de siamesas: se veían todos los días, dormían juntas casi siempre y no paraban de fornicar en cada superficie horizontal y vertical que encontraban. Era un momento dulce en su relación, en la que estaban asentando todos los cambios y el nuevo escenario en el que se encontraban, que no era otro que el de la cotidianidad.

A Paula le gustaba ir todas las mañanas a recibir su café y el corazón, cada vez más definido, que Ro le dibujaba en la espuma, y había empezado a acostumbrarse a que, después del trabajo, la camarera pasara por su piso para darle todos los besos que no podía en el bar antes de salir pitando a su casa para sacar a Conan y darse una ducha.

A pesar de que todos los días eran similares entre sí, no se parecían en absoluto. Charlaban durante horas sobre tonterías, sobre el libro que Paula estaba escribiendo y que se negaba a enseñarle, acerca del pasado triste pero siempre optimista de Ro y cualquier suceso relevante de sus vidas que se les ocurriera.

Estaban, como resumen, encajando sus piezas dispares, que

revoloteaban en el aire como pompas de jabón, y asentándose en el suelo, estableciendo entre ellas la complicidad de quien se va conociendo hasta en las nimiedades tales como quién se deja todos los cajones de la cocina abiertos y quién va detrás de la otra cerrándolos entre refunfuños.

—No me estás ayudando a elegir las cortinas del baño —dijo una voz susurrada en su espalda.

—¡Mierda, Rocío, qué puto susto! —Del respingo por poco no se sube a la estantería que tenía enfrente.

—A mamá no le vas a enseñar a hacer hijos, Pau. ¿Y qué es eso de Rocío? Qué feo suena viniendo de ti.

—Pues es tu nombre. —Se cruzó de brazos, girando la cara en dirección contraria a la morena, y empezó a caminar pasillo adelante.

—Parece que me estás regañando, no me gusta.

—Hombre, con el infarto que me ha dado por tu culpa, como para no.

—Eres una dramática. ¿Te creías que ibas a poder esconderte de mí, en serio?

—¿Sabes? Últimamente te noto tan metafórica que no tengo claro si me lo estás diciendo de forma literal o…

—¡Paula! —la llamó para que se girara y le lanzó una madeja de lana de un cesto que había por allí.

—Pero… —Observó lo que había cogido al vuelo, miró a Ro, que sonreía y agitaba las cejas arriba y abajo, y volvió la vista a la lana.

—Ahora sí que soy tu Ariadna, *baby*. —Y le guiñó un ojo. Se acercó a ella, se puso de puntillas y le susurró al oído, insegura—. ¿Se hace así?

—¿El qué? —imitó su murmullo, con la madeja contra el pecho y contra el pecho el corazón a toda potencia.

—Ya sabes, lo de querer como tú.

De haber estado frente a ellas, no las hubiéramos podido escuchar de tan bajito como hablaban. No estaba sucediendo ese momento, solo era una acotación de la enorme obra teatral en la que se convierte a veces la vida.

—Oye, pues no se te da nada mal. —Le devolvió la lana, dejó un besito en su mejilla y tiró del cabo que empezaba la madeja, alejándose, dando pasos hacia atrás, sin dejar de mirarla.

—Sabes que, después de deshacerla, nos va a tocar comprarla, ¿no?

—La magia suele tener un precio que hay que pagar para dejar que ocurra. Como Cenicienta, que tiene un carruaje y un vestido

espectacular, pero con una condición: el hechizo se rompe a las doce. Este hechizo vale… —miró el plástico que la rodeaba, buscando la pegatina con el importe— un euro con veinte.

—De acuerdo. —Carraspeó y sonrió en grande, aceptando las premisas—. Entonces te espero aquí, no tardes. —Cogió la madeja con las dos manos y asintió, dándole permiso para que siguiera con aquella pantomima, recreando lo que llevaban ya un tiempo haciendo sin darse cuenta.

Ro tuvo que pagar la cortina del baño, la madeja azul que habían desbaratado entre pasillos y una vela que se le había antojado a su escritora. Desataron a Conan de donde lo habían dejado sujeto y comenzaron a caminar de vuelta a casa de Ro.

—¿Por qué tienes tantas ganas de ser mi Ariadna? —preguntó Paula, de sopetón.

—No sé, quiero formar parte de la historia, del camino hacia las profundidades de tu laberinto, chan, chan, chaaan —moduló la voz como si estuviera leyendo una novela de misterio y Paula rio—. Además, Teseo y Ariadna se enamoran —su voz bajó tres tonos y sus mejillas los subieron, apostando al rojo.

—Tú no te has enamorado nunca.

—Ni tú.

Guardaron silencio, asimilando las amables puñaladas, las verdades sin importancia que, sin entender por qué, les habían escocido a ambas. *Ni que fuera malo no haber conocido el amor*, pensaron las dos.

Paula observó la bolsa que cargaba, el lío azul en el que habían recogido la lana de la que ella había estirazado para palpar, aunque fuera entre bromas, el viaje interno que aún le quedaba por hacer. El miedo pataleó el suelo con sus pezuñas, preparado para tomar impulso.

Pensó en lo bien que se encontraba, en lo feliz que vivía en ese *impasse* en el que solo había que dejar que los días pasaran y las cosas sucedieran de manera natural, olvidándose una de obligaciones y problemas, instalada como estaba en una tonta felicidad pasajera.

El peso de las responsabilidades llamaba a la puerta, haciéndole ver que la dicha que disfrutaba era endeble y frágil, pues estaba asentada sobre unos cimientos inestables. Había que cavar hondo en la tierra, deshacerse de las arenas movedizas y llenar el hueco de piedras robustas, de monolitos regios que solo dejaran pasar, de vez en cuando, el agua de la lluvia.

Tenía que ponerse el cuchillo entre los dientes, llenarse de armas,

de amor, de escudos, soltar los perros de la guerra, atarse a la muñeca el cabo de lana de la madeja que Ro no hacía más que ofrecerle por activa y por pasiva y recorrer el laberinto, el cual, sabiendo su intención destructora, se le mostraba más amenazador y oscuro que nunca.

Llegar, a través de sus setos altos y su neblina a la altura de las rodillas, hasta el centro del mismo y, allí, enfrentarse a la bestia infame, matarla, dejar posado bajo el pedestal, en el suelo, desnudo su cuerpo humano, ya libre y lleno de barro, y permitir que fuera, de ese modo, feliz.

***

Ro se cambiaba en el vestuario con la cabeza dispersa. Paula llevaba un par de días más seria de lo normal, meditabunda, alejada del estrato de la realidad que ambas compartían cuando estaban juntas. Escribía como una loca, miraba por la ventana, suspiraba y, de haber sido ella una persona más perceptiva, habría visto incluso temor en el fondo de sus ojos. Le sonreía con su frescura de siempre y le repetía que no pasaba nada, que todo estaba bien, que tenía demasiadas pelotas en el aire en ese momento preciso de su vida y que solo estaba intentando que no se cayeran al suelo.

Paula quería tranquilizarla, pero no lo conseguía. Se acurrucaba en su costado en la cama y se rodeaba a sí misma con los brazos de Ro, pidiéndole en silencio un abrazo necesitado, una calma que, de alguna manera, sentía que le faltaba.

—Mírala, en Babia está —escuchó el rumor lejano de la voz de Clara.

—Tierra llamando a Ro, Tierra llamando a Ro —aumentó el volumen de esa llamada en sus oídos. Sara chasqueaba los dedos frente a su rostro.

—Un momento, voy a hacer una llamada y empezamos.

Se disculpó, cogió su teléfono y salió al pasillo para tener algo de intimidad. Sus amigas eran insufribles cuando se mofaban de la cara de tonta que se le ponía al hablar con la escritora.

Un tono, dos tonos, tres tonos.

—*Hola, Ro* —saludó Paula, con la respiración agitada. Iba caminando—. *¿No estabas en el gimnasio con estas?*

—Y lo estoy, pero, como mañana libro, estaba pensando si te apetecería salir a cenar por ahí esta noche con nosotras y dormir conmigo.

—*Pues va a ser imposible, escaladora ninja. Estoy en la mansión*.

Un silencio a ambos lados. Un nudo en el estómago de Ro. Una madeja de hilo entre las manos de Paula.

—¿Y eso? —preguntó con la voz estrangulada.

—*Tengo que… tengo que comprobar una cosa*. —Intentó sonar ligera, pero no funcionó. Masticaba el miedo, la inquietud, y Ro lo pudo apreciar sin dificultad.

—Pau, ¿está todo bien?

—*Sí, no te preocupes. Te tengo que dejar, luego hablamos*.

—Hasta luego…

Escuchó el pitido del final de la llamada y se quedó parada en mitad del pasillo, con el teléfono aún en la oreja, como si intentara recuperar el calor de la voz de su escritora. El miedo cambió de lado y lo pudo sentir en las tripas, galopando a su antojo.

—Tía, espabila, que se nos pasa la hora. —Sara la sacó de un lugar peligroso de su mente.

—Voy, voy.

Como una autómata, entró al vestuario, dejó el teléfono en la taquilla y salió con sus amigas. Pasó de nuevo junto a Elvira sin verla y, cuando quiso darse cuenta, estaba a dos metros del suelo, parada en mitad de una pared, sin avanzar.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le preguntó Sara, que, por primera vez en la historia, iba por encima de ella.

—Paula.

—¿Qué te ha hecho? —Se detuvo a su vez y la miró con preocupación.

—Nada, es solo que… No sé… No sé qué le pasa, está muy rara, está en la mansión y yo no sé…

—No sabes, eso está claro. ¡Mateo, bajamos! —avisó a su monitor.

—No, no bajamos, no pasa nada. —Agitó la cabeza para salir de su cerebro y se impulsó para seguir.

—Te vas a partir los dientes porque no estás donde tienes que estar. Bajamos.

Ro, que lo último que tenía eran ganas de discutir, se dejó caer, sujeta desde abajo por la cuerda, y volvió hacia el vestuario. Una vez cambiadas, en silencio, la condujeron hacia la terraza del bar al que solían ir después de entrenar, le pidieron un tercio y la miraron, esperando que volviera al mundo de los vivos.

—Me he informado y sé dónde está la jodida mansión de tu escritora, así que nos dices qué coño pasa o voy y la arrastro de los pelos hasta que me lo diga ella.

—¡No! —Miró a su amiga, buscando la burla en su rostro, pero no la encontró. Estaba realmente decidida a ir y pegarle una paliza. Le dio por reír—. ¿Estás mal de la cabeza? ¿En serio la has investigado?

—Me cae genial esa chavala, y creo que te hace mucho bien. Joder, llevas saliendo con ella un tiempo y no hay nada más que verte, pero es rara, Ro.

—Es rara, Ro. Repítelo muchas veces. —De nuevo la risa y un suspiro de alivio de sus amigas.

—Es rara, Ro, es rara, Ro, es rarrarró. —Clara sacó la lengua y estiró la boca para dejar de trabarse. Una carcajada de las otras dos y un trago a la cerveza.

—Pues eso —retomó el hilo Sara—, que esta chica es encantadora y fantástica, y nos gusta muchísimo de cuñada, pero es más rara que un perro verde. Muy guapa, muy misteriosa e incluso te diría que bastante sexi, enhorabuena, Ro, pero yo sabía que alguna tenía que liar. Por eso hice trabajo de investigación para darle el guantazo que me imaginaba que algún día tendría que darle.

—Me meo, Sara. —Cabeceó de lado a lado, con algo calentito vertido en su interior al comprobar cómo su mejor amiga se preocupaba por ella. Ro no era una mujer a la que hubiera que cuidar, pero Sara llevaba casi veinte años esperando el día en el que lo necesitara. Y ahí estaba.

—Tú te ríes, pero la que no se va a reír es ella —amenazó con fiereza—. Así que, venga, suelta por esa boquita.

—Si no es nada, de verdad —bufó, intentando organizar sus pensamientos para exponerlos con claridad—. Ella tiene cosas que solucionar, ¿cierto?

—Y no pocas. —De nuevo Ro tuvo que soltar una risotada.

—Y no pocas. Pues yo le he dicho que eso es algo que tiene que hacer ella, pero que la puedo acompañar.

—Muy bonito. Te estás convirtiendo en una empalagosa y me encanta.

—¿Esto qué es, la película con los comentarios del director o qué?

—Esta persona es que si no se calla, revienta —le dio la razón Clara.

—Es que si tengo que esperar a que arranque, nos pueden dar las uvas, mi vida. —Juntó las manos frente a su cara y apretó los labios, mirando a la rubia.

—¿Me dejas terminar? —Ro hizo su mayor esfuerzo por ponerse seria y, ante el asentimiento de Sara, que volvía a ser la mujer serena de siempre, continuó—. El caso es que le he hecho alguna broma con

ese tema de ayudarla, y ella se ríe, pero no dice nada. Ni sí, ni no. Se ríe, jaja, me echa un polvazo y luego acuérdate tú de lo que estábamos hablando antes.

—El detalle del polvazo era necesario para comprender en su totalidad este nuestro problema. —Ro le echó una mirada mordaz y Sara se cerró la boca con cremallera.

—Es importante porque es evidente que está evitando el tema. Y yo no sé si es que le incomoda, si sigue pensando que lo nuestro es temporal y no tan profundo como para hacer este tipo de cosas la una por la otra, o es que piensa que yo no soy la adecuada para ayudarla.

—Yo, que os he visto juntas, no creo que piense en lo vuestro como algo temporal sin importancia. Esa chica pierde el culo por ti, Ro.

—Ya lo sé, pero como es así de… excéntrica, no puedo estar segura de cuáles son sus procesos mentales: si un día piensa una cosa, si al siguiente le da un aire de esos de escritora maldita y cambia de opinión…

—Se me ocurre, así como idea loca, que lo hables con ella. La comunicación es la base de todo. —Sara abrió los brazos y se recostó en la silla, como si acabara de dar una *master class*.

—Por hablar no es, imbécil, si hablamos un montón, pero este tema… Este tema es otra cosa, más suya, más personal, más interna… Y yo tampoco quiero meterme donde no me llaman.

—Pues espera a que te llamen —concluyó Clara con un encogimiento de hombros—. La ayuda se ofrece y luego se espera a que te la pidan.

—¿Ves, Sara? Eso es un buen consejo, por si no lo habías visto nunca.

—Vale, sí, Clarita, muy bien hablado, pero, ¿por eso estás así?

Ro la miró sin una sola mueca en su rostro, con los labios apretados en una línea, rodeada de un silencio que le puso el vello de punta. Se venía algo gordo, muy gordo.

—Se ha ido a la mansión.

O no.

—¿Me estás diciendo, Rocío, que estás como si te hubieran trepanado el cerebro porque tu escritora se ha ido a su mansión?

—Mi escritora, que está más rara de lo habitual, se ha ido a la mansión, que la vuelve más rara todavía.

—¿Crees que te va a dejar? —Sara creyó haber llegado al meollo del asunto.

—¡Pues no lo sé! Quizá todo esto es demasiado para ella…

—Esa chica no te va a dejar —dijo Clara, muy convencida.

—Tías, en serio, que Paula lleva unos días que no está bien, que está intensa de más y se va allí, que es como un chute de intensidad. Siento como que… como que estoy a prueba, tías.

—¿A prueba?

—Sí, me ha dicho que tenía que comprobar una cosa. ¿Os digo qué cosa es? Si estoy cualificada o no para ayudarla. No, no me miréis así, va allí a ponerse en situación, sobre el terreno, para pedirle opinión al minotauro, a su abuela muerta y a la madre que la parió.

—Jajajajajajajajajaja. —Rieron ambas amigas.

—Muchas risas, pero a mí ahora mismo me están mirando con lupa en una casa encantada.

—Es que me tengo que reír, Ro, que esa chica no está OK, pero es que tú tampoco.

—Hazme caso, el puto minotauro ese que tiene de niñero me tiene enfilada. Es que parece que la estoy viendo allí, sentada en el poyete donde está subido el bicho, preguntándole si tengo yo cara de Ariadna.

Las carcajadas de sus amigas espantaron a los pájaros de las copas de los árboles y Ro sonrió, a pesar de que sentía el aliento húmedo de un animal al acecho en la nuca.

***

Acariciaba las ramas con los ojos cerrados, dejándose guiar por sus instintos, por su memoria, por el recorrido que tenía tatuado bajo la piel. Sintió el vacío en las yemas de los dedos y miró. Ya estaba en el centro.

Cogió todo el aire que le cabía en los pulmones, ese aire extraño que contenía el laberinto y que siempre olía a verano, a tierra mojada, a mar, y lo soltó lentamente, ladeando la cabeza para observar con detenimiento aquella figura que coronaba el centro de todo lo que la conformaba. No tenía idea de por qué, pero le pareció más inofensivo, menos fiero, menos imponente. Caminó hacia él y lo rodeó, mirándole las piernas musculosas, el pecho inmenso, la cabeza alzada orgullosa y los puños que eran sus manos. Le acarició el brazo y casi sintió en los dedos su pelaje áspero. Le dio un par de golpes amistosos y, efectivamente, se sentó a sus pies, sobre el pedestal donde estaba erguido.

—Qué pasa, tío, cuánto tiempo. —Dos nuevos manotazos, ahora en sus muslos, y una risita socarrona.

Levantó la vista y se encontró con sus ojos oscuros, iracundos,

terribles. Apretó el animal la mandíbula, ultrajado, y le devolvió la mirada.

—Solo eres una estatua rodeada de setos… ¿no es así?

El sol estaba ya cayendo, tiñendo el cielo de naranjas, rosas y violetas. Volvió a coger aire y apoyó la espalda y la cabeza en la tibia de la bestia. Se recogió las piernas con las manos y se quedó mirando el espectáculo de luces que le regalaba el cielo. Sintió la mano del minotauro en la coronilla, acariciándole el pelo. En realidad, él la amaba, y ella lo sabía, o lo estaba empezando a saber.

Jugueteó con la madeja entre las manos, pensando en Ro, en su Ro preocupada por ella. Y sonrió. Le hubiera gustado llevarla, pero creyó que aquello era algo que tenía que hacer sola.

El minotauro observó con desconfianza la manera en la que Paula mimaba la lana, cómo la olía, buscando el aroma escondido de una mujer, la única mujer que había ido a verlo con ella. Resopló y la chica levantó de nuevo los ojos para mirar su gesto de disgusto.

—Si la odias es porque es peligrosa para ti.

El animal miró hacia el horizonte, por encima de los setos, dejándose bañar, desde su enorme altura, por los rayos del sol. No sabía cuántos atardeceres más le quedarían por ver, pues su niña Paula parecía dispuesta a aniquilarlo.

No la odio a ella, es que te quiero demasiado a ti. Solo deseo cuidarte.

Lo escuchó, nítidamente, en su cabeza, y volvió a apoyarse en su piedra.

—Ella, y no me preguntes por qué, también quiere cuidarme.

La bestia cerró los ojos y asintió con pesadumbre y un nudo en la garganta.

¿Crees que ella es buena para cuidar tu corazón?

Paula lanzó la madeja y la volvió a coger. Sonrió recordando esa tarde de hacía unos días, cuando Ro hizo aquella estupidez de llenar un bazar de lana azul solo para que comprendiera que hay caminos que es mejor recorrer sabiendo que alguien te espera al volver a casa.

—Creo que podría serlo.

***

El sonido del timbre la despertó. En su día libre. Iba a descuartizar al bastardo o bastarda que hubiera osado romper su descanso.

—¿Sí? —gruñó al telefonillo, frotándose un ojo.

—El desayuno.

—Te voy a matar —lloriqueó.

—¿A besos? ¡Vale!

Ro sonrió y le abrió la puerta. De vuelta al comedor, encendió la cafetera y se tiró en el sofá boca abajo, esperando que llegara, muerta de sueño.

Paula cerró a su espalda y fue directa a hacer café. Cuando encontró a Ro, dejó todo en la mesita de centro y se tumbó sobre ella.

—Eres muy grande para ponerte encima de mí, maldita —refunfuñó, asfixiada.

Paula hizo oídos sordos y le llenó el lateral de la cara que quedaba a su alcance de besos lentos. Era imposible estar enfadada con ella si después llegaba y te besaba tan dulcemente.

—Te he traído una cosa —susurró en su oído.

—Espero que sean churros —murmuró con voz de niña, dejándose mimar. Necesitaba que Paula le calmara los demonios, aunque fuera un ratito.

—Aparte. —Se quitó de encima y se sentó en la mesita, esperando que Ro se incorporara.

—¿Qué es? —Se sentó, con el pelo hecho un nido de gorriones y los ojos hinchados de sueño.

—Toma. —Le lanzó la madeja y Ro, que la cogió al tercer intento, la miró desconcertada.

—¿Por qué me la devuelves?

—Es Ariadna la que tiene que sostenerla en la entrada del laberinto, ¿no? Si me la llevo dentro, no sirve de nada. —En sus ojos llameaba el amanecer y algo que, si no lo era, se le parecía mucho al amor.

—Pero… —Le temblaban los labios a la camarera, golpeada de repente por la tensión de los últimos días. Paula se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Si tú quieres, claro. —Abrió los ojos con ingenuidad, con miedo, pero no el miedo de siempre, sino el temor de que la chica que tenía enfrente no quisiera formar parte de su viaje.

—Eras tú la que no estaba segura. —Puso un puchero y volvió a mirar la madeja que tenía en el regazo.

—Tú lo dijiste: nunca le he prestado atención al personaje secundario.

—¿Y ahora sí?

—Sí. He estado dándole vueltas estos días y me he dado cuenta de que no tenía nada que pensar. Qué tonta. —Sonrió, negando con la cabeza, pensando en su propia estupidez.

—Es importante, claro que es algo en lo que tienes que pensar,

Paula…

—Llevas siendo mi Ariadna desde que te conozco, Ro. Has estado sosteniendo la madeja mientras yo me perdía en los callejones sin salida del laberinto, esperándome pacientemente en la entrada mientras yo descubría, gracias a ti, otros caminos para llegar a un amor que no dé miedo, que no asuste perder, pero, sobre todo, que no asuste ganar.

—Paula… —le suplicó un abrazo con los ojos y la escritora se lo dio.

—El laberinto no empieza ahora, nena —aligeró el tono de su voz para salir ambas del terreno enfangado de las declaraciones de amor precoces—. Ya llevamos allí un tiempo.

—Entonces… ahora solo falta la peor parte, ¿no? —musitó, apretando su cuerpo todavía más.

—¿Cuál?

—Descubrir cómo matarlo.

—Algo se nos ocurrirá. Mientras tanto, ¡churros!

Ro agradeció aquella salida y rio, feliz de volver a verla, a la Paula que no había sido los últimos días, la distante, la que parecía estar escapándosele de entre los dedos sin remedio, absorbida por su odiosa oscuridad.

Mientras la escritora sacaba el desayuno y lo preparaba sobre la mesa, Ro se quedó perdida en su perfil aniñado, orgullosa del estirón que acababa de dar justo delante de sus ojos.

Se esforzó en comprender lo que le había dicho, la inseguridad de los últimos días, la responsabilidad que no quería poner sobre sus hombros, la inquietud de emprender algo para lo que no sabía si estaba preparada. Matar a su monstruo.

Intentó pensar, sentir como ella para asimilar la manera en la que había llegado a la conclusión de que ya llevaba tiempo peleando, desde antes, incluso, de conocerla, pues plantearse que el camino elegido quizá no era el correcto también es una forma de avanzar.

Se apartaron a un lado de la senda cuando se conocieron, para tomar aire y descansar, pero no fue hasta que Paula lo dijo en voz alta que no se dio cuenta de que ya llevaban días, semanas, meses, embarrándose las zapatillas en las carreteras secundarias del amor que no duele.

24

—Hola, mami. —Paula le dio un beso en la mejilla y se acercó al marido de su madre para saludarlo—. ¿Qué tal, Manu?

—Manuel, Paula, que no es tu colega. De verdad, esta niña es incorregible. —Bufó su madre.

—Soy una díscola. —Sonrió en grande y tomó asiento.

—Déjala en paz, Rosana, a mí me gusta que me llame Manu. Mis hijos ni me llaman. —Se encogió de hombros el hombre—. ¡Qué hambre! —Abrió la servilleta y sonrió amistosamente. Era un buen tipo.

—Bueno, cariño, ¿cómo va todo?

—Pues muy bien. A Elisa le está gustando mucho el borrador del nuevo libro.

—¿Este termina bien?

—Aún no lo sé. Eli está convencida de que sí.

Su madre la miró con una ceja en alto y una sonrisa de Mona Lisa.

—Hay una mujer.

—¡¿Dónde?! —Paula se giró teatralmente, haciendo que Manu riera.

—En tu vida, idiota. Lo que le gusta a esta chica hacer el tonto… —Rosana puso los ojos en blanco y se echó hacia atrás para que el camarero sirviera el vino.

—Hay una mujer —concedió y se llevó la copa a los labios—. Excelente elección, madre.

—¿Y cómo es?

—Tiene tonos afrutados y un toque cítrico que me encanta. —Paladeó el vino y miró con socarronería a la madre que la parió, que en ese momento deseó tener todavía la autoridad para darle una colleja—. Es camarera en la cafetería donde suelo ir a escribir.

—Debe de hacer unos cafés excelentes para que estés tan juguetona.

—Hace dibujos en la espuma —dijo con una sonrisa tierna.

—Unos dibujos increíbles, imagino. ¿La has conocido hoy?

—No.

—¿Ayer, quizá? —Siguió bromeando, picando a su hija donde

sabía que le iba a escocer. Pero Paula tenía un as bajo la manga esa noche de finales de junio.

—La semana pasada. —Su madre rio por la nariz y negó con la cabeza. Paula era un caso perdido—. La semana pasada hizo tres meses desde que la conozco. —Volvió a beber de la copa y se recostó en la silla, disfrutando de la bomba con retardo que acababa de dejar caer sobre la cabeza de su madre.

—¡¿Qué?! —La mujer miró a Paula, a su marido, de nuevo a Paula y apoyó los codos en la mesa para escucharla con atención.

—Has venido a por lana y has salido trasquilada, mami. —Le guiñó un ojo y sonrió más ampliamente.

—Pero hija… eso es… ¡Eso es estupendo! —Levantó las manos, dejándolas frente a su cara, y dio una fuerte palmada que llamó la atención de varios comensales—. Y cuéntame, ¿cómo os conocisteis?

—Ya te lo he dicho. Un camarero cogió la baja por paternidad y entró ella a sustituirlo. Fue poco después de que muriera la nana. —Tragó saliva. Aquel bocado aún sabía amargo.

—Y… ¿Y es ella, tu chica soñada? ¿Por fin?

Rosana, que había vivido en carnes propias el tipo de amor en el que su hija creía con tanto fervor, a pesar de que este había terminado por diluirse en ella con el paso del tiempo, sabía lo mucho que significaba para Paula encontrarlo, disfrutarlo, acunarlo en su pecho como una mascota perdida que vuelve a casa después de mucho tiempo.

—No lo es en absoluto. —Y soltó una carcajada tan grande que temblaron las cristaleras del local. Su madre la miró extrañada, con el ceño fruncido y una sonrisa desconcertada. Por poco halagüeñas que fueran sus palabras, el brillo que su hija tenía en los ojos era demoledor—. Es una cínica, mamá. Detesta hablar del amor romántico que a mí me gusta, dice que le da ganas de vomitar.

—Pero…

—Pero me escucha cuando hablo de él, se pone a mi lado cuando lo señalo con el dedo y cierra un ojo para verlo como lo veo yo. Se ríe de mí, pero se esfuerza en comprenderme.

—¿No cree en el amor? —Seguía sin entender qué podía ver su hija en una chica así.

—Peor, madre: cree en el tipo de amor más feo que existe. Ni flechazos, ni magia, ni fuegos artificiales; solo barro, polvo y cicatrices. Ella piensa que eso es lo que hay que amar, que la parte bonita la ama cualquiera.

—¿Te ama las cicatrices?

—No sé si las ama, pero me las besa todas las noches.

—¿Amas tú las suyas? —preguntó Rosana con dificultad, con un nudo en la garganta tras las palabras de su hija.

Paula se quedó en silencio, con la mirada perdida y ciertamente avergonzada.

—Aún no me las ha enseñado.

—Apuesto a que sí, pero seguro que tú estabas distraída mirando cometas en el cielo. —Fue un reproche amable, pero lo fue.

—Es verdad. Cuando supe que las tenía, estaba intentando enamorarme de ella.

—¿Y lo conseguiste?

—No.

—¿Y ahora?

—Ahora no lo estoy intentando.

—¿Pero lo estás consiguiendo?

Otro zarpazo de Rosana, quien, como madre, sabe exactamente dónde están los tendones de cada Aquiles que ha parido.

—Joder, mamá, acabas de descuartizarme en tres frases, enhorabuena. —Levantó la copa, hizo un gesto de brindis y bebió—. Sí, creo que sí. Con este tipo de amor nunca se sabe, tengo que meterme al fango primero. Cuando salga, te lo digo.

—Una no se mete en el fango si no es por amor, querida —lo dijo como si nada, con un gesto de desdén de la mano, llamando al camarero para pedir la cena.

Paula suspiró, agotada por aquella conversación que no parecía gran cosa, pero que acababa de ser un mundo para ella. Siempre tan centrada en su monstruo, en su bestia privada, en el camino angosto y lleno de trampas que aún le quedaba por recorrer. Tan ensimismada estaba que se le había olvidado que la primera lección del amor en el que ella creía, de cualquier tipo de amor que existiera, era que tenía que circular en ambas direcciones.

Tanta importancia se daba, en tan alta estima se tenía a sí misma como enamorada y a su loco amor, y tan empeñada estaba Ro en ser su Ariadna, que no había caído en la cuenta de que ella, seguramente, tendría también un animal indómito afilando las garras en sus tripas, en sus huesos, en su corazón. Puede que no fuera un minotauro sobreprotector, sino una hidra de mil cabezas, una quimera letal y sanguinaria, un leviatán silencioso capaz de comerse un transatlántico de medio bocado.

Ella, una teórica experta en el amor, había errado el primer disparo. Su nana estaría terriblemente disgustada por su falta de

generosidad, pues si algo tenía el sentimiento que ella le enseñó cuando apenas levantaba un metro del suelo, era la capacidad de dar sin pensar en recibir. Y ella se había encargado de mostrarse, de presentarse como una pobre diabla sin esperanza, y dejar que Ro la cuidara, sin plantearse siquiera que esa chica, quizá, sabía tanto sobre las miserias humanas porque llevaba mucho tiempo viviendo entre ellas.

—Mamá, y, una vez en el fango, ¿qué tengo que hacer? —le preguntó con su tono de antes, el de cuando era una niña.

Rosana la miró con dulzura, como si su pequeña hubiese estado a punto de llegar a la meta tras correr como una desquiciada y, una vez allí, a unos metros del final, hubiera decidido volver sobre sus pasos, de regreso a la línea de salida, dispuesta a empezar de nuevo la carrera, esta vez más preparada, con mejor zancada, con la respiración equilibrada y el pulso reposado.

—Buscarla y limpiarle la piel. Cuando la veas a la luz, sabrás quién es la persona que tienes enfrente.

—¿Y si no la reconozco?

—Entonces es que no eres para ella.

Otro jarro de agua fría. Acostumbrada a escuchar a su abuela decir sobre las mujeres de su vida que si no encajaban en su mundo metafórico, es que no eran la adecuada, para Paula aquello fue una tremenda cura de humildad. Jamás se había planteado la opción de que fuera ella quien no se ajustara a la otra, creyéndose, como a todas nos pasa alguna vez, el centro mismo del universo, de su universo. Se quedó con la boca abierta y media sonrisa deshilachada.

Joder, había intentado buscar el amor atendiendo solo a su mitad del mapa.

Se levantó y abrazó a su madre por la espalda. Nunca la había tomado como ejemplo en todo lo referente al romance, olvidando, pobre ilusa, que había sido protagonista de una de las historias más bonitas que había visto y de otra que, si bien no fue tan llamativa, era evidente que la hacía irremediablemente feliz. Había obviado su opinión de experta en la materia, obnubilada por la labia embaucadora de su nana, por sus cuentos y sus juegos de espejismo. Le dedicó una mirada nueva, como si fuera la primera vez que veía en su madre ya no a una madre, sino a una mujer con un relato fabuloso que contar.

—Gracias, mami, por bajarme los humos. —Le dio un beso en la mejilla y volvió a sentarse.

—Eso es lo que hace una madre, cariño. Y ahora, dime, ¿qué tiene

esa chica para que te guste tanto?

—Nada. —Soltó una risita—. Nada de lo que imaginé. Es muy terrenal.

—Algo tiene que tener, Paula, hija mía.

—Es que… es que no sé cómo explicártelo, no tiene ningún sentido.

—Entonces, cariño, no sé en qué se diferencia esto que me cuentas del amor en el que tanto crees, francamente. —Puso esa cara de obviedad que Paula tanto detestaba.

—Que no he llegado a él por el camino correcto.

—Es el correcto si has llegado donde querías.

—Paula, yo no tengo ni idea de lo que estáis hablando porque no os entiendo cuando os ponéis intensas —interrumpió Manu—, pero tu madre te está dando una paliza.

—La paliza de mi vida.

Cuatro frases descarnadas, cuatro preguntas para que Paula se diera cuenta, por sí misma, de que la poesía a veces sucede a base de práctica y no de una iluminación divina, de una inspiración cósmica, pero que es poesía igualmente. Empezó con Ro recitando prosa, pero habían terminado por rimar. Parpadeó muy deprisa.

—El amor es amor, Paula —continuó su madre—, aunque al principio se disfrace de otra cosa. El tiempo nos quita las caretas.

Se quedó pensativa. Debajo de las caretas de las mujeres de su vida, Paula siempre había encontrado decepción, pero bajo la de Ro, quien se le plantó delante con la máscara disuasoria de la desilusión anunciada, estaba empezando a vislumbrar un rostro que, aunque no se parecía al esperado, era tan hermoso como el mejor que hubiera soñado.

—¿Cómo se llama?

—Ro. Rocío, no Rosa, ni Rosana. —La miró con cariño.

—Bueno, al menos tú has salido del bucle de las flores, porque es un poco turbio el tema.

—Papá se fijó en ti solo por tu nombre, eso tuvo que darte pistas de que en esta familia no estamos bien de lo nuestro, mamá.

—Al menos a tu abuela no le dio por llamar a tu padre, yo qué sé, Rosauro.

—No, con Jacinto se quedó a gusto.

Deshicieron la conversación en una risa de la que participó Manu, en el mismo momento en el que el camarero les llevó la cena.

***

Acababan de salir del cine y caminaban sin prisa hacia cualquier cadena de restaurantes del centro comercial que les llamara la atención. Ro miraba de reojo a Paula, que estaba más bien seria, como si anduviera rumiando algo.

Le cogió la mano y su rostro se metamorfoseó al instante. La chispa de su mirada se prendió, la sonrisa se hizo ancha en su rostro y hubiera jurado que había desaparecido toda la gente que había a su alrededor. Solo escuchó, en lugar del rumor del entorno, de las conversaciones a medias de los desconocidos y la música de ascensor, la risita nasal de Paula, que apretó su agarre y suspiró.

Miró al frente y comprobó, con las gafas de ver el mundo de la escritora, que sí, que estaban perfectamente solas, encerradas entre ese puñado de aire que las rodeaba y el metro cuadrado en el que las dos iban plantando sus pies. Solo la compañía de Paula era capaz de hacerle sentir que un lugar lleno de gente estaba vacío para ellas.

Su magia.

—¿De dónde viene tu nombre? —preguntó la castaña.

Ro se quedó sin respiración un segundo, sintiendo retumbar el corazón en los oídos, la garganta seca. Paula, tan sensitiva para apreciar los matices, se llevó la mano sostenida de Ro a la boca y depositó un beso allí. Se le relajó el cuerpo y fue ella quien suspiró.

—Pues no tengo ni idea, no conocí a mis padres. —Se encogió de hombros. Quitarle importancia al dolor había conseguido que, al final, dejara de tenerla—. No sé si me lo pusieron por una película que les gustó, por un familiar o porque fue lo primero que les vino a la cabeza.

—¿No sabes nada de ellos?

—No, siempre he estado en el sistema. Era un bebé cuando entré. Muy bebé. —Le dedicó la sonrisa amarga que aparecía siempre que trataban ese tema.

—¿Y qué pasó?

—Crecí con muchos niños, pasé por muchos centros, algunas casas de acogida…

—¿Me… me cuentas cómo era? —murmuró, temerosa de estar aventurándose en un terreno peligroso para su camarera.

—Solitario. Ese es el mejor resumen. Hay muchos niños y juegas, las monjas te cuidan, tienes clases, pero estás muy sola en realidad. No hay nadie que te preste una atención especial, personalizada, como la que te presta un familiar, ¿entiendes?

—Entiendo.

—No lo entiendes, nena, porque tú has tenido demasiada atención.

—Le dio un codazo para bromear con ella, intentando relajar el ambiente—. La niña de los ojos de tus padres, de tus abuelos y del jodido minotauro. Esas son un montón de miradas preocupadas cuando te haces un raspón en la rodilla.

—¿Y qué hacías tú cuando te hacías un raspón en la rodilla? —Paula imitó su tono ligero—. ¿Te echabas barro, como las tipas duras?

—Saliva. Eh, no, no te rías, que es mano de santo. Pero bueno, un besito en la coronilla y un abrazo no me habrían venido mal.

—Ahora serías una persona terriblemente cariñosa, Ro. —Fingió un escalofrío y la morena soltó una carcajada.

—Y no queremos eso.

—Bueno, lo podría soportar.

Paula tiró de su mano y entraron en una pizzería cualquiera, bastante vacía a esa hora fronteriza entre la tarde y la noche. Quería intimidad. Pidieron una *pizza* para cada una y esperaron la comanda con sendos refrescos. La escritora observó a su acompañante que, un poco tímida, miraba a las paredes del local, a las vetas de la mesa, a cualquier lugar menos a ella, mientras sorbía distraídamente por la pajita. Carraspeó para llamar su atención.

—¿Te sientes incómoda hablando de esto?

—No, pero no soporto que me tengas lástima.

—No te la tengo.

—Pues avísale a tus ojos, guapa, que me están mirando con mucha compasión.

—Sabes que eso no es verdad, no te pongas a la defensiva. Solo quiero saber.

—¿Quieres saber por qué soy así? ¿Por qué nunca he creído en el amor, en tu estúpido amor de piruletas y arcoíris?

Paula, con mucha solemnidad, se movió por el banco en el que se había sentado, se levantó y se acomodó en la silla que había junto a Ro en lugar de frente a ella. Le puso la mano en el muslo para que dejara de taladrar el suelo con el pie, y Ro detuvo el vaivén, sin entender cómo podía saber Paula lo que ocurría bajo la mesa.

—Cuéntame, Ro, ¿por qué no crees en mi estúpido amor?

—Porque no todos vivimos en una comedia romántica, Pau.

—Perdona que te diga, pero mi vida no es una comedia romántica. Es un musical —lo dijo tan seria que a Ro no le quedó otra que echarse a reír. Vivía muy alejada de la realidad, pero al menos lo reconocía.

—Pues la mía es más bien de época, de la posguerra, con niños llenos de mocos y ruido de bombas en las calles.

—Qué exagerada eres. ¿Así lo viviste?

—A veces sí, sobre todo a medida que fui creciendo. No entendía nada, me parecía demasiado injusto. Empecé a amasar una rabia tremenda hacia todo y hacia todos. Estaba sola, pero quería estarlo más, quería irme de allí y dejar de soportar a todo el mundo. Era una adolescente y no sabía lo que era la intimidad, ni el calor que da la familia. Pero tuve suerte, porque cuando estaba pensando en fugarme y buscarme la vida, llegó una casa de acogida nueva. Yo me froté las manos. —Puso cara de pilla—. Es muy fácil escaparse de una casa de acogida.

—Qué rebelde. ¿Pensabas irte con un atadillo colgado de un palo, como en las pelis?

—Sí, porque yo era Oliver Twist, no te jode. —Le dio un golpe cariñoso en el hombro. Hablando así, como si nada, era más fácil contar—. No tenía un plan, pero me rondaba la mente.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque tenía catorce años, tenía que esperar hasta los dieciséis para poder ponerme a trabajar. Y, después de dos años en esa casa, la que ahora es mi casa, decidí que ya no quería irme.

—¿Por qué?

Los ojos de Ro se cristalizaron. La cena llegó, dándole unos segundos de tregua.

—Porque se disgustaban mucho conmigo cuando me ponía insoportable.

—¿Cómo?

—Que cuando hacía alguna trastada, como saltarme clases o empezar a fumar, se llevaban un disgusto enorme. Y eso me gustaba. Si decepcionas a alguien, es porque le importas, ¿no?

—Claro. —Paula sonrió con ternura, con amor incluso. Esa mirada de orgullo de la escritora no se la esperaba. Decidió abrir un poco más esa rendija por la que había dejado que se asomara.

—Nunca me llamaron hija, ni pretendieron ser mis padres. Eran dos abueletes adorables que solo querían echarme una mano.

—¿Los quisiste? —Paula, siempre haciendo las preguntas que no hacía nadie.

—Paula… —le temblaron los labios.

—Perdón.

—Yo creía que no. —Se serenó Ro como pudo—. Pero, cuando me independicé, siempre volvía a casa. Me marché para buscar un sitio que fuera mío, me fui muy lejos y mucho tiempo, y caí tarde en la cuenta de que mi hogar a lo mejor estaba en ese piso que siempre olía

a comida. —Miró a Paula con una inocencia que no le conocía—. Los quise, los quise mucho, pero durante muy poco tiempo.

—Lo siento.

—Eran muy mayores y yo no estaba acostumbrada a eso de querer a la larga. Mis compañeras iban y venían, las casas de acogida también, las monjas, los profesores. Por eso nunca he creído en un para siempre, como tú.

—¿Los quieres aún?

—¿Qué?

—Que si los quieres aún.

Ro bajó la mirada. Sabía la respuesta a esa pregunta, pero intentaba no descomponerse delante de Paula.

—Sí. Los echo mucho de menos.

Paula le pasó una mano por la nuca y acercó la cabeza a su boca, dejando un beso en la sien que duró diez días, con sus noches, mientras Ro se esforzaba en no romper a llorar.

—El amor me ha dolido siempre. Primero porque no lo conocía y después porque se marchó. He intentado mantenerme alejada de él, pero no lo he conseguido.

—¿Quién fue tu primer amor?

—Sara. —Sonrieron ambas—. La conocí en el instituto, cuando mis últimos tutores me acogieron. Éramos un cuadro. Yo me empeñaba en alejarla y ella se mantenía a mi alrededor sin hacer ruido. Me acostumbré a ella y terminé queriéndola.

Durante la cena, Ro fue contándole las mil anécdotas que tenía en su memoria con su amiga. La primera fiesta a la que las invitaron, la primera cerveza a escondidas en casa de sus padres, las discusiones tontas, las pulseras de la amistad, las llamadas hasta las tantas en vacaciones.

Terminaron de cenar y siguió hablando, habló tanto que tuvieron que pedir nuevas bebidas para refrescar la voz. Una vez abierta la compuerta, le fue imposible volver a cerrarla. Hablaba con cariño, con nostalgia, con dureza a veces, y Paula sintió la piel pegajosa por el fango.

—¿Nunca intentaste encontrar a tus padres? —le preguntó, caminando por la calle, de vuelta a casa.

—No.

—¿Qué crees que les pasó?

—Yo…

La mirada insegura de una por lo que iba a decir y la sonrisa limpia de juicios de la otra. El amor más feo, el que está hecho de lo

que nadie quiere mostrar, a punto de ponerse a prueba para la mujer que más bello lo sentía. Ro tembló.

—Ojalá hubieran muerto —dijo al fin, rezando por que su oscuridad no empujara lejos a su escritora—. Lo deseo de verdad, porque de esa manera todo este despropósito no hubiera sido cosa de una elección en la que la elegida no fui yo. Y me siento un monstruo a veces por pensar así.

Paula tragó saliva y apretó el agarre en torno a sus hombros, sin dejar de caminar. Aceptó sus sombras y deseó, en un pensamiento fugaz que la puso en el otro lado del tablero, ser la adecuada para Ro.

—No creo que seas un monstruo, cariño. Solo intentas sobrevivir. No debe de ser fácil crecer con el corazón roto.

—Eres demasiado comprensiva conmigo. —Se enroscó en su cuerpo y dejó que Paula se llevara con sus manos de ilusionista todos sus demonios.

—Te admiro. Hay que tener mucho valor para reconocer que somos humanas y que, a veces, ser humana no es bonito.

Ro detuvo sus pasos, se subió en sus puntillas, tiró del cuello de su camisa y la besó como si, con su saliva, como cuando era pequeña, pudiera terminar de cicatrizar esa herida que escocía cada vez que se sentía miserable. Paula se la quedó mirando, acariciando sus mejillas, y Ro no vio en sus ojos ni una pizca de desprecio. Su corazón de cemento se resquebrajó.

—¿Cómo eran tus tutores? —Volvió a cogerla por los hombros e hizo aspavientos con sus manos frente a su cara—. Quiero imaginármelos perfectamente, como si los pudiera ver aquí delante.

—Jajajajajaja, vaya cambio de registro, ¿no?

—Es que te estoy queriendo ya mucho rato y me paso del límite de megas este mes.

—Si quieres, te regalo un bono para que me quieras un ratito más.

—Vale. Pero cuéntame cómo eran. ¿Discutían entre ellos?

—Casi nunca. Cuando me hablas de tus abuelos, me los imagino a ellos. Yo creo que se querían igual. En casa tengo una foto… Si te apetece puedo enseñártela un día de estos.

—Pues claro que me apetece.

***

Un pantalón negro de lino, unas sandalias y una blusa blanca. Una copa de champán en cada mano y la cabeza sobresaliendo por encima del resto, buscando a una mujer. Una mujer con un vestido veraniego

rojo. Era imposible no verla, y mucho menos para ella.

Hablaba con Elisa y ambas reían por cualquier cosa. Se quedó a una distancia prudencial para no romper ese momento en el que tu chica y una de tus mejores amigas conectan sin ti.

Ro llevaba una semana un poco extraña, entre el entusiasmo sin medida por sentirse aceptada y la sensibilidad extrema de quien abre un baúl cerrado a cal y canto. Iba enseñándole, palmo a palmo, esa llanura inhóspita y austera que era su solitario interior. Paula, en un primer momento, quiso llenarla de todo lo que había de exceso en ella misma, desviar el cauce de su río, con sus peces voladores y sus profundidades llenas de ninfas. Quiso darle un poco de esa lluvia suya que no moja y que, cuando toca el suelo, estalla en flores de colores, regándolo todo de césped. Deseó regalarle la mitad de sus nubes con formas impensables y construirle una cabaña calentita donde pasar la noche.

En ese afán suyo de amor, estuvo tentada de querer salvar a una persona que no necesitaba ser salvada, porque llevaba salvándose a sí misma toda la vida. Poco tardó en comprender que solo tenía que sentarse junto a ella, bajo ese árbol que daba sombra, y hacerle compañía; no ser uno más de los matojos rodantes que pasaban por allí sin pena ni gloria, sino permanecer junto a ella viendo los días pasar, dejándose sorprender por lo que no conocía de ella y que se escondía entre las grietas de la tierra, pues pensó que esa era la manera en la que se mata al monstruo terrible de la soledad.

Caminó hacia las dos chicas y le tendió una copa a su favorita.

—¿Esta es tu acompañante, Ro? —preguntó Elisa, obviando la presencia de Paula, como si no estuviera ahí.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Es la escritora más intensa del salón, pero no tiene mal fondo.

—Algo suyo he leído, sí. —Paula se tapó la sonrisa con la copa y se pegó a ella.

—Me alegro de que al final haya traído a alguien. Tiene fama de loba solitaria en la editorial.

—Auuuuu —aulló la aludida, que se llevó un cogotazo por parte de su chica.

—Os dejo, que tengo que hacer de relaciones públicas. Portaos bien, luego nos vemos.

Elisa se marchó y Paula miró alrededor, sin posar los ojos en ninguna parte, sobre todo procurando no hacerlo en Ro, que intentaba interponerse en su campo de visión, sin éxito.

—¿Puedes dejar de ignorarme?

—Ah, ¿me hablas a mí? Soy Paula, encantada. —Le tendió la mano.

—Yo Ro, un placer. —La estrechó con una sonrisa encantadora de serpientes—. Admiro mucho tu obra.

—Y yo la tuya. Tus corazones en la espuma son impresionantes.

—Estoy trabajando para cambiar el repertorio, aunque no sé si me dará tiempo a aprender a hacer algo nuevo.

—¿Por qué?

—La baja de Raúl está a punto de terminar, Pau. Siento darte esta noticia devastadora, pero es así.

—No… —Arrugó la frente y dejó la boca abierta en un círculo perfecto—. Pero Ro, ¡eso no puede ser!

—No te preocupes, algo me saldrá.

—¿Te vas a ir? —Esa pregunta salió antes de que la pudiera retener.

—Hombre, tendré que buscarme alguna cosa, ¿no?

—Digo… Digo irte, irte de la ciudad. Siempre te vas, me has contado muchas veces que nunca estás mucho tiempo en el mismo sitio.

—Es que ahora no me apetece irme. Le prometí a Sara que me quedaría una temporada, ya sabes.

Se miraron a escondidas, bebiendo de sus copas, sin atreverse a pronunciar las palabras que ambas tenían flotando en la mente. De sus bocas no salió un «no te vayas», tampoco un «quiero quedarme contigo». Quizá era demasiado pronto para hacerse ese tipo de declaraciones, de poner sobre la mesa todas las cartas bocarriba.

Paula no quiso pecar de valiente y Ro empezaba a estar cansada de pecar de cobarde.

—Así que una loba solitaria, ¿eh? —cambió de tema la morena.

—Tengo una reputación —contestó en tono soberbio, encogiéndose de hombros.

—Ahora debo de ser una leyenda en tu editorial.

—Pero no por mí, sino por el vestido.

—¿Te gusta? —Paula le tendió la mano, Ro la cogió y dio una vuelta sobre sí misma, ruborizándose. Su escritora y los clichés de película.

—Me encanta. Es como el papel que envuelve los bombones de Navidad. Estoy deseando deshacerme de él.

Ro se carcajeó, elevando la cara hacia el techo y sosteniéndose en el brazo de Paula. Elisa, alejada de la escena, pero con una perspectiva inmejorable, las observó con atención. Ro era presentada a la

concurrencia y sonreía con verdadero orgullo por la chica que tenía la mano en su cintura y que resplandecía, no sabía si por los halagos recibidos o por la admiración de su acompañante. No dejaban de tocarse, de hablar y reír, de contarse secretos al oído.

Elisa suspiró y volvió a la conversación de la que se había ausentado por estar sumida en sus pensamientos. Les dedicó un último vistazo.

Se miran, se miran como si no se lo pudieran creer.

25

Cuando despertó, Ro ya no estaba, pero todavía permanecía en las sábanas su olor. Aún con los ojos cerrados, lo aspiró y sonrió bobaliconamente. Se tendió bocarriba en la cama, como una estrella de mar, estiradas las extremidades a todo lo que daban. La habitación desangelada, sin un mueble de más, sin apenas decoración, sin mesilla de noche siquiera, y ella la encontraba tan cálida como si fuera la suya propia. Su camarera ni siquiera se había instalado en la habitación grande.

Seguía ocupando el que fue su dormitorio, en el que pasó su adolescencia, el mismo en el que lloró de rabia por los castigos más que justos, en el que recibía dinero a escondidas de su tutor, que la mimaba en cada oportunidad que se le presentaba, en el que ocultaba los cigarrillos que tanto odiaba y que fumaba por pura rebeldía. Se negó a ocupar el del matrimonio, pues sentía que no era suyo. Así, tenía la sensación de que seguía siendo una cría y, en un ejercicio de imaginación y memoria, podía asegurar que en la habitación de al lado aún quedaba alguien que la velaba.

Tonterías suyas.

Después de días de largas charlas, de lágrimas amargas, de carcajadas de nostalgia, Paula podía hacerse una mejor imagen mental de quién era la chica que estaba conquistando su amor palmo a palmo. Le mostró con historias desordenadas cómo había llegado a ser la Ro que era en el presente, una mujer sin rencor, sin heridas, sin ese peso a cuestas que, en ocasiones, le había hecho dificultoso el hecho de respirar. No había sido siempre la chica fuerte que era ahora, había tenido que hacer mucho camino interno, se había tenido que quitar muchas telarañas, había tenido que abrir puertas y ventanas para dejar salir el olor a podredumbre que una chavala rabiosa lleva dentro.

Paula la admiraba. La admiraba tanto que la envidiaba. Una senda mucho más oscura que la suya propia había sido recorrida por sus pies solitarios y había llegado, por sí sola, a un lugar donde el sol empezaba a colarse curioso entre las ramas. Ro era su propio Teseo, de eso no tenía ninguna duda, y le hubiera gustado preguntarle cuál

era su secreto, cómo se pone una delante de su monstruo y lo despedaza con las manos, más aún un monstruo sin cuerpo como lo es el de la soledad.

Y cuanto más la admiraba, más se le inflamaba la vaina tersa del amor, más crecía y palpitaba, deseosa de reventar y llenarle todo el organismo de un sentimiento que siempre había dudado de cómo iba a ser metabolizado por su cuerpo, conociendo como conocía la debilidad genética de la anatomía familiar cuando se enfrentaba a las vicisitudes del romance que sale muy bien, o muy mal.

Por una vez, sintió que la suerte no era de la otra por recibir su inigualable afecto, sino de ella misma por haber tenido la fortuna de que esa camarera diminuta y de vuelta de todo hubiera pensado que era lo suficientemente extravagante como para concederle una cita. Y después dejarla entrar, cotillear en su mundo sin muebles, sin apenas decoración, sin mesita de noche siquiera, y permitir que se quedara allí a hacerle compañía, a amarla si lo deseaba, o no, porque no era estrictamente necesario que fuera *ese* amor, podía ser cualquier otro, pues con estar ya era suficiente. Para ambas.

Quizá ese era el quid de la cuestión para lograr un amor que no se agotara con el tiempo, pues era uno que los englobaba a todos.

Ella no veía en sí misma a su Teseo, a la heroína salvadora, pero su camarera sí y, con eso, de momento, bastaba. Ro no iba a entrar a su laberinto para matar al minotauro, ya se lo había dejado más que claro, y Paula empezaba a comprender por qué, pero, sin saberlo, con su fe y su ejemplo, le estaba dando armas y valor. Sobre todo valor. Al fin y al cabo, hay empresas que, por muy colosales que parezcan, necesitan más maña que fuerza.

Suspiró y se llevó las manos tras la cabeza, mirando el techo, lleno de flores de humedad. Necesitaba pintura, de eso no cabía duda. Pero Ro, seguramente, no le solía prestar atención a una casa que no pensaba habitar por mucho tiempo. Ya la conocía lo suficiente como para saber eso, como para entender que no le ponía interés a lo que no iba a durar. Cogió el teléfono e hizo una foto al techo. Puede que Ro no se esforzara en las cosas pasajeras, pero quizá, si conseguían hacerlas hermosas, entre las dos, se le quitarían las ganas de marcharse.

PAULA
(Foto)
Necesita una manita de pintura, camarera

RO

La manita la necesito yo
La tuya, en el culo, concretamente, escritora

PAULA

Tú siempre tan salida
¿Estás segura de que no eres mi alma gemela?

RO

¿Estás segura tú?

PAULA

Pues ahora tengo mis dudas

RO

Por algo se empieza
¿Cómo es que te has levantado con ganas de pintarme el piso?

PAULA

Es que parece un hospital robao, Ro
Así no vas a tener ganas de quedarte

RO

Ah, ¿es que quieres que me quede?

PAULA

Quiero pintar el piso
Y ya me dices tú si te apetece quedarte o no

RO

Ay, Paula…

PAULA

¿Qué?

RO

Que a ratos te quiero

PAULA

Y yo a ti
¿Y sabes qué me pasa a veces?

RO

¿Qué te pasa?

PAULA

Que se me olvida dejar de quererte y ya te quiero todo el día

RO

Joder
Ahora quiero pintar la puta casa contigo
¿Qué me estás haciendo?

PAULA

Lo mismo que tú a mí
Pero no lo digas, que lo gafas

RO

Vale
Tengo que seguir trabajando, Pau
Luego hablamos
Ya sabes, a ratos

PAULA
A ratos
Un besito, bella, hasta luego

Levantó la cabeza de la almohada y se fijó en su entorno. ¿Qué color le quedaría bien a su vida?

***

Lo que había empezado como una broma se materializó la tarde del sábado. Paula sacó a Conan a mediodía con el beneplácito de su humana y después fue a recogerla al trabajo. Ro estaba terminando de limpiar la barra y fregar los últimos cacharros cuando Lola se le acercó.

—Niña, sabes que la semana que viene es la última semana de baja de Raúl, ¿no?

—Sí, Lola, estoy intentando no llorar. —Puso un puchero y se secó las manos en un trapo.

—¿Y eso por qué?

—Porque me encanta el trabajo, me encanta el horario y me encantas tú.

—Ay, Ro, que me muero de pena, no me digas eso.

—Es la verdad, pero bueno, si el chaval decide dejarlo, tú dime ven que yo lo dejo todo.

—De momento, puedes quedarte otro mesecito, que me ha llamado Raúl hace un rato para decirme que si podía juntar la baja con las vacaciones, así que, si tú quieres, no lloramos ninguna de las dos.

—¡¿En serio?! —La cogió por los hombros y la miró como si fuera un ángel.

—En serio, a mí también me encantas tú, y todavía te quedan muchos libros de Paulita que leerte. Lo siento si tenías planes para…

—¡No, no, quiero decir que sí, que sí que quiero! ¡Joder! —Le dio un abrazo de oso y ciento ochenta y cinco besos.

—¡Vale, vale, lo pillo! —Reía la mujer, encantada de la vida—. Venga, que ya han venido a por ti, nos vemos el martes entonces.

—Buenas tard… —A Paula no le dio tiempo a terminar el saludo, pues una morena minúscula se le tiró encima y tuvo que utilizar toda

su envergadura para no comerse el suelo. La sostuvo con fuerza y le echó una mirada de desconcierto a Lola—. Pero bueno, ¿qué le pasa?

—¡Que me quedo otro mes trabajando aquí, Pau! —La escritora abrió mucho los ojos, le besó el pelo y desvió la mirada a Lola, que asentía con ternura por la estampa.

—¡Eso es genial, nena!

—Bueno, Lola, muchísimas gracias por todo, nosotras nos vamos, que quiero pintar en casa y tenemos que comprar aún la pintura y todo eso.

—¿Te ha engañado para que le pintes el piso? —le preguntó la mujer a Paula.

—No tengo ni idea de cómo me ha hecho el lío. Es una manipuladora, cuidado con ella, Lola.

—¡Pero serás falsa, si me lo dijiste tú!

—Chsss, ya está, venga, tranquila. —Con una mano empujó la cabeza de Ro contra su pecho para que se callara y con la otra le dio palmaditas en la espalda, negando hacia Lola—. Pobrecita, la emoción no la deja pensar con claridad.

—Sois un caso. ¡Que lo paséis bien!

—Lola, vamos a pintar un piso a cuarenta y cinco grados, tenía planes mejores para este fin de semana.

—¿Ah, sí? —Se interesó Ro.

—Sí. Pero bueno, es lo que hay. Nosotras nos vamos ya. Nos vemos la semana que viene.

Salieron a la calle cogidas de la mano. Ro iba dando saltitos de alegría. Otro mes en el que no tenía que preocuparse por buscar un trabajo, en el que podía dedicarse a disfrutar del verano y, bueno, se dice que, cuando llega el calor, las chicas se enamoran. Quién sabe.

—¿Qué habías pensado hacer este fin de semana?

—Pues la verdad es que no sé si te acuerdas, pero tengo una casa con piscina en las afueras y…

—¡A tomar por culo la pintura! Venga, vamos a hacer la maleta ahora mismo. —Tiró de ella hacia su piso, pero Paula se negó, risueña.

—No, primero vamos a por la pintura y, ya una vez la tengamos en tu casa, podemos ir pintando cuando queramos.

—Eres un rollo. —Se enfurruñó, cruzándose de brazos.

—Le he dicho a Manoli que íbamos a ir mañana —le explicó con voz cansina.

—Pues pasamos por el *burger* y nos llevamos la cena nosotras, Pau —hablaba como una niña pequeña, y ya sabemos que Paula no era una mujer que pudiera resistirse a los deseos de su chica.

—Joder, vale, pero antes vamos a ir a comprar la pintura.

—¡Y podemos invitar mañana a comer a las chicas! —propuso la morena, sonriendo con ganas—. ¡Y así celebramos!

—Tú como si la mansión fuera tuya, ¿eh? No te cortes.

—Hala, tienes razón, perdona —se avergonzó—. Yo aquí organizando cosas en tu casa…

—Que es broma, tonta, hay que celebrar tu renovación de contrato. Pero una cosa que estoy yo pensando… Cuando dices que invitemos a las chicas, ¿te refieres a las tuyas o a las mías?

—¡A ambas! —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Estás segura de que quieres juntar en el mismo lugar a Elvira y a Laura?

—Hostias, pues no lo había pensado… Eso sí que va a ser amor a primera vista.

—Miedo me dan juntas. Ro, piénsalo bien. Esas dos unidas contra nosotras… —Fingió un escalofrío—. Dale una vuelta.

—A mí no me importa, es de ti de quien se ríen porque no estás bien de lo tuyo.

—Perdona que te diga, pero ya no soy esa Paula que daba vergüenza ajena.

—Sí lo eres, pero solo a ratitos. —La miró desde abajo con ternura.

—¿Coinciden esos ratitos con los ratos en los que me quieres?

—No siempre. Resulta que voy queriendo todas las versiones tuyas que hay en ti. —Se encogió de hombros, como si no tuviera importancia, pero Paula sintió tembloroso el corazón.

Siempre hacía lo mismo. Ro le decía cosas trascendentes como si estuviera hablando de las propiedades del pan de centeno, como si, de esa forma, no se pusiera a sí misma en las manos de la escritora. Ro la iba queriendo tan de a poquitos, iba dando pinceladas tan breves y luminosas en el lienzo de sus sentimientos que se negaba a dar un paso atrás para ver con perspectiva cómo iba quedando el cuadro en el que salían las siluetas de ambas. Podía asumir, pero a sorbitos, con cuidado de no atragantarse, y Paula siempre le daba esa tregua silenciosa de no poner en relieve lo mucho que le decía, a pesar de que ella sí que tenía una panorámica hermosa de todo lo que estaban pintando.

Ella era así, de visión periférica, de ubicarse siempre en el lugar en el que se encontraba, de echar una mirada en torno a su cuerpo para apreciar los matices y ver el bosque, y no solo los árboles, de todo lo que la rodeaba.

A veces soñaba con el día en el que Ro decidiera ponerse a su lado,

a la distancia adecuada para poder verse desde fuera. Soñaba con que le gustara lo que viera ahí, que se gustara a sí misma y que le gustara su tonta escritora, pero, sobre todo, que le gustara la imagen que proyectaban las dos juntas. Era un sueño, pero a veces este se vestía de realidad con cada comentario ligero, pero tremendamente determinante, que Ro dejaba escapar como si nada.

***

Después de comprar la pintura y coger algo de ropa, ambas se metieron en el coche de Paula, aseguraron a Conan en el asiento trasero y emprendieron el camino hacia la mansión. Aún era temprano, y habían terminado por comprar más cantidad de comida e invitar a Manoli a cenar para compensarle el cambio de planes de última hora.

En cuanto salieron de la ciudad, como solía suceder cada vez que iban a la mansión, el aire del coche mutó. Se volvió espeso, como si estuviera lleno de polen, de partículas invisibles pero respirables, de polvo con olor a domingo y pipas en el parque. Parecía que volaba el automóvil, teledirigido, por la carretera secundaria que llevaba hasta la finca, y una, viéndolo, pensaría que la casa tiraba sin remedio de su habitante última, la genuina, de vuelta al hogar al que pertenecía, y con ella el coche que la transportaba, el perro despistado que observaba los árboles por la ventanilla y la chica que canturreaba las canciones que salían en la radio.

Se detuvo el automóvil en la explanada y Ro podría jurar que lo escuchó suspirar, como quien regresa a casa después de mil naufragios. Caminaron por la gravilla hasta las escaleras de la entrada, cargando bolsas y dejando a Conan dar una vuelta por los dominios. Cuando alcanzaron el último escalón, la puerta se abrió dando paso al ama de llaves, quien las miró con los ojos como platos y una cierta inquietud.

—¡Buenas tardes, Manoli! ¡Sorpresa! —saludó Paula, añadiendo un beso por mejilla.

—Buenas… buenas tardes, Paula, Rocío… ¿Qué hacéis aquí? ¿No veníais mañana con las demás?

—Hemos decidido darnos un chapuzón antes de dormir y amanecer ya aquí.

—Pero…

—Perdona, Manoli, he sido yo, que he insistido —dijo Ro, un poco tímida—. Espero que no haya ningún problema.

—Pues claro que no, ¿qué problema va a haber? Yo encantada de tener compañía. Bueno… ¿entramos? —preguntó el ama de llaves, ligeramente nerviosa.

—Sí, claro, vamos a dejar las cosas en el frigorífico y ponernos el bikini.

—Tengo que… tengo que informarte de una cosa, niña. No estoy sola en la casa.

—Pero… ¡Pero bueno, Manoli! ¿Te has echado un churri?

—¡¿Qué?! ¡No! Está tu madre, y Manuel, por supuesto, con unos amigos. Yo les dije que vendríais mañana, pero claro, al aparecer aquí de repente…

—Mierda. —Paula miró a Ro, quien se encogió de hombros—. ¿Nos vamos?

—Deberíamos, al menos, saludar, ¿no?

—Manoli, ¿pero qué…? —Rosana apareció en la puerta con una enorme pamela, un pareo y un vaso de Martini en la mano—. ¡Pero hija! ¿Qué haces aquí? ¿No venías mañana?

—Hola, mami. —Le dio dos besos y se ruborizó—. Íbamos a venir mañana, pero al final hemos decidido pasarnos antes para traer cosas y preparar, ya sabes.

—Y disfrutar de la piscina, pues claro que sí, cariño. ¿Quién es esta chica? No la conozco —preguntó mirando a Ro. Lo hizo como un puro formalismo: la manera en la que esa muchachita miraba a su hija ya le había dado toda la información que necesitaba saber.

—Mamá, esta es Ro. Ella es mi…

—Soy su…

Las cuatro mujeres se miraron entre ellas en silencio durante cinco segundos que duraron cinco años. Se podía escuchar el aleteo de las luciérnagas agazapadas y el mugido de una vaca que pastaba dos kilómetros más allá. Ro tragó saliva, se inclinó a darle dos besos a la madre de Paula y carraspeó antes de hablar.

—Soy su camarera —dijo apresuradamente. La escritora rio por lo bajo, mordiéndose los labios.

—¿Su camarera? —Rosana levantó una ceja.

—Y… y su novia, encantada. —La sonrisa de Paula desapareció de golpe.

—Ah, sí, la famosa Ro. Yo soy Rosana, y la que está encantada de conocerte soy yo, querida. Paula no deja de hablar de ti.

—¡Mamá! —se quejó la susodicha, abochornada.

—No he dicho ninguna mentira, hija. Pasad, estábamos tomando un aperitivo antes de cenar.

—No sé si vamos a quedarnos. Pensábamos que no había nadie.

—¿Qué tontería es esa? ¡Ni que no pudiéramos convivir una noche en una mansión con doce habitaciones! ¿Verdad que sí, Ro? —Rosana le pasó un brazo por los hombros y tiró de ella hacia el interior de la casa—. Así podemos conocer un poco a la novia de mi Paula. ¿Te gusta que te llame Ro o prefieres Rocío?

La morena echó un vistazo a su espalda pidiendo ayuda a su chica, que miraba la interacción embobada, sin poder salir del bucle en el que su mente había entrado al escuchar la palabra «novia». Le chorreó la sonrisa por la barbilla y tuvo que recordarse que llevaba las bolsas del súper en las manos para no dejarlas caer de la impresión. Miró a Manoli cuando su madre y Ro se perdieron por el pasillo y amplió aún más la sonrisa.

—¿Lo has oído? —le preguntó, con toda la ilusión del planeta concentrada en su tono de voz—. Lo has oído, ¿verdad? Ha dicho novia, ¿a que sí? ¿A que ha dicho novia?

—Sí, Paula, lo he oído. Trae, anda, que te ayude. —Le quitó las bolsas y entró en la casa entre risas. Antes de introducirse en la cocina, se dirigió de nuevo a la escritora en voz alta—. ¡Será mejor que reacciones, te recuerdo que tu *novia* está a solas con tu madre!

—¡Mierda! —Agitó la cabeza, como si quisiera quitarse una bandada de pájaros de encima, y se apresuró a entrar.

Ayudó a Manoli a colocar las cosas, que su madre había dejado sobre la encimera sin siquiera pensar en meterlas en la nevera. Rosana iba a su propio ritmo, era despreocupada y, en ocasiones, indolente. Era capaz de dejarse una bolsa de hielos en el maletero dos días y luego sorprenderse de que el coche fuera goteando.

—Deja eso, anda, que lo vas a tirar todo por los suelos. —Manoli le quitó la bolsa de las manos antes de que hiciera un estropicio, y la empujó hacia la cristalera del jardín trasero, donde se encontraban el porche y la piscina.

—Joder, joder, joder, Manoli, joder, joder, pfff… —Se colocó el pelo, se lo alborotó, se abrochó un botón de la camisa, se lo desabrochó, buscó sus gafas de sol en todas partes antes de darse cuenta de que las llevaba en la mano y bufó como si el aire estuviera impregnado de agua.

—Paula, relájate. —Manoli la tomó por los brazos para que dejara de dar vueltas por la cocina—. Solo son tu madre y tu novia.

—Ya, pero… Yo… yo nunca le he presentado a una chica a mi madre, ni siquiera las he traído aquí, y ahora, de repente, Ro es mi novia, desde hace un minuto, lo acabas de oír. —Señaló hacia la

puerta que daba a la entrada de la casa, refiriéndose a la conversación de hacía un momento—. Porque lo has oído, ¿verdad?

—Sí, Paula, lo he oído.

—De repente tengo novia y vamos a compartir una cena con mi madre y su marido. ¡Una cena con mi madre y su marido en la mansión!

—Paula…

—Y yo vengo con una camisa hawaiana, me cago en la puta. No pasa nada, tengo un traje arriba, en mi hab…

—¡Paula! —La agitó por los hombros para que le prestara atención —. Me encanta esta camisa, te hace más joven. ¿Cómo vas a ponerte un traje para una tarde de piscina?

—¿Te gusta? Me la regaló Ro. Siempre me dice que visto como una funcionaria.

—Tu estilo es elegante y sofisticado, pero es verdad que este toque desenfadado te queda genial. Te sienta muy bien a la cara.

—Es Ro —murmuró entre dientes, obnubilada.

—¿Qué?

—Que es Ro quien me sienta bien.

—Pues tómate un vaso de agua y sal a rescatarla, que sabes que tu madre es muy intensa en general, así que no quiero imaginarme cómo será con la primera novia tuya que conoce.

—Es mi novia. Lo ha dicho ella. Ella ha dicho que es mi novia. ¿Lo has escuchado?

—¡Paula! —Manoli soltó una carcajada, le dio la vuelta y la puso de cara a la cristalera que daba al exterior—. Ve con tu novia, seguro que necesita un poco de apoyo.

—Mi vida le doy, ¿me oyes? Lo que me pida. —Asintió muy convencida, dándose ánimos a sí misma, saltando en el sitio y estirando el cuello de un lado al otro como si estuviera a punto de comenzar una pelea de boxeo.

—Pues venga, ahora te saco algo de beber. —La empujó por la espalda y Paula caminó hacia la salida con los brazos extendidos.

—Dos cervezas, por favor. A mi novia le gusta mucho la cerveza.

Manoli la vio salir con una sonrisa en los labios. Suspiró. Seguro que su nana se hubiera reído mucho de ella al verla tan felizmente inquieta.

Paula, por su lado, caminó con parsimonia hacia la mesa de forja donde estaba parte de la comitiva. Ro, su Ro, con su madre y su pamela, la amiga de esta y los hombres un poco más allá, dándose un baño en la piscina. Se serenó como pudo, calmó su respiración y dio

los tres pasos que le faltaban para llamar la atención de las mujeres.

—Buenas tardes, Carmina. —Le dio dos besos y se sentó junto a su camarera, que en cuanto la tuvo al lado le cogió una mano con la misma ansia con la que un náufrago se agarra a una tabla de madera en mitad del mar.

—Le estaba contando a Ro la historia del cristal del invernadero —le informó Rosana, que parecía la muñeca diabólica con esa sonrisa demasiado encantadora. Ella también estaba nerviosa.

—Poco has tardado en empezar con los trapos sucios —se quejó en broma, apretando la mano de su chica, que se mordía los labios entre tensa y curiosa.

—Para el postre pretendo sacar los viejos álbumes de fotos.

—No… —lloriqueó la escritora, escondiéndose en el cuello de Ro. Su madre las miró con ternura.

—No me hagas pucheros, Paula. Llevo toda la vida esperando que me presentes a una chica para poder hacer estas cosas. Déjame disfrutar.

—Yo encantada, la verdad —comentó Ro, más relajada tras la aparición de Paula en escena.

—¿Ves? Aprende de tu novia. Me caes muy bien, querida.

—Gra… gracias.

—Tengo mucho que aprender de mi novia, sí —le susurró Paula a Ro en el oído, aprovechando que las dos mujeres estaban entretenidas con lo que ocurría en la piscina.

—¿Qué querías que le dijera? —imitó su volumen de voz, sin mover apenas los labios y sonriendo histriónicamente cuando Rosana las miró de nuevo—. Soy la Ariadna de su hija, señora. Ah, ¿que no sabe a qué me refiero? No se preocupe, siéntese, que yo le cuento la historia.

—Sí, quizá era demasiado largo. —Rio por la nariz.

—Pues eso. —Gruñó, pero, al instante, suavizó su gesto y su tono —. Además, yo… Bueno, lo somos, ¿no?

—Para mí eres mi novia desde que puse los ojos sobre ti, solo estaba esperando que tú estuvieras a mi nivel.

—Paula, no se puede estar a tu nivel, ni aunque te murieras y yo viviera cincuenta años más. Es imposible alcanzarte, desequilibrada del demonio.

—Pero si me acabas de alcanzar, Ro. —Elevó una ceja, desarmando a su chica en un momento.

—Está bien, vale, hay cosas en las que te puedo alcanzar. Ahora resulta que…

—Bueno, chicas, contadme, ¿qué pensáis hacer mañana? —interrumpió Rosana, devolviendo la atención que le había quitado su marido a ese par que tenía delante.

—Pues hemos invitado a las chicas a hacer una barbacoa, para celebrar.

—¿Qué vais a celebrar? No será que… —Las señaló a ambas con un dedo, alternado de una a la otra con los ojos como platos y una mano en la boca.

—No, mamá, joder, nos acabamos de conocer.

—No me hables como si estuviera diciendo una locura, Paula, que una vez me dijiste que estabas dispuesta a casarte después de dos semanas de romance.

—¿Ah, sí? —preguntó Ro con los ojos entornados clavados en su escritora.

—Fue el impulso del momento y era joven. Ni siquiera compré un anillo.

—Estuviste mirando modelos. —Rosana se observó las uñas con falsa indiferencia, disfrutando de las caras que ponía Ro.

—He madurado, madre. Ahora tengo claro que quien tiene que pedírmelo es ella.

—Pues puedes estar muy tranquila, Pau, relájate y disfruta de la experiencia porque eso no va a suceder próximamente, te lo garantizo. —El comentario de Ro hizo reír a las tres mujeres y a Manoli, que acababa de llegar con sus cervezas y más aperitivos.

Comenzó una disputa alegre por dejar a Paula y sus locuras en mal lugar, pero a ella no le importó. Asistió al intercambio entre su madre y Ro, en el que Carmina participaba para hacer comentarios jocosos y defender, de vez en cuando, a la escritora. Las vio interactuar con cierta timidez al principio y con más soltura a medida que tomaban confianza.

Se fijó en los ojos de su madre al mirar a Ro, en cómo lucía amable, pero, en secreto, la escrutaba y examinaba con precisión quirúrgica. Le hacía preguntas tontas sin ningún peligro aparente, atendiendo más a su forma de expresarse, a las caricias subrepticias con las que buscaba el contacto de Paula, que a lo que realmente decía. Un examen amigable pero implacable. Estaba ilusionada por conocer, por fin, a la novia de su hija, pero eso no significaba que fuera a quitarle los ojos de encima a esa desconocida.

Pareció satisfecha con lo visto y oído, pues pronto dejó el interrogatorio superfluo para charlar sobre cualquier tema banal. Ro suspiró de alivio y Paula le dio un apretón en la rodilla para que la

sintiera presente. Se miraron ambas, sabedoras de que la prueba inicial había sido superada. Se echaron a reír.

Rosana, ladeando la cabeza igual que hacía su hija cuando contemplaba algo con interés, las observó. Ya sin la tensión que provoca sentirse examinada, pudo apreciar cómo se miraban, cómo se calmaban los nervios la una a la otra con roces de manos y palabras susurradas, cómo oscilaban sus cuerpos como la marea, buscando siempre el toque de la otra, igual que dos cometas perdidos que se estrellan en el cielo, arrastrados el uno hacia el otro por su gravedad.

Nunca imaginó cómo sería su hija en pareja, más preocupada por cómo sería la pareja en cuestión, pero allí, al tenerlas delante, llegó a la conclusión de que esa Paula sonriente, feliz de la vida y satisfecha, era una Paula a la que no conocía, pero que se moría por conocer.

Asintió hacia nadie, hacia sí misma, quién sabe. Daba su aprobación. A las dos.

26

La cena había ido todo lo bien que podía ir, teniendo en cuenta que Ro seguía de los nervios y Paula aún era incapaz de salir del *shock* de haberse convertido, en un minuto, en la novia consorte de Rocío, deshilvanadora de madejas, receptora de sobres de azúcar y reina indiscutible de su corazón. Así, pum, de repente, sin una conversación previa, solo con esas pistas que la camarera iba soltando de vez en cuando como miguitas de pan, con sus *te quiero a ratos*, con sus *vente aunque sea a dormir*, con sus escapadas diarias de cinco minutos al piso de la escritora solo para darle un par de besos y volver corriendo a casa.

Afortunadamente, Conan se había llevado parte de la atención de los mayores, pues Ro le había enseñado algunos trucos y no hacían otra cosa que jugar con él y cebarlo a comida por debajo de la mesa.

Se habían acomodado en los sofás de exterior del porche después de la cena con sendas copas y cafés. Manoli se les había unido, mientras que Manu, Carmina y su marido habían decidido bajar la comilona dando un paseo por los alrededores.

—Mira, mira qué culito. —Señalaba Rosana en una foto en la que Paula aparecía desnuda de espaldas en una playa, con un gorro de pescadora, una pala en una mano y la otra apuntando a un barco lejano.

—Mamá… —suplicó la escritora, tapándose la cara y negando con la cabeza.

—No te pongas así, que aún no hemos llegado a la adolescencia. Ahí sí que hay buen material, Ro.

—¡No, ni de coña, mamá, ni de puta coña!

—Hija, ¿tú crees en la democracia?

—Por supuesto —contestó muy segura.

—Está bien, votemos.

—¡No!

—La democracia, mi vida. Haber elegido muerte. ¿Votos a favor?

Ro, Manoli y la propia Rosana levantaron rápidamente sus manos, riendo por lo bajo por la cara de indignación de Paula.

—¿Tú también? —le reprochó a Ro—. Pensaba que éramos un

equipo.

—Y lo somos, cariño, pero habríamos caído en un empate. Lo he hecho por el bien de la dinámica del juego. —Le acarició la nuca y se mordió el labio. Le apetecía darle un beso, pero con su madre delante no se atrevía.

—Ya, ya.

—Tiene mucha labia esta chica, Paula —comentó Manoli, que se moría de la risa—. Te va a quitar el puesto de embaucadora.

—Solo quiere haceros la pelota, que no os engañe con esa carita de buena. Es terrible.

—¿Ah, sí? —preguntó Rosana, pasando páginas del álbum.

—Cuando coja confianza y deje de parecer una monjita de la caridad, me lo cuentas.

—Me estás pintando fatal, Pau. —Se ruborizó Ro y le dio un golpe en el brazo.

—Querida, yo ya te asumo con carácter, porque para aguantar a esta… —Señaló a su hija con un golpe de barbilla.

—¡Y Ro vuelve a meterse en el partido! —exclamó la morena, levantando los brazos para festejar.

No tardaron en irse a la cama, arguyendo que tenían que estar frescas para el día siguiente. Se despidieron de todos los presentes y se encaminaron al piso alto, donde estaban las habitaciones.

—Te iba a preguntar si te lo has pasado bien, pero te he visto muy cómoda conspirando con mi madre contra mí.

—Tenía que dar buena impresión, a pesar de lo mucho que te has esforzado en dejarme mal.

—Es que estabas confraternizando demasiado.

—¿Y eso no te gusta? —le preguntó mientras se ponía el pijama.

—Me encanta, pero no quiero venirme arriba y acostumbrarme demasiado pronto a esta idílica estampa familiar.

—Bueno, es normal que estas cosas pasen, ya sabes, cuando tienes novia. —Ro habló en voz muy baja, acariciando con los dedos la tapa de madera de la caja de música.

—Novia. Es que…

—¿Qué? —Se giró hacia ella y vio que se aproximaba lentamente a su cuerpo.

—Que nunca he tenido una novia. Bueno, una novia de verdad, con quien tenga una relación de confianza y con la que me sienta tan en sintonía que me apetezca presentársela a mi gente.

—¿Y qué tal la sensación? —Sonrió con ligereza, pero Paula, que ya la empezaba a conocer, notó la inquietud en el temblor de sus

pupilas. La abrazó por la cintura y le besó la frente antes de contestar.

—Increíble. Estoy deseando estar a solas para ponerme a gritar y saltar.

—Puedes hacerlo ahora.

Paula la miró con los ojos entornados, aceptó el reto y se separó de ella un par de pasos. Se puso a canturrear una canción inventada que repetía la palabra «novia» una y otra vez mientras agitaba los hombros arriba y abajo y hacía unos movimientos muy ridículos con los brazos. Meneaba las caderas como una serpiente epiléptica y a Ro le dio por reír.

—Ro es mi novia, novia, novia, nooovia.

—Te quiero.

—Mi nooovia esss… —Se detuvo en mitad de la habitación con los brazos en alto, los dejó caer y sonrió en grande—. ¿Qué?

—No me hagas repetirlo.

—Dímelo al oído, así muy bajito, que yo no se lo cuento a nadie. —Se acercó a ella con la cabeza girada, dejando la oreja a la altura de su boca.

—Que… que te quiero —susurró, nerviosa, Ro.

—¿Sin ratitos ni nada?

—Es que ahora mismo estamos en uno de esos ratitos. —Se abrazó a su cuello y escondió la cara allí, muerta de vergüenza.

—El ratito más largo del mundo —ronroneó Paula, levantándola del suelo para subirla a su cadera.

—Pues sí. —Sonrió, con los brazos sobre sus hombros, pero se puso seria de repente—. Ahora, una cosa te voy a decir. —Ro la miró y la señaló con un dedo enhiesto que parecía una bayoneta—. Jamás he tenido novia y mucho menos he comido con algo parecido a unos suegros, yo solo como con los padres de Sara, que prácticamente me han criado, así que, Paula, mírame a los ojos. —Le tomó la cara con las manos y le atravesó el cráneo de parte a parte con su mirada. La escritora ni parpadeaba; le encantaba cuando Ro entraba en brote—. A mí no me vengas a joder y enamorarte de una por ahí con esas mierdas tuyas del flechazo rancio, porque te juro que te…

Paula la calló con un beso feo, uno de esos besos que no encajan porque se está sonriendo, en los que chocan los dientes por las prisas y la alegría del momento, y que consigue convertir el beso más horrible del mundo en uno de los más bonitos dados jamás. La escritora separó la cara de la suya sin dejar de sonreír y le dio un toque de nariz con nariz.

—Un poco de confianza, coño.

—Paula, que nos conocemos, que yo nunca he tenido novia y este es un paso muy importante para mí.

—Pero Ro, si estoy empeñada en pintarte la casa y ponértela preciosa para que no te quieras ir. Eres una chica lista, ata cabos.

—Encima no te cachondees, Pau. —Le mordió un moflete y luego lo besó para paliar el dolor.

—No tengas miedo. No voy a prometer que te amaré por siempre con estas idealizaciones mías del romanticismo cliché que tan poco te gustan, pero no sé, tengo la sensación de que te querré durante mucho tiempo.

—Vaya, y yo que pensaba que cuando tuviéramos esta conversación hincarías la rodilla en el suelo para pedirme matrimonio…

—Es que ahora me doy cuenta realmente de todo lo que implica el amor, ¿sabes?

—¿Y ahora ya no te gusta el concepto, o qué?

—Sí, claro que sí, es solo que siempre me lo he tomado como algo festivo y ruidoso, pero es una cosa seria, Ro. Estoy poniendo muchos huevos en tu cesta, y tú en la mía, y me acojona que se caigan al suelo. Prefiero ir por un camino llano antes de ponerme a escalar esa montaña tan pronto.

—Hay que comprar plástico de burbujas para esos huevos antes de subir.

—Claro. Luego ya sí, luego puedes pedirme que me case contigo y yo te diré que sí, que quiero.

—No pienso pedírtelo yo, Pau. Vale que hayas madurado y que vayas confiando en un amor más terrenal, pero joder, también me gusta la loca del hacha. Me gusta mucho.

—Estás perdida, Ro.

—Lo sé.

Paula se tiró sobre la cama, intentando no hacer daño a su camarera, distrayéndola con besos por el cuello y manos largas.

—Paula, yo sé que quieres ponerle un lazo a este día con un polvazo, pero está tu madre abajo.

—Intentaré hacértelo regular para que no grites mucho —dijo entre lametones y mordiscos.

—Tú… ahhh… tú nunca me lo haces regular…

—Si pretendes que pare, no lo estás haciendo bien. —Le levantó la camiseta y metió dentro la cabeza para besarle el abdomen y subir, subir, subir.

—Es que… es que tienes razón, estas cosas hay que… joder… hay

que sellarlas.

—Veo que ya te he convencido. —Golpeó su pezón con la lengua, una sola vez, y los brazos de Ro la empujaron hacia su pecho para que terminara de una vez lo que había empezado.

***

Después de desayunar, los invitados subieron a sus habitaciones para recoger sus pertenencias e ir preparándose para volver a la ciudad. Ro le abrió la puerta a Conan y se dispuso a dar un paseo con él por la finca y despejar un poco la cabeza de la situación tan surrealista que había vivido la noche anterior. Sin embargo, apenas le duró el paseo solitario, pues en cuanto Rosana la vio alejarse, se aproximó a ella en una breve carrera.

—¿Te puedo acompañar?

—Sí, claro. Quería estirar las piernas y que Conan corriera un poco. En la ciudad no me gusta soltarlo.

—Es un perro encantador. Fíjate, teniendo esta parcela, cuando Paula era pequeña, y nunca nos dio por tener uno.

—Son lo mejor. Llegas a casa y hay alguien que siempre se pone contento de verte.

—Supongo que habrás visto el tapiz en la habitación de Paula. Aunque claro, como para no verlo, con lo grande que es. —Rieron las dos—. Ella lo trataba como si fuera un perro. Hablaba con él y lo saludaba cuando veníamos a pasar el fin de semana con los abuelos.

—Ella y sus cosas. —Sonrió con una nostalgia que no era tal, como si pudiera imaginarse perfectamente a esa Paula en miniatura abrazando el tapiz en el que aparecía el animal mitológico, feliz por el reencuentro.

—Es idéntica a su abuela. Cuando Paula era pequeña, me ponía muy celosa de su relación, pero con los años me pareció bonita esa manera de entenderse que tenían. No necesitaban ni hablar.

—Me hubiera gustado conocerla —suspiró Ro, que de tanto hablar de esa mujer se lamentaba de no haber llegado un poco antes a la vida de su chica.

—Era una persona muy especial. Incluso después de separarme de su hijo, siguió invitándome a la mansión a comer con ellos de vez en cuando. Vinieron a mi boda y nos abrió las puertas de su casa para conocer a mi marido. Para ella la familia la conformaba cualquiera a quien quisieran los suyos, y eso es algo que se nos ha quedado a todos grabado a fuego.

—Yo no sé mucho sobre cómo funcionan las familias.

—Lo sé, Paula me contó. —A Ro le encantó que Rosana no le diera mayor relevancia al asunto. Le gustaba esa mujer.

—Pero entiendo el punto. Apenas he venido aquí un par de veces y Conan ya tiene una cama para él, juguetes y cuencos para la comida.

—Es una familia de locos, pero así somos. Yo ya no formo parte de la familia como tal, pero no he dejado de formar parte de ella. De eso se encargó Andrea. Menuda era.

—Cabezota como su nieta, imagino.

—Exacto. Ahora ha recogido el testigo mi hija, así que, si permaneces por aquí un tiempo, ya no podrás escapar de las garras de la *famiglia*. —Puso los ojos en blanco, en una queja ficticia—. Te lo digo por experiencia, no te rías, que parecen de la mafia italiana. Y cuando conozcas a su padre…

—¿También es un intenso?

—De la casta le viene al galgo, qué te puedo decir. Como vea que quieres a su niña, serás una más. Creo que por ese motivo Paula, a pesar de sus excentricidades, nunca nos había presentado a ninguna chica.

—¿Tenéis buena relación? Tu exmarido y tú, quiero decir.

—Muy buena. Hablamos a menudo y quedamos de vez en cuando a comer los cuatro juntos.

Caminaron sin prisa por los terrenos, charlando sobre naderías y toderíos disfrazados de conversación insustancial. Paula, con un café caliente, de pie en el porche, las observaba deambular con una sonrisa satisfecha. Muchas veces se había imaginado cómo sería introducir a una chica en su ambiente familiar, tan estrafalario a veces, tan vehemente, pero jamás pensó que esa chica fuera a ser Ro. Sin embargo, ahí estaba, soltando su risa ruidosa cien metros más allá con alguna de las tonterías de su madre.

Se le inflamó el pecho de orgullo por esa camarera que andaba de puntillas por la vida de los demás, pero que había entrado como una apisonadora en la suya, para su gran suerte. Se preguntó por qué habría decidido no ser efímera para ella, por qué motivo, en lugar de huir, tal y como seguramente le había dictado su carácter cuando la conoció, había decidido quedarse con ella a ver qué pasaba en la siguiente temporada.

Es el amor, querida.

Una mezcla de voces en su mente: su nana, su padre, su madre, Ro, el minotauro y ella misma. «Menudo coro góspel», pensó, dejando salir una risita nasal. Al final iba a resultar que sí, que era cierto que había

más de un camino correcto para llegar a la meta del amor. Esas voces se lo habían confirmado, pues ninguna de ellas tenía una historia igual a las demás.

Afinó el oído, prestándole atención a ese rumor interno que no cesa, a ese ruido al que una se acostumbra y que la mente obvia. Escuchó, sin ningún género de dudas, cómo se fraguaba allí dentro una estructura colosal: el sonido del yunque y el martillo sobre el metal, el roce afilado de las vigas entre sí, el fragor ensordecedor que hace una torre de acero levantándose desde los cimientos, sólida como un monolito que, no obstante, está hecho de mil piezas.

Pudo notar cómo se construía de la nada el amor robusto al que había intentado llegar por la vía rápida, por las autopistas inciertas del azar y la casualidad, del destino, quizá. La forma contundente en la que se erigía con altanería, aspirando alcanzar el cielo, imparable y majestuoso, ensamblado con soldaduras poco estéticas, pero prácticas.

De lejos, una podía verlo como un monumento sin tacha, tal y como lo había soñado alguna vez, pero era una obra de pura ingeniería. Si te acercabas, podías apreciar las cicatrices, las señales del trabajo manual, el esfuerzo humano reflejado en cada muesca, en cada restregón imborrable que hace el metal que acaricia otro metal.

Paula, viéndolo erguirse de esa manera tan incontestable, asentado sobre unos cimientos que parecían llegar hasta el centro mismo de la Tierra, sintió cierta paz. No iba a ser fácil derribar un amor así.

—Quita esa cara de demente y dale un beso a tu madre, que se va. —Rosana la sacó de su ensimismamiento con su potente voz.

—¿Ya? Aún es temprano.

—Y esta, Rocío, es la chica que quería irse pitando al ver que su madre estaba en la casa. En fin, ten mucha paciencia con ella, la vas a necesitar. —Le dio dos besos a Ro y un abrazo cálido. La morena se dejó hacer, poco acostumbrada a ese derroche de afecto.

—Lo sé. Veré qué puedo hacer. —Suspiró y apretó el abrazo, sin saber muy bien por qué.

—Nos vemos pronto, espero.

—Yo también lo espero, ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo. Ven aquí, primogénita.

La comitiva se marchó, dejando a la pareja en la puerta de entrada, saludando con la mano al coche que se marchaba. Se miraron de reojo y rompieron a reír.

Aprovecharon la escasa hora que les quedaba de soledad para darse los mil besos que no se habían dado en presencia de Rosana e ir preparando la barbacoa. Se pusieron los bikinis y se dieron un baño

escandaloso bajo la mirada de Manoli, que tomaba un vermú sentada en una de las sillas de mimbre. Ninguna de las dos se dio cuenta de la desaparición del ama de llaves, demasiado metidas en las anécdotas que una y otra contaban de sus experiencias en el mar.

—Estas dos siempre con los chochetes en remojo. De verdad, Manoli, son insoportables. —Laura atravesó el jardín seguida de Elisa. Llevaba un sombrero de *cowboy* y una faldita minúscula. En el trayecto se había quitado la camiseta, que dejó en una tumbona.

—¡No le hagas esas bromas a mi Manolita, que le creas un trauma, que ella es muy inocente! —la regañó Paula, tirándole agua desde la piscina.

—¡Oye, guapa, que no nací ayer, que soy más vieja que el hilo negro!

—Déjalas, Manoli, son como crías. —Eli se sirvió ella misma una cerveza de la nevera, rellenó el vaso del ama de llaves y se sentó junto a ella—. Tú cuéntame, ¿cómo llevas la lista de libros que te hice?

—Esta chica nunca desconecta del trabajo —negó Laura con disgusto, acercándose al borde de la piscina—. Os veo muy fresquitas por aquí.

—Os estábamos esperando. ¿Te metes? —preguntó Ro con cara de pilla.

—Apenas estáis afianzando vuestra relación, igual es un poco pronto para pensar en *ménage à trois*, golfas, que sois unas golfas.

—A ver si va a resultar que la que quiere eres tú. —Ro agitó las cejas arriba y abajo, despistando a la rubia mientras Paula, sigilosamente, salía de la piscina.

—¿Es que tu mujercita no te tiene cont…?

No le dio tiempo a terminar cuando, empujada por la escritora, cayó sin remedio al agua.

—¡Paula, te voy a matar! ¡Que la falda es nueva! —La aludida reía agarrándose la tripa.

—El cloro va muy bien para tratar las telas sintéticas —dijo Manoli, que observaba la escena con cariño. La puerta sonó y se levantó para abrir.

—Espera, Manoli, te acompaño, que esas deben de ser mis amigas.

Ro se secó a toda prisa y se enrolló la toalla al cuerpo. Volvió al jardín acompañada de Elvira, Clara y Sara. Parecían los ángeles de Charlie, cada una customizada con gafas y accesorios a cada cual más hortera. Ro se llevó las manos a la cara al verlas aparecer, pero bueno, esas eran sus amigas, Paula tendría que quererla con todo.

Presentó a las chicas y todas decidieron darse un chapuzón para ir

entablando conversaciones sobre el clima, el increíble sombrero de *cowboy* de Laura y el tipazo que Manoli se negaba a mostrar en bañador.

—Llevaba mucho tiempo esperando este encuentro —comentó Paula, mirando a Elvira y Laura, que no habían tardado en conectar.

—Todavía la tengo a prueba, pero en mi catálogo de amigas me faltaba una actriz, así que va por el buen camino. —Elvira hizo una mueca de aceptación.

—Que Paula tenga una amiga actriz es totalmente inesperado —intervino Clara—. No le pega.

—Es verdad, le pega más una amiga bibliotecaria o algo así —asintió Elvira.

—¡O forense!

—Sara, tía, ¿forense? —se metió Ro, muerta de risa.

—Sí, algo así serio, metafísico y un poco turbio.

—Veo, amiga, que estas personas ya te tienen calada. —Laura pasó un brazo por los hombros de Paula—. No voy a poder venderte bien, lo siento.

—Perdona que te diga, pero tiene este casoplón y piscina. Se vende sola esta persona —rebatió Elvira.

—Amigas por interés, justo lo que estaba buscando. Me voy a preparar las brasas antes de que me saquéis los colores con tanto halago. —Se acercó a la escalera y empezó a salir.

—¡Y encima, cocina! ¡Ro, no la dejes escapar! —vociferó Clara.

—Que os jodan. —Les sacó el dedo de en medio y se fue hacia la barbacoa.

—Voy a echarle una mano. —Ro salió también.

—Echarle una mano significa enrollarse en la despensa, os informo —dijo Sara, haciendo reír a las demás.

—¡Os he oído! —Les sacó también el dedo de en medio y se marchó de allí.

—Las que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, hay que joderse. —Negó Elvira con la cabeza—. Tenemos a la niña abducida.

—Y nosotras a la nuestra —suspiró Elisa.

—Bueno, pero eso en Paula es normal, ¿cuándo no lo está?

Las protagonistas de la conversación escucharon las carcajadas desde la caseta del jardín, donde se guardaban los aparejos de jardinería, herramientas y, por supuesto, el carbón. Tal y como habían adivinado sus amigas, Paula y Ro se estaban besando como si fueran a prohibirlo mañana mismo.

—De… deberíamos salir —murmuró Ro, con la respiración atragantada.

—Me pone muy cachonda que estemos ejerciendo de novias. —No detuvo sus besos por el cuello húmedo de la camarera, que le mojaba la mejilla con el pelo empapado de la piscina.

—¿Y cómo es eso de ejercer de novias? —Le dio un tirón en el pelo para separarla de ella y que dejara de calentar lo que no se podían comer.

—Ya sabes: cena con los suegros, juntar a las amigas, ser anfitrionas…

—La anfitriona eres tú, Pau.

—Lo mío es tuyo y viceversa, cuchi cuchi —dijo en un tono empalagoso que hizo reír a la morena.

—Eso es de casadas, acuérdate de los huevos en la cesta. No hay que correr.

—Hay que correrse, claro, tienes toda la razón. —Volvió a atacar su cuello, pero Ro la separó una vez más.

—Tienes la boca como el culo de un babuino, Paula, y yo miento fatal. Esta noche le aullamos a la luna.

—¿En la piscina?

—Donde. Quieras. —Moduló la voz como si fueran golpeteos de su lengua en el centro mismo del cuerpo de la escritora.

—Ay, mamá, he roto aguas —gimoteó, enfadada con su terrible destino de mujer que quiere y no puede.

—Venga, vamos, que seguro que están liándola.

Cuando salieron de nuevo al sol, se encontraron a sus cinco amigas en silencio, con los brazos apoyados en el borde de la piscina, en fila, mirando hacia ellas. En cuanto pusieron un pie en el césped, empezaron a silbar, a aplaudir y a decir groserías. Se pusieron rojas como tomates.

—¡Espero que os lavéis las manos antes de tocar las chuletas, guarras! —gritó Laura, jaleada por las demás.

—¡No… no encontrábamos el carbón! —se excusó Paula como pudo.

—¡Pero si vemos cómo te brilla la barbilla desde aquí, qué me estás contando! —se animó Sara.

—¡Han sido unos besitos, madurad de una vez! —Ro se abrazó a la cintura de Paula y tiró de ella hacia la barbacoa.

—A esta le huele la boca a coño, vamos, me apuesto una mano.

—¡Elvira! —se escandalizó Clara, llevándose las manos a la cara y riendo como una loca.

—¿Qué ha dicho? —Se giró Paula.

—Mejor que no te enteres —contestó Elisa como pudo, ahogada de risa.

Manoli, haciendo caso a los consejos de Paula, se había ido a comer y pasar la tarde con su hermana, más por darles un poco de intimidad con sus amigas que por lo que aquellas locas pudieran decir delante de ella. Conocía a Laura y Elisa desde hacía muchos años, estaba curada de espanto.

Se sentaron a comer y beber, disfrutando del día veraniego y de la compañía. No es que Ro tuviera muchas dudas sobre cómo podía ir un encuentro como ese desde que había conocido más en profundidad a las amigas de Paula, pero ver cómo interactuaban unas y otras le puso contento el corazón.

—Y, bueno, ¿vive alguien aquí de continuo? —preguntó Clara.

—Solamente Manoli. Antes vivía también mi abuela, pero murió en febrero, así que está casi siempre vacía.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada. Yo vengo siempre que puedo, y mis padres también. De hecho, mi madre y su marido estuvieron aquí anoche con unos amigos.

—Uf, Ro, bien esquivada esa bala. —Elvira estiró la mano y la morena se la chocó—. Por unas horas te has librado de conocer a la suegra.

—Bueno… Nosotras llegamos anoche.

—No. —Sara miró a su amiga con seriedad.

—Sí. —Ro apretó los labios y asintió.

—¿Hubo presentación oficial? —intervino Elvira, sustituyendo a una Sara estupefacta.

—Pues sí. ¿Qué íbamos a hacer, volvernos? Nada, me tocó cena con la suegra. —Las amigas de una y otra se pusieron las manos en la boca intentando contener la risa.

—Me tocó dice, como si hubieras estado incómoda, no te jode —se indignó Paula—. La tendríais que haber visto. «Señora, por favor, enséñeme más álbumes familiares, son encantadores» —la imitó con tono pijo, ganándose un golpe en el brazo de su parte.

—¡Pero serás mentirosa! ¡Yo no hablo así!

—Madre mía, Ro, una suegra —murmuraba Sara.

—Es muy maja, la verdad.

—Pues como su hija —se ufanó Paula.

—Ro con suegra, me mato —seguía Sara, erre que erre.

—¿Ya te ha recomendado alguna receta? —intervino Elisa, que

conocía bien a Rosana.

—Pues no. ¿Lo suele hacer?

—Muchísimo. A mí me escribe cada dos por tres para que pruebe cosas. Ahora está en el ciclo de comida sueca.

—No me dijo nada —se preocupó Ro, frunciendo la frente—. ¿Crees que es que no le he caído bien?

—Claro que sí, cariño, pero no os ha dado tiempo a profundizar —la calmó Paula con un beso en la mejilla.

—Cariño, la hija de la suegra de Ro la llama cariño, aquí, delante de todas —iba relatando Sara entre dientes, atónita.

—¿Y qué tal llevó tu madre lo de conocer por fin a una novia tuya? —curioseó Laura, disfrutando del momento.

—Pues muy bien, me la esperaba más exaltada, pero se comportó.

—Novia dice, y Ro no la corrige, madre mía, madre mía. —Sara recibió un cogotazo de la camarera, que reía, desconcertada por el brote de su amiga.

—Sí, Sara, sí, llevamos juntas casi cuatro meses, ¿sabes? No voy a hiperventilar por asumir que somos novias, no pasa nada.

—Ellas debían de ser las únicas que no sabían que eran novias, en fin —comentó Elvira con ironía.

—Tu primera novia, Ro. —A Sara le brillaban los ojos, emocionada.

—Lo sé. —Le temblaron los labios.

Sara se abrazó a ella y tuvo que hacer su máximo esfuerzo por no ponerse a llorar. Ro le daba palmaditas para calmarla, entendiendo su reacción. Muchos años y mucha soledad a cuestas. Sonrió con ternura y cerró los ojos al sentir la mano de Paula en su espalda, intentando reconfortarla. Sara sorbió mocos y se apartó de ella.

—Tienes una novia y una suegra, Ro —le dijo como queriendo que la morena fuera consciente de esas palabras.

—Cállate, que me cago por la pata abajo.

—Eh, a ver qué está pasando aquí. —Paula se metió entre ellas y las separó como si estuvieran peleando—. Sigo sin creerme que Ro no haya salido corriendo después de presentarse como mi novia, así que no vas a venir tú ahora a joderme el chiringuito, guapa.

—Dios me libre. —Levantó las manos en señal de inocencia y todas rieron.

—Vaya estampa idílica, amigas. —Elvira se encargó de rebajar la intensidad del ambiente—. Al final va a ser verdad eso de que los opuestos se atraen. Clara, ¿quieres salir conmigo?

—¡Oye! —se quejó Laura, reclamando su sitio.

—Es que tú y yo somos demasiado iguales, tía, no va a funcionar. Bueno, Clara, ¿qué me dices?

Entre bromas, juegos de cartas y baños en la piscina, la tarde transcurrió apacible y divertida. En un momento en el que Paula se quedó sola en la mesa con una copa en la mano, aspiró el aire cálido y lo soltó lentamente por la nariz, observando a ese grupo variopinto que hacía competiciones por ver quién aguantaba más tiempo debajo del agua. Se sintió afortunada.

Volvió la cabeza y echó un vistazo al laberinto lejano. Un nuevo suspiro y muchas ganas, y miedo, pero más ganas, luchando por ocupar el primer lugar en sus instintos. Unas manos rodeando su cuello desde atrás y un beso en el pelo. No necesitó girarse para saber quién era.

Cerró los ojos y sonrió, capturando ese momento y las sensaciones que le bullían dentro para dejarlas metidas en una cajita de su memoria. Echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos. Allí la vio, con la cara limpia, el pelo alborotado y la papada horrible que se ve siempre desde abajo, mirándola como si, en ese momento, estuvieran pensando justo en lo mismo. La vio más hermosa que nunca.

Las ganas, adelantando por la derecha.

27

—Paula, si no dejas de mirarme, no me puedo concentrar.

—Perdón.

Se ruborizó y volvió la vista al ordenador, donde escribía. Ro llevaba unos días instalada en su casa, ya que, después de pintar el piso de la camarera, el olor a aguarrás y productos químicos había resultado insoportable, por lo que Paula le ofreció alojo temporal en sus dominios. No pensó mucho la oferta, le salió de manera orgánica, y la verdad era que estaba encantada.

Paula seguía yendo todas las mañanas a desayunar al bar y, cuando Ro terminaba su jornada laboral, iba a su piso, se daba una ducha, sacaba a Conan a pasear y luego dedicaba la tarde a leer mientras la escritora trabajaba en su libro. La camarera se esforzaba en no molestarla, y procuraba no hacerse notar en las horas en las que la inspiración era mayor, que solían ser las del final de la tarde. A veces preparaba la cena mientras los dedos de Paula viajaban a una velocidad inclemente por el teclado, y otras era la escritora quien cerraba el ordenador de un golpe y proponía que se fueran a tomar algo por ahí para despejarse.

En resumen, estaban inmersas en una vida apacible, calmada y feliz. Sobre todo feliz. Ro, aventurera por naturaleza, no dejaba de sorprenderse ante el placer que le provocaba una existencia así. Nunca hubiera dicho que ella fuera a ser carne de rutina, pero lo cierto era que, en la relación que estaba construyendo con Paula, apenas lo parecía. Ninguna de las dos era de las que se adormecía en la cotidianidad, y no permitían que la desidia impregnara ni el acto más insustancial. Paula se bajaba de la estratosfera y Ro planeaba cuando estaban juntas, encontrando un equilibrio a media altura que hacía que ambas estuvieran fascinadas por la manera tan diferente en que podía verse el mundo desde allí.

Una escrutaba el suelo, los dibujos geométricos de los campos, los movimientos de hormiga de los coches por las carreteras, ya sin el impedimento de las nubes cruzadas en medio; la otra disfrutaba del aire racheado en la cara, del olor a limpio, del vértigo de no poder controlar nada por estar flotando entre el cielo y la tierra. Paula tiraba

de ella hacia arriba hasta en los actos más mundanos, como un paseo nocturno por el parque, en el que le hablaba de vida en otros planetas, de los misterios de las pirámides y de la calidad del agua en la Atlántida. Ella, por su lado, la cogía del pie cuando se elevaba demasiado y perdía la perspectiva terrestre, a pesar de que, en ocasiones, esta se le escapara igualmente entre los dedos.

No podía evitar que la escritora tendiera hacia las alturas, y cada vez que se alejaba de su alcance era cuando más la temía. Últimamente, tenía la sensación de que había una parte de ella que no le contaba, que no se esforzaba en hacerle comprender, que la hacía evadirse en su mundo nebuloso. Ro notaba que, de vez en cuando, una sombra oscura cruzaba su rostro, como acechada por un secreto que no compartía, del cual se rehacía al instante como si nada hubiera pasado, con una sonrisa de postal que no le llegaba a los ojos y una distracción hecha de fábulas y cuentos imposibles. Siempre le servía eso, a pesar de que Ro practicara con ella el noble arte de hacerse la tonta para darle el tiempo que necesitara para procesar lo que tuviera en la cabeza.

Paula funcionaba así. A veces le venía un pensamiento innegable, una idea de esas que se te plantan delante en toda su grandeza y que no hace falta desentrañar porque se muestra cristalina a los ojos. Sin embargo, la escritora necesitaba desmenuzarla, hacerla trozos muy pequeños para poder masticarla y, solo entonces, digerirla y compartirla. Precisaba de un *impasse* para asentar lo que le caía a plomo en la cabeza mientras su cerebro echaba humo sin parar.

Ro detestaba que hiciera eso. Le hubiera gustado que se abriera con ella, que comentara todo el proceso mental que la llevaba del punto A al B, y no que saltara de uno al otro sin hacerla partícipe del durante. Por lo general, Paula era una mujer comunicativa, que prefería una verdad afilada a una mentira piadosa. Era alguien que no tenía escondrijos ni velos opacos, pero había ciertos temas que le resultaban indigestos, y esos eran los que más miedo le daban a Ro.

Fue su turno de mirar de reojo a Paula. Fruncía el ceño y hacía gestos con la cara al escribir. A menudo la escuchaba hablar en voz baja y reír entre dientes, y le gustaba observarla sin que esta se diera cuenta. Tenía el semblante sereno y los ojos entornados, señal de que se encontraba en su pico de inspiración máxima. Se le olvidaba hasta respirar.

—Ro, si no dejas de mirarme, no me puedo concentrar. —Le devolvió con su media sonrisa marca de la casa, sin quitar los ojos de la pantalla.

—Estaba pensando en lo curioso de esta situación, ¿sabes? —Cerró el libro, con un dedo entre las hojas para no perder la página—. Estoy leyendo un libro tuyo mientras tú escribes uno que yo leeré en el futuro.

—Es verdad. —Paula se echó hacia atrás en el sofá, dejando a un lado el ordenador y estirando los brazos sobre su cabeza—. El pasado y el futuro aquí, coexistiendo. —La miró con la cabeza ladeada, y Ro vio en sus ojos que aún levitaba—. Imagina una historia en la que una chica está leyendo el libro de su autora favorita mientras ella la utiliza como musa. Está siendo parte de una historia que leerá más adelante, pero nunca lo sabrá.

—¿Me estás queriendo decir algo con esto? —Levantó una ceja y la comisura del labio.

—Imagina, además, que está escribiendo el libro delante de ella, en sus narices.

—¿Y qué pasa si, por ejemplo, la musa se entera? —Decidió entrar en su juego.

—Que ya nunca será el mismo libro, estará leído desde un lugar diferente, se le habrá roto esa parte de la imaginación en la que una fantasea con cómo será la protagonista, porque sabrá que trata sobre ella.

—Eso le quita parte de la gracia, ¿no?

—Y le da una nueva. No es habitual que la musa sepa que lo es, simplemente lee sobre alguien con quien se siente identificada. Eso le da un matiz diferente que, si no lo supiera, no se podría conseguir.

—Siempre se pierde y se gana algo —comprendió la camarera, dejándose infectar por su mundo de posibilidades improbables.

—También puede darse otra situación en la que nunca había reparado: la musa inventada que se convierte en realidad.

—No te sigo.

—Creo que siempre he escrito sobre alguien a quien no conocía y que no sabía si iba a conocer. Ahora, visto con perspectiva, me da la sensación de que siempre he escrito sobre ti.

—No sabías ni que existía, Pau. —Rio entre dientes, ruborizada, y recogió las piernas sobre el sillón en el que estaba sentada.

—Ya, pero te pensaba, y tenía la esperanza de cruzarme algún día contigo. Bueno, no contigo, sino con alguien que me recordara a mi chica ideal.

—Soy la antagonista de tu cuento de hadas, Pau, no inventes.

—Vale, de primeras no te parecías en nada a ella, pero, a medida que pasa el tiempo, veo que me siento tal y como lo soñé.

—¿De verdad?

—Pues claro. Puede que al principio solo nos acompañáramos, Ro, pero yo no me hago novia de cualquiera, porque no sé si te acuerdas, pero soy tu novia y tú eres la mía…

—Me acuerdo, gracias. Solo lo dices una media de veinte veces al día.

—¡¿Solo?! —Se exaltó—. Pocas me parecen para lo feliz que me hace.

—Ay, Pau…

—Lo que te decía es que, en un primer momento, no lo vi, pero a medida que te he ido conociendo he tenido que admitir que tenías razón: el amor no siempre te llega, a veces somos nosotras las que tenemos que caminar hacia él.

—¿Y dónde queda tu querida magia?

—¿La magia? Ro, la magia sucede todo el tiempo y cada vez más a menudo. Mira. —Se levantó del sofá de un salto apresurado, elevó a Ro en brazos y se sentó en su sitio, dejando a la camarera sobre ella—. ¿Lo notas?

Tomó una de sus pequeñas manos y la llevó a su pecho, y Ro pudo sentir, además del frenético bumbúm de su corazón, una llaga abierta a lo largo de su esternón, la humedad latente de un puñado de flores que no adivinó, una luz que resplandecía tenuemente a través de la tela de su camisa.

Abrió mucho los ojos, sorprendida y confusa. Se le aceleró la respiración y parpadeó muy deprisa, alargando la caricia. Miró a Paula, que sonreía, consciente de que ella también estaba percibiendo bajo los dedos aquello que no existía a la vista, pero que no por ello era menos cierto. Ante su silencio, Paula volvió a preguntar:

—¿Lo notas?

—Sí… creo que sí —dijo en un murmullo asombrado.

—Pues ahí lo tienes, camarerita. —Besó su sien y le olió el pelo—. He comprendido que la magia dura más si va apareciendo de a poquitos, porque si te viene toda de golpe, es fácil que se gaste antes de tiempo.

—Me fascina que siempre seas capaz de llevártelo todo para lo tuyo.

—Tiene mucho más sentido ir sintiendo poco a poco hasta llegar a lo más alto, no me lo negarás.

—Paula paulatina. Me gusta el concepto, te da credibilidad.

—Gracias. Deberías intentar confiar más en mí, maldita cínica.

—Es que… —Paula alejó la cara de ella para poder verla mejor. No

esperó encontrar inquietud allí.

—¿Qué pasa?

—No sé, a veces… A veces noto que no estás aquí, que te vas, y no sé si es a un lugar mejor para ti, más acorde a lo que esperabas… No sé si sigues soñando con alguien que vendrá, o si ya solo sueñas conmigo.

Paula soltó todo el aire que no sabía que estaba conteniendo. Ro era demasiado intuitiva como para haber pensado que no advertiría que en su mente se estaba librando una batalla campal. Apretó el abrazo con el que la rodeaba.

—Mi cabeza a veces me juega malas pasadas, Ro. De vez en cuando, se me enciende una luz de emergencia que me recuerda que las cosas no están ocurriendo como yo pensaba que debían ocurrir, y me asusto, no te voy a engañar.

—¿Te asustas?

—No es fácil luchar contra algo en lo que he creído toda mi vida, a pesar de que veo que el resultado, día a día, va siendo el mismo.

—A lo mejor solo necesitas tiempo para convencerte, para que este amor te convenza del todo —le dijo con la ingenuidad de quien desea que lo que dice sea verdad.

—Ya, pero… ¿Y si no soy capaz de apagar esa luz de emergencia? ¿Y si mis fantasías son más fuertes que yo, me agobio y…?

—¿Y te vas? —terminó la frase por ella, notando su temor, y el propio.

—¿Y me voy? —Aceptó esa dura posibilidad—. No sé cómo seguir, Ro, cómo matar de una puta vez estos miedos que nunca acaban, que se transforman y que no me dejan disfrutar de esto en paz. No quiero hacerte daño, no quiero perderme en mis propias ilusiones…

Ro tiró de ella y estrechó sus hombros, su cabeza, contra su pecho. Allí notó el jardín encantado que brotaba del corazón herido de amor de Paula. Cerró los ojos un segundo y aspiró su aroma, con la esperanza aún frágil de que la escritora supiera mantener alejadas de él las fauces inclementes del miedo que, de tan cerca, también a ella empezaba a traspasarle la piel.

—Yo no puedo ayudarte con eso, Pau, solo estoy sosteniendo el hilo, esperándote en la entrada. Y no te asustes, pero deseo, de corazón deseo que encuentres la manera de matar a tu minotauro, porque tengo la sensación de que, si te salvas tú, nos estarás salvando a las dos.

—¿Por qué? —susurró, arrebujada cada vez más en su abrazo, dejándose cuidar.

—Porque ya te quiero más horas de las que te dejo de querer y, si no puedes vencer tus temores, creo que me vas a romper el corazón.

Paula rodeó su cintura con los brazos, luchando contra la bola incandescente que le atenazaba la garganta. No quería llorar, no quería ser un Teseo débil consolado por su Ariadna guerrera. No debería ser así… Sería tan tan fácil que Ro matara su monstruo, cualquier monstruo que se le pusiera delante… Pero era algo que tenía que hacer por sí sola, lo sabía ella, lo sabía Ro y lo sabía hasta el infausto minotauro, que se relamía cada vez que proyectaba sobre Paula la larga sombra de la incertidumbre.

Su camarera le estaba pidiendo a gritos callados cierta seguridad para continuar con lo que habían inventado entre las dos, la misma que a Paula le faltaba. Estaba cansada de sentir que había una parte que nunca le daba, ese trocito que una siempre se guarda de sí misma para no morir por completo cuando alguien nos hace daño, ese pedazo que le pertenece al miedo y que este no se atreve a soltar.

No tenía sentido, pues empezaba a comprender que con Ro no había nada que temer, que la figura protectora del minotauro había dejado ya de ser necesaria, pues Ro le había demostrado por activa y por pasiva, con lo que decía y con lo que no, con su forma de mirarla y de tocarla, que ella iba a cuidarlo, que lo iba a tratar con la delicadeza que un corazón tan sensible como el suyo requería. Ro era digna de poseerlo, eso lo tenía claro, entonces, ¿por qué continuaba ese miedo con forma de bestia mitológica acechando en su espalda? ¿Por qué aún no caía fulminado sobre la arena rojiza del laberinto?

Paula había encontrado el amor, un amor, el que fuera, quizá no el soñado, pero sí uno con el que soñar; uno que no hacía temer la pérdida y la locura, pues estaba hecho de tantos tipos que se daba cuenta de que no habían puesto, ninguna de las dos, todos los huevos de los que tanto habían hablado únicamente en la cesta romántica, sino que los habían repartido entre todas las clases de amor que conocían, por lo que, si caía a mitad del camino la que tenía que ver con el romance, aún les quedaban muchos otros para quererse siempre.

Ya había derrotado a su miedo primigenio: el de encontrarlo. Sin embargo, este parecía cambiante, mutaba a medida que pasaba de pantalla. No se agotaba, y ella estaba empezando a cansarse de una guerra que no terminaba nunca. Lo tenía todo, todo lo que siempre había deseado, pero, aun así, no se sentía en paz consigo misma.

Apretó los dientes mientras se aferraba a Ro con toda su alma. Todavía no sabía cómo, pero tenía que encontrar la manera de

aniquilarlo.

***

Si no puedes vencer tus temores, creo que me vas a romper el corazón.

Si no puedes vencer tus temores, creo que me vas a romper el corazón.

Si no puedes vencer tus temores, creo que me vas a romper el corazón.

Como un martillo pilón, esa frase se repetía incansable en el cerebro de Paula mientras paseaba a Conan por el parque. Sonreía como una tonta y al segundo siguiente una máscara de preocupación cubría su semblante. Sonreía, se ponía terriblemente seria. Así iba y venía, al ritmo inclemente que marcaban sus pensamientos torrenciales.

Una declaración como esa, en la que le había dicho, básicamente, que tenía su amor a estrenar en sus manos, era como para tener a Paula dando saltos de alegría. Sin embargo, Ro, sin pretenderlo, había añadido a su ya rebosado maremágnum mental un ingrediente que no se esperaba: la responsabilidad.

Ya no era ella sola, no era únicamente su estúpido corazón el que se ponía en riesgo ante el abismo del amor que tiene el poder de partirte en dos, sino que también estaba en juego el de Ro. Su camarera, la escéptica, la incrédula, no hacía más que dar pasos hacia delante, le otorgaba, sin dudarlo, una confianza que ella, siendo como era de volátil y de asustadiza, no sabía si merecía.

Se debatía sin tregua entre la felicidad más genuina y la culpa por no saber si iba a estar a la altura de lo que se esperaba de ella. No encontraba la forma de matar al minotauro, y empezaba a decepcionarse consigo misma por no ser capaz de apostarlo todo, sin dejarse ni un resquicio de duda, al amor.

Incapaz de seguir dándole vueltas a la mierda que, de tanto removerla, lo único que hacía era oler, sacó el teléfono y llamó a su salvavidas personal.

—Laura, ¿tú sabes algún truco para apagar el cerebro?

—Hola, Paula, yo también me alegro de hablar contigo.

—Jajajajaja, eres imbécil. ¿Cómo te ha ido el día?

—Pues ahora, escuchando tu voz, mucho mejor, reina. Y con respecto a tu pregunta, sí, me sé un truco. ¿Tienes para apuntar?

—Creo que podré acordarme, dispara.

—Se llama Jägger. En dosis de chupito te resetean la mente que da gusto. ¿Qué te atormenta y te perturba?

—Mi personalidad.

—*Uf, tremendo problemón, tu personalidad desquicia a cualquiera. ¿Dónde estás?*

—En la calle, paseando a mi perro adoptivo.

—*¿Estás con la parienta?*

—No, me ha dicho que se iba con sus amigas a tomar algo por ahí esta noche.

—*¿Y no te ha invitado?* —se extrañó Laura.

—No… Creo que… creo que quiere darme un poco de espacio porque me nota un poco rayada. He ido a echarme una novia demasiado intuitiva.

—*Pero eso es bueno, ¿no?*

—¿Que esté rayada? Pues no, no es bueno.

—*Digo que sepa leerte tan bien, que yo te quiero mucho, Paula, pero eres más rara que un perro verde*.

—He ganado la lotería con ella y parece que no me doy cuenta. —Se llevó una mano a la frente, detestándose como nunca.

—*Ya veo… Pues recoge la cacota maloliente del perro de tu novia, date una ducha y ponte esa falda de tubo que tanto me gusta. Nos vamos a ir tú y yo a partir tarima esta noche*.

—No sé si me apetece mucho, Lau…

—*¿No querías una maniobra de distracción para hacerle el lío a tu cerebro? A veces viene bien dejarlo en* standby *y airearlo un ratito, que me hueles a cerrado desde aquí*.

—Vaaale. En una hora te recojo.

Colgó la llamada y, sonriente, se agachó a acariciar a Conan, que movía el rabo, contento a su lado. Sí, una salida con su mejor amiga era justo lo que necesitaba para descansar del ruido incesante de su cabeza. Caminó mucho más ligera hacia su piso.

***

Ro se vestía con ropa limpia después del ejercicio y la ducha correspondiente. Miró el móvil, haciendo tiempo hasta que Sara y Clara terminaran de cambiarse. Tenía un mensaje de su chica.

PAULA
Oye, baby, que yo también voy a salir por ahí esta noche
Por si llegas antes que yo, que no te asustes si no me ves

RO
Eres una envidiosa, como yo tengo planes, tú también, ¿no?

PAULA

Pues sí, qué pasa jajajaja
Creo que me va a venir bien despejarme un poco y Laura sabe cómo hacerlo

RO
Sí, yo también lo creo
Disfruta mucho, anda
¡Y no te enamores de una por ahí!

PAULA
No es posible enamorarse de dos personas a la vez, Ro

RO
Tengo que hablarte del poliamor, Pau
Estás demasiado anticuada
Pero tendré a Cupido bajo llave, por si acaso

PAULA
Cupido ya ha hecho su trabajo conmigo, nena

RO
Pues avísale a tu cabeza dura, que me tiene harta

PAULA
En eso estamos
Te dejo, que nos traen la primera ronda
Ya sabes, un montón de rato

RO
Un rato larguísimo
Hasta luego

Guardó el teléfono en el bolsillo y siguió a sus amigas, que ya salían del vestuario y se despedían de Elvira, quien iba a unirse a ellas cuando terminara su jornada laboral. Suspiró, deseando que verse con Laura le sirviera a su chica para dejar de preocuparse por monstruos que solo ella veía.

—¿Cómo va la convivencia matrimonial? —preguntó Sara, saliendo al calor sofocante de la calle.

—Pues muy bien, la verdad es que no sabía qué esperar, pero Pau para convivir es un diez. Un poco maniática con el orden, pero se puede aguantar.

—Conociéndola, cuando quieras volver a tu piso igual te encuentras con que ha cambiado la cerradura para que te quedes con ella —intervino Clara, soltando una risita.

—No te creas, ¿eh? Que a Paula le gusta mucho su independencia.

—Ro, venga, que ya sabemos cómo es. —Sara negó con la cabeza, sin dejarse convencer—. Me apuesto algo a que en este preciso

instante está urdiendo un plan maquiavélico para secuestrarte.

—En este preciso instante tiene una copa de cerveza en la mano como tu cabeza de grande, guapa.

—¿No va a venir? —Se sorprendió Clara. Últimamente esas dos eran un *pack*.

—No, ha quedado con sus amigas. —Un nuevo suspiro y la mirada interrogante de Sara.

—¿Todo bien por Villa Amor?

—Sí, si todo va bien, es una tontería…

—Venga, suéltalo.

Ro estuvo un buen rato contándoles las novedades a las chicas mientras refrescaban las gargantas con cervezas bien frías. Cómo Paula parecía alejarse por momentos de ella, cómo la notaba ausente más a menudo de lo normal, la manera en la que sentía que había algo grande, más poderoso que ella, que torturaba su psique cuando menos lo esperaba.

Elvira llegó hacia el final y, tras hacerle un breve resumen, dio un trago enorme a su tercio y miró muy seriamente a Ro.

—Y tú estás que no te cabe en el culo ni el pelito de una gamba, ¿no?

—¡Elvira! —Se escandalizó Clara.

—Sí, estoy cagada, no os voy a mentir —admitió Ro, que ni siquiera había sonreído con la salida de tono de la recepcionista—. No quiero que sus miedos manden a la mierda lo que tenemos. La… la quiero mucho.

—Ro… —Sara se estiró sobre la mesa y cogió su mano. No estaba acostumbrada a ver a su amiga tan alicaída—. Es muy bonito que te sientas así. Si te asusta la magnitud de tus sentimientos y la posibilidad de perderla, significa que Paula es muy importante para ti.

—Pero yo no necesito este drama absurdo para darme cuenta, ¿entiendes? Yo esto ya lo sabía, no soy estúpida.

—Paula solo necesita tiempo para adaptarse, Ro. Está siendo un cambio muy grande para ella, no te pongas en lo peor antes de saber qué va a pasar —la animó Clara, pasándole la mano por la espalda.

—El problema de fondo de todo esto está en si soy suficiente para ella.

—Se está rifando una hostia y tú tienes todas las papeletas, Rocío —le espetó Elvira, sin una pizca de humor en su voz.

—No, a ver, sé que soy estupenda y que me voy a casar con quien quiera, a lo que me refiero es que… Paula tiene un concepto del amor muy idealizado, ¿sabéis? Se cree que vive en una novela romántica y

yo sé que no cumplo todos esos requisitos que para ella son innegociables, bueno, o lo eran, yo qué sé ya.

—¿Te preocupa, en serio? Si se la ve encoñadísima, tía.

—No es que me preocupe a mí, es que le preocupa a ella. —Ro las miró una por una con vehemencia, haciéndoles ver dónde radicaba el quid de la cuestión.

—No jodas. —Sara abrió los ojos de par en par. Eso sí que no se lo esperaba.

—Sin joder. Estamos muy bien, y la mayor parte del tiempo está convencida de que lo que tenemos es lo que quiere, pero a veces no tiene claro si, en algún momento, va a cambiar de opinión.

—¿Y quién lo tiene claro al cien por cien? ¡Nadie!

—Ya, pero el amor en el que ella cree es un amor aplastante en el que no caben las dudas, y yo no quiero ser la chica con la que la loca del hacha se conformó. Quiero que sea feliz, que tenga lo que desea, lo que ha buscado siempre, aunque no sea yo.

—Ojalá alguien me quisiera así —murmuró Sara, enternecida.

—Pues tremenda hostia de realidad se va a pegar como deje escapar lo que tenéis por vivir en los mundos de yupi, así te lo digo.

—La cuestión es que la hostia nos la vamos a dar las dos si eso pasa, porque creo que… creo que me estoy enamorando de ella. Mierda… —Apoyó la cabeza en el hombro de Clara, fingiendo un lloriqueo.

—Ay, Ro… —Clara hizo un puchero.

—Algún día se le quitarán las tonterías de la cabeza. Solo necesita un poco de tiempo, es normal que…

—¿Y si no? —Volvió a incorporarse, interrumpiendo a Sara—. ¿Y si, como ella dice, se despierta un día y decide que puede aspirar a algo mejor?

—¿Y si la que se despierta un día pensando eso eres tú?

—Yo nunca he aspirado a nada, Sara, y esa es la diferencia entre nosotras. Sus expectativas son tan altas que, sea como sea, tengo la sensación de que va a tener que resignarse a algo mediocre, y yo no quiero ser su mal menor.

—¡Su mal menor! Es que flipo con la narrativa. —Elvira se tiraba de los pelos, literalmente—. Mira, Ro, esa chica será una excéntrica, pero tonta no es. Está en medio de una transición, así que sé paciente y dale tranquilidad, porque si tú te pones histérica, apaga y vámonos. Te quiere más de lo que las dos pensáis.

—¿Tú crees?

—Por favor, chicas, ayudadme con esto, porque al final le cruzo la

cara de un guantazo.

—Ro, ella está haciendo una montaña de un grano de arena, y eso lo entiendo porque Paula es así, ¿pero tú? ¿Cómo te dejas contagiar por sus locuras? ¿En qué puto momento piensas que tú eres mediocre para ella?

—Esa chica está loca por ti, tía —asintió Clara y asintieron todas, con tanta convicción que se le aligeró el pecho de golpe.

—Yo qué sé, ¿cómo no voy a acojonarme si no está segura?

—Pero hija mía, que dudas tiene todo el mundo. ¿O es que tú no las tienes?

—Pues… pues sí.

Aquella confesión le dio la perspectiva del asunto que necesitaba. Un nuevo escenario se abrió en su mente y dejó de verse un escalón por debajo de Paula. Lo cierto era que las dos tenían las mismas debilidades, el mismo poder, el mismo salto al vacío delante de ellas y el mismo vértigo.

—Elvira tiene razón —intervino Sara con una sonrisa de tranquilidad—. Que ella piense que el amor tiene que ser una verdad universal no quiere decir que esté en lo cierto.

—Claro, no te dejes convencer por sus historias de princesas y dragones.

—Que sí, que muy bien, pero que si se agobia y se larga, la que se queda en la mierda soy yo, por mucho que esté de acuerdo con vosotras.

—Voy a hacer lo que nunca pensé que haría: ser la abogada del diablo de la escritora chiflada. —Elvira carraspeó y se irguió en su sitio—. Paula está haciéndole frente a lo que más teme porque desea tenerte en su vida. Nadie se enfrenta a un bicho de dos metros, como tú dices, por algo que considera mediocre. *Boooooooom*. Punto, set y partido. —Levantó los brazos hacia el cielo y lanzó besos a un público inexistente.

—Eso es verdad —contestó Ro con la boca pequeña, no queriendo ilusionarse demasiado.

—Te frustras porque Paula ha entrado en bucle, y tú con ella, y es mucho más sencillo que eso. Estáis remando ambas en la misma dirección: tú para darle seguridad y ella para demostrar lo importante que quiere que seas. No seas impaciente, joder.

—¡Dilo más alto, Sarita, que te oigan los del fondo! Esta chica —Elvira agarró a sus dos amigas con las manos para hacerlas partícipes de su incredulidad— nos está poniendo la cabeza como un bombo por una tía. ¡Ro! ¡¿Pero esto qué es?!

—Qué ganas tengo de que te enamores para darte con ello en los dientes, desgraciada. —Rio Ro por primera vez en toda la tarde.

No sabía cuánto necesitaba aquella conversación hasta que la tuvo. Se estaba dejando arrastrar por los miedos de Paula, por la presencia de un minotauro que no le pertenecía. Entendió que no sobrevivirían al temporal si se dejaba llevar por sus quimeras. No debía cargar con sus dudas y las de Paula, tenía que dejar que fuera la escritora quien las resolviera, para bien o para mal.

Ella solo tenía que ser paciente, una roca inamovible en medio del mar a la que regresar cuando pasara la tormenta, una Ariadna tranquila que espera con una madeja de hilo en las manos.

28

—¡QUE EL RITMO NO PARE, NO PARE, NO! ¡QUE EL RITMO NO PARE, NO PARE!

Paula se desgañitaba, *gin-tonic* en mano, entre una marabunta de gente sudorosa y caliente. Luces rojas, azules, *flashes* cegadores, la oscuridad latente arañada cada poco por destellos coloridos y mucha piel al descubierto. Se ondeaba su cuerpo entre la multitud, oscilando con los brazos elevados en el aire, arrastrada sin remedio en un baile grupal y sincronizado, haciendo que su cuerpo se moviera de lado a lado como una caña de bambú a merced del viento.

Laura se bamboleaba junto a ella, con una sonrisa gigante y la sensación del trabajo bien hecho. Paula había empezado la noche más bien taciturna y distraída, pero a medida que el veneno de serpiente que le inoculaba el alcohol hacía mella en su consciencia, había dejado salir un torbellino de frases inconexas que le llevaban taponando el aire de los pulmones desde hacía demasiados días. A base de ir despejando la neblina negra de su interior con cada sentencia que salía de su boca, este se le mostraba ahora diáfano, y no había cosa que a Laura le gustara más que ver a su amiga completamente desinhibida.

—¡El amor es hermoso, Lau! —le gritó al oído cuando fueron a pedirse otra copa.

—¡Algo de eso me habían contado, sí!

—¡Aunque también escuece en alguna parte, y yo eso no lo sabía!

—¡Pero el alcohol cura las heridas, hermana! —Tomó su vodka y brindó con ella—. ¡Por el Betadine del alma!

—¡Amén!

Transpiraba la escritora que daba gloria verla y se dejaba enredar en los bailes primitivos de la gente que la rodeaba. Era una chica atractiva, y aquel aire salvaje y apocalíptico de mujer que vive como si fuera su último día sobre la Tierra hacía que su figura contundente e incontestable llamara la atención de su entorno. Pero ella no estaba para nadie, Paula simplemente se dejaba llevar por el ritmo, ritmo de la noche, sin pensar en nada y, por mucho que se esforzara, sin poder evitar pensar en alguien.

Echó de menos a su camarera bailonga, su culito respingón encendiendo un infierno bajo su ombligo, sus manos traviesas y la sonrisa llena de promesas que siempre se hacían realidad cuando atravesaban la puerta del piso de alguna de las dos.

—¡La voy a llamarrr! —Fue a sacar el teléfono de su bolso diminuto, pero las garras de Laura detuvieron sus intenciones.

—¡Las colegas no dejan que sus amigas cojan el móvil cuando están borrachas, Pau! ¡Es de primero de amistad! ¡Trae pa'cá!

—¡Somos de quien nos acordamos cuando estamos de fiesta, y yo soy total y absolutamente de Rrrro! —dijo como pudo, con los ojos entornados—. ¡Me tiene en sus manos!

—¡¿Entonces por qué llevas toda la noche ahogando penas en ginebra?!

—¡Porque las penas con rumba son menos penas, morena! —Empezó a reírse como una desquiciada por su ocurrencia, y se colgó con un brazo de los hombros de Laura.

—¡No entiendo que estés de bajón estando enamorada! ¡Esto era lo último que me esperaba de ti! —Se carcajeó, adaptándose al tono divertido de la escritora, la cual se puso seria de repente.

—Me estoy enamorando —murmuró abstraída, como si acabara de ser consciente.

—¡¿Qué?! —La actriz, con el volumen elevado de la música, no se enteraba de nada.

—¡Que me estoy enamorando!

Laura la cogió de los hombros y la zarandeó para poner de relieve las palabras que acababa de decir. La sonrisa fue creciendo en el rostro de Paula hasta achinarle los ojos por completo y mostrar la hilera perfecta de sus dientes. Se giró y agarró a la primera chica que vio.

—¡Que estoy enamorada, señora!

—¡Me alegro mucho por ti y por tu novio!

—¡Novia! ¡No-via! ¡Di no a la heteronormaviti… heteronormila… tividad! ¡Hetero… norma… tividad! ¡Eso!

La muchacha solo acertó a reír y Paula se quedó mirando un punto indefinido del local mientras asimilaba la situación. Se estaba enamorando, enamorando de verdad. ¡De verdad! Había sucedido tan poco a poco que hasta ese preciso momento no había reparado en que estaba metida hasta el cuello. Ella, que siempre se jactaba de mirarlo todo con gran angular, se había ido a perder el momento exacto en el que había dejado de caminar por el sendero arenoso de la vida para meterse en la selva encantada del amor. De *ese* amor.

Agitó la cabeza para sacar esa idea de su mente, pues no era así como había ocurrido con Ro. No había un paso que dividiera la tierra yerma del césped, sino que el suelo, poco a poco, se había ido salpicando de rodales de hierba aquí y allá. Una no lo notaba si no se fijaba, y ella no lo había hecho, más centrada su atención en el hoyuelo que le salía a Ro cuando sonreía de verdad y en los giros azulados que tomaba su pelo con el sol. Se había obnubilado tanto con sus gestos, con el tacto cálido de sus dedos entre los suyos, que los brotes verdes habían cubierto todo el terreno que pisaba sin notarlo, convirtiendo en amable cada paso y curando sin pretenderlo todas las heridas que dejaban en los pies las inclemencias del camino solitario y lleno de las trampas que pone la falsa nostalgia por lo que no se tiene.

Ahora, observándose de cerca, se daba cuenta de dónde estaba, pues la vegetación era frondosa y tenía que ir apartando helechos y ramas húmedas a su paso. El aire olía a todo lo que le gustaba, olía a Ro, sobre todo, y brillaban luces misteriosas a su alrededor. Luces de discoteca.

—¡Que te has empanado, hermana! —Laura le dio un cogotazo risueño y la sacó de sus pensamientos.

—¡¿Tú tienes un cuchillo jamonero en tu casa?!

—¡¿Qué clase de pregunta es esa, Paula?! ¡Mira, a mí no me asustes!

—¡Yo no soy el rey Arturo, ¿sabes?! ¡Yo no tengo una espada legendaria, ni siquiera sé dónde está la espada de mi comunión! —Abrió los ojos de golpe y sus labios formaron una o perfecta—. ¡A lo mejor me vale la de la comunión! ¡Voy a llamar a mi madre! —Fue a buscar de nuevo su teléfono, pero Laura se lo impidió.

—¡Que no vas a llamar a nadie a las cuatro de la mañana, loca! ¡¿Para qué coño quieres ahora la espada de la comunión?! —La pobre Laura no sabía si reír o llorar.

—¡Para matar al minotauro! —Frunció la cara en un gesto de fiereza que a su amiga le pareció más tierno que otra cosa—. ¡Lo… lo voy a coger y lo voy a matar, así!

Empezó a hacer movimientos de espadachín pasado de copas, y Laura dejó que hiciera el ridículo un rato. Hay que cuidar a las amigas cuando se emborrachan, de acuerdo, pero también hay que saber disfrutar de esos momentos.

—¡Yas! —Tras un salto ninja, volvió a ponerse a su lado—. ¡Tengo que terminar con él, por mí, que estoy harrrta ya, pero también por ella, ¿entiendes?! ¡Ro se lo merece, se merece un Teseo forzudo y aniquilador! —Mordió la lengua con los dientes y sacó bola con ambos

bíceps, provocando que media copa se vertiera por el suelo.

—¡Con la espada de la comunión, ¿no?! —Se carcajeó Laura al imaginar la estampa, echando la cabeza hacia atrás.

—¡O con un cuchillo jamonero! ¡Esa camarera se merece to, se merece to, se merece to!

Se olvidó por un momento de sus ansias destructoras y se dejó contagiar por el bajo del reguetón. Laura rio por la nariz. Al menos había dejado de pensar en armas blancas para destruir una estatua de granito. Algo era algo.

***

Cuando Paula despertó, no sabía ni dónde estaba ni en qué año estelar se encontraba. Abrió los ojos lentamente para no cegarse con la escasa luz que entraba entre las cortinas, y lo primero que vio al enfocar la visión fue al minotauro. *¡¿QUÉ?!* Se incorporó de un salto, poniéndose en guardia, y cogió como arma letal la lámpara de la mesita. Al reconocer la estancia, soltó todo el aire de sus pulmones y comenzó a reír entre dientes por su estupidez.

Estaba en la mansión, en su habitación de siempre, coronada por el tapiz del minotauro. Dejó la lámpara en el suelo y se acomodó en la cama, tapándose la cabeza con la almohada.

—¿Qué coño hago aquí? —gruñó, molesta con cualquier sonido, propio y ajeno. Le iba a estallar la cabeza.

El ruido de la vibración del teléfono evitó que volviera a dormirse, y menos mal. Tenía un montón de mensajes de Ro y una llamada entrante. Al coger el móvil, vio que era la una del mediodía. Volvió a incorporarse, asustada, y necesitó de toda su concentración para no dejar caer el aparato, que volaba de mano a mano por los nervios. Finalmente lo atrapó al vuelo y descolgó lo más rápido que pudo.

—¡Ro!

—*Vale, estás viva, ya me quedo más tranquila. Adiós*.

—¡No! ¡No cuelgues, por favor! Chsss. —Bajó ella misma el volumen de su voz.

—*¿Tienes resaca?*

—Un montón. —Lloriqueó y volvió a dejarse caer contra el colchón.

—*¡HA LLEGADO EL AFILADOR A SU DOMICILIOOOOOOO!* —Ro gritaba y a Paula casi se le sale el cerebro del cráneo, espantado por ese ruido demoníaco que seguía sonando demasiado fuerte a pesar de haberse alejado el teléfono de la oreja todo lo que le daba de sí el

brazo.

—No seas mala, por favor te lo pido, me quiero morir…

—Podrías haberme escrito, Pau… Ni siquiera has venido a dormir…

Cuando apreció la tristeza en sus palabras, se dio cuenta de lo mucho que la había cagado, pero, teniendo en cuenta que no sabía a ciencia cierta cómo había ido a parar a la casa familiar, mucho menos creía que hubiera sido capaz siquiera de desbloquear el móvil para avisarla.

—Perdóname, Ro, lo siento, no me acuerdo de nada… Lo último que recuerdo fue que quise llamarte, pero Laura no me dejó porque ya iba muy pasada de rosca.

—¿Para qué querías llamarme?

—Para decirte que te quiero y que te echaba de menos…

Un suspiro al otro lado y un alivio que le llegó atravesando la ventana. No hacía más que preocupar a Ro con sus acciones, con sus silencios, con su manera extraña de desaparecer en sus pensamientos cuando estaba con ella. Tenía que dejar de hacer eso, debía parar de darle disgustos y empezar a darle certezas.

—¿Dónde… dónde estás? —La pregunta fue hecha en voz tan baja que a Paula le costó oírla.

—En la mansión.

—Espero que no hayas cogido el coche, porque si no, vamos a tener un problema muy gordo tú y yo. A mi lado, el minotauro te va a parecer un cachorro.

—No, creo que Laura me metió en un taxi y yo debí de darle esta dirección en lugar de la de casa.

—Así me gusta. Oye, Pau…

Se sentó en el borde de la cama. No le gustó en absoluto cómo habían sonado esas palabras.

—Dime.

—Que… que creo que ya puedo volver a mi piso, he pasado esta mañana y apenas huele a pintura.

—Vale, eh… —Se frotó la frente con los dedos, intentando pensar más rápido—. Dame una hora y estoy en casa para ayudarte a…

—No, tranquila, si solo es una maleta. Quédate allí.

—De eso nada, Ro. Me doy una ducha y le pido a Manoli que me acerque en un momento.

—No te estoy pidiendo opinión, Paula, te estoy diciendo que no hace falta. Ya lo tengo todo listo y creo que te vendrá bien quedarte allí unos días. Por algo has ido a dormir allí en vez de aquí conmigo, digo yo.

—Yo solo…

—*Lo sé. No estoy enfadada, ni molesta, cariño. Tienes mucho en lo que pensar, mucho que valorar y yo lo único que hago es entorpecer*.

—Ro…

—*Paula* —la cortó—*, yo también necesito que aclares tus ideas, porque este sinvivir me va a provocar una úlcera al final*. —Intentó reír y le salió regular.

—Yo te quiero, Ro…

—*Lo sé… Y yo también te quiero, Pau, pero tienes que averiguar si… si este amor es suficiente para ti, y eso solo puedes descubrirlo tú, allí, en tu laberinto*.

—¿Por qué parece que estamos rompiendo? —susurró en un hilo de voz.

—*No estamos rompiendo, pero… Entiéndeme, yo no soy la que tiene miedo, pero me lo estás contagiando y no he pegado ojo en toda la noche pensando que…* —Tuvo que dejar de hablar, pues la angustia contenida le atenazaba la garganta.

—Ro, no me he acostado con nadie.

—*Ya lo sé, imbécil. Eso es lo que menos me preocupa*. —Sorbió mocos y se esforzó en respirar—. *Tómate unos días y piensa bien lo que quieres y lo que esperas de la vida, del amor. Yo te estaré esperando con la madeja en las manos, te lo prometo*.

—Ro… —Se le aguaron los ojos y se deshizo en llanto.

—*Eh, Pau, escúchame. Pase lo que pase y tomes la decisión que tomes, yo voy a estar aquí, ¿vale?*

—Vale…

—*Te quiero mucho, Paula. Cuando entres, quiero que lo tengas presente. Quizá esa sea una de las armas que necesites para destruirlo*.

—¿Tú crees?

—*He aprendido mucho de tu manera de ver el mundo en estos meses, así que, pensando como tú lo haces, he llegado a la conclusión de que el miedo al amor se mata con amor, ¿no te parece?*

Paula se quedó en silencio, mareada por el golpe seco con que aquella sentencia había hecho tambalear su cuerpo entero.

—Sí, tiene sentido. Necesito abrazarte, y que me beses…

—*Pronto, ya lo verás. Yo confío en ti, empieza a hacerlo tú también. Y ya sabes, nena, para lo que necesites, tira del hilo, que yo estaré ahí para traerte de vuelta*.

—Eres la mejor…

—*Ojalá*. —Ro tragó saliva, no quería despedirse, pero tenía que hacerlo—. *¿Vamos hablando?*

—Vamos hablando. Te quiero, Ro.

—*Te quiero, Pau*.

El tono del final de la llamada le sonó como el pitido último y prolongado de un corazón monitorizado que ha dejado de latir. Se dejó llorar durante un tiempo indefinido, asqueada consigo misma por provocar esa inseguridad en su chica.

Se levantó por fin y fue directa a la ducha. Desnuda, delante del espejo del baño, comprobó que parecía un panda, con todo el rímel corrido por la jarana nocturna y las lágrimas de hacía un momento. Tenía la lengua negra del Jägger maldito y reparador con el que había conseguido lo que pretendía: apagar el interruptor de la conciencia. Esta, mucho más iluminada cuando no era ella quien la controlaba, la había llevado hasta el lugar donde habitaba el problema y también la solución. Se dejó limpiar por el agua tibia, rezando por que al final valiera la pena tanta pena como estaba causando.

Cuando bajó al piso inferior, se encontró a Manoli en la cocina, danzando entre los fogones.

—Buenos días, Manolita. —Se acercó a ella y dejó un beso en su mejilla.

—Buenos días, excursionista. ¿Cómo te has levantado? —Sonrió con cariño y acarició su mejilla con una mano. Paula se recostó sobre su palma, necesitada de calor humano.

—Fatal, gracias. Creo que quiero ibuprofeno para comer y para merendar, no hace falta que cocines nada.

—La sopa te va a sentar bien al estómago, que vaya nochecita que me has dado… —La miró con los ojos entornados de rencor. Paula se quedó estática a su lado, sin saber si preguntar.

—No me acuerdo de nada…

—Armaste tal jaleo en la cocina que me despertaste. Pensaba que habían entrado a robar hasta que te vi por la ventana, haciendo eses de camino al laberinto con una sartén en cada mano.

—¡Qué dices! —Se tapó la cara, muerta de vergüenza.

—Balbuceabas algo sobre matar a alguien y no dejabas de repetir que la querías. «La quiero, la quiero, te voy a matar, la quiero, te mato…». Y así hasta que fui capaz de traerte a la casa y meterte en la cama.

—No te rías, Manoli, por favor, qué bochorno…

—Fue muy surrealista, pero viviendo aquí ya no me sorprende nada.

—Estoy pasando por un… momento complicado, digamos.

—Ya lo veo. ¿Va a venir Conan esta tarde? —preguntó con los ojos brillantes. Amaba al perro de Ro.

—No, este fin de semana no van a venir. Es una escapada en solitario.

—Paula… —Se asustó la mujer ante el tono apesadumbrado de la joven.

—No, tranquila, todo está bien, más o menos. Necesito unos días para aclarar mi cabeza.

—Bueno, no te angusties, a veces hay que dar un paso atrás para coger carrerilla. —Le sonrió con cierta compasión y continuó preparando la comida.

***

Deslizaba los dedos por los lomos de los libros de la biblioteca familiar, paseando sin prisa y sin rumbo por los altos pasillos de estanterías llenos de aventuras leídas y por leer, de historias que no sucedían hasta el momento en el que una persona, quien fuera, las elegía de entre todas dándoles, así, vida. Le gustaba imaginar a los personajes encerrados entre las páginas, ensayando sus frases, dejando pasar las horas muertas, los días, los años, fumando y tomando café en una sala de espera, aguardando el momento en el que tuvieran que ponerse en marcha para una nueva función.

¡Qué dura debía de ser la vida de un personaje de ficción! A pesar de eso, le reconfortaba pensar que, una vez terminado un libro, quedaba siempre una parte de él guardada en un rincón de la memoria, viviendo así tanto como quien lo lee, hasta que alguien toma ese relevo, como una cadena que no termina nunca y que consigue que las historias eviten la muerte que solo pertenece al olvido.

¿Le pasaría eso a sus libros cuando transcurrieran suficientes años? ¿Morirían por falta de ojos puestos sobre sus palabras impresas, desapareciendo, de alguna forma, ella misma? ¿Y sus personajes, qué sería de ellos?

Dejaba su mente vagar por esos pensamientos inofensivos mientras la tarde avanzaba lenta al otro lado de los muros. Resopló, pegada a la ventana que daba al jardín trasero, observando cómo su respiración pintaba el cristal de vaho que distorsionaba la visión del laberinto, a lo lejos. No se había atrevido a salir de la casa en todo el día, buscando reunir el coraje necesario para ponerse a sí misma bajo la lupa.

Una notificación en el teléfono y una foto del piso de Ro, donde había vuelto a instalarse. Cerró los ojos. No era así como su camarera

tenía que haber abandonado su apartamento, a hurtadillas y sin ella. Debía haberla acompañado, haberle confesado que le apenaba que se marchara, que dejara de estar diariamente en su órbita gravitacional. Pero también era consciente de que tenía mucho en lo que pensar, mucho que debatir consigo misma, mucha conversación interna y mucha pelea por delante. Con Ro pululando a su alrededor no se concentraba, no ponía en perspectiva la situación, pues la felicidad que le provocaba su presencia no hacía sino desbaratar todas sus sombras.

Hasta en eso había tenido razón su camarera.

Pero Paula no quería seguir escondiendo la basura debajo de la alfombra, no quería acostumbrarse a que el problema desapareciese cuando la tenía cerca. Ya era hora de volver a mirar de frente al miedo y analizarlo a conciencia para demostrarse cuánto habían cambiado ambos; para convencerse de que ya no existían en sus pezuñas los temores primitivos, pues se había desprendido de ellos a base de amor, de un buen amor; para ver con sus propios ojos de qué estaban hechos los nuevos, pues solo conociendo al enemigo sería capaz de derrotarlo.

Hasta ahí había llegado el estúpido juego de espiarlo a escondidas, se acabó. No le importaba llevarse algún zarpazo si con eso conseguía encontrarle un punto débil.

—Te pasas la vida buscando el amor y, cuando lo encuentras, te cagas. Eres una jodida vergüenza. ¿Qué pensaría la nana de ti? Farsante…

Mascullaba la rabia entre dientes mientras salía de la mansión, añorando el abrazo, el consuelo de alguien que ya no estaba. Se quitó las lágrimas a manotazos, lloraba como una niña todo lo que no había llorado desde la muerte de su abuela, pues jamás la había echado tanto de menos como entonces. Necesitaba sus palabras tranquilizadoras, su tono de voz grave y lleno de sabiduría, un truco de ilusionismo de los suyos, el as debajo de la manga que siempre guardaba para ella.

Pisó el césped del jardín sabiendo que no lo hallaría, que estaba sola ante el desplome a cámara lenta de su corazón sin encofrar.

Dirigió sus pasos hacia el laberinto, decidida a buscar respuestas desde el centro mismo del problema, mirándose dentro, que era donde residían en realidad todas sus inquietudes. En él pensaba mejor, se conocía mejor, se veía mejor, por eso Ro la había animado a quedarse allí. Escuchó a lo lejos la voz de Manoli, que la llamaba, y respondió con un «ahora vengo» que el ama de llaves se tomó como un «volveré,

pero no sé cuándo, ni cómo».

Se envalentonó cuando traspasó los setos de la entrada: tenía que quitarse, al menos, una de las cien dudas que la consumían. En lugar de iniciar el camino de siempre, se lanzó sin reservas hacia lo incierto, tomando la dirección que no era la marcada en su memoria. Anduvo por pasillos de maleza que no conocía, se encontró en más de una ocasión con un callejón sin salida, y se negó a caminar por donde sabía que llegaría al centro. Si en su vida ya no había senderos correctos e incorrectos, en el laberinto de su alma tampoco.

Tras media hora de paseo infructuoso, se detuvo en seco y se sentó en mitad de un pasillo inhóspito, con la respiración farragosa y unas terribles ganas de llorar. Escuchó a lo lejos el canturreo de su abuela y agitó la cabeza, desconcertada, pues estaba convencida de que en esa parte del laberinto no existía la magia. Sin embargo, sí que podía oír a su nana invisible. Levantó la mirada triste de su regazo y observó el entorno con sus ojos soñadores de siempre.

Que no fuera el recorrido acostumbrado no quitaba que siguiera siendo su laberinto, y allí olía siempre a tierra mojada, a verano. Olfateó y ahí estaba, ese aroma tan característico. Afinó la vista y pudo apreciar que sí, que el tiempo estaba detenido en ese pedazo del mundo, que el aire no se movía y que el sol marcaba puntitos luminosos por doquier. Notó el movimiento de las ramas en su espalda, que la urgían a levantarse de ahí y continuar caminando.

Daba igual la vía que se tomara: en el amor siempre siempre había magia, solo era necesario saber mirar para verla. Y Paula sabía mejor que nadie.

No siguió la melodía de la caja de música como otras veces, sino que caminó por cada zona inexplorada que, en otra tesitura, no habría recorrido jamás. Sus zapatillas crujían sobre la tierra y deambuló sin rumbo por los pasillos enrevesados de su interior.

Dobló una esquina, tiempo después, y allí la vio, inesperada, la espalda musculosa del minotauro, que observaba impasible la caída del sol. A Paula se le aceleró la respiración, con el pecho arriba y abajo, sorprendida por su hazaña, estupefacta por haber logrado llegar allí por el lado que, *a priori*, no era.

Intentó controlar la respiración para no alertar de su presencia al minotauro y así poder asimilar la realidad innegable que había borrado de un plumazo todas las tribulaciones que la habían acompañado desde que, siendo una niña, había descubierto que existía una cosa que se llamaba amor. Lo había encontrado, claro que sí, ya no podía embargarle el temor de morir sin vivirlo, podía irse de este

mundo de locos en paz, pues había albergado en su cuerpo mortal ese sentimiento que tantas noches en vela le había causado.

No había llegado a él por el sendero marcado, era cierto, pero ahí estaba, no importaba cómo, viéndole a su miedo las costuras que escondía donde nunca se había parado a mirar. Sonrió.

—A veces los laberintos tienen dos caminos correctos, ¿no es así?

El minotauro bufó, pero no se movió mientras Paula lo rodeaba hasta ponerse delante de él.

Pensaba que ya te habías dado cuenta.

Paula sonrió y asintió lentamente.

—Tenía que comprobarlo.

Se sentó en el suelo con las piernas estiradas y las manos apoyadas en la arena sin quitar los ojos del animal que se erguía en su pedestal. Acababa de demostrarse que no hay una sola forma de obtener lo que una anhela, y eso le dio la esperanza que andaba necesitando.

El minotauro aceptó su pequeña derrota, pero enseguida volvió a sonreír socarronamente, retirando del tablero los miedos vencidos y adelantando las tropas que tenía escondidas en la retaguardia, hechas de temores que Paula nunca creyó que fuera a sentir. La inquietud que no cesa, la incertidumbre eterna, la seguridad inalcanzable que ella pensaba que la envolvería cuando la encontrara, a ella, a su amor.

La escritora levantó la barbilla y lo miró directamente a los ojos con fiereza. Se marchaba del laberinto herida de dudas nuevas, pero satisfecha con una batalla que ella consideraba haber ganado.

29

Leía sin parar en cada ocasión que tenía, en los descansos del trabajo, en las tardes calurosas frente al ventilador, en las horas blancas que le robaba al sueño, intentando encontrar el mapa del tesoro que la guiara de vuelta hasta una Paula que pudiera reconocer. Llevaban varios días sin verse, charlando un ratito al terminar el día y enviándose algún que otro mensaje con la única intención de alimentar la hoguera en mitad del vendaval.

Sería tan fácil dejar que se consumiera, que se consumieran ambas… Terminarían las tribulaciones, las preguntas sin respuesta aparente, la sensación de vértigo por lo que no se puede coger ni voltear, la obligatoriedad de una distancia que se habían impuesto ambas y que ninguna deseaba. Atrás quedaría ese peso a cuestas de no saber qué va a ser de una, de estar esperando que algo que las controlaba a ellas decidiera si había posibilidad de un futuro, no importaba si a corto, medio o largo plazo, en común.

Rendirse parecía, a ratos, una opción seductora. Es más asumible a veces un dolor descarnado pero fulminante que el desgaste continuo, la sensación de estar al borde del precipicio, zarandeada por el viento, aterrada sin descanso por la posible caída que nunca terminaba de suceder. Una herida abierta de un golpe que te desangra, pero que empieza a curar desde el momento en el que se produce, en lugar de una infección lenta e incansable que te deteriora de manera sostenida en el tiempo hasta que se agotan las fuerzas.

Pero Ro se negaba a darle esa satisfacción al miedo. No era ella una mujer que tirara la toalla, sino que era de las que se la anudan en la frente, con el cuchillo desenvainado, preparada para luchar.

Desde que Elvira le contó la parte del mito en la que aparecía Ariadna, ella había aceptado el papel a representar con alegría: un personaje secundario que solo estaba ahí para acompañar y ser soporte cuando el cielo estuviera en peligro de derrumbe. Sin embargo, una vez metida en faena, empezaba a darse cuenta de la verdadera dificultad de su cometido en esa historia.

Esperar. Qué palabra. Puede evocarnos pereza, desidia, incluso vagancia, pero, si una se para a reconocer toda la magnitud de su

significado, es ciertamente desalentadora. Frustra tener suficientes armas para ayudar a quien se quiere, pero obligarse a dejarlas a un lado y mirar al horizonte con los brazos cruzados sobre el pecho para no caer en la tentación de colaborar, tener la paciencia de dejar que otra se equivoque cien veces cuando tú ves la solución clara a la vista.

A veces es más llevadero ser quien se bate el cobre en primera línea de fuego que quien se queda en casa aguardando, con el corazón en un puño, a que su amor regrese con vida de nuevo a ella.

Ro tenía que apretar los dientes en cada ocasión en la que charlaba con Paula y percibía en ella la desesperación que trataba de ocultar. No era tan grande el monstruo como la escritora creía, y a menudo sentía el impulso de zarandearla y cruzarle la cara de un bofetón para que dejara de ver gigantes donde no había más que molinos y disfrutarse de una vez por todas sin más drama. Pero no era esa su tarea, tenía que dejar que Paula lo viera por sí misma, pues así era como aprendería una lección que no olvidara a la primera de cambio, sino que le durara para siempre. Como un sello grabado a fuego en la piel: escuece, pero no desaparece jamás.

Paula, por su lado, se familiarizaba todos los días con el trayecto nuevo que había encontrado para llegar al centro del laberinto por la puerta de atrás y, cada vez que se topaba con la espalda del minotauro, la certidumbre de que daba igual el recorrido cuando, igualmente, se alcanzaba la meta, se volvía más sólida. Hacía, a diario, ese ejercicio de comprobación, como si necesitara, y lo necesitaba, cerciorarse de que nada tenía de malo haber hallado su propio camino, y no el de otros, hasta el amor.

Al contrario, era sanador. La hacía saberse dueña de su propia vida, con capacidad de decisión para dejar de sentirse continuamente una pieza del tablero que le habían dibujado. La liberaba, de una manera amable, de la carga de sentirse incapaz de ser lo esperado, pues estaba siguiendo las reglas, pero sin verse dominada por ellas. Estaba creando su propia expansión del juego, en la que había igualmente un amor que conseguir, un laberinto que recorrer y un monstruo al que vencer. Seguía habiendo magia, imposibles hechos realidad, un fantasma bailarín y una chica. Su chica, cuyo amor tenía que merecer para regresar victoriosa a su abrazo.

Le gustaba imaginarse el día en el que hallara la manera de matar al malo final, cómo caminaría con las manos manchadas de su sangre, siguiendo el hilo que la devolvería al punto de partida, donde Ro la aguardaba. Cómo la miraría con una sonrisa segura, sacando de entre su ropa una caja de música en la que entregarle, ahora sí, todo el

amor que había guardado durante años para cuando apareciera. Uno que no fuera circunstancial, que no albergara ni una sola sombra de vacilación, sino que fuera para siempre, limpio y sin tacha, entero para ella.

Porque si de algo se había dado cuenta en esa semana apartada del mundo, era de que Ro se le mostraba cada vez con más rotundidad como la chica que estaba esperando. Cada noche, en la cama, como hacía desde que era adolescente, evocaba a la mujer de sus sueños. La pensaba con los ojos cerrados y el pecho abierto. La forma en la que sentiría estar en casa en cada beso, cómo se mirarían y sabrían todo lo que callaban, cómo se reirían a escondidas de las locuras del resto, con ese entendimiento mutuo que está al alcance de pocos; cómo sonreiría cuando la escuchara canturrear en la cocina, cómo sentiría como propias sus victorias, pero también sus derrotas; el orgullo de verla cumplir sus sueños y ser, también ella misma, parte de ellos.

Esa muchacha sin rostro que, por mucho que se esforzara en evitarlo para no influir en su imaginación y que esta fuera completamente libre y sincera con su subconsciente, no hacía más que vestirse con la cara de Ro. Negaba con la cabeza en cada ocasión en que esto ocurría, que eran muchas, intentando alejarla de su mente, apartarla de sus anhelos de siempre para no corromper los deseos con subjetividad. Pero no había manera, siempre aparecía. Era suya la risa estridente que resonaba en las habitaciones de un hogar futuro, era su olor el que le llenaba los pulmones cuando cambiaba las sábanas en las escenas domésticas que inventaba, era su piel clara la que yacía a su lado cada noche, sus ojos oscuros los que buscaba entre la gente para compartir una broma privada, suya era la sonrisa satisfecha de quien sabe que ha encontrado su lugar en el mundo.

Ganas le daban de salir corriendo de la mansión para ir a su encuentro cada vez que esa verdad innegable, la que tanto se le había resistido, le caía encima con toda su contundencia. Tenía que contener el ímpetu primitivo de ir a buscarla sin demora y decirle que sí, que era ella, que había suficientes señales como para pensar que tenía que ser ella. Pero se acobardaba enseguida. ¿Cómo plantarse delante de Ro sin el cien por cien de seguridad en su amor? No podía entregarle *a lo mejores*, tenía que darle una certeza redonda y perfecta. Y en esas estaba.

***

Volvía caminando del laberinto, como cada tarde, cuando su teléfono

sonó. Esperó con una felicidad contenida que fuera Ro, pero encontró el nombre de su padre en la pantalla del teléfono.

—Hola, papi. ¿Qué tal?

—*Bien, como siempre. Estaba saliendo del trabajo y he pensado que hace mucho que no veo a mi hija. ¿Qué te parece?*

—Me parece que tienes razón, papá. ¿Me invitas mañana a tomar algo? Llevo casi una semana en la mansión y creo que voy a volverme loca. Necesito regresar a la humanidad.

—*Perfecto, pues mañana nos vemos*.

—Hasta mañana, Jacin.

—*¡No me llames así!*

Paula rio, le lanzó un beso sonoro y colgó. Se dio una ducha, ya que, cada vez que hacía una excursión, regresaba a la casa con el cabello repleto de ramas y las rodillas manchadas de arena rojiza, pues, en su empeño por aprenderse ese nuevo trayecto de memoria, como el otro, intentaba recorrerlo con los ojos cerrados para familiarizarse con él, a pesar de tropiezos y caídas al suelo.

El hecho de estar habituándose a base de práctica a ese nuevo modo de amar, menos artificioso, asentaba la idea en su cerebro de que estaba bien querer así, ensuciarse, meterse al fango, como su madre le dijo tiempo atrás. Día a día, se iba cerciorando de que la magia la rodeaba allí también, que no fue un espejismo de la primera vez, y el tarareo de la canción de su nana, más cercano en cada ocasión, le hacía sentir que le daba el visto bueno a una manera, diferente en la forma, pero idéntica en el fondo, de enamorarse.

—*Hola, escritorita* —saludó Ro en cuanto descolgó esa noche. Paula escuchó cómo se acomodaba en el sofá, y cerró los ojos para imaginarla y sentirla más cerca.

—Hola, camarerita. ¿Qué tal el día?

—*Pues bien, he estado escalando con las chicas. Sara y Clara se van la semana que viene de vacaciones, así que me quedo sola. Sola, triste y sola*.

—Qué faena. —Sonrió como una estúpida. Dios, cómo la echaba de menos.

—*Sí, porque Elvira se ha echado un ligue de verano y hay que pedir cita para verla. Ojalá tuviera yo también una novia que me hiciera compañía…*

—¿No tienes novia?

—*Nah, tengo una especie de relación a distancia, pero no sé cómo terminará eso*.

—Pues bien, el amor siempre triunfa.

—*¿Tú crees?* —Intentó que no se notara, pero Paula pudo apreciar

la ansiedad en su voz.

—Estoy convencida al noventa y cinco por ciento.

—*¿¡NOVENTA Y CINCO POR CIENTO? ¡Pero Paula, que eso es un montón! ¿Qué haces que no estás aquí comiéndome la boca y alzándome en volandas como en una de tus comedias románticas?*

—Jajajajajajaja. —Incluso Manoli, en el piso de abajo, escuchó sus carcajadas—. Nena, yo no me conformo con menos de un cien por cien.

—*¿Por qué? Noventa y cinco es una barbaridad*.

—No me sirve, yo tengo que darte un *para siempre*, Ro. —La escritora pudo verla, sin ninguna dificultad, poniendo los ojos en blanco ante sus palabras.

—*Paula, me cago en la puta, yo no necesito un* para siempre —gimió en un lloriqueo, a caballo entre la emoción y las ganas de darle un guantazo a su chica.

—Pero yo sí.

—*Lo llevas claro si crees que lo vas a conseguir. Y te advierto, yo no te estaré esperando eternamente, guapa, que aún soy joven y se me van las vitaminas*.

—Pues vaya Ariadna de mierda me he buscado.

—*El que espera desespera, y yo soy una pobre camarera muy desesperada*. —Cambió el tono de voz a uno mucho más sugerente.

—¿No me digas? —Imitó su tono, se estiró en la cama y deslizó la mano que tenía libre hasta la cinturilla del pantalón del pijama.

—*Sí, así es. Pero bueno, me tendré que aguantar*. —Contuvo la risa como pudo, sabedora de que Paula era más bien de mecha corta, y carraspeó, muy metida en su papel—. *En fin, me voy a dormir, que esto de cargar con todo el peso de una relación a distancia me deja agotada*.

—Pero… —Paula parpadeó muy deprisa, incrédula, con una mano en las bragas y cara de tonta.

—*Buenas noches, Pau*.

—Bu… buenas noches, Ro.

Colgó y se quedó tendida boca arriba. Sí, definitivamente, tenía que empezar a afilar el cuchillo jamonero, la espada de la comunión o lo que le diera la gana, porque tener una novia a la que no veía por un estúpido minotauro hecho de granito también se consideraba tirar comida.

***

—Qué guapa te veo, Paula —la saludó su padre con dos besos nada

más encontrarse en la puerta de su casa.

—Oye, tú también. ¿Desde cuándo te peinas? —bromeó, dejando que la puerta se cerrara a su espalda, y caminaron sin rumbo hasta la primera terraza que encontraran.

—Bueno, es que ya me estaban empezando a anidar golondrinas, era más bien una cuestión de salud pública.

Bromearon durante un rato sobre su habitual aspecto desaliñado hasta que dieron con un bar en el que tomar algo fresquito para paliar el calor asfixiante. Se sentaron uno frente a la otra y pidieron las primeras bebidas mientras Paula contestaba una llamada de Manoli, que preguntaba si iba a ir a cenar. Jacinto, mientras tanto, observaba a su hija a hurtadillas.

La notaba distinta, con un aire más maduro, como si su figura hubiera ganado cierta gravedad. No le parecía que flotara, como solía suceder, a pesar de que su mirada siempre andaba en las nubes. No, Paula se había aposentado en la tierra, con el resto de los mortales, y fue la primera vez desde su divorcio en la que se vio reflejado en la imagen cruda de su hija.

—¿Te has hecho mayor de repente o es cosa mía? —preguntó curioso cuando Paula terminó la conversación telefónica.

—Es una manera muy elegante de decir que me hago vieja, muchas gracias. —Levantó su copa de cerveza y simuló un brindis, con sorna.

—No, no es una cuestión de edad, es… otra cosa.

—Explícate.

—Me has dejado de parecer una niña, solo es eso. Te acabas de convertir en una mujer delante de mis ojos.

—¿Ahora mismo? —Alzó una ceja. Su padre y sus intensidades. Marca de la casa.

—Sí. No eres igual que la última Paula a la que vi.

—La muerte nos hace madurar, papá. La muerte y… bueno, y el amor. —Soltó la bomba, pues no había persona más perceptiva que su padre y detestaba cuando era capaz de ver más allá que ella misma. Se ponía de un soberbio insoportable.

—Así que era eso. Te has enamorado. —Le brillaron los ojos, aguados de emoción. Tragó saliva, aceptando a duras penas la idea de que su pequeña había dejado de pertenecerle.

—Como una tonta. —Paula se mordió la sonrisa con timidez.

—Así es como debe ser, cariño. Me alegro mucho por ti. Joder, me alegro muchísimo, Paula.

Jacinto se estiró en la mesa y cogió su mano, felicitándola por

tremendo hallazgo. No dejaba de impresionarle que su padre, vapuleado precisamente por ese sentimiento, siguiera viéndolo con tanto cariño y tanta pasión. Algo estaba claro: en su familia, los corazones no aprendían, siempre eran ingenuos y un poco inocentes. Eso le dio cierta paz, pues, si el asunto con Ro salía mal, podía albergar la esperanza de que el suyo volviera a estar inmaculado, después de recuperarse, para el amor. Para otro amor.

Quizá su padre no había sido capaz de darse otra oportunidad, pero de tanto sumergirse en el laberinto, Paula había aprendido que podría encontrar tantas sendas hasta el centro como amores se le aparecieran. Sus miedos primeros, como ya era costumbre últimamente, saliendo volando por la ventana.

—Gracias. Estoy muy feliz, pero…

—Pero ¿qué?

—Que también estoy acojonada —reconoció en un susurro.

—No me extraña. El amor, el de verdad, asusta. —Bebió de su copa distraídamente y Paula le echó una mirada de incredulidad.

—¿Cómo? En el amor no debe haber miedo, papá.

—¿Cómo que no? No hablo de uno que lo contamine todo, pero siempre está por ahí escondido, al acecho.

—Pero…

—¿Qué clase de amor sería si no asustara? ¡Ni que fuéramos dioses! —Soltó una risa grave y se recostó en la silla mientras el camarero dejaba las tapas sobre la mesa—. Somos simples mortales, Paula. Frágiles. Un día eres feliz y al siguiente te has quedado sin nada… El miedo es lo que nos hace valorar y ser conscientes de que todo lo que tenemos se puede perder en un chasquido de dedos.

—Visto así…

—¿Sabes? Después de tantos años, he llegado a la conclusión de que yo mismo cometí ese error de creerme por encima del bien y del mal. Me sentí un dios cuando me casé con tu madre, como si ya estuviera todo hecho. Era amor, ¿no? Ese amor que nos enseñó la abuela. —Le dedicó una sonrisa cómplice que Paula correspondió—. Te viene y ya está, como si fuera un regalo divino. Pero no lo es. Es una suerte, y la suerte hay que cuidarla. Con Rosana, yo… creo que me dormí en los laureles.

—¿A qué te refieres? —Ni siquiera había tocado el plato mientras él masticaba y reflexionaba. Estaba atónita ante lo que estaba escuchando.

Paula había caído tarde en la cuenta de que tanto ella como su padre estaban cortados por el mismo patrón. De tanto añorar las

conversaciones metafísicas con su nana, se había olvidado de que existía un hombre que sabía mejor que nadie cómo podía estar sintiéndose, porque era alguien que ya lo había sentido, mucho antes que ella. Se reprochó internamente no haber acudido antes a él.

—Cuando crees que tu amor es invencible, puedes caer en la trampa de darlo por hecho. Y lo único invencible que hay en la vida es la muerte, cariño. No presté atención a los cambios de tu madre, a su evolución como persona, como mujer. Me quedé en el amor infantil que todo lo puede y no lo hice crecer, madurar. El amor que te cae encima como un meteorito está bien como punto de partida, pero luego hay que seguir, avanzar. Después de la palabra fin, la historia continua, ¿entiendes?

—Eso mismo me dice Ro, mi… mi chica.

—¿Ro de Rosa? —Se enderezó en la silla, emocionado.

—No, papá, Ro de Rocío. —Soltó una risa nasal y negó con la cabeza—. Cuando le hablo del amor en el que siempre he creído, o creía, ella me pregunta que qué pasa cuando salen los créditos. Me has recordado mucho a ella y nunca pensé que te escucharía a ti diciendo algo así.

—Tu chica es una mujer sabia, no la pierdas. —Le sonrió con cariño.

—Eso intento, y no sé si lo estoy haciendo bien.

—¿Por qué?

—No sé, estoy preocupada por esta manera de querer, como si algo me dijera que no me he enamorado como se suponía que me tenía que enamorar.

—¿Y cómo te tenías que enamorar?

—Como una loca —dijo con firmeza, provocando un silencio espeso que su padre se encargó de disolver unos segundos después.

—La definición de locura es repetir las mismas acciones una y otra vez esperando distinto resultado, y los resultados que han sido referencia para ti, siendo sincero, no deberían serlo.

—¿Cómo que no? —se escandalizó.

—Tu abuela perdió la cabeza y yo las ganas de vivir. —La miró como si fuera poseedor de toda la sabiduría que nunca le había presupuesto—. Paula, hay que enamorarse como una loca, vale, te lo compro, pero hay que nutrir ese amor con cosas del día a día. Darle alimentos, porque si no, se te come por dentro.

—El lado feo del amor… —murmuró, ensimismada, recordando las palabras que Ro le había dicho mil veces.

—Yo no diría que es un lado feo, lo veo más como el lado

cotidiano.

—Pero papá… —Lo miró a los ojos, y Jacinto vio en ellos que había algo que la inquietaba a niveles insoportables—. ¿Quién va a escribir poemas sobre un amor así?

—La poesía está para leerla, no para vivir en ella, Paula, no me jodas. Dios, te hemos metido tantos pájaros en la cabeza que has perdido de vista lo importante. —Se frotó la frente con los dedos, agobiado por su parte de culpa, y suspiró, volviendo a encarar a la mujer que habían desorientado entre todos—. Es muy simple, hija. ¿Crees que esa chica, Ro, es la tuya?

Paula se quedó estática, pasando la mirada de un ojo al otro de su padre, como si buscara en ellos una respuesta digna para semejante pregunta. Abrió la boca, hizo el amago de hablar, volvió a cerrarla, tragó en seco y terminó por echarse hacia atrás en su silla. Un temblor de tierra, una luz en el firmamento, un estruendo que hacía vibrar los cristales de los escaparates colindantes y algo que llevaba un tiempo rondando su cabeza cayendo a plomo sobre la mesa. Miró a su padre con el asombro de quien ve por primera vez el mar.

—Lo creo —dijo al fin—. La mayor parte del tiempo lo creo.

—Pues ya está, ¿dónde está el problema?

—En que no lo creo todo el rato, papá. A veces dudo de si es el amor que esperaba, si estaré a la altura, si lo estará ella, si…

—¿Es amor? —la cortó, impacientado.

—La verdad es que…

—No me cuentes cuentos, Paula. Es una pregunta fácil de sí o no. ¿Es amor?

—Sí. Es amor, un buen amor. —Esta vez, no tuvo que pensar la respuesta.

—Pues enhorabuena, cariño. —Le sonrió con tanta rotundidad que a Paula, de repente, le parecieron estúpidas todas sus inquietudes—. Y las dudas… Bueno, es normal, lo raro sería que no las tuvieras.

—No, papá, eso sí que no. Vale que el amor no sea tan idílico como me lo había imaginado. Lo acepto y, si te soy sincera, le estoy cogiendo el gusto, pero ¿que haya dudas? No hay un amor en el que deba haberlas, del tipo que sea.

—Yo no tuve dudas con el amor que compartía con tu madre y la perdí. Veinte años casados, con la seguridad absoluta de que había encontrado a mi mitad, y la perdí. Si, incluso estando así de convencido, nunca sabes lo que puede pasar, ¿cómo no vas a dudar? Por favor, Paula, no seas ingenua.

—Entonces, ¿es normal tener dudas?

—¿Eres la misma Paula de hace diez años?

—No.

—Entonces, ¿qué coño sabes sobre cómo será la Paula de dentro de otros diez? Quizá a esa Paula ya no le guste Ro, o…

—Eso es imposible… —lo interrumpió.

—Pues chica, yo no sé qué más necesitas para dejar de estar aquí comiéndote la cabeza y comiéndomela a mí.

—Es que yo pensaba que, cuando la encontrara, dejaría de tener miedo, que me quitaría este peso de encima, esta incomodidad del cuerpo de no tener seguridad sobre nada, ni siquiera sobre el amor…

—Paula, quien no tiene miedo es un inconsciente. Tu padre lo fue. No seas como tu padre. —La solemnidad de su tono y el gesto grave de su cara hizo que Paula soltara una carcajada—. Los temores que tienes no van a desparecer, siento ser yo quien te dé esta noticia. Solo van a ir transformándose con el tiempo.

—Ya me he dado cuenta. Qué bien. —Sonrió Paula con ironía.

—Es hermoso, en el fondo, porque significa que importa. Mira, ahora te asusta no tener todo tan claro como esperabas y, cuando lo tengas cristalino, te asustarás por una amiga del gimnasio de la que tu novia no para de hablar, y después será la decisión de vender tu casa para comprar una en común, y un día no podrás ni dormir a la espera de unos resultados médicos de tu mujer. Tener miedo es humano, cariño. Y muy valiente, aunque no te lo parezca.

Le colocó el pelo detrás de la oreja con ternura, dándole el consuelo que a su niña Paula tanta falta le hacía. No es fácil, a veces, crecer.

—¿Y qué tengo que hacer para convivir con el miedo, papá? Siento que me asfixia… —Apoyó la cara en la palma de su mano, con los ojos tristes.

—Hacer las paces con él.

—¿Y ya está? —Rio por la nariz, alucinada por aquella salida tan aparentemente sencilla.

—Si no puedes con el enemigo, únete a él. —Se encogió de hombros, terminó su cerveza de un trago y volvió a llamar al camarero para pedir otra ronda.

Paula se había quedado desarmada, agotada por tanto dicho y tanto escuchado, con demasiados conceptos nuevos en la cabeza por asentar. Sentía que había vivido engañada, en una pompa de cristal que la mantenía alejada de la realidad, que a veces es cruel y, casi siempre, incierta. Se vio ridícula en sus pretensiones, como si hubiera aspirado a algo incompatible con el hecho de vivir.

Pensó en su abuela, esa artista de las maniobras de distracción que le había contado solo una parte de la historia, la hermosa, la que era agradable de oír, en un intento por que su pequeña acogiera en su interior, tan enorme como era, la palabra esperanza, la misma que ella no tuvo en su juventud. Hizo el esfuerzo de imaginarlos, a sus abuelos, cuando ella no miraba. Las disputas idiotas por cosas insignificantes, los días en los que no se soportaban, los puntos de inflexión en los que daban ganas de mandarlo todo al carajo y continuar la vida cada uno por su lado, las decepciones que se habían provocado el uno al otro. ¿Habrían tenido dudas ellos también? Ahora que lo pensaba, seguramente.

Ya no era la niña que se dejaba deslumbrar por cuentos de piratas, era hora de dejar de idealizar la vida, que es sucia también, que no es de postal y que duele. Había llegado el momento de mirar, ya no con sus ojos, sino con los de Ro, tan atada a lo terrenal, del mismo modo en que lo hacía ella cuando era Paula quien se la llevaba a volar por las estrellas. Tenía que despertar de una vez, dejar de habitar en el plano de los sueños y pisar con firmeza el mundo real, donde también hay belleza en la miseria, en los pliegues oscuros que todos ocultamos y que quien tenemos enfrente abraza con serenidad, porque te acepta y te quiere hasta cuando no lo mereces.

Sus pensamientos la llevaron inmediatamente a Ro, a sus sombras de lodo, a su lado más penoso, a los aspectos tenebrosos de su personalidad, y sonrió, porque hasta eso había aprendido a amar de ella.

Se le encharcaron los ojos y se vio a sí misma allí sentada, con su padre observador que se mantenía en silencio, obsequiándola con un momento de intimidad para que se diera cuenta de que nada era para tanto. Se miró y se vio sola, sin ella, tonta de remate por pensar en un futuro imposible de planear en lugar de estar gozando con ella de un presente que se las prometía dulcísimas.

Miró a ese hombre sin hogar, devastado en su interior, y fue consciente, por primera vez de verdad, de lo malditamente afortunada que era. Ella todavía tenía la oportunidad de correr hacia su amor, de pegarse a su costado y dejar que la presencia de su camarera hiciera trascendente su pobre existencia. Aún tenía el poder de quererla y dejarse querer por ella, pues seguía sosteniendo en sus manos su corazón de cemento, ya resquebrajado, a la espera del golpe final que deshiciera, de una vez, los últimos terrones para volverlo ligero.

Se levantó de un salto de su silla, rodeó la mesa y abrazó a su padre, que, sin palabras, ya sabía lo que su hija se disponía a hacer. Se

le atascó la emoción en el pecho cuando reconoció en Paula esa determinación en su mirada, esa ferocidad indómita de quien va a encontrarse con su destino, conocedor como era de que el destino tiene a veces nombre de mujer.

—Pago yo, ¿no?

—Son cosas que hace un padre por una hija. —Le dio un beso que duró seis veranos y se incorporó en toda su altura, asustada pero radiante.

—No te dejes nada, Pau. —La aludida se palmeó los bolsillos y escaneó la mesa, comprobando que lo llevara todo antes de abandonar el bar.

—Ya te contaré, papi. ¡Nos vemos!

—¡A ver cuándo me la presentas!

—¡Si no he llegado tarde, te la presentaré la semana que viene!

—¡Casi nunca se llega tarde al amor! —Sonrió con dulzura y se percató de que una mujer le estaba echando una mala mirada—. Déjese llevar un poco por el romanticismo, señora —le espetó, más feliz que en mucho tiempo.

Paula se perdió por la primera esquina y apuró el paso. Pensó en buscar un taxi, pero estaba convencida de que tardaría menos si iba corriendo. Y eso hizo: cardio como para una semana.

Quince minutos después, cruzó la avenida que llevaba hasta el portal de Ro y por poco no se la lleva un coche por delante al saltarse el semáforo. El amor no podía esperar más. Alcanzó la acera, sudorosa y resuelta, pero, justo cuando estaba a punto de llegar a su bloque de pisos, vio a su camarera, que volvía del parque con Conan. El perro, nada más verla, empezó a tirar de la correa y a menear el rabo como un loco, desesperado por ir a saludarla. Paula sonrió. Lo tenía en el bote. Al echar un vistazo a su chica, se preguntó si también la tendría a ella, pero su mirada neutra no le dio ninguna pista.

Cogió aire y lo soltó lentamente mientras caminaba los últimos metros hasta ella. Se le plantó delante con los ojos abiertos y la garganta seca, sin saber por dónde empezar. Tenía tanto que decirle… Agachó un segundo la mirada con un asentimiento risueño, pues acababa de comprender las palabras de su padre. «No te dejes nada». Volvió a levantar los ojos hacia Ro, que esperaba sin cambiar el gesto impasible de su rostro. No, no pensaba dejarse nada.

—¿Qué haces aquí, Pau?

30

Paula la miraba como si estuviera esperando que le salieran branquias. Su falta de expresión facial la tenía en tierra de nadie desde hacía diez interminables segundos. Una gota de sudor, como si fuera un dibujo de anime, bajó por su sien mientras se preparaba para su gran entrada. Carraspeó para limpiarse la voz y se cuadró en el sitio como un soldado frente a su superior.

—He venido a buscarte.

—Ya.

Ro no parecía muy impresionada. Paula se rascó la nuca.

—Ehm… Hey, hola, Conansito.

Huyó de la mirada impenetrable de Ro y se agachó para recuperar fuerzas y acariciar al animal, que estaba ya de los nervios por no recibir las atenciones que evidentemente merecía. Se entretuvo más de lo necesario en cuclillas, calmando su respiración y la batucada que le latía en el pecho. Si no fuera porque transpiraba a chorros tras la carrera y la tela se le pegaba a la piel, diría que no le llegaba la camisa al cuerpo. Tenía que tomar el control y empezar con lo que iba decidida a hacer.

Se irguió de nuevo y miró sin vacilación a Ro.

—Me falta la lluvia.

—¿Qué? —Ro se hubiera esperado cualquier cosa menos esa.

—Que en las películas, cuando la protagonista se da cuenta de lo idiota que ha sido y vuelve corriendo para recuperar a su amada, le dice todo lo que siente a gritos mientras las dos se empapan bajo la lluvia. Pero nada, no cae ni una gota. —Hizo una mueca de fastidio y puso ambas manos boca arriba, como esperando una precipitación que no estaba por la labor de llegar.

—¿Y cómo se supone que tiene que actuar la amada en esos casos?

—Se hace la dura al principio y también le grita, muy enfadada, pero luego se le vuelan las bragas al presenciar semejante demostración romántica.

—Ojalá yo llevara bragas.

—¡¿Qué?! —Abrió los ojos, atónita, y echó un vistazo rápido a su escueto pantalón corto.

—Eres una facilona, ya has perdido el hilo de lo que estabas diciendo.

—Es culpa tuya, que te empeñas en cargarte mis intervenciones estelares.

—Tus frases de guion, ya. —Puso los ojos en blanco—. Bueno, ¿y mi demostración romántica?

—¿Quieres que te grite en plena calle que no estoy segura de nada en la vida, pero sí de que estoy enamorada de ti?

—Sería un buen comienzo. —Intentó evitarlo, pero le salió un tono más coqueto del que pretendía y se ruborizó—. ¿Paseamos?

—Vale.

Paula se colocó a su lado y procuró no rozarle el brazo al caminar para no añadir la electricidad que generaban la una en la otra a todo el movimiento sísmico que ya rugía en su interior. Un silencio pesado las envolvió y Paula pensó que no podía más con tanta tensión.

—Podrías sonreír un poco, ya sabes, para relajar el ambiente.

—Eres tú la que necesita una escena de película, y ya has dicho que la chica tiene que hacerse la dura.

—Yo no necesito una escena de película —comentó con la mirada perdida en un punto inconcreto—. Contigo las tengo a todas horas, solo que no eran las que yo esperaba.

—¿Y cuáles esperabas?

—Pues mira, el primer beso. Es una de las partes más importantes en cualquier historia de amor, pero el nuestro fue torpe, le faltó ritmo narrativo.

—La verdad es que sí. No parabas de hablar.

—¡Es que estaba muy nerviosa! —Elevó las manos hacia el cielo para hacerse entender, y Ro la miró de soslayo. Qué tonta era.

—Con lo bien que se te da provocar tus clichés… Esperaba más de ti, francamente.

—Me pilló de sopetón, no creí que nos fuésemos a besar y tuve que improvisar sobre la marcha.

—Fue tierno, muy… muy tú.

Ro quiso acariciarle el brazo, pero prefirió quedarse quieta y dejar que Paula diera vueltas y vueltas con su verborrea imparable hasta encontrar un hueco por el que colarse y decir lo que en realidad quería decir.

—Bueno, ¿y cuando decidiste que querías ser mi novia? Otro fracaso cinematográfico. No hubo petición empalagosa, ni violines, ni velas aromáticas, solo una presentación con mi madre y tres palabras: «Soy su novia».

—Quedó bonito, capulla, porque, a pesar de no estar solas, fue algo que únicamente entendimos nosotras.

—¿Qué entendimos?

—Que nunca antes te había llamado así, y que era importante.

—Muy importante. —Suspiró la escritora, cada vez más cómoda en su piel al ver que Ro le seguía el juego—. ¿Y cuando nos acostamos la primera vez? Todo mal.

—Perdona, pero fue el mejor primer polvo de la historia de los primeros polvos. Me follaste con el corazón, y nunca me lo habían hecho así.

—Pero te dije que te quería a la mañana siguiente y lo jodí todo, porque era mentira y tú no lo dejaste correr.

—Me alegro de que reconozcas que fue una cagada monumental.

—¿Ves? Todos los que se supone que son grandes momentos fueron un cuadro, nadie pagaría un duro por verlos.

—Entonces, ¿por qué has dicho que no necesitas ahora una escena de película porque conmigo las tienes todas? ¿Ya estás mintiendo otra vez?

—No, es que resulta que contigo tengo justo las que no salen en la gran pantalla.

—Ponme un ejemplo.

Paula se quedó pensativa y tuvo que esforzarse en elegir solo una de las cientos de imágenes que se proyectaron en su cerebro.

—Me quitas el mando de la tele cuando te desquicia que abra y cierre la tapa de las pilas, encajas tus dedos con los míos para que pare de molestar y yo sonrío, porque ya nos quedamos así, de la manita, lo que queda de noche.

Ro apretó la sonrisa para que no se hiciera demasiado evidente. No lo quería admitir, cínica como era, pero lo cierto era que estaba flotando.

—Dime otro.

—Me llenas la encimera de cajas de infusiones, pero te gusta colocarlas cromáticamente. A mí me desespera tu desorden organizado, pero me hace feliz verte en cualquier rincón de mi casa.

—Otro —susurró la camarera.

—Me hace gracia cuando toses para ocultar un pedo. Me estoy riendo un buen rato mientras tú piensas que eres una pedorra *ninja* imposible de detectar.

—¡Yo no hago eso!

—Sí lo haces, y yo me parto de la risa. Mierda, ya he desvelado mi secreto.

—Pues no sé a quién crees que engañas tú cuando vas al baño y pones la música. Sé perfectamente que estás cagando, Paula.

—¿Y no es eso, acaso, hermoso?

—Es un horror, la confianza da asco.

—Es el lado feo del amor, ¿no?

Ro la miró con las pupilas dilatadas y el corazón detenido, con verdadera atención. Ya se iba acercando al núcleo del asunto y lo sintió en la pesadez del aire y en el sonido de aves ruidosas que alborotaba sus tripas.

—Me has enseñado a amar también esas cosas, porque son solo tuyas, y he llegado a la conclusión de que me gustan mucho más que los clichés que deseaba con tantas ganas. Esos se pueden tener con cualquiera.

—No te gustan más, Paula… —Negó con la cabeza, sin querer dejarse embaucar por su palabrería.

—Sí, Ro, porque en ellas sí que hay verdad.

—¿Ahora amas la verdad? —Rio con ironía, se detuvo en mitad de la acera y se encaró con ella, dispuesta a encontrar la falsedad en sus ojos. Sin embargo, no la halló, y eso la dejó descolocada.

—He tenido un montón de escenas memorables en mi vida, créeme, porque me esforzaba mucho en crearlas. Y el resultado siempre era impresionante y muy vistoso, sí, pero estaba vacío. Como una peli. —Dejó salir todo el aire de sus pulmones y ladeó la cabeza, como hacía siempre para mirarla—. Me he dado cuenta de que en realidad empiezo a ser la protagonista de mi vida cuando se cierra el telón, se apagan los focos y volvemos a casa mientras pides una *pizza* con anchoas, aunque las detestes, solo porque a mí me gustan. Nunca me he sentido tan trascendente como en esos instantes, aunque no haya confeti ni banda sonora.

—Paula…

—Ya sé que no soy la tía más cuerda del planeta, y que a veces se me irá la pinza e intentaré llenar la calle de bailarines de claqué para que hagamos un número musical, pero también querré tus infusiones de colores en mi encimera y tus bragas sucias en mi cesta de lavar.

—Estás demasiado lúcida, me estás asustando. —Rio nerviosamente.

—Hasta los marcianos se acostumbran a vivir en la Tierra, ¿no? —Se encogió de hombros con simpleza y sonrió con los labios apretados —. Lo único que intento decirte con esto es que me da igual el minotauro, mi abuela y el Cristo redentor, yo solo quiero escribir sobre ti mientras tú lees y me miras a escondidas creyendo que no me

doy cuenta.

Ro se agarró con la mano libre a su camiseta y la apretó en un puño, como si necesitara sostenerse en algo para mantener el equilibrio. Apoyó la frente en su barbilla y cerró los ojos un segundo antes de volver a alzar la vista y dar el salto que la salvaría o la condenaría para siempre.

—¿Estás segura? No puedo soportar más idas y venidas, Paula, no quiero que te alejes cada vez que a tus expectativas no les alcance lo que sientes por mí.

—Ro, pero si tú y yo hacemos magia hasta en las tomas falsas… —Le colocó los mechones sueltos de su coleta desprolija tras las orejas y contuvo el impulso de acariciarla—. Eso supera cualquier expectativa que me hubiera formado. Yo no pensaba que fuera a ser especial hasta ir a hacer la compra.

—Eso es por ti, que estás continuamente inventándote historias sobre la increíble invención del alioli.

—Pero tú te dejas enredar por mis tonterías y te ríes, y me quieres un poco más cuando se me va la olla, y eso no lo hace cualquiera, solo la elegida. La elegida que me ha elegido a mí.

—Joder, para no querer montar un *show* te está quedando una escenita de puta madre. —Se quitó las lágrimas con las manos y sorbió por la nariz, emocionada.

—Estoy sudando como una cerda, tú vienes prácticamente en pijama de sacar al perro y he estado hablando de tus pedos. Esto está siendo un absoluto despropósito, Ro.

—Sí, pero, aun así, te está quedando precioso, maldita.

—Eso es precisamente lo que llevo intentando explicarte todo este rato, mi amor: que lo sencillo también da para peli.

—¿Mi amor?

—Sí, eres mi amor, porque yo te estaba buscando y aquí estás. —Guardó silencio para coger aire y desanudar el lío de su garganta—. Aquí has estado todo este tiempo, con la madeja en las manos, y yo he vuelto hasta ti, siguiendo el hilo, convencida de que este no es el amor que soñé, sino que es todavía mejor, porque tiene mucho de lo que imaginaba, pero también de lo que no.

—Joder, Paula, la madre que te parió. —Se pasó el antebrazo por las mejillas, que chorreaban del llanto más feliz de su vida.

—¿Te puedo dar un abrazo ya?

—Sí, ya se me han volado las bragas con tu demostración romántica, enhorabuena.

—Creía que no llevabas…

—¿Ves? Nunca paras de hablar cuando…

Paula impactó contra su cuerpo y la alzó en el aire, dando vueltas sobre sí misma y enredándose las piernas con la correa de Conan. Estrechó su cuerpo menudo, cuarteado por la espera, y se afanó en borrar con los dedos cada línea que se había abierto en su piel. Le dedicó a esa tarea un tiempo infinito, olvidado ya lo políticamente correcto y el espectáculo callejero que estaban dando. En definitiva, dejó para la galería un plano secuencia que no estaba hecho para impresionar, pero que había quedado de anuncio.

Cuando creyó que ya estaba restablecida la tregua entre ellas, volvió a depositarla en el suelo y cogió su rostro con las manos, como si no se lo terminara de creer. Estaba hermosa con su cara lavada, las ojeras de la preocupación y el hoyuelo que solo le salía cuando le sonreía a ella. Porque sí, Ro ya estaba permitiendo que la felicidad le inundara el sistema inmunitario y que llegara hasta el extremo de todas sus terminaciones nerviosas, en un viaje de ida y vuelta que estaba provocando un huracán en sus entrañas.

Podía permitirse sentir sin precaución, pues notaba, ya no en las palabras de Paula, sino en su manera apasionada de decirlas, que la escritora empezaba, por fin, a confiar en sí misma, en sus sentimientos apoteósicos. Acababa de voltear delante de ella, una a una, todas sus cartas, mostrando una mano que, aunque no era perfecta, era lo suficientemente buena como para ganarse su corazón.

Paula había hablado con tanto fervor sobre su amor de carne y hueso, con un convencimiento y una vehemencia tan similares a los que utilizó aquella vez que le dibujó el amor en el que creía, que no le quedaba más remedio que creérsela. Se alzó en sus puntillas para aproximarse a esa boca que había echado de menos durante los días que había estado dentro de su laberinto interior, y dejó un roce mínimo de labios, respirando de su aliento, mojándose de su saliva, buscando volver a conectar con su escritora perdida.

Se separó de ella cuando sintió la noche caer a su alrededor, desubicada en tiempo y en espacio, como si hubieran regresado de un viaje muy largo. Su Teseo valiente, de nuevo en casa.

Ese pensamiento tiró del que venía a continuación y se separó de ella, frunciendo el ceño.

—¿Y el minotauro?

—¿Qué pasa con él?

—Lo… ¿lo has matado?

—No. —Paula se mordió los labios e hizo un gesto de contrariedad. A Ro se le reflejó el pánico en el rostro—. Resulta que ese miedo no se

puede matar.

—¿Cómo que no? Paula…

—Ven, vamos a casa.

Tomó su mano, dieron la vuelta y se dirigieron de nuevo hacia el piso de la camarera, que estaba a apenas dos manzanas de distancia. Hicieron el trayecto en silencio, asentando el insólito escenario en el que se movían, nunca antes habitado por ninguna de las dos: el de las relaciones estables, el del amor que no se agota, el de la compañía que no cansa. Ro se moría de ganas por decorar con Paula esa habitación desconocida, y la miró de soslayo mientras entraban al portal, rezando por que su chica estuviera pensando lo mismo.

Nada más entrar al apartamento, Conan se fue corriendo a beber agua y tumbarse, las dejó solas y un poco intimidadas por todo lo expuesto y las preguntas que aún quedaban por responder. Se abrazó a la cintura de Paula, aún en el recibidor, y apoyó la cabeza en su pecho para volver a acostumbrarse a su calor, a su presencia entre las cuatro paredes recién pintadas de su casa, en la llanura solitaria que conformaba su mundo de puertas adentro.

La fue empujando hacia el comedor, sacando su risa juguetona y caricias en la espalda. La obligó a sentarse en el sofá y Ro se encaramó a ella a horcajadas, tomando asiento sobre sus rodillas para quedar a la misma altura.

—Entonces, ¿has vuelto para quedarte?

—Sí, todo el tiempo que me lo permitas.

—¿Y si ese tiempo es un montón enorme?

—Hasta que tú quieras, Ro. —No fue una promesa, pero lo pareció.

—¿Tan convencida estás de lo que sientes? —El tono necesitado de su voz hizo consciente a Paula de la inseguridad que había inoculado en ella. Suya era la tarea de hacerla desaparecer. ¿Con palabras vacías? No, con su presencia constante alrededor bastaría.

—De eso estaba convencida desde hace mucho, mis dudas eran otras.

—Ya.

—Y las he resuelto. Te lo he dicho antes, en mi increíble *performance* romántica, ¿me has visto? Tremendo despliegue. —Resopló y se echó hacia atrás en el sofá, satisfecha con su trabajo.

—Lo has hecho genial, y eso que no era lo que pretendías. —Ro le acarició los hombros con cariño, aguantando las ganas de comérsela a besos.

—Así funcionamos tú y yo. Hacemos cosas como si nada, y resulta que esas son las que valen de verdad. Ahora lo veo.

—¿No quieres tu comedia romántica?

—Las pelis solo duran dos horas, yo quiero que lo nuestro dure mucho más. Es imposible mantener la intensidad siempre en la cresta de la ola. Hace un rato, alguien me ha dicho que no se puede vivir instalada en la poesía, que es insoportable.

—¿Quién es esa persona?

—¿Para qué lo quieres saber?

—Para mandarle una cesta de frutas y darle un abrazo.

—Joder con la camarerita, me declaro y ya está deseando conocer al suegro.

—¿Has estado con tu padre?

—Sí, y no sé por qué no lo había hecho antes. Es lo más parecido a mi nana que queda en el mundo. —Hizo círculos con los pulgares en los muslos de Ro, meditabunda—. Creía que necesitaba hablar con ella, pero en realidad eran sus consejos de hombre con el corazón roto los que me hacían falta para despertar.

—Pues buenos días, escritorita. —Enredó los dedos en el pelo de su nuca y le besó la nariz—. ¿Qué más te ha dicho?

—Que eres una chica lista, que no te deje escapar.

—Ese señor es un grande, ¡Jacinto, te quiero! —gritó, con la cabeza echada hacia atrás.

—Eres imbécil.

—Y tú muy guapa. Pero vamos a ponernos serias, que a mí hay algo que aún me tiene con la mosca detrás de la oreja. ¿Qué hacemos con el minotauro?

—Aprender a convivir con él.

—Pero vamos a ver, según el mito, Teseo se enamora de Ariadna, entra al laberinto, lo destruye y vuelve con su amor. Tú qué pasa, ¿que trabajas menos que los Reyes Magos, o qué?

Paula soltó una carcajada y se abrazó a ella. Su ligereza era el antídoto que necesitaba su personalidad, tan sin decantar, que, en grandes cantidades, era nociva para su propia salud.

—No te rías, Pau, que yo he estado ahí como una pringada esperando en la puerta y tú no has cumplido con tu parte.

—¿No se suponía que yo era la de los cuentos mitológicos?

—Bueno, me lo has pegado, apechuga con ello. La cuestión es que hay un bicharraco de dos metros que te pone en mi contra cuando me acerco demasiado, y no sé tú, pero yo a eso no me puedo acostumbrar.

—Te estoy entregando mi amor, Ro, es imposible estar más cerca de ti. ¿Lo ves por alguna parte?

La camarera se separó de su cuerpo y echó un vistazo a la estancia.

Las mismas paredes de gotelé, los muebles escasos, pero ninguna bestia en las inmediaciones. Negó con la cabeza.

—Eso es porque ya no le tengo miedo al amor, porque estoy enamorada —dijo con simpleza y una sonrisa gigante.

—¿Aunque no sea como esperabas?

—Y dale. Ro, eres muy pesada.

—Es que yo… yo también tengo miedo —murmuró, avergonzada, y Paula le besó el mentón.

—Entonces te lo repetiré todas las veces que te haga falta para que te metas en la cabeza que lo que tengo contigo es mejor que lo que estaba buscando, a pesar de seguir temiendo que no sea para siempre. Creo que ese es el miedo que, aunque no está continuamente presente, no desaparece nunca.

—Ya, yo también lo creo —suspiró, con un retazo de tristeza.

—¿Tienes miedo a perderme? —Agitó las cejas con socarronería.

—No he estado una semana acojonada por que no me importes, guapa.

—Te escucho. —Puso las manos tras su cabeza, preparada para disfrutar de un poquito de vanidad bien alimentada.

—Yo no necesito a nadie, quiero que eso lo tengas muy claro.

—Lo tengo.

—Así me gusta. —Se inclinó sobre ella y le dio un pico rápido—. Me basto y me sobro para obtener por mí misma mi felicidad, no necesito una pareja para sentirme completa, pero es verdad que hay algunos huecos que no sabía lo bien que sentaba llenar.

—¿Cuáles son esos huecos?

—El de la soledad es uno muy grande, y yo siempre lo he llenado —se apresuró a decir—, pero nunca he sabido lo que era que me miraran como si fuera lo más preciado para alguien. Suena egoísta, y es horrible, pero tu miedo a perderme me hace sentir importante. Me… me gusta. Soy una persona de mierda… —Dejó caer la frente contra la de Paula, abochornada.

—No, claro que no, Ro. Eres humana, y eso no es malo. Todos queremos que nos quieran.

Paula la abrazó con fuerza, y se dijo que nunca iba a permitir que Ro volviera a sentirse sola en el mundo. No lo pronunció en voz alta, pero fue un juramento que se hizo a sí misma. Daba igual que se extraviaran en los complejos caminos del amor, no importaba que se les diluyera la pasión, ni que dejaran de quererse como tontas enamoradas, pues ella sentía que la estaba amando de una manera que no podía erosionarse con el tiempo, ni con las inclemencias de la vida,

ni con el olvido.

Empezó a besarle la mandíbula tensa de dientes apretados. La fue relajando a cada pisada de sus labios en la piel, y Ro buscó su boca igual que un náufrago gasta sus últimas fuerzas para alcanzar la orilla. Le cedió el control a Paula para que se la llevara lejos de su propio monstruo, que le despistara los pensamientos para no ahogarse con sus inquietudes, y ahí fue cuando comprendió que tenía razón. El miedo no se evapora en el aire por muy instaladas que estemos en la felicidad. Tendría que confiar en que Paula lo alejara a patadas cada vez que asomara la patita, y aprender a hacer lo mismo con el de ella.

Ro le quitó la camiseta y se pegó a su torso con desesperación. Su miedo se hacía más grande cuanto más la quería, pero era una buena forma de temer.

—Estoy aquí, cariño, estoy aquí —le susurró la escritora contra la oreja.

—Y yo…

Sus dos miedos enfrentados, cada uno en un lado del ring, nacían del mismo lugar: el temor a quererse tanto que doliera. Pero, si eran capaces de aceptar el reto de dejarse, a veces, en manos de la otra, se harían más grandes que cualquier bestia mitológica, que cualquier vacío hecho de abandono, de silencio.

Mirar a los ojos a la oscuridad que albergamos y bañarla de luz la mayor parte del tiempo. Esa era la verdadera aventura.

Ro se levantó del sofá, se puso delante de Paula y la escritora la vio, por primera vez, diminuta. Se deshizo lentamente del resto de su ropa sin apartar los ojos de ella, y Paula hizo lo propio, mostrándose ambas desnudas no solo de cuerpo, aceptando de una vez por todas que solo eran dos chicas asustadas que estaban dispuestas a ser valientes, aunque a veces dudaran de su propia fuerza. La piel imperfecta a la vista, sin pretender ser otra cosa más de lo que se era, sin escudos ni pedrería, deseando una aceptación a salvo de juicios.

Se adoraban con la mirada, y a ambas les recorrió un escalofrío de alivio, pues si eran capaces de amarse así, muertas de miedo, podrían amarse de cualquier forma que la vida les pusiera por delante.

Volvió a subirse a su cuerpo, y temblaba, y Paula apenas lo notó porque ella también estaba tiritando. Les castañeaban los dientes del frío de no haberse tenido en los últimos días, por el hielo incrustado entre los músculos por la falta que se habían hecho, no por necesidad, sino por el calor que le da a una saberse, al fin, comprendida.

Paula intentó serenar sus manos para tocarla. La había encontrado en mitad del lodazal y, cuanto más limpiaba su piel, más le gustaba lo

que se escondía debajo. Estaba sucia, y era hermosa, y la estaba amando más de lo que pensó que podría amarse a una mujer que, *a priori*, no era para ella. El amor disfrazado de otras cosas, como el miedo, disfrutando juntos del carnaval.

Se reconocieron los rostros con las manos, como si fuera la primera vez que se veían así, a quemarropa, con la cara oculta de la Luna como espectáculo principal. Las yemas llenándose de sus frentes sudorosas, de sus párpados y sus mejillas, apartando el pelo pegado a la piel para observarse bien, para memorizar al detalle lo que tenían delante y lo que bullía dentro de cada una. Solo querían sentirse, piel con piel, sin intermediarios ni barreras.

La escritora bajó las manos a sus hombros, embobada con su tacto suave. Se estaba empapando, centímetro a centímetro, de Ro, y la camarera hinchó las aletas de la nariz para no dejar que las lágrimas le negaran la visión de esos ojos que ardían cuando la quería de esa forma loca suya.

Paula llegó con las palmas extendidas a su pecho, y allí acunó, sin los impedimentos de la carne y de los huesos protectores, su corazón de cemento. Regresó la mirada a la de Ro, pidiendo un permiso mudo, y esta asintió. Con los pulgares, empezó a retirar los restos arenosos del hormigón quebrado, que caían silenciosos en el hueco ínfimo que había entre ellas. Acarició las fibras, los tendones, y no era bello, pero latía por ella, y tuvo que morderse los labios para no romper en llanto.

Ro confió en sus manos de escritora, segura de que, su inesperadamente tierno corazón, estaría a salvo con ella.

A muchos kilómetros de ese piso lleno de sueños por cumplir, un minotauro cansado dejó caer sus hombros y suspiró. Ya poco podía hacer.

31

Paula iba haciendo pedorretas, calentaba la voz, estiraba los brazos y daba saltitos en el sitio, preparándose para hacer lo que peor se le daba en el mundo: improvisar.

Repetía una y otra vez en su mente una conversación inventada, con sus preguntas y respuestas, buscando en la supina inteligencia de su camarera un resquicio por donde colarse y, valga la redundancia, que colara su puesta en escena.

No tengo ninguna necesidad de hacer esto, sinceramente.

Desde la calle vio a Sara sentada en un taburete, tomando ya su café, y se lamentó de no habérsela encontrado de sopetón al entrar y que así su sorpresa hubiera sido más genuina.

—¡Hombre, Sara! —la saludó con dos besos y los ojos muy falsamente abiertos—. ¿Cómo tú por aquí?

—Pues mira, me he despertado temprano esta hermosa mañana de sábado y me he dicho: voy a hacerle una visita a mi colega antes de que vuelva al paro.

—Jajajajaja. Jajaja. Jaja. —Paula se rio muy tensa, matando a Sara con la mirada por haber sacado justo ese tema—. Buenos días, bella.

Le dio un pico a Ro, que miraba la escena con los ojos entornados. Paula tragó saliva.

—Buenos días, escritorita. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor. —Paula sonrió de oreja a oreja y Ro le correspondió justo antes de girarse para ir a pedir sus tostadas a la cocina. Paula, en un movimiento rápido que agitó su larga melena, se volvió hacia Sara y habló en un susurro airado—. ¿No podrías fingir un poco mejor?

—Habló la reina del disimulo, no te jode, que pareces una puta muñeca diabólica con esa sonrisa tan siniestra —dijo también en voz baja.

—No deberíamos haber quedado aquí —se lamentó Paula, negando con la cabeza mientras tomaba asiento.

Ro regresó con su café humeante y Paula volvió a sonreír como una loca del hacha, pero no como una excéntrica adorable, sino como una persona que realmente esconde cadáveres en el jardín trasero de

su mansión encantada.

—Paula, ¿te encuentras bien? —le preguntó Ro, desconcertada por su actitud, más extravagante de lo normal.

—¡Sí, sí, superbién! Gracias. —Le devolvió el azucarillo con ternura, olvidando la pantomima desastrosa que estaba llevando a cabo y dejándose embobar por la carita de su camarera. Le chorreó la sonrisa por la barbilla.

—Oye, a mí no me has hecho un corazón en la espuma. —Se indignó Sara, mirando la taza de Paula por encima de su hombro.

—Es que a mí me entrega su corazón y a ti no —chuleó la escritora, hinchando el pecho con orgullo. Ro también lo hizo.

—De esta desequilibrada me lo esperaba, Ro, pero de ti… Qué decepción, amiga, para lo que has quedado.

—Tú siempre serás mi primer amor, cariño. —Le pellizcó la mejilla con dos dedos. Un cliente la llamó, y dejó a las dos conspiradoras solas.

—Qué casual que nos hayamos encontrado aquí, ¿verdad? —Empezó a bromear Sara, que no podía dejar de reírse del rictus histriónico de la escritora.

—Totalmente fortuito. —Bufó, poniendo los ojos en blanco—. Sigo sin entender por qué hemos quedado para hablar de eso aquí.

—Porque está cerca de tu casa y esto está siendo divertidísimo. Uf, eres una obvia, tía, me meo con tus caras.

—Yo soy una obvia y Ro más lista que los ratones colo… ¡Hola, Ro, mis tostadas, muchas gracias, qué pinta, ñam! —dijo en voz demasiado alta, dando un respingo en su taburete al verla aparecer frente a ella.

—Paula, dime la verdad, ¿te has drogado? —preguntó muy seriamente la camarera.

—¡No! Es que tengo mucha hambre. —Bajó el tono de voz, mirando su desayuno con timidez.

—Qué linda —se le escapó a Ro con demasiada dulzura. Sara tosió de la impresión y casi se ahoga con el café. No terminaba de acostumbrarse a ver a su amiga así—. ¿Vais a hacer algo interesante hoy?

Sara y Paula se miraron y entablaron una conversación telepática con movimientos de cejas y fruncidas de frente. Después de diez segundos de silencio, ambas asintieron y, lentamente, volvieron los ojos hacia la camarera.

—No lo sé —habló Sara como si estuviera testificando en un juicio.

—¿Se puede saber qué coño os pasa? Estáis rarísimas. Ahora

vengo. —Volvió a marcharse a atender una mesa y las dos rompieron a reír.

—Joder, somos un puto desastre. Parece que vamos a organizar, qué sé yo, una pedida de mano. —Sara se llevó la taza a los labios con una risita nasal y miró la cara de iluminada que estaba poniendo Paula. La señaló con un dedo sin soltar la taza—. No, Paula, ni de coña, ¿me oyes?

—¡Claro que no voy a pedírselo, joder! Solo… solo me estaba imaginando cómo sería…

—Qué linda. —Imitó el tono empalagoso de Ro—. ¿Ya te lo imaginas?

—Nunca lo he pensado, pero al decirlo tú pues… Se me ha venido una cosa a la cabeza. Ya sabes…

—Cuéntame. —Apoyó los codos en la barra y la cabeza en las manos para prestarle toda su atención.

—Es una tontería, pero seguramente… Paso, te vas a burlar. —Negó con la cabeza y dio un bocado a su tostada.

—Que no, te lo prometo. —Bajó la voz al pasar Ro por delante de ellas—. Ya no me puedes dejar con la duda.

—Pues… pues seguramente, metería el anillo en un sobre de azúcar.

Sara abrió los labios para hablar, entornó los ojos, cerró los labios, volvió a abrirlos y terminó haciendo un gesto de extrañeza.

—¡¿Qué?!

—Es una cosa nuestra, cotilla. Cuando suceda, si sucede, dentro de muchos años, te lo explicaré. Quizá para entonces tengamos otra tontería diferente, quién sabe.

—Va, Pau, hazme un *spoiler* —le rogó juntando las manos delante de su cara y haciendo un puchero. Paula refunfuñó. Era débil.

—Yo tomo el café sin azúcar y ella lo toma con dos azucarillos, así que yo siempre le doy el mío. Esa fue la excusa que utilicé para pedirle la primera cita: mantener el equilibrio de azucarillos en el mundo.

—Hostia con la escritora, ¡qué buena! Joder, me la apunto, ahora entiendo muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Ro, que parecía omnipresente.

—Ahora entiendo que te fijaras en esta chavala, Ro. Hasta yo le hubiera aceptado una cita si me suelta la teoría de los azucarillos.

—¡Paula, esas cosas no puedes contárselas a ella! —Le dio un golpe en el hombro y un pisotón al suelo—. Ahora se estará riendo de nosotras toda la vida. —Ante esa previsión de tiempo tan lejana, Paula

sonrió como una estúpida y Sara puso los ojos en blanco. Esa chica siempre igual.

—De vosotras no, guapa, de ti. En ella es normal esa intensidad —la corrigió su amiga—. Bueno, pues yo me voy a ir yendo. —Sara se levantó del taburete, le lanzó a Paula una mirada elocuente y se dirigió a Ro—. Esta noche nos tomamos algo. Te llamo.

—Vale, pero a ver a qué hora me vas a llamar, que quiero echarme la siesta.

—¡Yo también me voy! —Paula se levantó de un salto, se bebió el más de medio café que le quedaba de un trago apresurado y sacó la cartera tan aceleradamente que se le cayó al suelo. Cuando se incorporó tras cogerla, estaba roja como un tomate—. Cóbrame lo de la semana y lo que haya tomado Sara, porfa.

—El próximo día, el café descafeinado, escritorita. —Con un gesto de estupor, cogió el dinero y le llevó las vueltas—. ¿Te vienes esta noche con nosotras?

—He quedado con las chicas para cenar.

—Pues que se vengan también —dijo Sara sin darle mucha importancia.

—Ya veremos —sentenció Paula—. En fin, me tengo que ir que tengo que hacer una… una cosa. Hasta luego, que te sea leve el día, cariño. —Se estiró sobre la barra y le dio un beso de despedida.

—Adiós, *cariño*, luego hablamos —se mofó Sara, dándole dos besos a su amiga y saliendo junto a Paula.

Ro las observó desde la barra con los brazos cruzados. Una vez fuera, cada una tiró para una dirección, pero, justo antes de apartar la mirada y seguir con su trabajo, vio que Paula correteaba de nuevo calle arriba, tras su amiga. Agitó la cabeza, sin comprender absolutamente nada, pero con una mosca como una catedral detrás de la oreja.

En la calle, Paula alcanzó a Sara en apenas unos segundos, intentando pasar rápido por delante de la cristalera para que su chica no la viera. Creyó que lo había conseguido, pero nosotras sabemos que no fue así.

—¿No te parece mal haberle quitado el teléfono a tu chica para quedar conmigo? —inquirió Sara cuando Paula se puso a su lado.

—Es por una buena causa. ¡Te prometo que no cotilleé!

—Eso lo daba por hecho. Estás majara, pero no creo que tanto. —Le dio unas palmaditas en la espalda y se sentó en la primera terraza que vieron.

—Un angelito soy. Perdona, ¿nos pones un par de cafés?

—¿Otro café? A mí ponme un tercio.

—Tienes razón, que sean dos. —La camarera asintió y entró al bar a por el pedido—. Bueno, pues aquí estamos. —Resopló. Estaba muy nerviosa.

—Pues sí, aquí estamos, confraternizando a escondidas de mi mejor amiga. —Le sonrió para deshacer la incomodidad de la escritora —. Pues tú dirás, soy toda orejas.

—Tienes… tienes las orejas muy bonitas —dijo en un murmullo azorado. Sara soltó una risotada.

—No hace falta que coquetees conmigo. Relájate, coño, ni que fuera la primera vez que nos vemos.

—Es que esto es un poco raro, ¿no? Quedar contigo, sin ella.

—Bueno, supongo que hay una razón de peso para que esto haya sido así, y me estás creando una curiosidad insoportable. Ahora comprendo mejor a Ro.

—¿En qué?

—En el tema de la intriga, sabes generar misterio. Y mi amiga se vuelve loca si no es capaz de resolver un enigma.

—Pues yo, sinceramente, espero que no resuelva el mío.

—Nunca se termina de conocer a la gente, o al menos eso dicen. Por esa parte puedes estar tranquila.

Les sirvieron las cervezas y Paula se bebió la mitad de un trago. Cogió aire y lo soltó despacio, sabiendo que tenía que empezar a hablar.

—A Ro se le termina el contrato en dos semanas.

—Sí, algo había oído.

—Y el bar es, bueno, importante para nosotras, o al menos para mí, no sé si para ella…

—Para ella también, Paula. —Rio entre dientes, enternecida por las dudas de la escritora—. Os conocisteis allí.

—¿Tú crees?

—No te tenía yo por una mujer insegura.

—Nunca he tenido nada que perder, pero ahora siento que eso ha cambiado.

—También tienes mucho que ganar, piénsalo así.

—Eso no me tranquiliza.

—Pensaba que ibas decidida a por el premio gordo: el amor. —Enmarcó las últimas palabras como si fueran un titular.

—Creo que nunca me he planteado de verdad la opción de encontrarlo. Acojona.

—Sí, sí que acojona, pero más asusta un retraso de la regla. —

Paula se carcajeó y terminó por calmarse del todo.

—Problemas de heteros. —Dio otro trago y se recostó en la silla—. En fin, a lo que iba, ¿qué te parece organizarle una cena de despedida a Ro? ¿Demasiado?

—Es un trabajo eventual de cinco meses, no es como si fuera a mudarse de ciudad. —Rio, pero Paula se quedó más seria que una paliza.

Su relación con Ro había adquirido un cariz diferente, más cierto, desde que ambas habían puesto en una bandeja de plata sus mutuos sentimientos para la otra, pero Paula, que no estaba acostumbrada a ganar, no las tenía todas consigo.

—¿Tú crees que se mudará?

—No, no lo creo.

—Yo espero que se quede, la verdad, pero como siempre me dice que es un culo inquieto y que nunca para mucho tiempo en el mismo sitio… Pues dudo.

—Rocío nunca para porque está siempre en búsqueda, aunque ella no se dé cuenta. Intenta encontrar un sitio a donde pertenecer, que sienta como suyo, pero nunca lo ha encontrado, por eso viene y va.

—Ya…

—A veces las personas no pertenecen a un lugar, sino a una persona.

Paula guardó silencio, mordisqueando el hueso de la aceituna que tenía en la boca. Ojalá tuviera razón.

—Pero bueno, que nos ponemos intensas y nos desviamos del tema —continuó Sara—. Una cena para despedir a mi colega Ro. Excesivo, pero, viniendo de ti, esperable. Me apunto.

—A ver, no quiero hacer la gran cosa, ¿sabes? Solo una cena con amigas. Lo del final de su contrato solo es una excusa.

—¿Excusa para qué?

—Para que vea lo bien que se está aquí, rodeada de las suyas y con una escritora más rara que un perro verde, pero que está loca por ella.

—Sutil. ¿No es más sencillo decirle que no quieres que se vaya, si se diera el caso?

—No, yo… Yo quiero que ella quiera quedarse, no influir en su decisión.

—Me sorprende lo bien que la has calado. Aunque tengo que decirte, porque aún es pronto para que lo sepas, que Ro no es una persona que se deje influenciar por la opinión de los demás. Si quiere irse, lo hará.

—Pero no lo hará.

—¿¡Y ahora estás segura!? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Quién te entiende?

—Ro. —Encogió los hombros en un gesto entrañable.

Sara la miró con curiosidad mientras Paula le contaba, entre aspavientos, sus planes para el primer fin de semana después de que finalizara el contrato de Ro. Nunca nadie se había tomado tantas molestias por hacer feliz a su amiga, nunca antes una persona que no fuera ella misma se había preocupado tanto por su bienestar, por hacerla sentir a gusto con su vida.

Paula sería un poco singular, eso era evidente, pero de alguna manera que no acertaba a comprender, equilibraba a Ro, le daba a su racionalidad un poco de viento en la espalda para impulsarla a volar. Solía mofarse de sus caras de enamorada, pero verle ese brillo en los ojos le hacía sentir que estaba en el lugar en que debía estar y, sobre todo, con quien debía estar.

***

Paula acariciaba distraída a Conan, que dormitaba sobre su cuerpo, tirados ambos en la cama de Ro con la cabeza en los pies, mirando el techo, ya sin manchas de humedad. El sonido de la puerta del baño hizo que el perro se incorporara y fuera a recibir las atenciones de su humana, que había llegado de la tarde de escalada con las chicas sudando a mares y directa a la ducha sin apenas saludar.

—Hola, bebé, perdona que no te haya dicho nada al entrar, pero es que olía a muerto, cosita —le decía Ro al perro en el pasillo, fuera de la vista de Paula.

—¡Ojalá un recibimiento así para mí! —lloriqueó, lastimera.

—¡Si te llego a saludar nada más llegar, apestando a sobaco, me dejas, y yo ya me he acostumbrado a que me saques al perro cuando tengo planes!

—¡Me utiliza, mi novia me utiliza vilmente!

—¡Deja de quejarte, si te encanta!

—¡Ni un piquito me has dado! ¿Me merezco yo esto?

—Escúchala, Conan, tiene cinco años.

—¡Quiero mi beso y lo quiero ya!

—Joder, qué impaciente, ¿es que me has echado de menos? —Entró al dormitorio con aires de superioridad.

—Te echo de menos hasta cuando dormimos, porque no te veo, aunque sueñe contigo.

—Cursi. —Se arrodilló en el suelo, a los pies de la cama, la abrazó

por el cuello y le dio sesenta y cuatro besos en la mejilla. Paula echó la cabeza hacia atrás, dejándola caer por el borde del colchón, para alcanzar sus labios y dejar allí uno más largo que todos los demás—. Hay que joderse, cómo te gustan los besos Spiderman.

—¿Besos Spiderman?

—Sí, como en la película, cuando Spiderman le da un beso a Mary Jane colgado boca abajo…

—No te sigo.

—Bah, no tienes ninguna cultura cinematográfica.

—Para eso estoy contigo, para que me des… clases. —Agitó las cejas y Ro se mordió el labio.

—No me pongas esa cara de golfa, Pau, que me acabo de duchar.

—Es que me pone muchísimo cuando hueles a champú. —Giró la cara y lamió los dedos que reposaban sobre su hombro.

—Siempre me haces lo mismo y luego tengo que ducharme otra vez.

—De eso nada, me encanta tu olor a sexo. —Paula se escapó del abrazo de espaldas de Ro y se colocó boca abajo, incorporada sobre un brazo—. Tu pelo revuelto —lo acarició—, tus labios hinchados por mis dientes —pasó por ellos el pulgar, y Ro se lo metió en la boca, succionando sin quitar los ojos de los suyos—, tu cara de recién follada.

—A tomar por culo.

La camarera agarró su pelo en un puño para besarla como si llevara dos semanas sin comer.

—Luego la facilona soy yo —insinuó la escritora como pudo, con el labio inferior mordido por su chica, que tiraba de él con agresividad.

—Es que sabes tocar las teclas adecuadas, manipuladora.

—¿Como esta? —Por encima de la tela de su ínfima camiseta, Paula pellizcó, sin dudas y a la primera, el pezón de Ro, que soltó un gemido gutural y entornó los ojos.

—Justo como… uhmmm… como esa…

Paula aprovechó el agarre en su camiseta para tirar de ella y subírsela encima mientras se daba la vuelta para quedar de nuevo tumbada sobre su espalda. Ro entendió el movimiento y se sentó en su tripa, observando con fascinación cómo se desparramaba su pelo castaño sobre la sábana. Paula era una diosa amazónica, contundente, peligrosa y brutal.

Cuando se hacían el amor del cuerpo, no quedaba nada de la chica tímida y peliculera del día a día. Se transformaba en una mezcla de erotismo y seguridad sexual que sabía muy bien cómo llevar a una

mujer como Ro, que venía de vuelta de todo, hasta lugares que no conocía.

Sus juegos de palabras mutaban en juegos de manos, de dientes, de lengua, de miradas que excitaban más que dos dedos ensartados hasta el centro mismo de su cuerpo. Controlaba los tiempos, el clima, más sucio en algunos momentos, más tierno en otros, más salvaje en los de más allá. Antes de creer, cuando la conoció, que Paula había nacido para el amor, pensó que lo había hecho para el sexo, pues toda la sensibilidad que tenía para apreciar los matices fuera de la cama, la tenía también dentro de ella. Era una artista de las artes amatorias, en todos los sentidos que pudieran abarcar esas palabras.

—Para tener tantas ganas de follar, te veo demasiado vestida. —Ro cogió la tela de su camiseta y la soltó, con una mueca de disgusto.

—Había pensado esperarte desnuda en la cama, pero me gusta tu cara de hambre cuando eres tú quien me quita la ropa.

—No mientas, Paula. Sé que te han entrado las ganas al verme salir de la ducha. —Se inclinó sobre ella y empezó a besarle el cuello con una lentitud exasperante—. Algún día podrías meterte conmigo y nos ahorramos un paso.

—Luego soy yo la de los clichés.

Una risa ronca y profunda, producto de la incipiente excitación que Ro estaba provocando con sus besos y lamidas, dio pie a que los dientes de la camarera se impacientaran. Le encantaba la voz de Paula en el sexo, sus jadeos de ultratumba, sus suspiros de desesperación. Una mujer que casi siempre estaba flotando en las nubes, fuera de su alcance, que se convertía de golpe en suya cuando compartían el placer.

Introdujo las manos bajo su camiseta sin desatender el cuello de Paula. Esta estiró los brazos hacia atrás, por fuera de la cama, entregándole su cuerpo todo para que hiciera con él lo que le diera la gana. Ro despegó la boca de su piel para mirarla, poco acostumbrada a esa pasividad paciente en una mujer tan arrolladora como Paula.

—Si te aburres, paro —le dijo, juguetona.

—Siempre te quejas de mis manos largas. A ver qué puedes hacer con esta estructura tú solita.

Ro elevó una ceja y se mordió el labio, aceptando el reto.

—Agárrate al somier, por si acaso.

Paula lo hizo, doblando los codos y abriendo las piernas de par en par, en un gesto absolutamente sensual. Demente. Erótico. Y a Ro se le prendieron las tripas.

Se bajó de su cuerpo y desabrochó el botón del pantalón corto que

llevaba. Deslizó la cremallera, tramo a tramo, dejando en el aire el clic, clic, clic de cada centímetro recorrido. Paula suspiró. No iba a ser fácil mantenerse quieta. Se maldijo, ¿a quién se le ocurría? Ro conocía su ansiedad demasiado bien.

El pecho le empezó a subir y bajar ante la atenta mirada de la camarera, que disfrutaba de los cambios casi imperceptibles que sufría su rostro a medida que crecían sus ganas. En sus ojos veía a un animal enjaulado por voluntad propia, que prometía una venganza terrible cuando decidiera escaparse. Puro espectáculo.

—Quítate la camiseta —ordenó Ro, metiendo los dedos por la cinturilla del pantalón para empezar a bajárselo.

—No, no, no. —La escritora negó con la cabeza muy lentamente. Ni siquiera pronunciaba los noes, solo eran chasquidos de la lengua. A Ro le estaba subiendo la fiebre con esa actitud sumisa pero desafiante —. Yo aquí ver, oír y callar.

—¿Así de fácil?

—Aprovecha tu tiempo, porque después no vas a saber ni en qué planeta vives. Tic, tac.

—Joder, Paula, me cago en la puta.

Le quitó los pantalones junto a las bragas de un tirón. Paula sonrió, la tenía donde quería. Normalmente era ella, quién lo iba a decir, la que llevaba la voz cantante en la cama. Su envergadura, sus sucias artimañas para dirigir a Ro allí donde deseaba, la manera en la que utilizaba todos sus encantos para que la excitación la cegara tanto que se dejara hacer sin darse cuenta. Porque esa era otra: Ro no soportaba la idea de perder el control. Pero lo perdía, siempre, aunque creyera que no.

La escritora levantó la cadera, provocativa, mostrándole a una Ro salivante todo lo que tenía para ella, pero esta se mantuvo impasible, observando esa grieta húmeda y rosada que la llamaba a gritos. Se relamió los labios. Para una vez que tenía a Paula a su merced, lo iba a aprovechar.

Besó su monte de Venus y la castaña cerró los ojos, esperaba su lengua gruesa recogiendo sus fluidos antes de comérsela entera. Sin embargo, Ro, en lugar de descender, tomó el camino del norte, subiendo la camiseta de Paula a medida que recorría su vientre a besos, bocados y lametones. La escritora puso los ojos en blanco, desesperada por que la camarera atendiera su bajo vientre calenturiento. Pero Ro no estaba por la labor.

Deambuló por su abdomen sin prisa, sin pausa, sin una pizca de piedad. Liberó sus pechos y se los aprendió de memoria con

parsimonia, contemplando cómo se erguían sus pezones, dolorosamente desamparados.

—Ro… —suplicó.

—No, no, no… —imitó sus chasquidos de hacía un momento—. Tú ver, oír y callar.

—La paciencia tiene un límite, cariño.

—Pues vamos a ver dónde está el tuyo, mi amor.

Y se metió el pezón que tenía más cerca en la boca, sacando de las tripas de Paula un gemido que podría haberse escuchado desde la calle. Se entretuvo en sus tetas todo el tiempo que le apeteció, rozándose contra la entrepierna de Paula sin llegar a darle lo que realmente deseaba. Le estaba empapando el muslo y a ella misma se le mojaba hasta el pantalón.

Cogió las manos de la escritora para que soltara el somier y le costó que destensara el agarre, de tan firme como era. Ante la mirada desconcertada de su chica, le quitó la poca ropa que le quedaba por la cabeza, dejándola completamente desnuda. En sus ojos vio la vulnerabilidad de quien se está entregando sin dudas, y tragó en seco. Estaba loca por esa mujer.

—Date la vuelta.

—¿Cómo?

—Que te pongas boca abajo. Me falta media Paula por recorrer.

—De la parte delantera te has dejado una zona muy importante.

Ro bajó una de sus manos y, con el índice, trazó toda la hendidura acuosa de Paula, que tiritó bajo su cuerpo. Se llevó el dedo a la boca y Paula tuvo que utilizar todo su autocontrol para no perder las formas.

—Gírate.

La escritora no dijo nada más porque se había quedado sin habla. Quizá había infravalorado a esa morena minúscula que tenía más carácter en la calle que en el catre. Se volteó y volvió a agarrarse a la barra del somier. De espaldas a ella, estaba más desprotegida que nunca. Pero confiaba en ella.

Ro le apartó el pelo de la nuca a un lado y empezó allí su itinerario: subió a sus omóplatos con la lengua y bajó por su columna, dejando un beso en cada vértebra; mordió sus caderas temblorosas y amasó con las manos ese culo rotundo y apetecible. Paula lo elevó del colchón, ofreciéndose a ella, suplicando una liberación que empezaba a hacérsele insoportable, y Ro decidió que se merecía un poco de tregua.

Deslizó la mano entre la sábana y su cuerpo, alcanzando con los dedos su entrepierna. Un latigazo recorrió los muslos de la escritora al

sentir ese roce ligero al principio y más contundente a medida que pasaban los segundos. Paula clavó las rodillas y empezó a moverse contra su mano, buscando velocidad, un contacto más firme. Ro se incorporó y observó cómo se mecía, cómo se ondulaban sus caderas y la manera en que la miraba con la cabeza apoyada, de lado, con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta.

No podía dejar de admirar el espectáculo de Paula moviéndose así debajo de ella.

—¿Te… ah… te gustan las vistas? —dijo la escritora entre jadeos.

—Las mejores de mi vida.

—Pues no te… joder… no te pierdas… esto. —¿Respirar? Una utopía.

Ro, sabiendo lo que venía, aceleró el ritmo de sus dedos, haciendo más intensas sus caricias, y se agarró a su cintura sin dejar de observar el estallido. Se empaparon sus dedos y Paula se mordió la mano para no montar más escándalo del que ya estaba montando. Tanto había jugado con sus ganas que estas habían reventado con ruido, con mucho ruido.

Cuando los espasmos se detuvieron y Paula creyó que ya estaba todo resuelto, Ro reinició el movimiento circular, deseando ver cómo se deshacía de nuevo. Con la otra mano, en una maniobra inesperada, la penetró de un golpe hasta el fondo de su cuerpo. La escritora abrió los ojos de sorpresa, de placer, y emprendió un movimiento de vaivén contra ella, rudo, violento, primitivo. Se follaba a sí misma y Ro creyó que iba a correrse sin que la hubiera tocado.

—Joder, Ro… pfff… más fuerte…

—¿Así? —Empujó más adentro, más duro, más rápido, curvando los dedos.

—¡Dios!

Tal y como Ro le había aconsejado, afianzó su agarre en el somier para que su cuerpo no volara con aquel segundo orgasmo demoledor, que se la llevó por delante como un tsunami. Temblaban sus piernas, su vientre, su pecho y hasta su alma mientras Ro no dejaba de bombear por dentro y tocar por fuera. Y ella no paraba de subir y subir en una espiral de goce extremo que parecía que no iba a terminar nunca.

Se desplomó contra el colchón, exhausta, rendida y feliz. Ro se tendió sobre ella y empezó a besarle los hombros, la mejilla, el pelo sudado pegado a su sien, para calmar sus instintos y que su respiración recuperara la cadencia habitual. Estuvieron así un tiempo sin medida, hasta que Paula tuvo fuerzas suficientes como para darse

la vuelta y abrazar el cuerpo de su chica.

—Vas a tener que esperarte un ratito para que me reponga, Ro. No tendrás por ahí una bebida isotónica y una barrita energética, ¿no?

—Jajajajajajajajajaja, no, no tengo nada de eso. No te preocupes, verte así por mis increíbles manos ya cuenta como polvo.

—Madre mía, Ro… —La miró con incredulidad—. Me voy a tatuar tu puto nombre.

—Ro, de Rosa. —Se mordió los labios para aguantar la risa. No funcionó.

—Risas, comedia, humor. —El tono indignado hizo que, finalmente, la morena soltara una carcajada.

—Ay, si es que te voy a comer. —Pasó los brazos por su cuello y le dio un beso en la mandíbula—. En tu mente sonaba espectacular, ¿verdad?

—Hombre, es que si te llegas a llamar así… Pfff… Me estaba explotando el cerebro.

—Y al final lo que se te explotó fue el globo. Siento haberte decepcionado.

—Rosa, como nombre, no tiene mucho gancho. En realidad, no te pega. Rocío tiene fuerza, va más contigo. Además, he estado pensando y no eres una rosa.

—Vaya, gracias, me siento muy halagada después de todas las historias que me has contado de tus abuelos y el amor.

—Ya, cariño, pero es que la rosa no es nuestra flor. —Puso un puchero que Ro besó—. No tenemos ninguna en concreto, pero el rocío… Ah… El rocío está en todas.

Ro se quedó parada a cinco centímetros de su cara. A su chica le brillaban los ojos. A saber el tiempo que llevaba esperando una conversación en la que sacar aquella idea mágica que se le había ocurrido. Seguro que llevaba semanas, meses, aguardando el momento adecuado para crear una de esas escenas que tanto le gustaban y que a ella tanto le calentaban el corazón.

Nunca tendrían un amor normal y corriente, Paula siempre se encargaría de hacer ese tipo de cosas, de sacarse un conejo de la chistera, de adivinar la carta que había cogido aleatoriamente del mazo. Y Ro pensó, mientras se desnudaba para ella, que si había un amor que pudiera durarle toda la vida, sería uno como ese que la escritora le daba.

32

El fin de una era. El postrero canto del cisne de las casualidades transformadas en destino por una mente siempre predispuesta a la magia. El último rincón en el que Paula había sido Paula y el sitio en el que, a pesar de todo lo vivido y aprendido, no había dejado de serlo. Un círculo perfecto, en el que el inicio mordía definitivamente el final, forjando una unión ensamblada a fuego justo ese día en el que Ro dejaría de trabajar en el bar donde la había conocido al terminar la jornada.

Cinco meses habían pasado. Cinco meses en los que la vida había dado un giro de trescientos sesenta grados para ella, poniéndola de nuevo de cara hacia el futuro, pero con una vuelta entera dada sobre su eje que le había mostrado el mundo en el que realmente tenía puestos los pies, y no el que le habían inventado. En una ocasión le dijo a Ro que esa panorámica completa había sido su castigo y su cruz, pero ahora entendía que había sido su salvación.

Caminaba ligera por su calle, sin el lastre de lo que se espera de una, no solo por otros, sino por nosotras mismas. Ya no cargaba sobre los hombros con la culpa de haberle fallado a su nana soñadora, ni con la pena que ennegrece un corazón loco por sentir, ni con la rabia de una niña mimada que lo ha tenido todo menos lo único que se le había antojado de verdad. Ni siquiera los miedos pesaban ya, más hechos de aire que de áspera piel animal.

Seguían pululando por ahí, en un lugar recóndito de su cerebro, apagada su voz la mayor parte del tiempo por los ruidos de la vida real y no imaginaria de la que se empapaba todos los días: la risa espantosa de Ro, los ladridos de Conan y los susurros de amor a media voz entre alaridos de placer y caricias acuosas. Sin embargo, resonaban alguna que otra vez, haciendo un eco que rebotaba en su caja torácica cuando menos lo esperaba.

Llegó frente a la puerta del bar donde había encontrado el tesoro pirata, unidas al fin las dos mitades del mapa, y lo miró con añoranza precoz. Seguiría yendo a escribir cada día, continuarían sus cafés con tostadas y su vino blanco con almendras de media mañana, pero ya no habría intercambio de azucarillos ni una morena curiosa dejándose

engatusar por su neblina de misterio.

Suspiró y sintió la trampa de la falsa nostalgia en la garganta. Como ya he dicho, aquello tenía toda la pinta de ser un final, pero olía también a comienzo.

—Buenos días, Ro.

—Buenos días, Pau. ¿Y esa cara?

La camarera dejó el trapo que tenía en las manos y se apoyó en la nevera que había bajo la barra para acercarse a ella. Paula se inclinó sobre la madera y le dio un beso que Ro se encargó de alargar. La escritora se subió a un taburete y sacó el labio de abajo en un puchero grotesco.

—Aún no te has ido y ya te echo de menos… —canturreó por lo bajo y Ro sonrió con los ojos brillantes de amor.

—¿De verdad estás triste porque es mi último día aquí?

—No estoy triste, no seas ridícula —le espetó, cruzándose de brazos, muy digna—. Devastada, eso es lo que estoy.

—Eres una dramática.

—Y tú mi camarerita. Pero ya no vas a ser mi camarera nunca más. ¿Cómo se supone que te tengo que llamar ahora? Todo es un desastre horrible e inhumano. —Agachó la mirada y a Ro no le quedó más remedio que echarse a reír.

—Puedes seguir llamándome camarerita. —Estiró el brazo y le acarició la mejilla. Paula dejó caer la cara contra su mano y Ro notó que, dentro de todo su teatrillo exagerado, estaba afligida de verdad —. Pero piensa en positivo, tengo un mes de vacaciones entero para ti.

—¿En serio? ¿Quieres que hagamos algo?

Paula se olvidó de su pesadumbre y se dejó incendiar por la ilusión. Abrió los ojos como una niña en una tienda de gominolas.

—Yo soy una mochilera, cariño. No sé si estás preparada para el tipo de vacaciones que a mí me gustan.

—Sí, estoy preparada. —Se levantó con decisión, asintiendo sin parar—. Nací preparada.

—Hay que andar mucho, subir montañas… No sé, Pau…

—Pero si tengo un culo de acero y el ciclo *indoor* de escalada me está dejando un tono muscular increíble. Toca, toca. —Sacó bíceps y Ro negó con la cabeza, apretando el músculo que, ciertamente, no estaba nada mal.

—¿Qué clase de vacaciones te gustan a ti?

—Pues… no sé, culturales. Me gusta visitar ciudades con historia, perderme en las callejuelas de los barrios viejos, entrar en cafeterías centenarias, en bibliotecas y museos…

—Rollito escritora bohemia, entiendo.

—¡Oye!

—Estoy saliendo contigo, es obvio que me gusta el rollito escritora bohemia, deja de llorar.

—Bueno, pero entiendo que no te apetezca si estás acostumbrada a otra cosa, no pasa nada.

—O sea, ¿que ya nunca vas a ir a sitios que te apetece conocer mientras estés conmigo?

—Mientras esté contigo, tú lo has dicho. Cuando me dejes, recuperaré el tiempo perdido. —Puso una mueca juguetona y Ro levantó una ceja.

—¿Y si estamos juntas para siempre?

—Eso me encantaría.

—Pues eso, ¿y si pasara?

—Entonces, Rocío, tendríamos que llegar a algún tipo de acuerdo. Una pareja no es… espera, ¿cómo era…? ¡Ah, sí! —Carraspeó e imitó el tono de voz chillón de la camarera, que reía como una tonta enamorada—. Una pareja no consiste en que tú cedas siempre, eso no es romántico, estúpida escritora demente.

—Eres gilipollas, Paula.

—Para que veas que te escucho, profe.

—Uf, Pau… ¿Te gustaría que me disfrazara de profesora sexi? —dijo con tono seductor.

—Eh… —Se quedó con la boca abierta y cara de lela. Siempre tan fácil.

—Mientras te lo piensas, voy a ir preparándote el desayuno.

Paula agitó la cabeza para deshacerse de las imágenes más que sugerentes que habían aparecido en su mente y volvió a sentarse a trompicones en el taburete. Echó un vistazo al interior de la barra, al hueco que había en la estantería donde Lola tenía colocados sus libros y que Ro rapiñaba en cuanto terminaba el que tuviera entre manos. Se esforzó en integrar a su organismo, como en un infusionado de sensaciones en su memoria a largo plazo, los olores mezclados con el de su camarera, el sonido de sus pasos cortos y veloces, el calor que emanaba su cuerpo y que ella podría reconocer hasta en el infierno, su presencia constante en ese espacio sin ostentaciones que ahora le parecía el más maravilloso del planeta.

Cerró incluso los ojos para que penetrara hasta su tuétano todo de lo que estaba impregnado el ambiente para recordarlo cuando le faltara, aunque hubiera otros escenarios, seguramente mejores, pero jamás iguales a ese.

Ro la observaba a través del espejo mientras el café caía lento en la taza y la imitó, bajando los párpados. Había aprendido a valorar sus rarezas y las repetía de cuando en cuando, poniendo en relieve la lección aprendida de que a veces hasta lo mundano podía ser extraordinario. Apreció su respiración calmada a su espalda, su manera de tenerla continuamente en su ángulo de visión hasta cuando no la miraba, porque, si los corazones tuvieran ojos, estaba convencida de que los del corazón de Paula estarían siempre posados sobre ella.

Nunca había sido el centro de nadie, pensó, ni de nada, pero la escritora era capaz de hacerla sentir el núcleo mismo del universo. Sin pretensiones, ni declaraciones pomposas, ni viento huracanado, solo con su forma sencilla de situarla en el tiempo y en el espacio, con una mirada limpia, con las pupilas puestas en su cuerpo de nada y una sonrisa que significaba «me tienes». Y «te tengo», quizá. Eso era suficiente para que toda su vida cobrara, de repente, relevancia.

No había un objetivo determinado en su acto de poner una chincheta de colores con su nombre en el mapa del mundo, únicamente la voluntad de no perderla de vista entre la multitud, pero eso hacía que Ro, que nunca había estado perdida, se encontrara.

El hilo que saca del laberinto, sano y salvo, al Teseo valiente, pero que, atado en las piedras de la entrada, permite a su vez que Ariadna penetre sin peligro en los caminos enredados y llenos de fábulas e imposibles, para que también ella pueda disfrutar de la magia.

Ro abrió los ojos de golpe, asustada por esa imagen suya metida hasta las entrañas de su mundo interior, el de su escritora lunática, en el que todo era susceptible de suceder, aunque no tuviera ninguna lógica.

Paula solía afirmar que no hay poesía en el amor cotidiano, pero Ro estaba segura de que era una de esas medias mentiras que tanto le gustaba decir. Ella, con una mano en la taza caliente y otra sosteniendo la jarra de la leche, podría contar una historia increíble con lo que había pasado en el medio minuto en el que se había dejado observar por ella.

Paula sonreía hacia el espejo, aguardándola ella en esta ocasión, hasta que volviera de ese pedazo de realidad que no ocurre a la vista de los demás. Ro frunció el ceño al percatarse. Intercambiaban los papeles sin descanso, siendo ahora guerrera y después guardiana paciente, dejando que una explorara allí donde lo necesitara, y sabedoras ambas de que siempre habría alguien esperando cuando concluyera su propia expedición. Ninguna era la protagonista del

cuento, ni dejaba de serlo, pues era la otra quien ponía el foco sobre su cuerpo en cada ocasión en que a alguna le hacía falta.

Calentó la leche y parpadeó deprisa para absorber las lágrimas traicioneras de la emoción. Se concentró en trazar un corazón sin tacha en el café, a sabiendas de que su escritora ya no aspiraba a la perfección. Era más un acto simbólico hacia sí misma, empeñada en ser también suficiente para alguien, por una vez, a pesar de haber aceptado la premisa de que Paula iba a amarle hasta las costuras, por muy mal hilvanadas que estuvieran.

Depositó la taza frente a ella, satisfecha con su corazón. Con ambos. Paula, intuitiva como era, adivinó lo que escondía aquel gesto y le sonrió con ternura, agradeciendo el detalle y dando el primer sorbo, como era costumbre cuando dibujaba para ella, sin deshacer la espuma. Cogió el azucarillo y se lo tendió, como guiño definitivo, y notó en los dedos, al tocarla, la electricidad que hizo que se fijara en ella la primera vez.

—Y el equilibrio vuelve al universo —sentenció la escritora, con un suspiro.

—Espero que no.

—¿Por qué?

—Porque así siempre tendrás motivos para volver a tomar café conmigo.

—No necesito azucarillos para eso, Ro.

—No me jodas, Paula, que he tirado el azúcar de kilo que tenía en casa y he comprado una caja de sobres para cuando vengas.

—¡¿De verdad?!

—Pues claro. Me encanta quererte bien, pero también me gusta quererte bonito, como tú. —Habló con vergüenza y la boca pequeña —. Fue de la loca del hacha de la que me enamoré.

—Y ahora tú también lo eres un poco. La loca de la guadaña —dictaminó con orgullo, dando un golpe con la mano en la barra.

—Ni de coña. Como mucho la loca del rastrillo, que es inofensivo.

—La loca del picador de hielo.

—Esta conversación se está volviendo turbia. Voy a por tus tostadas.

Paula la observó perderse en la cocina con el pecho inflamado de todo lo hermoso que puede sentirse por alguien. Ro no solo conseguía que se sintiera aceptada sin juicios, sino que le demostraba a cada instante que lo que decía era cierto: la quería con todo lo que era, hasta con lo que no comprendía. Y no solo eso, sino que se esforzaba en introducirse en su mente teatral y participar de sus juegos, de sus

bromas de locas, para crear con ella un cosmos entero hecho de juegos de espejos y sombras chinas.

Se conmovió al pensar que, al tropezarse con Ro, la suerte se le había puesto de cara. Por fin.

***

—Bueno, Lola, ha sido un placer trabajar estos meses contigo. Ya sabes, si tienes cualquier baja, pégame un toque. —Abrazó a la mujer y olió su ropa de cocina. Hasta eso iba a extrañar.

—Eres la primera de la lista, niña.

—Gracias, no sabes la de cosas que me llevo de aquí. —Resopló y se separó de sus brazos para mirarla a los ojos.

—Te llevas un amor. Y eso que me dijiste que eras atea, ¿te acuerdas?

—Sí. Pero mira, al final he visto un milagro.

Ambas miraron hacia donde estaba Paula, que, a una distancia prudencial, se estrujaba los dedos con su sempiterna timidez e intentaba que su presencia imponente no se hiciera notar para darles su minuto a solas. Misión imposible, aquella.

—Yo he visto dos. —Le colocó el flequillo con cariño—. Buena suerte, aunque seguro que te seguiré viendo por aquí.

—Te lo aseguro. Nos vemos, Lola.

—Hasta otro día, Ro. ¡Adiós, Paula!

—Adiós, jefa.

Aquel comentario le hizo saber a la escritora que ya podía volver a entrar en escena y dejar de ser invisible, por lo que se acercó en dos zancadas apresuradas, le dio un beso largo en la mejilla a la mujer, abrazó a Ro por los hombros y salió con ella a la calle.

—Ay, Pau. —Ro sorbió por la nariz y le echó una última ojeada a la fachada del bar.

—No sabía que eras una sentimental.

—Yo tampoco. Joder, si estoy acostumbrada a marcharme de todas partes, no me ponen triste las despedidas.

—Ya. Pero este lugar es especial.

—Solo es un bar. —Gruñó por lo bajo mientras se restregaba los ojos, resistiéndose a llorar—. Pero no es solo un bar, ¿entiendes?

—También es restaurante. ¡Y cafetería! —Elevó las manos al cielo, en uno de sus gestos grandilocuentes.

—Si fueras más tonta, explotarías. —Rio entre pucheros, y Paula se felicitó por haber conseguido hacerla sonreír—. Creo que estoy así

porque este sitio me ha dejado más huella que ninguno en el que haya estado. Y es culpa tuya, maldita escritora pija. Hazte cargo. —Le reprochó.

—¿Qué puedo hacer para remediar mis terribles pecados? Pídeme lo que quieras.

—Vamos a la mansión este fin de semana.

—Ro…

—Venga, cariño, tienes que superarlo, llevamos dos semanas desaprovechando la piscina con este calor del demonio. No vas a estar toda la vida sin volver a la mansión por un estúpido minotauro al que ya ni siquiera le tienes miedo.

—Me asusta que toda esta seguridad que he conseguido sea una ilusión que se desvanezca cuando vuelva allí. Déjame disfrutar un poco más, hasta que se asienten las cosas.

—No quiero una seguridad tan frágil, Pau. Y tú tampoco. Eres Teseo, coño, que se note —la animó, apelando a su amor propio.

—Un Teseo que no puede matar al minotauro. ¿Para qué volver?

—Para hacer las paces con él. —Paula la observó de hito en hito. Eran las mismas palabras que le había dicho su padre, días atrás—. Si no, seguirás dándole demasiada importancia, y no es para tanto. Solo es una estatua en las afueras.

—Pero…

—Es cosa tuya, no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, pero si te decides a enfrentarlo, yo estaré esperando en la puerta, ya sabes.

—Podría ir sola.

—No, guapa, se acabó eso de hacer la guerra por tu lado. Las parejas se acompañan.

—Y se casan. —Le guiñó un ojo, rebajando el tono grave de la conversación.

—Claro que sí, cariño, tú no te rindas, la esperanza es lo penúltimo que se pierde.

Nada más decirlo, se paró en seco, nerviosa de repente. Nunca antes le había dicho aquella frase a Paula. Contuvo el aliento, temiendo la decepción de una nueva réplica incorrecta.

—Ya. —Rio la escritora entre dientes.

—¿Cómo que ya? —Se separó de su agarre y la miró con seriedad. Le temblaban las pupilas y Paula elevó las cejas, desconcertada.

—Pues que ya, que es lo penúltimo que se pierde.

—¿No me vas a preguntar qué es lo último?

—La vida, ¿no? Esa era fácil, esfuérzate un poco más la próxima

vez. —Se encogió de hombros, le dio un codazo divertido y continuó caminando con despreocupación.

Ro se quedó inmóvil durante unos segundos, viendo su figura alejarse de ella. Sintió cómo brotaba, despacio y sin ruido, una flor en su pecho, y bajó la mirada. Una rosa minúscula, aún sin abrir, que nada tenía que ver con el jardín exuberante que Paula cultivaba en el suyo. Se erguía solitaria y famélica. Normal, teniendo en cuenta que había nacido de los restos arenosos de un corazón que había sido de cemento. Ya era mucho más de lo que hubiera esperado jamás.

—¡Paula!

Corrió hacia ella en cuanto la escritora se dio la vuelta y le saltó encima, convencida de que la cogería al vuelo y no permitiría que cayeran. Le tomó el rostro con las manos y le sonrió a bocajarro con los ojos vidriosos. Vaya día sentimental llevaba. Empezó a darle besos por toda la cara, haciendo retumbar la risa grave de Paula, que estaba encantada aunque sorprendida por ese arrebato cinematográfico de su camarera.

Aquel diálogo siempre inconcluso era un juego estúpido entre ella y el destino. Un anzuelo echado al aire en el que nadie picaba, más pendientes del bosque que de los árboles. Pero Paula no, Paula siempre veía el otro lado de las cosas, se fijaba donde ninguna persona miraba y advertía la belleza allí donde no se prestaba atención. Tendría que haber imaginado que ella, experta como era en la materia, iba a saber cómo terminaba una frase de guion como esa.

Siempre se había dicho, dentro de su escepticismo galopante, que si se encontraba con alguien que adivinara qué es lo último que se pierde, tendría que ser, necesariamente, alguien especial. Y lo era. Vaya si lo era.

—¿Qué te pasa, loca de la guadaña?

—Que te quiero. Joder. Te quiero como… como… como si fuera a ser para siempre.

—Ro, no me digas eso, que lloro. —Contrajo la cara en una mueca adorable y la camarera supo que no mentía.

—Es que lo creo de verdad. Hay ratitos que consigues que me lo crea.

Se besaron lento. No hubo violines, pero había música en el tráfico de la calle. No apareció de la nada un tornado hecho de pétalos y semillas que las elevara del suelo, pero les pareció que flotaban con el aire caliente que salía de las rejillas del metro. No se prendieron antorchas ni se llenó el cielo de cometas, pero les brillaron los ojos al mirarse como si estuvieran conteniendo al propio sol.

Cine de bajo presupuesto, pero con una fotografía espectacular.

***

Paula refunfuñaba, pálida como la cal, cuando enfilaron el camino de tierra que llevaba a la enorme casa. Esta vez no se fijó en las motas suspendidas en el habitáculo del coche, en el olor a primavera que manaba directamente del laberinto, a kilómetros de allí, ni al espesor del aire que las envolvía. Iba con más miedo que vergüenza, y Ro se esforzaba en no burlarse de ella.

La camarera, sin embargo, no tenía una gota de preocupación en su organismo. La había incitado a volver a la mansión para que la propia Paula se quedara tranquila al comprobar, *in situ*, que todo estaba bien, que el miedo ya no quería seguir peleando y que era el momento de proclamar el cese de las hostilidades.

Acarició el muslo de la escritora, que tenía los nudillos blancos de apretar el volante, y se puso a cantar para distraerla.

—Menos mal que eres guapa. —Negaba Paula con la cabeza, con una sonrisa socarrona y el rictus más relajado.

—Y que follo estupendamente.

—Y que follas estupendamente. Por tu voz no fue que me enamoré de ti, eso seguro.

—Te acuerdas del mito de Ariadna y el hilo, ¿no?

—Claro, nena, te lo enseñé yo —dijo con chulería.

—Pues tú sigue jugando con fuego, graciosita, que te vas a quedar vagando en el laberinto hasta el día del juicio final.

—Como los ángeles, mi amor, cantas como los ángeles.

—Sí, mi amor, ahora…

—Mi cuchi chuchi.

—Detén el coche ahora mismo, Paula. Me bajo.

—¡Mi algodoncito de azúcar!

—¡Como sigas diciendo esas mierdas me tiro del coche en marcha, tú verás!

Paula soltó una carcajada y Ro se puso una medalla al mérito. Había conseguido bajarle la intensidad a Miss Intensidad, temporada primavera-verano-otoño-invierno-años bisiestos. La tenía completamente a sus pies.

Dejaron el coche en la entrada y dedicaron parte de la mañana a bañarse en la piscina, charlar con Manoli, que empezaba su mes de vacaciones la semana siguiente, y jugar con Conan. Cualquier distracción era buena con tal de no prestar atención al laberinto que la

llamaba, susurrando, en la distancia.

Echaron la siesta en el sofá del porche, disfrutando de la brisa fresca que llegaba del bosque encantado del final de la finca. Cuando Paula despertó, Ro estaba aplastando su brazo y había dejado un rastro de babas sobre su hombro. La miró con cariño y fue a despertarla a besos cuando apreció por el rabillo del ojo un camino de luces diminutas, como de luciérnagas a la luz del día, que empezaba en los escalones que llevaban al césped y terminaba en la entrada del laberinto. Y una melodía, una melodía que no salía de ninguna parte.

Apartó con suavidad a Ro y se puso en pie. Comenzó a arrastrar los pies descalzos, obnubilada como las ratas del flautista de Hamelin, con los brazos vencidos a los costados, siguiendo el punteado luminoso como migas de pan. La hierba regada acarició las plantas de sus pies y una corriente de aire cálido la empujó desde atrás para que acelerara el paso. El laberinto la estaba esperando para el consejo de guerra.

Había llegado el momento de ponerse delante del monstruo, mirarlo a pecho descubierto, sin escudos ni armas, y decirle que ya no estaba asustada. Lo sintió en las tripas, en la calma que recorría en oleadas su sistema a medida que esa verdad incontestable se hacía más y más corpórea a cada metro que se aproximaba.

Ro se despertó ante la ausencia repentina de Paula. Al no encontrarla al lado, la buscó por el entorno, incorporándose de un salto, inquieta sin saber por qué. La vio caminar con lentitud, como si midiera el espacio a pisadas, hasta que su figura desapareció por la entrada del laberinto.

Caminó tras ella a buen ritmo y se quedó en la puerta, aguardando una llamada de auxilio, un ruido sospechoso, una señal de que debía entrar, a pesar de no recordar el camino que Paula una vez le mostró. Si tenía que hacerlo, lo haría. Esta Ariadna, además de una madeja de hilo, también tenía un puñal entre los dientes.

La escritora tomó el camino recién descubierto en lugar del que guardaba en los recuerdos de la infancia. Los ojos cerrados, la cara elevada hacia el cielo rasguñado de los colores del atardecer, las manos extendidas acariciando los setos a sus lados y los pulmones impregnados del olor a lluvia que allí había siempre. El tarareo de su abuela la guiaba, ayudando a su memoria aún principiante en ese trayecto de constante aprendizaje. Sonreía al sentirse orientada de nuevo por ella, como si de ese modo estuviera dándole al amor terrenal todo el crédito que le había negado en vida. Su nana peleaba en su bando en esa última batalla, y ese pensamiento le dio el empujón de coraje que le faltaba.

Sin aviso previo, la música guardó silencio y volvió a abrir los ojos lentamente. Frente a ella, se elevaba la espalda del minotauro, que miraba impertérrito por encima de los setos, soportando el calor, la soledad, la ansiedad por el golpe definitivo que intuía que estaba a punto de recibir.

Resopló por las enormes fosas de su nariz y agachó la mirada, girando el torso para poder observar a su niña Paula, que lo miraba con la cabeza ladeada, palpando el ambiente, la tensión insoportable que rodeaba al animal y a ella misma, el cristal del que parecía hecho el aire, a punto de estallar en millones de esquirlas. Se aproximó a él con cuidado, intentando no asustarlo.

Asustar al minotauro. Asustar al miedo.

Se plantó delante de él, asimilando esas palabras, esa sensación inesperada de poder. Él la amaba, mal, pero la amaba, y por eso la había preferido triste, pero cerca, que feliz y lejos de su abrigo. En su rictus resignado apreció que la bestia ya sabía que no tenía nada que hacer, pues cuando una persona de la familia se enamoraba, lo hacía para siempre.

La pelea estaba ganada antes de empezar, solo quedaba firmar la paz.

—Hola.

El minotauro clavó los ojos en ella, sorprendido por su cortesía, sabiéndose descubierto en sus intenciones protectoras pero crueles, sin la venda ya de lo que se teme porque no se conoce. Había esperado con el pulso detenido un machetazo terrible que le descuartizara el alma, pero había recibido su voz amable y tranquila.

Pensaba que no volvería a verte. Que me olvidarías.

Paula asintió, culpable. No pensaba regresar, esa era la verdad, pero Ro volvía a tener razón. Tenía que cerrar aquella herida para que dejara de supurar.

—Yo también, pero no sería justo para ninguno de los dos. Ella me animó a que viniera.

El minotauro entornó los ojos, incrédulo.

¿La chica del corazón de cemento?

—Mi chica del corazón de cemento —lo corrigió.

El animal volvió a levantar la mirada y la lanzó lejos, más allá de los setos.

La veo desde aquí. Te está esperando.

Paula sonrió.

—Ella también me cuida, ¿sabes? No tienes que preocuparte más.

El minotauro no quitaba los ojos de la pequeña morena que daba

vueltas sobre sí misma, nerviosa, en la entrada del laberinto.

Ya no tiene el corazón de cemento. Te ama. Puedo verlo.

—Lo tiene bonito, ¿verdad?

El animal bajó la mirada de nuevo a Paula y frunció el ceño, sin comprender.

Me ama incluso a mí.

—Quiere hasta a mis miedos. Es una mujer increíble.

La bestia apretó los dientes y los puños.

No permitiría que una mujer te mereciera menos.

—Lo sé. —Soltó en un suspiro todo el aire de la tarde—. Gracias por cuidar de mí todo este tiempo, pero ya no hace falta que lo sigas haciendo.

¿No vas a destruirme?

—¿Y qué hago si me rompen el corazón?

Brillaron los ojos negros del minotauro y un atisbo de sonrisa contrajo su rostro. Se incorporó de nuevo en toda su altura, recuperando su aspecto fiero.

Yo te protegeré. Siempre que me necesites, yo protegeré tu corazón. Está hecho de flores, y es hermoso.

Paula se acercó a él, se quitó una lágrima de la mejilla, puso una mano sobre su muslo y lo acarició con dulzura.

—Tranquilo, ahora puedes descansar.

El animal asintió y le rozó el pelo cuando pasó por su lado para marcharse por el pasillo que tenía delante. Contempló cómo Paula salía, bailando entre los setos, como su abuela, la canción que sonaba en su cabeza; cómo se encontraba con su amor, que la aguardaba con la sonrisa temblorosa y las ganas de vivir en la punta de los dedos; cómo esa chica que se llevaba a su niña Paula de su lado le quitaba las ramas que se habían prendido en su cabello en el trayecto hasta el centro, mientras, no sabía cómo, la hacía reír.

Paula se giró en mitad del parque, de vuelta a la casa, y levantó la mano hacia el coloso de piedra. Se despidió de él, deseando que nunca más le hiciera falta su protección, que su presencia fuera solo un murmullo remoto que pudiera alejar con amor, con un buen amor. Una esperanza recién nacida y aún endeble que esperaba que, con el tiempo, se hiciera lo suficientemente fuerte como para perderla tan solo justo antes que la vida.

El minotauro se llenó los pulmones de aire, hinchando el pecho musculoso y bañándose de los rayos del sol ardiente de principios de agosto.

Sí, Paula estaría bien.

Ya podía descansar.

Paula y Ro no se vieron por primera vez en esa cafetería, pero ellas no lo saben.
¿Quieres saber cómo fue su primer encuentro?
Léelo en nuestra web:

Nos encantaría saber qué te ha parecido este libro.
¿Nos lo cuentas?

LESeditorial

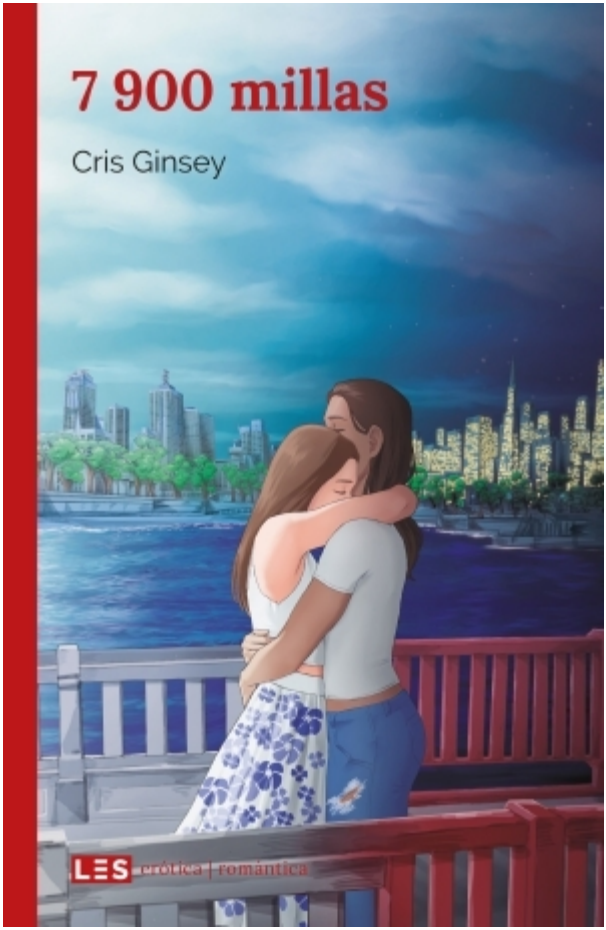
les_editorial

LESeditorial

www.leseditorial.com
info@leseditorial.com

7 900 millas

Cris Ginsey



7 900 millas

Ginsey, Cris
9788417829384
324 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Conocer a Virginia ha cambiado los esquemas de Amanda, la distancia puede llegar a dar mucho miedo y echarse de menos es cada vez más doloroso. Tras las videollamadas interminables siempre necesita más. La rutina en Melbourne no es sencilla y su nueva relación de pareja trae problemas que no se esperaba. Poco a poco se da cuenta de que su idea de vida perfecta es en realidad un refugio donde se esconde de sus verdaderos sueños.
Perseguirlos supondría decirle adiós a demasiadas cosas que no es capaz de dejar atrás y enfrentarse a un muro que no sabe si podrá saltar, pero por primera vez en mucho tiempo hay alguien por quien merece la pena intentarlo.
La historia de amor de Gina y Amanda continúa en *7 900 millas*, esta vez a través de los ojos de la australiana. **Cris Ginsey nos habla en este libro del amor a distancia, de la familia y la amistad, la salud mental y cómo el pasado nos puede afectar en el presente y, sobre todo, en el futuro.**

Cómpralo y empieza a leer

Al primer click

Anna Pólux

LES erótica | romántica

Al primer click

Pólux, Anna
9788417829254
574 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando Alison Carter se registró en Click, la aplicación de citas online más popular del momento, nunca pensó que seis meses después estaría enamorada de Jess_92, alguien a quien ni siquiera conocía en persona.
Con un **87% de compatibilidad** entre sus perfiles y tras miles de charlas interminables con ella al teléfono, Alison está convencida de que Jessie es su chica ideal. Mientras cuenta los días que faltan para verla en persona, intenta no hacerle mucho caso a su mejor amiga, Gail, cuando esta le repite una y otra vez que **esa chica esconde algo**.
Y aunque le ha salido mal en muchas ocasiones antes, por suerte para Alison, en el amor es suficiente con que haga click tan solo una vez.
A pesar de ser una amante del género de suspense y policíaco, uno de los pasatiempos favoritos de Anna Pólux es la creación de historias románticas con toques de humor. Al primer click es su nueva obra tras la publicación de *Cosas del destino: El diario de Claire Lewis* y *Cosas del Destino: El efecto mariposa*, escritas de forma conjunta con Cris Ginsey, y *El Plan C*, su primera novela en solitario.

Cómpralo y empieza a leer

El Plan C
Anna Pólux
Plan C
LES erótica | romántica

El Plan C

Pólux, Anna
9788417829018
536 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sandie Davies y Elizabeth Cooper trabajan juntas en una revista para mujeres lesbianas y bisexuales y, a pesar de que Sandie tiene al resto de compañeras de plantilla encandiladas por su encanto natural, Elizabeth parece ser tristemente inmune a sus efectos, podría incluso decirse que la odia un poquito. Su carácter extrovertido y despreocupado le pone de los nervios, y esa fama de sex symbol que arrastra a sus espaldas le da alergia en cantidades industriales. Ella es meticulosa, ordenada y organizada hasta la médula y la colisión de opuestos que le supone compartir un mismo espacio-tiempo con Sandie le sube las catecolaminas a lo bestia.
De pronto surge la historia perfecta para un artículo que las embarca a ambas en un viaje con destino: un pueblo perdido de Kansas. Tendrán una semana para descubrir que, a veces, lo que realmente necesitas es **dejar que la vida te sorprenda**. Porque hay muchas cosas que no se ven si no te acercas lo suficiente.
A pesar de ser una amante del género de suspense y policíaco, uno de los pasatiempos favoritos de Anna Pólux es la creación de **historias románticas con toques de humor**. Tras la publicación de *Cosas del destino: El diario de Claire Lewis* y *Cosas del Destino: El efecto mariposa*, escritas de forma conjunta con Cris Ginsey, *El Plan C* es la primera obra que Anna Pólux publica en solitario.

Cómpralo y empieza a leer

Cosas del destino

El diario de Claire Lewis

Cris Ginsey & Anna Pólux

LES erótica | romántica

Cosas del destino (I): El diario de Claire Lewis

Ginsey, Cris
9788494826337
560 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

[Debido a su extensión, *Cosas del destino* sale a la venta en dos partes: la primera se titula *El diario de Claire Lewis*; la segunda, *El efecto mariposa*, cuyo lanzamiento será en otoño de 2018]
Una extraña obsesión fruto del hallazgo fortuito de un diario en un campamento de verano a la edad de 15 años deja el nombre de su autora, Claire Lewis, irremediablemente grabado en la memoria de Ashley. Un primer flechazo adolescente que la volvió loca por una chica a la que solo conocía a través de sus palabras escritas.
Han pasado doce años y ya poco queda de aquel amor de verano. Ashley no se puede quejar de cómo le van las cosas, tiene un buen trabajo y una novia perfecta. Pero su vida da un giro inesperado cuando, una tarde cualquiera, la chica a la que lleva viendo un par de semanas paseando por el parque con su perro se le presenta como "Claire Lewis".
Todos hemos oído hablar del "amor a primera vista", pero… ¿existe el "amor a primeras palabras"?
El diario de Claire Lewis es la primera parte de *Cosas del destino*, obra que supone la primera colaboración entre **Cris Ginsey** y **Anna Pólux**. Interesadas en la forma de relatar de la otra, decidieron unir fuerzas para crear esta historia, que ha conseguido más de doscientas mil visitas en las plataformas de lectura online.

Cómpralo y empieza a leer

Cosas del destino

El efecto mariposa

Cris Ginsey & Anna Pólux

LES erótica | romántica

Cosas del destino (II): El efecto mariposa

Ginsey, Cris
9788494864544
634 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

[Debido a su extensión, *Cosas del destino* sale a la venta en dos partes: la primera se titula *El diario de Claire Lewis* y la segunda, *El efecto mariposa*]
Su encuentro fortuito en un parque da la oportunidad a Ashley de conocer en persona a la chica con cuyo nombre se obsesionó en un campamento de verano a los quince años. A pesar de que ambas tienen pareja, lo que empieza siendo una amistad termina convirtiéndose en algo mucho más profundo que un flechazo adolescente. En un intento por simplificar las cosas, Ashley las complica aún más cuando decide entregarle a Claire el diario y su vieja camiseta.
En C *osas del destino: El efecto mariposa*, Claire se encuentra cara a cara con una realidad inesperada en la que deberá tomar decisiones que podrían cambiar el curso de su vida. ¿Qué pesará más? ¿Su relación con Nick o lo que podría ser con Ashley? ¿Quién decidirá ser? ¿La Claire Lewis de siempre o la que puede ver reflejada en los ojos de la veterinaria?
Una mariposa batió las alas en un campamento de verano en 2008 y en 2020 los cimientos de las existencias de Claire y Ashley se tambalean.
El efecto mariposa es la segunda parte de *Cosas del destino*, obra que supone la primera colaboración entre Cris Ginsey y Anna Pólux. Interesadas en la forma de relatar de la otra, decidieron unir fuerzas para crear esta historia, que ha conseguido más de doscientas mil visitas en las plataformas de lectura online.

Cómpralo y empieza a leer